OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXIII

FICCIONES



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXIII

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES
XXIII

ALFONSO REYES

Ficciones

Vida y ficción / Quince presencias

Burlas literarias / Árbol de pólvora

Anecdotario / Briznas

Égloga de los ciegos / Landrú-opereta

Los tres tesoros / El licencioso

Páginas adicionales

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1989
Primera reimpresión, 1994

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-3195-1 (Tomo XXIII)
ISBN 968-16-0346-X (Obra completa)

Impreso en México

INTRODUCCIÓN

Las ficciones en la obra de Alfonso Reyes

Este escritor de tantos caminos mantuvo siempre abierta una brecha para las ficciones. La poesía y los ensayos y estudios fueron los más frecuentados. Pero aunque no concediera a la imaginación narrativa el cultivo concentrado y persistente que tuvo para los géneros dominantes en su obra, las ficciones fueron para Alfonso Reyes una curiosidad un poco lateral, una manera de escape o descanso dominical a los que volvía de tiempo en tiempo. Sus relatos más antiguos son de 1910, al principio de su iniciación literaria; los últimos son de 1959, año de su muerte.

En la articulada economía intelectual de Reyes, que había aprendido a canalizar el flujo de su pensamiento en múltiples formas de escritura, para aprovecharlo todo, el lado de los sucedidos, de las experiencias vividas y de aquellas imaginaciones que se concretaban en personajes y acciones, tuvo también un lugar en su obra.

El contenido del presente tomo

Las ficciones que reúne el presente tomo lo son de múltiples formas. Junto a las obras propiamente narrativas, se recogen relatos, descripciones, recuerdos, experiencias personales, fantasías, bromas literarias, sátiras, farsas en verso, anécdotas y apuntes de la naturaleza, que se aproximan más o menos a las ficciones, pero que no son reflexión pura.

Además de los libros aquí reunidos, ya se han incluido en estas *Obras completas* otros de ficciones de Reyes: en el tomo III está *El plano oblicuo* (1920), cuyo subtítulo es "Cuentos y diálogos", y es uno de los libros más interesantes de la época madrileña; y en el tomo XXI están *Los siete sobre Deva* (1942), que contiene lindas historias intercaladas en la conversación de los personajes.

Verdad y mentira (Madrid, 1950), con prólogo de José María González de Mendoza, fue el primer intento para reunir la obra narrativa de Reyes, con cierto criterio antológico y para un público amplio. Por eso se incluyen allí *El plano oblicuo* y *Los siete sobre Deva,* junto con otras narraciones breves.

En el presente volumen se intenta recoger el conjunto de las obras narrativas de Reyes aún no incluidas en estas *Obras,* las cuales reunió su autor en algunas colecciones, publicó por separado o dejó iné-

ditas. La primera colección fue *Quince presencias* (México, Obregón, 1955), en la que recogió sus principales narraciones sueltas hasta la fecha de su publicación. Los textos van de 1915 a 1954, ordenados cronológicamente. Dos de ellos los había publicado antes en *plaquettes: El testimonio de Juan Peña,* con tres dibujos de Manuel Rodríguez Lozano, Río de Janeiro, Villas Boas, 1939, y *La casa del grillo,* con viñetas de Alberto Beltrán, Colección "Lunes", 5, México, B. Costa-Amic, 1945.

Para celebrar la primera centena de la colección Letras Mexicanas, en 1970, el Fondo de Cultura Económica encargó a Ernesto Mejía Sánchez la preparación de un volumen de textos inéditos de Alfonso Reyes. Su recopilador lo formó con cuentos, narraciones y textos varios, bajo el título de *Vida y ficción,* precedidos de un sustancioso prólogo. Los materiales aquí reunidos se extienden de 1910 a 1959 y enriquecen considerablemente la obra narrativa de su autor. En el presente volumen se excluyen los que son más bien ensayos ("Cosmos y anticosmos", "La basura", "La indefensión del niño" y "La malicia del mueble"), que don Alfonso destinaba al tercer ciento de *Las burlas veras,* y aparecieron en el tomo XXII de las presentes *Obras*; y "El mensaje enigmático", que forma parte del *Anecdotario* (1968), y en ese lugar se incluye en el presente volumen.

Además de estas dos recopilaciones, se recogen aquí, por orden cronológico de composición, las demás obras publicadas por su autor por separado, para circulación restringida: *Burlas literarias (1919-1922), (Archivo de Alfonso Reyes,* serie A, 1, México, 1947); *Briznas I (1929-1958), (Archivo,* serie A, 3, México, 1959); o en pequeños libros: *Árbol de pólvora* (México, 1953); *Los tres tesoros* (México, Tezontle, 1955), y en un pliego suelto para desear "Mil felicidades para 1953", *El vendedor de felicidad,* escrito en mayo de 1943.

Y, en fin, las de publicación póstuma —además de *Vida y ficción,* antes mencionada—: *Landrú-opereta,* de 1929 y 1953, que se publicó en la revista *Universidad de México,* en abril de 1964, con ilustraciones de Rafael Coronel (vol. XVIII, núm. 8); *Anecdotario,* con prólogo de Alicia Reyes (Ediciones Era, México, 1968), seguido por *Briznas,* versión corregida de las publicadas en el *Archivo* en 1959; y *Égloga de los ciegos,* publicado en *Diorama de la Cultura,* de *Excélsior,* el 9 de febrero de 1969, con una breve introducción de Alicia Reyes e ilustraciones de Oswaldo Sagástegui, texto al que ahora se añade una especie de introducción que estaba entre los inéditos de *Las burlas veras,* tercer ciento. Además del *Anecdotario* de 1968, se han añadido páginas inéditas de la misma índole, así como los textos llamados "El licencioso", y otros olvidados, cuyas circunstancias se explican adelante.

Como acaba de apuntarse, en esta recopilación póstuma de narraciones se incluyen las más antiguas que conocemos de Alfonso Reyes. "Silueta del indio Jesús", de 1910, es la más remota narración "separada", pues hay pasajes de esta índole en *El plano oblicuo,* que quizás la precedan en meses. Ocurre en los días finales del antiguo régimen y cuando ya se sentía inminente la revolución. Son memorables sus finos atisbos del alma indígena, sobre todo de su amor por las flores: "¡Qué bien armonizan con la flor la sonrisa y el sollozo del indio! ¡Qué hechas, sus manos, para cultivar y acariciar las flores!", pasaje en el que Mejía Sánchez encuentra una prefiguración de la tercera parte de la *Visión de Anáhuac* (1915).

El fragmento "El bucanero", de 1915, es una incursión a temas que eran más bien extraños a su autor, y en los que pudiera verse una afinidad con las novelas de Robert Louis Stevenson. Reyes hace una exposición bien documentada sobre el mundo, las costumbres y las penalidades de los marinos, y las rarezas de las Antillas, a fines del siglo XVIII. Es posible que este principio, nunca continuado, sea una adaptación de fuentes que el mismo Reyes menciona.

Los tres relatos brasileños aquí incluidos, "Calidad metálica", "El samurai" y "Análisis de una pasión" —con los que debe relacionarse "La fea", de *Quince presencias*—, oscilan entre la ficción, las reflexiones ensayísticas y los recuerdos personales. Quizás esto último explique el haberlos conservado sin publicar. En los tres, tanto como las experiencias eróticas, domina la indagación sobre la psicología femenina, en casos individuales, y las agudas observaciones sobre los personajes examinados.

En "Cuernavaca", una mínima ficción, la de un supuesto narrador que oscila entre llamarse José Dorantes y Teodoro, es el pretexto para narrar lo que era Cuernavaca en aquellos años cincuentas en los que Reyes frecuentaba esta ciudad, se hospedaba en el hotel Marik, como su narrador, y ocupaba a veces aquella habitación-mirador que tanto le gustaba. La estampa es muy hermosa e ilustrativa de lo que era la Cuernavaca de aquellos años. Como observa Ernesto Mejía Sánchez, la imagen placentera de Reyes parece la otra cara de la moneda, de la "caótica y orgiástica" que describe Malcolm Lowry.

"La venganza creadora", de 1946, y "El hombrecito del plato", de 1954, son del todo cuentos y muy entretenidos. El primero tiene por tema una iniciación erótica en ambiente acapulqueño. Y como uno de los personajes, Almendrita, es de personalidad y conducta singulares, Reyes dedica otras páginas, "El destino amoroso", para narrar una conversación entre amigos que tratan de explicarse el secreto de Almendrita. Esta inclinación de Reyes para explicar a los personajes de su invención y los rasgos que les atribuye, aquí tiene el acierto de separar cuento y explicación.

El otro cuento, "El hombrecito del plato" —que en principio formaba parte del tercer ciento no concluido de *Las burlas veras*—, es muy curioso. Cuando la novedad de los primeros viajes espaciales trajo la manía de los "platos voladores" y de preguntarse si habría o no criaturas en otros mundos, don Alfonso relata su primer contacto y entendimiento con un hombrecito venusino. Y no digo más para no echar a perder el atractivo de estas páginas.

Buena parte de los escritos inéditos de Reyes reunidos en *Vida y ficción* son una mezcla peculiar, muy de Reyes, de reflexiones-ensayos con un sesgo anecdótico, o bien narraciones de experiencias personales apoyadas en la atribución a personajes imaginarios, como ocurre en "Entrevista presidencial", "Cuernavaca", "El indiscreto africano" o "Vida de pueblo". No son, pues, núcleos o arranques narrativos, sino escenas aisladas en las que una reflexión u observación se expresan mediante un recurso narrativo.

QUINCE PRESENCIAS: 1915-1954

Como antes dije, *Quince presencias* (1955) fue la compilación que hizo Alfonso Reyes de sus principales narraciones escritas hasta entonces y no reunidas en volumen. "Las babuchas" y "La casa del grillo", que inician la colección, son cuentos de la época madrileña. En el primero, de ambiente oriental, asoma el ensayista, en nota al pie, para enumerar las variedades que en la mitología griega tiene la historia de las babuchas. Y en "La casa del grillo" el protagonista, recién casado como el autor, cree necesario comunicar su propio análisis psicológico a la que va a ser su mujer. Dicho personaje dice:

> Al revés del caro Disraeli, tengo la debilidad de dar explicaciones de cuanto hago; y a veces a gente que no debiera. Esto viene, por una parte, de mi afición a conversar y de mis bellas experiencias de los veinte años... y por otra parte, viene de la intelectualización excesiva, de la fiebre crítica, de la necesidad, primero, de entender bien, y segundo, de explicar bien lo que he entendido, de explicarme por medio de la palabra.

Reyes era, pues, consciente de esta propensión analítica de buena parte de sus narraciones. Ello enriquece ciertamente la densidad psicológica de sus personajes, pero lo hace por medio de explicaciones y no por la acción o la representación. En lugar de que los rasgos de conducta tengan una manifestación activa, que es lo propio del arte narrativo, Reyes se adelanta a analizarlos. Como se verá en la exposición de sus ficciones, esta duplicidad relato-análisis, creación de Alfonso Reyes y expresión cabal de su personalidad intelectual, es frecuente pero no dominante, ya que a menudo opta por el camino puramente narrativo, o logra un buen equilibrio entre ambas posibilidades.

"El rey del cocktail", de 1922, es un texto divertido, mezcla bien lograda de sabia disertación sobre vinos y alcoholes, y de cuento.

Uno de los escritos más hermosos de Alfonso Reyes es "El testimonio de Juan Peña" (1923). Rememora la experiencia que su autor, entonces estudiante de Derecho, y dos de sus compañeros, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves, tuvieron al ir a Topilejo solicitados para hacer justicia en un caso de despojo hecho por la autoridad municipal. El relato se limita al viaje de los tres estudiantes al pueblo cercano, primero en tren y luego a caballo, a la descripción del ambiente de la pequeña comunidad y a los testimonios que escuchan. Lo fascinante es la visión del campo mexicano, en el marco de la historia inmediata:

> Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras de magueyes como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo...
>
> ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte, parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicoténcatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pesuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!

y la revelación de la personalidad de los indígenas, que reciben y confían en los poderes de aquellos jóvenes catrines de la ciudad.

"Los dos augures" (1929), relato al que su autor puso como subtítulo "Arranque de novela", es una conversación entre dos mexicanos voluntariamente desterrados en París, en los años que siguieron al porfiriato. Lo que llegan a conversar no es mucho y esboza las posiciones del hispanismo y el indigenismo. Mas, como suele ocurrir en los relatos de Reyes, predominan las páginas dedicadas al análisis de las mentes y de los antecedentes de los interlocutores.

Puede suponerse que Reyes proyectaba el desarrollo posterior de esta novela, que sólo quedó en arranque, como una indagación, a la manera de las novelas de Henry James —a quien cita al principio—, de los conflictos mentales y morales de los mexicanos que intentan acomodarse al mundo europeo. Conflictos que no llegaron a narrarse.

Como es también frecuente en las obras narrativas de Alfonso Reyes, la materia principal de estas páginas procede de observaciones de las peculiaridades psicológicas y las costumbres de personas que lo rodearon y de rasgos de la historia y la vida mexicanas de aquellos años.

"Descanso dominical", escrito en 1931 en los pinares de Teresópolis, es una espléndida galería de retratos de las personas, en su mayoría extranjeros, con sus peculiaridades físicas y sus manías, que Reyes encuentra en un hotel de los alrededores de Río de Janeiro. Hay, además, preciosas descripciones de paisajes, y de su flora y

fauna. Y el lector se pregunta si el relator disfruta en verdad su descanso dominical o si más bien se entrega a una afanosa observación y registro de cuanto ve, siente e imagina. El encuentro final con una mujer, con la que vuelve de su paseo en sendos caballos, es la única acción, y la mayor parte es la contemplación y las encantadoras descripciones.

Alfonso Reyes mantuvo un recuerdo nostálgico e idealizado de su tierra nuevoleonesa y, entre otros elogios que le dedicó, uno de los más cálidos es el texto llamado "Donde Indalecio aparece y desaparece", de 1932. Al principio hace una explicación-justificación del contrabandista de frontera, burlador del "delito artificial creado por la ley", pero el texto en conjunto es una etopeya del norteño, con algunas observaciones interesantes sobre sus peculiaridades lingüísticas, en las que reconoce el uso de viejas formas del dialecto leonés: "Dicen *riyo* por *río*; y en cambio, dicen *sía* por *silla*, aunque prefieren el término *sieta, silleta*"; y declinan por géneros los apellidos, "si el hombre es Juan Cantú, la mujer es Juana Cantuna; si él es Pedro Orozco, ella Petra Orozca".

Refiere que sus paisanos "traen en la sangre el hábito hispano de la soberanía popular, el que, burlando instituciones, se hace por sí mismo justicia". Dice Reyes que esta población "de singular pureza... se distingue de la gente del interior en todos los órdenes de virtudes cívicas. Generosidad y lealtad son normas de su vida".

Como dice el título del relato-ensayo, el protagonista Indalecio, "un hombre esbelto, con un andar entre medroso y feroz del animal silvestre", aparece tres veces. En la primera, tiene una breve conversación con el padre de don Alfonso, el general Bernardo Reyes, entonces gobernador de Nuevo León, para sugerirle que, en lugar de simulacros de batallas, les dé permiso "de fajarnoz por *ay* a balazoz unoz cuantoz que noz tenemoz ganaz"; la segunda, para dedicar al general la *Historia de Genoveva de Brabante,* para que "vuelva a llorar un poco"; y la última, cuando el autor escucha un corrido que canta la memoria de Indalecio. Éste aparece y desaparece, pues sólo es el pretexto para esta exaltación de los viejos norteños.

"La fea", escrito en Río en 1935, tiene parentesco, como antes apunté, en el tema y el ambiente, con los tres relatos brasileños de *Vida y ficción,* y es para mi gusto el más logrado del grupo. Como aquéllos, éste comparte el entusiasmo erótico que, al parecer, disfrutó Reyes en sus años brasileños —cuando contaba cuarenta y tantos años—; y asimismo, en "La fea" hay la misma propensión por los análisis de la psicología femenina y la búsqueda de tipos, que confirman el misterio inagotable de la mujer. Consciente de esta tendencia de sus narraciones, el autor dice:

> Necesito cortar constantemente mi narración con desarrollos ideológicos. Yo sería un pésimo novelista. Mucho más que los hechos, me interesan las ideas a que ellos van sirviendo de símbolos y pretextos.

Así es, en efecto. Pero, en el caso de "La fea", las divagaciones analíticas no son excesivas, ayudan a comprender el sutil deslizamiento de las pasiones y dejan que la curiosa historia de los amores con la bonita y con la fea nos deleite.

Todos de 1938 y del Brasil, despreocupados, picarescos y sensuales, son los relatos siguientes: "Pasión y muerte de Dona Engraçandinha", lindo cuento y análisis psicológico de una naturaleza femenina; "Fábula de la muchacha y la elefanta", de las más alegres invenciones de Reyes, constancia del disfrute de la vida en sus años brasileños; "La cicatriz", que pudo ser el principio de una novela y cuenta los primeros pasos en la vida erótica de una muchacha de Río, en los días alocados del carnaval; y "El estudio y los juegos", en que, por una vez, el personaje es masculino, y pretexto para enhebrar reflexiones acerca de las nuevas teorías sobre la naturaleza del universo. Pero, entre Newton y Einstein, llega al departamento del ingeniero estudioso una muchacha con la que tiene una relación juguetona y sin compromiso. Años más tarde, en 1954, Reyes escribió "Antonio duerme", que va al final de las *Quince presencias,* e indicó que "Debe leerse en relación con el relato anterior 'Los estudios y los juegos' ". Aquí ya no hay tiempo para más juegos frívolos, pues sólo hay divagaciones acerca del Tiempo, en realidad un ensayo, que su autor decidió atribuir al ingeniero reflexivo.

Después de los temas joviales de los relatos brasileños, "De Cuitzeo, ni sombra", de 1941, ya de regreso en México, es una estampa de la desecación geológica del antiguo lago de Cuitzeo, con hermosas descripciones del paisaje michoacano.

En fin, el penúltimo de los relatos de *Quince presencias* es "La mano del comandante Arana", de 1949. Después de una disertación sobre las funciones y excelencias de la mano, ejecutora de la civilización, viene un fascinante cuento, de los mejores de Reyes —cuyo misterio recuerda al de "La cena" de *El plano oblicuo*—. Acerca de la representación de este cuento, que hizo Juan José Gurrola en junio de 1964, junto con *Landrú-opereta,* también de Reyes, adelante se dan noticias de esta escenificación y de la crítica de Jorge Ibargüengoitia.

BURLAS LITERARIAS: 1919-1921

Diversiones y bromas literarias de otros tiempos, en los que había reposo y humor para hacerlas, y una grey literaria para disfrutarlas, son éstas muy galanas que compusieron Alfonso Reyes y Enrique Díez-Canedo. Aparecieron originalmente en Madrid, en el semanario *España,* el 23 de enero de 1919, y en los números 1 y 3 de la revista *Índice,* en 1921. Las reprodujo Reyes bajo el título de *Burlas literarias, 1919-1922,* en su *Archivo,* en México, 1947. Además de los textos aquí reunidos, Reyes recuerda en la introducción ciertos versos

de desenfado, entre ellos, estos que compuso Díez-Canedo atribuyéndolos a un poeta laureado en un concurso sobre el *Quijote*:

¡Viva, viva por siempre alabado
desde el uno hasta el otro confín
ese libro inmortal anotado
por don F. Rodríguez Marín!

En cuanto a las tres "Burlas literarias": la traducción en bruto de uno de los más espirituales sonetos de Dante, atribuida a don Julio Cejador y Frauca; unas cartas cruzadas entre Góngora y el Greco, y un medieval "Debate entre el vino y la cerveza", fraguadas por los dos amigos, son diversiones tan cultas e ingeniosas como de buen humor, que podrá disfrutar quien algo sepa de estos temas. Las supuestas cartas entre el poeta y el pintor, que hacen a éste precursor del cubismo, me parecen las más divertidas; y lo curioso es que Cejador las tomó por lo serio, denunció la superchería y puso en duda su autenticidad con buenos argumentos filológicos.

Ya en México, don Enrique encontró, en el *Epistolario de Nueva España*, un documento de 1544 —éste sí auténtico—, de un fabricante de cerveza, que le dio pie para iniciar una conclusión del Debate de 1921, con alusiones modernas y mexicanas, texto que va como apéndice a las *Burlas*.

Árbol de pólvora: 1925-1932

Quien escribió sobre todos y sobre todo tuvo también un lugar para las fantasías oscuras, picarescas, enfebrecidas, para las sátiras venenosas, para los caprichos de la imaginación. Los reunió en *Árbol de pólvora* (1953), en edición privada, sin nombre de casa editorial —y en *Briznas*, que se comenta adelante—, junto con otros textos sin sombras: recuerdos de infancia y apuntes sobre la naturaleza. Se ha dicho que una vez impreso *Árbol de pólvora*, su autor lo apartó de la circulación. No me consta, pero sí puedo añadir que en la dedicatoria con que me lo envió puso: "Travesuras para pocos amigos", las que ahora pueden curiosear cuantos quieran.

El primer grupo de textos, "Ausente en París" (1925-1927), de los cuatro en que se divide *Árbol de pólvora*, contiene cuentos de humor picaresco, como "Campeona"; apuntes de la naturaleza, como "Gorriones"; esbozos de la lejana ascendencia del autor, como "Nuestros gigantes abuelos", y divertidos recuerdos de infancia y mocedad: de cuando iba a la escuela a caballo, fue campeón de florete y tenía rizos rubios, en "Mientras leía el otro", que serán materiales para las *Parentalias* futuras; y fantasías como "La alcoba bosteza" y "Venganza literaria", de 1926. En los pasajes finales de esta última, José Emilio Pacheco ha señalado alusiones despectivas contra Ramón López Velarde.

"Fuego graneado" (1930-1932), el segundo grupo, es una "revista a nuestra cuadrilla de sombras", dice su autor. Aquí hay una sátira sobre los problemas internos de la creación literaria: "Donde el poeta se descubre a sí mismo"; fantasías de pesadilla: "Los Quitutos", y otra sátira con versos chuscos a San Pascual Bailón, patrono de don Alfonso: "Cuenta mal y acertarás: catástrofe del poeta."

"Mitología del año que acaba" (1931), el tercer grupo, recoge cuentos, entre graciosos y atroces: "La Retro", "Tijerina" y "La Obrigadiña", y un fascinante cuento de terror, "Melchor en carrera", que pudiera ser un guión cinematográfico.

El "Canto de Halibut, epopeya atávica" (1928), que cierra *Árbol de pólvora,* es una broma literaria. Lo importante aquí no es el intencionadamente lamentable poema "atávico" sino el extenso comentario que le sigue, escrito con la mayor formalidad académica, como para mostrar que es posible disertar, sobre nada, con toda suerte de consideraciones eruditas y técnicas.

Anecdotario: 1922-1959

Anecdotario (1968), seguido por una versión corregida de *Briznas,* con prólogo de Alicia Reyes, fue uno de los libros de Alfonso Reyes que se publicaron después de su muerte. Las propiamente anécdotas —enriquecidas por la prologuista con algunas que recogió de la vida familiar— son divertidas, muestran la agudeza y el humor de don Alfonso y nos ilustran sobre su mundo literario. Además de éstas, hay aquí textos de otra condición, como "Pro domo sua", de 1952, en el que Reyes se defiende de los reclamos y pullas que recibe, ya porque lo llaman helenista, ya por imprimir la lista de sus obras, ya por la suposición de que no se ocupa de México o ya por preferir las obras de crítica a las de creación. "El mensaje enigmático" (1959) puede tener alguna base anecdótica pero es un ingenioso cuento sobre un episodio de la vida diplomática.

Anecdotario, "El licencioso" y otros papeles inéditos o dispersos

Entre los papeles inéditos que aún quedan en la Capilla Alfonsina —que afortunadamente conserva el archivo de Alfonso Reyes—, hay tres gavetas de *Anecdotario* y papeles afines. Don Alfonso había proyectado, en 1959, año de su muerte, publicar un número 4 de la serie B (Astillas), de su *Archivo,* con este título y aun diseñó la portada y apuntó el índice que debería contener. Parte de estos textos formó el *Anecdotario* publicado en 1968. Pero quedaban más anécdotas, aunque en las carpetas anotó su autor, en general, "No publicables por el momento" y en un apunte añadió, "quizás hasta el año 2060". Se trata de recuerdos amargos de la vida diplomática

inicial, y de la vida política e intelectual de años posteriores, desahogos, chismes, retratos, parecidos y sucedidos, algunos con observaciones agudas e interesantes, en cuanto guardan rasgos y hechos que suelen olvidarse.

En una de las gavetas hay una sección llamada "El licencioso", parte de la cual se publicó en la *Revista Mexicana de Literatura,* en un número de "Textos eróticos" (Nueva época, marzo-abril de 1962, números 3-4, pp. 16-20). Estas páginas se recogen aquí, junto con otras más inéditas. Son cuentos y dichos verdes, algunos del folklore corriente, un soneto en respuesta a otro que le envió Salvador Novo —nótese que el de Reyes está escrito en el mes de su muerte—, y anécdotas picantes.

La obsesión de Reyes por escribirlo todo lo llevó a estos registros de hechos escandalosos, turbios o pintorescos que pasaron —nunca escribió falsedades o calumnias—, de observaciones sobre particularidades de gente que trató, y de despropósitos y agudezas, más o menos ingeniosas, que escuchó. Es el rincón reservado de la catedral que es la obra de Alfonso Reyes. Todo esto, puesto que ocurrió y los actores fueron o son personalidades conocidas, llegará a ser útil para la pequeña historia. Como su autor lo dispuso, es preciso dejar correr un poco más de tiempo para que buena parte de estos papeles sea historia y no suene ya a maledicencia. Las páginas pícaras o "licenciosas", en cambio, son burlas que el tiempo ha vuelto casi inocentes.

Revisados cuidadosamente estos textos, se han rescatado, en primer lugar, una docena de anécdotas, listadas por don Alfonso para publicarse en el cuaderno proyectado —y no incluidas en el *Anecdotario* de 1968—; muchas otras anécdotas inéditas; los textos licenciosos conocidos y los desconocidos, y las "briznas" excluidas de las que se hablará en seguida.

Fuera de este campo reservado, se añaden dos artículos olvidados, que don Alfonso publicó en *El Universal Ilustrado,* en 1920, y no recogió en sus libros: una crónica sobre la presentación de Esperanza Iris en Madrid, y un breve ensayo sobre "La creación" —la creación por las palabras—, que en la revista mexicana apareció junto con otros dos, "Entre humoristas" y "El egoísmo del ama", que luego formaron parte de ese precioso librito llamado *Calendario* (Madrid, 1924). Recógese también el breve discurso, al parecer inédito, intitulado "Hidalgo, radiosa estrella de la patria", con el que Reyes agradeció el doctorado Honoris Causa que le concedió la Universidad Michoacana el 9 de mayo de 1953.

Briznas: 1929-1959

Reyes llama briznas a "el gotear espontáneo de la tinta" y refiere que, "cuando la alusión o la caricatura eran demasiado transparen-

tes" ha suprimido algunas o le "ha dado segunda esponja". En su *Archivo* (1959) publicó unas *Briznas I*, "primera versión condenada a desaparecer y ser sustituida por la presente" (la publicada junto con el *Anecdotario*). A pesar de esta precaución, las "briznas" de la primera versión, excluidas, se han rescatado pues su picardía o sus palabras gruesas ya no escandalizarán a nadie.

Estas *Briznas*, aceptadas o censuradas, como las "burlas veras", son el registro de sensaciones, pequeños estímulos, recuerdos y observaciones sobre la naturaleza humana. El ingenio, la curiosidad por lo grande, lo cotidiano y lo insignificante son en ellas siempre más visibles que el acíbar de algunos apuntes. A veces, el registro llega también al habla popular y a los cuentos picarescos, sin que se pierda aquella gracia de la pluma de Alfonso Reyes que fue uno de sus mayores dones.

ÉGLOGA DE LOS CIEGOS: 1925

Cuenta su autor que la *Égloga de los ciegos* la planeó en París, el 19 de abril de 1925 y la olvidó por muchos años. No dijo si después volvió a retocarla, pero el hecho es que nunca la incluyó en sus libros. Alicia Reyes la encontró entre los papeles de don Alfonso y la hizo publicar en el *Diorama de la Cultura*, de *Excélsior*, el 9 de febrero de 1969, diez años después de la muerte de Reyes. Ésta ha sido su única divulgación.

Además del poema dialogado, Reyes dejó entre sus escritos que iban a formar el tercer ciento de *Las burlas veras*, que no llegó a concluir ni a publicar —recogidos en el tomo XXII de estas *Obras completas*—, un artículo llamado "La égloga de los ciegos", en el que cuenta que un viejo poeta, el maestro Rodrigo, le relata el esbozo de un poema que lleva el nombre de "Égloga de los ciegos". El artículo no tiene fecha, y probablemente su autor pensaba utilizarlo como una especie de presentación de la *Égloga*. Así se lo ha puesto en el presente volumen, suprimiendo la parte final que, con variantes menores, dice lo mismo que la introducción que precede el poema.

Por su tema, ciegos y semiciegos que conversan y se ayudan en su desamparo, la *Égloga* es hasta cierto punto una anticipación de la pieza teatral de Michel de Ghelderode, *Los ciegos*, de los años cincuentas. Y por su tono, recuerda el lirismo austero, despojado de adornos y melodías verbales, de la *Ifigenia cruel* (1924), del mismo Reyes, compuesta poco antes de la *Égloga de los ciegos*.

El poema tiene, pues, un tono grave y noble, mas sólo es un esbozo de su posible desarrollo dramático. Los personajes se limitan a anunciar su carácter y, al final, hay un rápido desenlace con la muerte de Blas, el falso ciego. Reyes debió considerar insuficiente el desarrollo de su poema, y en espera de ánimos e inspiración para redondearlo, lo dejó aparte y nunca se decidió a publicarlo.

Landrú-opereta: 1929 y 1953

En 1922, el francés Henri-Désiré Landru, de 53 años, fue guillotinado por el asesinato y el robo de diez mujeres y un muchacho. Su caso fue muy sonado, se le llamó el moderno Barba Azul y quedó como una leyenda tenebrosa. A raíz de los sucesos, Alfonso Reyes comenzó a escribir su *Landrú-opereta* y la continuó "en los ocios de varios años", en Buenos Aires en 1929 y en México en 1953, como anotó al fin. Nunca se decidió a publicarla ni se refirió a su existencia. Un lustro después de la muerte de don Alfonso, Manuela Reyes, su viuda, la encontró entre sus papeles y la dio para su publicación a la revista *Universidad de México*, donde apareció en abril de 1964.

El tratamiento que eligió Reyes para tema tan singular fue una farsa humorística. En los monólogos en que Landrú se explica, el tono es de levantada prosopopeya, y en los coros de las mujeres del mercado y en las intervenciones finales de la policía hay dejos vulgares y populares. Dando por conocidos los hechos y su escandaloso desenlace, la obra entra de frente al asunto, con humor negro. Utiliza ciertos detalles de las informaciones amarillistas, como la afición del solitario Landrú por el opio y las aspirinas, para librarse de las jaquecas, y como su manía de guardar ordenadamente en sobrecitos el dinero que tomaba a sus víctimas, a las que al parecer incineraba.

Landrú-opereta no es una obra lograda. Su inteción humorística parece lastrada por versos conceptuosos y un relato confuso de los hechos. La irrisión no funciona. Su autor debió reconocer estas fallas, lo que explica que dejara guardada y sin publicar su obra.

Fortuna e infortunio de "Landrú": Gurrola, Ibargüengoitia y Monsiváis

Sin embargo, el *Landrú-opereta* de Alfonso Reyes, rescatada del olvido, tuvo una inesperada fortuna. Dos meses después de su publicación, Juan José Gurrola discurrió crear un espectáculo, en el pequeño teatro de la Casa del Lago, en Chapultepec, con dos obras de Alfonso Reyes, el cuento "La mano del comandante Arana" y *Landrú*. El tratamiento del cuento se limitaba a la lectura del texto hecha por los actores Claudio Obregón y Marta Verduzco, con apariciones de "la mano" que a veces hacía signos procaces.

Al *Landrú* de Reyes, Gurrola lo convirtió en una comedia musical. Unas muchachas bonitas con ropas ligeras bailotean y cantan coplitas; un personaje gordo, entre Landrú y don Alfonso, las persigue y dice incongruencias; y al fin las mismas muchachas y el gordo se convierten en policías que siguen cantando cualquier cosa. No hay crímenes ni drama ni literatura. La imaginación plástica y teatral de Gurrola y la fácil música de Rafael Elizondo, que interpretaba

al piano él mismo, convirtieron el crimen original y la farsa literaria de Reyes en un divertimiento. El *Landrú* transformado por Gurrola volvió a representarse, con nuevo elenco, en el Ateneo de Madrid, en junio de 1985, como parte de un homenaje a Alfonso Reyes.

Por aquellos años, 1964, de las primeras representaciones dominicales, Jorge Ibargüengoitia escribía, en la misma revista *Universidad de México,* en que se había publicado el *Landrú-opereta* de Reyes, crónicas teatrales tan chistosas como mordaces, y nada convencionales ni comedidas. En el número de junio de 1964 le tocó su turno a la representación dirigida por Gurrola, basada en textos de Reyes. La crónica de Ibargüengoitia es feroz. El cuento "La mano del comandante Arana", que iniciaba el espectáculo, le parece "un texto que es de una estupidez y una densidad verdaderamente lamentables; y el *Landrú-opereta,* según él,

> se reduce... a tres monólogos de Landrú, otro final del jefe de la policía, y otro de las amas de llaves. Es decir, no es opereta sino cuatro monólogos y dos coros de Alfonso Reyes... El Preludio en la soledad, que es la primera parte de la pieza, es una especie de monólogo de un Segismundo cincuentón e intelectual que lo mismo puede ser asesino notable que director de El Colegio de México... La cuarteta inicial es pedante, confusa y floja.

Ibargüengoitia sólo salvaba de la obra de Reyes el haber sido su autor el primero

> que vio las posibilidades dramáticas de Landrú y que además lo vio a él no como héroe cómico, ni como mártir de la domesticidad, sino como lo que muy probablemente debe haber sido, un señor mediocre y vagamente degeneradón.

En cambio, el cronista celebró los aciertos de la breve comedia musical creada por Juan José Gurrola, sus efectos surrealistas con los mismos actores haciendo varios personajes —Carlos Jordán representando a Landrú, a don Alfonso y al jefe de policía—, la música ligera y pegajosa de Rafael Elizondo y la gracia y comicidad de las actrices.

Pero, en la página siguiente de la crónica de Ibargüengoitia, problablemente por iniciativa de Jaime García Terrés, entonces director de *Universidad de México,* y para desagraviar la memoria de Alfonso Reyes, Carlos Monsiváis escribió "Landrú o crítica de la crítica humorística o cómo iniciar una polémica sin previo aviso". Como es más fácil y divertido burlarse de algo que defenderlo y regañar al autor de la irreverencia. Monsiváis tuvo que optar en su artículo por el tono serio. Defendió a doña Manuelita por haber exhumado el texto que don Alfonso había guardado sin publicar; recordó que don Alfonso Reyes es "el primer hombre de letras de Hispanoamérica", y concluyó afirmando que la crítica de Ibargüengoitia era graciosa pero incoherente.

En el número siguiente, julio, de *Universidad de México*, Ibargüengoitia publicó una "Oración fúnebre en honor de Jorge Ibargüengoitia", refutó los argumentos de Monsiváis y se retiró del teatro y de la crítica teatral. Gracias a este incidente, perdimos al cronista teatral ingenioso y divertido y ganamos a un estupendo novelista.

Los tres tesoros: 1940-1955

En el Aviso que precede a *Los tres tesoros* (1955), dice Reyes que hacia 1940 lo comenzó y sólo pudo darle el toque definitivo quince años después, fecha en que lo publica; y añade que el relato, al que llama "poema o entretenimiento visual... parte de un tema de Robert Louis Stevenson *(The Treasure of Franchard)*, prontamente se aleja de él y toma por su propio atajo". No he logrado leer el cuento de Stevenson, y aunque sin precisar qué tanto le deben *Los tres tesoros*, puedo decir que la lectura del relato de Reyes es de lo más placentera. Los análisis psicológicos, que habitualmente predominan en sus narraciones, aquí casi no existen; lo que importa es la historia, que fluye con suavidad; los personajes son persuasivos y con suficiente individualidad; los ambientes están descritos con eficacia, y hay un desenlace inesperado y optimista.

El texto que se puso en la cuarta de forros, en la reimpresión de esta obra que hizo el Fondo de Cultura Económica en 1985, tiene observaciones muy justas que me complace repetir:

> En ambiente rústico y geografía campestre, esta obra abre la puerta a ciertos modestos misterios de la edad. Diálogo rápido y viva descripción, economía narrativa que plantea y agota a tiempo los recursos de una situación. *Los tres tesoros* es en realidad una semilla novelesca hábilmente plantada. Pertenece al ciclo creativo de Reyes y no es una de sus obras menos perfectas. Vuela con gracia entre las manos sin dejar de ser incisiva y en la velocidad de su paso se trama misteriosamente la plenitud humana con toda su serena cordura.

José Luis Martínez

VII-1988.

I

VIDA Y FICCIÓN
[*1910-1959*]

SILUETA DEL INDIO JESÚS

VINO el día en que el indio Jesús, a quien yo encontré en no sé qué pueblo, se me presentara en México muy bien peinado, con camisa nueva y con un sombrero de lucientes galones, a la puerta de mi casa. Sólo el pantalón habido a última hora en sustitución del característico calzón blanco, para que lo dejaran circular por la ciudad los gendarmes, desdecía un poco de su indumento. Había resuelto venir a servir a la capital —me dijo— y dejar la vida de holganza. No contaba el tiempo para Jesús. Recomenzaba su existencia después de medio siglo con la misma agilidad y flexibilidad de un muchacho.

—¿Pero tú qué sabes hacer, Jesús?

Jesús no quiso contestarme. Presentía vagamente que lo podía hacer todo. Y yo, por instinto, lo declaré jardinero, y como tal le busqué acomodo en casa de mi hermano.

Aquel vagabundo mostró, para el cuidado de las plantas, un acierto casi increíble. Era capaz de hacer brotar flores bajo su mirada, como un fakir. Desterró las plagas que habían caído sobre los tiestos de mi cuñada. Todo lo escarbó, arrancó y volvió a plantar. Las enredaderas subieron con ímpetu hasta las últimas ventanas. En la fuente hizo flotar unas misteriosas flores acuáticas. De vez en vez salía al campo y volvía cargado de semillas. Cuando él trabajaba en el jardín, había que emboscarse para verlo; de otro modo, suspendía la obra, y decía: "que ansina no podía trabajar", y se ponía a rascarse la greña con un mohín verdaderamente infantil.

Y las bugambilias extendían por los muros sus mantos morados, las magnolias exhalaban su inesperado olor de limón; las delicadas begonias rosas y azules prosperaban entre la sombra, desplegando sus alas; los rosales balanceaban sus coronas; las mosquetas derramaban aroma de sus copitas blancas; las amapolas, los heliotropos, los pensamientos y nomeolvides reventaban por todas partes. Y la cabeza del viejo

aparecía a veces, plácida, coronada de guías vegetales como en las fiestas del Viernes de Dolores que celebran los indios en las canoas y chalupas del Canal de la Viga.

¡Qué bien armonizan con la flor la sonrisa y el sollozo del indio! ¡Qué hechas, sus manos, para cultivar y acariciar flores! De una vez Jesús, como su remoto abuelo Juan Diego, dejaba caer de la tilma —cualquier día del año— un paraíso de corolas y hojas. Parecían creadas a su deseo: un deseo emancipado ya de la carne transitoria, y vuelto a la sustancia fundamental, que es la tierra.

Jesús sabía deletrear y, con sorprendente facilidad, acabó por aprender a leer. El esfuerzo lo encaneció poco a poco. Comenzó a contaminarse con el aire de la ciudad. La inquietud reinante se fue apoderando de su alma. Él, que conocía de cerca los errores del régimen, no tuvo que esforzarse mucho para comprender las doctrinas revolucionarias, elementalmente interpretadas según su hambre y su frío. A veces llegaba tarde al jardín, con su elástico paso de danzante, sobre aquellas piernas de resorte hechas para el combate y el salto, aunque algo secas ya por la edad.

Es que Jesús se había afiliado en el partido de la revolución y asistía a no sé qué sesiones. Yo vi brillar en su cara un fuego extraño. Comenzó a usar de reticencias. No nos veía con buenos ojos. Éramos para él familia de privilegiados, contaminada de los pecados del poder. A él no se le embaucaba, no. Harto sabía él que no estábamos de acuerdo con los otros poderosos, con los malos; pero, como fuere, él sólo creía en los nuevos, en los que habían de venir. A mí, sin embargo, "me tenía ley", como él decía, y estoy seguro de que se hubiera dejado matar por mí. Esto no tenía que ver con la idea política.

Una tarde, Jesús depuso la azada, se quitó el sombrero, me pidió permiso para sentarse en el suelo, diciendo que estaba muy cansado, y luego dejó escapar unas lágrimas furtivas. Comprendí que quería hablarme. Siempre, en él, las lágrimas anunciaban las palabras. Había una deliciosa dulzura en sus discursos, una quejumbre incierta, una ansia casi amorosa de llanto. Era como si pidiera a la vida más blanduras. Hubiera sido capaz de reñir y matar sin odio: por

obediencia, o por azar. Porque el indio mexicano se roza mucho con la muerte. Caricia, ternura había en sus ojos cierto día que tuvo un encuentro con un carretero. Éste acarreaba piedras para embaldosar el corral del fondo. Yo los sorprendí en el momento en que Jesús asió el sombrero como una rodela, dio hacia atrás un salto de gallo, y al mismo tiempo sacó de la cintura el cuchillo —el inseparable "belduque"— con una elegancia de saltarín de teatro. Yo lo oí decir, con una voz fruiciosa y cálida:

—¡Hora sí, vamos a morirnos los dos!

Costó algún trabajo reconciliarlos. Pero hubo que alejar de allí al carretero. Todos adivinamos que aquellos dos hombres, cada vez que se encontraran de nuevo, caerían en la tentación de hacerse el mutuo servicio de matarse.

Aquella melosidad lacrimosa que hacía de Jesús uno como bufón errabundo, frecuentemente lo traicionaba. Iba más lejos que él en sus intentos; disgustaba a la gente con sus apariencias de cortesía servil; daba a sus frases más palabras de las que hacían falta, cargándolas de expresiones ociosas, como de colorines y adornos. Indio retórico, casta de los que encontró en la Nueva España el médico andaluz Juan Cárdenas, mediado el siglo XVI. Indio almibarado y, a la vez, temible.

Pero no era esto lo que yo quería contar, sino que Jesús se puso de pronto un tanto solemne y me pidió un obsequio:

—Quiero —me dijo— que, si no le hace malobra, me regale el niño una Carta Magna.

—¿Una Carta Magna, Jesús? ¿Un ejemplar de la Constitución? ¿Y tú para qué lo quieres?

—Pa conocer los Derechos del Hombre. Yo creo en la libertad, no agraviando lo presente, niño.

Entretanto, comenzaba a descuidar el jardín y algunos rosales se habían secado.

Jesús volvió al campo un día, donde no permaneció más de un mes. ¿Qué pasó por Jesús? ¿Qué sombra fue ésa que el campo nos devolvió al poco tiempo, qué débil trasunto de Jesús? Todo el vigor de Jesús parecía haberse sumido como agua en suelo árido. Ya casi no hablaba, no se movía. El

viejo no hacía caso ya de las flores ni de la política. Dijo que quería irse al cerro. Le pregunté si ya no quería luchar por la libertad. No; me dijo que sólo había venido a regalarme unos pollos; que ahora iba a vender pollos. Inútilmente quise irritar su curiosidad con algunas noticias alarmantes: la revolución había comenzado; ya se iban a cumplir, fielmente, los preceptos de la Carta Magna. No me hizo caso.

—Hora voy a vender pollos.

—Pero ¿no te cansas de ir y venir por esos caminos, trotando con el huacal a la espalda?

—¡Ah, qué niño! ¡Si estoy retejuerte!

Y cuando salió a la calle lo vi sentarse en la acera, junto a su huacal, y me pareció que movía los labios. ¿Estará rezando? pensé. No: Jesús hablaba, y no a solas: hablaba con una india, también vendedora de pollos, que estaba sentada frente a él, en la acera opuesta. Los indios tienen un oído finísimo. Charlan en voz baja y dialogan así, en su lengua, largamente, por sobre el bullicio de la ciudad. La india, flaca y mezquina, tenía la misma cara atónita de Jesús.

Estos indios venían a la ciudad —estoy convencido— más que a vender pollos, a sentirse sumergidos en el misterio de una civilización que no alcanzan; a anonadarse, a aturdirse, a buscar un éxtasis de exotismo y pasmo.

Nunca entenderé cómo fue que Jesús, a punto ya de convertirse en animal consciente y político, se derrumbó otra vez por la escala antropológica, y prefirió sentarse en la calle de la vida, a verla pasar sin entenderla.

1910



FLOREAL

ESTABA recién casada. Vivían en una ciudad del Norte llena del zumbido de las locomotoras. Se cruzaron varias líneas de ferrocarril en medio de unos llanos polvosos, y en el cruce brotó una estación; cercano a la estación, un hotel; al lado dos o tres comercios, y junto a ellos las posadas de los traficantes, los paradores de los viajeros, las casas de juego. La ciudad era una estación grande, un campamento de comercio, con mucha población de chinos y yanquis.

De cuando en cuando bajan del tren unos viejos pálidos, erguidos. Entran en los garitos, echan un peso en la ruleta, ganan ciento, los guardan en el bolsillo del pantalón, vuelven al tren que ya silba, impacientes por seguir el viaje rumbo al Norte. Aquel peso que aventuraron, es el último peso que traían consigo.

Por el andén, un ciego canta al roncar de un descoyuntado acordeón:

> Soy transitante de Torreón a Lerdo,
> mis sufrimientos son por un amor.

Ella solía enviarme fotografías del pueblo, de su casa, de su jardincillo, donde se la veía muy enflaquecida, junto a un mocetón de buenos ojos que estaba en mangas de camisa, el puro en la boca y el rastrillo en la mano.

Me escribía cartas breves. Como no sabía escribir, sólo me decía las cosas esenciales. Como el polvo de la región lagunera flota en el aire durante el verano —me explicaba—, los crepúsculos lucen aquí unos colores, unos tornasoles insospechados.

—Pero ¿qué sal tiene este polvillo que se come los muebles? Mi juego de sala se ha envejecido en unos meses.

Su marido tenía instintos de obrero. Un día quiso hacer una mesa para la cocina: tomó unas ramas y las clavó toscamente en una tabla. Era primavera. (Como los hombres se

nos mueren, este recuerdo me es amargo.) Los crepúsculos de Torreón estaban como nunca gloriosos. El calor llenaba de ansias las cosas.

Una mañana, encontraron que la mesa había echado brotes, en la cocina, y la llevaron a florecer en paz al jardín.

Los ojos de ella habían cobrado un misterio singular, y, vista de cerca, en su epidermis había también unos como brotecitos pequeños.

Madrid, febrero 1915



EL BUCANERO

El editor al lector

HA TIEMPO que en la república de los lectores moran el disgusto y el tedio. Todos se duelen —y seguramente con razón— de que las Letras hayan perdido la virtud de agradar para convertirse en servidoras humildes de la Teoría o de la Ciencia. Los libros amenos, dicen, van acabándose, y las tesis críticas ocupan —en las obras de literatura— el sitio que ayer ocupaban las estampas. En los tres mil tomos de vuestras bibliotecas privadas, no hay uno capaz de divertir el aburrimiento de un enfermo o de serenar las imaginaciones de un melancólico. Y los autores de libros escriben los unos para los otros. *Remedios del alma* ha llamado alguien a los libros. Pero, entre los libros de estos tiempos, yo no acierto con uno solo que me haya proporcionado una hora digna de marcarse con la piedrecita blanca de los antiguos.

Confieso que cuando me ofrecieron el manuscrito de la presente historia, sólo quise recibir unos cuantos cuadernos, y que me propuse hojearlos por las noches, a fin de conciliar el sueño. ¿Un libro de viaje a tierra exótica? Muchos de éstos se han producido: o disgustan por lo inverosímiles o por lo mal escritos que están. Claro es que hay obras excelentes. Mas ¿quién negará que son raras? De manera que a muchas personas, apasionadas por tal género de lecturas, he visto desalentarse poco a poco, y al fin apartarse con indiferencia de semejantes libros.

Yo pertenezco al número de ellas. Llevéme a casa el manuscrito, y empecé a leerlo lleno de desconfianza. Pero a los primeros ensayos quedé tan cautivado, que fui pidiendo un nuevo cuaderno, cada día, hasta que, como escribió el latino, di con el ombligo del volumen. Éstos son —me dije—, éstos son los remedios del alma; éstos los libros escritos para ser leídos sin comentario.

Y, con el manuscrito enrollado, fuime a donde vive el dis-

creto varón Felipe Camíes, hombre de consejo, que une a las riquezas de la sabiduría el oro de una amistad siempre diligente. Sobre su mesa se amontonan los libros en torres vacilantes; plumas, espátulas y lentes en desorden, y en el aire reina un admirable silencio.

El manuscrito era de difícil lectura, duro de entender y lleno de lugares oscuros. El tiempo había hecho en él sus estragos, por donde se nota la incuria de nuestros mayores. Hubo, pues, que trocar vocablos, determinar sentidos confusos, adecuar regímenes ineficaces, y en fin enderezar errores de incorrección, de transposición, de omisión, de inserción, de sustitución, confusión de letras y confusión de abreviaturas. Por viejos estudios sabemos que un diablillo inglés llamado Titivil, el cual baja al mundo de cuando en cuando para llevarse a los copistas que se comen las letras de los manuscritos y las sílabas de los versos. A él sea consagrado nuestro esfuerzo, que no quedó línea sin retoque ni hubo trabajo que se perdonara para restituirlo todo a buen estado. ¡Al cabo vivimos en una época que empieza a gustar de las cosas claras y fáciles, y en fin la materia lo valía!

Era nuestra historia como un edificio gracioso al que se admirara de lejos y que se quisiera disfrutar, sin que lo consientan los caminos, cegados de guijarros y cardos. Ahora que se han acorrado los unos y arrancado los otros, ya es el paso franco. Que si algún obstáculo quedare, como bien pudiera suceder, dada la enorme cantidad que de ellos había, el lector se tome la molestia de apartarse un poco o dar un salto. Y para seguir la comparación —véase cómo ha sido posible meter pico y azada por las avenidas que nos conducen al edificio, sin atentar a las líneas de éste, donde nada había que cambiar.

En fin —y dejando ya las figuras—, que tras de haber hallado verdadera esta historia, se procuró que quedare escrita con estilo regular y pluma corriente.

A Monseñor

Monseñor: Parece imprudencia el ofreceros un libro: estáis siempre tan ocupado que no habríais de leer ninguno.

Leed éste, donde se contienen cosas tan útiles como placenteras; y, puesto que no podéis perder un instante, lo útil os promete que la lectura no será perdida, y lo placentero se os ofrece como desahogo de esas grandes preocupaciones que siempre están solicitando.

No sin intención, Monseñor, nos confiamos en vuestras manos, tampoco sin premio. Y tras esto, no os asombre encontrar amigos donde menos lo sospechabais.

Vuestro muy humilde y muy obediente servidor.

EL AUTOR.

De Frontiñera, Villa de los Pensieres.

I. *Embarco y costumbres de la mar*

La narración de los peligros pasados es un gusto natural en los hombres, y todos piensan que sus fortunas son dignas de ser conocidas. Yo no disimularé cuánto me complace el poder referir aquí mis aventuras. En otro tiempo —cuando lo consentían las fuerzas— solíamos, tarde a tarde, cabalgar yo y mis hijos, para ir a besaros la mano. Y viene ahora a punto una remembranza como pájaro que acude al señuelo. ¿No decíais, Señor, una ocasión, sentado en vuestra terraza y mirando el cielo, que no hay verdadera sabiduría sino en dar cada hombre lo que tiene? Pues, entonces, tengo yo de vuestros regocijos, y vos de mis tristezas, porque no se entiende mal el proverbio: *medre la viña de mi vecino, y todos hayamos de su vino.*

Tras de habernos embarcado a 2 de mayo de 1666 en el Abra de Gracia, y levado el ancla el mismo día, fuimos a surtir en cierto lugar del Cabo Berflor cuyo nombre no fijó la memoria. Atrás quedaban el hormiguero del puerto, la confusa noche de holgorio, los brazos de Justina y los ojos de Fernandeta y, junto a la posada de un día, un cartel rojo que grita: *À l'Escu de France et de Navarre.*

Íbamos a bordo del *San Juan,* barco mandado por el capitán Vicente Tilaya y que pertenece a los señores de la Com-

pañía Occidental; teníamos que reunirnos con el Caballero de Surdés, quien mandaba, en nombre del Rey, un navío al que dicen la *Herminia,* montado con treinta y seis cañones y destinado a la custodia de los barcos de la Compañía. Así, unas veces iba al Senegal de África; otras a Terra-Nova, y, en fin, a las Antillas de América. Los tripulantes de la *Herminia* gustaban de contar sus viajes rodeados por el asombro de la gente del puerto.

En Berflor se nos fueron juntando varios barcos, temerosos de cuatro fragatas inglesas que habían divisado o creído divisar a lo lejos. Y cuando esperábamos partir, se acercaron unas nuevas embarcaciones. Conocimos que eran holandesas y se dio orden de esperar. Entraban por la rada virando abierta por el flanco un aspa de remos color salmón; parecían sus mástiles candeleras descomunales; sus puentes eran en escala, y las popas relucientes de entalles y oros, como enjoyadas. En sus blancas grímpolas, el viento hacía vibrar la cruz roja. Solicitado a ello, el Caballero dio su permiso para que viajasen en conserva con nuestras naves; con lo cual demorábamos la salida y, ya, entre los del enganche, se murmuraba del Caballero. Al fin éste dejó oír su voz; y nombrando a nuestro capitán Vice-Comandante de la flota, y Contra-Almirante al de la *Esperanza,* los cuarenta leños comenzaron a costear el litoral de Francia, bien que con trabajos por miedo a las frecuentes rocallas, y cuidadosos de no alarmar a los habitantes de la costa, pues que el pirata inglés solía caer tan improviso como un vuelo de aves rapaces, y la zozobra tenía armados y sin sueño a los pescadores del contorno.

A pocos días, habíamos rebasado el Raz de Fontanal, salida de la Mancha y pasaje más que peligroso entre sus corrientes y encubiertos escollos. Llámanle los franceses *Raz,* palabra flamenca que da idea de velocidad. Muchos son los barcos perdidos en sus remolinos y rompientes. Al llegar allí, los marinos de las principales naciones celebran ciertas ceremonias de tanta risa como superstición, para que sirvan de conjuro a las olas. Primero diré la de los franceses:

El contra-maestre sale ridículo, a la antigua, con una larguísima toga que esconde sus pies; en la cabeza un bonete,

y al cuello una alechugada gorguera con unas bolas que los marineros llaman *pomas de raca.* Trae tiznado el rostro, un librote abierto en una mano y en la otra un sable de palo. Los que nunca han pasado el Raz, han de arrodillarse por turno ante el figurón, y él les da en la nuca un planazo ceremonial. Después se les baña a cubas de agua, salvo el recurso de soborno para el que quiera distribuir oportunamente algunos tragos. El mismo capitán tiene que ceder al imperio de la costumbre, y si su barco boga por primera vez entre aquellas sirtes, ha de pagar tributo en dinero, pena de que la tripulación asierre el enjaretado de proa que llaman la roda o el branque. No hay navío que cruce el Raz donde no se celebren estos ritos que también se observan en ambos Trópicos y en el filo del Equinoccio.

Otro tanto hacen los holandeses, aunque a su manera. Entre ellos el escribano de a bordo sale con el rol del barco y pasa lista por nombres y motes, preguntando a cada uno si ha navegado antes por el Raz. Al sospechoso de mentira se lo hace comer pan de sal para justificarse —que es un modo de juramento. Y si le convencen de falsedad, o paga quince sueldos, o le izan en el palo mayor, o le calan en la mar tres veces. Si es un oficial de a bordo, paga treinta sueldos; por los soldados se entiende que paga su capitán, y si es un simple pasajero, cuanto pueden le sacan. Mercader ha habido a quien hagan dar más de 30 escudos. A los mozalbetes de doce a quince los meten en canastones de mimbre y les vierten jarras de agua encima; y también a los animales embarcados. Después con el dinero habido, compran vino para todos en el primer puerto. Y tal ceremonia la repiten por los aledaños de Lisboa, o al entrar al Báltico, que llaman el Zund. Y si se les pregunta el porqué, suelen contestar que esas son costumbres heredadas de sus abuelos.

Los que nunca salen de su pueblo consideran desdeñosamente lo que no conocen. El que viaja o piensa viajar se informa con minuciosidad de los usos del hombre para no vivir como extranjero en la tierra.

II. *Tempestad, combate y arribo*

Los males pasados no pueden recordarse sin un sabrosísimo orgullo, como si la fuerza del desastre nos hubiera robustecido. Pero ¿en qué podrá aprovecharme esta vida mía, seca y sin amor? Me complazco en escribirla y no alcanzo la causa. Oigo el ruido de la aceña, pero no puedo ver la harina. ¡Ah, Monseñor! En vuestra sala de retratos había uno que ahora recuerdo. Sobre el busto negro y sin aliño, entre el follaje del cuello, asomaba un rostro blanco de palidez, un rostro puntiagudo con unas orejas de liebre, una barba rala y gris. Sus huecas mejillas, sus ojos dilatados bajo unas cejas espesas, por entre las cuales descendía una nariz palpitante, todo en él era figura del sufrimiento, y mostraba tan adusto ceño como si tuviera grabada una cruz en pleno rostro. Hablándoos un día de mis trabajos, me atreví a deciros:

—Éste es el retrato del hombre que ha viajado en la mar.

Los más de los barcos se nos separaron al pasar el Raz de Fontanal, quedándonos sólo con siete que llevábamos la misma derrota. Un viento fácil nos trajo hasta el cabo de Finisterre, donde el Portugal y la Coruña se juntan y dividen.

Allí nos asaltó una gran tempestad: La mar se puso blanca de espuma y los cielos plomizos con resplandores rojos de lumbre. Las olas nos traían por lo alto y luego nos soltaban en hueco, de modo que echábamos las almas por la boca. Ya era tarde para aferrar las gavias y ya los cables estallaban, y se rompían los mástiles como barritas de vidrio. El velacho se fue desgarrando y arremolinando, que parecía un buitre gigantesco. Luego una espantosa oscuridad cegó nuestra vista, y el ululato de los vientos nos ensordeció. Mecidas al acaso los barcos, corríamos peligro de estrellarnos unos contra otros. A veces, el casco acostado, cogíamos agua por la borda. Mortal extremo donde oí, con sensible efecto, la palabra de San Agustín: que para aprender a rezar, arriesgarse a la mar. Porque todos andaban con la plegaria en los labios, y yo no fui el último. Unos, parecían sólo preocupados de no caerse y otros gateando corrían en busca de una imposible salida. Cuáles yacían, algunos lánguidos, rodando

como cuerpos muertos. Y pasaron muchas cosas que yo no acertaría a pintar. Todos, en verdad, cuidaban de sí, y del prójimo no hacían caso.

Dos días nos cimbró la tormenta, tras de los cuales volvieron la calma y el buen tiempo, dándonos alivio para tender toda la vela. Pero los navíos que iban con nosotros se habían dispersado con el vendaval, dejándonos solos a nuestra suerte.

A doscientas leguas de las Antillas topamos con el inglés, y estuvimos una hora batiéndonos. La voz del cómitre sonaba por toda la crujía en los intervalos del estampido. Los bravos proeles, oyendo tronar sobre su misma cara, se desperdigaban un instante para volver al lugar del riesgo. Tal vez uno se derrumba, palpándose el pecho con ansia, y otro, como pájaro cazado, caía de lo alto. Volaron astillas del árbol; desapareció el estanterol. ¡Poca refriega! Más se hizo la guerra de oficio que de coraje natural, y la nave enemiga se fue astutamente bordeando sin disparar más que lo indispensable para cubrir su retirada. Grandes daños no hubo; pero entre el combate y la tempestad pusieron al *San Juan* de manera que ya anhelábamos puerto donde carenarle y donde alcanzar para nosotros algún descanso.

Al fin, empezando a faltarnos agua, se oyó el grito que consuela a los navegantes: a la vista estaban las Antillas, y la primera isla que vimos fue la Santa Lucía. El viento y la corriente nos impidieron acercarnos a la Martinica, y aunque navegamos entonces hacia la Guadalupe, tampoco nos fue dable abordarla. Entonces la sed nos hizo apresurarnos, y en cuatro días llegábamos a la isla Española, todos cansados y con ojeras.

Llegamos al puerto Margó, donde Ogerón, gobernador de la Tortuga, posee una hermosa residencia. Luego se nos acercó una canoa donde remaban hasta seis hombres, cuyo aspecto y hábito nos llenaron de asombro: llevaban por todo vestido una casaquilla de tela y un calzón hasta medio muslo; mas había que mirar de cerca para distinguir la tela de que tales prendas estaban hechas: tan embebidas parecían en la sangre de los animales que andaban acarreando. Los hom-

bres eran muy atezados, y unos traían erizo el cabello y otros anudado en moños; todos con unas grandes barbas y, por armas, en un cinturón de cocodrilo, cuatro cuchillos con una bayoneta.

—Son los bucaneros —nos dijeron los que conocían el país.

Más tarde, yo mismo había de pertenecer a su gremio. Dejo para más adelante el relato de sus costumbres. Nos trajeron cuatro jabalíes, que bastaron a nuestro apetito, exento de carne fresca desde hacía ya mucho, y era tanto el gusto de comerla que los marineros se burlaban diciendo que las fieras estaban riéndose, arremangada en los colmillos la jeta. También los habitantes subieron al barco y nos colmaron de frutas y refrescos.

Echamos a tierra la chalupa por agua dulce y volvió cargada, todo lo cual nos restableció de manera que desde aquella noche se olvidaron los trabajos pasados y las reflexiones mohinas. Al romper el alba del otro día abrimos el ala para la Isla de la Tortuga, de que distaríamos siete leguas y anclamos hacia mediodía, séptimo día de julio del año del Señor de 1666. Tras saludar el fuerte con siete pelotazos y poner al abrigo el leño, saltamos a tierra y fuimos a rendirnos al Gobernador, que nos esperaba en la playa con los principales de la Isla. Él nos recibió como quien era y desde ese instante le agradecí mercedes que ya no escasearon para mí, según se verá por mis renglones. A los del enganche de la Compañía nos llevaron al almacén del Comisariato, y el capitán entregó al Comisario los pliegos de órdenes. Holgamos dos días, abiertos los ojos y la boca, mientras resolvían en qué emplearnos. Al cabo se abrieron los pliegos y se vio que los señores de la Compañía deponían a Le Gris, su Comisario General, sustituyéndolo por Lavie, entonces Lugarteniente de la Isla, con instrucciones de que vendiese las especias, cubriese las deudas y embarcase al dicho Le Gris para que fuera a Francia a responder por sus hechos.

Se acabó el asueto y todos volvimos, y nos expusieron en venta a los colonos. Se nos apreció en 30 escudos por cabeza, dinero que cobraba la Compañía obligándose en cambio

a alquilarnos por 3 años cabales, durante los cuales el colono dispondría de uno a su guisa. Yo no diré los desastres que me embarcaron y dieron conmigo en tanto oprobio. A nadie interesan y enojarían al lector. Sólo digo que el Gobernador tuvo intentos de rescatarme y volverme a Francia, viendo claramente en mis rasgos que, de topar con amo cruel, yo perecería.

Pero ya me tenía escogido el Lavie y por nada quiso soltarme; sobre lo cual hubo varias diferencias. Tuve, pues, que servir a este amo cruel, que así he de llamarle según luego me hizo padecer.

Y ahora, lector, te diré lo que sepa de la Isla de la Tortuga, para no cansarte con mis lamentos.

III. *Descripción de la Isla de la Tortuga y de sus cosas más notables*

Latitud Este de la Isla de la Tortuga bajo el 20° 30′ 40″ al Norte de la línea del Equinoccio y junto a la gran Isla Española que otros llaman Santo Domingo. Tierra en forma de tortuga, de 16 leguas de casco y sólo es accesible por el Sur, canal de la Isla de Santo Domingo. Fondo de arenas menudas, abrigaño del viento. Es el solo puerto. Rodéanla rocas y los habitantes las llaman Cestas de Fierro. Quedan algunos ancones de arena, apenas accesibles a la chalupa. En su abra hay un fuerte y una batería. Seis barrios: Bajatierra, Cayona, Montaña, Milplanta, Ringote y Punta-Mazón. Aún podía habitarse en un sétimo: Cabotierra, pero no tiene agua, que es escasa en la Isla. Todos van a las pocas fuentes y tienen que beber de la lluvia —de lo que parece mal informado el Padre Du Tertre cuando, describiendo la Isla en la Primera Parte de su *Historia de las Antillas,* dice que está regada por numerosos ríos.

Sólo hay un barrio en el puerto de Bajatierra con almacenes de habitantes y los figones. Mosié Blondel, Ingeniero del Rey, estando en Antillas en 1667, desembarcó en la Isla

de la Tortuga y trazó el Fuerte, pero no lo ejecutaron bien: sólo construyeron la Torre, que más se parece a un palomar. Buen terruño en toda la parte habitable y fértil. Cuatro tierras roja y gris de que se hace vasos tan buenos como los que vienen de Génova. Montañas de roca dura con árboles enormes. Las raíces de fuera y corren por las rocas, sólo agarradas en sus hendeduras y naturales junturas. Muy secos de suyo, en cuanto se les corta estallan en astillas al sol: sólo sirven para quemar.

Capitoso tabaco. Caña gruesísima y menos acuosa, más dulce que en otras partes. Mucha fruta. Plantas medicinales. Poca caza. De cuadrúpedos, sólo jabalí que trajeron de Santo Domingo y se han propagado. Y Mosié de Ogerón, gobernador en mis tiempos, prohibía cazarlos con perro, para no destruirlos tanto. Sólo permitió la caza a espera o acechadero.

Sólo hay torcaces, tórtolas y pajaritos que no valen dar postas. En cierta estación hay tantas torcaces que de ellas viviría el habitante. En tres o cuatro horas maté 95 sin alejarme 50 pasos a la redonda. Caen sobre los árboles, comen el grano y se ponen incomibles de amargas.

Gentil hombre Gascón recién llegado, le dieron torcaces a fin de estación y estaban amargas de que quejare. Uno de la tierra que estaba a su mesa, le dijo riendo que habían descuidado quitarles la hiel.

—*¡Cap de vis, vous avez raison!*

Y se puso a apalear a sus criados culpándolos de echarle a perder los buenos bocados. Y el otro le dijo si las torcaces de su tierra tenían hiel y le explicó la causa.

En el canal mucho pescado, cangrejos sin pinzas. De noche, a la luz de alcandora, con palos de sándalo amarillo, hacen hachones. Palo de candela le llaman por la clara luz que da aunque esté verde. Y se dejan coger.

Hay todo marisco de concha: almejas, ostras, caracoles marinos, estrombos, porcelanas y otros sin nombre.

Reptiles: tortugas, cangrejos (blancos) y turbirús (cangrejos también): dañinos: horadan la tierra, cortan la raíz de tabaco, etcétera.

No hay serpientes venenosas, pero sí culebras que se comen gallinas y pichones. Y he visto una de cinco cuartos de ava que se acababa de comer 7 pichones y una gallina: nos los comimos cochifritos después de abrir la culebra. También he comido de estas culebras. En la necesidad, se acomoda uno a todo.

Y hay un bicho metido en concha como el caracol pero con cuernos de cangrejo, bueno de comerse. Les llaman *soldados.* Se les acerca al fuego, salen solos, se les mete en un saco al sol: destila un aceite rojo bueno para todos los dolores fríos y encogimientos de nervios.

Camaleones y lagartijas.

Hormigas. Deja uno una hora un trozo de carne en la mesa y no se ve más que un hormiguero.

Avispas y moscos de mil trompetas y rejones.

Escorpión, araña, gusanos, orugas. Ninguno venenoso o importuno como los *Mosquitos* y *Maringüinos.* Cienpiés. Por las plantas sí hacen daño.

Hablaré de un árbol, un arbusto y una planta. Árbol: alto como peral, hojas como laurel silvestre, frutito de sabor y olor de camuesa: *manzanilla.* Si el fruto cae al mar, su veneno se comunica a los peces, de que la becuna es muy golosa. Los dientes se les ponen lívidos o negruzcos. Pero en 1667 toda la Bajatierra creyó haberse envenenado con tazar que trajo un pescador indio. Se come por contraveneno la espina asada del mismo pez, empapada en vino. Por entonces no se halló más que aceite de olivo. Los indios le prueban al tazar el corazón, si les pica es que comió manzanilla; si es dulce, lo comen. Remedio: líganlo e impídenle beber 2 o 3 días; pero es un tormento y grita que se arde. Enrojécese el cuerpo y la lengua negra (fuego y carbón). Si ha comido mucho, muere. También es numeroso en hojas: da jugo lechoso y cáustico. Si se duermen y les cae gota de agua, se hace erupción, erisipela que ciega.

Arbusto: parécese al pimiento, pero crece más; fruto pesado: *pimiento de ojo,* porque lo pelan los indios y se frotan con él los ojos para ver más claro en el fondo del agua para

pescar con flecha o arpón. La raíz veneno. Contra: la semilla en vino. Una esclava que no cedió a un esclavo, murió de que —dormida— le pusieron hojas en los pulgares (de manzanilla). Un perro que dormía en quien probé, murió: el otro despierto, no.



PLÁCIDA SIESTA

CON el bochorno de la siesta, la vida de la ciudad se suspende. El sol reina en el aire y se enseñorea de las calles. Los hombres desaparecen por una hora, y hasta el Cerro empieza a esconderse en brumas de sudor. Sólo las urracas siguen, desde los árboles de la Plaza, desenredando el hilo del tiempo, entre los chirridos metálicos de esa ruequecilla de canciones que llevan en el "buche".

Por primera vez me quedo solo, y dispongo mi ánimo —no sé si como quien se amuralla o como quien de antemano se rinde— para recibir el amago de las emociones, de los recuerdos, que suelen atacarnos siempre entre saetazos de lágrimas.

He aquí que los efluvios profundos de mi influencia van a subir hasta la superficie de mi conciencia —hasta la superficie, como diría Dante, del "lago del corazón". Las memorias, al saberme solo, van a cerrar sobre mí en ejército compacto. Pronto sentiré, sobre las puertas del pecho, los puños de los asaltantes. Pronto —en esta lucha sentimental— seré vencido...

Pero ¿qué nueva paz, qué embriaguez radiosa va entrando en mí, sin que sepa yo de dónde viene? ¿Cómo es que la alegría estaba en mí, y los sentidos no lo sabían? ¿Por qué, en lugar de soportar el temido ataque de los recuerdos, resbalo lentamente hacia una zona de regocijo casi infantil? ¿Qué hados, qué ángeles guardianes —olvidados entre los árboles del jardín paterno— me estaban esperando aquí, desde hace años, para suscitar, al toque de sus alas, cuanto hay en mí todavía de niño?

¡Oh, plácida siesta! ¡Oh, soledad poblada de contentamientos inexplicables! ¿Qué pudo adormecerme así, alucinarme así con la sensación de una plenitud, de una reintegración en la atmósfera nativa, de una continuidad biológica superior a las vicisitudes de la conducta y a los sobresaltos

del recuerdo? Acaso la Sombra del que apenas debo nombrar gusta de vagar todavía por la tierra a la que dio su aliento. Acaso su compañía más que humana se insinúa en mí y me conforma, a manera de inefable vino.

Y gozo —sin entenderlo yo mismo, y más allá de los permisos de la razón— de aquel sentimiento de los primitivos que se imaginan asimilar poco a poco, al paso de los años, las virtudes y la electricidad vital de sus antecesores muertos. Honda comunión del alma en el alma, un amor más alto que la vida, más alto que la muerte, ha tocado, por un instante, mis sienes fatigadas.

Monterrey, 10 de mayo de 1927



CALIDAD METÁLICA

Río de Janeiro, 3 de julio de 1930

NINGUNA mujer me ha querido con tanta precisión como tú. Es una precisión tan grande que casi es dureza. Es una dureza tal que ya es una solidez. Es una solidez toda sustantiva. Cuando quiero escribirte sobre nuestro amor, me sobran todas las palabras, se me vuelven de agua y me parece que quiero envolver y encerrar en agua una cosa sólida y dura.

Fíjate bien en que hablo de "dureza" en el sentido físico; no de dureza moral, no de "crueldad". No de "maldad", en suma. Tú a veces has sido cruel y mala conmigo, pero eso no lo hizo tu amor, sino tu amor propio, es decir: tus celos. Por eso no lo pongo a cuenta de tu amor. No. Lo que me asombra es esta calidad metálica de tu amor, esta cosa desnuda y segura. En verdad: tú supiste siempre lo que querías, y tú me diste a mí la llamada de atención. Para la inexperiencia en que vivías, ¡qué inmensa energía moral en tu manera de abordarme, de fijarme un día una cita precisa, y de decirme, sin preámbulos: "Dígame ahora todo lo que tiene que decirme"! Esto revela, cuando lo pienso bien, una energía tan tremenda que da miedo. Y lo extraño es que esta inmensa energía tenga, toda ella, forma de mujer. Quiero decir (voy a ver si logro explicarme o si me entiendo yo mismo): lo extraño es que esta energía tuviera por fin, por incentivo, el entregarse, el entregarse de veras, sin reservas, sin querer conservar autoridad ni control ningunos. Tú sólo querías ser devorada: ésa es la verdad: ser poseída —y poseída con extravío, hasta el estrujamiento y el abuso si fuere posible.

Tal vez por eso nadie me había hecho sentirme tan hombre. La gente de mis hábitos mentales es, por esencia —a pesar de todo lo que parezca— tímida. La inteligencia es un gran disolvente de los ímpetus naturales. Yo sólo podía saber de veras lo que quiero de una mujer, el estrago de amor que

tengo ganas de hacer en ella, cuando apareciera una mujer lo bastante brava para dar por supuesto ese apetito mío, casi diré para reclamármelo. Cuando tú me asegurabas, entre caricias: "Nadie sabe mejor que yo el hombre que tú eres, nadie lo ha adivinado mejor", yo sé bien que tú no querías hacerme una caricia con palabras. Esa retórica de la ternura —la caricia por la blandura de la caricia— está lejos de ti. En ti, contigo, el amor es bravo, puro, sin ternezas inútiles ni disimulos infantiles. Sagrado, algo feroz. Tendría que inventar otras palabras para hablar de tu amor. Siento que no está hecho el lenguaje de esto... el lenguaje aplicable a lo que a ti y a mí nos acontece.

Ello es que te has apoderado de mi cuerpo, de mis nervios, de mis deseos, de mis imaginaciones, de mis ensueños, de mi sensualidad, de mi idea de la vida... Yo creo que empieza para mí una nueva era, y toda procede de ti. Siento que me he estado mintiendo solo, que hacía yo una farsa delante de mí mismo. Desde que tú me quemaste, empezó a organizarse en mí otro nuevo equilibrio.

Es muy rara —lo sé— esta manera de hablarte de mi amor. Yo no tengo la culpa que tú hayas causado ese torbellino en mi mente. Es bueno que sepas que te recuerdo incesantemente, y que sobre el solo recuerdo de tu cuerpito estrujado, y de tu alma atónita de voluptuosidad entre mis brazos estoy yo sintiendo nacer, dentro de mí, otro sentido del mundo.

Tuyo.



EL SAMURAI

Río, 20 de agosto de 1938

MI QUERIDO Carlos: Me has hecho creer —halagando ciertamente uno de mis más profundos instintos— que yo soy una naturaleza epistolar, y que de tal manera me ves inculcado en la necesidad de escribir que, si no hubiera papel y pluma, no se explicaría mi paso por la tierra. Así te las has arreglado para que yo te escriba cartas de todas partes a donde voy, aunque tú te olvides de contestarme. Yo sé que eso es lo que quieres, pero te confieso que tal situación corresponde también a mis deseos más íntimos. Porque yo tengo —como todo viajero— muy dispersa la vida, y diseminada en tantas tierras cuantas hasta ahora he recorrido; y aunque llevar un diario me serviría para atar los cabos o ensartar en un hilo de tinta las perlas sueltas de mi varia existencia, soy muy perezoso para ese menester, y en cambio me siento singularmente excitado a la sola idea de que estoy escribiendo para los ojos de un amigo. Así, doy unidad a mi ser tejiendo a punta de pluma sus miembros descoyuntados y sueltos, y el escribirte me ayuda a sentir la trayectoria de mis andanzas, que de otra suerte se me perdería en la maraña de comarcas y latitudes. Cada clima y cada época —por un mimetismo inherente a la humana naturaleza— determinan, en mi modo de ser, alguna variante. Y el llevar registro de mí mismo en las cartas que de todas partes te envío, me sirve para buscar y fijar el tema fundamental de mi ser. ¿No compara Von Uexküll la vida de todo ser con una melodía? Pues yo soy una melodía arborescente, por la obligación de ramificarme en que me ponen los cauces que recorro; y de aquí que necesite un estudio, unos instantes de concentración, allá de cuando en cuando, para reasirme otra vez y adueñarme de mi propia conducta. Y esos instantes son los que consagro a escribirte, dándote mis noticias.

Yo creo, guardando respetuosamente las proporciones, que mi caso se parece al de don Juan Valera quien, como yo, también andaba viajando y escribiendo libros. Y me figuro que los millares de cartas de su mano y de que la mayoría, según me ha revelado mi amigo Manuel Azaña, sigue custodiada por la familia, sin que haya modo de obtener licencia para su publicación, lo que es una lástima, le hacían veces, como a mí, de puntos de sutura entre las diversas piezas de su vida. Y también sospecho —y aquí otra utilidad de las cartas— que, siendo comunicativo y sociable ya de suyo, en lugar de tomar nota de sus recuerdos mediante un solitario monólogo, prefería ir vertiendo en sus cartas cuanto le parecía digno de ocupar su memoria, y luego ojeaba las copias —que siempre conservaba— para ir sacando de ahí el material de sus bien documentadas novelas.

Sea como fuere, has ganado la suerte de tener un amigo que te divierta en tus insomnios. Porque no pongo en duda que mis cartas te sean una diversión y esparcimiento. Me confieso a veces contigo a corazón abierto, y lo que es a ti te cuento cosas que no me las contaría a mí mismo, sin la viciosa provocación de escribirte, que ya va rayando en manía. El día que un doctor psicoanalista de los de ahora me quisiera partear el alma con esa nueva mayéutica a que Freud ha dado su nombre —ya presentida por Sócrates y ya aplicada con empírica sabiduría por la Iglesia católica— no iba a encontrarme ningún complejo o, digamos, gato encerrado en la subconsciencia, porque todo lo habré volcado, depurándome de paso a mí propio, en estas mis interminables epístolas.

Pues ¿qué dirás si te traigo ahora a los más escondidos secretos de mis días y mis noches, como si te pusiera en mi alcoba y detrás de un biombo —nuevo Cardenal de Bernis— a contemplar lo que siempre se hizo a solas y que nuestro padre Rabelais llamaba "jugar a la bestia de dos lomos"?

Anda por ahí un refrán que dice: "Quien quiere la col, quiere las hojitas de alrededor." Pero ésta es precisamente la fatalidad del amor, el cual nunca quiere las hojitas y el yerbajo adventicio, sino, como en el poema de Juan Ramón Jiménez, la flor sin tallo y sin raíz, la flor pura. Al amor le

estorba todo el cuadro de las convenciones sociales a través de cuya maraña tenemos que desentrañarlo; y como nunca se da en estado de limpidez, sino que aparece tejido con cosas que le son ajenas, aunque el amor en sí sea bueno, meterse en una historia de amor resulta siempre, como dice la gente, meterse en un lío, en un quebradero de cabeza. Por donde todo amor trae consigo enojos sin cuento. El perfecto amante, como el 'Don Juan' de Bernard Shaw, siente que su amor se enfría un poco en cuanto descubre, en la mujer que lo atraía, el parecido con los padres o los hermanos, el diente orificado, cualquier rasgo, en suma, que perturba en el objeto amado la perfecta femineidad y su "individuación" absoluta. Pues ¡qué si tiene que cargar, además con los amigos y amigas, las primas o las tías! Hay que tener resistencia de avestruz para tragar, con el verdadero alimento, una porción de piedras. Te digo esto para que me compadezcas cuando sepas que yo me enamoré de una muchacha que andaba siempre rodeada de unos cuantos amiguitos, quienes siempre la acompañaron desde la infancia.

Es frecuente que ciertas niñas, en quienes la sensualidad habla pronto, aunque ande como difusa y no localizada, prefieran la amistad de los varoncitos de su edad, y hasta adopten sus juegos y sus vestidos, empujadas por un instinto cuyo verdadero nombre ignoran todavía. Y si toca la casualidad de que los varoncitos que les caen en suerte sean de ese tipo equívoco y levemente indefinido, que tanto se da entre la generación juvenil de ahora, entonces se crea entre ellos y ellas una asociación de tipo casi morboso —aun cuando no caigan en cosas ilícitas—, una cohesión secreta y cerrada, un entendimiento tácito, con todos los gustos y picantes de la confabulación contra los demás grupos sociales. El entendimiento llega a lo increíble: todo es, entre ellos, palabras convenidas, guiños, señales indescifrables. ¡Ay del que se deja atraer por un torbellino semejante! ¡Ay del que se deja morder por estas tenazas, y sobre todo si no pertenece a la categoría que, a falta de término más piadoso, he llamado aquí "indefinida"! El que se atreve a romper el círculo mágico, que espere castigos. El que entra en esta masonería secreta ya puede vivir la barba sobre el hombro.

Imagínate, pues, una de estas muchachitas que digo, criada entre muchachos de virilidad indefinida, que la tratan fraternalmente y hasta la respetan a su modo. Entre ella y ellos no habría un cambio de experiencias sexuales, sino sólo un comercio de íntimas revelaciones y charlas que mantenía alerta la curiosidad y el vago apetito. Graciela se acosumbra a ser la confidente y a compadecer y entender los desvíos de los muchachos. Ellos han encontrado en ella el medio de asociarse a una mujer sin necesidad de amor: es el mínimo de mujer que ellos toleran. Además, a Graciela y a sus amigos les atrae el hombre igualmente, común denominador en que se ajustan. En esta sociedad se insinúa poco a poco su tantico de desvergüenza, ambiente que Graciela aprovecha, guiada por su instinto, para admitir o permitirse ciertos atrevimientos. Los chicos no parecen conceder importancia a esto; pero en ella, esta conducta va aguzándose y desequilibrando un poco el temperamento.

Y cargado ya así el ambiente, aparezco yo. Me siento atraído a ella irresistiblemente (aunque te rías de mí), porque tiene la costumbre, en los restaurantes, en los cafés, en los casinos, de descalzarse un pie con otro por debajo de la mesa. ("Descalzando un pie con otro", motivo de los romances de Píramo y Tisbe ¿te acuerdas?). Adivino en un abrir y cerrar de ojos a la hembra incipiente. Sospecho la temperatura de irritación estéril a que sus amigos la han llevado. Me dejo fascinar; admito la compañía —al principio insoportable y poco a poco tolerada con mayor paciencia— de los muchachos, a cambio de merecer el amor de la muchacha... ¡Y ya estoy perdido!

Y ya estoy perdido por la sencilla razón de que todo, a mi alrededor, facilita el deslizamiento. Aquellos hermanos pecadores no se burlan de mí, al contrario. Me rodean de una atmósfera de deferencia; parecen confabularse en mi ayuda. Y es que soy su asunto de lujo, su gran acontecimiento sensual que alimenta sus secretos y sus confidencias. Graciela, turbada y, a pesar de todo, algo indecisa y paralizada a presencia mía, parece absorber en silencio las emanaciones que yo le mando, va descubriendo que apagan —exactamente— una sed a la que ella no sabía dar nombre; se deslumbra y

tiembla en un silencio arrebatado que acaba por enamorarme y enloquecerme. Y luego, a solas con sus amiguitos, aquello se vuelve una orquesta de revelaciones, de descubrimientos, de confesiones y recuerdos, que ellos a su vez apuran desde su apetito desorientado. No sé ya quién va a disfrutar más de esta experiencia amorosa: si yo cuando al fin la haga mujer, o ella y ellos cuando lo comenten, lo evoquen, lo imaginen, lo sazonen de fantasía difusa.

Me temo que la preparación de mi historia te interese más que el desenlace, y voy a abreviar. Mi solicitación amorosa no tuvo de pronto más efecto que caldear, por decirlo así, la atmósfera de cuarto cerrado, de estufa, en que vivían Graciela y sus amigos. Pero el efecto final fue de tal manera desviado, y por lo mismo cómico, que casi acaba en chascarrillo.

Hoy sabemos bien, gracias sobre todo a las grandes novelas contemporáneas, que lo cortés no quita lo valiente, y que así como hay mujeres que cazan a pluma y a pelo, así también estos sujetos indefinidos que venían a ser el coro de Graciela suelen, aunque sea de pasada y sin concederle honores de primer premio, aceptar, a modo de *accesit,* alguna aventura común y corriente con las mujeres.

Y verás lo que sucedió. Era un tal Armando. Guapo, aunque me pese y, sobre todo, "dotado de ojos" y con maneras cautivadoras. Poco a poco, se desprendió del coro anónimo de muchachos y dio unos pasos hacia Graciela. Quiero decir que empezó a participar más íntimamente en sus dudas y en sus tentaciones. De modo que yo, sin saberlo, conforme despertaba a Graciela y trataba de conducirla por la vía derecha, resulta que la acercaba a Armando.

Y como, al fin y a la postre, mi estrategia era una estrategia masculina, como llevaba su paso pedido y hasta cierto cuidadoso recato para no romper de repente ese delicado cristal del rubor y de los pudores, me quedé atrás. Armando, que procedía por otro camino, que por llevar la marca de los no peligrosos o no comprometedores, se metía a deshoras en la casa, se hacía servir por la cocinera, tuteaba a la criada y hasta empujaba la puerta de la alcoba, sencillamente me ganó por la mano.

—¿Contigo? —dijo Graciela entre burlona y escandalizada.

—Conmigo, sí —dijo Armando—. Conmigo no tiene importancia. Es como si fuera tu hermana.

¿Necesito decirte más? ¿Ves desde allí mi cara de futuro amante burlado? Desde entonces, Carlos, les tengo a estos indefinidos más miedo que al Ogro. No, no podemos con ellos. Usamos armas desiguales. Nosotros disponemos de un solo recurso, un solo campo de operaciones, una sola espada. Ellos, como el Samurai, tienen dos espadas.

Y aunque te parezca un contrasentido y una blasfemia, me atrevo a decirte al oído que ellos parecen contar con la complicidad de la madre naturaleza, esta Lena, esta Celestina.

Te abraza tu amigo

ROBERTO MONTES



ANÁLISIS DE UNA PASIÓN

Río, 10 de junio de 1940

YO HABÍA oído decir mucho bien y mucho mal de esta tierra. Más bien que mal. El bien se refiere a su espléndida naturaleza y a la general dulzura de su gente. El mal, a cierto carácter escurridizo que se advierte en el trato, cierta aparente hipocresía disimulada bajo extremos corteses. La suerte me ha proporcionado la ocasión de ponderar por mí mismo estas medidas. A un casi recién llegado no hay que pedirle que cale muy hondo. Pero he comenzado ya a creer que ese carácter escurridizo es una fórmula de equilibrio ante la vida, tan legítima como cualquiera otra; que esa aparente hipocresía no lo es de veras, porque no esconde mala intención ni engaño, sino un deseo de ser agradable ocultando toda aspereza a todo impulso ingrato; que esos extremos corteses son un hábito fundado sin duda en bases étnicas, contaminaciones del mestizaje y solicitaciones telúricas, de ambiente, de geografía, del aire que se respira y del agua que se bebe.

Si en la América hispana el tipo popular acentúa otros aspectos más bruscos de la fuente ibérica primitiva, en la América lusitana más bien acentúa los aspectos de suavidad y amaneramiento. ¿Pone África, también, su modesta contribución de sonrisa, sometimiento y gracia cándida? La verdad es que estas generalizaciones étnicas no llevan muy lejos. Lo que importa es insistir en la buena intención de semejante actitud, que desarma toda censura, y también en la naturalidad y constancia con que esa tendencia se expresa, lo que desarma toda sospecha de artificialidad o cálculo.

En la vida familiar, en los interiores domésticos, el ceremonial cortés —suelo de civilizaciones— se mantiene con igual persistencia. El padre anciano da las gracias cumplidamente a la niña que le trae el vaso de agua, como si estu-

viera de visita en su casa y tratara con persona mayor a quien debe algún acatamiento. El viejo imperio de confitería y colorines perpetúa así sus ritos de corte en medio de una república relativamente turbulenta (relativamente tan sólo: junto a las hispánicas, parece pacífica).

Después de todo, cada pueblo tiene su mímica y ahora recuerdo que los hispanoamericanos recién llegados a España casi se sienten ofendidos y maltratados por cierto altivo tono de voz de los españoles, y hasta creen que quieren mandarlos a otra parte cuando les dicen cosa tan santa como: "¡Vaya usted con Dios!" Pues ¿y los argentinos que lo miden a uno de pies a cabeza, comparan los respectivos trajes con la mirada y luego se dirigen a uno en términos que parecen delatar una guardia previa contra alguna agresión posible? Y sin embargo, son leales, varoniles, y dan de una vez la mano para siempre.

Enigmas de frontera son éstos, y la experiencia y la simpatía nos enseñan a resolverlos poco a poco.

20 de junio

No acababa yo con el enigma anterior cuando otro nuevo me solicita. Éste me parece menos general que el primero. Aquél se refiere a una característica nacional, y ahora entro en consideraciones sobre un temperamento individual cuyo tipo, aunque bastante extendido en este país, acaso sea propio solamente de cierta capa social, o de ciertos grupos limitados. He comenzado a frecuentar familias y corrillos. Me he dado cuenta de que, sobre la cortesía escurridiza que antes provocó mis reflexiones, crece a veces una planta humana con características singulares. Buena parte de la conversación de esta gente, sobre todo entre las mujeres jóvenes, se consagra a exterioridades triviales. Pero nada hay tan trivial como el aceptar lo trivial en calidad de *ultima ratio*. Analicemos. Si por ejemplo, debajo de la preocupación argentina por el vestido puede descubrirse una gran virtud de disciplina social, ¿por qué no ha de haber alguna virtud resguardada bajo la aparente trivialidad de la conversación de estas jóvenes?

Y ante todo, ¿en qué consiste esta trivialidad? En que viven intensamente con los sentidos y dan noticia constante-

mente de los mensajes que reciben por los sentidos. Ceden a la fórmula del "extravertido". Y, como es de rigor, el sentido visual domina, simbólicamente, sobre los demás. Viven con los ojos ante todo; después, con los oídos; después, con el tacto, a lo que ayudan las libertades playeras, el nudismo gimnástico (valga el pleonasmo), el calor, la sensualidad natural; y luego, en una categoría ya muy atenuada, viene el olfato, que no tiene cualidad especial, y al fin viene el gusto, tan rudimental que no saben comer bien, y a veces apenas comen porque no les hace mucha falta: lo compensan la luz, el aire, el clima.

Ahora bien, yo he observado siempre que los temperamentos visuales dan un carácter de optimismo, de alegría candorosa. Para el que se divierte mucho con los ojos, no hay rumia malsana, no hay graves complejos psicológicos. Está como sometido a una purga o catarsis continua. Nada más trivial en la apariencia, nada más saludable en el fondo. La muchacha agredida por declaraciones sentimentales y apasionadas, en vez de sobresaltarse, contesta como si estuviera ausente (a fuerza de estar más que presente): "¿Has visto qué lindo gorrito rojo lleva aquel niño?"

Este procedimiento, en los caracteres que describo, es tan constante y tan infalible, que aunque comencé por creer que era un arte defensivo, he acabado por pensar que es un automatismo, un reflejo.

Dejémonos de generalidades y vamos a la verdadera cuestión. Estas experiencias proceden, para mí, de intentos amorosos. Tengo que ser completamente sincero, si es que este diario ha de tener alguna utilidad para mí mismo o los que lo lean a mi muerte.

Cecilia no me deja llegar hasta ella, aunque todo el día parece provocarme, no sólo con sus gracias y prendas, sino también con el tacto y las miradas, y aun con la sensualidad espontánea (¿inconsciente?) de sus maneras. Pero no me deja llegar hasta ella, cuando me adelanto hacia el terreno sagrado, me ataja con una observación visual. Todo el día la estudio y trato de entenderla. Debo de estar muy apasionado si, como supongo, el amor humano y el amor divino consisten

igualmente en una larga meditación para captar al objeto amado.

Es medianoche. Otro día, cuando me deje libertad este naciente amor, me ofrezco seguir reflexionando. Gran ergotista el amor, consumado escolástico, doctor sutil. Constantemente parte cabellos en dos, enreda y desenmadeja. ¿Amar es un extremo agudo del razonar? No es tal su esencia, pero sí su procedimiento.

30 de junio

Hay, en esta nueva generación de hembritas, un gobierno de las costumbres que nada tiene que ver con el pudor, porque ni siquiera son muy púdicas y con la mayor naturalidad declaran, por ejemplo, que se sienten algo cariñosas porque andan en los "días incómodos". Más bien parece un efecto de elegancia del trato y de anhelo de independencia. Del amor sólo se habla como murmuración social, y siempre se le ridiculiza en los otros. Del propio amor no se habla sino cuando se hace el amor. Y en las horas vagas, si te vi no me acuerdo. Cecilia, al menos, es así, aunque no conozco todavía a fondo su vida de amor.

A este dominio, que llega a la inhibición de ciertas expansiones naturales, yo le llamo *in mente* "el encogimiento británico", y lo atribuyo para mí a la influencia de alguna institutriz inglesa en la infancia. ¿Cómo aliarlo con el carácter extravertido y el temperamento que he llamado visual? Muy fácilmente: yuxtapónganse lo uno sobre lo otro y se comprenderá que se ensamblan y se ajustan como el cóncavo y el convexo. No entre en los jardines de la psicología quien no entienda de geometría. La visualidad se organiza en sistema defensivo de la intimidad. Así, la superficialidad no es más que la expresión de una profundidad recatada.

Y hago bien en buscar estos símiles físicos, porque precisamente el dominio de Cecilia sobre sí misma puede reducirse a un esquema físico: toda conducta se resuelve en movimientos del cuerpo, en moverse para este lado o para el otro, en dejar o no dejar llegar una mano hasta nosotros, en pronunciar estas y no las otras palabras. Y el cuerpo, cuando se quiere, siempre es gobernable. Éste es el secreto estratégico

de Cecilia, razonado, claro está, con las viejas mañas de Eva de que no hay ya ni para qué hablar: decir que no para que se insista en el sí, y otros artificios por el estilo. La Venus arroja la manzana y huye, "pero al huir procura que la vean".

Esta apelación al rasgo visual divertido o que se quiere hacer pasar por divertido —aunque se trate de una bobería cualquiera— para desviar con este procedimiento una efusión sentimental, es tan constante que desespera, y a veces causa brutales efectos de frialdad, de desprecio para nuestras ideas. Irrita al punto que yo me alejo de Cecilia prometiéndome no verla más, para lo que nunca tengo fuerzas.

Y luego, en el momento menos esperado, como si ella transparentara mi estado de ánimo con esos ojos dilatados y fijos que parecen medio alucinados y son la guardia permanente del ave de presa, gradúa y atempera mi irritación, me da un alivio inesperado, me cae encima con algunas palabras directas y cortantes, ataca con resolución y sobriedad el centro mismo de nuestro problema amoroso, o me deja caer promesas absolutas que me alimentan para dos o tres días.

Yo sé bien que en este tira y afloja voy perdiendo, voy dejando que se me desangre la voluntad. Yo no me engaño. Y si la pasión entrara por el cerebro, este ejercicio de análisis a que me someto en mi diario bastaría para resguardarme. Pero la pasión no cede a la dimensión racional. Y yo soy el primero en sentirme envilecido por no poder gobernarme con la inteligencia. De un día a otro, de uno a otro momento, y según que Cecilia emplea el escudo o el estoque, el recato o el ataque, el universo muda de sabor para mí. Y me pregunto, revolviéndome en mis insomnios, hasta dónde puede llegar la miseria humana, cuando tan afanosamente nos abrazamos a lo que más daño nos hace.

10 de julio

¡Las cosas de Cecilia! Su ejercicio visual incesante, que tantas veces se me presenta como un sistema defensivo, es sin duda un modo de ser, y aun por eso le aprovecha mejor que un cálculo.

Buscando un ejemplo, se me ocurre observar cómo procede

cuando guía su automóvil. Ni qué decir que con ella no hay lugar a caricias en los paseos de auto, aunque sean al claro de luna, porque —exclama— ¿para qué tiene uno casa? Y no hay manera de convencerla de que una de las superioridades fundamentales de la vida europea sobre la americana es que, en Europa, de modo general, se disfruta de la mujer amada en todo lugar y a la luz del día, en comunión con todo el ambiente, mientras por acá el amor discurre en cuarto cerrado y a hora fija. Tratándose especialmente del Brasil, esta desvinculación entre el paisaje y el amor resulta realmente una exigencia contra natura, y de hecho la gente brasileña se permite —y hace bien— ciertas libertades en los paseos, las playas, los lugares públicos, los autos.

No: para Cecilia guiar su auto es proceso de experiencias visuales, y siempre las va comentando en voz alta, de suerte que hasta la verdadera conversación se anula. Tiene que explicar cómo ha medido el espacio para pasar entre dos vehículos, por qué se apresuró, por qué frenó, por qué cierra el paso o deja pasar al que viene detrás, por qué decide pasar o no pasar al que la precede, si viene o no viene en su línea el que avanza a su encuentro, si su máquina obedeció bien o mal a la maniobra, si aparece o no, a tantos metros, una ondulación en el pavimento.

Y además, va identificando el paso, distintamente, a los transeúntes de a pie, de tranvía, de ómnibus, de auto; las placas y registros de los vehículos, los escudos de los clubs. Advierte las abolladuras de las carrocerías; nota que aquel auto va lleno de polvo por delante y limpio por detrás. Cuenta rápidamente la historia del que la saluda por la calle. Y cuando no ve, es que ya conoce: "Yo no puedo, porque voy guiando —explica—, pero al doblar aquella esquina fíjate en la reja del primer balcón, que es muy curiosa."

¿Qué hacer contra esta fuerza de la naturaleza? Nada, sino entregarse a la fuerte divinidad que nos domina y absorbe por los ojos. Es un extraño vampirismo objetivo, una succión de todo el orbe de formas por el embudo de dos retinas poderosas.

No quiero negar que vivo celoso, celoso hasta la furia, aunque no lo dejo ver, que estaría perdido. Pondero, en mi inte-

rior, los inacabables recursos de que un temperamento así puede disponer para el engaño, la fuga, el escondite, el esquinazo. "Aunque voy moderando la marcha —dice—, no saco el brazo, porque no quiero que repare en mí aquel sujeto, y yo misma le llamaría la atención si ve salir por la ventanilla una lengua blanca."

Porque habla así, también en metáforas y epigramas visuales. Para decir que se revuelca en la cama las noches de insomnio, dice: "Me pasé la noche oliendo la pared." Y otra vez, en la oscuridad del cine: "Mira si puedes reconocer a la señora que está a mi lado. Yo no puedo volver la cara, porque ella haría lo mismo y nuestras narices se frotarían." Por este estilo, su conversación es una serie de síntesis y hallazgos verbales que obligan a una atención constante.

Inútil decir que esta flor del trópico me va resultando lo menos tropical que existe. O entonces hay que interpretar de otro modo lo que se llama tropical.

20 de julio

Esta ciudad está derramada sobre la playa, serpenteando por entre las montañas, colinas y caprichosas rocas que bajan hasta el mar. Toda la región que uno frecuenta, y que va de los centros del comercio elegante hasta los puestos de baño y los paseos en cornisa, se extiende, prácticamente, en una sola línea. El que se aposta en un sitio estratégico, en la terraza de un restaurante sobre la costa, ve pasar a toda la gente de sociedad. La vida mundana consiste nada más en verse vivir unos a otros. Esto explica, en parte, la educación visual de Cecilia. Muchas de sus conversaciones son historias de simple visión. Alguna vez, en Sevilla, donde los clubs tienen unos como escaparates con cristales donde los socios se sientan a ver pasar la gente, pensaba yo que esto era una transformación moderna de la vida árabe: el señor árabe se sentaba en su patio a ver correr el agua de sus fuentecillas privadas. Cecilia se pasa el día diciendo: "Vi pasar dos veces a Fulana; Mengano iba con su perro." "¿Y qué?" —pregunto yo. "Nada, que los vi pasar." Historias de simple visión. La visualidad, para ella, se justifica por sí misma.

Pero hay en sus conversaciones otro estilo que me inquieta

sobremanera, porque tiene el aire de satisfacción no pedida y acusación manifiesta: le da por contar, marcando las horas, todo lo que ha hecho en el día: "Me levanté a tal hora; mientras me arreglé dieron las tantas; tomé café (aunque no tomen café, así dicen, porque ignoran el verbo desayunar); recibí a la costurera que trabajó conmigo hasta tal otra hora; fui a sacar el auto para dejar un encargo a tal amiga; volví a almorzar a la una; me quedé descansando hasta las tres; hice tricot hasta las cinco; llevé a mi familia a tal barrio, y volví a casa a las siete, etc., etc." Lo que parece, a pesar del candor del relato, una manera de esconder algo, de escamotear alguna hora secreta. Esto y los silencios de esfinge en que acostumbra caer, la falta de motivación sobre casi todos sus movimientos de ánimo, me tienen en ascuas, me ponen celoso, me hacen pensar que siempre esconde algo.

Y lo peor es que, del modo más natural del mundo, ejerce, no la simulación de la virtud, sino la simulación del pecado, como muchas otras mujeres de esta tierra.

—Yo paso una vida insignificante, pero no se lo digo a nadie, eso no: a nadie le voy a confesar que soy una tonta.

—¿Para qué te pintas esas ojeras?

—¡Ah, para hacer creer que hago cosas!

Y en medio de esta provocación continua, una evidente frigidez, en muchos instantes y ocasiones que cualquier mujer de temperamento aprovecharía... ¡Oh, cielos! ¿No es esto la psicología típica de la *allumeuse*? Algo de sequedad enigmática, mucha conversación en torno a las cosas escabrosas, y una serie de defensas graduadas que empiezan por ese condenado rojo de los labios, pegajoso y acusador, que la hace esquivar todos los besos amorosos y ofrecer siempre la mejilla. Y todo esto, mezclado con un exhibicionismo innegable: el maillot de baño que casi deja escapar el botón del seno, los shorts de playa que permiten admirar muchas de sus opulencias secretas, y hasta el modo de mirar a los hombres, tan fijamente que encandila.

30 de julio

Ha comenzado a ser mi amante. Como yo lo suponía, no era virgen, pero tampoco era una verdadera mujer. A pesar de

su erudición teórica, de su conocimiento del amor por conversaciones y relatos, asegura que no había llegado al placer, que nunca ensayó las travesuras entre niñas ni los goces solitarios. Y lo más extraño es que parece verdad, aunque tiene la imaginación acostumbrada a los peores excesos. Sus preguntas, en aquel momento, eran de un candor desconcertante.

—Pero entonces —le digo—, ¿qué has hecho hasta ahora?

—Muy sencillo —explica con un impudor casi casto—. Un día me harté de ser virgen. Un primo me ha ofrecido matrimonio hace muchos años. Pensé en él, porque, si me sentía muy alarmada, siempre me quedaba el recurso de casarme con él. Lo provoqué, cuando él creía que ya ni lo recordaba. Renovó sus ofertas. Le dije que era necesario ensayar antes para ver si daba buen resultado. Aunque el pobre se asustó un poco, acabó por aceptar. Tuvimos unas cuantas sesiones. Rompí los derechos de aduana sin sentir el menor placer. Creí que era un defecto mío. Contigo he sentido esto por primera vez.

—¿Y el primo?

—No me interesa. Está furioso. No he vuelto a verlo.

¿Y por este monstruo de perversidad y frigidez, que más bien hace pensar en ciertas historias desconcertantes de escandinavas, es por quien yo ando perdido y loco? Sí, así es. No puedo evitarlo. Por lo mismo que no lo entiendo, me tortura y me sobreexcita. Otros lo expliquen. Así es nuestra pobre naturaleza. Ha comenzado a ser mi amante, y no puedo decir que me desilusione. Al contrario. Tiene el cuerpo más agradecido que he tratado en mis experiencias. Pero, en cuanto acabamos con aquello —como yo me lo sospechaba— es inútil querer rumiarlo, recordarlo, delectarse morosamente haciendo alusiones. Nada, nada. Cae el telón. A otra cosa. Se vuelve a la vida convencional, social, insípida, seca, frígida. Y eso que hasta me ha pedido, para de una vez conocerlo todo, ciertos ensayos atrevidos, que en ocasiones ha aceptado con gustosa sorpresa, y en otras con sinceras lágrimas de arrepentimiento.

Y aquí estoy, vencido por esta rara mezcolanza de conoci-

miento y de ingenuidad, de estragos imaginativos y retenciones, de audacias e impericias, de imprudencias y recatos, de coquetería e inocencia. Y no sé ya ni qué pensar de ella ni de mí mismo. Porque no hay historia procaz que se le haya escapado, ni referencia libidinosa, ni rincón equívoco de la ciudad de que no tenga puntual noticia. Y, sin embargo, es evidente que apenas había dado los primeros pasos vacilantes. ¿O seré un tonto de capirote? Pero ¿qué empeño podría tener en engañarme? Para descubrirla, hasta he exagerado cierto gusto por sus coqueterías y sus impudores. No me ha entendido. O apenas he creído pulsar cierto vago estremecimiento, lejano, incipiente todavía, como de una malicia que apenas despierta.

Y me horrorizo pensando que esta gimnástica de análisis me va conduciendo, sin sentirlo yo mismo, a una zona viciosa que hasta hoy nunca penetré. "¿Será la psicología un vicio?" —se preguntaba Nietzsche. Por este afán de conocer y entender voy entrando en un terreno resbaladizo. A veces me alivia convencerme de la ignorancia de Cecilia, cuyo conocimiento es todo de segunda mano, de referencia y de información, y otras me entra como un insano afán de poner su práctica a la altura de su teoría, que casi equivaldría a prostituirla. Nunca vi caso más complicado.

10 de agosto

Poco a poco, me ha ido contando otras experiencias, tan insulsas e incompletas que se quedan en aquella región de la libidinosidad infantil, no fijada aún en el verdadero objeto erótico. Pero lo que más me sorprende es su aceptación natural de cualquier aberración en nosotros. En vano espero, hasta ahora, un momento de verdadera efusión. Todo parece, en ella, charla social, cosa exterior, trivialidad en suma. Sus historias de incipiente malicia despiertan en mí verdaderos amagos de salacidad que ella nunca acompaña, aunque los encuentra muy divertidos. No pierde el sentido del humorismo ni a la hora del éxtasis. Si se me ocurre quedarme inmóvil y hacerla trabajar por mí, me dice de repente:

—¡Pero estoy como el portugués del cuento, que movía la cara y mantenía inmóvil el abanico, para no gastarlo!

Lo cual ciertamente es muy gracioso, pero más que inoportuno.

¿Será la trivialidad el secreto de estos misterios? ¿Tendré que resignarme al fin con una explicación tan poco inteligente, tan desnuda de intención? Porque, en suma, lo que el espíritu quiere es desentrañar intenciones. La superficialidad, en cambio, la ausencia de dimensión espiritual, parece que todo lo resuelve algebraica y simbólicamente, llamándoles *a* y *b* a las peras y las manzanas de la operación matemática, y sin penetrar en la realidad natural, en la intimidad misma de los objetos.

¿Será la trivialidad una solución esquemática, pobre y elegante, de todas las complicaciones de la conducta? Yo salgo de los encuentros lloroso y nervioso. Ella, en cambio, se arregla el peinado y el afeite, y a otra cosa. No parece cargar el lastre de las emociones recibidas. ¡Es para dudar de la ciencia y del conocimiento! ¡Es para dudar del propio amor, en lo que tiene de más humano y consciente! Hay candor, sí, pero candor animal en la solución que encuentra Cecilia. Ella es más fuerte que yo, porque es más débil. Ella es acaso más pura que yo, por cuanto no profundiza ni interroga. ¡Otra vez la salvación visual, lo que pasa frente a los ojos y luego se va, sin torcerse en los laberintos del alma! ¡Qué pocas letras en su alfabeto, y sin embargo le bastan para expresarlo todo!

¿O será un exceso heroico de dominio de sí, que todavía puede enseñarme muchos misterios de la conducta que yo ignoro? Ya lo creo, ya lo dudo. Y en este tira y afloja me canso y me desangro, recordando toda la escena, a lo largo de mis noches de soledad.

Se me ocurre, como una prueba más cuya conclusión yo mismo no sé cuál puede ser, mantenerme algunos días sobrio, no ser yo el que ataque, sino esperar la insinuación o la invitación de ella. Voy a juntar fuerzas para hacerlo así. Pero ¿cuál será la enseñanza que extraiga de este experimento? Lo ignoro. Lo ignoro todo. Me he enfrentado con una divinidad más fuerte que yo. Esto no estaba en mis libros. Tal vez otros hayan pasado por trances como el mío, pero nadie ha tenido el coraje de decírselo con claridad a sí pro-

pio, o de contarlo, para escarmiento, a los demás. Algunos lo aprenderán de mí, cuando yo me muera y se publique mi diario.

Entre las cosas que me incomodan en Cecilia, seguramente que una de las primeras es la limitación de su charla a unas cuantas trivialidades que todos los días se repiten con una regularidad automática. Sólo parece brillar su característico genio de invención verbal ante los pequeños sucesos inesperados de todos los días. Todo lo que es acontecimiento acostumbrado, lo comenta con iguales fórmulas, y no se cansa de repetirlas. Ante la novedad, en cambio, siempre inventa una manera nueva de expresión. También la maledicencia social excita su ingenio, sobre todo cuando se refiere a las llamadas malas costumbres de los demás. Y no porque se complazca en censurarlas, sino en contemplarlas. En el fondo, lo acepta todo con una mezcla de indiferencia y de superioridad que tiene también su poquito de morbosa. Cuando cae en esos transitorios periodos de frigidez, hasta procuro herir esta cuerda para ver si por ahí la despierto. Me doy cuenta de que no es juego limpio, pero hasta hoy no he descubierto un procedimiento mejor.

El otro día, en pleno ejercicio, me preguntó inesperadamente ¡si era verdad que las mujeres decentes no se desnudaban del todo para hacer el amor! ¡Y yo figurándome que cierta tendencia a entregarse vestida era una afición larvada a sentirse víctima de una violación! De modo que lo que juzgué un rapto del temperamento no pasaba de ser una convención admitida por inexperiencia.

Y al mismo orden de inexperiencia debo atribuir sus preguntas sobre si siempre se hace el amor, a nuestro modo, sellando boca contra boca; o las desagradables sorpresas que me da esquivando a veces los besos para defender el famoso rouge.

Pero seguramente lo peor son ciertas reacciones que todavía se permite conmigo y que tengo por cierto no obedecen al cálculo, sino al arrastre social adquirido. De repente, cuando la acaricio, me rechaza, lo que ciertos autores eróticos de otro siglo llamaban "besos a la florentina", diciendo que

"no le gustan esas cosas", o que le repugnan, aunque muchas otras veces las haya provocado ella misma.

Tal vez todo esto sea inexperiencia, pero también puede achacarse a las alternativas de frigidez, tan irritantes y absurdas.

Ha comenzado a dar en la manía de no acompañarme hasta el fin pretextando que "no sabe hacerlo"; y poco a poco va descubriendo cierta debilidad o escasez biológica, aunque a los comienzos yo la tomé por una criatura de hierro.

Y luego, lo más extraño de todo: creo que, mezcladas confusamente entre estos síntomas, aparecen ciertas contracciones de arrepentimiento y ciertas vagas esperanzas matrimoniales. A veces habla de "regularizar estas locuras", de poner término al desenfreno, y otras cosas por el estilo.

Y con todo ello se va arreglando para llevarme por la cuesta abajo de la pasión, entre contradicciones y sobresaltos, desconciertos y... ¡trivialidades!

Algo hay todavía que me inquieta en ella, pero es de tal modo complicado que voy a pensarlo más despacio antes de contárselo al papel.

30 de agosto

He aquí lo que pasa: Cecilia no tiene celos de mí, ni sabe lo que son los celos en general. Confieso que he incurrido en esa tonta maniobra de darle celos, por vulgar que sea, para ver si así rompo el muro de su impenetrabilidad, pero fue en vano. La otra tarde me dejé sorprender a medias con otra compañía, cuando ella se presentó en mi departamento. Fingió no darse cuenta de nada, se despidió y, por la noche, con grandes risas, me dijo: "Oye ¿por qué no me cuentas cómo la pasaste? Anda, dime quién era, deja que nos divirtamos los dos, no seas egoísta."

Mis vulgares armas quedaron completamente inútiles. "Es que no me quiere, que no le importo" —llegué a decirme. "No sé para qué doy vueltas de ardilla en esta jaula."

Interrumpo esta nota, presa de una gran desazón.

Buenos Aires, 20 de septiembre

Tomé de repente el vapor para Buenos Aires, y aquí me hallo desde hace días. La mente no me servía para nada, y me dejé llevar por la mecánica elemental de la fuga.

Un amigo me escribe, contándome que Cecilia quiso envenenarse y, en cuanto se recuperó, aceptó la proposición de matrimonio de un rico cafetero que la pretendía de meses atrás.



ENTREVISTA PRESIDENCIAL

François Pellerin recibió un choque al asomarse al patio de nuestro Palacio Nacional. La fachada le había producido una impresión sobria, solemne, aséptica. El patio, de nobles piedras, nobles proporciones y arcadas, sin duda era majestuoso y viril. Pero el espectáculo humano que ofrecía no pasaba de ser una desagradable incoherencia. Por entre las filas de autos, iban y venían "chauffeurs" maltrajeados, limpiabotas, vagabundos, soldados sin aire marcial, gente indefinible, a medio vestir o con el sombrerón y la indumentaria elemental de los campesinos. Aquello parecía un puesto de policía en un barrio bajo; aquello parecía una agitación popular en vísperas de un levantamiento.

¿Por qué las residencias oficiales han de tener aquí este aspecto pobre, sórdido, ramplón, feo? Pellerin no pensaba sólo en el contraste con el Elíseo y otras casas de gobierno en Europa, sino en la pulcritud de la Casa Rosada (Buenos Aires), del Catete o el Itamaraty (Río de Janeiro). Este último es un verdadero museo. Ni siquiera se sienten los jadeos del trabajo, el teclear de las máquinas de escribir. Allí no se transpira en público, valga la paradoja tratándose de clima tan cálido. Aquello es una serie de salones residenciales, atendidos por lacayos de impecable librea y cortesía ejemplar. Y las máquinas, los papeles, los expedientes, están escondidos en otros pabellones del señorial edificio, al costado o al fondo del jardín, donde las palmeras forman parvada en torno al estanque de cuento árabe.

Aquí en cambio, todo es muebles desvencijados, de pacota, empleados sin maneras, danza de escupideras y colillas de cigarro, y una que otra palabrota en el aire, flotando por sí, salida no se sabe de dónde.

Las pinturas de Diego Rivera, en la escalinata, cualesquiera fueran sus méritos, no correspondían al tono y carácter; a la edad y al "temperamento" del Palacio. Eran un

adorno yuxtapuesto, a pesar del cuidado con que el pintor procuraba siempre crear un enlace visual entre sus frescos y los espacios arquitectónicos que los envolvían. Pero si lograba la armonía de líneas, con el edificio, no la de colores que, aunque espléndidos, detonaban sobre la piedra gris, ni menos la armonía de espíritu con una construcción colonial.

Pellerin reflexionó un instante. ¿Sería éste el México auténtico, el México de fondo que él había estudiado en los libros de su infancia y había conocido por las reliquias de su familia? ¿O sería esto una momentánea torsión creada por los sacudimientos políticos y las pasajeras refracciones sociales? Al fin y a la postre, algo semejante pasaba ahora en todo el mundo; y la consabida "rebelión de las masas" —entendida como sustitución de la calidad por la cantidad en los varios modos y órdenes de la existencia— iba deshaciendo los perfiles de todos los pueblos y disolviéndose en una insipidez áspera y monótona.

Pellerin era hijo de padre francés y madre mexicana, a quien debía el haber conservado el uso de la lengua española. Educado en Tolosa, con incursiones primaverales en el Instituto Francés de Madrid, pronto traslado a París, donde se graduó en letras, fue bien acogido por la prensa diaria y llegó a ganar algún crédito como ensayista que ocupaba cierto terreno entonces mostrenco, ahora ya muy frecuentado, entre la crónica literaria, la sociología, la economía, la historia de la cultura, con más de periodismo brillante que de verdadero arte de escritor.

La Asociación de Universidades Francesas, deseosa de robustecer sus relaciones con las Universidades de Hispanoamérica —ante los notorios avances de otras influencias en los medios estudiantiles, y ante la convicción de que ya las meras "simpatías francesas" no bastaban, como antaño, para hacerlo todo— nos había enviado a François Pellerin, como un explorador, y el más adecuado por su mestizaje, para que tantease el terreno y viese la posibilidad de establecer en nuestras tierras aulas permanentes de letras francesas, en el sentido más amplio de la palabra, costeadas a medias por los organismos patrocinadores y por los organismos beneficiarios.

Le habían dicho que en nuestros pueblos todo se inicia en la Presidencia de la República, y había comenzado por procurar una entrevista con el Presidente. Estaba citado para mediodía. Faltaban unos diez minutos cuando se anunció ante un ayudante militar con cara de pocos amigos, no sin haber tropezado con dos o tres criados de miserable porte y peores maneras, sin librea ni uniforme, que se empeñaban en atajarlo y le contestaban con secos monosílabos. ¿Hasta dónde —se decía Pellerin— llegará este ambiente de comisaría plebeya? ¿Y por qué dejan a esta gentuza vestirse a su gusto, es decir del peor modo, en vez de imponerle un traje obligatorio? ¿Por qué tampoco se da uniforme a los conductores de vehículos? Le han dicho a Pellerin que ello se debe a que México es país de hombres libres. Pellerin duda: ¿lo es en mayor grado que los demás países del mundo, donde estas apariencias se cuidan por respeto, a la comodidad, al agrado de las costumbres?

El ayudante desapareció por momento y volvió con semblante más amigable y urbano, para anunciarle, ya con una sonrisa, que el Presidente lo recibiría en cuanto se desocupara y que, entre tanto, podía tomar asiento a su gusto. Y Pellerin pensó: "Va desapareciendo la cáscara adventicia; va reapareciendo, poco a poco, la dulce pulpa de la cortesía mexicana. Después de todo —oh Doctor Cárdenas, oh Ruiz de Alarcón, oh Madama Calderón de la Barca—, la cortesía es la gravitación natural de este pueblo, mientras no le hacen perder su postura propia con el peso de la pistola o no lo intoxican brindándole el sol y las estrellas."

—¡Buenos días, señor! —dijo un coronel que pasaba apresuradamente, abriendo y cerrando puertas.

—¡Muy buenos días! —contestó Pellerin, impresionado por aquella respuesta a sus pensamientos.

El salón estaba lleno de gente que esperaba audiencia, que hablaba en voz baja y con sumo comedimiento, y que iba pasando por su turno al despacho presidencial, con un retraso considerable respecto a la cita marcada.

Media hora. Un cigarrillo. Una hora. Pellerin consultaba en silencio la cara del ayudante, que de nuevo era imperturbable. Gracias que traemos un periódico a mano. Veamos:

el caso de la Señora Membrillas, nombrada hace tres meses representante diplomática en Somalilandia, que aún no parte a su destino —pero a quien sus admiradores ofrecen el banquete Núm. 50; el caso de los espaldas mojadas; el caso de Haya de la Torre; el caso de la bomba atómica... Marcar el paso sin avanzar... A otra cosa. A ver esta página literaria. ¡Ajá! Un artículo de Regüeldos sobre "El destino de la inteligencia y la inquietud contemporánea". El artículo comenzaba así:

"El escritor debe servir al pueblo y conservarse en todo a su altura. Ocuparse en temas universales es traicionar a la patria. La cultura es una enfermedad profesional. Nosotros los que hemos sufrido..."

Pellerin abandonó la lectura y se puso a contar las vigas, examinar los ornamentos, y las cortinas, y los retratos de algunos próceres que colgaban de las paredes. Arte *pompier* todavía. Aquí no llegaba aún la revolución estética de Rivera, ni el patetismo de Orozco, ni el "cartelismo" de altura a lo Siqueiros.

¡Diablos, ya era la una y media de la tarde! Al francés se le retorcían las tripas de hambre. No está hecho a que le retarden la sopa.

—Cree usted... —se atrevió a comenzar.

—Sí —le atajó el ayudante—. En unos minutos será usted recibido. Es que había en turno tres delegaciones de los Estados y tres Secretarios: el de Educación, el de Hacienda y el de Guerra; todos esos señores que ha visto usted entrar poco a poco.

—Pero el Presidente ¿no irá a retirarse de un momento a otro? ¡Es tan tarde!

—No, señor. Aquí nos quedamos mientras haya quehacer. A veces todavía estamos aquí a las dos de la madrugada.

—¿No hay horas fijas para el despacho?

—En México los gobernantes despachan a toda hora, señor.

—¿Sin descanso?

—Sin descanso. Es nuestro deber.

—Muchas gracias, señor —y volvió a sentarse, resignado.

Daban las tres de la tarde cuando sonó un repiqueteo ner-

vioso. El ayudante se incorporó de un salto, abrió la puerta de respeto y dijo sencillamente:

—Pase usted, *mosié.*

Pellerin juntó las fuerzas que le quedaban para sonreír ante esta invitación, cruzó la puerta y se encontró con el amo de los destinos nacionales, que lo esperaba de pie, junto a su escritorio, sin un asomo de fatiga en el rostro, a pesar de lo avanzado de la hora y las continuas audiencias. "Este hombre es de bronce", pensó Pellerin. Y se acercó materialmente titubeando, para estrechar su mano.

—¡Excelencia!

—¡Hábleme de usted. Aquí ya no usamos esas respetables fórmulas europeas, tan antiguas.

—Señor, como he visto que hay que dirigirse a todos por el título profesional, usando el "señor" y el "don" ("señor licenciado don Fulano, señor ingeniero don Mengano"), a diferencia de lo que pasa en España, por ejemplo, donde se dice el apellido a secas y donde sólo los porteros y cocheros usan el título nobiliario para hablar con los nobles, creí que...

—No, en el trato oficial somos democráticos y llanos. Siéntese usted, señor *Pellerin*... Quiere decir "peregrino", ¿verdad? Siéntese y dígame qué le trae por estas tierras y en qué puedo servirlo.

El visitante expuso su comisión y el objeto de su viaje. El Presidente lo escuchó con afabilidad y paciencia. Y después dijo:

—Tenemos que servir al pueblo. A la patria le importan sus contactos con las grandes culturas. Entre su noble país y el mío la simpatía de la inteligencia y los gustos ha sobrenadado, por encima de las turbulencias políticas y bélicas de otros tiempos. Los mexicanos nos felicitamos de ello. Es usted muy bien venido. El propósito que lo trae a México nos es muy grato. Hable usted en mi nombre con el señor Secretario de Educación Pública, a quien ya yo habré prevenido. Creo que algo se podrá hacer, en bien de ustedes y de nosotros. Que le sea muy feliz su estancia en México.

La audiencia había terminado. Pellerin agradeció y salió precipitadamente del Palacio. Desembocó en el luminoso y

ruidoso tumulto del "Zócalo". Paró un taxi. Se dirigió al hotel. Comió ya sin gusto ni apetito. Solicitó audiencia, por telégrafo, del Secretario de Educación.

Si le hubieran preguntado cómo era el Presidente no hubiera podido decirlo: tan borrosa le pareció su imagen. No creía haber hablado con un hombre de carne y hueso, sino con una abstracción o símbolo, o más bien con un aparato de sonido, un fonógrafo de frases hechas, o con un elemento mecánico, un tornillo, una palanca, una rueda maestra que se echa a andar y chirría. En todo caso, no con un foco de iniciativas humanas. Claro, el mandatario no es más que un puente. Pero él sabía que aquí, como en los Estados Unidos, este mandatario es un verdadero mandante...

Se percató de repente de que estaba irritable, nervioso, malhumorado. "Es la altitud y es el comer a deshora —se dijo—. Esto explica las revoluciones, la irascibilidad, el ansia de jugarse la vida por una palabra. Dicen que aquí se ama o se desprecia a la muerte, pero no se la teme. Por el contrario, tenerla siempre ante los ojos, en los muñecos, en los grabados populares, en las canciones y 'corridos' ¿es signo de amor, o de irrefrenable temor? ¿El que rueda en el abismo, atraído por él, puede decirse que ame ni desprecie al abismo? Seguramente va hacia él por el mismo exceso de pavor."

Y ahora recordaba, precisamente, que, al encaminarse a su cuarto y pasar frente a la florería del hotel, mientras esperaba un ascensor, oyó a dos muchachas conversando. Una de ellas decía, con la sonrisa del que da una noticia grata:

—¿Te acuerdas de aquel muchacho rubio que bailó contigo y luego conmigo? Pues ya lo mataron hace dos días.

Y la otra, también sonriendo:

—¡Ay, tú! ¡No me lo digas!

¿Es la vecindad de la muerte? ¿Es la complacencia en la muerte, la aceptación o la fascinación de la muerte? Además, este pensamiento de la muerte ¿es característico de México según se pretende? ¿Y España, donde un escritor mexicano, precisamente, reparó en que los entierros eran la verdadera "fiesta nacional" del pueblo madrileño? ¿Y no decía Kant que España le hacía pensar en la muerte? Y, si

vamos a la antigüedad, ¿qué decir de Egipto? ¿O de los tracios a quienes Marciano Capella atribuye un *appetitus maximus mortis* o de los getas que eran *paratissimi ad mortem;* o de los trausos de Heródoto que lloraban ante los recién nacidos y se regocijaban en los funerales? Decididamente estamos irritables, nerviosos, malhumorados. Tal vez sea la altitud, tal vez el comer a deshora.



CUERNAVACA

Habituado a viajar por necesidad y por afición, cuando José Dorantes volvió a nosotros, tras de vivir varios lustros en el extranjero, resolvió emprender las aventuras del peregrino en su patria. La verdad es que se había alejado antes de conocerla realmente, pues su infancia y su primera juventud discurrieron en el claustro de la vida escolar. Además, la ciudad de México, donde ahora se concentraban los intereses de su trabajo, le resultaba fatigosa, no tanto por la decantada altitud, cuanto por ser asiento, como lo son siempre las capitales, de la "sofistería" literaria y el chismorreo político, plantas viciosas que singularmente crecen en los focos de los pueblos centrífugos. El gran vuelco operado en el país durante su ausencia, efecto del tiempo y de los cambios revolucionarios, disimulaba a sus ojos ciertas condiciones nacionales que él quería considerar como características y permanentes. Tal vez encontraría en la provincia aquella dulce cortesía mexicana, tan ponderada por los antiguos y que los contemporáneos tanto echaban de menos, la cual se adulteraba visiblemente en la gran ciudad. Aquí la celeridad de la existencia contemporánea y los vaivenes entre las capas sociales parecían revolverla un poco. José Dorantes recordaba con una sonrisa cierta máxima que oyó en labios del canciller argentino Saavedra Lamas: —Las capitales desvían el diagnóstico...

Por fortuna, el desarrollo de las carreteras y el recurso del automóvil —pues los ferrocarriles sólo eran ahora un último recurso— permitían recorrer la tierra en muchos sentidos con relativa seguridad, a pesar del vago bandolerismo endémico, rasgo folklórico en toda región bañada por la sangre de Hispania fecunda; y el aeroplano abreviaba ya las distancias para los puntos cardinales: Mérida, Monterrey, Veracruz y Acapulco.

En sus días de la Escuela Preparatoria, por ejemplo, el

viaje al Desierto de los Leones, que hoy es cuestión de minutos, resultaba una excursión atlética para fin de semana, y suponía una cadena de peripecias: tranvía eléctrico de México a Tacubaya, hoy región absorbida como un barrio más de la capital; tranvía de mulitas entre Tacubaya y Santa Fe, donde en el camino, conductor, cobrador y viajeros solían bajarse del vehículo para perseguir conejos a pedradas; y luego un buen trecho de marcha a pie que no dejaba de ser penoso, y más si se considera que había que cargar con mochila o bolsa de bastimentos para comer en el campo. Y todavía era menester pernoctar entre las ruinas del Convento de Cuajimalpa, a fin de disfrutar un poco el aire silvestre, perfumado de pino y cedro, y recobrar fuerzas para el regreso.

La literatura popular y la culta han consagrado la memoria de estas etapas. Por cuanto al pueblito de Santa Fe, hay por ahí una retahíla poética que dice:

Salí de México un día
camino de Santa Fe,
y en el camino encontré
un letrero que decía:

"Salí de México un día,
camino de Santa Fe,
y en el camino encontré
un letrero que decía:..."

(y el motivo se repite aquí inacabablemente).

Y por cuanto al convento franciscano de Cuajimalpa, centro de alguna vieja industria vidriera, de que todavía quedaban huellas hace unos años, ahí aconteció cierta aventura, contada por Amado Nervo, entre los próceres de la generación modernista: Jesús Urueta, con la complicidad del escultor Contreras. Se disfrazó de fantasma nocturno, y anduvo toda una noche, tentando a Balbino Dávalos, quien, entre burlas y veras, se entregó al engaño de creerse atraído por una aparición de ultratumba. Y todavía hay que añadir, para uso de los que un día levanten la carta geográfica de la poesía mexicana que, al menor descuido, el viaje de regreso a pie

—como le aconteció una vez a Dorantes en compañía de Acevedo, Vasconcelos, Henríquez Ureña y otros jóvenes de la generación del Centenario— nos mete por el volcánico pedregal de San Ángel, donde la heroína de Gamboa, tan Santa como pecadora, cayó en los brazos del sargento,

dejando su cuidado
entre las azucenas olvidado.

Uno de los sitios que primero atrajeron la curiosidad de José Dorantes fue Cuernavaca, a unos setenta y cinco kilómetros de la capital. Viaje cómodo y cómoda estancia. Buena carretera que, antes de trasponer el Ajusco, deja ver el panorama de México y Xochimilco, el valle y el espejo de los lagos, cruza las alturas desde donde se divisa Topilejo —pueblo incorporado también a la geografía literaria por cierto testimonio del indio Juan Peña— y, más allá de Tres Cumbres o Tres Marías, levanta en un humilde tablar de cruces, otro testimonio más melancólico de nuestras vicisitudes políticas, único incidente que perturba la amenidad de la excursión.

Alternan con los bosques las llanuras de Zacatán, donde los turistas del Norte aseguran que hay una riqueza perdida en celulosa, tan útil para las industrias de guerra. Y luego aparece, abajo, la ciudad ya tibia y de discreto aire tropical, de cielo denso y respiración gustosa, en que alguna vez soñó Cortés instalar la capital de sus conquistas y donde erigió un palacio en cuyos frentes murales se ven hoy los frescos acusatorios de Diego Rivera: la lucha desigual de indios y españoles, los héroes regionales, el caudillo Morelos con trazas de autorretrato del artista, el jefe agrarista Zapata —sombrerote, ojazos, bigotazos y machetote— junto a su precioso caballo blanco, que es un juguete con piernas de mujer. Aquí también quedan los despojos de la mansión y jardines en que buscaba esparcimiento el infausto Maximiliano, que quiso jugar a la invasión y al imperio, figurándose que la historia podía hacerse sin sangre.

Cuernavaca, durante la era porfiriana, vivía su lento sueño, levemente agitado en la superficie por las fundaciones de los mormones norteamericanos que se establecieron entre

los alfareros del Salto de San Antón, dando, desde entonces, un toque de sensualidad a la provincia. La sensualidad, entonces casta, luego se matizaría con sabores perversos, cuando los prohombres revolucionarios y los nuevos ricos trasladasen a Cuernavaca su vida de orgía y de boato, cuando los turistas del Norte, establecieron allí su campamento, más o menos provisional, de asueto, de extravagancia, de desquite contra la morosidad puritana de sus costumbres nativas, o cuando la marejada internacional de náufragos de la guerra llevara hasta allí el relajamiento de su exasperación y de su aventura.

Tierra típica y de color local, por su sustancia comienzan a correr los morbos extraños. El pueblo es hoy relativamente manso, porque acaso aplacan su sed la sed de tierra, vino y sangre de que ya hablaba hace cerca de un siglo el humanista García Icazbalceta, natural de la zona, ciertas conquistas institucionales, el dinero del turismo y el trato mayor con gente de diversas naciones. La paciente conscripción militar disciplina un tanto a los muchachos, los viste de limpio y los somete a la vida reglamentada de los grandes cuarteles construidos a las puertas de la ciudad. Pero sobre la población auténtica flota la nube exótica del party, el cabaret y el cocktail. El juego, desterrado ya de la Selva, se refugia en las residencias suntuosas de los nuevos barrios, en las terrazas de los hoteles. Los chicos piden limosna en inglés. Los diplomáticos extranjeros que han elegido aquel sitio para su retiro andan de guayabera y huaraches. Los espías y prófugos de Europa montan en silla vaquera y alternan con los jinetes populares en los festejos de septiembre. Las morenas de por acá se cuelgan adornos de plata, fabricados en Tasco al gusto de los Estados Unidos. Las rubias de por allá tejen en el peinado los estambres de colores de nuestras indias, y visten la blusa deshilada y la falda de colorines, ancha y ampona. Los refugiados españoles trajeron su aportación de alpargatas, los vástagos ya vencidos de la antigua aristocracia hispano-mexicana, se abandonan a la disipación. Los astros y las estrellas de Hollywood encontraban aquí, hasta hace poco, un fácil divorcio. Y de esta pequeña Babel va naciendo una mescolanza de modas y maneras digna de la aten-

ción del sociólogo. Es esto un islote de gente que escapa de la vida: aquí se esconden los irregulares del sexo; los jóvenes que huyen el deber militar; los espías que han decidido no espiar nada, sino disfrutar simplemente su breve tránsito en la tierra; los cardíacos de la capital que han renunciado a la lucha; los que no quieren saber nada del mundo ni sus turbulencias; los monjes de la voluptuosidad; los últimos individualistas.

No se imagina, quien visita por vez primera esta ciudad, la cantidad de sorpresas que ella esconde en su seno, bajo su apariencia de ciudad campesina. Junto a las artes populares, la industria de estampados ingleses. Junto al candor provinciano, los islotes refinados del vicio: *ces menus plaisirs qu'on appelle péchés,* dice Colette. Museos privados como la casa de Morrow, al lado de tascas miserables, o como la de Conway, que custodia verdaderos tesoros de la herrería mexicana en un parque de pasto inglés adornado con piedras arrancadas al puente de Londres. Pistas de golf únicas por su comodidad y belleza, y a poco andar, humildes carpas de artistas trashumantes, cuna acaso de algún futuro Cantinflas; ferias de humilde tiro al blanco, caballitos, comercio de cháchara y puestos de cacahuate. Los mariachis o murguistas de casa y al lado, la exótica plaga de máquinas musicales, orquestrolas o sinfonolas, y los afrentosos mugidos de los megáfonos que anuncian un viaje al ingenio azucarero de Zacatepec, a la pirámide del antiguo reino independiente del Tepozteco, o a las grutas de Cacahuamilpa. De pronto, dos calles más allá, el silencio, el patriótico silencio de nuestros poblados rurales. Después, la selva cruzada de rumores acuáticos, de cantos en falsete, de ladridos errantes, de rechinar de norias: en suma la soledad sonora.

—De momento, no hay más que el 93 —le dijeron—. Es un cuarto pequeño como una celda, pero aislado por pasadizos y terrazas, con mucha luz y vistas al campo.

—Pues me quedo con el 93.

Y la casualidad resultó ser la elección más sabia, porque el 93 no dejaba nada que desear. El hotel todo era un acierto del desorden. En vez de ese aire de penitenciaría, con células distribuidas en crujías simétricas, que suelen tener los hote-

les trazados según las reglas, donde la misma unidad de las perspectivas interiores hace perder el sentido de la orientación, éste había sido construido sin plan, por aditamento sucesivo de pisos, cuartos y pabellones, de suerte que ofrecía constantes sorpresas y cada departamento tenía su atractivo propio y era diferente a los demás. Edificado en un alto de aquel terreno irregular, en que a veces, las calles parecen suaves escaleras, la fachada está al nivel de la plaza Morelos y en el fondo hay que bajar dos pisos para llegar al jardín y la piscina. Y mientras en el piso que da a la calle se está en el centro de la ciudad, en el tercer piso se tiene la impresión de encontrarse en mitad del campo, por donde la vista se extiende espaciosamente sobre los aleros y tejados del primer término. Las masas de verdura corren hasta las montañas que rodean el horizonte. Se ve bajar la tempestad desde las cumbres septentrionales. Se oye el palpitar de la locomotora. Por la noche, cintilan de tiempo en tiempo los faros de los autos que vienen de México haciendo eses por la cuesta. Sobre el vientre de la ladera, como una cicatriz cesárea, se divisa la raya recta del tajo por donde ruedan los maderos desde la cima al valle.

El hotel es un inmenso barco irregular montado en una ola de tierra y en la proa, el 93 se adelanta, alto y solitario, como camarote del capitán junto al puente de comando. Lugar apetecible para el que quiere estar a solas ante la naturaleza, leer en voz alta, hablar consigo mismo. Y con sólo descender, ya estamos de nuevo entre la fauna humana, entre las mesas de la galería que se extiende por la fachada, entre las maletas y los viajeros, los mendigos y los vendedores ambulantes de sarapes, brazaletes y baratijas. El nombre del hotel Marik, nos recuerda que el viejo escandinavo Erik —gran aficionado a las orquídeas y coleccionista de pinturas— se enamoró de la negra Mary y fundió en uno los dos nombres, así como quiso fundir las dos sangres. Erik dejó a Mary la herencia. Pero hubo pleito, y al fin se quedaron con el hotel las hijas legítimas de Erik, anteriores a su pasión senil, Bárbara y Carmencita.

El 93 consta de dos partes —alcoba y baño, aquélla diminuta, éste espacioso— y queda abrazado al poniente y al sur

por los corredores que lo separan de las demás habitaciones, mientras al norte y al este se abren dos terrazas espléndidas. Y el cuarto disfruta de dos ventanas tan bajas que casi se siente uno al aire libre. La terraza del norte, donde dan las ventanas, domina los pabellones bajos del interior, el tanque y jardines, las casas, las iglesias, la entrada de la población, los cuarteles, la carretera; la terraza del este donde da la puerta, deja ver el sol naciente, junto al Popo y al Izta, y más acá, las caprichosas bambalinas de roca de Tepoztlán. El sol, abriendo por la mañana la puerta, llega hasta la cama.

Los volcanes, transparentes a la madrugada, cuando los poderes de la tierra, iglesias y cuarteles, dejan oír los primeros toques de campanas y de clarines, se dejan ver poco a poco envueltos en un fulgor de azafrán, manchado de nubecillas negras y cruzado de bandas azules en abanico. El disco dorado asoma al fin. Las nubes se amontonan entonces y hacen desaparecer los picos nevados, que sólo vuelven a descubrirse entre los últimos celajes de la tarde, con los rayos horizontales que les envía la gloria del poniente. Siempre igual y siempre cambiante, el drama del amanecer y el anochecer vale por sí solo, visto desde aquel aéreo balcón, la estancia en Cuernavaca.

La decoración del Tepozteco encuadra un escenario olímpico, que evoca las óperas wagnerianas a la vez que las indostánicas pagodas. El paisajista José María Velasco ha representado la puesta de sol en Cuernavaca, año de 1881, la misma que hoy José Dorantes contempla desde su mirador.

Por el flanco derecho, se columbra la calle de la fachada y, enfrente, la mansión de Skipsie, fundada sobre el casco de una antigua finca porfiriana y remozada y arreglada a la inglesa, toda de rico material en piedra, en rejas y en maderas, por cuyas ventanas se adivinan los interiores confortables; y más allá los rojos torreones del Palacio de Cortés que hoy hospeda a los poderes públicos. En pocos lugares pueden abarcarse tantas cosas de un solo vistazo. Fiesta de los ojos, lo es también de la imaginación, por las evocaciones históricas del antiguo reino indígena, del régimen de la Conquista, de la riqueza porfiriana, labrada en la economía do-

méstica, de la opulencia internacional traída más tarde por el petróleo.

Cuando José Dorantes colgó las escasas y ligeras prendas y ordenó en el gabinete los objetos de tocador, se sintió dueño del mundo. Disponía del punto de apoyo para manejar la célebre palanca. Estaba en el centro del universo y estaba solo. Y puso a prueba su posesión y su soledad entregándose a las delicias de la ducha y canturreando sus canciones francesas. Nadie podía oírlo. El agua caía sobre el mismo suelo, y era un gusto encharcarlo sin tener que preocuparse de las goteras, que todo había sido previsto. Gorgoriteaba el caño. El vapor nublaba el espejo. Dorantes cantaba a "La Noisille", "Auprès de ma blonde", "Brave marin". Estaba en un reino encantado y, por unos minutos, la fatigosa visión de la ciudad de México, tan distante, se borró de su mente. Y al limbo se fueron las academias y universidades, los parlamentos, las redacciones de los diarios, los cenáculos y tertulias, los negocios y los cuidados.

Auprès de ma blonde
qu'il fait bon, fait bon, fait bon,
auprès de ma blonde
qu'il fait bon dormir!

—No es que me parezca mal su cocina. Seguramente no hace daño, que es lo más importante para el viajero. Pero la carne es algo dura y le hacen perder el sabor en una salsa monótona, igual para todos los guisos. Quiero ensayar lo que se come en el pueblo.

—Pues le daremos a usted algunas indicaciones con toda objetividad y lealtad —le contestaron—. Aquí al lado, en Heathers Plaza, hay excelente cocina. Pero el servicio resulta caro y excesivamente condimentado para todos los días. La encargada, esa que parece una griseta algo rechoncha, marchita y medio miope, fue en sus tiempos la campeona de bridge en Viena. Y vaya usted conociendo a la gente. Antes de Heathers, en la Nueva España, doña Pilar cultiva la mesa española, que también encontrará usted en el Asturias, y acaso de mejor calidad. Al otro lado de la plaza, frente al Pa-

lacio de Cortés, no lejos del Correo, la fonda de Cárdenas prepara por encargo unos pollos y unos lechones que los conocedores encomian. Por la calle que conduce al mercado, en "La India Bonita", hay cocina nacional, sencilla, limpia y muy barata. Por ahí suele caer el doctor Gupta, antiguo profesor de sánscrito en la Facultad de Letras de México. Tiene cara de garbanzo cocido en agua de cobre. Frente al otro parque, en el Bella Vista, o en el Astoria sobre la calle Morelos —la única pavimentada y con honores de carretera— las casas son más o menos como en este hotel, aunque los descontentos aseguran que ambas mesas superan un poquillo a la nuestra. No se fíe usted mucho. En la misma calle Morelos, más a la entrada y como quien va para el arco de la Virgen, hay un marinero inglés que prepara uno que otro plato al gusto sajón. También hay una salchichería de alemanes. Aseguran que hay quien viene desde México sólo para comer en el hotel Palacio, lo que parece exagerado. A la entrada del pueblo la mesa de Pepe es famosa en géneros italianos. Y ya en las afueras, la "Table d'hôte" de Mandel suele ser agradable. Y lo demás descúbralo usted por su cuenta y riesgo, porque no está catalogado. Nuestro bar es el más recomendable, y único en los licores legítimos. Los otros pueden envenenarlo. En la terraza del Bella Vista, además, último recurso a la medianoche porque aquí somos algo caseros y cerramos en cuanto podemos, le horrorizarán los frescos que pretenden representar bailes y fantasías regionales, y en vez del movimiento sólo dan la contorsión estática en imposibles posturas, con unos muñecones chillones y horripilantes. Es la generación de Rivera, entre los ineptos discípulos. Y por "La Ofelia" no aparezca, que es cosa soez y pueblerina, aunque la hayan reformado ha poco por ver de dignificarla un tanto. Y ahora, señor, a orientarse solo y a escoger lo que más le guste.

Teodoro comenzó por dar la vuelta a la plaza, para admirar de cerca los magníficos laureles de India que al amanecer y a la caída de la tarde hervían en la gritería de los gorriones. Descubrió el Morelos de Tamariz, encaramado como en un trono, con el pañuelo en la cabeza y la capa medio tumbada que le dan un inesperado aire goyesco. Rodeó la

carpa, a la sazón silenciosa y de donde, a primera noche, comenzaban a salir los tristes gañidos de los artistas trashumantes. Vio bajar y subir viajeros en los "turismos" o autos colectivos. Oyó gruñir los camiones de las Grutas. Procuró no oír la sinfonola que lloraba melodías de Lara o de Curiel en un cafetín de medio pelo. Pasó de ahí a la plaza Zapata, no sin echar una mirada a las curiosidades artísticas de sus amigos españoles Olga y Ramón Chorro; una mirada a la Nueva España, que doña Pilar gobierna a gritos y al buen modo del pueblo hispano; una mirada a la taberna de don Antonio, honrado gallego protector de los refugiados; una mirada a la tabaquería, gente toda con quien se sentía amistado por ser española y liberal; una mirada a las zapaterías que huelen a cuero mal curtido y exhiben en los escaparates sandalias femeninas de todos los colores y trazas; una mirada a los puestecillos callejeros de platería; una mirada a las telas de los hermanos Tillet, orgiásticos prófugos del servicio británico que fabrican vestidos y corbatas con telas más adecuadas para cortinas, y que llevan su extravagancia hasta estampar en faldas y blusas los fusilamientos de José Clemente Orozco, deleite de los incautos turistas norteamericanos; una mirada a la farmacia, que a lo mejor posee artículos ya imposibles en México, por la dificultad de la guerra; una mirada a la librería de truculencias y crímenes que responde peregrinamente al nombre griego de "Gnosis". Y dándose por satisfecho de esta primera inspección, se encaminó de una vez a "La India Bonita", para probar de lo más modesto.

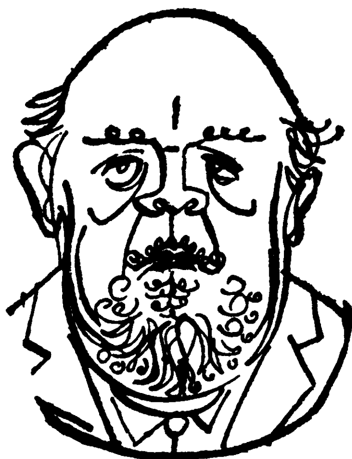
La mayor sorpresa que ahí le esperaba era la delicadeza casi morbosa con que le sirvieron la comida, no sabía si por manos de mujer o de un ángel leve y transparente. Si no encontró allí a la india bonita, sí a uno de esos ejemplares únicos de la finura popular que aún no desaparecen del todo. La sirvienta o lo que fuera atendía a su pequeña clientela con una cortesía suave, algo titubeante, José Dorantes se figuraba estar en China. Inconscientemente, bajó el tono de la voz al hablarle, temiendo herirla, y pensó en aquella mujer de quien decía Mallarmé a sus amigos: —Es tan tenue y frágil que cuando le dice uno "buenos días" se siente uno como si le hubiera dicho "mierda".

Había cuatro mesas. La comida era honesta y simple, en profundidad más que en superficie. Y por contraste con las músicas empalagosas que por todas partes se escuchaban, allí, a media voz, un radio esparcía las notas purísimas de Bach. Decididamente... (y no completó su pensamiento).

—¿Tiene usted algo bueno que ofrecerme?

—Parece que los pichones están buenos, señor.

Y la sensitiva mujer de brisa, al decir esto, como si fuera una grosería afirmarlo por sí misma, dirigía una mirada levemente angustiosa a los clientes de las otras mesas, esperando de ellos el dictamen definitivo.



EL INDISCRETO AFRICANO

—Cuando considero —comenzó Eleuterio— los males que hoy nos aquejan, y cuyo único resultado benéfico ha sido el reunirnos en esta ínsula, pienso que la horaciana doctrina sobre la *aurea mediocritas* es intachable. La palabra, traducida al vulgar, resulta engañosa. No se trata, no, de esa ramplonería que hoy llamamos mediocridad, sino del término equilibrado entre los extremos. Toda extralimitación, por indolencia o por impaciencia, es *hybris* como decían los griegos, pecado que afrenta a los dioses. Hasta la invención desorbitada, hasta la industriosidad sin mesura, sin medida humana, es funesta. Es el Frankestein, el autómata monstruoso. Atormenta al estudiante que lo formó con despojos del cementerio y lo animó con vida galvánica, según la novela de la señora Shelley. Ese muñeco es el símbolo de nuestra época, como los Reyes Holgazanes lo han sido de otras. Ni lo uno ni lo otro. Los inmortales maestros de la Academia y del Liceo proponían el freno o la espuela, según el caso, para educar al hombre justo. Sobre esto conozco una historia.

—Érase, pues —continuó—, aquel último crepúsculo de la antigüedad, ya ensombrecido por la noche de las invasiones bárbaras, noche cada vez más inminente. Ante la caída de Roma, San Agustín cierra los ojos para soñar la Ciudad de Dios, como si la columbrara más allá del telón de llamas. Tenía un aplicado discípulo, que lo era más de la cuenta. Le llamaremos el Indiscreto Africano. Se pasaba los días copiando y estudiando antiguos manuscritos. Como muchos hombres sedentarios, cayó en manías pintorescas. Siempre andaba semidescalzo. Quiero decir, sólo usaba la sandalia izquierda. Y no porque hubiera perdido la otra al transportar a Hera en sus hombros, por el Río Anauros, como el joven Jasón, sino porque había adquirido aquel hábito extravagante. Nuevo aprendiz de brujo, se atiborraba con la ciencia de su maestro, pero luego la aplicaba torcidamente. El maes-

tro, que también había conocido algunas extravagancias en su juventud —la más noble fue la herejía de los Maniqueos—, esperaba que el Indiscreto se corrigiera con los años, como sucedió a la adúltera del chascarrillo vulgar.

¿Y sabéis lo que aconteció? Que el Indiscreto Africano quiso adelantarse a los siglos de los siglos, y edificar por su cuenta y él solo, en su desmesura, la Ciudad de Dios, parodia ridícula de la utopía de su maestro. Pero tuvo, claro es, que conformarse con una fábrica en miniatura. Y con agua y arcilla y fuego se dio a edificar algo que hoy sería para nosotros un paisaje de Nacimiento. No contaba con la tierra entera y menos con el universo, y dispuso su ciudad ideal en el suelo de su posada, a falta de cosa mejor. Pero como debía su cojear por aquello de la sandalia, un día tropezó, cayó sobre sus creaciones y acabó con su Ciudad de Dios. No quiso esperar a que la edificara la única mano poderosa. Quería disfrutarla en vida. Lo cuenta cierto Padre de la Iglesia Latina, y luego se alarga en declamaciones sobre la soberbia de Babel.

—¿Es decir —comentó el reflexivo Antonio—, que si hubiera usado las dos sandalias, la de la izquierda y la de la derecha, hubiera podido seguir hasta el fin de sus días embobado con su juguete?

—¡Tal vez, tal vez. . . !



VIDA DE PUEBLO

La vida de pueblo, donde todo esparcimiento está en la rebotica, en la sacristía, en la taberna, en el billar, ¡cuántos locos engendra! ¡La angustia de la Provincia! ¿Cómo puede haber poetas de percal que la canten?

Don Benjamín y su segundo, Vicente —los libreros—, eran otros locos. Se odiaban a muerte y vivían juntos. Cada uno, todos los días, le procuraba algún daño al otro. Pero no tenían encuentros, no había riñas. Era el suyo un duelo de relámpagos. Si don Benjamín le tiraba un libro a la cabeza a Vicente, éste no pestañeaba: el mal estaba hecho para siempre. Era inútil insistir: a otra cosa. Vicente y Don Benjamín se quedaban temblando de ira, mirándose a los ojos, y aquello no tenía mayor consecuencia.

Un día que Vicente dudaba trepado en una escalera, buscando en lo alto de los estantes algún libro viejo, empotrado entre los demás e incorporado con ellos como en una sola masa; de esos que ya nadie busca sino don Agustín de Bazán, de esos que tienen el lomo ilegible y una gruesa capa de polvo encima, don Benjamín remachaba con un gran martillo, de los que llaman "machos de herrero", algún clavo en el mostrador. Acertó Vicente con el libro; entre resoplidos y estornudos de asco, lo arrancó de la cantera de los demás libros; y éstos, haciendo fuelle, se abrieron y dilataron por primera vez en su vida, como quien salta de un coche estrecho y estira los brazos y las piernas. De modo que cuando Vicente quiso volver el libro a su sitio, fue imposible, el libro ya no tenía sitio y, como dice el refrán, "el que fue de Sevilla, perdió su silla". Viéndolo forcejear, don Benjamín le alargó desde abajo el macho de herrero, y con esa seriedad hueca e impertinente que es tono de burla en nuestros rústicos, le dijo:

—Toma Vicente: mételo con esto.

Vicente, iracundo, cogió el macho, y lo tiró con toda su

fuerza a la cara de don Benjamín. Por suerte no acertó sino a quitarle de la nariz las gafas, que fueron a estrellarse con estrépito en las patas de la escalera.

Y los dos enemigos, como si tuvieran pacto de asesinarse a mansalva, pero también de respetarse en cuanto estaba dada la alerta, se quedaron, como siempre mirándose fijamente y sin decirse palabra. Y don Benjamín no despidió a su segundo ni lo reprendió siquiera. Y así siguieron haciéndose, todos los días, pequeñas y grandes infamias.



LA VENGANZA CREADORA

SOL y mar, pereza y calor. Los breves días de vacaciones transcurrían apaciblemente en Acapulco. Cuanto no era allí naturaleza —la gente, el pueblo—, era incomodidad y abandono. Aún no había llegado a ser el puerto lo que ha venido a ser después: un Luna Park de lujo. Mil veces preferible quedarse en casa fuera de las horas del baño y el reposo en la playa. Mil veces mejor quedarse en casa, entregados a la charla boba, al Romey de dieciséis cartas, porque el Jim-Romey, tan a la moda entonces, todo se vuelve aritmética y obliga a trabajar demasiado. Algunos tragos de vino por la noche, y cierta morbosa tensión en el ambiente; porque el ocio es mal consejero; y, por lo pronto, apicara las conversaciones y acorta un tanto los trechos de la familiaridad lícita y admitida.

La casita trepaba por la ladera y, de noche, era visitada por los abanicos de la brisa. Era pequeña y suficiente; sólo tenía dos pisos. Era propiedad de Federico, *restaurant* alemán establecido en la ciudad de México, propiedad que conservaba aún porque aún estábamos antes de la guerra y no se habían dictado aquellas disposiciones sobre posesiones a tantos kilómetros de la costa. Federico no era un nazi, sino, todavía, un hombre del Kaiser, aviador herido en las campañas de la primera guerra y retirado ahora a sus negocios privados; lo bastante, al menos, para que no se le conocieran tendencias ni tentaciones políticas. Hombre rubio, maduro, insípido, sereno, alto, afeitado, con una rara expresión de impavidez y una mirada sospechosamente fija, a veces, que hacía preguntarse si tendría un ojo de vidrio.

El resto del grupo lo componían su amante, Enriqueta, que hacía con él vida conyugal; el hijo de ésta, habido con alguno de sus anteriores compañeros, muchacho de unos quince años, llamado Enrique, familiarmente Quico; y una amiga inseparable de Enriqueta, persona también de historia y

de fábula, que había logrado borrar su nombre, rebautizarse para todos con el expresivo apodo de Almendrita.

No tenían servidumbre. Las mujeres se encargaban de los menesteres domésticos en general. Almendrita, mujer muy dotada, corría con la cocina; y Enriqueta y Federico se turnaban en el automóvil y en los viajes al mercado.

Enriqueta era mujer blanquísima, de pelo castaño, de lindos ojazos y boca fresca, aunque levemente descuidada como sucede con muchas en esta tierra, tipo deportivo, treinta años muy juveniles y cierta frialdad de corazón, algo tocada de educación norteamericana y aun de eso que se llama "el pochismo", huérfana por la muerte de una abominable madre elefántica, padre perdido en la noche de los tiempos, y hermanos y hermanas de variada fortuna. Cuatro o cinco hombres en su abono —entre directorcillos de orquesta y cosas así—, aparte de anteriores encuentros ocasionales y malos tratos y abusos de que la había salvado anteriormente Almendrita, recogiéndola por unos meses en su casa de mujer sola, como a una hermana menor. De allí, había pasado Enriqueta a manos de Federico, quien le daba muy buena vida y la mimaba como a una gata de lujo.

Quico, ante las experiencias maternas, sufría una revoltura entre su buen natural y los desplantes cómicos con que había aprendido a afrontar las situaciones equívocas. Iba para buen mozo, acariciaba mucho a su madre, cruzaba los años críticos y, según Federico —que lo veía con buenos ojos y trataba de corregirlo por la buena—, estaba muy mal educado.

Almendrita era pequeña, morena de bronce, pero de perfiles más andaluces que mexicanos; desenvuelta, ágil, pronta para todo, valiente y sencilla como quien ha vivido mucho y lo ha visto todo, absolutamente todo. Tenía plena conciencia de su superioridad en tanto que ser humano completo. Frisaba ya en los cuarenta, pero se le daría, a lo sumo, la edad de Enriqueta, y, a ratos, aún se la supondría menor. Pelo negro y sin una cana. Tez admirable y lisa. Gracia y encanto femeninos, ardor natural. Rasgos todavía perturbadores, reliquias de su belleza juvenil. Ojos elocuentes, cara llena de simpatía y comunicativa como ninguna. Conjunto

realmente "comestible". Tras de mil andanzas y tumbos que habían despejado su inteligencia en términos excepcionales, templando no menos su voluntad, se conservaba fundamentalmente limpia y buena... Uno de esos seres que nos devuelven la confianza en las cualidades inextinguibles de la especie. Con una tropa de medios hermanos o medias hermanas, habidos de distinto padre o distinta madre, tenía una sola hermana cabal, que había juntado algún dinerillo merced al cálculo, al trabajo y a eso que se parece al amor.

Pero Almendrita prefería vivir enteramente sola. Sus amigos siempre le habían durado muchos años. Su trabajo en el teatro y en el cine la ayudaba de tiempo en tiempo, pues ya comenzaba a retirarse y sabía escoger a su gusto, sin resignarse a ser escogida. Se bastaba sola y sabía quedarse sola. Leía mucho, y las labores femeninas no tenían secretos para ella, cosa más de adivinación que de estudio. Era naturalmente bien puesta.

Su noble conducta con Enriqueta, allá cuando la levantó del suelo, le daba autoridad en casa de Federico, quien más de una vez la miraba embobado, y más de una vez, pensando en esa criatura irresistible y trigueña, se había preguntado si, después de todo, el pretendido ario germánico sería de veras el modelo de la raza suprema.

Entre dos mujeres "que están de vuelta" y un alemán de buen estómago, Quico se sentía bien hallado, y encontraba el medio de resolver a solas sus pasajeras inquietudes, algo exacerbadas en el clima del trópico, el cual después de todo, a ninguno de los cuatro podía dejar indiferente.

Almendrita tenía que hacerse desentendida ante los lances de la pareja, en lo que —por salud y buen equilibrio— no se detenía mucho a pensar. Y, a la hora de los baños de sol, cerraba los ojos para no darse por entendida ante las miradas codiciosas. No por melindrosa virtud, sino, simplemente, porque no le daba la gana de complicarse por ahora la vida, y el tesoro de sus infinitos recuerdos le bastaba para saciar ese prurito de amor propio que es causa, a veces, de un paso en falso. Ella sabía bien lo que era, lo que valía, lo que podría hacer cuando quisiera. Pero estaba entregada al reposo, como en leve sueño vegetativo.

Aquella tarde había llovido. La noche entraba majestuosa y risueña. El fresco y el calor jugaban en ráfagas alternas. La electricidad de la atmósfera parecía recorrer los nervios, sacudiéndolos delicadamente. Los tres mayores, las cartas a la mesa, se habían metido un poquillo en whisky y en coñac. Habían dado sus probadas al chico. Federico mantenía una rigidez que más parecía guardia armada, y de repente contemplaba interrogativamente a Enriqueta, que comenzaba a tener sueño. Almendrita, como siempre ilesa, sostenía la conversación. A Quico se le iba un poco la lengua, y su madre lo reprendía de tiempo en tiempo, más por deber que por deseo de frenarlo.

De pronto, Almendrita, dirigiéndose a Quico, observó:

—Deberías aprovechar este alto del juego para recoger tu servicio del comedor. Aquí no tenemos quien lave los platos y hemos convenido en que cada cual cuidará lo suyo. Anoche lo dejaste todo abandonado. Ve a cumplir tu deber.

El chico bostezó y dijo:

—Ya lo haré mañana, hoy no tengo ganas.

Enriqueta añadió:

—Haz lo que te dice Almendrita, —aunque se notaba que le importaba poco.

Y el muchacho, refunfuñando, se levantó y se encaminó al comedor, diciendo de modo que Almendrita lo oyera:

—Bueno, mamá, le daremos gusto a la vieja histérica.

La cólera relampagueó un instante en la cara de Almendrita, pero se contuvo. Y, en tanto que Enriqueta y Federico reprendían a Quico, que estaba ya en la cocina y los oía gritar sin hacerles caso, entregado a la tarea de lavar su vajilla, una extraña sucesión de expresiones se pintó en la faz de Almendrita, de que ni Enriqueta ni Federico se dieron cuenta.

Almendrita, que barajaba para disimular su disgusto, se puso primero sumamente seria. Pareció hacer un esfuerzo; después, meditar; al fin, recordar. Su fisonomía se aflojó gradualmente. Pronto sonreía como de costumbre. Un aire de travesura hizo temblar sus facciones. Se mordió los labios con cierta fruición, se acomodó mejor en la silla y casi cerró un ojo. Entonces habló:

—¡Ya pasó! ¡Ya pasó! ¡Déjenlo! Mándenlo a acostar en castigo, y siga el juego.

Y así se hizo. En cuanto Quico secó sus platos y cubiertos, se lo tuvo por dicho. Gritó: "—¡Buenas noches a todos!" —y trepó la escalera.

En el piso bajo había una sala, un comedor, una cocina, la espaciosa alcoba de la pareja, un garaje y un pequeño jardín al frente, en declive sobre la colina y con vista al mar. En el piso alto había dos cuartos modestos, pero suficientemente amueblados —uno, de Quico, otro de Almendrita— a ambos extremos de la azotea y separados uno del otro. El de mar, era de Almendrita; el de montaña, de Quico.

Enriqueta jugaba ya sin saber lo que hacía. Federico tenía miedo de que se le quedara dormida, frustrando así sus posibles planes nocturnos. Almendrita, después de un rato, sonriendo siempre, tomó la iniciativa, según solía hacerlo:

—Yo también me caigo de sueño. Vamos a descansar.

Se recogieron las cartas, se alejaron las sillas. Federico pasó el brazo por la espalda de Enriqueta y la condujo a la alcoba, silbando la marcha del *Lohengrin*. Se oyeron correr, escaleras arriba, las sandalias de la sin par Almendrita.

Arriba, la noche era irresistible, y las montañas de tinta negra se destacaban, por curioso efecto, sobre un cielo enlunado. Almendrita respiró con arrobamiento. Reinaba el silencio, cortado al paso de los autos por la carretera, y por las explosiones de voces que la brisa traía en racimos. Se filtraba la luz por las junturas de la puerta de Quico. Almendrita contempló la puerta en silencio. Meneó la cabeza y se encaminó resueltamente a su alcoba, al otro extremo de la azotea.

Empezó a desvestirse lentamente, como para dominar cierto temblorcillo que le vino a las manos. Se lavó, se arregló, enteramente desnuda y estudiándose frente al espejo. Dio a su cara unos cuantos toques, ligeros y acertados: los labios, las cejas, las pestañas, las ojeras, resaltaron poco a poco al conjuro de un "maquillaje" artístico y experimentado. Se echó encima una bata de muselina, ató a la cintura y la aflojó del busto y la falda, como con negligencia, hasta conven-

cerse de que la bata se abría un poco al andar y también al mover los brazos. Y salió de nuevo a la azotea.

Otra vez resolló fuerte, queriendo absorber el embrujamiento de la noche. Se concentró un instante. Y, descalza y con pasos rápidos, se dirigió al cuarto de Quico. Empujó la puerta sin miramientos, y él la saludó con una furtiva exclamación, sorprendido, pero temeroso de que lo oyeran gritar.

Almendrita cerró la puerta tras sí y, contemplando al muchacho sin titubear, se le enfrentó y le dijo:

—¡Muy bonito! ¡El niño divirtiéndose solo! ¡Eso no se hace a tu edad!

—¡Cállese! —dijo él casi con el aliento y cubriéndose presurosamente con la manta—. ¡Váyase! ¿Qué busca aquí?

Y los ojos del muchacho, a pesar suyo, recorrieron golosamente las calculadas aberturas que mostraban los encantos de la mujer. En esos ojos había miedo, y empezaba a haber otra cosa, entre interrogación y esperanza.

—Dijiste que íbamos a darle gusto a la vieja histérica. ¿Verdad? —dijo Almendrita con un tonillo doctoral y avanzando hacia la cama de Quico, al tiempo que dejaba caer la onda de su bata. Estaba enteramente desnuda, los brazos abiertos, radiante de sensualidad, agitando el seno, en lumbre los ojos. Y continuó:

—¡Pues a darle gusto, que para eso son los hombres! Ahora me las vas a pagar todas...

Y cayó sobre el lecho, enlazando imperiosamente el cuerpo del muchacho, mientras repetía con voz sofocada:

—Yo te enseñaré algo mejor que lo que estabas haciendo. Ahora vas a ver lo que sabe hacer la vieja histérica.

Se apagó la luz. Se oían rumores y jadeos, frases entrecortadas, suaves gemidos de gozo en que ambas voces se confundían.

Tras un instante de sopor, el muchacho acertó a decir:

—¡Qué sorpresa! ¡Qué felicidad! ¡Cuánto tiempo desperdiciado! ¡Lo que menos me figuraba! ¡Otro, otro, por favor!

—¿Otro? —dijo ella arrastrando un poco las palabras—. ¡Toda la noche! ¡Lo que es ahora no te me escapas! ¡Quiero vengarme de lo que dijiste!

Pero la venganza se resolvía en besos y caricias, rumores

y jadeos, frases entrecortadas, suaves gemidos de gozo en que ambas voces se confundían.

Afuera, la noche tropical empujaba sus antorchas nupciales. Ahora las montañas eran doradas. De lejos, chascaban el freno los potros de las olas y cabeceaban las palmeras.

De la alcoba salía algo como una palpitación de alas invisibles.

Enriqueta, despeinada y ojerosa, servía el desayuno a los varones. Entró Almendrita en atavío de baño, semidesnuda. Quico apenas alzó los ojos y enrojeció un poco. Federico, para admirarla a gusto, adoptó su impavidez académica.

—¿Te me has adelantado? —dijo Almendrita a Enriqueta, acompañándola a la cocina.

—¡Quico! —gritó desde allá Enriqueta—. ¿Ya le pediste perdón a Almendrita?...

Almendrita no lo dejó hablar. Se acercó, le puso las manos en los hombros.

—¡Ya! —dijo—. Ya nos reconciliamos anoche. ¿Verdad, Quico?

El muchacho se atragantó sin poder pronunciar palabra, y dijo que sí con la cabeza.

—Ya no volverá a suceder, ¿verdad? —continuó Almendrita acariciándole la cabeza—. Ahora vamos a ser muy buenos amigos.

No bien habló así, se arrepintió de haber hablado. Había contado con su habitual presencia de ánimo, pero no pudo disimular cierta turbación. En su voz, en el desconcierto de Quico, en la actitud de ambos —que, en el chico, era timidez y, en la mujer, descaro forzado—, en todo ello hubo algo que pareció delatarlos a medias. Federico y Enriqueta se cambiaron una mirada furtiva y callaron. Calló también Quico, engolfándose en su desayuno con una expresión atónita. Almendrita se sentó con un movimiento ágil, tarareando y mirando al techo, y sintiendo que por instantes le salía el rubor a la cara.

Y entonces, en un embarazoso silencio, cada uno emprendió un monólogo interior.

Quico sopeaba el pan y pensaba:

"¡Ahora sí que soy todo un hombre! ¡La importancia

que me voy a dar con los amigos! ¡Pepe se pondrá más envidioso! . . . A lo mejor, no me lo creen. ¿Les diré de quién se trata? ¿Me haré el indiscreto y el olvidadizo delante de ellos, haciéndole a Almendrita algún furtivo cariño a la pasada, para que se convenzan de que es verdad? Ella no tiene que darle cuenta a nadie, nada pierde, pero tal vez eso no le guste. ¡Es tan cuidadosa! Además, si le cuento todo a Pepe, le doy ideas. . . Y no sé por qué se me figura que a ella no le desagrada Pepe. Me parece que lo mira de cierto modo. . . ¿Será mejor callar? ¡Es tan difícil!"

Enriqueta, haciendo ruido con los trastes en la cocina, pensaba así:

"Aquí ha pasado algo. Mejor será no darse por entendida, aunque Federico me pregunte. ¡En peores nos hemos visto juntas, Almendrita y yo! Después de todo, lo mejor que podría suceder es que Quico diera sus primeros pasos guiado por una mano amiga y segura. Así se le quitarían esas mañas infantiles tan peligrosas."

Y lo que menos sospechaba, en su cabecita insignificante, es que reconstruía los argumentos de Mme. de Warens cuando se propuso por iniciadora y tutora al adolescente Rousseau.

Federico se había asomado a la ventana y meditaba:

"¡Mejor que mejor! Así también yo la tendré a mi alcance. Hace mucho que ella no incurría en un desliz, y yo no me atrevía a insinuarme. Y, dada su amistad para con Enriqueta, mucho menos. Pero ahora, iniciado el movimiento, tiene que continuar. La haré sentir, por lo pronto, que me he dado cuenta."

En este momento se volvió y, aprovechando la ausencia de Enriqueta y el aturdimiento de Quico, que por nada se hubiera atrevido a levantar los ojos, miró fijamente a Almendrita, con nueva intención en la mirada.

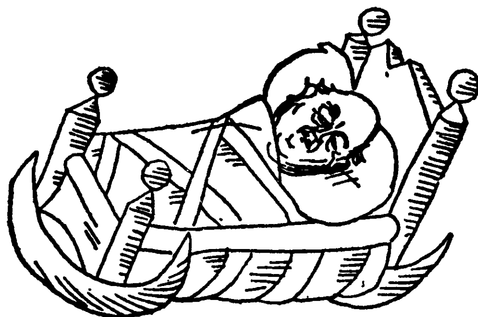
Almendrita, que en ese momento se levantaba de la mesa, se dejó guiar por su instinto y sus hábitos femeninos; se provocó a sí misma, si vale decirlo, un nuevo acceso de rubor; hizo como que sólo ahora se daba cuenta de su semidesnudez, como que quería esconderse dentro de su propio cuerpecito; cerró y abrió los ojos. Y, como atraída por la fascinación de Federico y su implacable mirada, se lo jugó

todo valientemente: se dirigió hacia la ventana, rozó a Federico con todo el cuerpo, contempló alternativamente al varón y al muchacho, sintiéndose dueña de los dos y midiendo sus dominios con la mirada. Le pareció que se abría ante ella una avenida de continuados deleites; le saltó el corazón; tembló visiblemente y sin poder evitarlo, y dirigiendo una mirada a la playa, exclamó:

—¡Esto sí que es el Paraíso!

Enriqueta seguía en la cocina, fregando trastes. Quico escapó corriendo al jardín. Federico, inmóvil, recibió de frente la metralla que le lanzaba Almendrita, por todos los poros de su ser.

México, mayo de 1946



EL DESTINO AMOROSO

CONOCÍAMOS y apreciábamos a Almendrita. Nunca nos hubiéramos resignado a una interpretación vulgar de sus actos, a una interpretación superficial o de primer plano. Aquella criatura tenía, en todo y por todo, eso que se llama personalidad. Y la personalidad consiste en escapar constantemente a las generalizaciones que implica el uso mismo de un sustantivo o un adjetivo; para decirlo de una vez: en escapar a la sentencia común. La palabra es mortal enemigo de lo individual, de lo distinto. Así, de pronto, era mucha la tentación de aplicar nombres corrientes a ciertos rasgos de la conducta de Almendrita. Pero había que pensarlo bien antes de incurrir en este error. ¿No parecía una comadre de vecindad cuando se pegaba por algún tiempo a este grupo, a esta familia, a esta tertulia, y luego, sin decir por qué o dando pretextos cualesquiera, rompía con ellos y se alejaba de ellos definitivamente? Pues esto es lo que hacía Almendrita, por mucho que nos apene confesarlo. ¡A ver, veámoslo de cerca y procuremos ahondar en su conducta!

Uno de sus amigos había observado con sutileza que los pretextos de Almendrita para alejarse de aquellos amigos de ocasión parecían siempre insustanciales. En suma, que Almendrita alegaba siempre razones de muy poco peso. Es decir: saltaba a los ojos que siempre se trataba de verdaderos pretextos. Ahora bien, quien dice pretexto dice disimulo. Luego la primera conclusión a que llegamos, aquella tarde de lluvia en que —a falta de mejor cosa— pusimos a Almendrita sobre la mesa de disección, fue que ella ocultaba, en estos casos, sus verdaderos motivos.

Esto, dicho así de pronto, casi era inaceptable para quien la conociera aun superficialmente. ¿Ocultar Almendrita algo, y sobre todo ocultar sistemáticamente cierta clase de cosas, cuando la naturaleza la había dotado de esa extraña facultad de empuñar y manejar las verdades con tanta dul-

zura, persuasión y evidencia? Ella se las arreglaba siempre para hacer aceptar al instante sus actos, sus dichos, aun en casos y cosas que a nadie le serían aceptados. Aparte de su lucidez, disponía Almendrita, para estos trances, de una perfecta y no aprendida claridad de expresión, y de toda la muda elocuencia de su linda persona, de su cara expresiva, de sus ojos irresistibles. Lo que en otra mujer hubiera parecido imperdonable, en ella hasta resultaba digno de aplauso. La profunda motivación y la perfecta y altiva naturalidad con que desenvolvía su conducta la transportaban a otro plano moral. Se asegura que un amante la había encontrado en brazos de otro. A las primeras palabras de Almendrita, él no había podido siquiera protestar. Ella no era usada por los hombres, como suelen serlo estas mujeres. Al contrario, ella los usaba. Y una especie de sentimiento tácito, entre cuantos habían disfrutado de sus caricias, era la gratitud de todos para una criatura que jamás había abusado villanamente de estos poderes, de estos derechos, ni por bajo interés, ni por morbosidad o sadismo: ni para aprovecharse del dinero de nadie, ni para recrearse en ver sufrir a nadie.

Explicar, pues, aquel misterio de ciertos apegos amistosos seguidos de distanciamientos, conformándose con decir que ella disimulaba sus verdaderas razones no era explicar nada: era cambiar de sitio el misterio. No sólo porque así seguíamos sin saber sus motivos reales para obrar de modo tan extraño (extraño, una vez admitido que ninguna vulgaridad le era achacable), sino porque, además, era enigmático a más no poder el que Almendrita disimulara alguna cosa, el que ocultara algo, el que no diera los pasos de frente como solía.

Otro de los exegetas presentes declaró que, aunque sin duda Almendrita era casi un ángel, no llegaba a serlo del todo, y que algo debía pagar a su índole femenina. Y que, o él no entendía nada en estos achaques, o las mujeres, todas ellas sin excepción, y por paradójico que parezca tratándose de las más descocadas, siempre que escondían algo lo hacían por pudor, o por vanidad ofendida, o bien por una mezcla de ambos sentimientos, mezcla muchas veces indiscernible. Pronto advirtió y confesó él mismo que la palabra "vanidad"

era, para el sujeto de nuestro análisis, muy cruda. Propuso atenuarla con la palabra "orgullo", lo que ya nos pareció a todos mucho mejor. Pero, a pocas vueltas, reconocimos que el carácter de esta inasible mujer no acomodaba en las generalidades del término "orgullo", ni menos en el de "vanidad". ¿Cómo llamarlo?

Alguno, como recurso extremo, propuso que a ese sentimiento defensivo del yo, que se cierra como la sensitiva al tocarlo, le llamáramos *x*, al modo matemático, para así seguir operando. ¡Qué confesión de fracaso! ¿Tener que usar una *x* fría e inhumana para tratar de una mujercita de carne y hueso ¡ay qué carne y qué hueso! (exclamó el más trivial de los presentes), de una mujercita llena de integridad vital, de calor, y provista como muy pocas de esa virtud magnética que nos hace reconocer en el prójimo al próximo, y desear su compañía y su contacto carnal y espiritual?

Bien: no le llamemos a eso de ningún modo. Pero el enigma aún no se entrega. ¿Qué atrae a Almendrita, y qué la rechaza después, en este diálogo, siempre movedizo y cambiante, entre ella y determinados círculos amistosos? Parece que el círculo la retiene un instante, mientras la contamina de su propia electricidad, y luego la radia, y que ella —por una mezcla de pudor y de agravio— no explica después suficientemente las causas de este alejamiento.

—¡Diálogo! —gritó el más filósofo—. "Diálogo" se ha dicho, y se ha dicho bien, para imitar al hablador de Cervantes. Hay, en efecto, dos personas en el problema. Una, la persona individual, es la constante: Almendrita. Otra, la persona colectiva, es la variable, el grupo, familia, célula social que primero frecuenta y luego rehúye Almendrita. Si del examen de la sola constante no hemos sacado nada en limpio, examinemos ahora el grupo variable.

—¿Cómo examinarlo?

—Descriptivamente. ¿No posee este grupo, o mejor dicho, no poseen estos grupos algún carácter común, alguna constancia en su variabilidad, algún dato permanente de que podamos asirnos? Porque, si estamos ante el cambio absoluto, desde ahora renuncio, no sólo a explicarlo, sino también a interrogarlo.

—¡Hombre! Se trata de grupos de hombres y mujeres.

—Hombres y mujeres —repitió, meditabundo, el dialéctico—. Es una aparente perogrullada, pero creo que nos da alguna luz. Donde hay hombres y mujeres se establecen las corrientes magnéticas que ya sabemos, las atracciones y repulsiones, los juegos de danzas y contradanzas de amor o los sentimientos afines ("afinidades electivas") o los remedios sociales que los acompañan en cortejo. ¿No será que Almendrita, al irrumpir siempre sola en estos ambientes, perturba, por decirlo así, la "danza calabaceada", la danza de las parejas?

—¡Evidentísimo! —gritó alguien—. ¡Tanto meditar, para dar al fin con una explicación tan sencilla!

—Pero ¿se tratará simplemente de unos vagos celos colectivos, informes, por parte de las mujeres (y los hombres) del grupo?

—¿Qué quiere usted insinuar?

—Me explicaré. Siempre me ha parecido que, en el grupo, sea cual fuere, el de ayer o el de antes de ayer, se destaca una pareja eminente, y que esta pareja, sea de matrimonio, de amor actual o bien de amor en gestación —y gestación que, acaso, la misma presencia de Almendrita está llamada a hacer madurar—, esta pareja, repito, toma especialmente por su cuenta a Almendrita: viene a recogerla en su auto, la trae de regreso a casa...

—¿Y usted se atreve a pensar que Almendrita, como una persona vulgar, como una "Donjuana" cualquiera, se dedica a enredar entre la pareja, creando *liaisons dangereuses*, o seduciendo al varón y traicionando a la hembra?

—No seamos tan simplistas y elementales, amigos míos. En Almendrita, ante todo, algo hay de "Donjuana" involuntaria. El dios de las criaturas la modeló y la hizo para la seducción. Es ello como un destino físico y visible. Pero el dios, o demiurgo, cargó la mano, y la seducción de Almendrita perturba también a las mujeres. No quiero decir procacidades; no hablo de vicios definidos, sino de esas atracciones inconscientes que suelen producirse aun entre hombres y hombres perfectamente varoniles, y con más razón (dada la índole de estos seres) entre una y otra mujer. Una amiga

de Almendrita puede sufrir ante ella una verdadera fascinación, y a través de este sentimiento confuso, puede llegar a asociarse de algún modo indeciso a la vida libre de Almendrita, o puede llegar a asociarla a la afición que experimenta por su propio esposo, amante, novio, pretendiente, Almendrita, por su solicitud natural, se presta a ser —no la mediadora, entendámonos—, sino la tercera en concordia; se presta a dar el equilibrio del triángulo...

—¿Inocentemente?

—¡Oh, no necesariamente! Almendrita es demasiado consciente de su fuerza, y nunca ha cerrado las puertas a sus apetitos naturales. Esta cariñosa asociación en el amor ajeno la halaga, la excita. No se interroga entonces; sabe bien que su destino la hará caer tarde o temprano en alguna combinación de amor con una o con las dos personas. Ni lo provoca, ni lo teme: simplemente lo espera, tal vez sin desearlo siempre. Y, cuando llega el caso, lo disfruta con sabiduría perfecta, mientras suena la hora en que los otros dos, hasta entonces embobados, se sacuden el frenesí de un instante. Y se asustan los dos: ya él se arrepiente de su audacia y vuelve a su rutinaria pasión; ya la otra se escandaliza de pronto y teme perderse o perderlo. La misma intensidad de la descarga quema los plomos y sobreviene el corto circuito. Y entre los dos, poco a poco rodean a Almendrita de una red de equívocos, acaso murmuraciones, desconfianzas, vilezas sobreentendidas o manifiestas, "después del niño ahogado tapan el pozo", etc., todo lo cual obliga a Almendrita a abandonar la asociación transitoria.

—¿Y la culpa?

—La culpa no es de nadie. La culpa es de los campos eléctricos que determina a su paso esta pila humana, con su sola presencia y a pesar suyo. ¿Han meditado ustedes en la historia de la Helena de Troya? Como siempre le pasa igual, Almendrita lo acepta ya como una forma natural de su vida. Sin liviandad y sin presunción. Pero como tampoco está ciega y no ignora que su destino es un destino muy singular, es explicable que no lo pregone, que lo esconda. Sabe que para justificarlo tendría que justificar muchas cosas, demasiadas cosas que no dependen de ella, y entre éstas, algunas

imponderables. Sabe que, si el grupo antes vivía pendiente de sus labios, vive ahora de "comérsela viva", y que ahora se complace en presentar bajo las luces más desfavorables "el caso Almendrita". Pudor y agravio la obligan entonces a alejarse. Yo creo que, cuando era más joven, cuando estas experiencias eran aún nuevas para ella, debe de haber sufrido extremadamente. Ahora sabe que no puede evitarlo; y entonces, fiel a su salubre naturaleza, goza de ellos mientras le es dable. Y, anticipándose al rechazo, se aleja oportunamente, se retira la víspera del desenlace, con un leve mohín. También con un poco de amargura, y sin otro contentamiento que el de sentirse irresistible. A veces, cuando le pregunto si ya no visita a éstos o ya no frecuenta a los otros, después de darme sus explicaciones triviales, me ha parecido sorprender en sus ojos, y hasta en esos impagables hoyuelos que le salen a la cara, una sonrisa que se desborda. En esta sonrisa secreta hay, no puede negarse, mucho de desquite donjuanesco, y también un bogar a solas por ese lago de los recuerdos. . .

Todos quisimos añadir algo, pero nos sentíamos perturbados. Callamos. Y como cada uno quería meditar a solas, nos despedimos. Un poco después, muertos de risa, nos encontramos otra vez todos en casa de Almendrita. Así son las cosas.

México, julio de 1948

EL HOMBRECITO DEL PLATO

SIENTO verme en trance de contribuir yo también al sobresalto de la opinión con una noticia escandalosa; pero no todo ha de ser vivir y vivir para jamás contar.

Ello es que yo perdí el sueño una de estas noches y, a pesar del frío inclemente, empecé a pasear por mi terraza. Hacia las dos de la madrugada oí un suave zumbido, algo como una bola de luz cayó a pocos pasos del sitio en que yo me encontraba, y yo sentí una ligera conmoción. Aquello era un plato volador, simplemente; y del plato volador salió un hombrecito, un "hombrecito entre dos platos", como decían del pobre gibado Ruiz de Alarcón; un hombrecito de hasta un metro de estatura, con una cabeza deforme y unos ojos vivos y penetrantes.

La curiosidad pudo más que el temor. Se me ocurrió acercarme sonriendo. La sonrisa —me dije— debe ser un lenguaje universal, y sin duda el raro huésped interplanetario comprenderá mis intenciones amistosas. En efecto, el hombrecito del plato hizo a su vez una mueca que a mí me pareció un saludo. "Estos visitantes —me dije— han dado últimamente en solicitar la casa de los escritores. Los periódicos dicen que, allá por Capri, andan rondando nada menos que al novelista Curzio Malaparte. Sin duda quieren conversación y comercio con los humanos, y han escogido para empezar, con una perspicacia que realmente los honra, no a los políticos ni a los militares, sino precisamente a los profesionales de la expresión, del cambio de ideas; es decir, a los literatos, a la gente que usa el lenguaje como su arma o su instrumento por excelencia."

Me dirigí a mi biblioteca, y el duendecito me siguió. ¿Cómo entablar un primer diálogo con un ser interplanetario? Discurrí tomar un papel y hacer un dibujo elemental del Sol —un círculo con rayos—, y junto a él dibujé otras ruedas a distinta distancia, las cuales venían a significar res-

pectivamente los planetas Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Tracé una cruz en el círculo que representaba la Tierra, y señalé el suelo como para decir: "Estamos en la Tierra." Después, puse un dedo en el círculo que representaba a Marte. ¿Pues no nos han dicho que estos platívolos vienen de Marte? Y miré a mi interlocutor con una mirada interrogadora. Él comprendió. Alargó su mano y movió la mía del círculo de Marte al círculo de Venus. Apenas experimenté un leve toque eléctrico; debo decirlo para tranquilizar a los que se vean mañana en un caso semejante al mío. Entendí que, con esto, el duendecito quiso decir: "No vengo de Marte, vengo de Venus."

En efecto —reflexioné— mis pocos estudios astronómicos me dicen que, por sus generales condiciones, el verdadero planeta gemelo de la Tierra no es Marte, como se decía hasta hace unos treinta años, sino que es Venus. De acuerdo ya en este primer punto, volví a poner el dedo en Marte e hice una señal negativa con la cabeza: nuevamente puse el dedo en Venus *(honni soit. . .)* e hice entonces una señal afirmativa. El duendecito me entendió y repitió mis actos.

Habíamos llegado a un acuerdo sobre los dos extremos fundamentales del lenguaje: la señal del *No* y la señal del *Sí*, contornos indispensables de toda conversación inteligente, polos de una lógica elemental o una representación del mundo. Me acordé que los chinos —tan sabios y tan escarmentados— tienen un puñado de palabras para decir *No* y una sola para decir *Sí*, pues lo primero y más importante es deslindar, alejar, afirmar la propia independencia ante las cosas, o sea *negar*; y lo segundo y accesorio (lógicamente hablando) es establecer cadenas o puentes con las cosas, tratados y pactos de relación, es decir, *afirmar*. *Sí* y *No* venían a ser mi *Órgano*, como hubiera dicho Aristóteles, mi estructura de lógica clásica o elemental para entrar en cambio y comercio con mi huésped, con el visitante de Venus. Le pregunté a señas si venía de lo alto, de alguna región celeste, y me contestó que sí con la cabeza. Los dos sonreímos satisfechos.

No quiso importunarme más. Esta gente de Venus es de una discreción pasmosa. Se encaminó nuevamente a la terra-

za. Produjo un extraño silbidito que yo creí interpretar así: "Ya volveré otra noche de éstas, en cuanto el tiempo lo permita." Trepó a bordo de su plato, y se elevó verticalmente, animado de un movimiento giratorio que yo, para mí, he considerado como una operación de tornillo para taladrar el espacio. Pero lo más curioso es que aquella peonza ultraterrestre, al elevarse, en vez del zumbido neutro que traía cuando bajaba, produjo ahora una verdadera música. Lo cual, sin duda, era una manera cortés de celebrar nuestro pacto de amistad y buen entendimiento. No poseo aún mucha experiencia sobre la música interplanetaria —a pesar de mis estudios sobre la filosofía de Pitágoras—, pero aquella música no me pareció desagradable y, acá en mi fuero interno, la traduje por algo así como una *Diana, diana, chin, chin, chin.*

¿Y cuál será el próximo paso? Ya lo he pensado. Tras el *Órgano* de la lógica clásica o aristotélica (un *Sí* y un *No*), tiene que venir el *Nuevo Órgano,* que diría Bacon: tiene que venir el *Qué sé yo* de toda lógica revolucionaria o innovadora. Pero ¿cómo comunicar al venusino el *Qué sé yo* y las expresiones de la duda metódica, sin lo cual nuestra relación será muy imperfecta? Aún no veo el modo, y cuando lo descubra, gustosamente daré cuenta de ello a mis lectores.

Octubre de 1954



ENCUENTRO CON UN DIABLO

En una posada donde sólo se detiene uno a mudar cabalgadura, no puede escogerse la compañía. Se habla con el primero que llega, y acepta uno un trago o lo ofrece.

Era casi la medianoche. Aquel impecable señor, prendido con cuatro alfileres, viajaba en carroza. El chambergo dejaba escapar ricillos negros por sus sienes. Tenía unos bigotitos y una perilla de puñal.

No recuerdo cómo, entre copa y copa, me dejé arrastrar por él, yo que sé tan poco, hasta las encumbradas regiones de la teología.

Y el desconocido habló del problema del mal, tan debatido por los filósofos.

—¿Cómo puede ser que Dios —me decía— en su omnipotencia y su bondad, consienta el mal y el sufrimiento, azotes de la humana familia?

Hice un esfuerzo —pues confieso que me sentía mareado y se me figuraba que las llamas de la chimenea chisporroteaban por todo el ámbito— y recordando mi Ripalda de a cinco centavos, le contesté con otra pregunta:

—¿Y no será por lo mismo que consiente en que haya pecados?

—¿Es decir?...

—Es decir —cité textualmente— "para nuestro ejercicio y mayor corona". Para encaminarnos, por la prueba y el merecimiento, a la salvación.

—Eso se lo enseñaron a usted cuando era un doctrino, y veo que no se le ha olvidado. ¡Bravo, bravísimo! ¿Otra copa?

—Ya no, gracias. Claro que hay también la solución de Pangloss, pero dejemos eso.

—Bien, ¿y si yo le dijera a usted que el mal y el sufrimiento humanos son perfectamente explicables sin acudir a

la hipótesis cristiana, sencillamente porque el hombre no es el objeto final de la Creación?

Decididamente la estancia daba vueltas. Pero hacía rato que yo oía un leve silbidito, un tenue "jui-jua" que se dejaba escuchar rítmicamente a lo largo de nuestra charla. Y por eso comprendí que mi interlocutor era nada menos que un diablo, y se entretenía en menear la cola mientras bebía y conversaba conmigo.

"Si usa cola —dije yo para mi coleto— no es el Diablo en persona, pues Su Majestad Infernal bien puede dispensarse de estos juguetes y boberías. Éste no será más que un diablo, un pobre diablo. Ni Belfegor, ni Belial siquiera, ni otro espíritu de alto copete."

Y en llegando a esta conclusión y descubierta ya su maniobra, preferí despedirme respetuosamente, barriendo el piso con la pluma de mi sombrero, y salí precipitadamente para continuar mi jornada, sin dar a entender al diablejo que había logrado descubrirlo, porque temí alguna mala jugada. Pues, como dice Tomás Moro, y antes lo había dicho Martín Lutero, los diablos no soportan burlas.

Septiembre de 1958

DE ALGUNOS POSIBLES PROGRESOS

—Leí de muchacho —me dijo mi amigo Gavilondo— una traducción de la *Evangelina* de Longfellow hecha por don Joaquín D. Casasús. Encontrándome de paso en Portland, quise visitar la casa del poeta. Pero yo no me había preparado, no había consultado una guía. Se me ocurrió preguntar al primer gendarme que hallé en la calle. No sólo me informó con toda precisión sobre el Museo Longfellow, sino que me dio una verdadera y sucinta lección de literatura, informándome sobre muchas circunstancias que yo ignoraba respecto a la vida y la obra del poeta. Confieso que me quedé asombrado.

Y no menos asombrado me quedé yo, y dando vueltas a esta historia tan singular, tuve aquella noche uno de esos sueños que no se olvidan.

Ya sabemos que algunos candorosos y bien inclinados sociólogos del pasado siglo llegaron a imaginar que el Estado podrá desaparecer algún día. Pero en tal caso —observaban— su última supervivencia será el gendarme.

Yo, en mi sueño, eché por otro atajo más lleno de amenidad y fantasía. Me sentí ciudadano de una dichosa república universal, habitada por el más culto de los pueblos, en el más culto de los mundos posibles. En aquella hermosa Edad de Oro, ya no había disputas, conflictos, crímenes y ni siquiera desavenencias. Los gendarmes (¡oh dioses!) habían asumido una función inesperada. Ante la constante demanda de saber, eran algo como unas enciclopedias vivientes, y su labor se limitaba a resolver todas las dudas científicas o literarias que les sometían los vecinos.

Me acerqué al gendarme de la esquina:

—Señor gendarme —le dije descubriéndome respetuosamente, mientras él se cuadraba con una gracia de bailarín—. ¿Quisiera Ud. decirme dónde habla Cervantes de aquel loco que creía ser Neptuno? ¿Y en qué pasaje del *Quijote* nos

cuenta Sancho de cierta viuda que tenía tratos con un palurdo, porque, para lo que ella necesitaba de él, aquel palurdo sabía más que Aristóteles?

Lo más singular es que ni siquiera me detuve a oír la respuesta, sino que movilicé en un instante las últimas dudas que habían ocupado mis desvelos, y —dispuesto de una vez a salir de apuros— ametrallé materialmente al gendarme con una multitud de preguntas, mientras él se deshacía en ademanes como de ahogado, sin duda pidiéndome que le diera tiempo de contestarme.

—Señor gendarme —continúe precipitadamente—, ¿hacia qué momento de la literatura europea, y creo que sobre todo de la francesa, acontece ese curioso cambio en el uso de la palabra "naturaleza", que antes se empleaba para significar el temperamento humano, y poco a poco vino a significar, nada más, el "campo", el paisaje? Y, señor gendarme, ¿queda en los diarios cariocas algún rastro sobre el paso por Río de Janeiro de don Juan Valera, entonces joven diplomático español, que allí se documentó para su novela *Genio y figura?* Y, señor gendarme, ¿será verdad que don Marcelino Menéndez y Pelayo leía de tres en tres renglones a un tiempo las páginas de los libros y no necesitaba escribir las notas que tomaba en las bibliotecas, sino que se las llevaba a su casa de memoria? Y, señor gendarme, ¿habrá medio de averiguar por qué a ciertos críticos de nuestras tierras les ha dado por repetir mecánicamente que sólo me ocupo de Grecia, cuando en mis cerca de doscientos libros —contra cuatro o cinco sobre Grecia— he tratado, primero, de México, y después, de todos los países que existen y algunos más? Y, señor gendarme...

Pero aquí mi sueño hizo explosión: no hay otra palabra para decirlo. El contenido era ya mayor que el continente: hubo un estallido, una súbita oscuridad. Abrí los ojos, y todavía seguí pensando que, después de todo, también la servidumbre, como los esclavos sabios de la Antigüedad, podría acabar en enciclopedias vivientes, a poco que se lo propusiera. Hay, desde luego, un antecedente seductor: cuando el muchacho Rousseau era lacayo en casa de Gouvon, un día, sirviendo a la mesa de sus amos, sobrevino una discusión

sobre cierta palabra francesa ya desusada. Gouvon vio que Rousseau sonreía discretamente. Le ordenó que hablase: el lacayo resolvió la cuestión, entre la perplejidad de los comensales. Este joven lacayo pertenecía, seguramente, a la familia de los gendarmes que yo conocí en mi sueño.

21 de enero de 1959

EL HOMBRE A MEDIAS

Como el personaje de una conocida novelita, había perdido su sombra. La perdió a la vuelta de un camino y nunca la volvió a encontrar. La sombra se evaporó y volvió al cielo. Como los hombres-vampiros de los Cárpatos, había perdido su imagen en los espejos y en el agua, lo que hubiera sido el castigo verdadero para Narciso. Y el triste se lamentaba y decía:

—Apurar, cielos, pretendo, por qué cebáis en mí vuestra cólera y vuestra crueldad. Madrasta se mostró conmigo la naturaleza, y pues me ha dejado nacer, ¿por qué tan despiadadamente mutila mi condición de hombre? Cierto, yo no soy más que un hombre a medias, puesto que me hallo condenado a vivir sin sombra y sin reflejo. La vida terrestre exige un mínimo de conformidad con el cuerpo, con la materia humana, y este mínimo de conformidad no se sacia con ver yo mismo y palpar mi cuerpo (¡y menos mal que todavía no soy invisible a los ojos ajenos, como temo que me suceda un día, al paso que voy!), sino que también nos hacen falta la sombra y el reflejo como para mejor aceptarnos a nosotros mismos.

Así se lamentaba el triste, escondiendo a todos sus lágrimas, por no poder dar explicaciones sobre los tormentos que lo afligían. Y los que acaso lo sorprendieron diciendo entre dientes: "¡Soy un hombre a medias!" no siempre entendieron bien su amargura.

Pero una noche recibió un consuelo inesperado, aunque no sea fácil de comprender. Y ello fue que, a la luz de la humilde bujía con que se alumbraba, vio pasear sobre la pared de su cuarto la sombra de tres ángeles, cuyo bulto —inútil decirlo— era invisible. No puede expresarse lo que pasó en su alma, ni cómo transportó el portento que veía a modo de explicación negativa (o positiva) sobre su mísero estado. Pero una alegría, un contentamiento místico pareció inun-

darlo y bañarlo. Se consideró mucho menos descabal que antes, acaso completo. Entendió que también las realidades invisibles son realidades, y al cabo vivió y murió en paz sin maldecir ya de su suerte.

4 de septiembre de 1959



II

QUINCE PRESENCIAS

[*1915-1954*]

I. LAS BABUCHAS

Escenario de las "Mil y una noches", con una meditación del sabio Georgiro

A VOSOTROS, en cuyos pechos todavía retumba el grito errante de la Arabia, yo os digo como el general Gordon: —Amo al musulmán, no se avergüenza de su Dios: su vida es hermosamente pura.

Y si todavía queréis saber cuál sea el origen de nuestros males, también soy capaz de contároslo, pues no es tan antiguo que se haya perdido su memoria.

Sucedió que a Mahoma —¡sobre él caigan el ruego y el sosiego de Alá!— fue concedido encerrar en una piel de camello los cien mil demonios turbulentos que habían falseado el texto de Salomón y engañaban al vulgo torpe. El camello, así cargado con todos los males de la tierra, la hubiera librado de ellos para toda la eternidad. Mas, habiéndose desgarrado el vientre en los picos del Himalaya, después de viajar durante varios siglos entre el Sol y la Luna, dejó rodar hacia las llanuras de la India, y desde allí propagarse al mundo, la ponzoña de sus funestas entrañas.

Porque aquellos cien mil demonios fueron los mismos que, celosos de sus amores, soplaron en las orejas del rey Salomón el embuste de que la reina Balquis, Balcama o Yalcama —"morena de prestar" a quien nuestros poetas llaman Belquís— tenía las piernas de cabra; es decir, que las tenía leprosas.

Pues, habiendo oído contar Salomón que en Saba no había moscas, y cada casa tenía dos huertos, y cada árbol producía quince frutos distintos, puso a andar su trono rodante hacia la remota ciudad, seguido de largo y maravilloso cortejo en que había criaturas de carne, criaturas de barro y criaturas de fuego. Dábale sombra una voladora nube de pájaros.

Mas he aquí que, un día, un rayo de sol vino a herir los

ojos del monarca. La abubilla había faltado a su sitio. Explicó, disculpándose, que se había atrasado en el camino, oyendo contar, junto a las orillas del Mar Rojo, la belleza de la reina Balquis. Y fue la abubilla la mensajera de amor del rey.

Y cuando, más tarde, la reina, en su primer encuentro, tuvo que recogerse las vestiduras para saltar un regato que de propósito había hecho correr frente a su alcázar, y salió al encuentro del regio huésped, pudo éste convencerse de que los perversos demonios lo habían engañado: ¡ella no tenía las piernas de cabra!

Hizo azotar a los demonios durante diez años, y los dejó como dejó Alá a los sectarios del Elefante, hechos unos escobajos de racimos, después de comidas las uvas. En tanto, él y la reina Balquis distraían sus primeras lunas proponiéndose adivinanzas orientales, o enlazados en amorosa suspensión.

Y por eso los demonios, vengativos, se propusieron, a la muerte de Salomón, alterar sus textos, cambiando de sitio los vocablos y dando papirotazos en las letras o alterando pasajes enteros. Y de todo nos hubiera librado el camello mágico de Alá, si no llega a acontecer lo que tengo dicho.

Andaba, pues, suelto y libre en sus fechorías uno de aquellos malos genios, Georgiro, hijo de Rajna el hijo de Iblis. Pero la ley es igual para los hombres y para los genios, y también él conoció el amor.

Sabed que se enamoró de la última hija del rey de los indos y que la tenía secuestrada con gran recato. Mas no tanto que ella se privara de algunos deleites furtivos, que así son las artes femeninas. El cuerpo de la princesa estaba hecho con la pulpa de todas las frutas, y toda ella parecía una perla sonrosada.

Cuando el celoso Georgiro, al descubrir alguna de sus andanzas, la hubo destrozado en su furor, no sin antes transformar en mono al saaluc con quien la cautiva tenía amores, oyó que el ángel de la izquierda reía tanto como lloraba el ángel de la derecha, de cuyos ojos brotaban las lágrimas como de una copiosa fuente.

No anda ociosa la voluntad del bien. El genio, ya contrito,

se quedó perplejo algunos años, sin saber qué hacer y jurando por el fulgor del cielo y por el día que declina.

Al cabo salió de su larga meditación resuelto a compensar de algún modo el mal que había hecho a los hombres, y por eso se lo llama sabio. Recorrió con la mirada el espacioso salón. El hacha y las olvidadas babuchas del pobre saaluc yacían por el suelo.

Dice nuestro autor que no existe en aquellas tierras una idea exacta sobre el sexo de las babuchas. Marido y mujer se las cambian indistintamente entre sí. Las del padre pasan al hijo, y las de éste, al nieto: de Amina a Mahoma, de Mahoma a Fátima. Nunca pudo averiguar Georgiro si las babuchas habían pertenecido realmente a la adúltera o a su enamorado saaluc. Y dijo para sí, meditando:

"Cierta cosa, que no todo lo redondo es nuez, ni todo lo alargado es banana, ni todo lo rojo es carne, ni todo lo blanco manteca, ni todo lo dorado vino, ni todo lo moreno dátil. Seamos justicieros como Salomón, y puesto que el partir en dos el objeto indeciso es el acto rudimental de justicia, pongamos que la babucha izquierda, el lado del corazón, perteneció al hombre, y que la derecha, el lado del hígado, perteneció a la mujer."

Y después siguió meditando. No estaba exento de luces. Hasta él, en los manuscritos árabes de Bagdad, habían llegado noticias de la sabiduría griega. Había leído que Aristóteles declara en su *Ética*: "Lo igual es el término medio entre un exceso y un defecto." La sentencia se le había grabado, y ahora produjo en su alma una súbita iluminación.

Pronunció un abracadabra. Frotó el anillo de hierro y bronce con poder sobre los espíritus malignos y los benignos. En el engarce del anillo lucía una partícula de la esmeralda que rodea a la Tierra, y sobre sus dos triángulos prestigiosos se leía nada menos que el verdadero nombre de Alá, hoy perdido para nuestro mal.

Operó la magia. Cobró entonces la babucha izquierda la virtud de provocar el vuelo al ser calzada, y la derecha adquirió el poder de sujetar el pie al suelo. Ambas inofensivas en apariencia, de hoy más —abandonadas a sí mis-

mas— tenderán la una hacia la otra como los dos amantes que encarnan: fragmentos extremados de una sola igualdad.

El que calzare la babucha viril, volará más que las águilas y se sentará en los caminos esperando que lo alcance su sombra. El que calzare la babucha femenina, ése, clavado e inmóvil, daría tiempo a que lo devorase una tortuga o a que le comiesen los ojos, como a Valmiki, las tropas de hormigas del Imavat.

Georgiro toma delicadamente las babuchas por la oreja, y se levanta en los aires como un torbellino de humo. Sube, sube. . . Ya la Tierra parece a sus ojos un huevo de avestruz. Asciende aún más. Atraviesa la región de las serpientes voladoras, y deja atrás la zona de las exhalaciones que los ángeles, desde sus acechaderos, arrojan sobre los traviesos chinos.

Al fin se detiene ante la cortina de llamas que circunda los Siete Cielos: la Tierra es menor que un huevo de paloma. El genio balancea las manos en el espacio. Caen las dos babuchas: aquélla, con presteza de rayo; ésta, suspendida y vacilante como una pluma. Así bajaron los destinos.*

Madrid, 1915

* *Addenda.* Cierto comentarista de la Córdoba musulmana, a quien apodaban Al-Guacil-Al-Guacilado, pretende que conforme a esta tradición debe interpretarse la historia de los Argonautas; la cual, de algún modo peregrino, había llegado a su noticia en un manuscrito de la *Bibliotheca* de Apolodoro. Según Al-Guacil, Jasón perdió la babucha diestra al pasar en brazos a Hera por el río Anauros, y como sólo conservara la izquierda, se explica el arrebato con que aceptó lanzarse a la conquista del Vellocino de Oro. Todos los autores antiguos afirman que Jasón se presentó en Yaolcos con un pie descalzo. Hera rescató, entre tanto, la babucha perdida y la hizo llegar a Medea. La princesa, al recibir al héroe, se le ofreció por guía y esposa. Jasón halló que la babucha de Medea le acomodaba exactamente, y, no bien hubo completado el par, resolvió escapar cuanto antes y regresar a su tierra, espantado de lo que había hecho y recobrado ya el prudente equilibrio. Pero como, más tarde, en Corinto, hubiera perdido la babucha izquierda, su cautela y desconfianza subieron de punto, y Jasón cayó ahora en el extremo del melindre y la timidez; por lo cual prefirió desposarse con la princesa del lugar y repudiar a aquella bruja exótica que había traído de la Cólquide. En suma, Jasón se "aburguesó" al punto de negar los errores de su juventud y quiso "sentar cabeza". Este comentario se perdió en las guerras de la Reconquista, y sólo quedó como tradición oral, entre los vecinos de Badajoz.

II. LA CASA DEL GRILLO

(Sátira doméstica)

1

Martes

> Cuando vino la mañana
> que quería alborear,
> salto diera de la cama,
> que parece un gavilán.

Saltó de la cama. Tentaleando, volcó el vaso sobre la mesilla y sintió caer, en la oscuridad, el hilo de agua.

Nunca pudo hallar la pantufla del pie derecho (o del izquierdo).

Con una pantufla en un pie y un zapato en el otro, el espacio ofrece una cuarta dimensión. A través de esta dimensión, dio con la cabeza en la luna del armario y todavía tropezó tres veces antes de alcanzar el tirante de la persiana.

Pleno día, de luz amarilla y grosera. Rechinaban las golondrinas. Frente a la ventana —nueva geórgica— la acacia casada con el farol, suma del paisaje madrileño.

En el grifo de la fría, no había agua; y en el de la caliente, helada. Allí se dejó el torpor del sueño, aligerados los párpados y la nuca.

La hora del desayuno no tiene sorpresas. Y el periódico de la mañana es un amigo bilioso, solterón.

¡Solterón!

La palabra se le quedó en el hueco del alma, y estaba bullendo todavía cuando se asomó a la ventana, para consultar la hora ¡en las nubes!

Poco a poco, su ánimo empezó a brillar como un espejo sin vaho. Las golondrinas venían casi a rayar su frente. Llameaban, a lo largo de la calle, en los terrenos sin construir, tres

amapolas espontáneas, casi intrusas. Y después, el campo desaparecía en el mar del aire. La luz matinal reverberaba.

...Y la conciencia del día aciago, solitario, mientras la casa se gasta de desuso, el desorden irrumpe por entre las cosas domésticas, diezma los ejércitos de la cocina y confunde las reservas de arcas y armarios...

Un día amanecen todas las corbatas raídas, traspillado el gabán, desvencijado el sillón; y a un mismo tiempo, hay que reponer los pequeños utensilios de vestir, comer y dormir, faltos todos de providencia. Así sucumbe todo, sin la restauración incesante del hilván, remiendo y zurcido, menesteres de esposa, de santa y de araña.

Y grita de pronto, amenazando a la calle con el puño cerrado:

—¿Yo vivir solo? ¿Yo no tener a quién decir: "Cósanme este botón"?

Y, a los pocos meses, se casaba.

2

Capitulaciones

> Por mayo era, por mayo
> cuando los grandes calores,
> cuando los enamorados
> van servir a sus amores.

—Voy a hacerte —le dijo— mi confesión, con la sequedad de un corte de caja. Voy a hacerte mi psicología mínima o esencial.

(Parque de tennis. Rodaba la pelota blanca en el pasto verde. En la pista, blanca, se perseguían dos conejos. Cielo de barrio apartado. Es por la tarde.)

—Los grandes enemigos de mi vida —continúa— han sido, por su orden: primero, la timidez (cobardía); segundo, la pereza (voluptuosidad); tercero, la mala educación (poca sociabilidad y cultura incompleta).

"Mis virtudes, mis fuerzas en la vida, por su orden: primero, el don verbal; segundo, la inteligencia; tercero, la

duda metódica, o más claro: la desconfianza. Quizá debo decir: la malicia, según más allá lo explicaré.

"Tengo, además, una cualidad mixta: el disimulo.

"Los maridajes de virtud y defecto siempre han exacerbado en mí los defectos. Ejemplo de una combinación funesta que siempre me ha perjudicado: timidez-malicia. Éste ha sido mi peor monstruo enemigo.

"Por más que busco, nunca creo haber sido verdaderamente vanidoso. ¡Ojalá lo supiera ser, a veces, con cálculo! Porque donde digo "malicia" no quiero decir "doble intención", ni siquiera condición positiva ninguna, sino una cavilosidad contemplativa, una sagacidad singular para adivinar intenciones ajenas, con su poco de manía de persecución.

"Tampoco creo que la imaginación haya hecho estragos en mí. Mi desdén a la vida es enteramente intelectual, sin decepciones del corazón. La tristeza nunca fue para mí más que un reflejo de la incomodidad material. El hombre me parece más hecho para soportar los dolores que las molestias. La muerte de un ser querido se puede tolerar mejor que una casa húmeda o un forúnculo pertinaz en la nuca.

"Pero, con todo, soy de una sensibilidad enfermiza. Sólo que no me detengo en el sentimiento como en un plano último. Siempre puedo ir más allá, siempre puedo contemplarme sufriendo: expectación del todo intelectual, y sin sombra ya de sentimiento aparente.

"Mi imaginación ha tendido siempre a ponderarse con cierto clásico equilibrio. Pero puedo soñar despierto durante largas horas: lo cual viene a la vez de mi pereza y de mi literatura.

"¡Mi pereza! ¡Soy tan perezoso! En el fondo, naturalmente. Porque como no me deja la vida, como estoy rodeado de cosas mal hechas y torcidas que sólo yo creo poder enderezar, agoto frecuentemente mis días, y mis noches, en una actividad febril.

"Mi timidez es la causa de todos mis fracasos. Yo no soy, precisamente, un fracasado. Pero he tenido algunos fracasos, de que quizás sólo yo me doy cuenta. Sin mi timidez, de que también sólo yo me doy cuenta, yo sería un grande

hombre. El disimulo me permite disfrazarla bien. Me consuelo de ella pensando que es cosa principesca, propia de un ser exquisito abandonado de pronto en mitad del aire de la calle. Y en efecto, ésa es, casi, mi propia historia.

"No he tenido crisis religiosa. Me educaron en una creencia templada, y la Virgen me hacía milagros con gran naturalidad. Pero no recuerdo a qué hora dejé de practicar, ni me he preocupado de ello. Mi padre era cristiano histórico, no religioso, aunque tampoco ateo. Quiero decir que del cristianismo tomaba lo que atañe a este mundo, sin preocuparse del otro. Mi madre no se interrogaba: rezaba. A veces, creo llegar a la emoción religiosa, y sólo llego a la emoción verbal. El encanto de mis propias palabras tiene poder para arrancarme lágrimas. ¿No hay quien quiere alcanzar a Dios, encaramándose sobre una montaña de palabras? Si hiciera profesión de creer, yo acabaría en eso. 'Místico' se llama, en lengua española, al que escribe párrafos muy largos.

"Mis pasiones, siempre exaltadas, no han tenido consecuencias funestas, gracias a la timidez y al disimulo. Debo añadir que este disimulo lo voy perdiendo con los años, a medida que me animalizo y se me cierran más las junturas del cráneo; a medida que, como en la edad de los asnos, la mandíbula va imperando más sobre el encéfalo. En todos los sentidos, cada día soy menos egoísta. A veces, cuando me comparo al muchacho fuerte que he sido, me reprocho a solas: '¡Pero si me muero por los demás!' Con todo, me parece que hoy quedo mucho menos bien que antes con el prójimo, tal vez por la falta de disimulo. La sinceridad ¿será un defecto?

"Al revés del caro Disraeli, tengo la debilidad de dar explicaciones de cuanto hago: y a veces, a gente que no debiera. Esto viene, por una parte, de mi afición a conversar y de mis bellas experiencias amistosas de los veinte años: yo he tenido amigos únicos, con quienes se hablaba de todo; y por otra parte, viene de la intelectualización excesiva, de la fiebre crítica, de la necesidad, primero, de entender bien, y segundo, de explicar bien lo que he entendido, de explicarme por medio de la palabra. (La palabra hablada: yo, hasta cuando escribo, hablo.) ¡Un deber de literato, trasla-

dado inoportunamente a la estrategia del trato humano! 'Perdido, mas no tan loco / Que descubra lo que siento', dice un antiguo poeta de mi afición. Y yo, que ayer me tenía por capaz de disimularlo todo, hoy, que todo me sale a la cara y que todo quiero que me salga, me pregunto: '¿Por qué llama loco este poeta al que dice lo que siente?'

"Debido a esta posición crítica, me considero a mí mismo con desinterés, y aun me juego malas partidas en provecho de los demás. Yo no sé mentir sobre mí mismo, sobre el precio de mis mercancías, como lo saben hacer todos. Los hombres mienten hasta para repetir una conversación que acaban de sostener. Yo, ni entonces. Cuando se discute, cedo siempre, porque no me disgusta dejar complacidos a los demás. Le doy importancia a lo que escribo, no a lo que hablo. Además, fácilmente se me convence (en esto no hay nadie, nadie que se me parezca) de que me he equivocado. Cuando me censuran, me informo de las censuras con cierto interés científico y puro.

"Alguna vez, a mis pasiones se mezcló la pereza, en su aspecto de voluptuosidad. Y entonces mis pasiones me dominaron.

"Sin mi timidez, yo sería el más libre de los hombres, y no hubiera dado sitio preferente en mi vida a tal o cual semiaudacia pasajera.

"De un momento a otro, el mundo me parece totalmente distinto. Un gesto, una palabra de mi interlocutor me hacen plenamente desgraciado o feliz. Y, con conocerme esta condición, soy tan perezoso que no sé cambiar de sitio cuando estoy melancólico, que sería el remedio seguro. (Nunca lo he probado.)

"Hasta hace algún tiempo, lo único que me quedaba era el sentimiento de continuidad de mi obra literaria. Después, viví en París muy aislado y me puse a dudar de mí. Acaso porque me faltaba el ambiente de los amigos, y ese sabor leve de vanidad indispensable para crear con placer. (No cabe duda que, en el fondo de toda creación, hay petulancia. Por eso me pregunto a veces si la Caída y la Creación no serán lo mismo.) De regreso aquí, donde todos somos hermanos, voy recuperando algo de mis fuerzas.

"Mi mejor carácter es la lealtad de mis afectos. En un mundo técnicamente perfecto (no sé si me entiendes) yo sería, sin disputa, el hombre más bueno.

"Tengo una cara de niño, porque no uso del tabaco ni del alcohol. Por eso también mis ademanes carecen de ese garbo que da a muchos la vida de club, entre el humo adulto y los vicios severos.

"Me aburro, porque vivo solo.

"Y ahora tú me dices lo que quieras."

Ella, a pesar de todo (terquedad del romanticismo), creyó oír cantar un ruiseñor. Por entre los labios, como si tuviera un alfiler en los dientes, dejó salir un "Sí" sibilante. Y la verdad es que —alucinada— se casó con su "Sí".

Era una muchacha muy buena y mansa, cabellos castaños, ideas azul perla. Sin ser bella, tenía en la cara esa suavidad que tanto nos gusta a los de aquel pueblo. Era una mujer... ¡oh, muy de nuestra tierra!

3

A PRIMERA SANGRE

> Castellanos y leoneses
> tienen grandes divisiones.

Los dos sillones mecedores en el mirador; y el mirador, jaula de cristal y leves cortinas sobre la calle.

Se mecen. De tiempo en tiempo se incorporan un poco, entre sonrientes y duros, y subrayan con el ademán: "sí, sí"; "no, no".

Divide el terreno una mesita redonda de tres patas, donde no hay más que un dedal de oro.

Se les podría dibujar entre orlas de hojas y flores, con una cartela en blanco debajo.

Los compases vivos de silencio, los puntúa, desde el fondo de la alcoba, el reloj.

—Cuando llegamos, ya estaba la cena preparada para los

doce. Mi madre era una gran madre de hijos y esposa de esposo. . .

—Oye, perdona. ¿Nunca te he contado? ¿Lo de la tacita de té que rompí una vez? Me llevaron a enseñar a las visitas como chica educada. ¡Una desgracia! La primera taza de té que me dieron se me cayó. Mi padre iba a enfurecerse; pero mi madre se apresuró: "Ahora ésta, rica; ahora, ésta más." Y yo rompí otra y otra. No hubo más que tomarlo a risa. Así es mi madre.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

—¿Sabes que me gusta mucho tu cuento? Un día, de vacaciones en casa, le rompí a mi madre un jarrón de porcelana esmaltada. Yo tenía ya dieciocho años, pero me eché a llorar de vergüenza. Y nada: "Me lo pagarás cuando crezcas."

—Mi madre es de lo más cuidadosa. Piensa en todo, y sin embargo, nunca se inquieta. La recuerdo en aquella sala: con medio guiño daba una orden al criado; con una sonrisa, tapaba una pregunta indiscreta, y mientras alargaba una mano a uno, con la otra le salía al paso al otro; pero todo con lentitud: le sobraba tiempo. Así se ha conservado tan joven, tan linda.

—Mi madre es morena, pequeña, más bien delgada. Nunca está quieta. Tiene que ver con el grano de los caballos, la harina de la despensa, las berzas de la huerta. Es un general. Anda tintineando las llaves.

—Pues yo creo que tengo de mi madre la afición por las cosas finas y pequeñas. Tenía unas tijeritas de plata. . .

—Mi mejor herencia es el gusto del aire libre. Eso no tienes tú de dónde heredarlo.

Un relámpago imperceptible. . . ¡Tocada! La nobleza agrícola venida a menos y la burguesía urbana en ascensión se contemplan en silencio.

—¡Pero si no me haces caso!

—¡Ni tú a mí!

Y al fin:

—Anda, basta ya. Deja eso. ¿Vamos a asomarnos a la otra ventana?

—Vamos.

¡Horas locas! ¡Cuántas de éstas! Células microscópicas de que se hacen los días.

4

Cuidados

Hijas de quince años,
hijos en los brazos.

La cara arrugada del niño vivía en sus ojos: dondequiera creía estarla mirando. Y lo mejor era el grito aquel, la clarinada de saludo a la vida que pareció llenar la casa.

En aquel grito se deshizo, purificada, la pesadilla de pinzas y vendas, olores acres, agujas de inyección.

¡Adiós a las noches de buen sueño! Ya pesaba, dentro de la pompa de jabón de su conciencia, la sólida realidad de un niño.

¿La soportaría la pompa de jabón? ¡Qué cuidados, qué angustias! Hasta que, con los años, la pompa de jabón se trueque balón de foot-ball.

Y nerviosidad, y mal estómago.

—Mira: si quieres hacerme feliz, que me den el bicarbonato al instante cuando lo pida, porque es que tengo fuego aquí.

Y el agobio de trabajo, quién sabe por qué:

—No me dejes, te lo ruego, no me dejes que me ponga a hacer colecciones de cuanto publican mis amigos en los periódicos. Es tiempo perdido. Ayúdame: recuérdame a tiempo que no me ponga a tareas de mera erudición, si no tienen la creación por fin inmediato. Las cosas de actualidad, la política y todo eso, ya lo sabes, tampoco me deben importar. Que quemen toda esa papelería, que me canso de verla. Y que no me hablen cuando estoy escribiendo, sobre todo.

Y un horror a chocar con los muebles, a tropezar con las personas:

—Ya te he dado la regla de mi felicidad: que no me andes sobre las pantuflas.

(Unas pantuflas bordadas, primorosas.)

Y aquel sobresalto, aquel sobresalto:

—¡Mujer! Ten cuidado: cada vez que le das el pecho a ese niño parece que se te va a ahogar, como traga y tose.

5

La dicha del hogar

> Yo estando en la mi casa
> con la mi mujer real.

Gustaba de comer lo que ella cocinaba. Ella cocinaba muy pocas veces, porque eso la hacía perder el apetito. Lo que perdía de apetito propio, lo ganaba en ver el apetito de su marido:

—¡Donde tú pones la mano!... —decía él, galante. Pero no por galantería, sino por gusto verdadero.

Ella, sin tener amor propio de cocinera, lo era excelente. Él nunca podía entender cómo era posible poseer una cualidad sin jactarse de ella. Y puesto que ésta es, casi, la definición de la virtud, él consideraba la buena mano de su mujer para la cocina como el ejemplo más puro de la virtud, y aun la virtud misma.

Pero ella se resolvía muy pocas veces a perder el apetito: es decir: muy pocas veces se decidía a cocinar.

—Guisar, hijo mío, es cosa que estraga el estómago.

Y aunque no lo decía tan claro, de sus vagas explicaciones, de sus semi-ideas, de sus larvas o fintas de pensamiento (nunca iba ella a fondo) he aquí lo que se sacaba en limpio:

Que la cocina, aunque procede por recetas como la química y la farmacia, no es una ciencia exacta, sino más bien un arte impresionista.

Que la misma receta, en cada ocasión, produce un resultado completamente distinto. En eso se diferencian (¿por qué, señor, por qué?) los verdaderos alimentos de las medicinas. No hay otra regla mejor para distinguirlos: medicina es lo que, a fórmulas iguales, produce resultados iguales.

Alimento es lo que, a fórmulas iguales, produce resultados diversos.

—Como que, hijo mío —apoyaba—, a veces hasta la forma, la presentación sola cambia el sabor de un alimento. Mira lo que pasa con el pan: si con igual masa haces una rosca y un trenzado, aquélla no sabe lo mismo que éste, ni tienen la misma consistencia, ni el mismo tacto, ni el mismo olor, ni tardan lo mismo en enfriarse, ni. . .

Así pues, la cocina es arte impresionista. No se puede sazonar con tabla de logaritmos, sino con la punta de la lengua. Para dar el punto al guiso, hay que estarlo probando. Y estar probando —y probando un guiso a medio hacer— es perder, al menos, la primer mitad del apetito. Primera razón.

Segunda razón: que el olor, como en los cuentos utópicos, es un alimento verdadero. Y quien cocina, se pasa una hora, y a veces más, envuelto en una nube de olores. Los absorbe y pierde el apetito.

Por fortuna, a él sólo le gustaba que su mujer cocinara por lujo o por excepción. Lujo, excepción, que pagaba siempre con un regocijo sólido y sin palabras.

A diario, no le hubiera agradado. Los menesteres domésticos, pensaba, empequeñecen el alma de la mujer, le gastan los sentidos, la hacen perder la buena conversación y la finura de las manos. Dos visitas diarias a la cocina envejecen a la mujer más que un parto. Y así, a través de la excesiva modestia de su primera época y del buen pasar que la siguió, se esforzaba por apartar a su mujer, casi siempre, de los abusos de la cocina.

Y así, en esto del ir como del no ir a la cocina —cuando sí, porque sí, y cuando no, porque no— reinaba en aquel matrimonio el acuerdo más edificante. Y él veía, en aquella virtud de su mujer, virtud para los días de fiesta, el perfecto símbolo de su dicha, el árbol central de su tienda plantado en este desierto de la vida.

6

Dos escuelas

> Los aires andan contrarios,
> el sol eclipse hacía.

El niño tenía que verlo todo blanco. Su cuarto tenía que ser blanco. Sus muebles, blancos. El simbolismo de los colores tiene su etimología —su origen de razón. Y es que sólo la luz blanca, suma de todos los matices, puede formar y educar un ojo sin prejuicios. ¿Muebles de color para una retina en desarrollo? ¡A tanto equivaldría ponerle a la criatura unas gafas de color! Si verdes, todo lo vería después en rojo. "Es más turbio que la luz del día", decía uno que se había acostumbrado al dormir de día y velar de noche. Y él no quería educar monstruos, no.

Ahora bien, cambiar de súbito un ajuar o un moblaje es cosa demasiado grosera para ciertas sensibilidades. Lo mejor sería procurar una metamorfosis: pintar de blanco los muebles de la alcoba.

Pero enviarlos al taller sería dejar enfriarse el nido. La voz resuena tristemente en los cuartos vacíos, y hasta parece que evoca a los fantasmas. Por otra parte, llamar al obrero a casa es resignarse a descubrir por todos los pasillos las huellas de unos pies extraños, por todas las alfombras un camino de gotitas de pintura, y por todo el aire de la casa un cierto olor de hombre en faena.

¿Por qué no pintar los muebles ellos mismos? ¿No eran jóvenes todavía? Y sobre todo ¿no se querían con locura?

Al día siguiente era domingo. Pues manos a la obra: una bata vieja, unos pinceles, un frasco de esmalte blanco...

—¡Qué hermoso es trabajar cantando! —decía él—. Mi desgracia mayor es no poder hacerlo en mi oficio.

Y pintaba, empapando apenas la brocha fina, y escurriéndola y exprimiéndola cuidadosamente en los bordes del bote. Ella, en tanto, usaba la brocha más gruesa, y la empapaba bárbaramente, pretendiendo llegar de una vez al tono blanco vivo que él obtenía después de pasar la pintura dos y tres veces. Cuando él lo advierte, se detiene, desorbitados los

ojos. ¿Pues no mueve ella la brocha transversalmente? ¿Horizontalmente, contra el hilo de la madera?

—Se hace así: vertical.

—No, así: horizontal.

—No, así: y mojando poco.

—Que no: mojando mucho.

—Y en dos o tres veces.

—No: de una sola vez.

Ante esta terquedad, hay que suspender la obra. Se trata de dos escuelas de pintura antagónicas; de dos técnicas opuestas: de dos modos contrarios de interpretar la materia. En el fondo, se trata tal vez de dos conceptos distintos del universo. ¿Si resultará, a la postre, que después de un año y medio de felicidad, no se entienden? Un principio de irritación malsana exagera el vuelo de sus ideas. En el modo de pintar de ella hay algo sanguíneo, brutal, improvisado, que a él le repugna profundamente. Sí: dos temperamentos irreconciliables se encuentran frente a frente. ¡Oh perspectivas de perennes disensiones domésticas! Y estalla:

—Bueno: pues se quedan sin pintar los muebles. ¡Ea!

—Pues que se queden, ¡ea!

(¡Ea!)

7

Educación

> Uno las letras pintaba,
> otro las letras leía.

Conforme pasan los días, los meses, los años, el sentido de la responsabilidad paterna se va endureciendo más y más hasta resolverse en manías. El niño crece. Lo quieren enjaular entre reglas. Su espontaneidad se escapa en pequeñas extravagancias.

Las reglas impuestas: en esta casa tiene que haber, cada año, un mes en que no se compra nada; una semana de cada mes en que no se sale a la calle; un día de ayuno cada semana; una hora de día en que no se habla. Carlyle callaba

—para luego hablar por los codos, cuando escribía— todo lo que le duraba la carga de una pipa. Esto se llama la educación científica. Enseña la disciplina, la higiene, el ahorro, muchas cosas más.

(*Oprima* el duelo, la pasión aturda,
la usurera esperanza —aunque anticipa—
cobre en desilusiones lo que urda:
hay que tomar las cosas con la zurda
y callarlas el tiempo de una pipa.)

"...A la manera —dice Montaigne— de los que aprenden aritmética y geometría por ciertos juegos de tablero." Pues ¿por qué no enseñarle la aritmética al niño jugando a los pares y nones, y luego, a los dedos de la mano? Toda la ciencia algorítmica se encierra en estas cinco ramas: pulgar, índice, medio, anular y meñique; o, como decían allá en el terruño: niño chiquito, señor de los anillos, tonto y loco, "lambe-cazuelas" y matapiojos. Lo del "tonto y loco" habrá que explicarlo como se pueda, esquivando las escabrosidades que trae Luis Vives, en sus impagables *Diálogos latinos*. ¿Por qué no enseñarle al niño la geometría con los ejes y porciones simétricas del cuerpo humano, que tanto interesan a León Hebreo, sistema de relación entre el hombre y el universo que casi sólo falla en cuanto se llega al corazón, órgano por excelencia insólito?

Tirándose como pelotas las declinaciones, Montaigne y su padre practicaban el griego a lo largo del día. Buscar el medio de enseñar la gramática jugando al escondite y al corro. ¿No organizó Mark Twain todo un pelotón de tropas alquiladas para mejor entender y hacer marchar los tiempos del verbo en alguna lengua romance? (*El italiano sin maestro, El latín sin lágrimas,* la muela del juicio sin dolor, etcétera.)

La escuela tiene sus peligros: cierto ascetismo malsano que se crea entre los niños. Se forman asociaciones masónicas para soportar las injurias, los golpes entre los asociados; para arrebatarse los objetos: "Esto me gusta y esto me das." Un autor francés asegura que hasta se forman en las

escuelas, como en algún cuento de Stevenson, Clubs de Suicidas.

Va creciendo el niño: al bebé de mantequilla sucede el párvulo de mazapán, y a éste, el desapacible grandullón de sustancia ya indefinida. Mientras se define el carácter, aparecen aquí y allá ciertas extravagancias, seudópodos de la amiba que empieza a andar.

Nadie nota sus extrañezas, pero van floreciendo en él condiciones incomunicables.

Cuando aprende el ajedrez, da en jugarlo solo, y hasta hace siempre pequeñas travesuras en favor de las blancas, que son, por lo visto, su debilidad.

Siempre se le desata el cordón del zapato en el pie derecho. No creemos que sea indiferente: ya se desconfiaba del joven César porque andaba con el cinturón demasiado flojo.

Ha adquirido la costumbre de llevar siempre una piedra en el bolsillo. Asegura que es para equilibrar el peso del cuerpo, porque siente debilidad de un lado. Tiene un abismo a la izquierda, como Pascal.

Se ensaya en volverse de repente, porque espera sorprender detrás de la nada absoluta, convencido de que él mismo va creando el mundo con los ojos —pequeña epilepsia larvada. Va a ser, de seguro, un filósofo.

Un día, se le ocurre que está demasiado satisfecho de sí mismo. Va a ser, de seguro, un moralista. Para corregirse, en vez de los buenos días y el adiós adopta esta fórmula extravagante: "Estoy muy equivocado." Las consecuencias pueden ser funestas o sublimes: consúltese la historia de la Ética.

Pero sus padres no se percatan de esta lenta penetración satánica llamada el espíritu, y siguen, tan satisfechos, desarrollando por la vida doméstica su cinta métrica del año, el mes, la semana, la hora: la educación científica.

8

Otoño

La que a nadie no perdona.

Ella se arranca subrepticiamente una que otra cana. Él tiene ya las sienes grises. Lo embarga el cuidado del porvenir. Hay que pensar en la familia. (Y nunca pensó en otra cosa.) De noche, se revuelca en la cama y emprende, a veces, aquel monólogo interior:

—Sobre la muerte como idea poética ya se ha dicho todo. De la muerte como idea práctica nunca se dirá lo bastante. Los sabios y los santos han aconsejado la meditación de la muerte como una lección para la vida. Querían demostrarnos así, de un modo palpable, la vanidad de los afanes humanos, los engaños de la apariencia. Pero yo no veo clara la utilidad de semejante lección para los hombres de este mundo. Ella puede convenir a los que renuncian y se matan o se dejan morir: no a los que verdaderamente viven. Me parece que, en efecto, la meditación de la muerte es saludable, pero del mismo modo que es saludable la meditación de la vida: para conducirla y prevenirla. A la muerte como ejemplo moral hay que sustituir la idea de la muerte como objeto de previsión y conducta. El agente de seguros puede ser, así, una transformación moderna del confesor: "Piensa en la muerte —nos dice a todas horas—. Prepárate para la muerte." Y en efecto, como decía Gracián, recogiendo la sabiduría de los estoicos que tanto lo habían dicho ya, "es menester meditarla muchas veces antes, para acertar a hacerla bien una sola después".

"Estas consideraciones —prosigue monologando— pueden parecer un poco impías. Bien mirado, lo impío es entregarse a lamentaciones egoístas o a la no menos egoísta indiferencia por las cosas del mundo. Puesto que la muerte es un mal inevitable —aceptando que sea un mal y que sea inevitable— conviene que nos perjudique sólo a nosotros. No enterremos vivas con nosotros a nuestras viudas, como hacía el marido oriental. Que los nuestros puedan sobrevivirnos,

esa es la ley. Sólo así nos perdonarán la injuria irreparable de abandonarlos en este valle.

"Y como no sólo de pan vive el hombre, ni es cierto que la felicidad suponga riquezas fabulosas; y como tampoco nos es siempre dable dejar todo el dinero que hubiéramos querido dejar, hay que saber dejar, sobre todo —y sin desatender a lo otro— aquella riqueza cuya mina está en nuestra voluntad: la obra sólida de la educación, las enseñanzas prácticas de felicidad que consisten en el buen trato, en la honradez sin ceño, en el aprovechamiento discreto del tiempo, en la buena elección de compañías y lecturas, en el hábito de no delirar por lo imposible ni aullar ante lo inevitable como perro a la luna, en el amor a la buena marcha de lo que traemos entre manos y, sobre todo, en el horror al miedo y al excesivo amor propio, que se disfrazan de mil formas para hacernos insoportable la vida. En suma, todas esas cosas humildes que, juntas, se compendian en una palabra orgullosa y se llaman, altivamente, la Virtud. (¡Cuidado con las mayúsculas! Pero, ¿quién me habrá hecho a mí tan sabio?)

"Y ésta es la única lección de la muerte, y la muerte se inventó para eso. Y que otros lo digan con elegancia y contraste: yo no, que me gusta hablar de lo que interesa a todos los hombres en ese tono sencillo en que habla el vecino con la vecina... (¿Pero quién me habrá hecho a mí tan sabio?) Aquí las ideas se confunden... Tal vez he empezado ya a dormir..."

Conclusión, más o menos esperada:

—Mañana tomo un seguro de vida. El seguro murió de viejo.

9

Y LA CAZA DEL GRILLO

Cri-cri, las horas, cri-cri,
las horas junto al fogón.
Cri-cri, se pasan los días.
Cri-cri, todo se acabó.

—Pero ¿qué estás hablando ahí a solas, que no duermes?

—Calla, mujer honrada, que vas a despertar al muchacho.

—Duerme a pierna suelta, como suele.

—Y tú, ¿tampoco duermes?

—Es el grillo.

—¿El grillo?

—El grillo que se nos ha metido en la casa. Ya te he pedido que me ayudes a buscarlo.

—¡Pero si los grillos no se encuentran nunca! Son como los duendes. A los duendes nadie los ha visto, y se beben la leche de la cocina. Toda casa que ha vivido tiene su grillo. El grillo es un enmohecimiento del tiempo.

(Cri-cri.)

—¡Anda, ayúdame a buscarlo, que no me deja dormir!

(Cri-cri.)

Y la escena, como bobería llena de presagios, como tragedia latente y que no se resuelve nunca, se prolonga en la medianoche. Ambos han saltado de la cama (Cri-cri). Ella sacude las cortinas (Cri-cri). Él se ha metido debajo de la cama (Cri-cri). Compadezcamos al género humano (Cri-cri).

—¡Nada, que no aparece! (Cri-cri).

Él sacude ahora las cortinas (Cri-cri). Ella se ha metido ahora debajo de la cama (Cri-cri). En esto había de parar tanto afán y tanto sueño (Cri-cri). ¡Y pensar que nacimos para cazar grillos! (Cri-cri.) Y todo lo que uno esperaba de la vida, cri-cri y más cri-cri. ¿Dónde están las nieves de antaño? (Cri-cri.)

¿Qué se hizo el rey don Juan?
(Cri-cri.)
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
(Cri-cri.)

¿Qué fue de tanto galán,
(Cri-cri.)
qué fue de tanta invención
como trujeron?
(Cri-cri.)

—¿Quién lo hubiera dicho hace años? Recuerdos de cuando nos conocimos (Cri-cri). Cuando éramos novios (Cri-cri). Cuando nació el niño (Cri-cri). Cuando dijo: "Papá" (Cri-cri). Ya vaciamos todo el armario, y nada, que no aparece.

—¿Qué hacemos?

—¡Seguir buscando, empezar otra vez, volverlo todo de arriba abajo, que me da en los nervios, que yo así no puedo pegar los ojos! Métete en todos los rincones, debajo de todos los muebles, aunque te cueste la vida, por favor!

(Cri-cri.)

Y vuelta a empezar. Y ya quiere amanecer. Y cri-cri esto, y cri-cri lo otro, y cri-cri lo de más allá.

—Mira: se me ocurre una idea genial. Encontrarlo es imposible, no hay halcón cetrero para esta garza. Canta por todas partes a un tiempo. Renunciemos a la cacería. Lo mejor que podemos hacer es participar en el concierto. Colaborar en las catástrofes es mejor que ser víctimas pasivas. Vamos a cantar a coro con el grillo.

—¡Vamos!

A tres voces: ¡Cri-cri! ¡Cri-cri! ¡Cri-cri!...

Risas en el cuarto vecino. Asoma la cara del muchacho, impertinente y burlona. Él también ¡qué diablo!

A cuatro voces: ¡Cri-cri! ¡Cri-cri! ¡Cri-cri!...

El himno sube al cielo: ¡Cri-cri! Y a esto todos los autores le llaman la felicidad.

Madrid, 1918.

III. EL REY DEL COCKTAIL

En la primavera del año pasado, un raro suceso, de que hablan todavía los periódicos, sorprendió dolorosamente a lo que pudiéramos llamar, en estilo fósil, el sector más serio de la opinión inglesa.

La Real Sociedad de Alcoholes, con sede en los alrededores londinenses, convidó al célebre Mr. Waldo Higgins y Martínez, de Ottawa, para que, a la vista del público y en una de las bodegas más amplias de dicho instituto, creara su cocktail número 177.

Mr. Higgins, que a la sazón se encontraba rusticando junto al Manitoba, accedió gustoso y se trasladó a Londres. Era hombre de singulares prendas, mundano e ingenioso. Tenía lo emprendedor de su madre, una yanqui, y lo sutil del mexicano que fue su padre. Como los hombres de otros siglos, discurrió invertir el orden de sus apellidos en cuanto se percató de que el "señor Martínez" estaba condenado al fracaso, y "Mr. Higgins", al éxito seguro.

La gran sesión aconteció en las galerías subterráneas de un sótano inmenso, amurallado entre filas de barricas y lujosamente dispuesto al caso. El público, de rigurosa etiqueta, se sentaba en pequeños toneles, ordenados como las sillas de los teatros. El orador, de pie sobre una enorme pipa, disponía de una mesita llena de frascos y botellas, donde había un *shakeeye* reluciente y amenazador como una granada. En la mesita se veían, además, unos aparatos indefinibles, como de laboratorio o gabinete dental.

Cundía por el aire un olor azucarado y penetrante de alcoholes viejos. La luz era algo difusa, y se deshacía suavemente en penumbras por los rincones. Había una temperatura de 50 a 55 grados Farenheit, la temperatura sagrada de las bodegas. En la catacumba de los alcohólicos, la voz del Rey del Cocktail retumbaba profunda y clara. Su discurso no es conocido en español. Lo traduzco a continuación, extractándolo, y lo divido en partes para la comodidad de la lectura.*

* Confieso haber aprovechado algunos datos de este discurso en mis *Memorias de cocina y bodega* posteriormente publicadas.—1954.

Puritanismo

Ladies and Gentlemen:

En el *Almanaque de la Cucaña*, publicado en París por las ediciones de La Sirena, el curioso encuentra una página de Cocteau: la receta del cocktail *Désespoir*, que alguien inventó a las cinco de la mañana, echando mano de lo que a mano había, en una casa sin despensa y bodega:

"Hielo y Agua de Colonia, gotas de alcohol de menta *Ricqlés* y un dedo de *shampooing*. Agítese y sírvase, espumoso, con dos pajas, en un vasito de enjuagatorios."

Y Cocteau, confuso —o más bien, orgullosísimo de su audacia—, pide perdón a la Gastronomía.

He aquí un cocktail de poca imaginación, que no puede desconcertar a un moderno. Cocteau, en el fondo, es un académico que pretende huir de sí mismo *(aplausos)*.

Por mi parte, yo sé de un niño que juntaba ciertos ingredientes y fabricaba ciertos menjurjes de jabón de almendra, "zozodonde", bandolina para el cabello (que de tiempo a esta parte los sudamericanos llaman "gomina"), restos de café, chile piquín mexicano y otras sorpresas semejantes; y después, con gran regocijo mío, hacía beber su mixtura —dulce y persuasivo— a sus amiguitos predilectos, asegurándoles que era un tónico muy recomendable y eficaz. El chico tendría a lo sumo once años, la edad de la inocencia. Era un chico que prometía ser grande. *(¡Ja, ja!)*

Hay más aficionados de lo que a primera vista parece a este género de revolturas. La falta de bebidas auténticas engendra la aberración, el cocktail *Désespoir*. Un personaje de Maupassant agota el petróleo de una lámpara. Las lechuzas de las iglesias son, acaso, ebrios que se equivocan de mitología y van a dar con el aceite buscando el vino. Un amigo mío esconde por ahí un cuento inédito, el cuento del que se embriagaba con sangre de gallo. Al pasar junto a la taberna, se oían sus voces destempladas: "¡Camarero, otro gallo! ¡Éste no está bueno!" *(Risas discretas.)*

En los Estados Unidos han tratado de suprimir la embriaguez prohibiendo el alcohol. Véase el resultado, en un telegrama que corrió por la Prensa: "El número de sentencias

de prisión por embriaguez dictadas en Washington, durante los doce meses que terminaron el 30 de junio último, señala un aumento de 34% sobre años anteriores, según el Superintendente de la Cárcel del Capitolio.—La causa de este aumento, dice, es la naturaleza de las bebidas. Como allá, como en todos los Estados Unidos, se carece de buenos vinos, aguardientes, whiskies y otros líquidos espirituosos, la gente bebe tónicos para el pelo, extractos, perfumes, medicinas y todo género de alcoholes de madera; pero en tan extraordinarias cantidades que ocasionan furiosos ataques de embriaguez y muchos fallecimientos. Los comerciantes fabrican también imitaciones que con frecuencia contienen doble cantidad de alcohol sobre las bebidas originales."

Ante esto, me siento puritano; es decir, partidario del vino puro *(¡Bravo! ¡Muy bien! Y Lord Stockport, que acaba de volver de Sevilla, exclama: ¡Olé!)* Y recuerdo, no sin confusión, a cierto caballero que solía yo admirar en los *revivals* de Ottawa —perdonadme esta divagación hacia mi remota niñez— que en cada nueva reunión mística confesaba beber peores especies de alcoholes industriales, y se mesaba públicamente los alborotados cabellos y, en un rapto de arrepentimiento, pedía a sus correligionarios que allí mismo lo degollaran. Y yo, pobre niño, contemplaba con inconfesable veneración aquel pescuezo enrojecido por el que pasaban tan atroces venenos. El pecado es contagioso. Poco después, de paso por el Estado de Guanajuato, venturosa tierra paterna (pronúnciese *Oanahouaatto),* apuré concienzudamente un frasquito de Agua Florida, precioso antecedente de la Kananga y de la Colonia, en cuya etiqueta se ve saltar una fuente y despliegan sus plumajes de siete colores unas aves del paraíso... Me abstengo de referiros las consecuencias de mi locura.

¡Oh, no! Puestos a escoger, ¿estamos por la Solera Vieja, o estamos por el Odol con asientos de lámpara y raspaduras de jabón al arsénico? Dos cosas ha cultivado la humanidad en sus mejores épocas —Grecia, el Renacimiento—, y son el buen vino y la buena memoria; es decir, el buen humor y la erudición. Todavía la novelista inglesa Jane Austen —ninfa de las buenas maneras, hada de las alquerías bri-

tánicas—, habla, en pleno siglo XVIII, con deleite no disimulado y con manifiesta deferencia, de un *gentleman in his cups,* de un caballero que está algo alegre. ¡Loor al humanista Saintsbury que, en nuestros días, alterna sus obras de sabio con libros sobre la bodega y las buenas marcas añejas! Digamos como Rabelais: *Trinc! (Ovación.)*

El problema de la embriaguez

George Bernard Shaw confiesa que este problema es insoluble, cuando propone para él esta solución darwiniana: inundar en ginebra las poblaciones y que perezcan los que hayan de perecer y sobrevivan los más aptos. Pero tamaño darwinismo conturba mi corazón lamarckiano.

Tampoco puedo aceptar la idea de Stevenson, para quien el problema se reduce a una educación en la manera de catar o gustar el vino. El francés —nos asegura el autor de la *Isla del Tesoro*— prueba el vino con la mismísima punta de la lengua, y así, se satisface a poco beber; el inglés, en cambio, como tiene el mal hábito de paladear el vino muy en el fondo de la boca, en la garganta casi, necesita tragar mucho para satisfacerse: de ahí la embriaguez. No estoy convencido, no me detengo a discutirlo. No puedo aceptarlo, desde que he visto al pueblo español, pueblo sobrio, beber con botijo, "a la regalada", y el chorro al aire, que se recibe en la base del paladar.

Para mí el problema es cuestión de cepa, de elaboración y fábrica del vino. El buen vino, digan lo que quieran los ignorantes, nos satisface mucho antes de llevarnos hasta la embriaguez. El mal vino embriaga y envenena, y va despertando una asfixia, una ansia dañina de seguir, seguir... Lo que importa es educar a las generaciones en el buen vino.

Los cuentos populares dan a entender que el verdadero catador casi no prueba el vino. Aquellos abuelos de Sancho Panza descubrían el sabor del hierro, o el del cordobán (la llavecita atada a una cuerda que yacía en el fondo del tonel), sólo al olor del vaso. Y Fray Juan de Pineda asegura que el buen catavinos le toma el pulso a la bebida, palpando con la mano su consistencia y restregando entre los dedos el

líquido. ¿Pues no conoció cierto griego, al primer sabor, que la leche era de cabra prieta y, para más señas, primeriza?

El gusto del buen vino es una manera de castidad, que queda definitivamente perdido con el uso de las bebidas impuras. El llamado bebedor, ese ser monstruoso, puede agotar varias botellas en una noche sin saber si ha bebido sidra o champaña, así como consume lectura el tragalibros, ese ser antediluviano. Pero el hombre de gusto excelso hace durar más de dos meses un frasco de licor escogido.

Él sabe bien que los vinos cambian de sabor hasta con la forma de la copa. Sabe asimismo —como sucede con las cosechas populares de España— que la misma cepa natural produce efectos inesperados, y cada botella puede dar un matiz o una armonía de resabios distintos. Y cuando descubre un sabor único, lo hace durar ¡vive Dios! *(By Jove!)*, lo economiza, lo administra como un tesoro.

Yo odio al llamado bebedor. Ese estado —mezcla de timidez, espanto y arrepentimiento, que Charles Lamb nos describe en sus *Confesiones de un borracho*— no me entusiasma. El bebedor acaba por ser víctima de sus sentidos o de sus alucinaciones simbólicas, y se embriaga hasta con agua bendita. Os contaré un caso singular.

De otro hábito incalificable

Cuando trabajaba yo en los ranchos del Far-West, tuve a mis órdenes un escribiente dipsómano que padecía la embriaguez claustral, a cuarto cerrado, la embriaguez heroica y solitaria, fruto concentrado de cien generaciones amamantadas en Whisky escocés.

El muchacho se presentaba por la mañana en perfecto estado. Cuando salía del trabajo, ya estaba completamente ebrio. Era preciso mandarlo en coche a su posada, como a los lores y obispos del novelista después de una sesión de lo fino.

Los primeros días, el dipsómano llevaba consigo, disimulado, un frasco de aguardiente y era fácil explicarse el misterio. Pero una severa censura —con cacheo militar estilo

Gran Guerra— hizo desaparecer para siempre la cantimplora de contrabando.

Con todo, la embriaguez continuaba, fatal, consuetudinaria, como si la contuviera implícita el reloj en las doce campanadas del mediodía. Era una embriaguez mística, inexplicable.

Al fin descubrimos el enigma. A la hora en que el pobre muchacho trataba de ponerse en pie, apoyándose en las paredes, alguien le recordó que no debía marcharse en mangas de camisa como lo había hecho el día anterior. (Pido perdón a mi auditorio inglés: allá trabajamos en mangas de camisa.) El consejo hizo reír al muchacho, con la fácil hilaridad del enajenado, y abrió la boca, sueltas del todo las bisagras de las mandíbulas... ¡Horror! Aquella boca estaba más negra que la de un setter de pedigree. El vicioso, privado de su bebida indispensable, se embriagaba con tinta. A falta de otra cosa, vaciaba metódicamente los tinteros. Y, en efecto, el ordenanza admiraba la laboriosidad de aquel joven, que agotaba con increíble rapidez las botellas de Blue-Black.

...Piadosamente, lo envolvimos en papel secante y lo mandamos por correo a la próxima ciudad que contaba con un sanatorio.

Más tarde, viviendo yo en Rheno, tuve ocasión de convencerme de que el beber tinta es una coquetería peligrosa. Allí conocí a un juez de los divorcios que era también profesor en una escuela de señoritas. El triste se enamoraba sin remedio de sus discípulas, en cuanto las veía limpiar la pluma en la lengua —¡graciosos animalillos salvajes! *(Silencio embarazoso. El orador, para sanear el ambiente, hace una seña: se sirve una ronda de copitas de Oporto a la concurrencia.)*

De mezclar el vino con agua

El ortodoxo Chesterton, mi grande amigo inglés, comenta el diluvio universal con esta oportuna canción:

> Medio tumbado en la piragua,
> Noé se burla del destino:
> "No me importa dónde suba el agua,
> siempre que no llegue hasta el vino."

Con relación al jugo inmediato de la tierra, Noé, el fundador del vino, profesa un casticismo intachable. Sus hijos —parece— empezaron ya a mezclar el vino con agua, y hoy el descarrío alcanza un extremo inquietante, por cuanto se ha llegado a mezclar el vino con agua gaseosa. Hasta se estropea el Whisky con la soda.

Los clásicos mezclaban una parte de su vino espeso con dos partes de agua: era vino hecho para el agua. Sin duda que el Cécubo bienal y el Másico de siete cónsules eran unos cosméticos impotables, a menos de diluirlos así. Las cepas del siglo de las luces no tienen ya semejanza alguna con los vinos de Horacio; aun creemos que son mejores: no hay que exagerar el prejuicio en pro de la lengua latina.

De todas suertes, el gesto ritual pasa por los siglos a modo de símbolo virtuoso; y, en los juegos de naipes del Setecientos, la Templanza está representada por un mancebo que cuela y bate, en dos jarros, el vino y el agua.

Pero nuestro ecuánime don Juan Ruiz de Alarcón, eco de su tiempo, hace cantar así a sus coros:

Venta de Viveros,
dichoso sitio,
si es cristiano el ventero
y es moro el vino.

Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano
y el vino es moro.

Entre los inacabables denuestos del agua y del vino, me atengo al poema medieval. Dice el Vino:

Yo hago el ciego ver
y al cojo correr
y hago al mudo hablar
y al enfermo organar;
así como dize en el escrito,
do fazen el cuerpo de IesuXro.

Y el Agua:

Así, Don Vino, por caridad,
pues tanta sabedes de divinidad,
alabad. Yo y todo, he algo en Cristianismo,
que de agua fazen el bautismo.

Que un "Maestro en Divinidad" explicaría así: el vino para consagrar; y el agua, para purificar. Diferencia entre la bebida y el baño.

Ahora bien, no puedo menos de confesarlo: hay vinos que necesitan, de por sí, el baño previo. Son vinos impuros. Pero, me diréis, los vinos depurados, los que no admiten la disolución eufemística en el agua, ¿cómo van, pues, a conocerse? Y yo os responderé: Pero ¿es que alguien ha definido el gusto? El paladar es lo que Spencer llamaría un "primer principio". Cualquiera de vosotros —a quienes supongo igualmente dotados de las facultades normales—, si anda, digamos, por el campo andaluz, se complacerá en beber el vino sin agua; pero, en tal otra posada manchega, por ejemplo, siente la necesidad de mezclarlo. ¿Cuándo y dónde habrá tenido razón? ¡Misterios del gusto! Aquí no se puede legislar. Es ésta una materia de tolerancia, y sólo el buen instinto, ayudado de la experiencia, puede resolver los casos de conflicto.

Con todo, cabe establecer dos reglas de buen sentido: una es que, en principio, el agua tiene más microbios que el vino. "Sobre todo —dicen las Guías—, al viajar por esos lugares, no beber agua." De modo que, en muchos casos, más bien es el agua la que no se deja beber sola y hay que amansarla con un poco de vino. Y el otro principio general: sólo el agua quita la sed. El del vino es otro apetito diferente. Combinando estos dos principios, se llega, en esencia, a la mezcla de los dos jarros, como en el mancebo de la baraja. Nuestro clásico Saintsbury escribe esta máxima prudente: *Spirits ask for water (which thing is an allegory), but wine and beer ask for nothing but their own goodly selves, and somebody to drink, appreciate and not abuse them.*

Vocación

De todas suertes, yo creo que la forma elemental del cocktail, el cocktail del primitivo, es la simple mezcla de agua y vino. (El químico pudiera decirnos que el agua es un compuesto de orden alcohólico.) Pero, en su aspecto más elaborado, la idea del cocktail no tiene más límite que la misma

naturaleza. El encuentro del elemento masculino con el femenino: eso es el cocktail en su definición más amplia. La tierra, con sus continentes y océanos, está fundada en igual principio. Los animales, el hombre, vienen a ser como grandes frascos en que se agitan y componen diversos agentes espirituosos.

Yo tuve la revelación del cocktail cuando estudiaba el primer año de Derecho en la Universidad de Virginia, la misma en que Edgar Allan Poe aprendió a beber. Eran los tiempos heroicos: los domingos, como la Universidad está en los alrededores del pueblo, el profesor de Moral encontraba a los grupos que regresaban, por la noche, cantando aquello de *Tua nos inebriari.*

Uno de mis compañeros, de tanto beber en cursos anteriores, ya tenía infusa la asignatura; quiero decir, que ya no necesitaba beber para embriagarse. Le bastaba pasear al sol unos minutos: era, todo él, un cocktail latente o una permanente fermentación alcohólica. Allí tuve yo la revelación del cocktail: cápsula de energías concentradas, actividad dormida que se despereza con un poco de calor o de movimiento.

Del mezclar los vinos

A menudo habréis oído decir que mezclar los vinos es aumentar su actividad alcohólica en proporción peligrosa. Algo hay de verdad en esta creencia. Hay que saber casar vino con vino, a riesgo de cometer errores muy serios.

Cuando el andaluz rechaza la manzanilla porque está "metío en jerez", establece una gran doctrina: una bebida sola, antes que una mezcla incierta o falsa.

Recuerdo haber adquirido una vez seis botellas que quedaban arrinconadas en el almacén de un licorista. Eran los residuos de algún Borgoña viejo y caro. El comerciante, que estaba por el Burdeos, no me disimuló su despecho al verme preferir aquel tesoro olvidado. "Ése —me dijo— le cuesta a usted más y, por añadidura, se lleva usted un vino grosero." No era grosero, no, sino varonil: era una cepa masculina.

Después de estudiarlo un poco en casa, engullendo entre

copa y copa una respetable porción de miga de pan para devolver su virginidad al gusto, creí haber descubierto la topografía saporífica de mi honrado Borgoña. Logré ver, con una visión íntima que sólo los prácticos conocen, la curva de aquel sabor, sus entrantes y sus salientes, sus concavidades y convexidades. Era un vino más bien levógiro, con irradiación húmeda y azulosa en la primera parte del trago, retroactivo en el trance medio y, en el éxtasis de la deglución final, con una marcada proyección hacia el recuerdo de la miel virgen y con un resabio persistente y, si vale decirlo, en contralto. Ruego a los no iniciados que perdonen a un técnico, ya algo maniático, esta pequeña divagación.

Una vez que establecí el carácter del vino, dije a mis amigos: "Este vino es completamente galo y posee un patriotismo agudo. Se deja beber antes del Champaña y, a lo sumo, después del Brandy, pero en modo alguno tolera la compañía del Whisky."

Apuramos una botella, decantándola cuidadosamente como corresponde a lo viejo. Uno de mis huéspedes se empeñó en probar después un vasito de Whisky. Mi respeto por su dignidad moral me impide contar las consecuencias. Hay que saber, pues, lo que se bebe. *(Sonrisas.)*

La Física y la Química

Mis predecesores se habían limitado a lo que en la ciencia se conoce con el nombre de mezcla: consorcio de sustancias que suman sus moléculas sin adquirir nuevas propiedades. Lo mismo hice yo en la primera etapa de mi jornada: números 1 a 150, cuyas fórmulas constan en los gráficos que he tenido el gusto de depositar en la administración de la Sociedad, para que los aficionados puedan examinarlas después de esta conferencia y me honren con sus observaciones.

La era intermedia que vino después no es más que un desarrollo de los mismos métodos. Cansado de los procedimientos del circo, del "malabarismo" del *shakeeye* —del cual, sin embargo, por apego romántico a la tradición me valdré esta noche—, comencé entonces a reflexionar lo que sería, ya no un cocktail mezcla, sino el cocktail combina-

ción. Quise saltar de la Física a la Química: a la compenetración de sustancias que modifican sus propiedades en el encuentro. Esto suponía ya una familiaridad apreciable respecto a las metamorfosis de los sabores.

Poco después, apliqué la chispa eléctrica a la combinación y obtuve no menos de siete series paralelas (de A_1 a A_7), cuyas consecuencias no están agotadas aún. Quede ello para los investigadores jóvenes, a quienes deseo mejor fortuna.

Lo que más me interesaba —tengo ya, señores, cincuenta y cinco años cumplidos, y mi paladar puede fatigarse y ponerse académico de un momento a otro— era completar el sistema de la trasmutación de alcoholes empíricos en nuevos espectros sustanciales.

El cocktail que ahora voy a presentaros, y que hoy por primera vez se fabrica *(murmullos en el auditorio: Hear, hear!)*, que hoy por primera vez se fabrica, repito, pues hasta hoy sólo ha sido objeto de estudio teórico mediante fórmulas y esquemas, será el resultado de una combinación química multiátomica, polarizada mediante el disparo de una chispa de radio. Una vez que lo hayamos probado, os daré el secreto. Helo aquí... *(¡Expectación!)*

El siniestro

Los mismos periódicos de que he entresacado los fragmentos de la conferencia anterior cuentan, con lujo de detalles, los horrores de la catástrofe. Hubo un resplandor que cegó a todos. Se oyó una detonación. Varios toneles rodaron por el suelo. Retembló la estancia. Los concurrentes de las primeras filas fueron proyectados a varios metros y sufrieron varias lesiones. A Mrs. Pankhurst, que ocupaba una fila media, se le estrellaron los impertinentes casi sobre los ojos, que de casualidad se salvaron. A Lady Godiva, que estaba en el fondo vestida con la menor cantidad de tela posible, se le deshizo el peinado y se le derramó por el cuerpo la hermosa cabellera dorada. Y el Rey del Cocktail apareció derribado sobre la enorme pipa que le había servido de escenario, con el pecho abierto y el cerebro lamentablemente destrozado. De la mesita y los artefactos no quedaba ni rastro.

El gran investigador, en su ensayo nº 177, había dado, involuntariamente, con el Cuerpo Explosivo.

Madrid, primavera de 1922.

IV. EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA

Quise recoger en este relato el sabor de una experiencia que interesa a los de mi tiempo, antes de que mis recuerdos se confundan, y mientras llego a la hora —al remanso— de las memorias fieles.

Lo dedico a los dos o tres compañeros de mi vida que estudiaban conmigo la *Ética*, de Spinoza, en la azotea de cierta casa de México, allá por los años de mil novecientos y tantos.

Madrid, 1923.
A. R.

1

El último correo de México me trajo una carta de Julio Torri que comienza así:

"¿Te acuerdas de Juan Peña, un vagabundo que lloriqueaba y nos besaba las manos por las calles de Topilejo, en época distante de que vivo siempre saudoso?"

Estas palabras abrieron en mí una senda de recuerdos. Suspensas en la malla del alma, sentí palpitar otra vez ciertas emociones ya sin objeto. —Ya está poblada de visiones la estancia. ¿Qué hacer? ¿Cedo a los halagos de este abandono —o me decido a matar definitivamente a mis muertos?

—Hay que tener valor —me digo. Y me dispongo, nuevo Odiseo en los infiernos, a que los espectros se animen con mi sangre. Me arrellano en la butaca, entrecierro los ojos, enciendo la pipa, y dejo caer la voluntad.

Pero hay un último vuelco en la relojería secreta de mi corazón, y me echo a la calle como quien huye de unos invisibles perseguidores.

El pájaro de Madrid empolla una hora exquisita. En el aburrimiento de luz, bailan las ideas y las moscas. Los recuerdos vienen escoltándome, apresuran conmigo el paso y conmigo cambian de acera. Al subir la calle de Alcalá, ya no era yo dueño de mis ojos.

—Es inútil —exclamo enfrentándome con mis fantasmas—: Os pertenezco.

2

Yo estudiaba entonces el segundo año de Leyes, como allá decimos. Pero por una costumbre que data, al menos, del siglo de Ruiz de Alarcón, ya me dejaba yo llamar por la gente: "señor licenciado".

—Vengo, pues, a verlo, señor licenciado —me dijo Morales, transcurrido el primer instante de desconcierto— para pedir a su merced que se dé un paseíto por el pueblo y, sobre el terreno, se haga cargo de la situación.

¡La situación! El compromiso de esta palabra tan seria, tan vulgar, tan honradota y buena, suscita un escrúpulo en mí. ¿Estoy yo "a la altura de la situación" siquiera? Este hombre lleno de intenciones precisas, que cree en mi ciencia precoz o, al menos, en las ventajas de mi posición social, ¿me hallará verdaderamente digno de su confianza? ¿Quién soy yo, hijo privilegiado de la ciudad, arropado entre lecturas y amigos refinados, para quien todavía la vida no tiene más estímulos que las paradojas y los amores; qué valgo yo para confesor de este hombre de campo, cargado de sol y de venenos silvestres, emisario de pasiones que yo no conozco ni apetezco? Porque yo, en mi universidad, en mi escuela. . .

> . . .En Salamanca, señor,
> son mozos, gastan humor,
> sigue cada cual su gusto;
> hacen donaire del vicio,
> gala de la travesura,
> grandeza de la locura:
> hace, al fin, la edad su oficio.

—Esa señorita —continúa Morales, ignorante de lo que pasa por mí— se ha dejado desposeer de la manera más inicua, y tenemos ahora el deber de protegerla. Yo le aseguro que Atienzo, el alcalde, es un hombre sin entrañas.

Y yo, recobrándome, resuelto ya a hacer de hombre providencial, le digo:

—Pero, señor comisario: esa señorita ¿no ha tenido quién la aconseje, o es ignorante hasta ese punto?

—Yo la llamo señorita —aclaró Morales—; pero el señor licenciado no debe equivocarse: la pobrecita anda con un niño a cuestas, y es una muchacha de pie a tierra, ignorante.

Mi afición folklórica, desperezada alegremente por la pintoresca frase del comisario, me hace preguntar, ya con verdadero interés:

—¿Ha dicho usted: "de pie a tierra"?

—Quiero decir que es una pobre indita descalza.

Yo tomo un apunte, más bien filológico que jurídico. Y, por el campo de mi cinematógrafo interior, veo pasar a una pobre india descalza, trotando por un camino polvoso, con ese trotecito paciente que es un lugar común de la sociología mexicana, liadas las piernas en el refajo de colorines, y el fardo infantil a la espalda, de donde sobresale una cabecita redonda.

—Iré, señor Morales, iré. Pasado mañana llegaré al pueblo, acompañado de mis dos secretarios.

Al hablar de mis dos secretarios, yo mentía piadosamente, por decoro. Mi rústico quedaría sin duda más satisfecho ante este alarde de solemnidad. No habían de faltarme dos alegres compañeros para aquel paseo campestre. Casualmente, Morales había venido a verme, comprendiendo que en su pequeño negocio no podría interesarse un verdadero abogado y buscando el arrimo de mis influencias familiares, en momentos en que, ausente mi hermano, yo me había instalado en su suntuoso despacho. A Morales le pareció muy bien aquel peso de cortinas y muebles que contrastaban con mi juventud y mi vivacidad de estudiante. Se sintió cohibido y confortado, como ante un ejemplar humano de naturaleza superior a la suya. Y poco a poco, con un esfuerzo en que yo traslucía un placer, me fue contando la historia de un despojo vulgar.

En mi inexperiencia, en mi pureza científica de los veinte años, yo me figuré al principio que se trataba de un problema profesional. Pero, cuando Morales hubo acabado su

relato —su artero relato, tan falso como mi comedia de gravedad y mi estudio lleno de sillones y librerías—, comprendí que la pobre india descalza venía a ser como el proyectil con que se tiraban a la cara los dos bandos del pueblo: el del alcalde y el del comisario. Yo tomé partido por este último, puesto que acudía a mi valimiento, y en estas rencillas nadie tiene completamente razón o todos la tienen en parte.* No me juzguéis severamente. Yo necesitaba una aventura; lo esencial, para mí como para Don Quijote, era intentar de una vez una primera salida. Además, ha pasado el tiempo, y a la luz de mi escepticismo de hoy, acaso calumnio a mi juventud.

Entregué a Morales su sombrero —un hermoso y pesado sombrero charro, negro con labores de plata, que, en su asombro y no sabiendo dónde colgarlo, mi visitante había colocado cuidadosamente a modo de tapadera de un cesto de papeles— y estreché su mano sin tacto.

3

Aquella mañana me sonreía con la placidez que sólo tiene el cielo de México. Allí el sol madruga a hacer su oficio, y dura en él lo más que puede.

Cielo diligente, cielo laborioso el de México; cielo municipal, urbanizado y perfecto, que cumple puntualmente con sus auroras, no escatima nunca sus crepúsculos, pasa revista todas las noches a todas sus estrellas y jamás olvida que las lluvias se han hecho para refrescar las tardes del verano, y no para encharcar las de invierno. No sé en qué estación del año nos encontrábamos, ni hace falta saberlo; porque en aquel otoño medio los árboles florecen con una continuidad gustosa, y los mismos pájaros cantan las mismas canciones a lo largo de trescientos sesenta y cinco días.

El tren nos dejó en Ajusco, donde nos esperaba un indio

* Todos tenemos razón,
porque ninguno la tiene.

Sor Juana Inés de la Cruz.

con tres caballos. Media hora larga de trote, y en el aire diáfano, ya purificado por la nieve del volcán vecino, bajo el cobijo de unas colinas pardas y verdes, apareció el pueblecito como un tablero de casitas y jacales blancos, todos iguales. Pronto notamos una animación que parecía desusada. Los indios, vestidos de blanco, formaban grupos expectantes. Y cuando entramos en el patio del comisario Morales, entre piafar de caballos y ruido de espuelas, una verdadera muchedumbre se quedó a la puerta contemplándonos.

¿Qué esperanzas ponían en nosotros aquellas almas sufridas y elementales? ¿Qué responsabilidad contraíamos con hacer de embajadores de la justicia entre hombres perseguidos? Las caras morenas de los indios, apacibles y dulces, fueron corrigiendo nuestro ánimo, perfeccionaron nuestra voluntad; y cuando Morales, quitándose el ancho sombrero con ambas manos, vino a nuestro encuentro, ya con un cambio de miradas nos habíamos puesto de acuerdo en que no debíamos fingir, en que aquello era cosa seria y sagrada, en que era de buena ley aceptar las reglas de la partida. A dos pasos de nuestra frivolidad ciudadana, el campo nos estaba esperando, lleno de dolores y anhelos. Los indios descalzos nos miraban confiadamente, sin hacer caso de nuestros pocos años, seguros de convertirnos en hombres al solo contacto de su pureza.

4

¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez*. Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado en una impostura. A veces, abríamos la historia de Justo Sierra, y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugestiones audaces —audacísimos

para aquellos tiempos, y más en la pluma de un ministro—. El positivismo mecánico de las enseñanzas escolares se había convertido en rutina pedagógica, y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos aires nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática vacilaba, y que la física ya no se guardaba muy bien de la metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio. Poníamos en duda la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de la cultura en los escritores "modernistas" que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la redención del indio! Sabíamos que los tutores de nuestra política —acaso con la mejor intención— nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado —torvo de problemas provisionalmente eludidos— nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma: única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos.

A dos pasos de la capital, nuestra vaga literatura, nuestro europeísmo decadente, daban de súbito con un pueblecito de hombres morenos y descalzos. Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras de magueyes como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo, porque el trabajo de cañería perturba quién sabe qué sórdidos negocios de un alcalde tiránico. Las espaldas de los indios muestran, a veces, cicatrices. Y nuestra antigua Constitución —poema jacobino fraguado entre los relámpa-

gos de la otra guerra civil, y nutrido en la filosofía de los Derechos del Hombre— comienza así:

"En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional recobran, por ese solo hecho, su libertad."

Julio, Mariano y yo tuvimos aquí el primer presentimiento. . .

5

La indita se nos acercó, azorada. La cara, redonda y chata, era igual a todas las caras que veíamos. Los dos trenzas negras caían por sus hombros, tejidas con unos cordones amarillos. Llevaba en los brazos, y colgada al cuello en el columpio del "rebozo" café, una criatura rechoncha que berreaba y le buscaba los senos con pies y manos. La camisa, blanca y deshilada. El "zagalejo", rojo y verde. Los pies —en nuestro honor sin duda— calzados con huaraches nuevos.

Prefirió dejar hablar a Morales, y se limitó a subrayar las declaraciones de éste con frecuentes signos afirmativos, y aquella irrestañable gotita: "sí-siñor, sí-siñor", que caía de tiempo en tiempo, aguda y melosa.

Hice esfuerzos por interrogarla directamente, pero ella se replegó en esa fórmula estoica, dura, peor que el mutismo, a que acuden siempre los indios ante las preguntas del juez:

—Yo ya dije.

—Pero ¿qué dijiste, muchacha, si apenas has hablado?

—Yo ya dije.

6

—José Catarino —interrumpió Morales, dirigiéndose a nuestro guía—: lleva tú al señor licenciado hasta el terrenito, para que vea cómo colinda con las propiedades del señor Atienzo. Más vale que yo no los acompañe: no sea que tengamos un disgusto o un mal encuentro.

Nunca olvidaré las emociones con que recorrí aquella ca-

lle. Mis dos secretarios, para no quitarme autoridad, iban tomando nota de cuanto me decía aquella gente. Por todo el camino nos fueron saliendo al paso los indios en masa. Se arrancaban precipitadamente los sombreros de palma, y casi se arrojaban a nuestros pies, gritando:

—Nos pegan, jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni dónde enterrar a nuestros muertos.

Al acercarnos al terreno en disputa, la naturaleza se encabritó de pronto; alzó sus ejércitos de órganos, echó sobre nosotros la caballería ligera de magueyes con púas, y alargó, con exasperación elocuente, las manos de la nopalera que fingían las contorsiones de alguna divinidad azteca de múltiples brazos.

Enmarcada por aquella vegetación sedienta y gritante, resaltando sobre el cielo neutro, vimos la silueta de un hombre esbelto, inmóvil, envuelto en un sarape índigo que casi temblaba de luz. No llevaba sombrero, ni lo necesitaba seguramente: un matorral negro, despeinado de viento, se le mecía en la frente y a poco le invadía las cejas. Era Juan Peña, el vagabundo. No se le notaban los años a aquel bronce de hombre, a no ser por las rayas negras de las arrugas que por todas partes le partían la cara y aflojaban la piel en una cuadrícula irregular.

—Este señor es viejo —me dijeron los quejumbrosos indios—. Él ha visto más que nosotros. Él le contará todo.

Y, con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo, y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos Hijos del Sol.

7

Nuestro gusto literario no nos permitía engañarnos. Conmovidos, sí; pero no para perder las medidas. Aquello bien podía ser una farsa. Juan Peña había pasado de la inmovilidad

hierática al temblor epiléptico con la exactitud del venado sorprendido que, de pronto, disparara el galope.

Comedia por comedia, nosotros no teníamos derecho a quejarnos. ¿No hacíamos, a nuestra vez, de dispensadores del buen tiempo y la lluvia? Todos íbamos desempeñando el papel a nuestro modo.

Los extremos y lamentos del vagabundo nos trasladaron, súbitamente, a nuestro ambiente ciudadano; lograron disipar del todo nuestra emoción. Eso fue lo que ganó Juan Peña.

Las cosas habían llegado a tal término de teatralidad, que no pude menos de "tomar la palabra". Improvisé un pequeño discurso, con algunas vaguedades y consejos prudentes, y acabé con la célebre frase —no comprometedora— de Porfirio Díaz: "Hay que tener fe en la justicia."

Pero en mi interior, yo procuraba sacar en limpio el tanto de la sinceridad de Juan Peña, y me decía:

—¿Qué derecho tengo yo para aplicar a estos hombres las convenciones mímicas de mi sociedad? Todos, en cierta medida, hacemos la farsa, la traducción, la falsificación de lo que llevamos dentro, al tratar de comunicarlo. Los procedimientos pueden variar, eso es todo. Los indios tienen, para nuestro gusto, un alambicamiento exagerado. O nos parecen demasiado impasibles, o demasiado expresivos. Este atropellado discurso de circunloquios, frases de cortesía y diminutivos que parecen disimular la fuerza o la grosería de las acusaciones, ¿no responde tal vez a los cánones de una retórica social que yo ignoro? ¿No es, al parecer, la expresión más aguda de lo que todo el pueblo me viene diciendo hace rato? Y no se soborna a todo un pueblo, y menos a la vista del enemigo.

Porque, en efecto, el enemigo —lo comprobé después— estuvo acechando nuestro paso, sin querer salir de su reducto. Pero dos o tres indios avizores lo vieron asomarse a su puerta, y se quedaron a la retaguardia, disimulados por las esquinas o confundidos con la tierra y el aire —con ese mimetismo admirable de la raza que vive pegada al suelo— dispuestos a dar la alarma al menor indicio amenazador. Pero no: Atienzo, el voluminoso Atienzo —a quien al cabo

me mostraron de lejos, vuelto de espaldas— se guardó bien de provocar la cólera divina.

8

Cuando volvimos a almorzar traíamos una mezcla de sentimientos contrarios. Y, superado el trance difícil, nos sentíamos otra vez inclinados a la travesura.

Mariano hacía la voz campanuda, y se dirigía a mí en el castellano viejo de las Leyes de Indias. Julio hacía la voz meliflua, y hablaba traduciendo literalmente los modismos franceses. Yo, el menos ingenioso, me divertía en darles muchas órdenes, que ellos se apresuraban a cumplir o a apuntar en un cuaderno de acuerdos. Esta estrategia acabó de establecer mi prestigio.

Julio y Mariano se sentaron a las cabeceras, y frente a frente nos instalamos el comisario y yo. Ya sabe lo que comimos el que haya probado la mesa mexicana. El tónico del picante y los platos calientes excitaron nuestro buen humor. Dimos los restos del festín a Juan Peña, que se había quedado a la puerta, tendido al sol y dormido sobre su sarape. Y Mariano, de sobremesa, emprendió una disertación sobre las diversas clases del frijol, con que convenció al comisario de que también entendía de cosas útiles y no era tan "catrín" como parecía.

Yo le di seguridades al comisario. Nos despedimos del pueblo, y cabalgamos hacia Ajusco, pardeando la tarde.

Hora de exprimir la lección del día, y sacar el fruto de la meditación como San Ignacio lo aconsejaba. El caballo, que ni se resigna al paso ni se decide al galope, trota pesadamente, con un trote provisional e incómodo, nada adecuado a nuestra montura mexicana. Nos envuelve la quietud del campo, cortada por cantos distantes, agudos y en falsete, y coreada de cerca por la sinfonía de las ranas. Revisamos las etapas de la jornada, desde la hora en que los dos amigos, despertados por la mañana a toda prisa, bajaron las escaleras, casi despeñados, para acudir a mi llamamiento,

hasta la hora en que la mano sorda nos dio el apretón de la despedida y del pacto.

Con la noche que se avecina, el campo va echando del seno tentaciones inefables de combate y de asalto. Caemos sobre la estación como en asonada. ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte, parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicoténcatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pesuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!

V. LOS DOS AUGURES

(Arranque de novela)

TENÍA razón el difunto Henry James y la tendrán cuantos sigan novelando el dilema: el solo hecho de que exista una América distinta de Europa, separadas por un ancho mar y varios siglos de cultura, es, en sí, una fuente de inquietud. Ahora se entiende por la buena y a veces se entiende por la mala, pero Juan Antonio Rosales y Domingo Carmona no eran lo bastante jóvenes para felicitarse de ser americanos. Quiero decir que hasta sus cincuenta años cumplidos sólo llegaban muy apagados los ecos de las nuevas campañas y las nuevas profecías sobre el alto porvenir de América. Y como eran gente sin sensibilidad heroica ni gusto especial por los juegos desinteresados del espíritu, hay que conformarse con que tampoco sean precursores. No: representantes medios de la generación en que viven metidos como una pintura en su marco: aquella de los que buscaban en la comodidad y los caminos ya abiertos el modo de acabar sus días en paz. La conversación entre dos sujetos semejantes puede enseñar algo a los jóvenes y devolverles, con el sabor algo enmohecido de una tradición cuya utilidad no perciben al pronto, la punta del hilo que han de seguir desenredando durante unos cuantos lustros, para dejarlo después en manos más frescas y valientes. Ya nadie cree ahora en muchas cosas; ya nadie se preocupa tanto por las teorías de la herencia, del mestizaje y qué sé yo. Una firme voluntad de existir se abre paso, "cortando como cuchillo por pan" para usar la frase del *Conde Olinos*. En el orden humano, la intención parece una energía natural tan eficaz como las otras, y acaso por la intención se purga el oro de la ganga y se inventa un nuevo tipo de hombre. Y queremos lo que queremos, y nuestros hijos lo van a querer con más seguridad todavía.

Así pues, no en nombre de lo paternal, sino en nombre de lo filial que hay en nosotros, entrad sin ruido y con ánimo conciliador y paciente hasta la salita con ventanas sobre el Luxemburgo donde los dos ausentes de México cambian sílabas y espirales de tabaco. Sean las cuatro de la tarde, hora ya madura y melificada; sea la primavera en París, gozosa de gorriones. Y deseemos que la mujer y la hija de Juan Antonio vuelvan pronto de sus compras por la ciudad, para divertirnos con el cambio de fisonomía, de ademanes y de palabras, de alma casi, que acontecerá al instante, por una reacción de timidez, en la persona del solterón Domingo.

—El barco que nos trajo, mi querido don Juan Antonio, era como el Arca de Noé con sus animales por parejas. Pero se coló entre todas, para venir a dar que hacer en París, un cierto pájaro solitario. Y ése, que soy yo, falto de nido, siempre anda buscando el calor de los hogares ajenos. No hay nada más triste que la soledad en el destierro; y, sin embargo, no la cambiaría yo por las alegrías del retorno. O estamos hechos de sustancias contradictorias (y así tiene que pasar, en la química impecable de Dios, para no ser mezclas explosivas) o yo paso ahora por aquel trance de incoherencias que los doctores anuncian a los viejos como un aviso del destino. Esta niebla, tan diferente a mi sol, a la vez me turba de melancolía y parece que me arropa y conforta. Este mortecino sol, mojado y tibión, tan diferente a mi fuego natal, como que me hace de bálsamo para heridas cuya misma existencia yo ni siquiera sospechaba. ¡Conciérteme usted estas medidas!

—Señor licenciado, usted es un romántico, y más vale que se deje vivir sin analizarse mucho. Ya nuestra edad no está para sorpresas, pero lo cierto es que usted y yo, al salir por primera vez de nuestra tierra, las hemos tenido. Yo, don Domingo, me convenzo de que eso de la patria es, conforme a la cuerda doctrina liberal, un mero accidente geográfico. Por lo menos, para nosotros, los hombres evolucionados. Los indios viven pegados a la tierra, y mueren si usted los saca de su paisaje natural, del clima de su alma. Pero los blancos de México somos, a pesar nuestro, colonos, mexicanos provisionales, europeos por ímpetu y dirección hereditaria.

No estamos identificados con aquel suelo, por mucho que en él hayamos nacido. Mi padre era ya mexicano, pero mi abuelo era español. ¿Voy yo a corregir en cincuenta años una inclinación que data de siglos? Yo no sé si razono bien, pero lo que sé es que en estos pueblos viejos mi biología, mi organismo todo, se reconcilian con la vida. Lo que siento es haber perdido tantos años...

—Perdido no, mi querido don Juan Antonio, porque en ellos ha labrado usted su fortuna que, aunque desmedrada con las revoluciones y calamidades de estos últimos tiempos, le permite ahora vivir tranquilo cuando en México todo se viene abajo. En el juego de la oca, usted ha cogido la vereda del éxito, la que lleva de una a otra casa del tablero saltando los números aciagos, los que hacen retroceder, los que obligan a comenzar otra vez o a detenerse y perder jugadas.

—No, señor licenciado, usted olvida que yo me formé en la dura escuela de la catástrofe. En pocos años vi crearse y deshacerse, en la ruleta de las Leyes de Reforma y Desamortización de Bienes Eclesiásticos, la fortuna de mi familia. Y yo mismo tuve que rehacerla después pedazo por pedazo. Verá usted: mi abuelo entraba en las cosas con ímpetu de jugador. Trepado en las olas de la aventura, se hizo rico, y se enamoró de su riqueza al punto de volverla a perder en su afán de aumentarla, y por comprometerla toda en nuevos empeños que salieron fallidos. Mi padre se consagró a sus libros y no se cuidaba de nada. Encerrado en su biblioteca, paciente hormiguita de la historia, juntaba todos los días noticias sobre la cultura mexicana durante la Era Colonial, decidido a demostrar la grandeza de la obra de España en América. Cada uno tiene sus ideas. Yo, que sentía más bien las curiosidades de la acción, me formé junto a mi abuelo. La tradición de la familia salta de mi abuelo hasta mí, y deja a mi padre oculto como en una depresión del terreno. Yo soy hijo de mi abuelo. Con él aprendí a trabajar, a pensar en el porvenir de la familia, mientras mi padre dormía su sueño de erudito; al lado de mi abuelo sufrí, no sin cierto gozo interior, cuando la fortuna se puso adversa; de él heredé la resolución de hacerme rico a toda costa, y él me contagió su escepticismo —un escepticismo benévolo, tole-

rante— sobre el valor moral de los hombres. Dueño de las reglas de la partida, aproveché otro cambio del viento y saqué la barca. Esa es toda mi historia.

—He oído hablar con mucha estimación del padre de usted a algunos jóvenes escritores. Naturalmente que lo discuten, porque los jóvenes dejarían de serlo si estuvieran siempre de acuerdo con sus mayores. Pero me aseguraban que sin la obra de don Francisco Rosales sería imposible reconstruir el pasado espiritual de México, y que mucho hay que retocar en punto al escaso valor que conceden las enseñanzas oficiales al gobierno de la Colonia y a la labor de los virreinatos de Indias.

—. . .Mi abuelo, como le decía yo, se metió por el intersticio de la Iglesia y el Estado, dio un golpe de remo a cada banda y salió adelante. Y volvió a repetir la suerte en dos, en tres ocasiones. Hasta que, al cerrarse con cautela aquellos dos continentes del interés nacional, lo estrellaron en el choque y lo deshicieron. Dirá usted que había algo de locura en esta maniobra, y yo le contestaré a usted que en esta maniobra —y, más tarde, en las dádivas y negociaciones para amigos que fueron características de la administración González— está el origen de no pocas fortunas de México; del México, digo, anterior a la revolución. Y también creo yo que en el arranque de las mayores empresas hay algo de locura. Esto mismo le decía yo un día a Limantour delante de don Porfirio: "Si llega usted a ser Ministro en lugar del general Pacheco, a estas horas no habría ferrocarriles en México."

—¿Y qué le contestó a usted don José Ives?

—Me contestó: "Tiene usted razón, porque yo no estoy loco, y Pacheco acertaba a lo loco."

Una sonrisa ancha, espaciosa, callada, reservada, cortés, profunda, hondamente saboreada —mexicana, en suma— nació a un tiempo de las dos caras y floreció en medio de la estancia. Cincuenta años contemplaron a cincuenta años gemelos. Se midieron con la mirada, se gustaron mutuamente, se envolvieron en humo, y casi dejaron de existir en una sensación momentánea de plenitud. Todo se llenó con las dos conciencias; el espacio se cuajó entre los dos. No po-

drían moverse sin chocar, como las figuras del Enterramiento del Greco. Cada uno sentado frente al otro, era como si estuvieran juntos y abrazados. De unos ojos a otros pareció correr la misma idea:

—¡Qué bien nos entendemos los dos!

Así se dan estas amistades, instantáneas y henchidas, a reserva de disiparse unos segundos después. Pero no sabían ellos mismos que aquel regusto, aquel agrado de frotar sus escamas uno con otro, era un resultado vicioso de un mismo descastamiento. Arrojados a un rincón por el torbellino oxigenado y tempestuoso de un pueblo cuyos resortes ignoraban, cuyas reacciones les aturdían, dejándoles fuerzas solamente para apreciar dos o tres resultados groseros y de superficie, creían entenderse porque eran los únicos que hablaban la lengua de su tierra, que citaban los mismos nombres con los mismos "sobrentendidos". Y este solo caso de avenimiento —tan triste, tan estéril— daba al traste, por otro lado, con las vaguedades sociológicas de Rosales sobre la pretendida "memoria europea" que él creía traer inscrita hasta en las más secretas fibras de su organismo.

Poco a poco, en aquella tibieza ambiente creada por un silencio lleno casi de complicidades, entró una corriente de aire frío: una idea enhiesta, acusatoria, fue insinuándose en la mente de Juan Antonio. Juan Antonio estaba ya acostumbrado a estas traiciones de su naturaleza. No podía sentirse contento, no podía confesarse alegre, sin que un mecanismo atávico disparara, desde su cerebro hasta su corazón, como una flecha, esta idea fija, maniática: "¿Qué pensará Dios de todo esto?" Y se encogía entonces —pequeño Caín infraganti bajo el Ojo de la Providencia— apretando contra el seno la poca fruición que podía robar a la vida. ¡Oh, Juan Antonio, Juan Antonio! De los que oyen esta vocecita temerosa, esta interrogación recóndita, nacen —según que sepan o no contestarla valientemente— los santos y los miserables. ¿A cuál de las dos castas pertenece nuestro financiero? No lo condenemos sin oírlo, sin conocerlo mejor. O más bien, oigámoslo simplemente, aunque después nos olvidemos de condenarlo. Yo creo que su abuelo no era responsable de este atavismo místico, pero sí de ciertos hábitos supersticiosos en

que Juan Antonio envolvía la práctica de la religión. Era curioso, por ejemplo, y hasta inesperado en hombre tan desaprensivo, sorprender en torno a su cuello —cuando, con esa punta de exhibicionismo propia de la clase acomodada, se dejaba ver en paños menores o en pijama de alguna visita mañanera— la cadenita de algún escapulario o reliquia santa de que no se separaba nunca. Porque Juan Antonio —después de tener un padre descreído, y que murió bajo la ilusión de haber sido ateo— volvía otra vez, hijo de su abuelo, a ser creyente y devoto practicante. En torno a las fortunas creadas por la Reforma y la Desamortización ronda siempre la Iglesia; y al cabo de una o dos generaciones recobra, por lo menos, la administración moral de la familia que se enriqueció a costa suya. En cuanto al abuelo Rosales, no me preguntéis cómo era creyente y, sin embargo, negociaba, si podía, contra la Iglesia misma. Estamos ante un hecho histórico, cierto y sabido, comprobado cien veces. Nada es más sinuoso que los compromisos entre el creyente y su creador. ¿Qué pensará Dios de todo esto? Por las dudas, Juan Antonio huye la respuesta, apretando contra el pecho el gozo robado. A sus ojos, Dios no es el creador sino el gendarme del universo: allá él. Detesto esta filosofía mezquina, y sólo un deber de narrador me decide, a pesar de mi repugnancia, a continuar el relato. Lector: contar una historia es transigir constantemente. La realidad latente en nosotros quiere ser íntegramente descrita ¡y nosotros quisiéramos borrar del cuadro —pero no nos dejan las normas— todo lo que no amamos! Procuremos, al menos, no falsear los retratos y seamos fieles a la verdad del sueño.

Juan Antonio era blanco y gordo, y se permitía en el vestir algunos lujos de claroscuro que sientan muy bien a los hombres de "cierta edad". En los hombres de cierta edad, un chaleco de fantasía tiene siempre aplomo. El prejuicio en favor de la experiencia hace tolerable en ellos lo que en la juventud parece un alarde excesivo. Y es que la juventud tiene que pagar impuesto por su ventura. Pero si la edad ha dejado aún a Juan Antonio, al lado de su posición y su riqueza, un poco de fuego para contemplar sin envidia las parejas que se ven a esta hora por la Fuente Médicis, enton-

ces le perdonaremos su egoísmo, su conformidad con no sufrir demasiado; y hasta puede ser todavía que, entonces, nos conmueva que se acuerde de Dios. Porque al cabo ¿puede algo embriagar más a los hombres que un poco de felicidad? ¿Y por qué no hemos de consentir al gozo los extravíos que toleramos siempre al dolor? ¿Qué envidia es ésta, oculta en el fondo de la vida? Comenzamos a tocar con menos asco al ente Juan Antonio, hombre al fin como la mayoría de los hombres.

Entre tanto, he aquí que él y su amigo se han enfrascado en una discusión de bolsa que no tiene para nosotros ningún interés. Podemos aprovechar el instante para seguir divagando. Podemos observarlos a gusto. No perdemos nada con esperar. Antes de media hora saldremos de aquí, y todavía disfrutaremos de la última luz de París, al cruzar el río.

Si Juan Antonio era un tanto cínico, su cinismo era la mejor flecha de su aljaba. Lo que tenía de inteligente era lo que tenía de cínico. Cuanto había de inesperado o de fantástico en su trato y en su conversación —que de otra suerte hubieran sido pesados como un sueño turbio— le venían de su cinismo. Su cara, casi siempre oficial y constantemente inflada como por un difícil impulso vegetativo, soltaba relámpagos de simpatía: el viento purificador del cinismo la animaba de tiempo en tiempo. Acaso su cinismo nos hace descubrir en él ese bajo fondo de vísceras y entrañas, siempre repugnante de ver aunque sea la relojería secreta de la sensibilidad en los hombres demasiado pegados al cuerpo; pero, como quiera, ese cinismo significa un claro don de sondear las aguas de su propio yo —lo cual contentará a los filósofos—, y significa, además, un claro don de expresar cosas no frecuentemente expresadas, lo cual entusiasmará a los poetas. Por eso advertimos en Juan Antonio cierta facultad de aumentar nuestro vocabulario moral y político. Así, nos ha regalado ya con la fórmula del "mexicanismo provisional", verdadera clave para juzgar y entender a los de su pléyade; no porque esa fórmula sea exacta, yo nunca lo he creído, sino por el reflejo que produce en la propia conciencia el haber dado con ella. No se puede tomar al pie de la letra ni siquiera a los cínicos; hay que interpretarlos como

se interpretan hoy las pesadillas. Continuemos, pues, al acecho de sus palabras, si es que ha de seguir hablando, que lo dudo.

Domingo Carmona, hijo de otras experiencias, merecería, por el contrario, ser llamado hipócrita, si su disimulo ocultara aviesas intenciones. Pero su disimulo era más bien una forma de la cortesía, y hasta una forma, puede decirse, valerosa. A este freno tenaz sometía él todas sus palabras y sus acciones. Tal coerción no llegaba a ser en él una segunda naturaleza, sino que todavía se notaba que era una coerción, una violencia contra los primeros impulsos. Casi merecería ser llamada, no un ideal, sino un método del ideal: un procedimiento o camino para llegar a la conquista, a la educación de una humanidad que se desea menos zoológica. Domingo era todo un mexicano cortés: discreto, paciente, señorial, disimulado, lleno de reservas que casi se oyen sonar como armas ocultas a cada paso que da el hombre. Si no fuera bueno, la mejor materia para tallar en ella la estatua de un traidor; pero era bueno. Esta familia mexicana procede, simbólicamente, de don Juan Ruiz de Alarcón, el poeta de la cortesía y las buenas maneras, que osó llevar su vocecita correcta y afinada hasta los corrales atronados de la Comedia Española. Desde el siglo XVI, un día después de la conquista, hay testimonios literarios de la pugna satírica que se establece entre el peninsular —agresivo, rudo y abierto— y el criollo mexicano, pulido y amanerado ya, hecho amo de esclavos, y domesticado otra vez todos los días por una Iglesia que era verdaderamente militante. Madama Calderón de la Barca, ya corriendo el siglo XIX, se encontró todavía con algunos hijos de esta familia reverente. Y quien ha visitado la provincia mexicana, en las ciudades del interior sobre todo —porque siempre costa y frontera son orillas— ha podido conversar con los últimos mantenedores de la causa buena y silenciosa: tal vez en la casa del boticario, que siempre nos pintan bostezando junto al ajedrez; tal vez en el billar de la esquina, angustioso refugio para el ocio de los días feriados; tal vez en el paseíto diario hasta la primera señal del camino. Domingo Carmona sí que era de su terruño, su provincia de los buenos dulces y la rica repostería.

(Porque es ley del arte culinaria —claro está que con excepciones— que los Estados dominen en los azúcares y la Capital en las sales.) Y, además, para alejar toda veleidad posible y toda coquetería con el europeo puro de Gobineau, era moreno. Moreno y un poco lampiño, tirando al tipo de un Ignacio Ramírez que se afeitara la piocha. En un rato de abandono se le podía tomar por un andaluz del tipo sobrio, porque hay el andaluz que grita y el que calla, hay la catarata y el lago. Pero Carmona sabía muy bien a qué atenerse, y él mismo lo estaba explicando ahora en una metáfora aventurera:

—Mi cráneo, amigo don Juan Antonio, es el cráneo del indio; pero el contenido de sustancia gris es europeo. Soy la contradicción en los términos...

—El anfibio del mestizaje —interrumpe Juan Antonio, encantado de hacer una definición algo cruda y creyendo de buena fe que acaba de inventarla. Esto, cuando menos, le proporcionaba dos placeres: el literario de encontrar la expresión precisa, y el moral de sentirse vagamente superior frente a la víctima de sus epigramas.

—Eso es, el anfibio del mestizaje. Menos mal si esto fuera agradable y permitiera gozar de dos ambientes. Desgraciadamente no es así, sino aquello del fabulista: "Ni nadas como el bagre, | Ni corres como el gamo", porque engaña con las apariencias de una facilidad general y no da cumplimiento en nada. Sin duda que todos los pueblos se han mezclado mil veces, pero cuando los ingredientes son díscolos y todavía poco acostumbrados a la compañía, los resultados para el individuo son fatales.

—El mestizo anda en dos caballos.

—Y cada uno tira por su lado.

—Cada uno, a su pesebre.

—¿Usted sabe lo que es sufrir cuando revienta la muela del juicio?

—Ni sabría que las tengo, si no me lo hubiera dicho la gente.

—Pero yo, como los indios, indio yo mismo por mitad, tengo un maxilar sin capacidad suficiente, sin sitio para la muela del juicio. Porque los indios, don Juan Antonio, no

tienen muelas del juicio. En cambio, por lo que me toca de Hijo del Sol, de español, era fuerza echar las dichosas muelas. Y más de un año padecí para aprender, a costa de constantes dolores y contra toda geometría en el espacio, que el contenido puede ser mayor que el continente. Las pobres muelas europeas se abrieron sitio como pudieron, y creo que pudieron mal. Y las pobres nociones europeas rechinan y truenan asimismo dentro de mi cráneo.

Rosales era lo bastante cabal en armas para apreciar una superioridad de su interlocutor. Saboreó de buena gana la explicación del mestizaje. Y, por una pendiente natural en todo coleccionista, quiso al instante poner a prueba la nueva fórmula, aplicándola a los individuos que tenía más cerca. Su mujer, anfibio de ama casera y de soñadora perezosa ¿sería un caso de esta mezcla difícil? Cuando la conoció era una criatura preciosa e indolente, morena y desocupada, aunque con unos prontos de cocinera y de costurera que asombraban a su misma madre. Estos prontos habían dado el clima medio de los primeros años de matrimonio, y Juan Antonio creía haber cambiado la naturaleza de su esposa con el ejemplo de su actividad serena y continua. Pero uno a uno se fueron acumulando los años sobre María Mercedes, y se acumularon, como suelen, en progresión geométrica. Engordó como buena mujer de entonces. Las mujeres no hacían ejercicio, a riesgo de pasar por marimachos, y el que las tocara el aire libre parecía, a la vez, un peligro físico y moral. La obesidad abogó por la pereza, y de aquella esporádica agitación de ardilla sólo le quedó la nerviosidad, la irritabilidad: cierto grito desesperado porque el techo se nos puede caer encima, mientras nos sentimos sin fuerza para abandonar el sillón. Y luego ¿de dónde podía venirle a ella —se preguntaba Rosales— aquella adivinación del placer que, hace muchos años, había llegado a desconcertarlo un poco? Y ahondando más en sus crueldades de introspección, Rosales se confesaba que el primer aliciente de María Mercedes había sido, para él, puramente sensual: unas ojeras expresivas que hicieron arder por varios días su sangre de señorito hacendado y regalón. El señorito no había sido defraudado en sus esperanzas. Pero, hoy por hoy,

si el esposo vivía tranquilo sobre el suelo firme de las evidencias (la familia, la educación, la religión, las circunstancias normales y favorables de su vida conyugal y hasta el respeto social que pronto había venido a resguardarlo desde fuera), el padre, en cambio, notaba con vaga aprensión que las ojeras de la madre —nubes imprecisas todavía— se habían definido en los ojos de la hija como pinceladas de provocación y de promesa. ¿Traía María Mercedes, rodando en los ríos de la sangre, alguna espuma de locura? ¿Y hasta dónde el germen dormido puede reservarse de una en otra generación?

Carmona advirtió que su huésped se ponía pensativo, y se dio por entendido al punto.

—Me voy —dijo levantándose—. Hubiera querido presentar mis respetos a doña María Mercedes y admirar a ese capullito. Pero el tiempo vuela, y tengo que atravesar todo París para ir a vestirme. Ceno con unos recién venidos. Ya sabe usted, yo siempre haciendo de Agencia Cook. He ofrecido a unos amigos sacarlos de la Pensión Galilée e instalarlos antes de ocho días en un pisito cómodo y bien amueblado. Cosa nada fácil en estos tiempos. Aunque usted, criatura amada de la fortuna, encontró esta espléndida instalación en menos de tres horas.

—No la llame usted espléndida. Yo quisiera vivir en un barrio elegante. Siempre tengo que añadir excusas y explicaciones cuando doy mi dirección a la gente de mi sociedad.

—¡Pero si vive usted en uno de los sitios más hermosos!

—Pero yo no tengo ojos para ciertas bellezas. No soy artista. Me importa aceptar los valores admitidos, y yo vivo en un barrio bohemio, de estudiantes, en vez de vivir en la Estrella o en el Parque Monceau. ¿Le parece a usted que obedezco demasiado a las convenciones? Es cierto: las convenciones tienen su razón de ser: nos ahorran esfuerzos y nos dan soluciones hechas en todo aquello que no nos importa investigar por nuestra cuenta.

Y, ya en la puerta, la charla se fue alargando por unos minutos en virtud de esa ley de inercia que hace a los mexicanos tan lentos para despedirse. Carmona temía parecer demasiado ansioso por despedirse. Pase en Carmona, tan

meticuloso en su cortesía. Pero ¿y Rosales, que se jactaba de ser tan europeo, aunque sin la menor idea del matiz, o el abismo, que separa a América de Europa?

Carmona se echó a andar hacia la próxima parada del ómnibus, y desapareció poco a poco en la masa cada vez más compacta de hombres y mujeres, para salir otra vez a flote en una escalera de la calle Moscou, barrio del Montmartre. Su vivienda tenía el capricho habitual de los que pretenden —sin poseerlos— demostrar gustos personales: unos calzones de danzarina armenia ostentaban sobre el piano sus colorines y encajes; una camisa de charro salmantino decoraba el respaldo del sofá; una bacía de bronce hacía de cenicero sobre la mesita redonda; un cazo de cobre servía de florero. Y el toque estaba en sacar todos los objetos de su uso natural. A esto llamaba él su educación artística —la flor cordial que le había brotado en París sobre un subsuelo de alma reacio, granítico, amasado en Códigos de Procedimientos Civiles, Mercantiles y Penales. Y no será el primer ejemplo de hombre inteligente que, tras de impresionarnos agradablemente en las demás cosas, nos deja otra vez a pie en cuanto quiere entender de arte o de literatura, obligándonos casi a abominar de su trato. Carmona había sido, en sus días de gloria, uno de los consejeros jurídicos preferidos por la alta finanza. Con todo, sus amos siempre lo recibían en calidad de familia pobre y, con un seguro instinto de las categorías clásicas, no lo habían dejado enriquecerse demasiado. Contaba, sí, con alguna propiedad en México y vivía de su renta, pero cuidando siempre de llevar sus cuentas muy claras y prevaliéndose de su calidad de soltero para alternar en las fiestas de los americanos ricos sin ofrecer nada en correspondencia. Hombre de buena compañía, su inefable aroma provinciano lo hacía grato a los mexicanos ausentes de la patria, y su conocimiento preciso y sobrio de las cosas de nuestra tierra lo convertía en indispensable para los americanistas profesionales que deseaban documentarse sobre México. Era, además, mesurado en sus juicios e incapaz de dejar sentir sus parcialidades políticas a los ojos de los extranjeros. Lo mismo que sirvió al antiguo régimen —que él, latinizante, se complacía en llamar, entre

zumbón y solemne, "el Porfiriato"— hubiera podido servir al nuevo régimen. Pero sucedió que, por un mero acaso de la cronología, él comenzó a trabajar muy joven, y la revolución vino a interceptar su vida cuando ya estaba demasiado metido en los negocios y muy trabado con los intereses reinantes. Fue, pues, necesario, que él también cayera. Lo que no pasa de un decir, pues sólo había cambiado su antigua situación de soldado activo por una jubilación decorosa sobrevenida antes de tiempo. Y como era hombre delicado y sensible, le pareció que estaba comprometido con la derrota y que de ese lado había de quedarse. Su colaboración, se dijo a sí mismo, no era tan indispensable en los destinos públicos que justificara el sacrificio honesto de sus inclinaciones personales, o el calculado despego de un Talleyrand, dispuesto siempre a servir al país (o al éxito) por encima de su corazón, ese andrajo. Resultado: que, como se decía en 1911 por alusión al barco *Ipiranga* en que Porfirio Díaz salió al destierro, Carmona resolvió "ipiranguearse". Y vivía sus meses y sus años sin sobresaltos ni esperanzas, aunque pasaba sus noches entre insomnios. Porque en su conciencia, al amparo de la sombra nocturna como en una renovada Noche Triste, otra vez se daban batalla, cada veinticuatro horas, los indios y los españoles, llorando los dos igual derrota.

Océano Atlántico. A bordo del Vauban, *junio de 1927.*

VI. DESCANSO DOMINICAL

(En los pinares de Teresópolis)

1

Los dioses, sentados, alargan los pies hasta el mar. Trepamos trabajosamente por sus piernas, cruzando a veces la región de las nubes. Y cuando llegamos a un regazo, es Teresópolis. Desde allí, a lo lejos, hay ondulaciones inequívocas, senos puntiagudos, ombligos en torbellino, suaves vientres; y son las diosas, tendidas a lo largo del valle. Aquel pico erecto que llaman el Dedo de Dios es probablemente otra cosa.

2

El primer día, el cazador no ve nada. Cada paso suyo, sin embargo, levanta del campo un pueblo invisible de rumores, carreras, vuelos. Poco a poco, llega a entender que, salvo en la ciudad, la vida se esconde, se pega a la tierra lo más que puede. El alto vuelo de los pájaros no es más que un recurso desesperado para mejor descubrir la vida en sus escondrijos. Porque el que vuela es siempre otro cazador, un concurrente que a veces se vuelve peligroso y delata a su rival humano: los destemplados gritos del "tero" previenen al pato contra la escopeta emboscada.

También las casas perdidas en el campo, a primera vista parecen quietas. Si nos quedamos por ahí un solo día, nos damos cuenta de la cantidad de vida que las sostiene. En su seno, y algunos metros a la redonda, hierve un trabajo silencioso y constante.

3

La sonrisa profesional del ventero y de su familia se nos aparece cada cinco minutos y tiene ya algo de obsesión. Y aunque se oyen algunos gritos y órdenes, es evidente que esa sonrisa no disfraza ningún malhumor escondido ni disimula ninguna angustia. La familia, vienesa de origen y vuelta ahora checoslovaca, organizada en vista del huésped, es imagen de aquella felicidad que se gana consagrándose al servicio ajeno. El ambiente es germano-suizo. El padre, coronel retirado, gobierna la hospedería y es constructor muy aceptado en toda la zona montañosa de Quebra-Frascos; la madre cocina; la cuñada ejecuta y es el hada del hospedaje; y aun los servidores más humildes parecen personas de la familia, gente de buena condición que ha aceptado libremente el compromiso de trabajar en la venta. Hay un muchacho, el hijo, cuyas verdaderas funciones desconocemos: corre a todas partes con la cara azorada, y lleva al aire esas pantorrillas voluminosas y agresivas que piden ya pantalón largo; tiene esa boca inflada que anuncia ya el primer bigote. Hay dos gemelitas, la una más rubia que la otra, que observan con profundidad perturbadora a todos los huéspedes y, sorprendidas infraganti, hacen una leve inclinación de cabeza y ofrecen la sonrisa profesional de la casa. Tienen un preceptor que no sabe dónde poner la cara y que es la exacta figura del joven amenazado de expulsión sumaria al primer desliz. La más linda, la menos rubia de las gemelas, cuida de cambiar los discos del gramófono. Y finalmente, todas las mañanas, cuando el padre, en su chaleco blanco de mangas, cabalga a sus primeras diligencias, se le ve llevar en el albardón, abrazándolo contra el pecho, a un bebé de rizos dorados y ojos tremendos que, en su media lengua, va gritando: *Guten Morgen!*

Se oye hablar en todos los idiomas. Precios, los más cristianos (redondeando cifras para arriba: "a tu prójimo, como a ti mismo", nunca *más* que a ti mismo). Mesa, la mejor, sin ambages. Vino potable. Hay carretelas y caballos de alquiler. Hay tennis, ping-pong, columpios, piscina, flores, bos-

que, río con rumorosas caídas, cumbres y cielo. ¿Qué más deseáis? Tal es la Hospedería de los Pinos.

4

Todo va despacio, porque la circulación es lenta. Hay dos pulsaciones por día: los trenes que llegan al Alto o a la Várzea y mandan en auto sus pasajeros. Y no todas las pulsaciones llegan hasta nuestra pensión campestre: a veces paran en el pueblo vecino y de allí no pasan.

Este régimen exangüe da en qué pensar. Acaso la mejor garantía de salud está en la navaja de los antiguos sangradores. Muchos estamos hechos de tal modo que sólo concebimos el mal como una plétora. Toda sangría, todo despojo, todo renunciamiento, y hasta la sola imaginación de tales cosas, parece que nos descargan la cabeza y nos dejan respirar mejor. La idea de la muerte no se nos presenta bajo la especie de una consunción, sino de una fulminación por carga excesiva. Hasta tenemos gratitud para esas sanguijuelas humanas que de tiempo en tiempo nos empobrecen. Ellas lo saben.

5

La formación militar de las hormigas desfila a paso redoblado. Vienen de lejos, van lejos, y cruzan la carretera heroicamente, seguras de que esto va a costar la vida a muchas de ellas. Pero el deber es el deber, y estos futuros conquistadores del planeta, o estos antiguos amos que se volvieron pequeñitos a fuerza de perfección social, no estiman en mucho al individuo: en su exacta ciudad utópica no hay estatuas para los héroes, y a menudo se les ha visto tender puentes sobre el agua con los cadáveres inmolados de sus propios guerreros, como los conquistadores españoles cuando huían de la antigua Tenochtitlán, salvando canales y acequias sobre el montón de ahogados. Ahora se trata de acarrear una

buena provisión de hojitas verdes, para fundar el lecho vegetal donde cultivan sus hongos. Cada hormiga lleva su hoja como una bandera desplegada. El aire suave de la montaña hace vela en la hoja, y más de una vez el barquito vacila, va a naufragar, y al fin se recobra y sigue de frente.

En lo alto de la hoja más grande, de la vela más alta, como trepada en el mástil, una hormiga se deja sencillamente acarrear por otra. Y la otra acepta con serenidad su destino, redobla su esfuerzo y tolera con la mayor naturalidad tan extraño abuso. ¿O es que se trata de un obrero lisiado, de un herido militar? ¿O de un capitán que merece los honores de ser llevado a cuestas, y a quien conviene que los demás distingan de lejos? ¿O de un vigía que, desde arriba, debe avizorar el camino con su catalejo?

Pasan las hormigas a paso redoblado, cápsulas de energía, fuerza concentrada, sacrificio a la comunidad; pasan como barquitos en fila. Y el que ha descubierto la libertad romántica, ése se deja acarrear, balanceado en lo alto de la vela.

6

Hay, por las laderas, una espiga de terciopelo marrón —la taboa— que da una "paina" y unas hojas de trenzar esteras.

Corre por entre matojos el pleá, especie de conejo negro y sin rabo, que vive junto a la carretera y se alimenta con berzas.

Las luciérnagas padecen aquí incontinencia luminosa: se quedan largamente encendidas, prendidas como farolitos a un árbol, o andan como brasas volanderas que no se resignan a apagarse.

Hay una cigarra que no canta como las otras: pertenece a la antología no académica. De seguro no es una cigarra; pero su modo de expresión nos inspira tal interés que, para mejor acomodarla en la fábula, cigarra la hacemos. Vuela, y cuando vuela, va haciendo el ruido de unas tijeras que se cierran y abren. Las tijeras voladoras, cuento oriental.

Hay unos enormes sapos que son nuestros amigos. Sobre

todo, desde que el naturalista Rostand (anunciado ya en el *Chantecler* por su padre) nos ha contado sus virtudes, la pureza de sus sentimientos y la inocuidad de sus venenos para el ser humano, mientras no nos acontezca tragarnos alguno por descuido. Los sapos se acercan a la luz eléctrica para atrapar moscardones aturdidos, y nosotros les ayudamos. Dan primero un salto preventivo y luego, desde una distancia apreciable, proyectan el dardo de la lengua, y el insecto desaparece. Se saborean en su rostro chato, nos miran con el mayor cinismo y no manifiestan —al revés de la perruna gente— el menor agradecimiento. Ya hasta han aprendido a comer en nuestra mano. Pero no podemos menos de ser hombres. (¡Oh, pesia tal!): nos burlamos de su confianza; les damos a comer piedrecitas, y los pobres animales se ven obligados a vomitarlas. Por lo demás, no guardan ningún resentimiento ni parecen escarmentar. El sapo de lujo, aquel que lleva tendida por la espalda, a modo de hábito, una gran cruz clara y amarilla en fondo negro, se dejó dar una colilla de cigarro, se quedó con ella definitivamente, y hasta ahora parece que no se encuentra mal.

7

En un agujero del camino vivía una víbora modesta. Salió a tomar sol y reptaba voluptuosamente. Cuando nos sintió llegar, se quedó inmóvil, medio el más elemental de ocultarse. Pasamos entonces a su lado, dándole a entender, en la regularidad de la marcha, que no queríamos nada con ella, que no era cosa de atacar al pasante, de cobrar aduana al simple transeúnte. Y la víbora nos creyó y nos dejó pasar.

Pero había una piedra en el camino. Y el hombre, enemigo de la creación, se incorporó en nosotros. Tomamos la piedra y volvimos, con paso seguro, sobre la víbora. Un tiro certero: ya está. El reptil quedó partido en dos. La mitad que tenía cabeza se deslizó ligeramente hacia nosotros, haciéndonos huir unos pasos. No: no era contra nosotros. La cabeza arrastraba su medio cuerpo hasta el agujero, has-

ta la guarida, donde se dejó caer, irguiéndose después en una guardia inquietante. Y entonces ¿qué hizo la otra mitad, la de la cola? Entre convulsiones dolorosas, escribiendo ochos fantásticos, con titubeos y esfuerzos que iban quedando pintados en el polvo, no se equivocó: también alcanzó el agujero, y allí rodó torpemente, tropezando contra la atónita cabeza, que veía llegar con asombro aquella mitad de su propio ser. ¿Quién la había guiado? Nos alejamos confundidos, pesarosos de haber destruido un objeto superior a nuestra comprensión.

8

Peregrina cosa ser estrella de cine en un país donde el cine todavía no existe. Pero si ella es feliz con eso, a nosotros ¿qué nos importa? Gracinha Santos. No viste mal. Contextura de mujer muy aprovechable, carne de pueblo. Es lástima que de repente se la oiga hablar con voz gangosa. En esto la estrella brasileña se parece a sus hermanas de Hollywood, las de la época muda al menos: cuando el cine sonoro de repente descubrió su voz, nos reveló sin remedio la clase de donde salían. Gracinha Santos, criada de servir con casualidades de cuerpo armonioso, y ya educada por algunos amantes, no acaba de agradecer a su suerte la comodidad de que ahora disfruta. El medio en que vivimos los simples mortales es el aire atmosférico. Ella vive en otro elemento: se mueve y alienta en el optimismo. Se mueve constantemente, pero a diferencia de los caballos nerviosos, siempre con cierta estudiada lentitud, siempre al *ralenti*. Se la siente nimbada de gloria a sus propios ojos, con mucho de placer solitario. Se mira los pies, se mira las manos y sonríe: "¡Hay que ver lo que valgo yo! La fama repite mi nombre. Todos me desean. Todas me envidian. Para ser mis primeros zapatos de deporte, no los llevo mal. Parece que hubiera usado *breeches* desde que nací." Y sonríe a solas, y se chupa los labios de satisfacción. Sonríe al frente, sonríe a la derecha, sonríe a la izquierda, procurando mirar al aire y no fijar la vista en ningunos ojos, porque eso —adivina ella— rebaja-

ría su valor de diosa: es toda la dignidad que se le alcanza y no piensa gastarla en balde. A pesar suyo, la sonrisa nos hace sentir que no tiene nada de mujer fatal, que es una más en el montón que llamamos la buena gente. Y cuando se queda seria y se le aquietan los ojos, entonces vale más. De aquella cara morena y plana, abierta por el franco arco de la boca, de aquellos ojos redondos y separados, surge una fascinación fría de serpiente. De ahí que todos nos pasemos el tiempo mirándola al soslayo. Y ella cruza por entre las miradas de todos como si atravesara un bosque de espadas sin cortarse, sonriéndose a sí misma, disfrutándose sola. Gracinha Santos, estrella en su propio cielo. El animal —dice la moderna biología— no se adapta al medio: posee un medio propio, que ha nacido con él mismo en una manera de simbiosis.

9

El inevitable conjunto anónimo de mujeres feas y de hombres intercambiables: los nórdicos de exportación, perfectamente insípidos. Todos tienen nombre de gruñido y todas tienen rastros de vejez prematura. Van a tomar una copa, y eso es el gran capricho, la gran fantasía nunca vista. No se hartan de cambiarse gestos maliciosos con motivo de tan picante acontecimiento. Todo lo que ellos nombran se pone a dormir. De repente, salen con alardes de pureza y puritanismo inesperados, en medio de las confianzas más soeces. Allá ellos se entienden. Lástima de aquellas cejas mal empleadas, lástima de estas no merecidas piernas, gloriosas de arranque; lástima de aquel seno blanquísimo, tan poco comprendido y de quien nadie sabe hacer caso. Y bíceps sin objeto, y caras fruncidas, y gafas, y antiparras, y espejuelos andantes. Gente que sigue el atajo de la vulgaridad, tan grato a la naturaleza, madre de todos. Sea vuestro, mientras caen las primeras lluvias, el éxito de los pies de arcilla.

10

Tres generaciones: al viejo, escarbado y amarillento, a quien el asma hace temblar las vellidas barbas, podemos imaginarlo de lejos como capaz de paladear, en las sobremesas de Meredith, el oporto de varios cónsules. Dejémoslo a distancia para que no nos desengañe. La hija, con la cara cuadrada y roja, la boca abultada y los espejuelos de aro de oro, aprendió a hablar en la escuela con una voz delgada y falsa que va muy mal con la elefantiasis de su emancipada pantorrilla. Come y habla con la inmovilidad facial de una vaca. Su marido —pasemos de prisa— se reduce todo a un buen par de medias de golf. Y la tercera generación: dos niños. El mayorcito tiene una noble frente, donde la educación se dará gusto escribiendo prejuicios hasta saciarse; tiene unos ojos extáticos que ya parecen haber comenzado a renunciar; tiene una docilidad y, a toda hora, un *Bonjour, Monsieur* y un *Pardon Madame,* que ya nos ponen desconfiados. El menor tiene una cabecita de cardo amarillo, una rebelde bola hirsuta, y la esconde con rabia y mohín entre los brazos redondos; un malhumor de osito niño que se resiste a bailar con el acordeón. Ése dice que sí porque sí; ése no saluda cuando no quiere; a ése le da o no le da la real gana. ¡Viva el osezno! Es mucha la tentación de excitarlo para que nos rasguñe y nos muerda.

Pero no nos deja la sacerdotisa de las buenas costumbres. ¡Qué aya singular y graciosa! ¿De dónde pueden haberla sacado? Es una mulata francesa, tal vez martinica, gorda y cuadrilona, que le baila todo al andar. Arriba de la cara rotunda, sujeta el borlón del pelo con un lazo rojo, azul o verde, de colores vivos y elementales. ¡Qué salud! ¡Qué buen humor! ¡Qué contentamiento de la vida! ¡Qué conformidad del ente esférico! ¡Qué sana geometría de mulata! Es tan feliz que canta siempre; hace gorgoritos, y saluda y dirige la palabra a cualquiera. Los ojos le brillan desusadamente. Es dichosa porque estrena la estación bípeda, como en la aurora de la creación de Adán. Parece un anuncio de cigarros, un reclamo de canela o de chocolate; de algo sustancioso, bueno, aromático, impreso en papel corriente de oros

y colorines. Tres metros de circunferencia, bien medida el anca: para decir "¡Bendito sea Dios!", como en otro tiempo.

11

En un rincón, dos naturalistas por accidente, engendros del domingo en el campo:

—Pero los árboles ¿qué saben?, ¿qué sienten? No saben, no sienten, a pesar de Jagadis Chandra Boose y la botánica sentimental a la moda. El metafísico nos dirá que carecen de impulso motor, de sistema de poderío (captura de presa, elección sexual) y que el repertorio de las cualidades sensibles que posee un organismo vivo nunca es mayor que el repertorio de sus movimientos autonómicos, y es siempre una función de este último. A carencia de movimientos, carencia de sensaciones, sin que valga el argumento de la contracción automática en la sensitiva, y algunas otras contracciones de plantas llamadas carnívoras. Así pues, ¡afuera el reino vegetal!

—¿Qué sabemos? Cuando la planta se pone a vivir dentro del hombre, como en la droga, el hombre no necesita moverse porque empieza a soñar: el mundo se mueve para él, por una translación einsteiniana. ¿Qué sabemos si el árbol sueña? Y además, ese modo de relacionar la sensación y el don semoviente ¿no es un apriorismo finalista? ¿No habrá, en el seno de la vida vegetal como en el seno de toda vida, una parte de impotencia diabólica, necesaria en sí misma? Entonces, si arranco esta rama, el tronco me grita como en Dante: "¿Por qué me rompes?" Sino que yo no puedo escucharlo. Feliz Sigifredo, que cortaba una caña para hacerse entender del ave.

—Divagaciones, divagaciones... ¡La naturaleza! (Y aquí saca la cartera y llama al mayordomo.) Mi actual experiencia de la naturaleza para en una cuenta de hotel.

12

Desde el fondo del comedor, nos estorba la presencia de Herr Pantuflas, hombre-obstáculo lleno de la responsabilidad de ser él mismo, nada menos que él mismo. ¡Ea, libértese usted en mala hora, eche los pies por el aire, escárbese las narices con los dedos y verá qué a gusto se siente!

Y comenzábamos, entre tanta cara extranjera, a desear la presencia de algo nacional, algo que exhalara la inefable brisa de las simpatías brasileñas. No sé qué decir: esta vez tuvimos poca suerte. Al lado mismo, había un vejete con cara de garbanzo. Se atrevía con el mayor artista que los siglos dieron al Brasil y ¿qué estaba diciendo el impío?

—Ese "Aleijadinho" era un tonto que no valía nada. Hoy por hoy salen de la Escuela de Bellas Artes muchos rapaces de más talento, a quienes no se hace justicia...

Por fortuna, afuera piafaba de impaciencia el caballo. ¡Oh, llévame, amigo del hombre, hasta un lugar donde no haya hombres! Vámonos cuanto antes de aquí, no se nos ocurra poner en su sitio a Seor Garbanzo.

13

En las cumbres andaba el sol, y el oro y el verde batían una mezcla caliente y dulce. Abajo, en el cielo menor, en el cielo de la ciudad, había una cerrazón de nubes blancas. Era el clásico mar de nubes que se muestra a todos los viajeros. El vaho de la tierra se ha depositado en los valles y sube, en hervor de espuma, las laderas. Desde donde estamos, se ven dos paisajes diferentes, dos caras de la naturaleza: a un lado, se alzan las montañas bañadas de luz; a otro lado, la tierra se hunde y se deja segar por la hoz movediza de las nubes. Sólo sobresalen, en una ondulación regular que va disminuyendo hasta el labio de la bahía, los cerros, las lomas, los altozanos. Temblor de un elemento fluido, cuajado de repente por el frío de la nube, la tierra se deja leer y enseña lo que pudo ser su estado anterior, su estado blando.

En esta región ha quedado el rastro de la mano que hizo el planeta; aquí sí, y no en el ridículo picacho, la auténtica huella digital.

El caballo, atado donde no lo veo, relincha. Una voz se dirige a él: una voz gangosa y alegre de mujer.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Quién te ha traído?

Mi conciencia se ha ido clarificando hasta llegar al cristal. La diafanidad del campo se iba filtrando en ella. La poca gente que pasaba a la vista o era feliz o no dañina. Un frágil carruaje de dos ruedas, camino del kiosko: dos mujeres carirredondas y labios teñidos contra natura por la misma naturaleza. Bestias y árboles traían sus candorosos mensajes. Desde esta altura —como en la torre del "Doctor Ox", que cuenta Verne— hasta es lícito entregarse a las ilusiones de cierta superioridad moral. Lo peor del mundo queda abajo, ahogado en el humo que se revuelve a nuestros pies. También nosotros hemos comenzado a ser olímpicos. Y ahora, en el éter despojado de las cumbres, para que todo sea completo, se acerca la mujer. Empieza conversando con el caballo: todavía no se atreve al hombre. Pero todos sabemos en qué va a parar este juego.

Constante enredar de mariposas, de que este balcón del mundo es una visita predilecta. Y una mariposa, cumpliendo siempre como buena mensajera de pólenes, nos laza con un rasgo en el aire, laza a la mujer, laza al hombre, y ya estamos conversando juntos. Para comenzar, nos ponemos de acuerdo sobre un punto trascendental: el faro del Cristo del Corcovado está descastando la rica región del Guanabara, porque atrae a las mariposas y las entrega a las asechanzas de sus enemigos nocturnos.

Y al regreso, somos dos a caballo. Canta el ñambú. Cuando oscurece, vuelan dos fanales rojos en la sombra. No tiembles, Gracinha: es el bocuerao nocharniego, que grita al pasar: "Amanhã eu vóo!" Y yo también escapo mañana. . .

—Saudadiinha?

—Pois não!

Teresópolis, 1931.

VII. DONDE INDALECIO APARECE Y DESAPARECE

Día de maniobras. Tal vez un 16 de septiembre, aniversario del grito de Dolores, simbólica conmemoración de la independencia, o tal vez sería un 5 de mayo, fecha de la batalla de Puebla, ganada contra las tropas invasoras de Napoleón III. Banderas y festones de encino adornan el Palacio, los edificios públicos y la casa del gobernador, cuyas fachadas se iluminarán por la noche —como todavía la electricidad se administra con parsimonia— con un sistema de candilejas que allá se llamaban cazolejas. Habrá, además, charanga, cohetes y torito de fuego, sobre el costado de la alameda que da a la Penitenciaría.

Desde la madrugada se oyen las dianas, y la guarnición recorre las calles llenando el aire de pasos redoblados, de frente marchen, por pelotones a la derecha y demás divisas de la danza pírrica militar. Poco después, sin hacer caso del sol, el gentío se agolpa en las afueras y asalta las improvisadas tribunas, los templetes, para mejor presenciar el simulacro. Nosotros ignoramos el tema, todo es sobresalto para nosotros: aquel batallón de a caballo que brota de una loma y deshace por el flanco a la infantería, aquella colisión inesperada entre la compañía del Colegio Civil y la de la Escuela Normal, que también han tomado parte en la fiesta. El choque fue casi violento: bajo las reglas del combate convencional, la rabia y los celos hierven entre la muchachada de las escuelas rivales que comparten por mitad el mismo edificio. El tiroteo se desarrolla sobre una llanura salpicada de chaparros, arbustos espinosos y cenicientos, característicos del campo regiomontano. De cada chaparro salta una motita de humo. Cuando los dragones del Veintisiete dispersan tres veces el cuadro contra caballería de los *mochos* del Obispado —escoba que barre, a la ida y a la vuelta, un apretado enjambre de moscas—, las aclamaciones del pueblo hinchan las esferas.

A mediodía todos estamos de vuelta. A la mesa de familia hay algunos jefes uniformados. La jovialidad de mi padre es su mejor premio: el tema ha sido ejecutado al pie de la letra. Y la sobremesa dura poco, porque hay la costumbre de trabajar.

Apenas nos hemos quedado solos, cuando entra por la cancela del Cuartel General un hombre esbelto, con un andar entre medroso y feroz de animal silvestre. Viste el clásico traje ceñido de los caballistas o charros mexicanos, cuya chaqueta cercenada y pantalón justo recuerdan puntualmente al charro de Salamanca. De negro riguroso, la botonadura y alamares de plata, una viborita de plata la toquilla del gran sombrero, y la corbata un gritito rojo, se desliza sobre el suelo de los corredores sonando espuelas y arrastrando el sable de reglamento. Flaco, pálido, quijotesco, con una barbilla de valiente de esas que la gente llama chivatas. Yo —escondido en las columnas del patio— lo veo acercarse hasta el general. Habla. Su habla es ceceante y melosa. Hay tigres que rugen con dulzura:

—Mi general —dice visiblemente turbado y con voz temblona—. Ezto es máz de lo que recizte un hombre. ¿Andar horaz y horaz metiendo machete al aire y dizparando el cohete contra los purízimoz chaparroz? ¿No ve, mi general, que ce noz alborota la jicotera —quiere decir: "que se nos remueve el avispero"—, y noz acordamoz otra vez de loz buenoz tiempoz? ¿Por qué, de una buena vez, no noz da permizo de fajarnoz por *ay* a balazoz unoz cuantoz que noz tenemoz ganaz?

Mi padre sonríe: —¡Este Indalecio. . . ! —Le da unas palmadas en el hombro, algo le dice a media voz alguna de esas palabras sin significado con que los hombres se hacen seguir de los animales: "¡Chó, chó: ceja, ceja!" Y el charro se ablanda, se serena, sonríe también; y al fin se va por donde ha venido, como bestia reducida a la idea, sonando espuelas y arrastrando el sable de reglamento. En cuanto se planta el gran sombrero mexicano y se cala el barboquejo, antes de salir a la calle, cobra una visible expresión de reto y el andar se le hace amenazador.

Los antiguos contrabandistas del Río Bravo, herederos del glorioso Catarino, se dieron al hombre que los venció y se convirtieron en fieles servidores de su gobierno, o mejor aún, de su persona. El contrabando es tipo del delito artificial creado por la ley. La ley propone un obstáculo y el hombre, aventurero eterno, salta las vallas. No lo guía el afán de lucro: le atrae, sí, la hazaña. Aquel burlador de fronteras es caballeroso en sus desafueros y vive siempre a lo señor. Tiene una mujer con hijos a cada lado del puente internacional, mantiene con holgura dos familias. A las guarniciones de los fuertes del Norte les llama, guiñándo el ojo: "Nuestros primos los güeros" (los rubios). A la policía que lo persigue en su propia tierra le llama, con un exquisito eufemismo y cierta fraternidad de armas: "Los empleados". Trae las onzas de oro en la tripa del cinturón, y los cartuchos revueltos con el tabaco. Entre estos *tagarnos* de blusas rojas, Juan Zuazua reclutó sus centauros; entre éstos reclutó sus afamados rifleros el disidente Vidaurri, a quien dos o tres descuidos de Juárez envenenaron el alma haciéndolo "perro del mal".

Hermosos retoños ibéricos plantados por la zona de Nuevo León y Coahuila, son estirpe sin mezcla y crecen en pureza de tradición y palabras. Usan formas emparentadas con el leonés (por algo la antigua provincia vino a llamarse Nuevo Reino de León): dicen *riyo* por *río;* y en cambio, dicen *sía* por *silla,* aunque ellos prefieren el término *sieta,* silleta. Siempre que ello sea posible, declinan por géneros los apellidos, de suerte que, si el hombre es Juan Cantú, la mujer es Juana Cantuna; si él Pedro Orozco, ella Petra Orozca.

Traen en la sangre el hábito hispano de la soberanía popular; el que, burlando instituciones, se hace por sí mismo justicia en la *Fuente Ovejuna* de Lope de Vega; el que, en *El alcalde de Zalamea,* de Calderón de la Barca, decide a lo hombre la causa propia. Yo supe de los vecinos de un rancho que dieron caza, sin ayuda de la policía, a un malhechor fuereño que había asesinado a dos niños para robarles el penco rucio. En tanto que proveía el gobierno, los rancheros colgaron al criminal de un árbol —e hicieron bien— y la autoridad prefirió cerrar los ojos. Yo supe de un jefe

político que, ofendido en su honra, encarceló al violador para evitar que se le escapara, y luego vino a abrirle la puerta a medianoche para matarse con él, sable contra sable.

Afirma el doctor Gonzalitos —sabio historiador de la región que por este nombre es recordado— que ya a fines del XVIII sólo se encuentran, por aquellos contornos, blancos criollos o mestizos poco cargados. Las grandes civilizaciones indígenas no llegaron al Norte. Allá los conquistadores españoles, capitaneados por unos cuantos portugueses —Carbajales y Montemayores que todavía tienen vástagos— fundaban reductos y campamentos que de noche en noche eran asolados por tribus trashumantes. La población que logró establecerse ofrece una singular pureza, y se distingue de la gente del interior en todos los órdenes de virtudes cívicas. Generosidad y lealtad son normas de su vida: entre ellos abundan el apellido Leal y el nombre de pila Generoso.

En tiempos menos urbanos, se entregaban al matuteo por el río, para darle sabor a la vida y no morirse de aburrimiento. De aquí provienen las fortunas de algunas familias ilustres. Cuando vieron cernerse sobre su cabeza otro valor más alto, se rindieron sin condiciones, como suelen siempre los bravos. Y fueron desde entonces adictos en alma y vida y corazón. —"Fue tu padre quien nos hizo gente" —solían decirme. Y yo quisiera tener fuerzas para darles ahora la inmortalidad que se merecen.

Héroes de "corridos populares" —que vienen a ser nuestros romances de guapo—, todavía se les evoca en las ferias, al lloro sabroso de las guitarras: el que dejaba a sus hombres en campo raso y se iba a dormir a una cueva de nadie conocida, donde una noche se le apareció el Diablo y le pidió el cabo de vela para encender un cigarro de hoja (¡aquel cigarro envuelto en la hoja del maíz, cuyo tufo trasciende, vago, por todas las calles de Monterrey!); o bien el Caballo Blanco, así llamado porque tenía un caballo blanco que él dejaba suelto en las noches para que le cuidara el sueño, hasta que cierta vez los "empleados" le echaron una yegua al bruto y sorprendieron al jinete dormido. Y todos, al tipo de Roque Guinart, rumbosos con el pobre y amigos de pelear con muchos:

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo retinto,
con la pistola en la mano,
peleando con treinta y cinco!

¡Qué bonito era Bernal
en su caballito obscuro!
De miedo de la Acordada
se puso a fumar un puro.

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo jovero!
Nunca robaba a los pobres,
antes les daba dinero.

Eran hombres "sentidos como el venado", que oían venir al enemigo pegando la oreja al suelo; ligeros para huir y atacar, que andaban jugando con la muerte. Cuando descansaban, se les salían los versos de la boca, y componían canciones en que el amor va revoloteando entre las balas. Tenían suavidad de maneras, mesura con las mujeres, comedimiento en el hablar y hasta don de lágrimas. ¿Pues no encontré un día, sobre la mesa de mi padre, un libro que le había obsequiado Indalecio? Decía la dedicatoria, que nunca se me ha podido borrar: "Lea este libro mi señor general, para que vuelva a llorar un poco, porque a los hombres como él y yo ya las lágrimas se nos están olvidando." El libro era, nada menos, la *Historia de Genoveva de Brabante*. Indalecio, en la pronunciación del terruño, la llamaría seguramente: *La Ginoveva.*

Yo alcancé a oír los últimos toques de la fama de Indalecio el ceceante. Fue en una molienda de caña, por el pueblo de San Jerónimo, adonde en compañía del cabo Mata —un ordenanza— y de unos cuantos amigos, llegué en un galope desde Monterrey, cierta tarde que dejábamos correr sin rumbo a los potros, levantando del suelo el temblor de las palomas moradas y las zumbadoras codornices. La gente reposaba entre los peroles de melaza —el "punto" aromático donde el azúcar va concentrando sus dulzores— y mezclaba con los tragos del mezcal emborrachador aquellos vasos de aguamiel tan golosa, que con tantas indigestiones marcaron los hitos de mi niñez. Quien se propasa con el

jugo de caña "se empanza" —dice la gente—, como si, a lo avestruz, se tragara un cuarterón de cascajo. En el corro, uno acariciaba su acordeón, y otro cantaba unas cosas de la tierra llenas de esos calambres rítmicos que vienen a ser los esdrújulos de la música. Era una historia de batallas: se veía entrar al general Jerónimo Treviño en la plaza fuerte de Monterrey. De pronto, apareció mi héroe en estas coplas inolvidables:

¡Ay, Indalecio a la vuelta del riyo
a los empleados los redotó!
Iba Indalecio en caballo tordío,
la fibra indómita en el corazón.

Grita Indalecio en la plaza con énfasis:
—¡Mueran los gringos y el ferrocarril!
¡Viva que viva cien veces México,
que defendiéndolo quiero morir!

Quebra-Frascos, Teresópolis, 1932.

VIII. LA FEA

Une Vénus est bien difficile à peindre. Puisqu'elle porte toutes les perfections, il est à peu près impossible de la rendre véritablement séduisante. Ce qui nous captive dans un être, ce n'est pas ce degré suprême de la beauté, ni des grâces si générales: c'est toujours quelque trait particulier.

P. VALÉRY, "Au sujet d'"Adonis'" (*Variété*, I).

—DESDE que llegué a Río, el trabajo de la Conferencia Fluvial se apoderó de mí en forma casi morbosa. Fue necesario que la admirable Guanabara exagerase todavía su encantos, sus encantos cambiantes con todas las horas del día y de la noche —y que don Juan Valera encontraba superiores a los del Bósforo, el golfo de Nápoles y la extensión del Tajo frente a Lisboa—, para que comenzara yo a abrir los ojos y a salir, como de una pesadilla, de esa bruma de antecedentes históricos, argumentos jurídicos, papeletas con datos clasificados, entrevistas de aire anodino con segundas intenciones siempre feroces, aburridas sesiones donde se leen memorias que hacen dormir, y cláusulas redactadas diez veces para que cada vez digan menos y escondan más.

"Ahora he recobrado ya mis cinco sentidos. Te doy esta buena noticia, y te convido a tomar una copa en mi cuarto, que tiene ventanas sobre el mar. Hoy he decidido pasar la tarde aquí. Como todo esto huele a nuevo, voy a fumar mi pipa largamente, para que las cosas se vayan saturando. Abre tú, entretanto, aquel bargueño, que es más bien un bar disimulado, y ve bebiendo lo que quieras. En el refrigerador encontrarás hielo, soda, agua mineral o cualquier agua de burbujas que, como sabes, fue el vicio de Lord Byron. Voy a divertirte con mi historia. Voy a saciar tu curiosidad del otro día respecto a la feúcha aquella que saludamos en la

Sorbetería Americana, y sobre la cual he construido mi 'teoría de la fea'. No te inquietes: no pierdes nada con quedarte a mi lado. Ya sabes que, a las primeras lluvias, las terrazas de Copacabana se quedan desiertas, y sólo por la noche podrás encontrar gente en los cines.

"Ya conoces mi manía de reducir a tipos la especie humana. Ello es parte de lo que me complazco en considerar como mi talento político: el don de conocer las gentes y empuñarlas. Nada de paradojas, no: la ciencia moderna está de mi lado. La Fisonómica se atreve ya a sacar inferencias de sus generalizaciones sobre los ejes de la cara, la asimetría de las facciones y la proporción de tronco y extremidades. La Medicina —que, si me permites una frase al gusto de Molière, tiene nombres para todo lo que ignora— ha vuelto otra vez a los 'temperamentos'; y lo de vago-tónico y simpático-tónico, y lo de hipo o hiperendocrino y otras palabrejas así, se reduce a decir que los hombres admiten el ser clasificados según ciertos módulos uniformes. Me dirás que la cosa es más vaga cuando se llega al terreno psicológico, y que no deja de ser osado fundar previsiones, por ejemplo, sobre el tipo extrovertido o introvertido de una persona. Y así es verdad. Pero es que tales tipos son todavía demasiado generales, abarcan mucho y poco aprietan. Y mis tipos son más concretos: son los tipos, digamos, del novelista; son los 'caracteres' de Teofrasto —quien no en vano contempló las variedades humanas con la candorosa visión del botánico— y entran ya en la sabiduría vulgar. Los casos lo explicarán mejor: ¿quién no sabe lo que quiere decir el que una matrona esté evolucionando hacia el tipo 'madre-de-tiple'? Al 'primo', que ahora dicen en España, o al 'pagano', como ya Quevedo le llamaba, todos ¡ay! lo hemos conocido alguna vez por propia práctica (por lo menos, entre los de mi edad: tú eres todavía muy mocito para saber a lo que eso sabe). El 'curioso-impertinente', de Cervantes, es más general de lo que se confiesa, y a veces se le llama 'el-que-juega-con-fuego'. ¡Hay por ahí cada tipo con el rabo chamuscado —o los pitones, mejor— por andar haciendo el curioso! 'La arrimada', aquella tía solterona que vive al cobijo del hogar de sus hermanos y viene a ser la verdadera educadora de las

proles, es otro personaje que todos hemos conocido. En fin, que yo no te estoy descubriendo nada nuevo y que, en el caso, mi tipo de 'la fea' no es más que la última encarnación de la venerable Madre Celestina. Tampoco esperes una historia extraordinaria. Voy a relatarte un caso muy común y muy sencillo. No sé ni para qué te lo cuento. Te hago gracia, pues, de mis divagaciones filosóficas; te sirvo otro Whisky; apisono mi pipa, que con tanto hablar quiere apagarse; suspiro y prosigo.

"Pero antes, observa ese barquito de vela, mira cómo se desliza y no se desliza, cómo nos engaña en su fuga. Los días calientes y de aire quieto, al llegar las embarcaciones a esa región, se produce un curioso engaño de óptica: las líneas verticales parecen exagerarse, y las chimeneas, mástiles y velas se ven enormes desde aquí. . .

"Pues bien: era una de esas muchachas que andan siempre en parejas, acaso para darse ánimo mutuamente y atreverse más y mejor. Volviendo a los tipos, las llamaremos, con Sighele y *cum grano salis,* la pareja delincuente. Aquí se ha llegado en esto a una técnica muy especial: ya es la fea con la bonita, ya es la morena con la rubia (y, a este fin, una de las hermanas si hace falta se tiñe el pelo); ya es la blanca con la mulata. Siempre se usa, más o menos, de la ley del contraste, y nunca he visto, en mis callejeos, que las cariocas se equivoquen en este punto. La combinación es infalible: nuestro pobre corazón cae a los pies de cualquiera de ellas.

"Las encontré por ahí varias veces. Eran una fea y una bonita. La bonita tenía una lindeza algo convencional y tirando a cromo, es verdad. Pero no es cosa de pasar de largo ante un pedazo de juventud palpitante. Se dejó ver, comenzó a sonreír. La fea me lanzaba miradas casi amistosas y alentadoras: 'Comprendo —parecía decirme—, no seré cruel, la vida es breve.' La fea se hizo presentar la primera, y fue ella quien me amistó con su amiga. La amistad es a veces un obstáculo del amor: lo estorba, lo domestica, lo desarma. La mujer de teatro no siempre miente cuando asegura a su enamorado que una caricia entre bastidores, con un camarada del trabajo, no cuenta ni hace mella. Mis

relaciones con la bonita bajaron de interés en cuanto me fue dable hablarle y convidarla. Todos los motivos sociales, ya en guardia, me asaltaron y me sitiaron poco a poco en mi trato con la bonita, reduciéndome al papel de un amigo más. ¡Mejor que la fea no me hubiera ayudado! ¡Mejor encontrarse y atacarse sin conocerse! Tal vez te extrañe esta confesión de torpeza que no está en los clásicos del amor, pero así sucede. Con las mujeres de cierta clase social, plenamente evolucionadas, pronto sabe uno a qué atenerse: pertenecen a una camaradería internacional, usan nuestra misma lengua —el esperanto de la galantería— y reaccionan conforme a reglas que nos son conocidas. En bajando la escala, entramos en la selva folklórica de los hábitos nacionales, y de los hábitos nacionales secretos, bajo cuya aparente uniformidad de arte primitivo se esconden diferencias rituales que a lo mejor echan a perder el conjuro. En estas cosas íntimas andan siempre mezclados sedimentos antropológicos de otras edades, que difícilmente se entregan al que no se ha criado en los usos de un pueblo. Corremos siempre, como aquel viajero francés, el riesgo de ofrecer a la muchacha japonesa cintas para el pelo, de un color que sólo usan las mujeres cuando tienen nietos. Otro, que aprendió la lengua en los diccionarios, empieza a usar, para ciertas partes del cuerpo, nombres que resultan grotescos por no ser los nombres del amor, etc., etc. Aquí, en el Brasil, sobre todo, yo me desoriento y no sé hasta dónde llega el límite de la mera coquetería. Acaso se deba a mi condición de extranjero, a la lengua ajena en que sólo acierto a expresarme a medias, o qué sé yo. Entre las mujeres de esta clase ya 'nacional', me siento un tanto desarmado y más débil que cualquiera de sus compatriotas. Estas mujeres, a pesar de su ardor, son castas en el verdadero sentido de la palabra (castidad no significa abstención), porque aman su 'casta'. Carecen del snobismo que es manifiesto en otras partes —entre los platenses sin ir más lejos—, donde siempre lleva privilegio el viajero, el que viene de otros climas. Éstas prefieren al propio, y se diría que el pacto secreto de la convivencia entre ellas y ellos es aquí más sólido que en otros países. Siempre parece que se nos está escapando

lo más íntimo y lo mejor de su vida, que ellas y ellos se lo guardan para sí bien guardado. Ellas difícilmente se nos dejan ver en estado de pasión —de pasión que despeina— y hasta en los momentos increíbles se nos muestran tan cuidadosas de la cortesía y el buen trato (únicas que a ninguna hora se vuelven varones ni dicen palabrotas), que causa vértigo el contemplar los verdaderos abismos de finura y delicadeza que hay en el fondo de esta raza. Además, almas un poco elementales metidas en un cuerpo efusivo, dan una frescura de novedad y descubrimiento a las más manoseadas formas de la mera urbanidad. Así, cuando te dicen: 'Buenos días', parece que acaban de inventar la expresión para consagrártela a ti exclusivamente: la piensan de veras, cargan el voto de intención, lo acompañan de un mirar que quema y de una sonrisa que acaricia. Tú crees que se te están insinuando... ¡y no han hecho más que desearte los buenos días! Pero, eso sí, con qué escuela de mímica, con qué patetismo natural. Y todo esto te desconcierta y te hace perder tus tablas de valores —como se decía antes de que la Guerra Europea corrompiera la memoria de Nietzsche.

"Cuando ya empezaba yo a desesperar, la fea se las arregló para tener conmigo una entrevista a solas. Yo le abrí mi pecho y, a medida que hablaba, me fui convenciendo a mí mismo de que estaba verdaderamente loco de amor por la bonita. Oyéndome, mis propias palabras me sorprendían y me iba modelando por ellas. No en vano mi amigo Pedro Emilio Coll solía decirme, con su sabrosísimo acento venezolano: 'Hay un peligro en la voz, compañero.' La voz nos arrastra consigo y nos lleva adonde ella quiere. Aunque no pertenezco al tipo casanoviano del enamorado llorón, cuando acabé de hablar con la fea estaba deshecho en lágrimas. La fea lloró también generosamente. Aquel desahogo nos acercó. Éramos, desde entonces, como unos hermanos levemente incestuosos. Desde entonces, la bonita pasaba a ser nuestro patrimonio común, el objeto de nuestros planes, nuestro delito, nuestra cosa.

"La bonita, que sólo esperaba un pretexto para resolverse a dar el paso, aceptó que habláramos de aquello. Y con ese paganismo natural que ha invadido, como río subterráneo,

el subsuelo de la Iglesia católica, me dijo: 'Me confieso una vez al año. Me toca dentro de dos días. Vamos a dejarlo para después, a fin de no cargar este pecado en la confesión.' Yo le aconsejé que de una vez cargáramos todo, y luego nos limpiáramos de todo en el manantial de la contrición; pero ella insistió en que era preferible confesar, dentro de un año, un pecado viejo. Porque parece que, como el yodo en su nacimiento, el pecado reciente tiene propiedades que se van perdiendo después.

"No tengo para qué contarte lo que sucedió a los pocos días, que no me supo ni bien ni mal: a veces, como se dice en la *Tía Fingida*, 'es más sabroso el rebusco que el esquilmo principal'. Quiero decir que el cultivo de los días sucesivos hizo valer más lo que, en la primera sorpresa, casi no tuvo más gusto que el de deshacer obstáculos previos, romper el hielo y entrar en la etapa definitiva. Yo hasta dudo que otra cosa suceda, salvo casos excepcionales, en todos los primeros encuentros de las parejas amorosas. Me extraña que tratadistas de tanta experiencia como Havelock Ellis vengan repitiendo esa vulgaridad de que el mejor estímulo erótico es el objeto nuevo. Esta afirmación es, por lo menos, tan cierta como la contraria, porque también la familiaridad es un buen estimulante, y no hay que confundir la familiaridad con el cansancio. Casi estoy por asegurar que el atractivo de la novedad no está en ser novedad, sino en ser promesa de familiaridad futura; que el varón no persigue una nueva presa en busca del primer contacto, sino en espera de los sucesivos. Se trata de adquirir un jardín, no de pisotearlo. Para ciertas naturalezas, hasta sería deseable resolver este obstáculo de un primer encuentro amoroso aun para despejar el camino de la simple amistad. Sainte-Beuve no podía hablar de literatura con mujeres sin intentar una escaramuza, a fin de pasar cuanto antes el 'enojoso incidente previo'.*

* Ignoro de dónde habrá sacado mi personaje esta historia. Yo más bien recuerdo que Sainte-Beuve fue lo bastante heroico para resistir al feroz marimacho George Sand, con quien prefirió cautamente mantenerse en la función de director espiritual y confesor laico. (O tal vez no le gustó George Sand, sencillamente; o, lo que es más posible, se encontraba aquellos días defendido de toda agresión por un amor más alto.) Y aun dio pruebas de poseer un cruel talento de experimentador, pues hizo que su hija de confesión inten-

"Pero no divaguemos. Lo más curioso del caso es que no tardé en descubrir que, aunque la criatura valía la pena, mucho más que las experiencias con ella me divertían los comentarios y confidencias que después tenía yo con su amiga. Ya en la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* observa la sabia Celestina que las cosas de amor sólo dan todo su jugo cuando se las habla y se las comenta. La bonita ponía el tema, el tema bruto, y yo después hilvanaba el desarrollo en largas y gustosas charlas con la fea.

"La fea parecía alimentarse de amor por el camino desviado de las imaginaciones y rumias de fantaseos. Parecía que se iba iluminando, encendiéndose con el amor ajeno. Comenzó a florecer, así, por la sonrisa, que se le fue transformando hasta hacerse sencillamente deliciosa; y luego siguió con la mirada, que fue cobrando por días una intensidad, un destello de tormenta y gozo mezclados. Como en el *Marmion* de Sir Walter Scott —a quien ya nadie cita— ella me aparecía siempre

with a smile on her lips and a tear in her eye.

"Comencé a inquietarme. Nuestras confidencias eran cada vez más sazonadas. La fea se metamorfoseaba a mis ojos, y una mañana me di cuenta de que se iba volviendo bella, con aquella belleza sorda y trabajosa que tarda en revelarse y que se va deletreando sílaba a sílaba para mejor entregarse y mejor dominar. Nada hay más conmovedor que el ver perfeccionarse así a una mujer por la sola fuerza de la contemplación erótica. La ráfaga de un amor venido de otra parte la había comenzado a sollamar, y en este fuego ella se apresuraba, desordenada y dolorosamente, hacia la belleza. El apetito comenzó a asomar sus cuernecillos de fauno.

"Necesito cortar constantemente mi narración con desarrollos ideológicos. Yo sería un pésimo novelista. Mucho más que los hechos, me interesan las ideas a que ellos van sir-

tara apagar su sed insaciable con dos hombres completamente opuestos: el seguro Mérimée, que tuvo un solo encuentro con ella y, guiado por su buen sentido, la trató como a una profesional y le dejó cinco francos en la mesa de noche —que era la mejor manera de escapar— y el pobre Alfred de Musset, que...

viendo de símbolos o pretextos. Tengo que recordarte, para que comprendas mejor mi situación, que el amor y la belleza no son hijos de una misma madre ni gemelos como los Dióscuros. Uno es el concepto estético, y otro el erótico. A tus tiernos años, cuando todavía la naturaleza no canta con toda su voz, se es a veces 'estetista' en amor. Singularmente, se es atraído por las caras bonitas. Poco a poco, el ideal se robustece y derrama por toda la figura de la mujer, y ésta es sin duda la mejor época y la primavera de los amores. Más tarde, ni siquiera hace falta ya encontrarse con cánones perfectos. Más aún, una pequeña inarmonía, un ojo levemente estrábico, pueden tener un encanto irresistible. Como ni la convención moral ni la artística determinan necesariamente la selección amorosa (digo necesariamente, porque también puede suceder lo contrario), los amores de los demás nos resultan siempre incomprensibles. Cuando un hombre y una mujer se deciden a amarse, deben saber que parten en guerra contra todos sus parientes y amigos y contra toda la humanidad que les rodea —con pocas y dulces excepciones. Aparte de que en esta hostilidad interviene un elemento secreto de resentimiento y celosa envidia. El amor es siempre un lujo que despierta la animadversión de los que no fueron convidados. Pero en esta incomprensión no deja de influir el hecho de que la inclinación de un ser para otro nace de un impulso subjetivo e incomunicable. Los franceses, que entienden de amor, no tienen generalmente mujeres muy lindas. Con frecuencia ellas nos resultan demasiado mandibulares, por ejemplo, con una quijada dura y cuadrada que más bien acusa el don de mando o las virtudes de la administración y de la gerencia. Pero los franceses, que entienden de amor, se conforman con un pequeño rasgo de belleza; y a poco que la mujer tenga un rizo gracioso sobre la oreja o un hoyuelo oportuno en cualquiera de las dos mejillas, exclaman ya: *Oh, qu'elle est charmante!* Porque, como quiera, el amor siempre procura apoyarse en algún pretexto estético. Para renunciar a esta disculpa, habría que llegar al absolutismo de un Marqués de Sade, cuyas *Jornadas de Sodoma* revelan un esfuerzo verdaderamente sandio y pueril por gustar de lo horroroso y de lo hediondo.

"La digresión anterior no tiene por fin disculparme a tus ojos, sino ayudarte a entender. No significa tampoco que la fea haya dejado de volverse bella realmente, sino que era una belleza imperfecta si se quiere, capaz sin embargo de inspirar un legítimo deseo amoroso. Cedimos a él: era inútil ya defendernos. La bella-fea, al lanzar a su amiga, se lanzó a sí misma hasta mis brazos, impulsada también por su catapulta. Después de la preparación de confidencias y sazones imaginativas que precedió a nuestra tarde de caricias, no necesito decirte que la bella-fea venció completamente a la insípida bonita en mi apreciación personal. En el trance, reveló una singular capacidad de expresiones faciales arrobadas y victoriosas; y esto es muy importante para quien, como yo, es decidido partidario del amar cara a cara: la *Venus observa,* cuyo privilegio, según entiendo, sólo las serpientes, entre todos los animales, comparten con el hombre. Saboreamos por varios días aquel doble juego, salpimentado de traiciones y secreteos. Y al fin, como la bonita acabó por adivinar lo que sucedía, entre las dos decidieron sacrificarme para salvar su amistad, lo que me pareció muy puesto en razón. ¿O tal vez el gozo fue tan intenso que agotó las reservas? ¿Saltaron los plomos, sobrevino el corto circuito? La bonita dejó de visitarme al instante. La bella-fea me frecuentó todavía un poco. Pero, como si faltara la antena que hace vibrar el aparato de radio, se fue opacando hasta volverse otra vez feúcha. Pensé en aquellas flores acuáticas, hembras de las profundas aguas, que sólo suben un día hasta la superficie, donde las espera el beso del macho, y se recogen después, cargadas y trémulas, hasta su fondo cenagoso y oscuro.

"Ahora se las ve a las dos paseando juntas, como antes, con no sé qué desesperación en los ojos, buscando el tesoro de la vida, que no se entrega. No, no es veleidad. No fuimos veleidosos, no nos juzgues demasiado pronto. No hemos sido infieles a la vida. Es la vida quien nos engaña siempre, y nos da lo mismo que nos quita."

. . . . .

—Pero, entonces ¿nunca ha sabido usted lo que es el verdadero amor?

Río, mayo de 1935.

IX. PASIÓN Y MUERTE DE DONA ENGRAÇADINHA

DONA Engraçadinha —viuda riquilla, si no rica— cabalgaba con relativa levedad la crisis de sus cuarenta y tantos, y vivía en un hotel de lujo para no cuidar de la casa y mejor entregarse toda a la vida de sociedad con que procuraba distraerse. Su difunto esposo, ausentista empedernido, se había gastado sus rentas en Europa, o sea en París. Y ella, para mejor gobernar su economía, se resolvía ahora a permanecer en la patria, un si es no es aburrida.

Todos se habían olvidado de su historia, pero no de sus apellidos, que sonaban bien y olían a distinción. Sus primeros mechones grises la agraciaban mucho y le daban un título más al nombre de pila que le pusieron. Los cursis, naturalmente, decían que parecía una marquesa. Era delicada y fina, se conservaba con cuidado y sin grande esfuerzo. Después de charlar un rato con ella y tomar el té o jugar al bridge en su compañía, había que confesar que era apetitosa. El ambiente europeo casi le valía de cultura. Tenía noticia de algunos buenos libros. Era decidida aficionada a Proust, por donde atraía y deslumbraba un poco a los semiintelectuales que rondan la vida diplomática. Poseía el instinto de las atmósferas; sabía mostrarse moderada entre la llamada gente de orden —feroz promotora de todas las crueldades políticas—, y daba a entender, entre los revolucionarios, que no vivía ajena a "las inquietudes sociales de nuestro tiempo". Y lo mejor es que, en ambos casos, era sincera, elegante, y no se le podía negar una dosis suficiente de buena fe. Los de la derecha ni siquiera la ponían en duda, porque esos realistas implacables dan por supuesto que todo el que vive con comodidad es ya un sobornado. Los de la izquierda, utopistas dados a transacciones, "no hay que pedir peras al olmo —solían decir—, ya se la convencerá paso a paso, y mucho es que nos escuche con simpatía". Y así, en este mundo partido en banderías irreconciliables, se había arreglado

una situación hasta cierto punto privilegiada, y sabía desarrollar ciertas actividades humanitarias y evitar a los perseguidos uno que otro mal rato, porque era incapaz de traición, y hay virtudes —dígase lo que se quiera— que se abren paso.

Los más snobs guiñaban el ojo cuando ella atacaba el tema de Marcel Proust. Los más literarios no dejaban de agradecerle el interés por aquel virtuoso de la psicología mundana, especie de conserje genial que depura hasta la quintaesencia los rumores y chismorreos de escaleras abajo y de escaleras arriba.

Algún ingenuo llegó a desear que Dona Engraçadinha abriera tertulia como las mujeres centrales de otras épocas, o que escribiera sus memorias en busca del tiempo perdido. Pero ella se conocía lo bastante para echarse a cuestas la responsabilidad de un salón, y sabía de sobra que todo su pasado era tiempo definitivamente perdido. De modo que se mantenía en un equilibrio no común, sin ahogarse en la mundanidad, ni atreverse al proceloso mar de las letras. Y por quién sabe qué don gracioso, Dona Engraçadinha merecía la gracia de no pasarse las horas entregada a fiestas de beatería ni a reuniones de caridad. ¿Será que de veras leía mucho, cada vez que se quedaba sola? Nadie podía pensar mal de sus casuales desapariciones: todo en ella respiraba naturalidad y decencia. Y si no se la veía por ahí algunas veces, era evidente que no la habían convidado o que estaba algo fatigada. ¡Ah! Y era también un poco ridícula, pecado menudo, y más en países como los nuestros, donde aún no se consiente a la mujer mostrarse tal como es o se desea.

Entre uno y otro cigarrillo rubio, algún consejero de Embajada que la venía observando en silencio y que pertenecía a esa rara casta de coleccionadores de almas cada día más enrarecida, pero que aún se conserva en los más provincianos solares de nuestras fraternales repúblicas, había sospechado en Dona Engraçadinha un vigor atrofiado por la continencia, un temperamento represo, una sed desviada por el hábito y por la educación, que andaba buscando sus fuentes. Sus compañeros se le habían reído en las barbas. ¡Estos teóricos metidos a agentes viajeros de la concordia interna-

cional! ¡Cuándo se curarán de sus sueños! ¡Cuándo se convencerán de que las preocupaciones que proyectan sobre los otros las llevan adentro ellos mismos! Consejero de mal consejo, ¿pues qué te has creído, hombre de Dios? ¿Que todos traen como tú, bajo la capa, un infierno disimulado? Y luego ¡esta señora que frisa en los cincuenta, si es que no los ha pasado hace un rato! ¡Ganas de hablar, señor, nada más que ganas de hablar!

Pero él había contraído ya el hábito, tras la experiencia adquirida en una media docena de puestos, alternados con otros tantos "ceses" a la moda de nuestra casa, de seguir pensando por cuenta propia, sin prestar mayor atención a las opiniones de sus colegas. Tomaba el trabajo con lealtad, pero sin afanes ni esperanzas. Y en los muchos ratos perdidos que le deparaban de consuno su suerte y su higiene mental, sacaba apuntes y dechados de los ejemplares humanos que frecuentaba, y luego se divertía en prolongar las líneas de lo real y probado hasta la región de lo presumible y lo posible. Él decía que no era más que un científico. Los demás, que no era más que un extravagante y, para colmo, un pesado. Se llamaba X, se llamaba Y, Z y T, cuatro coordenadas del continuo espacio-tiempo, que más no necesitamos saber. Le guardaremos el incógnito, ya que resultó tan indiscreto. Diremos el pecado, pero no el pecador.

A veces, Dona Engraçadinha y el Consejero concurrían juntos a algunas exposiciones de pintura o de fotografía artística. La moda las había convertido en centros de reunión elegante. Menos mal. El Consejero se detenía de caso pensado en el examen de los desnudos, haciendo toda clase de observaciones técnicas, que llegaban a la minuciosidad anatómica, y que Dona Engraçadinha consideraba de buen gusto escuchar sin dar señales de pudibundez o sobresalto. Así aprendió ella que el seno izquierdo suele caer un poquillo más que el derecho, por quién sabe qué misterios de la lactancia y de la postura en que se carga al bebé; y así aprendió también los claros que deben dejar las piernas juntas, y que la mujer lleva por la rabadilla la marca de la buena fábrica en el "losange de Michaelis" (o algo por el estilo), determinado por dos huequecitos leves, los "hoyuelos de Venus", que

se advierten en esa región tan melindrosa y sensible. Y nada tiene de extraño que, después de esto, ella hiciera ciertas consultas, a solas, conjugando adecuadamente los dos espejos de su armario.

Pero lo que sobre todo aprendió y se le grabó cada vez más en la conciencia, dejando escurrir hasta la subconsciencia unas como gotas invisibles, es que ella era una mujer bien formada, bastante gallarda todavía, sin carnosidades excesivas, con los músculos esenciales del buen caballo de carrera y —lo principal— dotada de un esqueleto elegante, de un armazón bien medido y bien ajustado. ¡Ay! ¿Sería posible? Nadie se lo había hecho comprender. Y mida usted bien lo que dice, que yo ya estoy en la peligrosa edad en que una se lo cree y le agrada. Y lo peor (o lo mejor) es que no me decido a pensar que se trate de un mero halago, porque no tiene para qué adularme, ni le falta dónde divertirse. ¿Será posible, entonces?

El buen vihuelista escoge primero su instrumento entre los muchos que halla a la mano. Luego lo acicala, lo acaricia y lo va templando. Le prueba las voces y va corrigiendo las clavijas; y por instantes se va dando cuenta de que hay, en la caja sonora, un duende oculto que sólo esperaba ser oportunamente evocado. ¡Pues qué si se trata de una pieza olvidada, que la incuria había arrumbado por los rincones y ya comenzaba a criar herrumbre!

La sorpresa con que Dona Engraçadinha se iba descubriendo a sí misma encontraba, en el otro platillo de la balanza, la sorpresa no menor con que el Consejero se iba convenciendo de que el instrumento respondía más y mejor de lo que él había sospechado. Y como no cabía en sí de orgullo, cayó en el error de referírselo al que quiso escucharlo, cerrando oídos a las burlas. Y, al fin, como tanto dijo y tanto alegó, le vino a suceder lo que al rey Candaules, tan embobado con su dama que atrajo para ella las atenciones de otros.

Y hubo más: que ni siquiera pudo acabar su obra de persuasión y de adiestramiento, porque de repente le estalló encima la intriga de los que, desde su tierra, le trabajaban por la espalda. Porque hay que dar una lección a esos que

se andan paseando en el extranjero a costillas del pueblo, y es bueno que vengan también a comer entre nosotros el pan amargo. Y una mañana, el Consejero supo por telégrafo (odiosa invención de Satanás) que ya no era tal Consejero, y que le situaban una suma exigua para su regreso, y gracias; y que debía ponerse cuanto antes en camino, para dejar el sitio libre a algún político incómodo, con cuyas agitaciones supernumerarias y redundantes ya no sabía qué hacer el señor Presidente; por lo que se había resuelto desterrarlo en la diplomacia y narcotizarlo con un buen sueldo, no previsto en partida alguna.

Cuando el Consejero se alejó, Dona Engraçadinha era ya objeto de curiosidad para muchos. Después de todo, el loco aquél no era tan loco como parecía. Yo no me había fijado bien. Cada vez me convenzo más de que eso del *coup-de-foudre* es otra mentira de la misma laya que la pretendida inspiración poética. Lo cierto es que a las verdaderas hembras se las conoce y aprecia poco a poco. Y que el amigo entendía de eso, no cabe duda, aunque no pasara de ser un extravagante y, para colmo, un pesado.

Pero aquello de "¡Qué guapa se nos ha puesto usted!" y otras vaciedades por el estilo, no hacían más que irritar a la pobre señora, acostumbrada a más sutiles manejos. Y, entre la irritación de este segundo y acaso más patético despertar, y la que le producía el sentirse como en el aire desde la ausencia de su amigo y maestro, Dona Engraçadinha, entrada ya francamente en los últimos y desesperados esfuerzos de una edad que no se resigna a rendirse, dejaba ver en el diamante de sus ojos, antes serenos, unas llamaradas coléricas.

Y apareció el melenudo, el melenudo sin melena, aunque de cierto modo interior lo siga siendo. El literatoide metido ahora a mundano, después que se hartó, en otros siglos, de ser bohemio. El traficante de versos chirles, que anda escalando posiciones por el andamio de las letras. El muy pagado de la época admirable, la época de las grandes transformaciones en que, tal vez por méritos propios y prenatales, le ha tocado vivir. El que piensa que por haber nacido ahora sabe más que todos los de antes y cree poseer por ciencia

infusa cuanto merece ser conocido. El emancipado de las esclavitudes y disciplinas que hicieron estériles, sin excepción, a todos los poetas pasados. El monstruo en su laberinto. Pero que sabe el camino de su casa, que sabe dónde le aprieta el zapato. Ladino entre su inconsciencia; sanchopancesco, si el buen Sancho mereciera esta injuria. Calculador, en medio de su casi absoluta falta de sentido. Buscón: sinvergüenza en una palabra.

Éste se las arregló para presentarse con las entrañas desgarradas, llorando lágrimas y sangre, implorando la comprensión de la diosa. Y como un Rousseau en caricatura, puso a los pies de Dona Engraçadinha (que no daba crédito a sus ojos) todos sus pecados, sus errores y sus desvíos, transmutándolos por arte romántica en otros tantos motivos de compasión. De la compasión a la admiración no hay más que un paso. No todos lo dan. Lo dio Dona Engraçadinha, porque había nacido para darlo.

Y el melenudo se convirtió en su falderillo y, poco a poco, en su tirano doméstico. Le hablaba mucho de Proust, naturalmente. Estaba al cabo del descubrimiento del Consejero. Sabía que aquella mujer ardía en fuego manso. Escogía los puntos escabrosos del novelista, disertaba sobre las aberraciones sexuales, se atrevía a contar sus propias experiencias, aducía ejemplos de zoología y botánica que demuestran a las claras cómo la naturaleza procede por tanteos y errores. De aquí pasó a una indigesta mezcolanza de literatura galante y de literatura erótica, en que el Aretino y el Boccaccio andaban revueltos con D'Annunzio y hasta con Felipe Trigo. Freud hizo el gasto de la autoridad filosófica que hacía falta. Y el triste Marqués de Sade y el pobre diablo de Sacher-Masoch desplegaron en gran parada sus viciosos ejércitos de contorsionados y maníacos. E insensiblemente todo aquel aparato, urdido con inteligencia y malicia, fue derivando hacia la procacidad más completa. Dona Engraçadinha, como suele decirse, resollaba fuerte escuchándolo. Se prendió a él como a un deleite secreto. Y al cabo, fue el melenudo quien se encargó de atiborrarla de lecturas libidinosas y de imaginaciones osadas.

A veces, ella quería reaccionar: era tarde. Se había dejado salpicar por las quemaduras del extravío, escupitajos de plomo derretido que parecían agujerearle el cuerpo y el alma. Necesitaba que el melenudo la ayudara con sus insomnios y le proporcionara la droga diariamente. Se fue alejando de sus relaciones preferidas. Se encerraba con su mentor. Leía con voracidad los libros que le brindaba su protegido y casi amante.

¿Por qué era su casi amante y no su amante? ¿Acaso la consideraba ya vieja? ¿Se habría extinguido ya aquel último resplandor que descubrió en ella su lejano amigo de otros días? ¡Acabáramos! ¿Tal vez un pequeño esfuerzo por parte de ella, un pequeño atrevimiento en el instante preciso? Todo parecía preferible, hasta la vergüenza, a aquella creciente angustia sin fondo.

Pero el melenudo atizaba el fuego, librándose de las quemaduras como una ágil salamandra. Y como la constitución de la pobre señora no resistía ya aquel atletismo malsano, ella se fue debilitando a ojos vistas, mientras el melenudo desplegaba su magia negra y sacaba del sombrero, no digamos inocentes conejos y candorosas palomas, sino todos los monstruos y endriagos de la fábula.

Lo más cruel del caso es que estas figuras de fantoches aparecían transportadas en una ráfaga de verdadera tragedia. El dolor de Dona Engraçadinha era un dolor grotesco, y el juego del melenudo tenía peligros de alta escuela. Dona Engraçadinha no sabía cómo pagarle las excitaciones infecundas con que la traía sometida. Dona Engraçadinha, Dona Agraciada, era toda agradecimiento y generosidad para la sanguijuela que vivía de su última sangre.

Y como aquello era demasiado, más vale acabar con este horror. Dona Engraçadinha va dando señales de exquisita flaqueza. La aquejan desmayos y temblores. Los temblores se le han fijado como una posesión demoníaca en las manos y en la cabecita nerviosa. La cabecita parece decir que no constantemente. Los espíritus animales se le escapan inefablemente. Los jugos se evaporan. Los tejidos se vuelven yesca. Dicen los doctores que le están faltando vitaminas, este

flogisto de la ciencia contemporánea. Dona Engraçadinha se quema con chirridos de leña seca. Dona Engraçadinha se consumió un día como una vela que se acaba. Tuvo todavía tiempo de dictar sus últimas voluntades. Testó en favor del melenudo, que era lo que se quería demostrar.

Río, 19, XI, 1938.

X. FÁBULA DE LA MUCHACHA Y LA ELEFANTA

SIN contar con las alegrías, juegos y desnudeces que a diario nos deleitan y nos prometen un mundo mejor, muchas cosas dignas de mención se han visto en las playas de Copacabana. Todas placenteras, si no fuera por el caso trágico de los Dieciocho del Fuerte, episodio de alta epopeya junto al cual pasamos de puntillas y en un respetuoso silencio, como junto a las tumbas sagradas. Porque ya el caso de aquel presidente, depuesto por la revolución en las postrimerías de su gobierno, encerrado en la cámara submarina del Fuerte, y que, durante el mes escaso que le faltaba para completar su periodo constitucional, se obstinó en no responder ni darse por entendido a menos que le llamaran "Señor Presidente", es un caso que admite ya cierta deferente sonrisa, aunque no deja de tener su grandeza.

El "arrastrón" o pesca con grandes redes, en que colaboran todos los mulatos voluntarios a fin de ganar un pescado en recompensa, es algo que no puede olvidarse. Cae la tarde. Aletea una blanda brisa. El agua y la luz se emborrachan de sus mutuos efluvios. Los bañistas se han alejado. Y sólo se ven, metidos en el mar hasta el pecho o enfilados sobre la arena y tirando de las cuerdas al compás de la voz de mando, los pescadores improvisados en torno a los cuales se congrega un pueblo curioso.

Otras veces, por octubre y noviembre, recorren la orilla del mar aquellos alegres camiones de las naranjas —a cuatro por un tostón—, que una providencia municipal derrama por los barrios en cuanto se anuncian los grandes calores. Niños y cocineras acuden a los gritos del vendedor, que pasa como un dios antiguo entre los frutos dorados. Ambiente de familiaridad y buen humor. Unos comen en la misma calle; otros vuelven a casa con la cesta o los repletos sacos. La bendición ha caído; se han abierto todos los balcones.

No hace mucho, durante un desfile de carnaval, en una

tarde de sol y fiesta, los delfines —tan amigos del hombre— decidieron organizar también una procesión por allí cerca, en la última orla de las aguas. Y se les veía mover sus ruedas de aspas en una regata bufonesca, coreados por la gritería y las risotadas de los enmascarados.

Y hace menos tiempo todavía, en estas últimas semanas, a la llegada de un circo que vino a animar la Feria de Muestras, apareció de repente, conducido por su cornac, un enorme elefante, Edcy, que circulaba parsimoniosamente por entre los autos de la avenida, balanceando la trompa y con los calzones caídos como suelen los de su raza. A cierta hora oportuna, hasta se le permitió salpicarse un rato con las espumas de la orilla. Al estampar las callosas patas, dejó en la arena unos como grandes girasoles.

Esta gente de Copacabana no olvida a sus animales predilectos. Así sucedió que redimiera, en colecta pública, al "Faísca", perro vagabundo que ronda la terraza de cierto café concurrido con cuyas limosnas se mantiene, y al cual los perreros de la prefectura, mal aconsejados del adusto deber, osaron un día echar el lazo.

Considérese la consternación que causaría la noticia de que Edcy, por malicia o por descuido de este animal procaz que es el hombre, se había intoxicado bebiéndose un frasco de tinta y tenía la trompa paralizada. ¡Ay, que no pueda imponerse igual castigo a ciertos malos escritores, para ver si así se les adormece la mano, o mejor el pie con que escriben! Edcy tuvo que ser tratada con urgencia. (Es hembra y no macho: ya lo ha comprendido quien repare en su curiosidad peligrosa, digna de Eva.) Y, para aplicarle la inyección salvadora, hubo que abrirle antes con hacha la piel de acorazado zoológico. La verdad es que mereció bien del pueblo el veterinario que inventó e improvisó la terapéutica, y que nunca se las había visto más duras.

Hacía varios días que una cortesana del barrio, tan simpática y tan camarada que ya todos comenzaban a considerar gratuitos sus servicios, como si fueran una consecuencia natural de su gracia y sus dones, incomodaba con instancias telefónicas a sus amigos y aun a sus meros conocidos de una hora, porque acababa de instalarse en un nuevo departamen-

to, y no hallaba medio de completar la fianza adelantada o de liquidar la cuenta de los muebles a plazos.

Linda muchacha, con virtudes para el canto y el baile, muy esmerada y limpia, muy dócil, mezcla de italiana y paulista, parecía neutralizar en el "mestizaje" las condiciones comerciales de sus dos ascendencias. Hasta era capaz de desprendimiento. En todo caso, siempre había sabido hacerse recompensar sin que se notara o se sintiera. La verdad es que merecía otra suerte. ¿Cómo pudo ser que la abandonara de pronto, desamparada y desnuda, la marea baja de la ingratitud colectiva? El fenómeno obedece sin duda a leyes todavía no explicadas.

Ello es que la pobre chica, otro encanto más de Copacabana, se encontró de pronto sin más cuartos que los de su aún no pagado departamento, y vio cerrarse como a una voz todas las puertas que tantas veces se le abrieron, furtivas, al filo de la medianoche.

Estas tristes reflexiones se hacía ella, midiendo a trancos seguros la Avenida Atlántica, con su pañuelito a la cabeza, su camisa color marrón, su pantalón de franela gris y su sandalia de ojo abierto por donde aparecía una uña encarnada, cuando vio venir a la elefanta. Y como la necesidad engendra recursos, e imaginación no le faltaba, concibió al instante el plan más divertido que pueda soñar un poeta.

Se acercó decididamente a la montaña andante. Le hizo un guiño matador al cornac y entabló conversación con él. Lo fue acompañando. Poco a poco, se arriesgó a acariciar la trompa de Edcy. Se informó de su vida y costumbres, de sus gustos y sus manías. Aprendió en un momento —porque el cornac era galante— las palabras que Edcy entendía y las voces que sabía obedecer. Y luego se despidió, quedando los tres tan amigos, y se fue a encerrar en su cuarto con su tristeza y sus audaces proyectos. Aquella noche puso al santo negro de cabeza, acarició la *figa* bahiana y se entregó a otras brujerías y macumbas de eficacia universalmente reconocida.

Y al otro día, y al otro y al otro —bien sabemos a costa de cuáles sacrificios— logró que la dejaran entrar en las trastiendas de los titiriteros; se hizo visita familiar de la

casa; siguió cultivando a la elefanta, echándole de comer y ensayando algunas de las suertes: la danza, los giros, los bufidos que fingen una conversación grotesca con la persona que le habla. Y al fin aprendió a sentarse en la trompa y a dejarse izar hasta el trono movedizo, hasta la cumbre tembladora del lomo.

La emanación animal del hombre es más repugnante todavía que la de los nobles vecinos de la jungla. La elefanta, al menos, tenía derecho, ¡pero el cornac contaminado de bestia! La pobre muchacha cerraba los ojos y aguantaba el hedor del domador de fieras por tal de merecer su amistad. Y, sobre todo, por tal de merecer la confianza de la elefanta, socarrona y dada a las burlas más espesas como lo son siempre estas criaturas.

El público que, durante las funciones, veía a una desconocida saltar del asiento al ruedo, abrir las cortinas y desaparecer en los interiores del circo, sólo comentaba el cinismo de la muchacha, sin darse cuenta de su sacrificio y de su constancia. Pensaban que sólo quería exhibirse. Y era la verdad, pero en un sentido más auténtico.

Y aquella tarde, la primera tarde que salió recién enjugada de las duchas primaverales, Edcy, coqueta y gozosa, con erecta trompa de regocijo y unos ojillos chispeantes de contento y complicidad, tanque arrollador que avanza con la torre en alto, se dio el gustazo de pasear por la Avenida Atlántica con la muchacha en los lomos. La muchacha, vestida en el mínimo maillot de las playas, con una estrella en la frente y en la mano una sombrilla de colorines, iba pidiendo a gritos un "níquel" para el sustento de la elefanta y su domadora, y anunciándose a sí misma como una princesa de la India que había dado la espalda a las maravillas del Ganges, atraída por la fama de Guanabara. Había viajado muchas tierras: como ésta, ninguna. ¡Ni siquiera los atractivos de París le habían parecido superiores!

Paris, teu Rio é o rio Sena.
Paris, tens Loira mas não tens morena.
Paris, Paris, je t'aime,
mas eu gosto muito mais do Leme!

La gente se desternillaba de risa, y cada uno iba dejando un billete en el sombrero del cornac que, fiero y callado, escoltaba a la domadora.

Los guardias quisieron intervenir, pero, ante la protesta pública, prefirieron hacerse desentendidos y disfrutar también del espectáculo. No todos los días se ven estas cosas. ¡Qué Friné ante los jueces, confesa de sus más ocultos primores; qué Lady Godiva, moliendo en pelo sobre el caballo sus más blandas bellezas, pueden compararse a la chica del "posto 2", montada en su traviesa elefanta! ¡Callen las heroínas de la fama y rompa la envidia su fatigado diente! Allá va, por entre las carcajadas del mar y el vocerío de los hombres, el columpiado monumento de gracia y frescura. ¡Esto no se paga con dinero! ¡No nos moriremos sin haber presenciado un escándalo del mejor estilo! Ancianos y mozos, mujeres y niños, ¡vengan todos a ver lo bueno! Consciente de su alta misión, Edcy lanzaba sus tañidos de júbilo, y todos sentían aquel nuevo estremecimiento de que habla el poema, aquel calosfrío que anuncia la vecindad de los dioses. Y los billetes y monedas colmaban materialmente el sombrero del cornac, que varias veces tuvo que vaciarlo en la bolsa terciada al hombro.

Y así fue como la chica de Copacabana aseguró su alojamiento en un edificio flamante, redimió sus muebles, remozó su renombre, hizo un palmo de narices a sus ingratos, salió de la insolvencia por unos cuantos días, y compró para unas cuantas noches su tranquilidad y buen sueño.

Cuando la mujer y la serpiente se ponen de acuerdo, ¡malo, malo! ¿Pero cuando la mujer se concierta con la elefanta y, tirándola por las generosas orejas, comienza a vaciar sus secretos en aquellos embudos de pergamino? . . . La confabulación entre Edcy y la chica de Cocapabana nos ha dado mucho en qué pensar.

Río, 19, XI, 1938.

XI. LA CICATRIZ

Los economistas, a poco que transparenten sus redes de cifras con una intención psicológica, penetran por vía derecha algunos secretos del corazón humano. Saben que la propagación de la bicicleta redundó en menoscabo de la venta de pianos, y la del automóvil en menoscabo de la venta de bicicletas. Saben que el piano produjo un tipo de mujer; otro el ciclismo; otro el moderno automovilismo; uno el antiguo *cannotage*, otra la moderna lancha de gasolina, y otro producirá la aviación uno de estos días. Saben, en suma, que entre el hombre y sus máquinas se cambian influencias misteriosas, no siempre bien establecidas, pero no por eso menos ciertas.

Éstas nuestras ciudades americanas, coloniales todavía en más de un sentido, reflejan las modas del país que, en las etapas de la historia, las ha dominado con sus libros, con sus armas o con su industria. Y hoy por hoy, algunas recogen e imitan las exterioridades del cine norteamericano, que les da una imagen estilizada y falsa de la vida en los Estados Unidos, muy comparable a la noble adulteración que, sobre la realidad de la vida helénica, han operado, a los ojos de la posteridad, las artes y letras de los antiguos. Lo que quiere decir que el error de perspectiva también es fecundo, y aun puede dar origen a lo que se ha llamado un renacimiento. Y el mundo de los Estados Unidos, así puerilmente concebido, se reduce a autos y cocktails, deportes y fáciles galanteos.

Hasta qué punto el auto ha determinado una nueva receptividad en los sentidos del hombre, puede apreciarse comparando lo difícil que es para un viejo lo que es sencillo, natural y, prácticamente, espontáneo para un niño de nuestra época: el darse cuenta de la marca, el año del modelo y su nombre, la fuerza de la máquina, el número de cilindros, los detalles de la carrocería. Las palancas, los

arranques y cambios de velocidades, aceleradores y frenos, clacson, faro, neumático, son ahora, para la mitología infantil, lo que antes fueron los juguetitos militares.

En una ciudad derramada entre vericuetos de montañas y avenidas a la vera del mar, donde todas las distancias resultan sometidas a la "geodésica" de la moderna geometría y pocas veces se ajustan a la abstracta línea recta euclidiana, el auto es una necesidad de la circulación diaria, liga en un conjunto los núcleos antes dispersos, lleva en unos quince minutos hasta regiones adonde antes se iba con maletas y asistido por la servidumbre de esclavos. A nadie puede sorprender que Chiquita Pinheiro —hija única, situación mediana, persona todavía invisible a la simple vista— se pase el día asomada al balcón, observando los autos que corren a izquierda y a derecha; que funde su limitado concepto de la vida en esta observación constante; que adhiera a ella sus sueños y esperanzas de futura mujer; que el ser adulto se le represente como un ser dotado de las libertades que el auto parece traer consigo: ahora aquí, luego allá, sin dejar que la convención social nos dé alcance, compensando con la velocidad el tardo paso de las costumbres, montados en una corriente vertiginosa que, a la vez, parece conferir al que la disfruta ciertas aptitudes sobrenaturales, cierta autoridad sobre los demás, ciertas ejecutorias aristocráticas, ciertas simpatías heroicas.

Chiquita conoce todos los autos del barrio, reconoce todos los que cada día pasan frente a su observatorio; adivina, a ventana cerrada, quién es el que se acerca bocinando a todo correr, quién es el que siempre hace gemir los frenos en la próxima curva. Reconoce sobre todo —claro es— a los muchachos en cuya sociedad está destinada a alternar dentro de poco tiempo, en cuanto concurra a la primera fiesta o al primer baile. Y su sentimiento de hembra ha comenzado ya a obedecer al mugido de las máquinas como a un reclamo amoroso: sabe bien que Bretislau Mendonça canta siempre tres notas agudas y breves; Sócrates Freitas, dos graves trémolos sostenidos; y el más alocado de todos, João Medeiros —que tripula una *barata* llena de insignias de varios clubes— la primera frase musical de un *fox* conocido. Y en cuanto

presiente a cualquiera de ellos, corre a la ventana para verificar su sospecha, con un corazón anhelante y un cierto ahogo cuyo verdadero sentido no se atreve a analizar todavía. Paciencia, que no tardará.

Aquí el carnaval no es sólo cosa mundana y elegante, para unos cuantos afortunados que se divierten en teatros y casinos, pagando a altos precios el derecho de entrada. Aquí el carnaval adquiere magnitudes de fenómeno sociológico; suspende el curso ordinario de la vida y lo absorbe en sí; obliga a una preparación que se alarga por todo el año, como, en Sevilla, las procesiones de Semana Santa. De suerte, puede decirse, que todo el año el carnaval corre como río subterráneo, para sólo salir a la superficie y dejarse ver los días sagrados. Se derrama entonces por las calles y por las casas; funde en un solo enjambre trepidante a la gente de todas las edades, condiciones y razas; sella la imaginación con un recuerdo imborrable y una promesa siempre armada; y, verdadero traumatismo moral, trastorna a su impacto más de una conciencia candorosa. Bien es verdad que, a la simple apariencia, parece brotar de la nada, brillar un instante y borrarse como un relámpago. La cortesía de este pueblo quiere que se olvide al día siguiente lo que se consintió en los ardientes días de jolgorio; y a la otra mañana las calles aparecen barridas, al punto de no poder descubrirse una serpentina enredada en un árbol ni un papelillo de color en el suelo. Pero allá, en el interior de cada uno, ¿cómo evitar que siga flotando, pesada y reacia, aquella nube de zumbidos y máscaras, envuelta en la atmósfera de los lanzaperfumes eterizados?

Chiquita Pinheiro se ha lanzado en el carnaval, sobre la capota abierta del auto de Mendonça, en compañía de Sócrates Freitas y de varios mozos y mozas de su camada; y se ha divertido tres días con sus noches hasta horas inverosímiles, en sitios imposibles, apurando sus primeros tragos miedosos, dejándose imponer los primeros besos, resistiendo bravamente algunos jugueteos osados (¡aquella mano de Sócrates, insistente y velluda!), entregada a la saltación y a la cabriola de las danzas negroides, berreando de lo lindo y estrujándose el cuerpo, bajo el cobijo de las tolerancias

municipales, en una verdadera "catarsis" que la ha sacudido toda, al punto de precipitar su primera sangre de mujer.

Nunca olvidará aquellas borracheras de luna, aquellas auroras de azafrán, aquel mar de estaño, aquellas explosiones de alegría pánica, aquel afanoso y jadeante laboratorio del mundo que, en un bostezo social, se le dejó ver a descubierto hasta lo más íntimo de los resortes vitales. Ha comenzado a sentir por dónde se junta el animal con el hombre y por dónde el alma se pega al cuerpo. Más tarde, al volver a su habitual recato, parece que encuentra su tierra toda punzada e hirviente con la lluvia de semillas que le ha caído encima.

Y después de todo, ¿por qué no? El auto de Mendonça es más solemne; el de Freitas, más poderoso; pero el de Medeiros tiene una agilidad microbiana, entra por dondequiera y por todas partes desaparece. Igual a su dueño. Pasear con él y con otra parejita joven debe de ser un deleite incomparable. Los casinos, Joá, el circuito de Gávea: todo se ha visto en un instante. La alegría no anda tan desatada como en el carnaval, es cierto. Pero Chiquita ya sabe de qué se trata y se da cuenta de que en este paseo en grupo reducido hay una focalización mayor de las intenciones, y un disfrute más individual de las libertades, aunque las libertades sean más modestas. Ahora, en menor escala, parece que todo tiene más sabor. De la enorme sandía vistosa e insípida, se pasa al pequeño *bacurí,* de gusto apretado y aroma intenso, que parece fruto fabricado en perfumería.

La parejita que los acompaña es algo boba, y tiene por eso la santa virtud de no estorbar. Pero João Medeiros es el mismo diablo. ¡Lo que se le ocurre a ese rapaz! Chiquita no puede tenerse de risa; y de hecho, más de una vez se le ha caído sobre el hombro a Medeiros. Comprometedora postura para el volante, que él se ha visto en el caso de rectificar dándole un sabroso empellón.

Y nunca sabe uno adónde llega con esta estrategia de empellones. Un abrazo, ¿y qué? Otro abrazo: la verdad es que salió mejor que el primero, y despertó quién sabe qué cosquilleos recónditos. Pero todo tiene su límite; hay que regre-

sar. Después de todo, estamos entre gente decente, y João asegura que no se le ha subido el vino.

Más de una vez la velocidad produce escalofríos. Más de una vez Chiquita ha creído que se escapaban por la curva. Medeiros conduce siempre así, y él sabe lo que hace.

Pero al regreso, por una callecilla que desemboca en la Avenida Atlántica, aparece, sin avisar, el "veneno", el odioso carro de la limpieza cargado con todos sus horrores. Medeiros, que no contaba con él, hace una maniobra arriesgada, salva como puede el obstáculo, rompe algún nervio maestro de su máquina, pierde el gobierno. Y el auto se estrella contra una fachada, proyectando a los tripulantes a varios metros. La parejita, como apenas existe, sale ilesa, fuera de algunos arañazos. Medeiros paga su imprudencia con una fractura en el fémur, que se remediará más o menos. Pero la pobre Chiquita queda con el mentón partido, sin contar con las moleduras y el desmayo.

Atendida cuidadosamente, aunque creía que se le había deshecho la cara, resulta, después del tratamiento, casi con la misma cara de antes. Sólo, a pesar de todos los esfuerzos, ha sido imposible evitar la raya delatora, la cicatriz del mentón, bien visible, que corre por la izquierda hacia la quijada. Verdad es que no consigue deformarla, sino simplemente señalarla.

No son para dichos los llantos de Chiquita la primera vez que la dejan consultar el espejo. Pero muy pronto ha de encontrar cierta compensación y alivio.

Las amigas y los amigos han sido de lo más gentiles. La acompañan, la visitan, la consuelan. Y todos le aseguran que sigue tan linda como antes. Medeiros encontró la palabra oportuna:

—Esa cicatriz subraya tus encantos.

Y en efecto, Medeiros, entre sincero y arrepentido, ha comenzado a darse cuenta de que Chiquita es o ha acabado por ponerse muy linda. Y la prueba es que resiste la prueba. Y los amigos piensan como él. Y entre la compasión y la verdad, le van creando a Chiquita una fama de belleza provocativa y audaz.

Hasta le mudaron el nombre. Todos, en adelante, la lla-

man María Rosa y canturrean, al verla, aquella tonada de carnaval:

Cadé María Rosa,
tipo acabado de mulher fatal,
que tem como sinal
um cicatriz,
dois olhos, duas orelhas, una boca e um nariz;
dois olhos muito grandes, e o resto não se diz...

Por su parte, la serie de experiencias sufridas por Chiquita desde su iniciación en el mundo —lo que se llama el mundo— le ha producido una oscura y avasalladora reacción que poco a poco ha de dominarla.

A ella le parece que aquella cicatriz delatora es un marchamo para una vida de libertades. Imposible negar que se la ganó en buena lid, después de una juerga nocturna. Puesto que la lleva en la cara y a la luz del día, hay que hacerse un temple moral a la altura de la situación. Después de todo, es evidente que los muchachos ahora se fijan más en ella y hasta se sienten obligados a cortejarla. El pobre de Medeiros no tiene la culpa, y anda tan aturdido que ha perdido su buen humor, su mayor gracia. Es un muchacho moreno, de ojos claros, a quien, para gustar a las mozas, ni siquiera le falta, a juicio de un analista desinteresado, aquella estupidez de buen tono que inspira tanta confianza. Chiquita tiene mucha lástima de él, de verlo tan acuitado y venido a menos. Una lástima mezclada gustosamente con el recuerdo de los estrujones y abrazos. Los que lo critican son envidiosos, eso es todo. Y a ella misma, ¿no ha dado la envidia en morderla desde que le hacen caso los chicos de la camada? Que si anduvo en esto y en aquello, que si permite que la lleven aquí y allá, que si hace o no hace "cosas"... ¿En qué mundo vivimos? ¿No hacen cosas todos, el que más y el que menos? Y ella, con su cara marcada como por un latigazo del pecado, ¿va a reparar en niñerías?

Y un día de efusiones, en que ambos sacan del pecho todo lo que tenían adentro, Joãosinho y Chiquita deciden que, en el mundo moderno, según testimonio del cine, ya no hay que temer a ciertos escrúpulos, ni creerse comprometido por un

desliz más o un traspiés menos. ¡Melindres de otro tiempo! ¡Al cesto con ellos! Y puesto que la gente habla, que hable con razón. Y así hay que hacer las cosas, en libertad, higiénicamente y sin ataderas para ninguno.

Y allí mismo, esa misma tarde —el risueño azar quiere que estén completamente solos en el departamento de ella—, a campo traviesa y de prisa, en el propio sofá de la sala, Joãosinho pone término a las últimas y más que frágiles resistencias de la linda Chiquita. La cual, medio desilusionada y rencorosa —porque así son siempre estos combates— lo despide con este saetazo frío:

—Muchacho: esta nueva cicatriz me da todavía más derechos que la primera que me hiciste.

¿Para qué seguir con la historia? Luego apareció Mendonça, el de la máquina imponente; luego Freitas, el de la poderosa "ocho-cilindros". Luego otros, unos de auto y otros de a pie.

Chiquita debió a la cicatriz el reconocimiento de sus atractivos, su vocación y su fortuna.

Río, XI, 1938.

XII. LOS ESTUDIOS Y LOS JUEGOS

YA SE quejaba don Juan Valera de las cucarachas de Río. Son enormes, vuelan como pájaros y, para mayor ostentación, andan lujosamente vestidas de caoba y marfil. No sé si los naturalistas, que tan amorosamente han estudiado las costumbres de otras plagas e insectos, se habrán atrevido jamás con la repugnante *barata,* como la llaman los brasileños. El ingeniero Alberto Carreras se preguntaba si las *baratas* vivirían, como otras especies, de acuerdo con una organización militar. Porque noche a noche, y nunca de día, cuando regresaba a su departamento, encontraba invariablemente —e invariablemente le daba muerte de un pisotón— una nueva cucaracha de guardia en mitad del vestíbulo. Ello parecía obedecer a una consigna regular, a un método, a una política.

Fuera de este leve contratiempo, Carreras sólo podía felicitarse de su instalación. Su departamento, entre mar y montaña, era relativamente fresco y aprovechaba a la vez la virazón y el terral. Los muebles casi eran lujosos, y hasta había tenido que prescindir de algunos, amontonándolos en un sitio sobrante. No faltaban, por fortuna, un buen refrigerador eléctrico y un filtro de confianza. Los cuartos, espaciosos y más que suficientes para un hombre solo. La española que cuidaba del edificio, aunque franquista en teoría, era excelente en su desempeño. Los ascensores funcionaban como relojes, lo cual quiere decir que, de cuando en cuando, se descompasaban, pero en ese grado tolerable de los relojes bien nacidos. La criada de aseo que la española le había conseguido era una negra sin tacha (no digo sin mancha, porque toda ella era una mancha), invisible generalmente —claro está, de noche y en la oscuridad sobre todo—, que se las arreglaba para trabajar durante las ausencias del amo, y demostró ser tan inteligente como lo son siempre estos ejemplares. Aparte de que, según es sabido, la servidumbre

femenina es mucho más competente cuando atiende a los hombres solos que cuando hay señora de por medio. Carreras comía siempre fuera de casa, y si no, contaba siempre con dos porteros atentos a sus órdenes telefónicas.

Sus ventanas se abrían sobre perspectivas pintorescas de colinas y "chalets", y por una diminuta terraza alcanzaba un buen pedazo de playa y mar. Con ayuda de los gemelos, sorprendía algunas intimidades, sobre todo a la hora en que las chicas se quitan el vestido de baño. En un hotel próximo se hospedaban algunas *girls* de los casinos que, a la madrugada y de vuelta de su trabajo, salían al balcón para refrescarse, ligeras de ropa y seguras de no amedrentar al barrio ya dormido. Los radios y gramófonos de la vecindad eran discretos y zumbaban a media fuerza. En los otros departamentos, las ventanas dejaban salir unas voces alegres y unas risas magníficas. Carreras sabía muy bien que eso significaba la ausencia del señor y la charla, desatada y pagana, de las mujeres solas. En los ascensores había encontrado más de una cara risueña:

—¿Qué piso?

—Segundo, por favor.

—Yo, con permiso, sigo hasta el sexto.

—¿Solo?

—Solito. ¿Sola?

—No de momento. Mi teléfono está apuntado en este papelito.

—Gracias.

—Muy buenas noches.

—Muy buenas noches.

En un mundo así, es posible vivir al día, sin las angustias constantes del mañana; se pueden soportar de buen ánimo las picazones de la acción y, como hoy dicen en la Escuela de la Sabiduría, "cargar el acento" en la sola contemplación. Este ocio voluntario de la moral, este pasajero asueto de la conducta —con tal de llevarlo prudentemente, porque hasta en el vacío existen leyes—, si no es la felicidad, se le parece mucho y ayuda a esperar y a seguir tirando...

Carreras, "viudo de paja" por exigencias de su trabajo, que lo retenía en el extranjero mucho más de lo previsto,

descubría, no sin desazón y un leve resabio de tristeza, que había llegado a una etapa donde se puede prescindir hasta cierto punto de la familia, a la cual creía estar tan acostumbrado y soldado, de los amigos y aun del verdadero calor humano, lo que más o menos lograba sustituir con algunos galanteos transitorios. Se veía recorriendo una región de su alma que él mismo no había frecuentado. Todo era sorpresas. Se descubría, en fin, mayores capacidades de las que se figuraba tener; se desentumía haciendo por sus propias manos, y bastante bien, muchas cosas que antes solían darle hechas en su casa. Ahora se sentía más completo, más normal y más útil, como esas naciones a las que el juego de los bloqueos internacionales revela de pronto que son "autosuficientes", autárquicas en su economía general. Y todo esto le comunicaba cierto orgullo y le ayudaba a pasar sus noches o medias noches solitarias.

Esto, y los libros, a que era tan felizmente aficionado. Por serlo, conocía muchas opiniones sobre la naturaleza del cuarentón. Pero uno era leer, y otro, vivir. La libertad de que disponía le daba ocasiones para sacar de sí mismo algunas prendas olvidadas y otras del todo nuevas que no estaban en su inventario. "¿De modo que yo era dueño de esto y de lo otro, y yo lo ignoraba?" Pero allá, en el fondo de su conciencia, como pequeño y constante estorbo, vivía la imagen de la cucaracha, aplastada noche tras noche.

Eran cerca de las once y media. Carreras tomaba notas, mientras llegaba el sueño, ojeando un libro de astrofísica. La relación evidente entre lo microscópico y lo enorme hacía presa en su imaginación: viajaba del átomo a la estrella. La nueva imagen del universo en expansión, como una bocanada del humo exhalado de su cigarro, le producía transportes poéticos. Comprendía muy bien que el hombre descubre mejor la fisonomía del mundo cuando se aleja de las dimensiones medias en que está enredada su acción, porque aquí los árboles le estorban para apreciar el bosque. El panorama, la cara del mundo, sólo se le revela ante lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande. El juego de espejos a que se reduce la experiencia de Michelson lo tenía fascinado;

y cuando el rompecabezas sobre si el éter acompaña o no el movimiento de la Tierra por los espacios lo envolvía en su laberinto, la explicación provisional de Fitzgerald y Lorentz —la contracción famosa en el sentido de la velocidad— le producía otro gustoso sobresalto, entre tanto que llegaba Einstein a resolver este nuevo contrasentido y a poner los puntos sobre las íes.

¿Sería posible, alguna vez, que la descripción "relativista" del universo abandonara las andaderas del lenguaje matemático, tan impenetrable para el hombre medio, y fuera absorbida por la intuición? Después de todo, ¿no pasó lo mismo con la redondez de la Tierra, y luego, con la revolución copernicana, rectificaciones acaso más trascendentes sobre el alcance inmediato de nuestros sentidos? La concepción del tiempo y del espacio como propiedades inherentes a los objetos, y no como realidades independientes ¿entraría, al fin, en nuestra sensibilidad? Hay anticipaciones en tal sentido, como la del gran Epicuro, según testimonio del gran Lucrecio; pero en aquel tiempo tales anticipaciones no pudieron abrirse paso. ¿Entrará alguna vez en la percepción general la noción del tiempo como una dimensión más, del mismo orden que las dimensiones espaciales? Hay vislumbres en tal sentido, como la de Diderot en su *Enciclopedia,* aunque él da a entender que la cuarta dimensión sería el producto del tiempo multiplicado por el espacio, y ahora se lo entiende de otro modo. Una disminución del tiempo no se compensa con un aumento del espacio, al contrario: espacio y tiempo aumentan y disminuyen juntos, en proporción inversa a la velocidad de que va animado el observador.

En todo caso, esta representación de las cuatro dimensiones se filtrará en el espíritu humano gota a gota y con suma dificultad. Considérese solamente que ya la percepción visual de las tres dimensiones es cosa difícil, negada originalmente al paralítico de nacimiento, o acaso al ciego que de pronto recobra la vista; pues la percepción de la profundidad se logra más bien por la acomodación de esfuerzos que algunos llaman "sentido muscular", y es una función del ejercicio y de la costumbre. Claro es que aquí también hay sus anticipaciones: mentes privilegiadas, como la de Goethe,

son capaces de concebir, en el esquema de la planta total, por ejemplo (la *Urpflanze*), la serie temporal como un jeroglifo en el espacio. De aquí que Schiller, más escolar y menos genial, no lo entendiera, cuando el semidiós de Weimar le aseguraba: "Yo veo las ideas." Asomos de esta nueva sensibilidad encontramos en los campeones de ajedrez: el tiempo se pinta en un esquema de espacio a los ojos de Capablanca, cuando, ante el tablero, prevé la serie necesaria de veinte jugadas futuras. El que establece, sobre datos contemporáneos, una inferencia de futuro (dejemos de lado a los adivinadores y a los místicos, y todos los pretendidos destellos de la premonición en la vigilia o el sueño) también se aventura por igual camino. Prever, en suma, es ver como actual lo venidero. Pero lo que importaría es intuir el continuo espacio-tiempo, no sólo como futuridad, sino como actualidad operante.*

Y luego, es indispensable que algún día el laboratorio llegue a conciliar el tiempo físico y el tiempo psicológico de Bergson. Es indispensable que sepamos, en el orden sentimental, por qué la pena y el goce (el *very long moment* del sufrimiento, con que se abre el *De Profundis* de Wilde) influyen en nuestra sensación temporal.** ¿Es también esto un caso de velocidad del observador, esto de que el sufrimiento parezca inacabable? Góngora, concorde con la representación clásica de Aristóteles, de Euclides, de Newton, nos dice que, según los medidores de tierras, hay la misma distancia de Sansueña a París que de París a Sansueña. Pero los chinos —que tienen muy otra percepción del mundo— miden con diferente cifra un camino cuesta arriba y un camino cuesta abajo: aquél, mayor que éste.*** Y, en fin, ¿no hay también un problema de velocidad relativa en el *ralenti* de la percepción que producen algunas drogas como el "peyote" mexicano, y que transmutan, para el experimentador,

* Sobre este extremo, véase más adelante la divagación *Antonio duerme*, 1954.

** Sobre estos extremos, algo he dicho en "Cosas del tiempo", *Marginalia, primera serie*, 1954.

*** Ver "Góngora, Einstein y los chinos" en mi libro *Los trabajos y los días*, 1954.

las ondas sonoras en ondas luminosas o coloridas? * Todo esto habrá que conciliarlo algún día e iluminarlo con una explicación de conjunto. Tal vez así acabaremos todos por entender el único absoluto de Einstein, el misterioso intervalo, fantasma rígido (si es que aún se salva del naufragio), dentro de un universo que se ha vuelto de gutapercha. . .**

Y los vagones de Einstein, corriendo a la izquierda y a la derecha, alargándose y encogiéndose, tenían aturdido al estudioso, que ya se iba adormeciendo.

Lo despertaron las doce campanadas de la medianoche, en el reloj del vestíbulo. Y, como una campanada número trece en los poemas neuróticos de Rollinat, sonó a seguidas la campanilla de la puerta. ¿Quién puede ser a esta hora? ¿Quién sino una aparición fantástica? Y entró una muchacha de muy buen ver, vestida en quimono de playa, dando traspiés graciosos, medio despeinada, entre asustada y sonriente, y con evidentes señales de haber empinado el codo más de la cuenta, más allá —¡oh Pitágoras!— del Número.

—No me preguntes nada —empezó a decir—. Todos los días ojeo en la administración la lista de los inquilinos. Te he espiado varias mañanas. He tomado el ómnibus contigo. Te he visto entrar a una oficina. Te he visto almorzar en las terrazas de los cafés. Sé que estás solo. Te he estudiado. Me aburro. Esto no puede seguir así. He hecho cuanto puedo y no logro tranquilizarme. Ya me embriagué, ya embriagué a mi criada y a mi perro. Más no puedo hacer. Ahora tú me aguantas aquí toda la noche, o ves lo que haces.

¡Pues vea usted, maestro Einstein, éste es otro humilde caso de geometría "relativista", porque lo que a mí me parece una línea recta, a ésta le resulta una línea sinuosa, y viceversa! ¡Y quiera la suerte que no la tome por una espiral, porque entonces la muchacha es un caso perdido, y no habría más remedio que pasarse la noche en claro, dándole friegas de colonia, aplicándole hielo en las sienes y el frasco de sales a la nariz!

* Ver: "Ofrenda al Jardín Botánico de Riojaneiro" en mi libro *Norte y sur;* y la "Interpretación del peyote", también en mi ya citado libro *Los trabajos y los días,* 1954.

** Ver: "Einstein desde lejos" en mi libro *Calendario y Tren de ondas,* 1954.

—Tiéndete en ese diván, mala pécora. ¿Cómo te llamas?
—Como quieras.
—Pues te llamas la Lozana Andaluza, yo sé por qué.
—¡Pero si ni siquiera he estado en Andalucía!
—Eso es lo que tú crees.
—Bueno, *I leave the thinking to you:* tú sabes más que yo. Yo soy la Lozana ésa, entendido.
—¿De qué vives?
—De eso.
—¿Por qué has bebido?
—Por distracción, como un accidente del volante.
—¿Qué quieres de mí?
—Yo nada. Eres tú el que quiere: te lo veo en los ojos.
—Sea.
(En mitad del vestíbulo, ha aparecido la indefectible cucaracha. De esta vez, se salva. Esta vez no hay pisotón.)

Una cama y cuatro piernas en desorden, recompuesto provisionalmente el ente completo del *Simposio.* "Jugar a la bestia de dos lomos", como decía Rabelais, tiene sus ventajas. Amanece uno más "álacre" y ligero, no cabe duda. Y esta sorpresa que nos ha mandado el destino no es, por cierto, desdeñable. Ni siquiera siente la fatiga, ni siquiera siente la resaca del vino. Son las nueve, y ya está desafiándome, a ver quién levanta más las piernas. Pero el hombre, a diferencia de la mujer, no tiene el vientre hueco, y a cierta edad, además, echa barriga, y máxime si se ha llevado una vida un tanto sedentaria. Y de cuarenta y cinco a veinticinco hay algunos lustros perdidos en punto a flexibilidad. Y el varón está todo construido para la rigidez, mientras que la hembra está hecha para descoyuntarse y abrirse. Y luego, puede que ésta sea bailarina. Es natural que gane ella. Y en castigo, ¿qué se le ocurre? ¡No, esto es demasiado! ¡Al baño con ella, y que de una vez nos deje en paz!

Y el ingeniero la levanta en peso, como a una sabina raptada, y la vuelca sobre la bañera colmada de agua tibia, entre un remolino de pataleos y una sonata de alaridos. ¡Ahora sí que se está bien! Las últimas telarañas del sueño se disuelven como por ensalmo. ¡Bien hayan la esponja y el

jabón y la madre que los parió! ¡Bien haya el guante higiénico! ¡Bien haya la toalla dulcemente meneada, como el plectro de Salinas el músico! ¡Bien hayan Elizabeth Arden y su polvo suavemente aromático! ¡Bien haya el señor Gillette, tan conocedor del corazón humano que nos emancipa de los barberos! Que se endilgue la Lozana una piyama de hombre, o bien que se vista —si eso es vestido— y que se largue a su piso de abajo. Hay un placer en maltratarla un poquillo —no sin miramiento—, en hacerle mala cara para no darnos por vencidos. Ella bien sabe que todo eso es una caricia más.

—¿Entonces?

—Entonces, nada.

—¿Hasta cuándo?

—Ya veremos.

—¡Eres un monstruo!

—Eres una maravilla. Eres hermosa como la luna, grande como el sol, terrible como un ejército a banderas desplegadas. Te comparo con las yeguas que tiran el carro de Salomón; con mi perro predilecto, que se llama Mustafá, y con el primer cigarro al que "le di el golpe".

—¡Se ha vuelto loco, *Nossa Senhora,* se ha vuelto loco!

Y hay un portazo y una fuga del ascensor hacia abajo.

Carreras descubre que, incurriendo en una costumbre abominable, está cantando solo en el baño.

Escenario de que muchas veces ha brotado la historia: mientras la Lozana duerme, Carreras, a la cabecera de la cama, examina cuidadosamente unos planos. El oleoducto está prácticamente terminado. Los pensamientos del ingeniero vuelan por otros rumbos:

—La velocidad del observador, sí. *Le mouvement qui déplace les lignes,* de Baudelaire, asume ahora otro sentido más profundo. Porque el movimiento desvía las líneas hasta en la estatua, puesto que la estatua se mueve con respecto al observador en marcha. Moverse es ir al encuentro del tiempo y del espacio; es captar mayor número de acontecimientos; es vivir más y es ver vivir más a la misma vida. En relación con la velocidad del sujeto, cambia la figura del

mundo. ¿Habrá que buscar por aquí el atadero del tiempo físico y del tiempo filosófico?

Y además, no olvidemos el valor de la óptica en la nueva imagen del universo. El universo táctil, el universo de dimensiones medias o mesocosmos, es el único que percibe el ciego. Sólo por los ojos podemos volar hacia el macrocosmos o entrometernos por los intersticios del microcosmos, donde la nueva mecánica se realiza. A las manos les basta la mecánica newtoniana, clásica. El pequeño error que ella contiene no se delata ni es perceptible en ninguna acción del trato humano. Sólo se descubre en la contemplación. El ojo, sentido el más intelectual, nos lleva poco a poco a desmaterializar la materia, a entenderla como fenómeno de naturaleza eléctrica, a concebirla como una manera de estremecimiento. (¡El *frisson nouveau* del poeta!) ¿Estremecimiento de qué o en qué? El éter, sujeto del verbo "ondular", vehículo de la luz, la velocidad mayor que se alcanza... Velocidad otra vez: esfuerzo de la materia hacia el espíritu... La Lozana sonríe, dormida. La sonrisa también es un esfuerzo del cuerpo hacia el alma.* Cuando la materia se mueve ¿sonríe, se burla de sí misma? Divago, divago...

La humanidad, según esto, sería un paso más de la velocidad natural, por cuanto es vehículo de espíritu. Y, en verdad, cuando el hombre se humaniza de veras, entra en la historia, la cual —amén de otros signos exteriores—, significa una aceleración con respecto a la prehistoria del hombre en bruto. Pero el espíritu y la vida ¿serán la misma cosa? ¿O andan contrastados y a contrapelo? Porque, desde el punto de vista biológico, la humanidad no es un aceleramiento, sino un retardo: el hijo del hombre tarda más que el animal en andar, en valerse solo. Su formación y su desarrollo son más lentos. Dicen que su configuración misma es un resultado de las "hormonas" retardatarias (o como se diga). Que el cráneo humano se conserva en la etapa fetal; que el rostro del hombre no llega al pleno desarrollo fisiológico: aquí, la mandíbula vuelta hocico.** ¿Otra vez la

* "La sonrisa", en mi libro *El suicida,* 1954.

** "El enigma de Segismundo, VI" en mi libro *Sirtes* y el "Descanso XVI" en mis *Memorias de cocina y bodega,* 1954.

contradicción entre dos nociones diferentes del tiempo? Habrá que cambiar todo esto algún día. Si la Lozana tuviera hocico no podría sonreír dormida. . . La pugna entre el hocico y la sonrisa. El hombre mata todo animal que no puede domesticar, que no puede uncir al carro de los intereses humanos. Y yo mato, cada noche, una cucaracha. Divago, divago. . .

Y sucede lo inesperado. La Lozana se siente tratada por Carreras de un modo nuevo, y ha comenzado a enamorarse de él. ("Tú no eres como los demás", etc.) Porque todo amor, en el origen, es desconcierto, y nada desconcierta tanto como una sorpresa, una novedad. Y el amor procede como una reconquista del concierto momentáneamente perdido. Este continuo devanar, este interrogarse para entender "al otro" es el caldo microbiano de las grandes pasiones, como diría el científico Carreras.

Pero Carreras, en cambio, como se sabía de memoria a la Lozana desde antes de haberla encontrado, no experimenta la más leve tentación de apasionarse por ella. La pasión —se dice— es siempre un intento, las más veces torpe, para plantearse un problema. Problema bien planteado, o resuelto, que en cierto modo da lo mismo (salvo el barnicillo de la intención), ha dejado de entretenernos, de interesarnos. ¡A otra cosa! Se lo usa como fórmula de aplicación práctica: ya no se lo ama. Se usa a la Lozana ¡ay!, sin quererla. ¿Dónde se vio una falta de ecuación más patente, una mayor falta de ecuanimidad? Pero esta inadecuación, esta ausencia de igualdad entre los dos términos le parece al ingeniero Carreras el caso más frecuente y común en asuntos de matemática amatoria. Si no fuera por aquel fugitivo chispazo de novedad —la llegada súbita a medianoche, la patética declaración sobre la propia embriaguez, la de la criada y la del perro—, tal vez Carreras, a pesar de todo, no hubiera llegado a interesarse por la Lozana. Si ella lo supiera —pero no puede, no tiene entendederas para álgebra semejante— se las arreglaría para darle a su amigo, noche a noche, otra nueva sorpresa. Las cucarachas también lo intentan, pero

como la sorpresa que le procuran es siempre igual, ha dejado de ser sorpresa.

La Lozana, a ojos de Carreras, sólo tiene el valor de un escape higiénico. No: nadie frunza el ceño, no se ha dicho una vulgaridad. El escape higiénico de que aquí se habla es el mismo que procura el viaje, el alejamiento de la tierra, la casa, los hábitos. En otros siglos, el que se sentía enmohecer tenía el recurso de irse a las Cruzadas, de emprender el viaje a Jerusalén. Carreras entiende las Cruzadas como una crisis de la edad. La comezón mística es una manera de interpretar lo que el chino clásico interpretaba de otra manera, según la condición sensual de su pueblo: cuando el señor llegaba a cierto momento de la vida y se lo veía nervioso y aburrido, la señora se daba maña para arreglarle, transitoriamente, una amante joven. Y, mientras el señor volvía a su equilibrio y, como Mr. Peabody en el film, andaba entregado a su Sirena,* la señora vestía de colores tristes, dando a entender que hacía penitencia. Y si los matrimonios no se disolvían en la prueba, sin duda era efecto de la costumbre, esta nodriza de los pueblos. Ceremonias, convenciones, pilares de la civilización, nada menos. Así pensaba el científico, contemplando a la Lozana, que seguía sonriendo en sueños.

¿Si la pudiera transportar, hasta el departamento de abajo, y dejarla allí tranquilamente, depositada en su camita?

Pero es imposible. Y como Carreras ha empezado a hacer sus maletas, porque su viaje a Jerusalén ha terminado, hay ruido. Ella despierta. Él tiene que continuar su tarea, entre un torbellino de llantos y contorsiones que amenazan desvencijar la cama.

Aquella noche, Carreras ha aplastado la última cucaracha, asombrado él mismo de tener tan duro corazón. (Pero medio halagado, en el fondo.)

Y, a la mañana siguiente —¡adiós, Mme. Butterfly!— toma resueltamente el barco, recitando para sí los versos de Joachim Du Bellay:

* Frase añadida mucho después.—1954.

Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
ou comme cestuy là qui conquit la toison,
et puis est retourné, plein d'usage et raison,
vivre entre ses parents le reste de son âge.

Río, 1938.

XIII. DE CUITZEO, NI SOMBRA

HACE pocos meses, hemos tenido la experiencia de lo que puede ser, para la génesis de una novela, la emoción de un paisaje. Fue en ocasión de cierta visita al antiguo lago de Cuitzeo, en el estado de Michoacán. Nadie nos previno de que el lago estaba completamente desecado. ¡Verdadera sorpresa encontrarnos con el paisaje ciego! Todavía, cuando regresamos a la próxima ciudad de Morelia, algunos dudaban de nuestro testimonio. Quienes pretendían conocer la región, todo lo explicaban como un fenómeno natural y periódico, pero se notaba en su voz cierto acento de convicción escasa. Otros, que se decían en los secretos de la administración pública, hablaban vagamente de un escurrimiento provocado por industria, para no sé qué propósitos de riego en zonas cercanas. Reduciendo las contradicciones, acabamos por devolver sus derechos a la ignorancia, prefiriendo la interpretación mitológica a las explicaciones racionales, y respetando aquel sabor de embrujo que el choque nos dejó en la conciencia.

Todos saben algo de Michoacán. El obispo Vasco de Quiroga soñó en transportar al Nuevo Mundo la Utopía de Tomás Moro, "redibujada" según el espíritu católico, y crear en Michoacán un paraíso de oficios primos y de almas elementales. Tras de varios siglos, perdura la memoria, la influencia social de sus fundaciones, como perduran en el pueblo las costumbres indígenas, acaso embalsamadas entre las nubes aromáticas del café que en aquellas tierras se cultiva, acaso oreadas en el frescor de aquellas aguas incomparables.

Michoacán lacustre y cafetero: su gala es la rama del arbusto benéfico; su tótem, el pescado blanco. Alguna vez conté la disputación entre el pescado blanco y la trucha de reciente aclimatación, importada por los japoneses. Hay varias escuelas: 1º Que ambas especies conviven en santa paz y

armonía; 2º que la trucha destruye y descasta el pescado blanco, y 3º que la trucha sólo devora el mal pescado blanco, favoreciendo así la selección natural de los mejores tipos, únicos dignos de conservarse.* Los sabios de la estación limnológica local se llevan las manos a la cabeza. El ictiólogo don Fernando de Buen, ahora entre nosotros, tiene que inventar nuevas notaciones para establecer la "ficha bibliográfica" de tantas nuevas variedades como se esconden en aquel "centro frío", según hubiera dicho el calderoniano "Segismundo".

El vetusto reino, que se mantenía alejado del imperio azteca como una unidad suficiente, parece brotado de los lagos. Un raro prestigio acuático lo envuelve. En los juegos de la luz y el agua, pierde el presente su densidad, su bulto, y se deja atravesar radiosamente por las ensoñaciones históricas. Pocas veces, como aquí, se vio que el epíteto sustituya a la definición. Cuando se dice "Michoacán de los lagos", se ha dicho todo. Las danzas de pescadores, llenas de colorines y máscaras, perpetúan antiguos misterios, que así sucede siempre con el teatro cuando aún no llega a ser teatro. La secular civilización autóctona se confunde con los motivos folklóricos traídos por la primera gente española. El tema zoológico del Venado, interpretado ya un poco a lo demonio medieval por aquello de los grandes cuernos, se mezcla con la saga de los Viejecitos y con el asunto de Cristianos y Moros, bajo el cual se disimula y disfraza la pugna entre conquistadores y conquistados. Y los ecos de la silvestre música ruedan sobre las aguas y se van quebrando por las colinas, como si los lagos reflejaran, no sólo la luz, también el son; no sólo el movimiento visible: también "el movimiento que se oye", de que mucho hablaron los filósofos griegos.

La carretera de Guadalajara enlaza graciosamente las márgenes de Pátzcuaro, lago famoso. La carretera olvida su oficio; va y viene como fascinada, dibujando ochos sin salida. Quiere convencernos de que lo mejor es quedarse ahí, contemplando las travesuras de la moviente perspectiva. A duras penas se decide a seguir su rumbo. Y no bien se lanza al Occidente, entrando ya en el estado de Jalisco, cuan-

* "Los peces y la sociología matemática", *Los trabajos y los días*, p. 73.

do se detiene, extática, ante el contraste de los risueños sitios michoacanos y los despliegues de la laguna de Chapala, enorme, sobria y religiosa. Pero Cuitzeo, retraído y distante, no se encuentra al paso. Se desvía por otras cuencas, abrigado en los repechos de las Mil Cumbres, vasto oleaje de la tierra. Para encontrar el lago de Cuitzeo hay que ir a buscarlo. Y se queda, después, en la fantasía, como un lento balanceo de bruma, cortado por centelleos de sol y poblado con la palpitación de las garzas.

El auto iba salvando una y otra suave colina. Aunque pasaba el tiempo, Cuitzeo no se descubría por ninguna parte. Se alejaba por maravilla, y el suelo corría más de prisa que las ruedas. De pronto, al dominar un alto, se ofreció a la vista una inmensa llanura de aspecto extraño y un si es no es pavoroso. Parecía que íbamos a descender sobre un océano lunar. Conforme bajábamos, mudaba el color de la llanura a efectos de la distinta reflexión. El amarillo irreal se iba opacando en oro macizo, en ocre, en café. Pronto comprendimos que aquello era el lecho del lago desecado, la corteza del cataclismo. Al cruzar la cintura del lago por la calzada que conduce a los poblados de la banda opuesta, nos dimos cuenta de que, con la reverberación solar, las lejanías a izquierda y a derecha se emborrachaban de espejismo. Los términos del horizonte, insolados, flotaban sin aplomo: las montañas navegaban el aire. Los hechiceros indios nos habían escamoteado el lago y nos rodeaban de encantamientos.

El suelo era todo de barro, cuadriculado como una masa morena sobre la cual se hubiera estampado un molde en forma de parrilla. Pero los terrones cúbicos aún estaban duros, aún no reventaban con el calor. A la menor escasez de lluvias, aquello podía estallar como un volcán de polvo, exhalando sus torbellinos hasta la ciudad de Morelia. Y acababa de confirmar la impresión de una catástrofe súbita el descubrir aquí y allá unas canoas abandonadas. La imaginación las pintaba agarradas en el fondo por una repentina sumida de las aguas, entre el pánico de los pescadores que huyen como pueden. El rumor de una absorción geológica los ensordece. Los brazos líquidos se les abrazan a las piernas como queriendo arrastrarlos. Se les ve escapar, azorados,

entre los embudos giratorios, a grandes zancadas y contorsiones, como el héroe homérico que pelea contra el río indignado.

Nos sofocaba el olor de muerte lacustre. Era inevitable pensar en una invasión creciente de la seca; en los pueblos que se mustian poco a poco por las márgenes, privados de su elemento vital; que en vano sacan procesiones, cruz alzada e imágenes milagrosas, a las que comienzan por implorar con cantos rituales, y acaban por profanar con resucitadas supersticiones de crueldad primitiva. Inevitable ver venir a las caravanas exhaustas y sedientas, que se arrojan sobre los viajeros para exprimirlos como esponjas, y al fin van cayendo de inanición entre las grietas de la montaña. Inevitable figurarse el avance de la onda estéril que siega gradualmente árboles y hombres, lava invisible y quemadora... Y de repente, uno que logra evadirse y sobrevivir: el joven de ojos hundidos y ardido corazón; el que se deja atrás los cadáveres de los suyos; el que llega un día, seco y reptante como una serpiente, hasta los muros de la ciudad vecina. Va a arrojarse ya sobre ella con el resorte de los apetitos contenidos, acusador inexorable de los hombres, de la naturaleza y del cielo.

(Bailan ante nuestros ojos unas manchas rojas y azules. El sol, dios condenatorio, ha obrado sus estragos. Tal ha sido la pesadilla de la seca. Por unos instantes, la ráfaga de la novela nos había azotado la frente.)

México, 1941.

XIV. LA MANO DEL COMANDANTE ARANDA

El comandante Benjamín Aranda perdió una mano en acción de guerra, y fue la derecha, por su mal. Otros coleccionan manos de bronce, de marfil, cristal o madera, que a veces proceden de estatuas e imágenes religiosas o que son antiguas aldabas; y peores cosas guardan los cirujanos en bocales de alcohol. ¿Por qué no conservar esta mano disecada, testimonio de una hazaña gloriosa? ¿Estamos seguros de que la mano valga menos que el cerebro o el corazón?

Meditemos. No meditó Aranda, pero lo impulsaba un secreto instinto. El hombre teológico ha sido plasmado en la arcilla, como un muñeco, por la mano de Dios. El hombre biológico evoluciona merced al servicio de su mano, y su mano ha dotado al mundo de un nuevo reino natural, el reino de las industrias y las artes. Si los murallones de Tebas se iban alzando al eco de la lira de Anfión, era su hermano Zeto, el albañil, quien encaramaba las piedras con la mano. La gente manual, los herreros y metalistas, aparecen por eso, en las arcaicas mitologías, envueltos como en vapores mágicos: son los hacedores del portento. Son *Las manos entregando el fuego* que ha pintado Orozco. En el mural de Diego Rivera (Bellas Artes), la mano empuña el globo cósmico que encierra los poderes de creación y de destrucción: y en Chapingo, las manos proletarias están prontas a reivindicar el patrimonio de la tierra. En el cuadro de Alfaro Siqueiros, el hombre se reduce a un par de enormes manos que solicitan la dádiva de la realidad, sin duda para recomponerla a su guisa. En el recién descubierto santuario de Tláloc (Tetitla), las manos divinas se ostentan, y sueltan el agua de la vida. Las manos en alto de Moisés sostienen la guerra contra los amalecitas. A Agamemnón, "que manda a lo lejos", corresponde nuestro Hueman, "el de las manos largas". La mano, metáfora viviente, multiplica y extiende así el ámbito del hombre.

Los demás sentidos se conforman con la pasividad; el sentido manual experimenta y añade, y con los despojos de la tierra, edifica un orden humano, hijo del hombre. El mismo estilo oral, el gran invento de la palabra, no logra todavía desprenderse del estilo que creó la mano —la acción oratoria de los antiguos retóricos—, en sus primeras exploraciones hacia el caos ambiente, hacia lo inédito y hacia la poética futura. La mano misma sabe hablar, aun prescindiendo del alfabeto mímico de los sordomudos. ¿Qué no dice la mano? Rembrandt —recuerda Focillon— nos la muestra en todas sus capacidades y condiciones, tipos y edades: mano atónita, mano alerta, sombría y destacada en la luz que baña la Resurrección de Lázaro, mano obrera, mano académica del profesor Tulp que desgaja un hacecillo de arterias, mano del pintor que se dibuja a sí misma, mano inspirada de San Mateo que escribe el Evangelio bajo el dictado del Ángel, manos trabadas que cuentan los florines. En el *Enterramiento* del Greco, las manos crean ondas propicias para la ascensión del alma del Conde; y su *Caballero de la mano al pecho*, con sólo ese ademán, declara su adusta nobleza.

Este dios menor dividido en cinco personas —dios de andar por casa, dios a nuestro alcance, dios "al alcance de la mano"— ha acabado de hacer al hombre y le ha permitido construir el mundo humano. Lo mismo modela el jarro que el planeta, mueve la rueda del alfar y abre el canal de Suez.

Delicado y poderoso instrumento, posee los más afortunados recursos descubiertos por la vida física: bisagras, pinzas, tenazas, ganchos, agujas de tacto, cadenillas óseas, aspas, remos, nervios, ligámenes, canales, cojines, valles y montículos, estrellas fluviales. Posee suavidad y dureza, poderes de agresión y caricia. Y en otro orden ya inmaterial, amenaza y persuade, orienta y desorienta, ahuyenta y anima. Los ensalmadores fascinan y curan con la mano. ¿Qué más? Ella descubrió el comercio del toma y daca, dio su arma a la liberalidad y a la codicia. Nos encaminó a la matemática, y enseñó a los ismaelitas, cuando vendieron a José (fresco romano de Saint-Savin), a contar con los dedos los dineros del Faraón. Ella nos dio el sentimiento de la profundidad y el peso, la sensación de la pesantez y el arrai-

go en la gravitación cósmica; creó el espacio para nosotros, y a ella debemos que el universo no sea un plano igual por el que simplemente se deslizan los ojos.

¡Prenda indispensable para jansenistas o voluptuosos! ¡Flor maravillosa de cinco pétalos, que se abren y cierran como la sensitiva, a la menor provocación! ¿El cinco es número necesario en las armonías universales? ¿Pertenece la mano al orden de la zarzarrosa, del nomeolvides, de la pimpinela escarlata? Los quirománticos tal vez tengan razón en sustancia, aunque no en sus interpretaciones pueriles. Si los fisonomistas de antaño —como Lavater, cuyas páginas merecieron la atención de Goethe— se hubieran pasado de la cara a la mano, completando así sus vagos atisbos, sin duda lo aciertan. Porque la cara es espejo y expresión, pero la mano es intervención. Moreno Villa intenta un buceo en los escritores, partiendo de la configuración de sus manos. Urbina ha cantado a sus bellas manos, único asomo material de su alma.

No hay duda, la mano merece un respeto singular, y bien podía ocupar un sitio predilecto entre los lares del comandante Aranda.

La mano fue depositada cuidadosamente en un estuche acolchado. Las arrugas de raso blanco —soporte a las falanges, puente a la palma, regazo al pomo— fingían un diminuto paisaje alpestre. De cuando en cuando, se concedía a los íntimos el privilegio de contemplarla unos instantes. Pues era una mano agradable, robusta, inteligente, algo crispada aún por la empuñadura de la espada. Su conservación era perfecta.

Poco a poco, el tabú, el objeto misterioso, el talismán escondido, se fue volviendo familiar. Y entonces emigró del cofre de caudales hasta la vitrina de la sala, y se le hizo sitio entre las condecoraciones de campaña y las cruces de la Constancia Militar.

Dieron en crecerle las uñas, lo cual revelaba una vida lenta, sorda, subrepticia. De momento, pareció un arrastre de inercia, y luego se vio que era virtud propia. Con alguna repugnancia al principio, la manicura de la familia accedió

a cuidar de aquellas uñas cada ocho días. La mano estaba siempre muy bien acicalada y compuesta.

Sin saber cómo —así es el hombre, convierte la estatua del dios en bibelot—, la mano bajó de categoría, sufrió una *manus diminutio,* dejó de ser una reliquia, y entró decididamente en la circulación doméstica. A los seis meses, ya andaba de pisapapeles o servía para sujetar las hojas de los manuscritos —el comandante escribía ahora sus memorias con la izquierda—; pues la mano cortada era flexible, plástica, y los dedos conservaban dócilmente la postura que se les imprimía.

A pesar de su repugnante frialdad, los chicos de la casa acabaron por perderle el respeto. Al año, ya se rascaban con ella, o se divertían plegando sus dedos en forma de figa brasileña, carreta mexicana, y otras procacidades del folklore internacional.

La mano, así, recordó muchas cosas que tenía completamente olvidadas. Su personalidad se fue acentuando notablemente. Cobró conciencia y carácter propios. Empezó a alargar tentáculos. Luego se movió como tarántula. Todo parecía cosa de juego. Cuando, un día, se encontraron con que se había calzado sola un guante y se había ajustado una pulsera por la muñeca cercenada, ya a nadie le llamó la atención.

Andaba con libertad de un lado a otro, monstruoso falderillo algo acangrejado. Después aprendió a correr, con un galope muy parecido al de los conejos. Y haciendo "sentadillas" sobre los dedos, comenzó a saltar que era un prodigio. Un día se la vio venir, desplegada, en la corriente de aire: había adquirido la facultad del vuelo.

Pero, a todo esto, ¿cómo se orientaba, cómo veía? ¡Ah! Ciertos sabios dicen que hay una luz oscura, insensible para la retina, acaso sensible para otros órganos, y más si se los especializa mediante la educación y el ejercicio. Y Louis Farigoule —Jules Romains en las letras— observa que ciertos elementos nerviosos, cuya verdadera función se ignora, rematan en la epidermis; aventura que la visión puede provenir tan sólo de un desarrollo local en alguna parte de la piel, más tarde convertida en ojo: y asegura que ha hecho

percibir la luz a los ciegos, después de algunos experimentos, por ciertas regiones de la espalda. ¿Y no había de ver también la mano? Desde luego, ella completa su visión con el tacto, casi tiene ojos en los dedos, y la palma puede orientarse al golpe del aire como las membranas del murciélago. Nanuk el esquimal, en sus polares y nubladas estepas, levanta y agita las veletas de sus manos —acaso también receptores térmicos— para orientarse en un ambiente aparentemente uniforme. La mano capta mil formas fugitivas, y penetra las corrientes translúcidas que escapan al ojo y al músculo, aquellas que ni se ven ni casi oponen resistencia.

Ello es que la mano, en cuanto se condujo sola, se volvió ingobernable, echó temperamento. Podemos decir, que fue entonces cuando "sacó las uñas". Iba y venía a su talante. Desaparecía cuando le daba la gana, volvía cuando se le antojaba. Alzaba castillos de equilibrio inverosímil con las botellas y las copas. Dicen que hasta se emborrachaba, y en todo caso, trasnochaba.

No obedecía a nadie. Era burlona y traviesa. Pellizcaba las narices a las visitas, abofeteaba en la puerta a los cobradores. Se quedaba inmóvil, "haciendo el muerto", para dejarse contemplar por los que aún no la conocían, y de repente les hacía una señal obscena. Se complacía, singularmente, en darle suaves sopapos a su antiguo dueño, y también solía espantarle las moscas. Y él la contemplaba con ternura, los ojos arrasados en lágrimas, como a un hijo que hubiera resultado "mala cabeza".

Todo lo trastornaba. Ya le daba por asear y barrer la casa, ya por mezclar los zapatos de la familia, con verdadero genio aritmético de las permutaciones, combinaciones y cambiaciones; o rompía los vidrios a pedradas, o escondía las pelotas de los muchachos que juegan por la calle.

El comandante la observaba y sufría en silencio. Su señora le tenía un odio incontenible, y era —claro está— su víctima preferida. La mano, en tanto que pasaba a otros ejercicios, la humillaba dándole algunas lecciones de labor y cocina.

La verdad es que la familia comenzó a desmoralizarse. El manco caía en extremos de melancolía muy contrarios a

su antiguo modo de ser. La señora se volvió recelosa y asustadiza, casi con manía de persecución. Los hijos se hacían negligentes, abandonaban sus deberes escolares y descuidaban, en general, sus buenas maneras. Como si hubiera entrado en la casa un duende chocarrero, todo era sobresaltos, tráfago inútil, voces, portazos. Las comidas se servían a destiempo, y a lo mejor, en el salón y hasta en cualquiera de las alcobas. Porque, ante la consternación del comandante, la epiléptica contrariedad de su esposa y el disimulado regocijo de la gente menuda, la mano había tomado posesión del comedor para sus ejercicios gimnásticos, se encerraba por dentro con llave, y recibía a los que querían expulsarla tirándoles platos a la cabeza. No hubo más que ceder la plaza: rendirse con armas y bagajes, dijo Aranda.

Los viejos servidores, hasta "el ama que había criado a la niña", se ahuyentaron. Los nuevos servidores no aguantaban un día en la casa embrujada. Las amistades y los parientes desertaron. La policía comenzó a inquietarse ante las reiteradas reclamaciones de los vecinos. La última reja de plata que aún quedaba en el Palacio Nacional desapareció como por encanto. Se declaró una epidemia de hurtos, a cuenta de la misteriosa mano que muchas veces era inocente.

Y lo más cruel del caso es que la gente no culpaba a la mano, no creía que hubiera tal mano animada de vida propia, sino que todo lo atribuía a las malas artes del pobre manco, cuyo cercenado despojo ya amenazaba con costarnos un día lo que nos costó la pata de Santa-Anna. Sin duda Aranda era un brujo que tenía pacto con Satanás. La gente se santiguaba.

La mano, en tanto, indiferente al daño ajeno, adquiría una musculatura atlética, se robustecía y perfeccionaba por instantes, y cada vez sabía hacer más cosas. ¿Pues no quiso continuarle por su cuenta las memorias al comandante? La noche que decidió salir a tomar el fresco en automóvil, la familia Aranda, incapaz de sujetarla, creyó que se hundía el mundo. Pero no hubo un solo accidente, ni multas, ni "mordidas". Por lo menos —dijo el comandante— así se conservará la máquina en buen estado, que ya amenazaba enmohecerse desde la huida del chauffeur.

Abandonada a su propia naturaleza, la mano fue poco a poco encarnando la idea platónica que le dio el ser, la idea de asir, el ansia de apoderamiento, hija del pulgar oponible: esta inapreciable conquista del *Homo faber* que tanto nos envidian los mamíferos digitados, aunque no las aves de rapiña. Al ver, sobre todo, cómo perecían las gallinas con el pescuezo retorcido, o cómo llegaban a la casa objetos de arte ajenos —que luego Aranda pasaba infinitos trabajos para devolver a sus propietarios, entre tartamudeos e incomprensibles disculpas—, fue ya evidente que la mano era un animal de presa y un ente ladrón.

La salud mental de Aranda era puesta ya en tela de juicio. Se hablaba, también, de alucinaciones colectivas, de los *raps* o ruidos de espíritus que, por 1847, aparecieron en casa de la familia Fox, y de otras cosas por el estilo. Las veinte o treinta personas que de veras habían visto la mano no parecían dignas de crédito cuando eran de la clase servil, fácil pasto a las supersticiones; y cuando eran gente de mediana cultura, callaban, contestaban con evasivas por miedo a comprometerse o a ponerse en ridículo. Una mesa redonda de la Facultad de Filosofía y Letras se consagró a discutir cierta tesis antropológica sobre el origen de los mitos.

Pero hay algo tierno y terrible en esta historia. Entre alaridos de pavor, se despertó un día Aranda a la medianoche: en extrañas nupcias, la mano cortada, la derecha, había venido a enlazarse con su mano izquierda, su compañera de otros días, como anhelosa de su arrimo. No fue posible desprenderla. Allí pasó el resto de la noche, y allí resolvió pernoctar en adelante. La costumbre hace familiares los monstruos. El comandante acabó por desentenderse. Hasta le pareció que aquel extraño contacto hacía más llevadera su mutilación y, en cierto modo, confortaba a su mano única.

Porque la pobre mano siniestra, la hembra, necesitó el beso y la compañía de la mano masculina, la diestra. No la denostemos. Ella, en su torpeza, conserva tenazmente, como precioso lastre, las virtudes prehistóricas, la lentitud, la tardanza de los siglos en que nuestra especie fue elaborándose. Corrige las desorbitadas audacias, las ambiciones de la dies-

tra. Es una suerte —se ha dicho— que no tengamos dos manos derechas: nos hubiéramos perdido entonces entre las puras sutilezas y marañas del virtuosismo; no seríamos hombres verdaderos, no: seríamos prestidigitadores. Gauguin sabe bien lo que hace cuando, como freno a su etérea sensibilidad, enseña otra vez a su mano diestra a pintar con el candor de la zurda.

Pero, una noche, la mano empujó la puerta de la biblioteca y se engolfó en la lectura. Y dio con un cuento de Maupassant sobre una mano cortada que acaba por estrangular al enemigo. Y dio con una hermosa fantasía de Nerval, donde una mano encantada recorre el mundo, haciendo primores y maleficios. Y dio con unos apuntes del filósofo Gaos sobre la fenomenología de la mano... ¡Cielos! ¿Cuál será el resultado de esta temerosa incursión en el alfabeto?

El resultado es sereno y triste. La orgullosa mano independiente, que creía ser una persona, un ente autónomo, un inventor de su propia conducta, se convenció de que no era más que un tema literario, un asunto de fantasía ya muy traído y llevado por la pluma de los escritores. Con pesadumbre y dificultad —y estoy por decir que derramando abundantes lágrimas— se encaminó a la vitrina de la sala, se acomodó en su estuche, que antes colocó cuidadosamente entre las condecoraciones de campaña y las cruces de la Constancia Militar, y desengañada y pesarosa, se suicidó a su manera, se dejó morir.

Rayaba el sol cuando el comandante, que había pasado la noche revolcándose en el insomnio y acongojado por la prolongada ausencia de su mano, la descubrió yerta, en el estuche, algo ennegrecida y como con señales de asfixia. No daba crédito a sus ojos. Cuando hubo comprendido el caso, arrugó con nervioso puño el papel en que ya solicitaba su baja del servicio activo, se alzó cuan largo era, reasumió su militar altivez y, sobresaltando a su casa, gritó a voz en cuello:

—¡Atención, firmes! ¡Todos a su puesto! ¡Clarín de órdenes, a tocar la diana de victoria!

México, febrero 1949.

XV. ANTONIO DUERME *

ANTONIO hubiera preferido ser Dios o el Diablo, estar en el centro de la disputa. El hombre es objeto de ella, y ni siquiera conoce los fundamentos del conflicto. Porque el conflicto llega al hombre quebrado en mil adulteraciones y mutilado necesariamente en cuanto a su alcance y sus límites. Acaso el conflicto empieza antes y acaba después del hombre, antes de su infrarrojo y después de su ultravioleta. Pero Antonio no era más que un hombre, un hombre trabado en su espectro, como una mariposa presa por una telaraña. Optó por bostezar, que es un aullar en voz baja. Y entonces recordó que, en mucho, siendo hombre, era bestia. Pero una bestia que se sabe bestia ha dejado de serlo. Tal es la tortura humana por excelencia; la noria en que, sin remedio, nos enroscamos. Antonio bostezó otra vez. Y ya no pasó más adelante.

Hay el bostezo del que se acerca al sueño, y el bostezo que le dice adiós. Antonio saltó de la cama. Hubiera querido guardar, a lo largo de la vigilia, ese falso equilibrio de meditaciones confusas que acompañaron su despertar. Pero el baño y la necesidad de afeitarse con cuidado lo despabilaron al punto, embotando su penetración metafísica. "No hay como el cuerpo para estorbarle al alma", se dijo. Y todavía mereció un último destello de gracia, un relámpago de intuición sobre la pugna implícita en esta dualidad (¿realidad?) de vida y espíritu con que estamos entretejidos.

Después volvió a ser el hombre vulgar que todos conocen. Es decir, cumplió sus funciones y sus deberes a lo largo del día. Generalmente, esto es lo que más le importa al novelista: que el héroe se anudó la corbata, que arrastró una silla, y otras tales sandeces de que nosotros nos reímos naturalmente. No: para nosotros Antonio desaparece mientras los demás lo ven existir, y reaparece cuando vuelve a su soledad,

* Debe leerse en relación con el relato anterior *Los estudios y los juegos.*

cansado, medio deshecho otra vez, borrado por los contornos con la fecunda irracionalidad del sueño, que ya va invadiéndolo nuevamente y ya lo hace cabecear. Nuevamente será, pues, nuestro por algunos instantes: mientras vacila entre si se duerme o no se duerme, que es cuando desarrolla virtudes cerebrales inusitadas.

Se habla de la vigilia, se habla del sueño. Se habla mucho menos del estado intermedio, en que los poderes del sueño y de la vigilia, a trueque de jugarse algunas malas pasadas, alcanzan una extraña síntesis, donde repentinamente "se enrevesan" las ilusiones y trampas con que nos engaña el universo. En esa hora lúcida y temerosa sabemos más de lo que nos conviene saber. En una hora así podemos perdernos o salvarnos. Lao-Tsé abre los ojos y, todavía bandeando en la resaca del sueño, "No sé —exclama— si soy un filósofo que ha soñado ser una mariposa, o si soy una mariposa que ahora sueña ser un filósofo."

En verdad, no tenemos mayor prueba cuanto a la autenticidad de la vigilia y la vanidad del sueño que la continuidad respecto a la historia diurna y la discontinuidad respecto a las historias nocturnas. En los casos patológicos, los sueños continuados parecen posesiones sobrenaturales que van atrayendo al sujeto y empujándolo hacia el otro lado de la puerta. El sujeto ya no sabe de qué lado cae la realidad autorizada. El personaje del argentino Carlos Alberto Leumann, en *Trasmundo* (¿para qué buscar autores lejanos?), todo el día piensa en la hora de dormir, pues así podrá continuar la aventura, la otra vida que está recorriendo a ojos cerrados. Pero, en el tránsito, en el umbral de uno y otro mundo, en el duermevela, ¿dónde hallar la garantía de lo auténtico? Aquí, simplemente, nos situamos en otro régimen del espíritu, régimen que participa a la vez de ambos tesoros, la luz y la sombra. Es otra temperatura más heroica del soñar despierto, simplemente. Antonio se ha aficionado a saborear, a cultivar esta zona delgada, inestable, resbaladiza.

Nuestro personaje tiene los ojos entrecerrados. Cuanto le acontece está trenzado de dos estambres, la realidad y la irrealidad. De su vida ordinaria, común, se nos da un ardite. Otro tanto podemos decir de sus pesadillas. Lo nuestro es

la vida vacilante, indecisa, del dormido despierto. De estas indecisiones han nacido la tragedia calderoniana *(La vida es sueño)* y la fábula peruana sobre el primogénito del rey Yáhuar Huácac que cuenta el Inca Garcilaso. Y, para de una vez decirlo todo, de esta sospecha sobre la autenticidad de la vida y sus posibles fundamentos ha nacido la filosofía.

Antonio ha adquirido por su parte una técnica que recuerda muy de cerca las ambiciones más o menos realizadas de los orientales, los ejercicios de los yoguis, etc. Sabe llevarse voluntariamente un tema desde la vigilia hasta el sueño. Esta vez, como asunto para su sueño, se ha planteado una reflexión sobre la estructura del Tiempo. Y entra en la boca del sueño, seguro de que, al menos durante los primeros compases, podrá mantenerse fiel a la meditación propuesta.

Después. . . , después nadie sabe lo que será. Sobreviene esa gran metamorfosis, ese rodar hacia adentro de nosotros mismos que llamamos dormir. Caemos en esa otra existencia que nunca ha jurado fidelidad al mundo práctico. Los análisis freudianos, sucesores científicos de las antiguas averiguaciones supersticiosas (las "incubaciones" de Asclepio y demás patrañas), quieren convencernos de que pueden proporcionar la verdadera clave de nuestras pesadillas. A veces parecen más bien los alegatos sofísticos con que se disfraza una traición. ¿Si soñar que nos comemos un ave significa nuestro amor filial? ¿Si volar en sueños revela una aberración erótica, "complejo (¡uf!) de Edipo", u otro "simplejo" semejante? La metamorfosis que la pesadilla trae consigo es una manera de ingratitud al tema propuesto. Si el tema era verde, y la pesadilla lo vuelve rojo, será que la luz blanca se recompone por la mutua deslealtad entre dos colores: espalda con espalda, Jano bifronte, divorcio íntimo de toda posible reconciliación.

Pero, en los primeros instantes, Antonio, como no ha soltado todavía las amarras, navega prendido de una cuerda y dentro de la pequeña región a que ha querido sujetarse. He aquí la tempestad que está aconteciendo en su cráneo:

—El Tiempo: un caminar, una senda en marcha. Nos lleva, *nos vive,* nos gasta. Todo está presente, y todo, de toda

eternidad. Nos movemos nosotros, no el Tiempo, que es inmóvil. Transportados en la barca del Tiempo, vamos descubriendo, por la orilla, este árbol y luego aquel árbol, y ya presentimos el que ha de venir después, mientras recordamos el que hemos dejado atrás. Pero los árboles están ahí, impasibles. No se han ido los que pasaron; no acaban de crearse los que aparecen, porque ni se han ido ni aparecen. Todos estaban ya esperándonos. Cortés, visto a cierta distancia interplanetaria, aún está entrando por primera vez en Tenochtitlán: vive, pues, quieta y fijamente, en algún nudo de la vibración luminosa que se lo lleva, enlazado e ileso, a 300 mil kilómetros por segundo. Y la catástrofe que mañana habrá de aniquilarnos yace escondida en algún repliegue del universo: está aconteciendo constantemente: nos aguarda. En la *Previvida* de Sánchez Mármol (¿para qué buscar autores lejanos?), se vive, por descuido o resbalón hacia atrás, lo que ya se había vivido. Así también puede haber quien se resbale hacia el porvenir. ¿No habéis advertido que algunos hombres desaparecen de súbito? ¡Se fueron tal vez al siglo XXI! Todo puede pasar: corremos peligro de *desexistir* a fuerza de existir. Los sueños de recuerdo y los sueños de premonición producen en el cuadro (de ayer o mañana) la misma refracción, el mismo temblor sobre una realidad siempre estática: la lente ha temblado, no el objeto. Porque en el soñar abandonamos los remos, nos salimos ya de la barca, y volamos en libertad a una y a otra parte. Y el retorno eterno de los griegos (popularizado por Nietzsche), este morderse la propia cola, significa que hemos emprendido un viaje en redondo: que nuestro camino, nuestro Tiempo, lejos de ser recto como lo juzga el sentir vulgar, se encorva y se cierra sobre sí mismo, como en el espacio de Einstein. . .

Antonio, ya en sueños, lanza un puntapié al aire y, después de varios millones de siglos, recibe el golpe en el trasero. Antonio ronca, ya no nos pertenece, ya no se pertenece: está alimentándose, absorbiendo su cotidiana ración de inexistencia, carga esencial del ser. Antonio, en la gasolinera ontológica.

1954

III

BURLAS LITERARIAS

[*1919-1921*]

RECORDACIÓN

ERAN los felices días de aquel "Madrid ateniense" (como solía decir el inolvidable Valle-Inclán), al que me he referido en "El reverso de un libro" (*Pasado inmediato,* México, 1941, pp. 95 y *ss.*) y al que se refiere también José Moreno Villa en sus Memorias.

Enrique Díez-Canedo y yo gastábamos algunas bromas a los amigos, anunciando periódicamente, en el semanario *España,* el sumario de una imaginaria revista, *La Hojilla Filológica,* de que pueden dar idea los siguientes ejemplos: "La Condesa de Pardo Bazán y *La tía fingida*", por Francisco A. de Icaza; "Miscelánea lingüística: *Salaverría,* condicional de un verbo perdido". Los cándidos solían pedir *La Hojilla* en las librerías. Un librero al menos —Schumacher, de "Los Alemancitos"— tenía el talento suficiente para seguir creando el mito: —Verá usted, se me han agotado al instante los ejemplares. Se venden como pan caliente.

Enrique Díez-Canedo caricaturizaba el vascongadismo de Fernando de la Cuadra Salcedo en aquellos versos:

Llegó hace dos días de Ondárroa,
y sin Nicanora, se aburre.
(Si no hay consonantes, me agarro-a
lo primero que se me ocurre.)

O se burlaba de un poeta laureado en un concurso sobre el *Quijote* atribuyéndole esta estrofa:

¡Viva, viva por siempre alabado
desde el uno hasta el otro confín
ese libro inmortal anotado
por don F. Rodríguez Marín!

Icaza echaba a volar aquellos graciosos desenfados:

Desde Aragón a Barbastro
otro más terco no he visto:
¡Señores, *me planto* en Cristo-
bal de Castro!

Enrique de Mesa comentaba así ciertas actualidades políticas:

En tiempo de las bárbaras naciones,
colgaban de las cruces los ladrones;
mas hoy cuelgan las cruces
del pecho de los jaques andaluces.

Y Ángel Vegue y Goldoni fingía cantar con la guitarra:

Soñé que el hielo abrasaba,
soñé que la nieve ardía,
y por soñar disparates,
soñé que Salaverría.

Todo sea recordado sin ánimo de ofensa y sólo para buena memoria.

Enrique Díez-Canedo y yo hicimos, entre otras cosas, estas tres burlas literarias: "Desgracia española de Dante", "Góngora y el Greco", "Debate entre el Vino y la Cerveza".

A. R.

DESGRACIA ESPAÑOLA DE DANTE

Publicóse anteriormente en la sección "El fondo del baúl", del semanario *España,* Madrid, 23 de enero de 1919.

Entre los papeles que la Casualidad, providencia de eruditos y señora de inmarcesibles encantos, ha tenido a bien poner en nuestras manos últimamente, elegimos algunos para remate de esta página. *A todo señor todo honor,* o, como dicen otros autores, *El primero que alce el dedo.* Lo que transcribimos a continuación consta en un par de cuartillas amarillentas por el uso y, aunque no van firmadas, fácil nos ha sido adivinar quién las perpetró. Basta, por otra parte, leer sin telarañas en los ojos las palabras que encabezan el soneto para que un nombre acuda a nuestros labios. Es, sin duda, don Julio Cejador y Frauca quien lo compuso. Trátase de una versión españolísima de un soneto de Dante, el más delicado, el más espiritual. ¿Qué ha dejado en pie el señor Cejador de tanta espiritualidad, de tanta delicadeza? Véanlo los lectores. El espíritu en que tradujo esa obra maestra de la lírica italiana parece ser éste: "¿Platonismo? ¿Sutilezas? ¡Ta, ta! Quédense esos mendrugos para otros colmillos. A nosotros que nos den las cosas claras, y las tajadas chorreando pringue. Al pan, pan y al vino, vino."

Pero no retardemos más a los lectores esos duelos y quebrantos. Advirtamos de pasada que el papel, como si hubiese estado dispuesto para la impresión, llevaba un título: "Fortuna española de Dante", en que la palabra *fortuna,* borrada apenas escrita, se sustituyó por otra, al parecer más a propósito: la palabra *desgracia.*

SONETO

Este soneto trasladó a fuerza de redaños poéticos, quitándole alfeñicados perendengues y tapujos toscanos, a la reciedura de nuestra lengua, la más cimarrona y juncal del globo, aunque otras preñadas de nieblas le roan el zancajo, un historiador de ella y de su literatura, tan horro de los arrequives de la clerigalla por de fuera cuanto pergeñado de sus mataduras y garambainas por de dentro. Es soneto de la *Vida nue-*

va que compuso el florentino Alighieri, digno casi de atarle las alpargatas a nuestro maleante Juan Ruiz, puesto que no melopea con tanto brío y majeza ni es capaz de meterse como nuestro mañoso archipreste en las criadillas y entresijos de la raza.

Suena en toscano: *Tanto gentile e tanto onesta pare...*

Tan gallarda y cerrera va mi moza
Cuando topa en la calle con alguno
Que nadie chista, y hasta el más frailuno
De sólo ver sus cachos se alboroza.

Le zumba, se le corre y le retoza
La risa ante el requiebro inoportuno.
Si hay Dios y hace milagros, éste es uno:
Esto es canela, y lo demás es broza.

Tanto se regodea quien la mira
Que la asadura al fin se le derrite
Y no se para hasta que no la prueba.

Y tanta enjundia en la persona lleva,
Tan socarrona es que, ante un envite,
Responde: —¡Aprieta!— por decir: ¡Suspira!

Poco después, la revista florentina *La Rassegna*, de Achille Pellizzari, año XXVI, Nº 6, publicaba lo siguiente:

NOTE IN MARGINE

Per la fortuna di Dante in Ispagna.

Da un arguto spirito iberico, un di quegli ammirevoli studiosi che sono il più valido propugnacolo e il più splendido segno della rinascenza odierna della grande Spagna, riceviamo questa curiosa versione-parodia di un sonetto dantesco. Versione del sonetto, parodia del modo di intendere e tradurre la poesia, consueto a un valentuomo di laggiú. Il quale sorriderá certo dello scherzo spiritoso, che qui si registra come una nuova vicenda della lirica più squisita dell'Alighieri:

Un soneto "arreglado" por Julio Cejador y Frauca.
(Fusilado de sus papeles inéditos.)

. . . . .

(Aquí la reproducción del texto anterior, a partir de "Este soneto. . .")

GÓNGORA Y EL GRECO

Publicóse anteriormente en "La Rosa de Papel", suplemento (humorístico) Nº 1 a la revista *Índice,* Nº 1, Madrid, año de 1921. De esta revista aparecieron cuatro números entre 1921 y 1922, bajo el cuidado de Juan Ramón Jiménez y Alfonso Reyes.

GÓNGORA RETRATADO POR EL GRECO. GÓNGORA Y EL GRECO PRECURSORES DEL CUBISMO

UN EPISTOLARIO INÉDITO

La solicitud de una revista de literatura moderna, *L'Esprit Nouveau,* de París, ha puesto a alguno de nuestros colaboradores, que por ahora prefiere guardar el anónimo, en la pista de un asunto del mayor interés, llamado sin duda a causar sensación en el mundo artístico.

Sabido es que Góngora lloró la muerte de Dominico Teotocópuli en un soneto famoso. Lo transcribiremos, tomándolo de la edición de Hoces, 1654, en donde consta al folio 23:

SONETO VI

EL SEPULCRO DE DOMINICO GRECO, ESCELENTE PINTOR

Esta en forma elegante, o peregrino,
de pórfido luziente dura llaue,
el pincel niega al mundo más süaue
que dio espíritu a leño, vida a lino.

Su nombre, aun de mayor aliento dino
que en los clarines de la Fama caue,
el campo ilustra de ese mármor graue:
venéralo, y prosigue tu camino.

Yaze el Griego. Heredó naturaleza
Arte, y el Arte estudio, Iris colores,
Febo luzes, si no sombras Morfeo.

Tanta vrna, a pesar de su dureza,
lágrimas beua, y quantos suda olores
corteza funeral de árbol Sabeo.

Nunca ha dejado de llamar la atención de los modernos críticos el homenaje rendido a la memoria del pintor cretense por el divino poeta español, tan semejante a él en espíritu.

La buena fortuna, que a veces sonríe al investigador concienzudo, ha puesto en manos de nuestro compañero, en forma que preferimos callar, aunque no del todo reprobable, un epistolario de Góngora y el Greco desconocido hasta hoy. Sólo tres cartas lo componen; pero ¡qué cartas! Por ellas se ve que la amistad unió a dos hombres geniales movida por una extraña comunidad de pareceres. Su valor documental es grandísimo: dan a conocer detalles nunca sospechados de la vida de ambos gloriosos artistas.

Pero, antes de intentar un breve comentario, vamos a transcribir fielmente dichas cartas, que obran autógrafas en nuestro poder, y cuyo facsímil nos proponemos publicar en una docta revista académica. Sólo una de ellas, la de Góngora, está fechada; le corresponde evidentemente el segundo lugar, entre las dos del Greco. Por razones de método las numeramos.

1

Xpo. nuestro salvador tenga a vuesamerced en su santa guarda, que yo muy de veras selo demando. Ruegole, mi señor don Luys, que de su paso por esta ymperial cibdad cesárea no consienta que falte muestra a los tiempos por venir. Digale a mi criado Fran^{co} de Preboste cuando ha de tener vagar para que mis pinceles le retraigan a lo vivo como mejor pudieren, que yo fío poderlo hacer si Xpo. fuere servido. Quiero otrosí poner su semblança en un lienço del milagro que nro. señor hiço con don Gonzalo rruiz de toledo, señor que fue de la C^{a}. de orgaz entre los eclesiasticos y caualleros principales de la cibdad. Adios mi amigo y dueño.—(Firmado:) Domy^{co} Theotocopuly.

2

Señor y amigo, ni me culpe de mudable o de corto de paciencia, que bien saue lo mucho que de sus pinceles espero

si la Fama no toma de su mano mis versos; mas ya el lienço basta a darmela inmortal. Quiso el señor conde que nos uiniessemos aca, y en los alamillos donde quiebra el can la furia de sus rayos vemos pasar en ocio estos ardores sin cuydados que nos apremien; rezo la misa, y mientras el sr. conde y sus amigos van a la caza yo sygo a las esquiuas musas, en quien ahora he logrado el final de mi soledad primera con mas unas letrillas que suelen ser muy celebradas. Mas yo tengo otra soledad, y es de la compañía y platica de V. md. Viendole dar vida fingida en el lienço a los vultos corporales, he aprendido mas que en libros de mucha dotrina. El barro con que Dios nos hizo, como alfarero que no tiene un patron solo, antes para cada pieza pone un torno diferente, siendo una sustancia cómo puede ser sino una forma? Leves son las diferencias de hombre a hombre, y el alma es en todos la misma, y de su cuerpo una misma es la forma conocida ya por la Geometria. Una esfera es la cabeça del hombre, y el tronco un cubo con sendos cylindros a diestra y siniestra: que asi como el alma es una, una es la forma, ya el caracter y las funciones se alteren. Pero en la vasta tierra las sierras mas encumbradas son solo arrugas, mas leves que las lineas de la mano. adios, mi amo; en los Alamillos, a 12 de agosto de 1586.—(Firmado:) Luys de Góngora.

3

Marauillado estoy, mi señor don Luys, de lo que vuesa merced me escriue, y tengolo tan por cierto que la noche entera me estuve meditando despues que despedí a los musicos, y mi señora doña Geronima se hubo retraido a su camara. Razon sera que tratemos en platica esa tan ardua cuestion, pues ya no una carta, pero un volumen harto avultado seria menester para del todo esclarecerla. Cuando, pues, uoluiere si los agasajos que el señor conde le hace con tanta uoluntad y tan esplendidamente le han preuenido no le retienen cautivo y le llevan a oluidarse del trato de amigos, hemos de trillar por menudo aquello del uolumen corporal. Piense

vuesamerced lo que le dije del tronco de pyramide y los dos cylindros a que la cara puede reducirse cuando no a un emisferio y a un cubo. Estas portentossas maquinas corporales no son cosa contraria de los ingenios con que los hombres acuden a los diuersos menesteres de sus vidas, tanto mas quanto que, mouiéndose en una atmosfera de luz, ella los va fraguando y mudando, que si no fuese por la memoria no las disputarían los ojos, por lo que de ueras son. Me place que vea vuesa merced en la pintura de mi lienzo tal propiedad a otros escondida con que lo que hallan caprichoso y descoyuntado. Guardese, pues, en salud vuesa merced, mi señor y amo, y torne presto a su criado.—(Firmado:) Domy^co^ Theotocopuly.

La fecha de la carta número 2 corresponde, en efecto, al tiempo en que se pintaba el *Entierro del Conde de Orgaz*. Pero trastorna toda la cronología gongorina. Nos hace ver que Góngora estuvo en Toledo, circunstancia desconocida por sus biógrafos (González Francés, Lucien-Paul Thomas, etc.), y que pasó breves días en compañía de un prócer (¿el conde de Lemos?), en un lugar llamado Los Alamillos, que no hemos logrado identificar. (Hay entre los sonetos amorosos de Góngora uno "a unos álamos": *Verdes hermanas del audaz mozuelo*... Quizá tenga que ver con el lugar antes nombrado.) Y, lo que es más importante, nos declara que las *Soledades*, cuya composición se situaba entre 1612 y 1613, son muy anteriores, y aun preceden a la oda "A la Armada Invencible", que es de 1588, y por lo tanto, a la pretendida enfermedad cerebral del poeta.

Bastaría esto para dar importancia al epistolario. Pero esas adivinaciones estéticas, en que se adelanta —parcialmente, es verdad— la teoría del cubismo y aun la del impresionismo, todo en una pieza, pasan al primer término. Y entre las cuestiones más menudas que nuestro epistolario plantea están otras dos: ¿cuál es el retrato de Góngora en el *Entierro del Conde de Orgaz*? Razones que no son del momento nos inducen a creer que, voluntariamente, el Greco desfiguró a Góngora, para incluirlo entre los caballeros del séquito fúnebre. El otro retrato, el retrato personal, en que pintor y poeta hubieron de poner interés tan grande, no se sabe dónde ha ido a parar.

Confiemos en que el azar nos lo haga descubrir algún día, aunque sea en poder de un chamarilero.

Con esto queda servido, por lo que a nosotros atañe, *L'Esprit Nouveau*.

Ya se comprende que Ozenfant, director de *L'Esprit Nouveau,* tenía sólo una vaga noticia de la relación entre Góngora y el Greco, cuando se le ocurrió pedirnos, a moción del poeta chileno Vicente Huidobro, "las cartas cambiadas entre ambos". Respondiendo a la sed, al snobismo de la época, se nos ocurrió entonces fraguarlas de modo que anunciaran hasta el cubismo. Y, de paso, jugábamos con ese problema de la fecha en que empieza a aparecer en Góngora la llamada segunda manera, etc. Nuestros finos amigos entendieron el juego. No así cierto erudito lector. En el Nº 2 de *Índice,* Madrid, 1921, tuvimos el gusto de publicar las siguientes líneas:

Madrid, 24 de agosto de 1921.

A la Revista *Índice.*

Muy señores míos: En el número primero de *Índice* se imprimen como auténticas dos cartas del Greco a Góngora y una de Góngora al Greco. Como las supercherías, cuando no se publican en broma, sino muy en serio, como en el presente caso, pueden hacer mucho daño en la república de las letras, todos los ciudadanos de ella tenemos cierta obligación de combatirlas y desenmascararlas.

Las tres cartas no son auténticas, sino escritas en el siglo XX. Y no siendo cosa de entrar en pormenores, me bastará rogar al "compañero anónimo" que las inserta nos traiga alguna autoridad del siglo XVI o XVII, en la que conste la frase incluida en la segunda carta: *tanto más cuanto que.* Frase hoy común; pero enteramente desconocida en aquellos tiempos.

Índice que, según su gallardo y noble prospecto, es revista "libre, generosa y pura", no dudo insertará esta mía entre las cartas que publica.

Por ello les queda de antemano muy agradecido este servidor de ustedes y de la nueva revista,

JULIO CEJADOR.

Agradecemos como es debido esta carta de don Julio Cejador y tomamos nota de su parecer. Ya había entre nosotros, efec-

tivamente, quien dudara de la autenticidad de esas epístolas, acogidas por "La Rosa de Papel" con su habitual seriedad; mas no precisamente por el giro incriminado. Góngora, precursor en tantas cosas, pudo muy bien serlo en ésa; y a falta de otros textos del siglo XVII, o del XVI, puesto que da lo mismo, bien pudiera la carta de Góngora ser autoridad, en el supuesto —inadmisible para el señor Cejador— de que no sea falsa. Nosotros, hombres poco eruditos, pero bastante respetuosos, nos libraremos muy mucho de afirmar nada tocante a esas cartas. Sólo, adelantándonos a ciertas susceptibilidades, afirmamos con toda solemnidad que la carta del señor Cejador es auténtica y que su original queda desde hoy cuidadosamente guardado en los archivos de "La Rosa de Papel".

REDACTORES.

DEBATE ENTRE EL VINO Y LA CERVEZA

Publicóse anteriormente en la revista *Índice*, número 3, Madrid, año de 1921, suplemento (humorístico) Nº 3: "La Sirenita del Mar".

I

NOTICIA

Un humilde trapero aposentado en las Cuarenta Fanegas nos trajo días atrás el documento que a continuación publicamos, recogido el 2 de noviembre del año actual entre los productos de su búsqueda. Nuestro amigo se lleva diariamente, con una constancia que le honra, las basuras y despojos del barrio en que se asienta el Teatro Español. En la Plaza del Príncipe Alfonso, comúnmente llamada Santa Ana, hubo, siglos ha, un convento que fue santificado por haber residido en él San Juan de la Cruz. Ese convento habíase edificado sobre las ruinas románicas de otro monasterio, cuyos religiosos gozaron de gran fama por su saber y virtudes. Quizá del convento primitivo procedan las dos fojas de pergamino graciosamente ornadas con miniaturas de la más fina escuela madrileña que contienen el poema medieval que damos hoy a conocer.

II

TEXTO

AQUIS COMPIEÇA LA ALTERCATIO
DEL VINO E LA ÇERUESA

Qui quisier solaz prender
aquí compieçe a leyer
unas raçones que endereça
don Vino a donna Çerueça.

Mas seríe grand desatino
si pues non leyesse priuado
aquel trouar esmerado
de donna Cerueça a don Vino.

AGORA DIZ DON VINO:

Por Dios
en señerdade somos los dos,
desque non beue agua la gent
por el microbio pestilent.
El agua feruida o gasseosa
siempre serié de beuer sosa;
e por el agua destilada,
creo non darién una cominada.
Yo y tu cerueça acá somos solos
enemigos dentrambos polos.
Quiero descubrir cuanto peccas
en fazer de omnes bauiecas.

AGORA DIZ DONNA CERUEÇA:

¡Por Sancta Anna,
preciaré mas una nuez vana!
Yo non me trepo a la cabeça
si non me beuen una gran pieça.
Tu si reuelues bien los sessos
e dexas al omne en los huessos.
Ca dizen Sangredos e Almeydas
que tuestas azucares e aldeydas,
la neurona e todo lo ál
que entiende Ramón e Caxal.
A mi me catan un poquiello
quando me toman con bocadiello:
e quiere otrosi quien me beue
e su moxama e su perçeue.

DIZ DON VINO:

Vos non cantedes,
ca ansi mesmo enbebdar sabedes.
Yo me era siempre espéculo
de las costumnes del sieglo.
Si era yo moro y el católico,
non llamaban al bebdo alcohólico.
Si soy ribaldo y el científico,
sol me toman cuemo específico.
Si el século es vano e lardero,
nada con el yo non quiero.
En sus xuergas sordas, nondoñeguiles,
tu donna Cerueça, sirves de moriles.

DONNA CERUEÇA DIZ:

Mal pocado
non sabes lo que has fablado.
Non catan a mi xuerguistas,
sinon sabios e speçialistas:
muy granados omnes de pluma,
que non fazen fi dell espuma,
e solo querien commerçio
e con la canna e con el terçio.
Cuydan ellos que tu don vino
non los lieuas por buen camino.

DIZ DON VINO:

Asaz bien parleste;
bien veo que tú vinieste
de la tierra do todavía
se estudia la philosophía.
Sean de Mónaco o de Pilsen
capaz eres tú de urdir mil sen-
tencias de varones muy sabios
que nunquas pusieron sus labios
en una bien colmada copa,

antes a un boque de Europa
llegábanla sin empacho
llenándose barba i mostacho
de amarga e non alba espuma
do no nasció la Dea Summa.
Pues sabrás que tú non nascías
e ya las philosophías
iban brotando de contino
non de la çerueça, del vino,
Aristótil mucho nomnado
e Platón el su paniaguado,
e todos siete sabios griegos
encendíense en los mis fuegos.
E non diré de aquel hispano
Séneca, nin del italiano,
nin de Abailardo que en Luteçia
de ser varón non se preçia
mas sí de ser buen beodo:
éstos bien me lo deuen todo.
E papas e caualleros
e ricoshomes e pecheros.
Tú nunquas traherías del norte
una tan luscida cohorte.
Non es maraviella si el grande latino
que dixo: "Veritas in vino"
jamás de decir non se auisa
"Veritas in cerevisia".

DIZ DONNA CERUEÇA:

Hermano,
viexo estás, duérmete temprano;
todo lo que retrahes y me cuentas
es pastranna; tú non me afrentas
con nombres ansí raheces.
En el vino ya viven los peces,
ca non eres sinon agua,
para reavivar la fragua.
Dime si puedes qui te toma

en buen cuenco o gentil redoma?
Acaso te beue algun cura
que ya non rapa tonsura,
xaqueta larga e muy tozudo,
por cabeza una olla de engrudo,
desque non te beue en la Missa
te halla sabor a su guissa.
Los philósophos que dixieste
non son ya del mundo este
nin han existido jamás.
Medrado, don Vino, estás
si les oyes hablar la xerga
que non se usa ni en Kenisberga.
Entre mis secuaces yo veo
muchos omnes del Ateneo,
e académicos obessos
e buenos barraganes dessos
que llaman ora piebolistas
e alienistas e socialistas,
e Baco mismo todo el anno
fabrica cerueça en tu danno.

FIN

Donna Cerueça ensannada
poniase ya tan pesada
que Don Vino lo non sufría;
buena punnada darle hía.
Donna Cerueça sin tardança
buscó refugio en una pança
Don Vino, roxo de sorpresa,
vertióse sobre la mesa.

En Madrid, annos XXI,
dia de abstinencia e ayuno,
en esta vida transitoria
soli deo onor, et gloria.
Alphonsus Henriquez me fecit.

Fecha y autor. Un dato concreto existe para fijar la fecha de composición de este Debate. En el verso 131, primero del "explicit", se dice: "En Madrid, annos XXI." Ahora bien ¿en qué siglo se ha de colocar? Si pudiéramos relacionar el dato con el nombre que aparece en el último verso, quizá llegaríamos a esclarecer este punto. ¿Quién era Alphonsus Henriquez? Para que fuese el hijo de Enrique de Borgoña y de la bastarda de Alfonso VI, es decir, el propio fundador de la monarquía portuguesa, sería necesario señalar al poema una fecha en que no nos atrevemos ni a soñar. Prudentemente, pues, atendiendo al lenguaje y estilo, le daremos, en espera de mayor exactitud, una fecha que oscila entre el siglo XIII y el XX, épocas aún no bien conocidas de nuestra historia literaria. Pero ese Alfonso Enríquez ¿es el autor, o simplemente el copista? Como se trata del vino y de la cerveza, la última suposición nos parece mejor fundada.

Lenguaje. El lenguaje ofrece la más curiosa mezcla examinada hasta hoy por los eruditos. Desde luego, aragonesismos no tiene. Algún asturianismo o quizá leonesismo —o pajarismo, forma dialectal del Puerto de Pajares, recién descubierta— es evidente. Lo que más abunda, sin embargo, son los madrileñismos.

Versificación. Un eneasílabo con acentos inseguros es el tipo principal empleado por el poeta que usa, sin embargo, del octosílabo y aun de versos de otras medidas; métrica irregular característica de nuestra Edad Media, aunque en ocasiones achacable a defecto de copia. La rima suele ser perfecta (salvo un caso, el de "avisa": "cerevisia", versos 91-92; para "espéculo": "sieglo", véase adelante) y por pareados (salvo el esquema *abba* que aparece en los versos 5-8). De esto no se puede deducir nada, pero bien está decirlo por si alguien no lo ha echado de ver.

Verso	12.	"El microbio pestilent": se refiere a la peste negra. "Microbio" escasea en textos del siglo XIII. (De "micros", vida y "bios", pequeño.)
Verso	20.	"Babiecas": ¿Se refiere al caballo del Cid? En tal caso, tendríamos un dato más que nos confirmaría en nuestra indicación de fecha.
Verso	21.	"¡Por Sancta Anna!": adviértase lo natural de la exclamación en este trozo marcadamente lírico. Los romanos decían: "¡Por Pólux!" o "¡Por Hércules!" (¿Alusión a la matritense zona de la cerveza?)
Verso	23.	"Me trepo": ¿Úsase también como reflexivo?
Versos	27 - 30.	Requieren explicación aparte que reservamos para un opúsculo científico. Nombres de sabios desconocidos en los textos medioevales.

Verso 32. "Bocadiello": lo que Cervantes llamaría después "duelos y quebrantos".

Verso 34. "Moxama": vianda fósil, nombrada sólo en algunos textos almojamiados.

Verso 39. "Sieglo": la rima indica que el autor pronunciaba "século". Otro dato para determinar la fecha. ¿Transición del latín al castellano?

Verso 45. "Xuergas": arabismo bastante usual, aun en los tiempos modernos.

Verso 52. "Fazen fi": crudo galicismo, que sólo conservamos por respeto al texto.

Verso 54. "El tercio", vaso cuyo nombre indica medida, poco usual en España; así se dice "tercio extranjero".

Verso 61. Mónaco, Pilsen: dos ciudades sitas hoy quién sabe en qué estado de Germania.

Verso 70. La "Dea Summa" es Venus.

Verso 82. "De ser varón non se precia": Véase Geroldus Babilonius, *De Castramentatione Monachorum*, Basilea, 1592.

Verso 90. "In vino veritas" lo dijo, como se sabe, César en el momento de su muerte.

Verso 114. "Kenisberga", vale por Koenisberg, patria del célebre filósofo Rousseau.

Verso 119. "Piebolistas": atletas laureados en los Juegos Olímpicos. Véase Murray, *Greek sport in the Vth Century and after; foot ball, etc.*, Oxford, 1923.

Verso 120. "Alienistas e socialistas": diversas actitudes ante la vida.

Versos 121 - 122. ¿Se alude a "El Laurel de Baco"?

Versos 134 - 135. Adviértase que, para el autor de este poema, no tenía secretos la lengua latina.

APÉNDICES

I

Encontrándose ya en México Enrique Díez-Canedo, dio con el documento siguiente:

Epistolario de Nueva España. 1505-1818. Recopilado por Francisco del Paso y Troncoso, Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, Segunda Serie, 4. México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1939.

Tomo IV, 1540-1546, pp. 76-78, doc. 222.

A. G. de I. Papeles de Simancas.
Est. 58, caj. 6, leg. 9.

Carta al rey de Alonso de Herrera diciendo que en cumplimiento del asiento que tenía hecho había establecido en México una fábrica de cerveza que bebían bien los españoles y los naturales, y que tenían mucho porvenir tanto esa industria como la del pastel. México, 15 de mayo de 1544.

Sacra Cesárea Católica Majestad.—Vuestra Majestad terná memoria cómo en su Real Consejo de las Indias tomé el asiento sobre lo de la cerveza y otras cosas con el quinto que a Vuestra Majestad se diese de todo el procedido sin descuento de costas y estando en Sevilla con los despachos sacados y todo aderezo para venir a estas partes, Vuestra Majestad llegó de la jornada de Argel e por una carta que su Real Consejo me mandó escrebir, por la cual me fue mandado que volviese a Madrid donde volví e me fue dicho por el conde de Osorno que a la sazón presedía, que Su Majestad no tenía por bien el quinto que en el asiento se había tomado y que diese el tercio y sobre ello hice relación a Su Majestad y no pude haber otro medio de pasar por el tercio que Su Majestad mandó se diese y así se volvió a hacer el asiento: llegado a esta cibdad de México visto por el virrey

a quien venía sometido lo aprobó como cosa de que la tierra tenía necesidad por la falta de vino y aceite que en ella hay sintiendo que era cosa en que podía ser servido Su Majestad y así he asentado en esta cibdad una bracería para hacer cerveza donde se ha comenzado a hacer e hay buen despacho en la que se hace aunque por la esterilidad del año e haberse helado los panes non se ha hecho tal como se hará acudiendo los años: españoles la beben de cabsa que el visorrey, por dalla a entender, la bebe ordinariamente e por favorescer la hacienda que no ha sido poco menester segund lo que aburren el tercio de derecho que della lleva e desta cabsa muchos la tratan mal y tienen manera como otros no la beban: los naturales de la tierra la tienen por mejor que sus pulques: hase vendido a ocho reales el arroba por la falta de trigo e cebada que hay: con el tiempo encaminando Nuestro Señor el año valdrá más barato: hasta hoy está una caldera asentada en esta cibdad e segund la mucha tierra e poblazones que en ella hay se pueden asentar cient calderas: a lo que parece por lo poco que hasta agora se ha hecho en ésta por no haber trigo ni cebada; créese que valdrá cada año cada caldera más de mil pesos a Vuestra Majestad, y poniéndose la orden que se requiere y dando Vuestra Majestad el favor nescesario a ello como por todos fuese bien tratado e aprobado sin el daño que hoy se rescibe, por el contrario y para ello si Vuestra Majestad fuese servido aprovecharía mucho hacer alguna merced a los propios desta cibdad de lo que resultase desta hacienda porque acá han dado a entender flamencos y otras personas que han estado en Flandes que este derecho de las cervecerías es de los propios de los pueblos e cuando a Vuestra Majestad alguna nescesidad se le ofresce deste derecho le hacen servicio. . .

Nuestro Señor la vida e real estado de Vuestra Majestad guarde con el acrescentamiento de reinos e señoríos que Vuestra Majestad desea.—De México a quince de mayo de 1544 años. De Vuestra Majestad, el menor vasallo que sus reales pies y manos besa.—*Alonso de Herrera.*

(En el sobre):

A la Sacra Cesárea Católica Majestad del emperador y rey nuestro señor.

Consulta.

II

El documento anterior, sugirió a E. D.-C. la idea de completar el *Debate* con un supuesto fragmento encontrado en el basurero del ex Convento de Churubusco, fragmento que comenzó a redactar y de que sólo hemos conservado las siguientes líneas:

. . .cuando que venie en su ayubda
don Vinaigre que sines dubda
apadrinóle nel baptismo
poniendo cara de lo mismo.
Mas donna Cerueça en su encierro
le gritaba bien, si non yerro:
"¡Back!", hablando lengua saxona
muy propria de la su persona.
Don Vinaigre, torcido el gesto
gritaba "¡Hardy!", sin arresto.
Aquello era un nuevo Crésy.
¡Back-Hardy! ¡Back-Hardy! sonava. . .
cuando por el campo assomava
una legión de raro léxico,
de la lengua que se habla en México
y en los lugares aledannos
desde ha c c c c annos,
en sus montannas e penínsulas
e otrosí en aquellas ínsulas
do llego el espannol influxo,
ínsulas que tienen por luxo
lo mediterráneo y lo atl-
ántico, así del Ketzalkoatl,
del guaxolotl et todo lo atl. . .
Cuba libre la su beuida
más del espirtu favorida,
de vino y cerueça faz fy,
con tanto "back" y tanto "hardy",
trepáuase hasta lo sumo,

qual diz que allas nuues el humo;
mas ya derramado don Vino,
al suelo del todo se vino,
y tras él donna Cerueça
despeñábase de cabeça
y armándose iva tal ron-ron...

III

En las notas al texto principal hay muchos lugares cuyas alusiones no quisieron declararse en su día, por ser transparentes para el mundillo literario de Madrid, aunque hoy el tiempo las opaca. Así los versos 103-108, etcétera.

IV

ÁRBOL DE PÓLVORA

[*1925-1932*]

I. AUSENTE EN PARÍS
1925-1927

1. Campeona

Cuando el Presidente del Club de Natación y los Síndicos de París —chisteras, abultados abdómenes, bandas tricolores sobre el pecho— vieron acercarse a la triunfadora, prorrumpieron en aplausos y entusiastas exclamaciones:

—¡Si parece un delfín!

—Querrá usted decir una sirena.

—No, una náyade.

—¡Una oceánida, una "oceánida ojiverde", como dijo el poeta!

La triunfadora, francesita comestible que hablaba con dejo italiano para más silbar las sibilantes y mejor suspenderse en un pie sobre las dobles consonantes, comenzó a coquetear:

—Non, mais vous m'accablez! Mon Dieu, que je suis confuse! Et une naïade, encore! C'est pas de ma faute, vous savez? Si j'avais sû. . . !

Y todo aquello de:

—Toque usted; sí, señor. No hay nada postizo. Eso también me lo dio mi madre con lo demás que traje al mundo, etcétera.

—Vamos a ver, señorita —interrumpió, profesional, el señor Presidente, poniendo fin a esos desvaríos con una tosecilla muy al caso—. ¡Ejem! ¡Ejem! Para llenar este diploma hacen falta algunos datos. Decline usted sus generales.

—¿Aquí, en público?

Risas. El Presidente, protector:

—Su nombre, su edad. . . ¿En qué trabaja usted, cuál es su oficio?

—Mi oficio es muy modesto, señores. Porque, sin agraviar a nadie, yo, como decimos los del pueblo, soy puta.

Pánico. Silencio seguido de rumores.

—¿Ha dicho usted... ?

—Puta.

¡.......................................!

Dominando la estupefacción general, Monsieur Machin, siempre analítico, interroga:

—Pero, entonces, delfín o sirena, náyade, oceánida o demonio... sin faldas, ¿quiere usted decirnos cómo, cuándo, dónde adquirió usted esa agilidad y esa gracia en el nadar, esa perfección deportiva, ese dominio extraordinario del... de la... de los... de las...

Y la oceánida, cándidamente, le ataja:

—C'est que... vous savez? Avant de venir ici je faisais le trottoir à Venise.

1925.

2. Los gorriones

He seguido por el parque al loco de los pájaros, ese viejecito irreal que cruza el pasto sin ver a los hombres y sin miedo a la policía. Va lanzando migas y semillas como un Triptólemo. Lo siguen cordones de aves que revolotean en torno a él, se le posan en los hombros y en la cabeza, acuden a su mano. Parece un dios.

Y en el primer banco, me siento a pensar en los gorriones.

Los gorriones, vistos a la distancia natural y ordinaria, eran propia imagen del "ramillete con alas" de Calderón; y a saltitos entre las flores, parecían exactamente la "flor de pluma": unas esferitas llenas de toda blandura y gracia; una caricia de los ojos, una atracción para las manos. No se los podía ver sin desear asirlos, besarlos, disfrutar de su tersura y tibieza.

Pero me tocó, otra vez, sorprenderlos de cerca, tras los vidrios de un invernadero. Y entonces comenzaron mis dudas y fui descubriendo por instantes su naturaleza verdadera.

¿Cómo he podido olvidar —me dije— que la verdadera

naturaleza de estos pájaros es la de aves reptiles? Todo el día pegados a la tierra, todo el día entre los despojos que todos los seres de la creación dejan caer al suelo ¿para qué les sirven las alas, sino para ir a arrastrarse un poco más allá? Anfibios, puesto que participan de la condición volátil y de la reptante; innobles todavía entre las aves, y ya pedantes entre las arañas y las lagartijas... Cuando en alto, otean el suelo y anhelan hacia abajo; cuando en el suelo, ya no piensan ni necesitan más. Algo así le pasó, dicen, al abuelo arbóreo de los hombres, cuando se descolgó de las ramas.

¿Cómo pude yo olvidar —me decía— que duermen al aire libre, en cualquier rincón de la calle, en los muladares y los agujeros, y que tienen los malos hábitos, el desaseo y la cólera propios de los arrapiezos criados en el arroyo?

El ave es del árbol y del aire, pura y superior: las hay del campo y las hay de la ciudad; pero éstas, al menos, hieráticas y empinadas como las cigüeñas de las torres, o alegres y discretas como las golondrinas. Los gorriones, no; los gorriones son habitantes de los planos bajos, de lo urbano sin urbanidad; es decir, de las calles peores, al mismo título que los perros sin dueño. Y vistos de cerca, andan, en verdad, como esos perros vagabundos, mal comidos, sarnosos, rabiosos, con ojos de mal hombre y maneras, siempre, de ladrón. ¡Esos tristes perros picarescos que cruzan, en busca del hueso caído —inevitables motivos "nuestroamericanos"— por los cuadros del uruguayo Figari!

Así, pues, las esferitas de gracia resultan unos monstruecillos feroces, despeinados, flacos, la pluma escasa y en desorden, el chillido de ira siempre presto, el pico y las diminutas garras siempre alerta. Feroces, porque la ferocidad sólo ha de medirse por referencia a los ejemplares de la propia especie.

Y, en efecto ¿dónde lo he leído? Estos gorriones que ahora vuelan por ambos mundos son los supervivientes de un duelo semejante al del Hombre Mediterráneo contra el Hombre de Cromagnon: han aniquilado al gorrión de América, su pariente de mayor talla y mejor pujanza. Verdadera raza de apaches criada entre las Fortificaciones, nos parece verlos —en

la historia— vaciando a picotazos el cráneo de sus hermanos mayores, los eternos bobos del plato de lentejas.

1926.

3. Nuestros gigantescos abuelos

La primera cena de la familia dispersa tuvo ocasión entre las rejas de unos alejandrinos románticos. Yo era entonces tan joven que me confundía con el fondo del paisaje y creía, a ojos cerrados, en la literatura.

Alumnos pacientes del Alfabeto, hemos andado después cazando a todos los hermanos de tintero en tintero, y a los padres, bajo los capelos de vidrio en que los tenía olvidados la incuria de nuestros reyes de armas. La devoción de unas tristes flores de trapo no alegraba ya sus ojos evanescentes, sus ojos de daguerreotipo en fusión. Pequeñitos y pálidos, parecían "zanzas" de cera: esas injurias que hace el jíbaro a la humana especie, convirtiendo al enemigo en feto adulto. ¡Mil veces mejor la venganza de los cazadores de cráneos!

Y no: había que rescatarlos y devolverlos, poco a poco, a su jerarquía. Para lo cual fue necesario consultar las genealogías y los cronicones.

Nuestros gigantescos abuelos fueron revelándose, ectoplasmas evocados por tanta devoción filial. Las visiones fluidas del solar manchego o del andaluz se mezclaban, como podían, con las ráfagas montañosas del señorío de Ogazón y con los recuerdos graníticos de Navarra, donde el valle del Baztán se cuaja de escuadrones Ochoas.

Los más lejanos parecían llegar por el puerto de Acapulco, falsos muñecos de la China, y perderse luego en la noche gongorina de nuestro siglo XVIII. México, en aquellos tiempos, resonaba todavía con el órgano del gran cordobés.

Pero sobrevino la Independencia, que los teólogos llaman pecado original, y los psicoanalistas, traumatismo del nacimiento. En suma, coscorrón que despabila y ahuyenta el sueño de la infancia.

Y entonces ¿qué hacer? Era, de una en otra generación, aquel duro testamento de guerra civil transmitido a punta

de cuchillo. Hijo: *memento mori*. Hermano: *memento mori*. Y hasta los pájaros se comían a los pájaros, y las flores envenenaban a las flores...

Al fondo, los abuelos: cordillera sombría, Sierra Madre y cabalgata de cumbres.

1926.

4. La alcoba bosteza

Apenas habían bajado de la chimenea los angelitos de bronce, cuando las horas, ya sin testigos, empezaron a dar volteretas, colgadas del horario y del instantero, muy descocadas y las piernas al aire.

Por toda la alcoba se difundió el aroma añejo de las flores del papel pintado; y el colchón, congestionado de lascivia, concibió en sí mismo la primera polilla en gérmenes.

Cierto que nadie llegaba al tercer piso de aquel hotelito de barrio. Cierto que, como en Jane Austen, el cuarto de huéspedes siempre estaba deshabitado, única manera de tenerlo siempre disponible... Ocasión para reflexionar sobre la inutilidad de la previsión y el ahorro.

Era la hora en que las abejas, en el poético alcornoque, se han quedado con tamaño palmo de aguijón, las hormigas pierden el rumbo —que es cuanto hay que decir— y hasta olvidan la fila india. Leconte de Lisle ya no halla medio de entender las formaciones de los guerreros en la *Ilíada*.

Y, animándose desde una mala fotografía mural, nuestro Guillermo Prieto ocultaba disimuladamente, bajo los abominables puños, los rebordes de una de aquellas camisetas de su tiempo, gruesas, sucias y feas, que sin embargo casaban tan admirablemente con las manos peludas de los Maestros, los del "huarache espiritual".

A un tiempo, pues, se descolgaron todas las arañas implícitas en el cielo raso; las ventanas estallaron sobre el jardín; y entre el bochorno de la siesta, ¡reinó por el aire de la alcoba toda una Veracruz inmensa de abanicos de palma!

1926.

5. Venganza literaria

Los primeros objetos que descubrieron mis ojos —lámpara ingrata de las dos y media de la mañana, insomnio que sigue a la pesadilla, ganas de aullar, ganas de huir— fueron, olvidados sobre el sillonzote de la chimenea, el gorro de dormir y las antiparras del Maestro.

El Maestro se había pasado la noche diluyendo un granito de anís folklórico en cien calderos de agua tibia. El piso estaba encharcado de octosílabos. "Habrá que llamar al encerador", reflexioné. Y me levanté de un salto, me vestí en un santiamén, y cátame en un dos por tres llamando a la puerta de la Academia: "¿Aquí limpian, fijan y dan esplendor?"

Tanto ejercicio de frases hechas me dejó como despernancado. El espíritu de asociación verbal me rechinaba en el cuerpo. Los cotarelos me hervían casi en la garganta. Y cruzó dentro de mí —¡qué bien lo recuerdo!— una de esas ideas sin pasaporte que de repente se nos cuelan por la conciencia: la convicción firme, la profética visión de que nunca se acabaría en México el Palacio Legislativo comenzado por el arquitecto Boiry,* y que un día, entre silbidos de marina catástrofe, se hundiría en olas de cemento el Palacio de Bellas Artes. Ideas a deshora, pájaros que cruzan de ventana a ventana, sobre la espantada familia congregada en el comedor.

El instante era propicio. Se abrieron las ponderosas puertas. A los tres años, ya están nuestros muertos en su punto. Podemos pacer tranquilamente en los cementerios. La Academia estaba poblada de poetas cilindristas o cilindreros —reacción contra el cubo— y Modigliani y Picasso, colgados del techo, se balanceaban majestuosamente, como aquel caimán del patio de los Canónigos, Catedral de Sevilla.

Aquí salió cantando en falsete nuestro Apollinaire, que si no le daban caviar todas las noches, como a los viajeros mimados de la Holland-America Line, era capaz de hacer esto y lo otro. Yo, que sentía la necesidad de crear absurdos, lo alcancé por el cuello, lo enjerté en los poetas de campanario, y me puse a cosechar, en mi nuevo árbol evolutivo,

* Émile Benard. [E.]

primaveras almidonadas en faldas de percal y servilletas duras como cartones, del tiempo de Don Simón.

Así, así me las pagarán todos ésos del Ángelus, ésos del Toque de Queda, ésos de las muchachas de la retreta, ésos de las virtudes aldeanas, ésos del incienso de la parroquia, ésos de las tardes de la granja, las veladas de la quinta y hasta Don Catrín el Calavera: poetas pepitos, poetas rotos para decirlo a la mexicana. Traen raídos los traseros del alma y lo andan tapando como pueden, y dicen que es por meditabundos y por pasear manos a la espalda.

Y los dejé convertidos en papel de moscas, olor de sín-sín, aguaflorida barata, mucílago y panal de América en dulzor de pegajosas pepitorias. ¡Fuchi!

1926.

6. Mientras leía el otro

Nunca vi cosa igual. ¿Que la desatención y el cansancio nos transporten hasta el otro mundo? ¿Que, mientras un profesional del aburrimiento nos lee sus cuartillas monótonas, nos desdoblemos positivamente y viajemos en ser astral hasta unos oscuros reinos de pesadilla, sólo en sueños, y una que otra vez, frecuentados?

El sol del Barón de Haussmann inundaba plácidamente la estancia; y yo soportaba la andanada folklórica de buen humor y con bastante paciencia. Había interrumpido mi trabajo, y de tiempo en tiempo miraba, al soslayo, las cuartillas que, regadas sobre mi mesa, imploraban mi compasión.

Pero mi implacable visitante prosiguió su monografía sobre la canción de cuna, enseñándome a cada tonada una doble hilera de dientes:

—Verá usted. Aquí la canción de cuna asume un aire casi mitológico:

Arriba del Cielo
hay un agujero
por donde se asoma
Narices de Cuero.

(¿Si será el Diablo?)

Arriba del Cielo
hay una ventana
por donde se asoma
Señora Santa Ana.
. . . . .

Y yo entré en mi sueño; resbalé, me hundí, rodé. Iban y venían los escenarios, derivados en una continua disolvencia. El lector salmodiaba sus canciones de cuna. No sé si me quedé dormido. Apareció una imagen de infancia: me ruborizaba, me molestaba.

Lo confieso: el hijo del Gobernador rompía a caballo por entre los puestos de jarros, y luego tenía que pagar los cacharros rotos. Lo seguían unos gendarmes parecidos a Maximiliano en negativa, con su partida barba negra. Creían que venían a darle caza, y al fin sólo le daban escolta. Y él se divertía en tumbar los tiestos de las ventanas, o al menos rajarlos y hacerlos saltar con aquella arma inefable que en su tierra acostumbraban llamar "rifle de silencio".

El lector seguía zumbando, allá en las penumbras de mi conciencia, y yo seguía mi pesadilla. A no ser por ella, me suicido, y se hubiera dicho de mí: "¡Qué oyente perdió el mundo!" Me entré por una palabra y salí por otra, bien crecidas ya, entretanto, las barbas de la santa paciencia.

—La Gramática y yo —pensé al oír vagamente que se me hablaba de la eficacia del solecismo y el arrojo para el anacoluto entre los simbolistas franceses— somos tan iguales que no hay respeto posible entre nosotros.

Y seguí soñando. . .

Llegamos a donde la ciudad se quita el sombrero, y por los ojos y las orejas, la boca y las narices —por todos los agujeros de la cabeza— se nos metió de repente un cielo inmenso.

Mi lector —me di cuenta— estaba a la sazón preguntándome:

—¿Establece usted alguna relación entre la fábula bíblica y los animales de sangre fría? Y desde luego, eso de las "manzanas que vamos a cortar a la huerta", ¿tiene algo que

ver con los frutos de las Hespérides y la leyenda de Héracles?

Pero yo, en otro espacio, continuaba, entrecerrados los ojos, mi viaje ideal. Yo era viejo, muy viejo, y me apoyaba en Antígona. La plaza era inmensa, y quedaba en las bocacalles donde se confunden Monterrey y México y Madrid y París. . .

. . . . .

Y sobrevino otra visión. Era la hora de afeitarse, de afeitarse por segunda vez, bien entendido. Algunos aseguran que el cuello de por la mañana anochece con gotitas de sangre. Y los impecables londinenses suelen traer los picos del cuello de pajarita manchados de carbón. Había que poner algún remedio.

Ya la piedad del polvo de talco nubla el baño. En Sevilla, entrada del barrio de Santa Cruz, donde está la cruz precisamente, me enseñaron —especie a la vista— a distinguir el espliego de la alhucema. De suerte que yo sé muy bien a qué olía la loción aquella. . .

Era la hora justa en que los trasnochadores le dan cuerda al libre albedrío. Me asomé al balcón y empecé a repartir saludos a las ventanas cerradas, unos saludos sin destino (el "saludo puro", dirían hoy), que se quedaban suspensos sobre el torbellino de la calle, globitos alelados, ajenos a las leyes del tráfico.

Y el folklorista, en el otro mundo —aquí, junto a mí— estaba diciendo:

—Porque hay que distinguir entre mujeres y mujeres. Como decía Alarcón, "Dios no lo da todo a uno", o a una, ¡ja-ja!

—Sí —repuse, esforzándome por volver a su lado, y con la sensación de que sólo conseguía yo reencarnar en media cara—. Por eso el 24 de abril del año pasado, en el Bullier, primer baile anual de La Horde, yo me atreví a afirmar, y lo hice cantar a coro:

Entre la flaca y la gorda
—dice un viejo sabidor—,

la intermedia es la mejor,
por
ser la única digna de La Horda.

—¿A ver? ¿Cómo dice usted?

—Digo que, en efecto, Dios no lo da todo a uno, que tiene usted razón, más de la que le cabe en la boca, y que hay mujeres para todo, hasta para los hombres;

que hay ángeles perfectos de pureza,
por los que yo me tiro de cabeza;
que hay hembras de tan mala condición,
de ánimo vil y corazón tan sordo,
que pienso que no tienen corazón;
y hay otras de la condición del tordo.

—¿A ver, a ver? ¿Cómo es eso? —me decía, abriendo tamaños ojos, el que, sin remedio, debemos llamar mi interlocutor—. ¿"Y hay otras de la condición del tordo"? ¿Endecasílabo descoyuntado o corrupto, a lo Darío, el de "era la hora de la melodía"?

Pero yo volví a escaparme por la tangente y entré en otra ensoñación singular...

Estudiábamos los orígenes de la novela española. Sí, estoy cierto: era por esos días. Acababan de instalar las flamantes oficinas de la Universidad en un enorme edificio que había servido ya para todo. ¡Tenía hasta un teatrito interior! Otra parte del edificio daba alojamiento a un grupo disidente de la Escuela de Ciegos, y otra, a los traductores de la entonces Secretaría de Instrucción Pública. El jefe de traductores era un sordo mortal, rabioso a más no poder, y que la tenía con una pobre empleada. Para reprenderla, berreaba más que Merlín cuando el baladro. O por exceso de ira, o porque él no se oía y todo le parecía poco. A los gritos, los ciegos salían de su reducto y, en fila, apoyada la mano en el hombro del que iba adelante, se acercaban hasta la puerta de la oficina, y allí asomaban las curiosas cabezas. Y el sordo:

—¡Señorita! ¿No le da a usted vergüenza? ¡Hasta los ciegos vienen a ver qué pasa!

Y la empleada, tímidamente:

—No, señor: vienen a "oír" qué pasa...

Había muchas piezas sobrantes, patios enteros sobrantes, y unas salas enormes, tapizadas de yute.

Suspendíamos a cada rato la lectura, y nos poníamos a "jugar a la pelota con los tinteros"... ¡Con los tinteros llenos de tinta, señores! Con las sillas y hasta con la mesa hacíamos otro tanto. ¡Apara esto y apara lo otro! ¡Pum! ¡Reteplum! Quedaba la sala hecha un campo de batalla; pero lo mismo quedaban nuestros pobres sistemas nerviosos, sobresaltados al rojo blanco, que allí pienso yo que empecé mi senda de cardíaco.

.....

Me acuerdo del último terremoto, por asociación o contaminación con aquellos bárbaros juegos. Entre otras cosas se vino abajo el Cuartel de Artillería Ligera. El coronel del cuerpo era bigotudo, moreno y aguileño. Leía a Gracián, caso inaudito.

Sembrado en su pecho sin tacha, Gracián empezaba a echar retoños militares.

A toda costa, quería que yo le enseñara a patinar. Y yo no soy patinador porque Dios es bueno. Pero época hubo en que yo bajaba hasta la pista, dejándome rodar por cinco o seis escalones en unos patines de dos ruedas. Por los corredores de la casa paterna, yo preparaba con la mayor naturalidad la lección de la tarde, patinando y sin hacer ya caso de lo que hacía.

Y si no soy jinete es porque se me quedó el caballo en mi tierra. Pero yo iba a la escuela primaria a caballo, y el asistente me traía otra vez el caballo a la salida. De las veinticuatro horas, diez eran del sueño; las otras catorce, del empeño. Visité a caballo todas las moliendas de caña de los alrededores, y me indigesté gloriosamente con el aguamiel de todas y cada una.

También soy tirador de rifle, sólo inferior a Porfirito, según presumo, aunque me lo disputa mi hermano. Eso del centavo en el aire era para mí cosa de juego.

Y he remado mucho, hasta que se me fueron los remos, como al barquero enamorado de Góngora.

Y fui, en mi adolescencia, campeoncillo de florete francés e italiano, y hasta empecé con la espada de combate y el sable.

Y tuve —¡quién lo diría!— una cabellera de rizos rubios.

Y a los once años, era ya popular entre bastidores. Y todavía quedan por ahí cantantes de los cuarenta para arriba con recuerdos de mi primeras timideces.

Y, de pronto, me veo sentado en una aula de la Preparatoria, ante aquel maestro de Astronomía (la sola palabreja, ya "data") que resolvía todos los problemas "forzando un poquito el cálculo y por acumulación de factores" —en suma, como lo hace la naturaleza. Y recuerdo a su ayudante, el señor Peralta, el que pasaba lista ("¡Peralta, quítame la falta!"), quien un día llegó corriendo y sin resuello, para decirnos:

—¡Señores, vengo a decirles que hoy no puedo venir!

.....

...Pero ¿dónde estoy? ¿En qué íbamos y qué ha sido esto? ¿Quién lee y ronronea a mi lado? ¿He estado soñando? ¿Qué sonambulismo se apoderó de mí? ¿Qué cola de cometa pasó a mi lado, arrastrándome de refilón? ¡Y qué duro, ahora el aterrizaje!

Y haciendo de... sueños corazón:

—Sí, señor mío, de lo más interesante que conozco al caso. ¡Magnífico! ¡Y qué amenidad!

(¡Y que tire la primera piedra el que se atreva, el que no haya oído nunca discursos oficiales, el que nunca haya asistido a las congregaciones cívicas, o el varón sin cicatrices de letras!)

1927.

II. FUEGO GRANEADO

1930-1932

1. Hacia el Ángel

Blando, blando el cráneo sin vicios, y el exceso de alimentos líquidos disuelto en sangre sin arenas. Fluido donde mueren los sólidos: el carácter, la seriedad, la respetabilidad, el don de mando, el sentido de la responsabilidad, la obediencia a la palabra empeñada, el sentimiento de dependencia y subordinación, la noción de la propiedad, la consideración al prójimo, el instinto de vecindad, la previsión, la ayuda mutua, el carnet de identidad, el bastón.

Blando, blando el cráneo sin vicios, y sin tegumentos confusos los tejidos. Su voluntad no pudo criar huesos. Era incapaz de no entender. Y con la semilla de cada ofensa recibida, cultivaba en tiestos, en vez de cóleras, graciosos Montaignes de salón.

Blando, blando el cráneo sin vicios y siempre como de asno tierno, todavía plástico al espíritu. Milagro que no fuera estéril, él tan desasido de vísceras, y su misma fisiología tan escurrida en embudo hacia el chorro de las ideas. Mordido de la enfermedad, casi no escupía síntomas: sólo la imaginación daba señales de padecimiento. Era su cuerpo transparente, maleable. Contraía males al contagio de una palabra.

Blando, blando el cráneo sin vicios, fontanela a todo servir, mollera sin cerrar, suturas abiertas, mente sin aristas ni callos, moral sin principios, sistema en constante reforma, alma —si no ramera, porque ni alquilona ni desganada— sí, en cambio, apetitosa y sedienta, lúbrica de nociones y cosas, anhelante de ser poseída a cada momento por otro soplo de la brisa: lujuriosa yegua de Andalucía, cambiante nube sin miedo a su íntima tempestad.

Blando, blando el cráneo sin vicios; hasta donde llegó

tarde el vino, cuando ya no podía hacer daño: como si de tanto esperar, el vino hubiera purgado sus venenos; hasta donde el humo del tabaco subió tan despacio que se descargó de nicotina; adonde el temblor de amor incesante, si mala costumbre a los comienzos, acabó en legítima naturaleza y propia esencia.

De modo que la plancha ardiente evaporaba y deshacía al instante toda gota de vida. De forma que no pudo haber resquicio al rencor, ¡el panal tan lleno de abejas! De suerte que no percibía los obstáculos, pues ¿qué sonámbulo tropieza? De manera que, blando e informe, entró, quién sabe cómo, igual que un grande rayo de acero, hasta el cielo de la libertad.

Río, noviembre de 1930.

2. Donde el poeta se descubre a sí mismo

¡Qué mal, pero qué mal escribe el poeta de algún tiempo a esta parte!

Y él, allá lejos, díscolo y encerrado a solas, monologando y refunfuñando:

—Si nos descuidamos, todo esto para en anquilosis. Los lectores sólo se dan cuenta después de cien años, índice de velocidad del alma. De manera que estamos solos y arrancados de la opinión.

"Llegó la hora de trabajar a contrapelo, despeinando y alborotando otra vez el estilo. Haber acertado una a dos no es razón para vivir imitándose. El pintor, por eso, ha comenzado a pintar contra la pintura; el músico, a componer contra la música. El toque está en entrar destrozando, en salir cortando, como el cuchillo del Viejo Vizcacha; en aparecer por donde no. "—¿Por qué no pinta usted en su cuadro esa hoja de periódico? —Porque, mejor que remedarla con los pinceles, voy a pegarla en la tela con un poco de goma." "—¿Qué pasó con esa melodía? —Nada, que la sedujimos a la dragona, y luego la dejamos caer a medio camino, y nos reímos de ella, y no queremos saber más, ni en qué ha parado, ni si ha parido." El toque está en abrirse una herida grande,

por donde se entren aire y luz nuevos; en provocar hemoclasias interiores, choques de sangre, dejando llegar hasta lo íntimo las sustancias en estado bruto, antes de que sean asimiladas, antes de que las envuelva ese vaho de espíritu rancio, ese tufillo de costumbres verbales... ¡Oh, tomar una piedra viva y plantarla en medio de la frase! ¡Qué vergüenza de sustantivos junto a ella! ¡Agarrar a fuerza aquella palabra chillona y estremecida, y clavarle la pluma allí mismo, en salva sea la parte, para darle el tratamiento que se merece! Acabar con la cocina del Palace Hotel —salsas de fondo, salsas madres, y otros alimentos en serie, y métodos de putrefacción uniforme para paladares mundanos—, y ser capaz de servir a la mesa un gallo entero, sí; pero un gallo anterior a la torsión del pescuezo (tuércele el cuello al cisne, no al gallo); un gallo con su bailecito amenazador de ala caída, cuchillero con el sarape al brazo, con su faroleo de guapo y compadrón en el corral donde nadie le tose, y con su *ki-ki-ri-kí,* su *Cristo nació* y toda su alegre faramalla.

"Pero luego viene lo mejor, y lo peor, que es comerse al animalito vivo, como se comía el lechón durante los primeros setenta mil años de la humanidad, según asegura Charles Lamb. Porque aquí tocamos el misterio de la creación. Para llegar hasta mí ¿todo tiene que morir previamente? ¿Sólo he de alimentarme yo de momias y cadáveres? Conozco la receta: —Tómese una emoción, cuélguesela de una pata hasta que esté bien manida, hasta que la pata se rompa sola y la emoción se nos caiga al suelo; sométasela al fuego de la imaginación voluntaria. (Todo cocinero literario sabe encender este fogón en tres tiempos.) Empápesela poco a poco en salsa de lecturas oportunas, bien maceradas; salpíquesela con un pellizco de especias, como que somos muy pillines, como que se nos ocurren muchas cosas y no las decimos por modestia; déjesela reducir varios días; sáquesela del fuego y pruébesela de primer intento, a ver lo que sale; sacrifíquese con la primer lectura a algún amigo paciente, y hágase caso de su consejo; añádase esto y quítese estotro; y un ramito de lechuga por aquí, y un rabanito tajado en flor por allá; y cátala en letras de molde para estómagos fatigados..."

Y mientras gruñe, dando puñetazos contra el aire, afuera, a la puerta, el ejército de fantasmas ya inútiles: son los sin-trabajo de la estética que se han quedado, como en el poema de Curros Enríquez,

De rabia e de cólara os dentes batendo.

Río, 1931.

3. Los Quitutos

Cosas, Celalba mía, he visto extrañas.

Góngora

Cierto día recogí del suelo la pluma de un ala de Cicerón, magnavoz de entonces. ¿Quién resiste a la presión atmosférica? Quise abrir, apenas, un poro en medio de la nube, y se me vino abajo una catarata. Me ha pasado de todo.

Yo he visto hundirse carpas de circos, entre los rugidos de los leones, caídos como en una red. He visto inflar globos que se bamboleaban como cabezas hidrópicas de flacos pescuezos y hacían pedorretas al público. He oído gritar a un barco: "¡Ay, que me abro!", dando panzadas sobre el mar. He subido y he bajado escaleras, sin darme cuenta, hasta más allá de los peldaños. Me he metido por un espejo, y luego no encontraba salida. He caído en una tembladera, y eché alas para desatascarme. Me he quedado preso, de noche, en un Museo, oyendo roncar a los siglos. Me he visto seguido por siete perros callejeros, que no se me querían apartar y reían a carcajadas de mi aventura. De niño, me picoteaban las urracas porque les andaba en los nidos, y los pavos reales, porque les imitaba el lenguaje sin saber bien lo que decía. Después, he equivocado los sobres de las cartas, y nadie me lo ha querido advertir. En París, Kikí me ha seguido desnuda hasta media calle, y yo sin saberlo. Me ha pasado de todo.

Pero nada, nada es peor que cuando lo atacan a uno los Quitutos, con sus barbillas desteñidas y los ojos siempre entornados. Dan saltitos y pegan, pegan y abrazan. Los Quitutos se cuelgan de los árboles para rasguñar la cabeza de los jinetes. Los caballos quieren desbocarse en cuanto los hue-

len. A veces, en mitad de la noche, los Quitutos zumban como locomotoras. Andan de lado, como los cangrejos. Son pequeñitos y crueles; pelean con las grullas: se aficionan a su víctima, y vuelven varios días sobre ella hasta consumirla como los vampiros. Lo rompen todo los Quitutos. Se disfrazan de humanos, y cuando han logrado inspirarnos confianza, comienzan a entornar los ojos: es el aviso fatídico.

Yo tuve un amigo a quien se llevaron los Quitutos. ¡Qué gritos daba! Lo colgaron de la lengua, le chuparon los ojos. Quedó sólo un zurrón vacío, llamado Marsyas. Ahora lo usan los gaiteros; sobre todo, el de Bujalance: "Un maravedí por que taña y diez por que calle."

1931.

4. Cuenta mal y acertarás

Catástrofe del poeta

Se entretenía, pues, con un tetrastrofo monorrimo de asunto hagiográfico. Formaba torrecitas de versos. Y aunque San Pascual Bailón, su patrono, es posterior en dos siglos al viejo mester de clerecía, no le sentaba mal el ropaje aquel, pesado como hábito eclesiástico y con sus alamares de oro bordados y cosidos a mano. Al final de cada alejandrino, el poeta clavaba una estaca de consonante, y luego torcía catorce veces las hebras de la frase. El poema, sólido como un elefante en cuatro patas, comenzaba así:

Clerecía

Amigos y vasallos de la buena cocina:
de mi Santo patrono la historia peregrina,
la mitad se demuestra, la mitad se imagina,
quien la lea más pronto la acaba más aína.

De frailes cocineros ejemplar y retrato,
mejor que Radegunda y que San Fortunato
que, orando siempre juntos, comían en un plato,—
a San Pascual se le iban cien años en un rato.

No está mal este lujo de erudición en punto a la historia del arte culinario. Pero el poeta no se podía defender, sea

por el asunto mismo o por la forma, de cierto sabor de ramplonería. Y entonces se le ofrecía la tentación de grabar, con mayúsculas en escalera, cuándo un acróstico o cuándo una lápida cubista.

Décimas en acróstico

S iempre debemos, varones,
A labar al que cocina.
N o hay triaca ni medicina
P orque lo han de adivinar:
A yunos y privaciones
S ólo ayudan a pecar,
C omo quien guisa el gazpacho,
U na vez que lo alimenta...
A ceite, sal y pimienta:
L ibradnos de desear!

S epan la historia ejemplar,
A guanten esta versada.
N o digo el nombre ni nada,
P ara el que ayuna... razones.
A quel Santo, por guisar,
S upo guisar sin empacho,
C omo ayuda el río al mar,
U na hostia natural.
Á nimas, que pudo el tal
L avar con vino el empacho!

Lápida cubista

Bonete mandil y barriga
Cunde el rumor de pajaritos fritos
Mientras la hostia canta
                en el árbol más alto del convento
A San Pascual
las barbas se le cuecen
                Y en cien años
Las monjas echan bigote y gastan botas militares
Cómo se ríe la hostia con el ir y venir
del atontado San Pascual Bailón
                Tal es la historia
                Punto y colofón

Nada, que no daba de sí el asunto. Y el poeta pasaba de la serranilla a la telaraña del caligrama (por él se dijo aque-

llo de "sudaba la gota gorda") lo mismo que iba desde la octava real —tan real de veras, tan mueble de salón al estilo de cierto siglo— hasta el poema sonambúlico de la estética más a la moda.

Serranilla del santo

Cocina lavada,
vajilla pulida,
colación servida,—
la noche que entraba.
El cubo, la noria,
el Santo en mandil.
(Restos: zanahoria,
nabo, perejil.)
En cada ramita
se columpia un ave,
y el Santo no sabe
cuál es más bonita.

¡Alto! Las consonantes le van forzando la mano al poeta. La serranilla no lleva traza, ni hay manera de darle aire serrano. Veamos entonces el

Caligrama

Cocina
S A N Hostia P A S C U A L
Puchero
(¿Santa Teresa?)
Guiso
E U C A Consagración R I S T Í A
Mens sana in corpore etc.
RIP (católico) VAN (y doméstico) WINKLE
BAILÓN PASCUAL
——— —Y— ———
sin baile con cordero
En su convento militar
De cocinero ——— a fraile
De fraile ——— a cocinero
Y un trino
encima
de



Y aunque el caligrama no afectaba la forma del copón ni ninguna otra conocida, el poeta le dejaba ese cuidado al tipógrafo, que es, en último análisis, el verdadero poeta en el caso.

Lo más difícil sería contar la historia del Santo sin contarla. Lo más poético es contar mal, dar por conocida la historia. Y de cabeza el poema sonambúlico:

Humildad de la hostia en la cazuela
y guiso del cordero pascual entre vellones.
Canta sola la mística posada
entre revuelos de las monjas cándidas,
y el Murillo de "La cocina de los ángeles"
otra vez moja su pincel.

Sofocación del estro. Abrir las ventanas. - En esta corrosión de un equilibrio por el contrario, la idea de contar mal un cuento se le convierte poco a poco al poeta en la idea de contar mal una cuenta. Y entonces se le ocurren unas octavas supra-reales, que empezarán, naturalmente, por no tener nunca ocho versos:

Heptava y media

Estas, oh Musa de fregar los platos,
rimas humildes, sí, pero divinas,
culinaria razón, místicos tratos,
revoltijo de iglesias y cocinas,
te harán saber que, cuando el codo empinas
o pasas a la mesa buenos ratos,
tal vez ejerzas, oh lector piadoso,
un acto religioso.

Porque basta un ligero esfuerzo o un leve descuido para salirse definitivamente de *aquí* (para escapar de *esto* donde el objeto abandonado a sí mismo cae por tierra) y echarse a volar sin darse cuenta. Porque basta un instante de reflexión para comprender que lo divino comienza donde ya dos y dos no cuadran, sino triangulan, exagonan, exageran o qué sé yo.

Esto le recuerda, de repente, cierta copla popular que,

como se le ha olvidado un poco, tiene que volver a armar aquí, sin responder de la letra —sólo de la intención y de su misterio:

Son seis las siete Cabrillas,
las Tres Marías son dos,
y en el cielo hay Tres Personas
que forman un solo Dios.

Otra versión:

Cuatro son las Tres Marías,
cinco los cuatro elementos,
ocho las siete cabrillas,
y once los diez mandamientos.

Y ya, lanzado por el derrumbadero del contar mal, resbala y no puede detenerse. El poeta está perdido. Oíd:

Décima con arete

Unidad: el par de polos.
Decena: las Nueve Musas.
Ciencias: sólo las infusas.
Presencias: los sueños solos.
Sin aliento los Eolos,*
las vírgenes dando a luz,
se han cambiado raya y cruz
donde eran cruz y raya.
Las calzas se han vuelto saya
y Arimán se ha vuelto Ormuz.
¡Oh, malhaya!

Todavía, antes de morir acribillado de sus propios acertijos, alcanzó a lanzar este mensaje amoroso:

Aritmética

Dos palomas sólo tienen,
sumadas, dos corazones.
Dos manzanas y dos peras
son dos pares y dos nones,

* ¿Licencia poética?

y diez ojos sólo son
cinco puras emociones.
El hormiguero es la ringla
de tantas permutaciones,
y unas tenacillas solas
sirven para mil terrones.
Tú te igualas al reló
en los enigmas que pones:
cada día te me arreglas,
cada mes te descompones.
Conque no quiero sacar
la cuenta de mis pasiones,
que en cada pestaña tuya
las ahorcas a montones,
como en el renglón final.

SUMA = se anudan veinte renglones.

Tal es la catástrofe del poeta, devorado por la langosta de las sílabas desbordadas. Se lo llora el 17 de mayo, día de San Pascual Bailón.

Río, 1932.

5. Rechifla a la Sombrilla

Entre todas las palabras, había siempre una que se me escurría, confundida con la multitud. Me guiñaba un ojo, dengueaba, sacaba la lengua y se iba. Era la "Sombrilla", de quien ahora voy a vengarme.

Un domingo de alameda con música, salpicado de escupitajos del cobre, el clamor de todos los niños subió al cielo. Y es que, aprovechando una interferencia de la luz —¡ese solecito disimulado y socarrón de los días de fiesta!— los globos de hidrógeno se las arreglaron para escapar a un tiempo, entre una salva de exclamaciones.

Aquello era, por los altos aires, un minué de balones. Los había rojos y verdes, azules, amarillos y blancos. Algunos, los de más temperamento, se erigían en soles, fundaban imperio a la romana, y pronto organizaban una zarabanda de planetas en su homenaje.

Sombrilla hubo que los tomó en serio y subió tras ellos,

muy oronda y sin darse cuenta, como muchachita en trenzas que anda con los borrachos. Pero ¿qué le dio a la Sombrilla?

Y las palabras comenzaron a hacer de las suyas:

—¡Vaya un parasol! ¡Quiso emular al paracaídas y se nos volvió parasubidas! ¡Pues si al paraguas le da por volverse pararrayos... ! Pues, señora, mis parabienes. Y todo ¿para qué? Para nada, o como dice la gente, para ná. (Con mayúscula, en el Brasil, Paraná.)

Y abajo, entre la población infantil desposeída, una asamblea de sombreros de paja y gorritas marineras, con sus cintas y sus letreros: *Alaska, Vencedor, No me bese usted,* y otros últimos testimonios del Verbo.

1932.

III. MITOLOGÍA DEL AÑO QUE ACABA

1931

El fragmento así llamado también en el ensayo "Las jitanjáforas" (*La experiencia literaria,* 1ª ed., 1942, p. 199, y 2ª ed., 1952, página 162) no ha de confundirse con estas páginas.

1. Justificación

Nadie nos entiende. Al acabar el año, nos sobran, allá por los rincones del alma, algunas monedas. Si aludimos a nuestras historias inconfesas, nadie quiere entendernos.

—¡El pobre Melchor! —exclamamos.

—¡Tijerina no falla una! —decimos.

—¡La Retro daba cada espectáculo! —comentamos.

O bien:

—¡Son cosas de Pittiflauts! ¡Son cosas de la Obrigadiña! Pero todos se hacen los sordos. Y seguimos hablando a solas, a trompicones, como los arroyos y los ciegos.

Hay, pues, que explicarse alguna vez y pasar revista a nuestra cuadrilla de sombras.

2. El Holandés de las Botas

Nacimiento de un mito

Viejos conocidos, sonámbulos que asoman por los límites de la conciencia. Dejemos en paz a Lévy-Bruhl, a Freud, a Jung, a Adler. Viejos conocidos, esos espectros que no cristalizan porque nunca nos cuidamos de darles nombre. Todo fluye y se va mientras no lo caza la palabra.

Un apunte de 1910, perdido entre mis papeles, registra el nacimiento de un mito:

1) En la Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios había un inmenso tragaluz. Los lectores observaban que, si el día estaba nublado y el sol aparecía poco a poco, en el tragaluz se dejaba oír un ruido extraño, como el rechinar de unas botas. Se diría que los elementos de la techumbre se estiraban, se desperezaban y chascaban —como quien "se truena los dedos"— al sentir el calorcito agradable.

2) La sugestión de las botas era tan imperiosa que los lectores, en voz baja, se decían unos a otros: "Ya está ahí el de las botas." Comienza la personificación del vago *daímoon*.

3) Alguien trae en la cabeza el recuerdo de cierta lectura o el tema de Wagner: un buque holandés misterioso, un buque fantasma. Como eso de ser holandés cuadra bien al ambiente de los enigmas, atmósfera de los cuentos de Poe, etcétera, se define poco a poco la imagen del Holandés de las Botas.

4) El Holandés de las Botas es un mito solar, un Apolo sonoro. (Aún quedan rastros de esas teorías sobre el origen de los mitos; y lo que es un error respecto a la interpretación del pasado, por atribuir al hombre de ayer la mente de un contemporáneo, puede ser fecundo en la interpretación del presente, si ayuda la buena voluntad.) El Coloso de Memnón, el primer fonógrafo ¿no cantaba al salir el sol? Pues asimismo el Holandés de las Botas, síntesis de sonido y luz.

La realidad en siesta —o sea, como se la ve con los ojos entrecerrados, cuando el vino del sueño y el agua de la vigilia se mezclan— da siempre mitos. El Fauno de Mallarmé cabecea, y resulta la simbolización fálica:

Alors m'éveillerai-je à la ferveur première,
droit et seul, sous un flot antique de lumière,
Lys! et l'un de vous tous pour l'ingénuité.

3. Pittiflauts

Hace muchos años se concibió el plan burlesco de escribir un idilio llamado *Mañanitas de Mr. Pittiflauts en Oklahoma.*

Algo como una anticipación del *Babbit*. Pero Pittiflauts era más humilde, pertenecía a una clase más pegada a la tierra.

El personaje, quién sabe por qué alucinación recurrente, reapareció este año a flor de conciencia, y ya no halla modo de pedir que le concedamos ciudadanía literaria.

Mr. Pittiflauts madruga a regar su jardincillo y anda descalzo hasta la hora del almuerzo. Los pollos de los vecinos le dan mucho quehacer. Tiene que espantarlos todos los días, se han aficionado a sus sembradíos. Los domingos se queda con uno en premio de sus fatigas, lo mata, se lo come, lo saborea con los deleites del hurto. Para comer, se ata al cuello la servilleta concienzudamente.

Lee los periódicos tumbado en el suelo. Es optimista y servicial. No tiene un pelo de tonto. Penetraos de que es una naturaleza sana. Siempre anda mojado, al fin jardinero de vocación, como si saliera del baño. No puede uno verlo sin sentir que ese hombre está fundamentalmente desnudo, y sólo accesoria y provisionalmente vestido, desnudo debajo de la ropa.

Es muy vegetal. A veces trae una flor en la oreja, una hoja enredada en el pelo, o mastica una yerbecita.

No se afeita bien. Se olvida de hacerlo, o se rasguña. Una leve cicatriz en la barba, que vuelve a abrirse cada veinticuatro horas, o treinta y seis, o cuarenta y ocho, mide el curso desigual de su tiempo, a modo de reloj fisiológico.

Es flaco. Su voluminosa manzana de Adán se adelanta, sube y baja, reclama su parte en el festín de la vida.

Todos han reparado en sus dedos amarillos de fumador. Dice que se lava, y sólo se empapa.

Inspira confianza. Excita a las mujeres, sin proponérselo ni darse cuenta él mismo. Vive casto sin percatarse de ello: un simple olvido.

Cuando se viste o se desviste, conversa a solas con sus prendas, con sus amigos los zapatos, con doña camisa, con la traviesa corbata, que no siempre sabe quedarse donde la dejan, con el sombrero que se le pierde a cada rato.

Y así podemos seguir indefinidamente, desarrollando las posibilidades del fantasma contenida en su misma definición: De cómo Mr. Pittiflauts de Oklahoma fabricó, él solo,

un automóvil; de por qué Mr. Pittiflauts se hurgaba a dedo las narices; y cuáles, según Mr. Pittiflauts, sean los mejores modos de cortar las verrugas. Saldría un cuento, saldría tal vez una novela. Pero ¿para qué, lector, para qué? El costumbrismo tiene sus límites y es poesía de corto alcance.

4. La Retro

La Retro, antes del accidente, era como los demás, como todo el mundo, y carecía de interés literario. Un día el auto se le volcó encima. Repuesta de sus contusiones, quedó afectada de un raro mal. El mal se acentuó con el tiempo: había descubierto una nueva senda en el tejido del mundo, agarró un hilo de la madera.

La primera manifestación fue muy singular: la Retro no podía andar hacia adelante, sólo hacia atrás, sólo de espaldas como esas monjitas que retroceden cuando pasean por sus patios en dos hileras. Pero, para atrás, la Retro no sólo andaba, sino que corría, y corría con todo desembarazo.

A poco dio en pedir la cena por la mañana, y el desayuno por la noche; dio en ponerse unas cofias de dormir en los pies, y las pantuflas prendiditas en el peinado. Los calzones se los ajustaba en los brazos, como podía, y metía las piernas por el sostén-pecho.

No todo paró en exterioridades. También contaba los números al revés, que era un portento, y relataba los sucesos en sentido inverso, reculando por la ley de causalidad. Premiaba al malvado, abominaba del virtuoso. Sólo aceptaba criados ladrones. Puso la ética de cabeza, de cabeza la *durée réelle* del filósofo. Creció para abajo, y al fin entró en la muerte como un zambullidor en la alberca.

Es de buen gusto callar las extravagancias a que la orilló su dolencia. Le llamaba vomitar al comer: "mi hembra", a su marido, obligándolo asimismo a muchas rarezas. Si a él se le ocurría darle un beso. . .

Un día se hizo un daño atroz con el cepillo de dientes.

Tal es la fantasía de la Retro.

5. Tijerina

Tijerina era, ante todo, un cerebral, decadencia de una raza escogida. Cortés, pulido, pulcro, amanerado y cuidadoso en el habla y en el vestir, blando y ridículo. Pero su cerebro tenía una mancha, su conciencia escondía una arruga: siempre temía decir cosas inconvenientes, se esforzaba por usar eufemismos y, para mejor arreglarlo todo, acababa por echarlo todo a perder, como aquel que citó el refrán del que con niños se acuesta, y puso el etcétera después de la palabrota. Esta singularidad se manifestaba en varias formas que admiten ser clasificadas:

Veía inconveniencias donde no las hay, aguzando de un modo enfermizo el don del equívoco y del retruécano. Vino a Río de Janeiro. No había manera de obligarlo a mentar la calle de su casa.

—Habito —decía sonrojándose— una casita en la calle del Senador... no Dantas, no, sino la otra.

Un día, casi tartamudo de pena, explicó:

—Bueno, ustedes me entienden, vivo en la calle del Senador Schoking...

¡Acabáramos! ¡Calle del Senador Vergueiro! Bien se ve que el pobre se había educado en el pueblo donde se dice "blanquillos" y "cilantro". Un día, por poco se bate con un amigo que le preguntó si le gustaban las berzas.

Cuando, en cambio, no hacía la menor falta, se le escapaba una atrocidad y se quedaba tan fresco, porque ni siquiera se daba cuenta. ¡Extraña sordera! Oía lo que no, dejaba de oír lo que sí. Lo de los tapacosas para cubrir partes que el decoro impide nombrar bien pudo sucederle a él, que peores le sucedían.

Finalmente, y era lo más curioso, se le trababan las palabras limpias con las intenciones aviesas, y hacía unos enredos y cruces increíbles: "Estamos *dejidos* de la mano de Dios", "Le costó un *ojevo* de la cara", etcétera.

—¿Quién ganó?

—El Fluminense, señora. El equipo del Botafogo se desmoralizó, porque su portero fue mal herido.

—¿Cómo así?

—Lo dejaron cuatro *jones* más uno.
—¡Ah! ¿Cinco *goles?*
—*Jones,* señora, *jones.* (Porque él, a la americana, pronunciaba la *c* suave como *s.*)

¡Pobre Tijerina! Este transporte de intereses éticos y léxicos recuerda el caso de Verlaine y Rimbaud, en Bruselas. El fiscal concluyó así su acusación:

—¿Confiesa el reo Verlaine que disparó contra Rimbaud?
—Sí.
—¿Y por qué lo hizo, si puede saberse?
—Por amor.
—¡Ya ven ustedes, señores, el acusado confiesa que es *sodomista!*
—*Ita,* señor fiscal.
—¿Se atreve usted a interrumpirme?
—*Ita,* y no *ista,* señor fiscal.

En esta historia de Tijerina, el cronista lamenta que le sea imposible explicarse con mayor claridad.

6. La Obrigadiña

La verdad es que la señora Obrigadinha (en adelante, diremos Obrigadiña para evitar errores de pronunciación entre la gente de nuestra habla) era toda esferas y hoyuelos. Se le reían los ojos gachones, se le reían los senos, las nalgas. La piel le hacía olitas en los brazos, como a los nenes. Llegó al Brasil, y lo primero que aprendió fue a dar las gracias: *Muito obrigadinha* (Muy agradecidita).

Tal era el contraste, o tal vez la armonía secreta, entre sus inmensas posaderas, sus esferas en aumentativo, y el dulce diminutivo de aquella su frase favorita, que poco a poco los amigos dieron en llamarla por el apodo de la señora Obrigadiña, la de las rotundas obrigadiñas.

La Obrigadiña era hacendosa, era buena: sudaba del comedor a la cocina, del cuarto de plancha al de bordar. Era regalona y repostera. Sus manos, palomas regordetas, maestras de toda labor en miniatura, hadas del gancho y de la

aguja, se las arreglaban, no sé cómo, para gobernar los tejidos microscópicos del hilo y la tela.

Modelo de esposas, madre gazmoña, educaba con preceptos y consejos almibarados a su hija única, una muchachota más seca y ardiente que la yesca. Atendía con desvelada minuciosidad a aquel desvencijado camello que resultó ser su varón.

A no ser por su inmaculada ternura, hubiéramos creído que sorbía en sí, como un vampiro, la materia y la materialidad de su familia y hasta de la gente que vivía en su casa. Las criadas mismas enflaquecían a su lado. Los vecinos le mandaban de visita a sus muchachos rechonchos como a una estación dietética, porque invariablemente los devolvía en media hora más aligerados de peso. Iba y venía, no le pesaban las carnes, poseía la rara agilidad de la gutapercha. Rodaba, botaba, rebotaba, y se le reían, temblando, los hoyuelos.

Era irremediable el verla y soltar la risa al instante. Sobre todo porque resultaba imposible no pensar, más que en ella, en sus obrigadiñas, de que su persona toda era como la expresión exagerada. Allá, detrás de la cintura, las obrigadiñas subían, bajaban, se mecían, giraban, asumían autoridad propia, voluminoso parangón de los senos. Lástima que no las llevara a la vista en un descote, como asomaditas al balcón; mellizas de pitagórico magnetismo; centro, cifra, gravitación de su ser, coordinación de su geometría física y moral, cuerpos gloriosos.

Los maestros de esgrima suelen hablar de "la tentación del vientre". ¡Que si vieran esto! Aquí sí que se reducía el mundo al compendio. Dondequiera que ella se presentaba, todas las líneas de equilibrio parecían converger hacia allá y la pesantez padecía una declinación apreciable, la perspectiva de los espacios se refractaba, las verticales se inclinaban, las horizontales subían o bajaban un poco, las rectas se curvaban en torno a ella, se hacían cóncavas para acariciarla o contenerla, como unas manos mimosas.

Los eruditos, al verla, recordaban a la *primera Venus de Willendorf* (Museo de Historia Natural, Viena).

Ésta era la Obrigadiña, la de los orbes elocuentes.

7. MELCHOR EN CARRERA

MELCHOR entra en la historia con un aire de héroe del cine: joven lustroso y afeitado, elegantemente vestido y con aquella levedad que comunica el deporte mientras no llega a las exageraciones atléticas.

Melchor llama a una puerta. Nadie, ni él mismo, sabe a qué iba. La puerta se abre sola y se cierra sola tras él. Melchor ha caído en una trampa. ¡Y qué trampa!

Es un inmenso palacio de profundos y anchurosos salones, casi sin muebles. De tiempo en tiempo, un objeto absurdo; por ejemplo, un orinal lleno encima del piano, un pájaro que revolotea en el agua de una pecera, un ahorcado que cuelga en la barra de una cortina, un caballo-mecedora sobre el cual cabalga un gatito.

Se acerca un lacayo de librea y lo precede para conducirlo hacia el interior del palacio, un lacayo rígido y mudo que anda con los ojos cerrados, lleva un candelero apagado y camina sin volver la cara.

De pronto, pasan por entre una doble hilera de sirvientes, todos de diversa estatura y trajeados con libreas iguales: rojo, plata y blanco. Pero las libreas son de una sola talla y medida. Al más alto, el calzón corto le hace calzoncito de baño, le llega apenas al arranque del muslo, y las mangas, apenas más arriba del codo. Al más bajo, el calzón le cae en generosas arrugas, las mangas le cuelgan como en los muñones de los mancos.

El desconcierto de Melchor es visible. Comienza a "perder la línea", el buen aire. Ya está todo fruncido de inquietud y de desazón, el semblante olvida el señorío, envejece por instantes, le crecen las barbas, el traje se le pone viejo. ¿Habrán transcurrido varios años durante el misterioso desfile? En vista de la unidad de tiempo que han dictado los preceptistas, apenas osamos admitirlo; pero así es, pese a los códigos.

Melchor siente la necesidad de respirar aire puro, se acerca a la ventana. Lo que ve en la calle acaba de desconcertarlo: Es el amanecer, el cielo está gris, llueve un poco, que es el modo peor de llover. Pasa, sin ruido, un carro de la carne.

Del carro cae, en la curva, una res desollada, muy rembrandtesca, que al punto encharca el suelo de sangre. Los hombres del carro, con brazos musculosos y remangados, bajan a recoger la res. Pero se han juntado algunos transeúntes y los miran con tan espantosa fijeza que los carniceros, silenciosos y atemorizados, abandonan la pieza, trepan presurosamente en el carro y se alejan a toda prisa.

Melchor cierra la ventana horrorizado, los pelos de punta. El mayordomo lo lleva entonces hasta una especie de teatro que se abre al extremo de una galería. Melchor es el único espectador a la vista. La escena representa un retablo holandés del Renacimiento, acaso un cuadro de costumbres a lo Teniers. Giran de pronto los bastidores, y aparece el Gabinete Famoso del Doctor Jeringa.

El Doctor, con ayuda de una grúa, mueve trabajosamente una jeringa gigantesca y la aplica por un orificio del telón de fondo. Se oyen gritos, se adivina del otro lado al paciente, sin duda sujeto por los ayudantes del Doctor, como el chino del cuento, pues el telón tiembla y se sacude.

De pronto, el "facultativo" se vuelve hacia la sala y señala con el dedo a Melchor. Los ayudantes —enormes caras con piernas y brazos, disparates de Jerónimo Bosco—, salen a escena, saltan de las candilejas al patio y quieren apoderarse de Melchor.

Éste, ya enloquecido, echa a correr por una puerta de incendio, da en un callejón lleno de luz, cuyo espacio mismo parece hecho de pestañas de acero, de espadas delgadas y flexibles, donde el fugitivo va dejando el traje y el pellejo. Sigue huyendo sin hacer caso de sus heridas. Hasta que, sangrante y desnudo, verdadero Marsyas desollado, desemboca sobre una balsámica cuna de algodón en que están cantando los ángeles.

Y tal es el caso de Melchor en carrera, caso único si los hay, caso inaudito.

IV. CANTO DEL HALIBUT

Epopeya atávica

Cuaderno primero de la Bibliotheca
Hipoglossia

1928

1. *Edición algo crítica*

I

(Llegan)

*En la orillita del mar flordelicado,**
llegan los negros tañendo el halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
copiosos negros en pos del halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
jeta de negros, lechal de halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
hedor de negros asfixia el halibut.

II

(Beben)

En la orillita del mar flordelicado,
pisan los negros la paz del halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
antiguos negros peinan su halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
negros untados en luz de halibut.

* El lector puede dispensarse de leer este estribillo monótono, pero la probidad filológica nos obliga a reproducirlo. "Halibut" debe pronunciarse siempre como palabra aguda, para distinguirlo de otros monstruos. *Nota del editor.*

En la orillita del mar flordelicado,
liban los negros la flor del halibut.

III

(Adolecen)

En la orillita del mar flordelicado,
comulgan negros en miel de halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
suspiran negros lamiendo el halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
negros desmayan, roncando el halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
fallecen negros en mal de halibut.

IV

(Danzan)

En la orillita del mar flordelicado,
¿qué hacen los negros? ¡Métenle al halibut!

En la orillita del mar flordelicado,
negros danzantes engendran halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
furia de negros, pasión de halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
negros latientes violando el halibut.

V

(Orgía)

En la orillita del mar flordelicado,
bufan los negros y alumbra el halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
zumban los negros, corona en halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
piernas de negros enredan halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
sartas de negros, estaca en halibut.

VI

(Crimen)

En la orillita del mar flordelicado,
sangre de negros, puñal de halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
aspas de negros en cruz de halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
cierran los negros la rosca en halibut.
.....................................*
....

VII

(Libertad)

En la orillita del mar flordelicado,
ojos de negros punzando el halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
dardos de negros erizan halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
negros altivos matando a Halibut.

En la orillita del mar flordelicado,
¡La Independencia del Negro Halibut!

2. *Comentario*

I. *El género confuso.* Narración poética de un suceso heroico, alguna emancipación nacional, costumbres rituales y orgiásticas de una raza vetusta y desaparecida, moradores de playas después sumergidas por cualquier catástrofe terrestre. Epopeya que se ha dado en llamar "atávica" por ser resultado, más que de un propósito consciente, de una perpetuación inconsciente, precipitación de tradiciones, visiones étnicas, emociones folklóricas fijadas en los nervios de un pueblo acaso por amontonamiento hereditario, y reveladas de repente por un poético estallido de salto atrás.

II. *Lugar y época.* ¿Cuándo, dónde aconteció el episo-

* Lamentable laguna en todos los Mss. colacionados. [*N. del E.*]

dio? La escuela histórica se empeñó en situarlo en una Batavia inmemorial, isla de Holanda, o fantástica, como la Pancaya de Evhemero, alegando que, por corrupción oral, se llegó a decir "atávica" donde debió decirse "batávica", o canción heroica de los bátavos. Pero esta hipótesis está ya mandada retirar. El pueblo que preservó este poema ignora sus orígenes y, prácticamente, su significado. Se supone que fue revelado por "aura", inspiración o regüeldo de la subconsciencia colectiva. Tal vez el episodio carezca de realidad histórica o sea un resumen de hechos dispersos. No es dable atribuirle escenario determinado.

III. *Naturaleza del episodio.* El asunto es también incierto. ¿De quién, de qué se trata a lo largo de estos singulares versículos? Sólo sabemos que es un canto épico, aunque el género atávico ha dejado también ilustres manifestaciones, harto conocidas hoy día, en los órdenes líricos, idílicos, elegíacos, pastorales, etc. Pero el género atávico descubre sus rasgos con mayor relieve en la épica, por lo mismo que aquí parece presentar hechos vividos, prevividos, postvividos o subvividos.

IV. *El héroe desconocido.* El héroe, el halibut, es también un tanto enigmático. En verdad, hay dos héroes, o un héroe y un coro con dignidad de personaje activo y colectivo: el halibut y un pueblo de negros que comulga con sus despojos, se emancipa y redime tras de someterlo al *sparagmós* o despedazamiento dionisíaco. El coro no ofrece problema. Pero ¿y el halibut? Por veces parece un aparato de música, un bigarro transformado en trompa marina, una lámpara, un astro, un utensilio de uso más o menos lúbrico, un instrumento de tortura, una flor venenosa, un manjar, un licor sin duda aguardentoso y embriagador, una hostia sacra, un tótem, una parte del cuerpo consagrada por el ritual erótico, un elemento del paisaje, una atmósfera, un estado de ánimo. . . Hacia el final del poema, el héroe se ha personalizado en un ser.

V. *El vago asunto.* Hasta donde puede colegirse, se cuenta la historia de una tribu primitiva o bien decadente, sensual, sangrienta, voluptuosa, refinada y cruel, que suele embriagarse junto al mar en alguna celebración mágica o

fiesta mística, y luego da muerte a un dios para incorporárselo por manducación o bebida, y bajo cuyo poder se retuerce en éxtasis y espasmos, para acabar en alaridos de libertad. El final viene a ser un baladro de independencia, un 16 de Septiembre irreal y crepuscular. La gemebunda raza marítima afirma su autonomía devorando al Antiguo Régimen. Las mesnadas iracundas parecen clamar: "¡Sufragio efectivo: no reelección!" Y se oyen los tumbos del mar, o se adivinan.

VI. *Consideraciones antropológicas.* Se dice: "negros". Es dudoso que esta denominación corresponda a un tipo étnico definido. Parece una traducción sonambúlica de la barbarie, del primitivismo tal vez, o de la crueldad voluptuosa. O se dijo "negros" por "morenos", como hacen los argentinos. El lenguaje sintético de la poesía lleva a los extremos. O es una denominación cariñosa, así como quien exclama: "¡Mi negra!", por: "¡Oh dama de mis pensamientos!" Hasta aquí las actuales investigaciones.

VII. *Reflexiones estilísticas.* Siete estrofas o *laisses* de cuatro dísticos cada una, caracterizados éstos por la rígida simetría del fraseo. Métrica no registrada en los reglamentos aduaneros. Recurrencia léxica, reiteración encaminada a provocar el sonambulismo. El primer verso de cada dístico se repite hasta el aturdimiento. Estética del Rimbaud Ebrio y del Suprarrealismo Soluble. El verso reiterado crea un marco para el movimiento del poema, un fondo marino sobre el cual resalta el cordón de negros, con lejanas circunflexiones de olas. El verso reiterado es un friso. Si la repetición recayera sobre el segundo verso del dístico, lo llamaríamos letanía. "En la orillita del mar flordelicado": de aquí fluye todo el poema, como de una fresca banda azul que escurre y destiñe sobre una pared inmensa.

VIII. *Elementos del friso: a)* "Orillita" es diminutivo perverso, putrefacción oriental, cosquilla y tortura chinesca, puñal en miniatura, juguete de la Nao de China, flor japonesa, opio, cocó y qué sé yo. "Orillita" punza y taladra, hace un rechinido de sierra. A la vez, purifica los contornos nítidamente, como un buen dibujo lineal, y crea un contraste paradójico y cristalino con la emanación sofocante y em-

briagadora del episodio. *b)* "Flordelicado." Hemos hablado de olas circunflejas. ¿Olas en figura de flor de lis? ¿"Flordelisado" como el "camarín" de Efrén Rebolledo? ¿Modernismo ya? ¿Delicada flor de lis? ¿Motivo de un muro cretense, lo que nos llevaría muy lejos? Todo puede ser. "Delicado" es adjetivo exhausto, gastado al uso. "Flordelicado" vale mil veces más. Equívoco, calambre mental, contagio entre dos o tres palabras, cruce léxico, secreteo entre varias ideas. Completa ecuación verbal, ella estaba en la mente de Dios esperando que la nombraran. O cayó de la Divina Corona, como en la Cábala los signos hebreos de la escritura.

IX. *Hipótesis psicoanalítica.* Hay un punto de vista audaz, y no podemos disimularlo. El poema, según esto, no sería un poema antiguo, sino un vuelco de atavismo, un hundirse hacia el pasado profundo, un tragarse a sí mismo acontecido en la mente de algún falsificador moderno. X —que así conviene llamarlo— viajaba entre Nueva York e Inglaterra en un barco de la Lamport & Holt. Le servían a bordo, con desesperante frecuencia, ese pescado norteamericano, pegajoso e insípido, que es el hipogloso *(halibut)*. X entraba en un raro trance a la hora de las comidas. Nada recuerda. Sus compañeros de viaje lo han revelado a los investigadores, entre muchas reticencias y no escasos melindres. La palabra de la minuta, leída al descuido, se le encaminó a X por los estratos del alma hasta el yo profundo y hasta el "ello", a modo de virus filtrable. Y un día salió a flor de labios en el poema que admiramos, convertida en el propio nombre de nuestro Héroe Desconocido. Y es evidente que el halibut del poema tiene, en efecto, un no sé qué de pescado, un aroma entre repugnante y atractivo de fauna marítima, ambivalencia característica de todas las emociones sagradas, que incitan y rechazan, seducen y aterrorizan.

X, al acercarse la hora de las comidas, oía siempre ese tañido de corno o corneta con que se anuncia a bordo el servicio, y dio en llamarle a esto "el tañido del halibut". El tañer del halibut estaba a cargo de un negro: otra explica-

ción más de las asociaciones musicales del halibut y de los misteriosos negros que aparecen en el poema.

Los compañeros de X declaran que éste les hablaba frecuentemente de cierta página en que la Condesa de Noailles describe a un príncipe cazador, persa o indio, revestido de seda y de colorines como en las antiguas miniaturas, montado en un caballo blanco, que echa atrás el busto para tirar del arco y lanzar la flecha. Pero la poetisa, en vez de considerar este movimiento como una torsión vigorosa, lo considera como "un desmayo". Esta reducción del esfuerzo a un abandono, esta interpretación de la energía como flojedad —perfectamente compatible con la física superior— es la sangre misma del poema, si bien se mira.

Ahora bien, aun admitiendo esta hipótesis tan desconcertante en apariencia (y que parece corroborada por el hemistiquio de la estrofa IV: "¡métele al halibut!", forma dialectal sólo conocida hasta hoy en un pueblo contemporáneo), queda la posibilidad de que el falsificador moderno haya recogido en sus inspiraciones, de modo más o menos consciente —pues no es de desecharse del todo el caso de la iluminación y del salto atrás— algunos elementos de una tradición vetusta y casi perdida. No sería la primera vez que MacPherson sorprende al mundo con los cantos de Ossian.

X. *Problemas de edición.* El poema no se presentó de una vez en su orden lógico, sino en estado fragmentario y disperso. Los eruditos han tenido que recomponerlo y organizarlo, cambiar los versos de lugar como lo hacía Renan para el *Cantar de los Cantares,* y defenderse contra la tentación de las supresiones o interpolaciones, tentación que ya padecieron los *diaskevastas* homéricos en la Atenas de los Pisistrátidas. Poco a poco, el rompecabezas llegó a su arquitectura probable. Singularmente, los dísticos de los versos 7 a 10, 13, 15, 20 y 34 cambiaron varias veces de sitio, como lo apreciará quien consulte los Mss. fundamentales del poema.

En su forma actual, que los gramáticos futuros sin duda rectificarán todavía, el poema resulta bastante legible, dividido en sus siete estrofas, a las que los editores han puesto

títulos o indicaciones entre paréntesis para facilitar la comprensión del texto.

Es innegable que hubo algunos parpadeos o eclipses, y es lamentable la omisión o pérdida de un dístico en la estrofa VI, que rompe la ley de la simetría, y por cierto interrumpe el sentido en un momento bastante escabroso, dando lugar a feas sospechas.

XI. *Consideraciones finales.* Con ser un residuo del pasado, el poema parece destinado a un gran porvenir. Nada diremos del presente porque, como todo el mundo lo sabe, el presente no es un tiempo de la conjugación poética. El fenómeno poético corresponde siempre a un pasado o a un porvenir, reales o imaginarios. El presente nunca es poesía, sólo acción.

El porvenir reservado al poema que aquí estudiamos es realmente incalculable. El *Canto del Halibut* es un poema todavía vivo y en constante transformación. Prende en el lector como un contagio, lo arrastra en su ritmo y en su fluencia verbal, y ofrece, a la vez un molde fijo, tan fácil de aprovechar que todos nos sentimos bardos, todos inclinados a seguir añadiendo estrofas por nuestra cuenta: cristal donde todavía pueden tallarse nuevas facetas, fórmula abierta de la celulosa que puede acrecerse incesantemente en perspectiva indefinida. El elemento ya coagulado del poema, el verso fijo, el friso, deja el hueco para nuevos elementos líquidos y cambiantes. Y así, el *Canto del Halibut* apenas parece un punto de arranque para muchos desarrollos posibles. Todos guardamos algunas especies halibutianas en el fondo del alma, que se desatarían en versos a la más leve provocación, como una improvisada selva de ritmos.

Pronto, para entregarse a este saludable ejercicio (*kátharsis* del filósofo griego: lo que se expresa ha dejado de padecerse), se ha creado una sociedad poética, el Club del Halibut, cuyos miembros trabajan en colaboración; aunque no faltan las disidencias, los bandos, como siempre acontece. Unos reclaman la mayor libertad para seguir pescando nuevos versos en los lodaceros del subconsciente, pues el Halibut es un pez que desova siempre en el fango, y los adeptos de esta escuela representan algo como la extrema

izquierda del Club. En cambio, otros —la extrema derecha, a la cual pertenece la edición aquí presentada—, buscan precisamente la aproximación al arquetipo, al poema escrito y creado ya de toda eternidad en el seno de las Normas. Pues así como hay ráfagas eléctricas, o cósmicas o lo que sean, que cruzan el universo en todos sentidos, así los versos andan por ahí, solos y autonómicos, como mariposas, esperando que logre atraparlos la afortunada red del poeta. Según esto, cabrían aproximaciones, intentos, retoques, pero no una reelaboración perpetua del *Canto del Halibut.* No conviene que en torno al canto se consienta una flora parasitaria y caprichosa.

Pero los derechistas, en la aplicación social de sus principios, han llegado a la exageración. El Club ha sido, en el origen, algo como un club deportivo y juvenil, un club de regatas instalado en alguna playa, y ahora pretende estúpidamente transformarse en una ponderosa Academia del Halibut, lo que pronto conducirá a la anquilosis. Nosotros, como editores, hemos tenido que adoptar provisionalmente el punto de vista de las derechas, a fin de ofrecer un texto preciso. Pero nuestras íntimas simpatías se inclinan a un izquierdismo mesurado, lo que se ha llamado de tiempo a esta parte el Frente Popular del Halibutismo.

Presentimos, en efecto, que, cuando hayamos logrado sacar de los mantos profundos —pozos petrolíferos insondables— millones y millones de versos, la sustancia infinita del Halibut expresará todos los anhelos humanos de todas las humanidades posibles de ayer, de hoy y de mañana. El ser del hombre está todo contenido, construido, en la sustancia del Halibut. Cada uno de nosotros es tan sólo una pequeña cristalización, un diminuto y pasajero equilibrio del Halibut, del Panhalibut de la Creación. El *Canto del Halibut,* leído atentamente, despide ese tufillo inconfundible, ese olor de barro original, de légamo bíblico, en que el padre Adán fue modelado.

V

ANECDOTARIO

[*1922-1959*]

MARÍA ENRIQUETA

La poetisa María Enriqueta de Pereyra
llega de Suiza a Madrid

Un día, da dos reales a unos niños para que suelten un pájaro que acaban de atrapar. Otro día —y es mejor— don Carlos la encuentra, a la puerta de su casa, haciendo la centinela a un sapo, por el que había pagado una peseta, para que no lo mataran entre una portera y unos chicos del barrio.

3-XI-1922

Nota posterior: Esta piedad por las rosas y los pájaros, Victor Hugo la extendía liberalmente a los caracoles y a las orugas. En su casa estaba prohibido matar un ser viviente (*Victor Hugo anecdotique,* por M. Martin Dupont, pp. 75-77). En Guernesey, su jardín era sitio de refugio para todo bicho repugnante o maléfico. Estaba lleno de sapos y culebras (Claudius Guillet, *Victor Hugo Spirite,* 1929). Y nos cuentan que prohibió a la cocinera matar dos patos que se criaban en su estanque y que eran sus protegidos, "aunque naturalmente no tanto como los sapos". Esto me recuerda la historia de un gallito o pollo que Pedro Henríquez Ureña y yo no pudimos comer el día que lo sirvió Manuela a la mesa, porque recordábamos muy bien que cantaba de un modo raro y distinto; ya tenía personalidad, ya era "Pollo Gómez".

De Butler

Alguna vez, entre los libros técnicos que hacía traducir para el Fondo de Cultura Económica, tropezó Daniel Cosío Villegas con esta humorada de Samuel Butler:

How blest the prudent man, the maiden pure,
whose income is both ample and secure,

arising from Consolidated Three
per Cent annuties, paid quarterly.

Me pidió que lo tradujera. Le llevé mi traducción a cierta reunión amistosa a la que él no se presentó. Entonces le escribí:

11 de mayo de 1938.

Su ausencia fue un misterio y una pena:
¿Qué le pasó la "noche de la cena"?

(Aquí, el texto inglés anterior. Y luego:)

Publíquese en inglés, que es muy gracioso,
y luego, esta versión que arriesgo y oso:

Gloria al recto varón, la dama pura,
que gozan renta pródiga y segura,
gracias a aquel Consolidado Tres
por Ciento Anual, pagable a tercer mes.

Lo de "tercer mes" es feo:
otra solución no veo.

Pro domo sua

I

Me avergüenzo cada vez que se me llama "helenista", porque, como ya lo he explicado, mi helenismo es una vocación de cazador furtivo; aunque creo que los cazadores furtivos, los que entran en los cotos cerrados y merodean en tiempo de veda, suelen cobrar las piezas mejores. En suma, que hasta la heroica ignorancia de las técnicas, de las preceptivas, si ayuda el astro, conduce también al descubrimiento.

No me avergüenzo de que se me llame "humanista", porque hoy por hoy humanista casi ha venido a significar persona decente en el orden del pensamiento, consciente de los fines y de los anhelos humanos.

Además, soy el primero en saber que a muchos paisanos míos les cuesta trabajo considerar el solo valor o "desvalor"

literario de mi prosa, y más trabajo todavía el llamarme "poeta", condición que me reconocen por ahí los insensatos críticos de otros países. "En siendo de Zaragoza, que me llamen lo que quieran."

Pero ya me canso de rogar, aun a mis mejores amigos —no que se tomen el trabajo de leer mis ciento y pico de libros publicados hasta hoy, que sería mucho pedir—, sino que pasen los ojos por la lista de mis obras, antes de lanzar generalizaciones sobre mi carrera de escritor.

Verdad es que semejante paseo por los títulos es orillado a descalabros. Por ejemplo, un joven cronista quiso un día serme grato, y me trajo un artículo en que elogiaba mi profunda interpretación de Hesíodo.

—¿De Hesíodo?

—Sí: usted ha escrito un gran libro llamado *Los trabajos y los días*...

—¡Pero, hijo mío, si tal libro no es más que una recopilación de artículos periodísticos, sobre un puñado de asuntos pasados, presentes y futuros!

En todo caso, yo me conformaría con este examen de mi lista de obras. Ello bastaría para darse cuenta de que no sólo me he ocupado de Grecia, sino —amén de ocuparme de México incesantemente y, como en el chascarrillo, hasta a propósito de *pum* y cuando no viene a cuento—, he tratado de Egipto, Mesopotamia, China, India, el Asia Menor, Italia, España, Portugal, Francia, Europa Central, Alemania, Escandinavia, Inglaterra, África, América en general, Oceanía, el Polo Norte y el Polo Sur, la Luna, el Sol y las otras estrellas.

Yo no lo digo por jactancia: es un hecho tan independiente de mí como lo es mi baja estatura. Yo reconozco que mi insana curiosidad no es una excelencia, pero así estoy yo construido. Me han mandado al mundo seguramente para visitar este mundo y, mientras llega la hora de la partida, yo pienso asomarme por todas partes.

Una de estas tardes haciéndose eco de ciertas reclamaciones amistosas, un amigo me exponía su parecer sobre la conveniencia de ocuparnos solamente en las circunstancias que inmediatamente nos rodean, si es que queremos hacer

obra fecunda. Yo no quise ser descortés: la verdad es que el universo entero nos rodea de muy cerca.

A poco —pues su cultura y su inteligencia no lo dejaban engañarse—, recordó el caso de la filología clásica en Alemania, y buscó un sofisma salvador en apoyo de sus exhortaciones:

—Ya usted sabe —me dijo— que toda la filología clásica germánica fue impulsada por una inmediata utilidad, la edificación del Estado Germánico.

Yo no quise ser descortés. ¿Cómo voy yo a saber eso, si es un embuste, y un embuste dañino? Si tal absurdo fuera verdad, la filología clásica germánica no valdría un cacahuate, y además, quedarían justificadas todas las presiones oficiales que se ejercen para esclavizar a la inteligencia. Con todo, sonreí y le dije:

—Sí, yo también me traigo mis intenciones secretas de convertir a mi México en una nueva Atenas.

A lo que nada pudo ya contestarme. Entonces, me atreví a decirle:

—"Grecia" es un modo de hablar, es un lenguaje cuya ventaja es ser universalmente comprensible y, además, el encontrarse, como un común denominador, en la base de todos nuestros lenguajes de cultura. Mi "Grecia" soy yo. Cuando tenga usted tiempo, relea mi ensayito sobre "La estrategia del gaucho Aquiles" *(Junta de sombras)*, y verá qué cerca me anda Grecia, sin necesidad de abandonar nuestras latitudes; o asómese a mi *Ifigenia cruel* que es, casi, una íntima confesión, aunque revestida en símbolos helénicos, para poder ser más sincera, siendo todavía pudorosa.

Pero a solas, me quedé pensando: —¿Por qué, en esta época histérica y desorbitada, nos molesta tanto lo que hacen los demás? Pues ¿no es lo mejor que todos atiendan a su juego, al modo de Juan Pirulero? Se diría que, desquiciados los ánimos, cada uno busca su equilibrio fuera de sí mismo, incapaz de quedarse a solas con su alma. Y de aquí ese estéril husmeo en casa del vecino, en vez de ocuparnos algo más de lo que de veras nos incumbe de lo que traemos entre manos. Si cada uno se interesara algo más por hacer bien lo que le compete, dejando en paz al prójimo, otro gallo nos

cantara, como suele decirse. ¡Oh Goethe! Si cada uno limpiara cuidadosamente el frente de su casa, la ciudad reluciría como espejo.

II

Cuando en el *Reloj de sol* publiqué mi "Carta a dos amigos" —pretexto retórico para proponer un plan de mis posibles obras completas—, un triste gacetillero, a quien la Providencia negó el dulce sentido del humorismo, un amargo y despechado de nacimiento, de esos que llegan ya con reclamaciones contra la vida aun antes de haberla probado, quiso ver en mis páginas una explosión de vanidad; pues, por lo visto, lo correcto y decente es que yo no me ocupara jamás de asear ni organizar mi propia labor acumulada.

No faltó el tercero en discordia: otro que, diciéndose mi amigo, comentaba, en su imposible y bien acreditada cursilería:

—¿Y qué ? ¡Una vanidad naciente bajo el opalino cielo de París! ¿Hay cosa más hermosa?

Poco después, cuando nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores pidió a sus funcionarios los respectivos *curricula vitarum,* para constancia en el Escalafón Diplomático, pensé aprovechar la ocasión y, de una vez por todas, hacer una impresión "mimeográfica" de mi lista de publicaciones, por no verme obligado a redactar de nuevo cuando le caen a uno esas solicitudes de Directorios, *Who's Who,* etc., que todos solemos recibir.

Andaba entonces por Relaciones un señor que se anunciaba como "escritor" de oficio en las Guías mundanas, sin duda esperando así seducir al destino para que le tomara la palabra y le concediera el don de escribir siquiera dos frases seguidas. Encargado de recoger los dichos *curricula vitarum,* "puso el grito en el cielo" al recibir el mío, simplemente porque no cabía en la hoja o "machote" que se nos había enviado al caso, y porque la lista de mis libros ocupaba varias páginas y páginas presentadas en "mimeógrafo".

—¡Qué hombre vanidoso! ¡Qué hombre insoportable —exclamó.

Pues, por lo visto, lo correcto y decente es que yo no me hubiera dado cuenta de que había publicado estos y los otros libros.

Yo, que conocí su reacción, le escribí entonces:

¡Oh discreto amigo! —decía mi carta más o menos—. Cuando tú y yo cursábamos juntos los estudios profesionales, yo recuerdo con gusto que solías chiflar mejor que un jilguero. Tus arpados trinos hacían la primera y la segunda a un tiempo, y causaban el deleite de los que te escuchábamos por los corredores de la escuela. ¿Acaso se me ocurrió a mí llamarte vanidoso porque te percatabas de que sabías chiflar y te agradaba que lo disfrutaran tus amigos?

Ello es que, durante muchos años, senté fama de vanidoso: por todo lo que llevo dicho, y también sin duda por ese *ressentiment* que nos hace mirar con malos ojos al que "se anda paseando en el extranjero", y sobre todo si no comete algún disparate que lo haga digno de conmiseración, ni pone en ridículo al país, ni hace escenas de borrachera en su Embajada, ni usa la valija diplomática para el contrabando, etcétera, etcétera.

Y, cuando volví a México, me enfrenté con mi otro yo, con el yo que me había forjado la leyenda, un yo que yo apenas conocía, un tipo engreído, inaccesible, criado en aire de invernadero, y que apenas resistía la democrática experiencia de cruzar la calle.

Pero, ¡oh fementida leyenda! ¡Y qué vueltas das y cómo te mudas inesperadamente en un abrir y cerrar de ojos! Comenzó a frecuentarme la gente joven, la que no me conocía y que esperaba hallarme difícil, inabordable y "estético". Se llevó chasco, naturalmente, porque encontró en mí un hombre como todos, ni peor ni mejor, un mexicano cualquiera.

Y ¿creeréis que se reconciliaron conmigo los desengañados? ¡No, señores! Si antes me zaherían por mi supuesto alambicamiento, tampoco se conformaron con mi comprobada sencillez. Como ya no era posible seguirme mordiendo por ese lado, en vez de buscarme otros defectos (¡y tengo tantos, y yo los enumeraría fácilmente si me lo hubieran

preguntado!), simplemente se manifestaron defraudados y desagradados.

¡Cuál no fue mi sorpresa al ver que mi querido Wilberto Cantón se hallaba ahora en trance de defender mi llaneza y mi aire insignificante! En efecto, en *Novedades* (México, 25 de enero de 1950), escribía estas amables líneas:

> La segunda enseñanza se refiere a la actitud humana del escritor. Esto es, a ciertas cualidades que los pedantes clasifican como *caseras,* pero que son fundamentales para el trato y la vida de los hombres. Por otra parte, de la influencia de esta actitud en su obra hablan muy elocuentemente algunas páginas que han sabido ser permeables a su charla y alegría. Reyes desterró —esperamos que para siempre— la idea de que el escritor debe ser un ente superior que habla constantemente de libros y teorías, y que ve por encima del hombro al ciudadano laborioso y ¡sobre todo! a los demás escritores rivales. *La amabilidad* —escribió— *es la mayor fuerza y la mayor disciplina.*

De suerte que me han dejado tan perplejo entre todos, que ya, cuando se me acerca un desconocido, quisiera comenzar por decirle, como en la Gallina Ciega:

—¿Qué quieres, ruido o silencio? ¿Con quién quiere usted encontrarse, con el artificioso o con el sencillo, con el intratable o con el de buena compañía, no sea que yo lo desilusione?

Porque, al fin y al cabo, ¡todos traemos tantos hombres bajo nuestro antojadísimo manto! Y, como cantaba el colombiano Luis Carlos López:

> Se vive, amada mía,
> según y cómo: yo
> por la mañana tengo hipocondría,
> y por la noche bailo un rigodón.

VIII-1952

III

Pronto aparecerá, en edición del Fondo de Cultura Económica, una colección casi completa de mis versos; pues su-

primo algunos, aunque los menciono todos en el índice metódico del volumen.

El volumen se llamará *Obra poética: 1906-1952* y constará de unas 460 páginas, en octavo manual, apretadas como un serón de higos prensados. Pero el tipo y la caja han sido tan cuidadosamente medidos que el libro resulta, desde el punto de vista material (ojalá también lo sea en el otro), perfectamente legible.

El director del Fondo, Arnaldo Orfila Reynal, me estuvo instando durante algún tiempo para que me decidiera yo a formar esta colección, y al fin vino a añadir peso a sus argumentos el argumento de la muerte. Me explicaré:

En efecto, por agosto de 1951, creí morir de una grave afección cardiaca, y hubiera muerto sin los cuidados del doctor Ignacio Chávez y su espléndido pelotón de cardiólogos, dueños de toda mi gratitud. Reflexioné entonces, bajo la tienda de oxígeno tan adecuada para buscar saldos a la vida, que aun mis amigos más cercanos y mis lectores más pacientes se representaban con dificultad el conjunto de mi trabajo poético, disperso en distintas épocas y países, mal difundido en ediciones privadas, y que valía la pena de organizar ese conjunto, añadiendo de paso lo mucho inédito que la desgana me había hecho amontonar por ahí; y no porque mis versos merezcan mucho, sino porque hay que ser decente y limpio con la propia obra. El esfuerzo fue para mí algo doloroso: releerse, sobre todo cuando de poesía se trata, equivale a resucitar las emociones más vivas de nuestra jornada terrestre.

Pero era indispensable hacerlo. El testimonio de Antonio Castro Leal fue para mí muy expresivo y muy amargo. Yo siempre he hecho caso de sus advertencias. Ahora bien, cuando, en 1949, cumplí mis primeros sesenta años (¿para qué disimularlo ya, a estas alturas, o a estas honduras de la edad?), algunos benévolos amigos me dieron la sorpresa de juntarse en mi biblioteca, y cada uno leyó unos amables versos alusivos al caso y más o menos humorísticos. También se presentó Antonio Castro Leal, quien, en un discretísimo soneto, venía en resumidas cuentas a reclamarme el haber consagrado lo mejor de mis días a la labor crítica, dejando

un poco de lado la creación. Reconozco que su reclamación revela su estima, y en tal sentido me conmueve. Aunque está todavía por averiguar si no hay creación, y de la más auténtica, en cierto tipo de crítica, comentario o ensayo; pero dejemos eso.

El soneto de Antonio acababa con este consejo de oro: "¡Permite a tus abejas dar sus mieles!" Y me aseguran que, en recientes charlas de París, todavía insistía en ese tema. ¿De modo —me dije lleno de pena—, que aun mi Antonio, el que de un solo y gallardo salto, y en un solo y excelente libro alcanzó la fama —libro que yo tuve la honra y la alegría de prologar—; de modo que aun mi Antonio Castro Leal, que tanto y tan bien conoce mis letras y tantas veces me defendió de injustas censuras, puede pensar, y no se asusta de decirlo, que yo he tenido ociosas a mis abejas? ¿Y mis ciento treinta libros serán, pues, inútil cosecha? ¡Ay, puesto que nadie ha delatado este bostezo de Homero, tengo que delatarlo yo, ingrato Antonio!

Como respuesta a su cortés amonestación, sin entrar por ahora en el examen de mis libros ya publicados, quise, desde luego, reunir en *Verdad y mentira* (relatos, narraciones y cuentos: Madrid, Aguilar, 1950) varias páginas que él mismo se dejó fuera en cierta antología de mi prosa (*Dos o tres mundos,* México, Letras de México, 1944), antología que le debe hasta el hermoso título, no sólo el gentil prólogo y el trabajo de confeccionar el tomito. Y ahora, además, ofrezco los versos de que vengo hablando, los cuales no pretenden representar una selección, sino una suma tan completa como pareció aconsejable.

Pero sucedió que, a la hora de juntar mis versos, no sé qué extraño escrúpulo, no sé qué raro atavismo religioso, parecido al sentimiento que inspiraba a los antiguos paganos cuando, antes de beber su vino, volcaban un trago en tierra como ofrenda al buen demonio o al dios, me movió a hacer un pequeño sacrificio y a sustraer un poema inédito. Para decirlo en vulgar, contaré que yo conocí una cocinera vascongada de quien algo aprendí: todos los días guardaba ella unas cucharadas del caldo como "solera" para el caldo del día siguiente. Parece que la imité sin saberlo.

Ello es que, en 1949 y en ocasión de aquel mismo aniversario de mis sesenta años, escribí una *Elegía de mayo,* fechada naturalmente a la hora fatídica, la noche del 17 de mayo, compuesta en dísticos bárbaros —hexámetros y pentámetros pareados— y, por concesión a los modernos hábitos acústicos, rimados en asonantes los pentámetros, de modo uniforme y como en molde de romance para cada fragmento, según la simetría: *a-o, a-a, a-a, a-o,* a más de la simetría en el número de los versos.*

Agosto de 1952

ESTUDIANTONES RETARDADOS

Es frecuente entre nosotros el caso de estudiantones retardados, por fijación de adolescencia debida a un grande éxito aislado o a una honda y repentina crisis moral. La mentalidad de estos sujetos se mantiene en un punto muerto, en un atasco, desde donde siguen contemplando la existencia bajo una sola e inmóvil perspectiva. Como ejemplos sublimes, por tratarse de casos excepcionales, podemos citar a X y a Z. X no acaba de encajar en ninguna sociedad adulta y, siendo honrado en general e inteligente para muchos órdenes prácticos, es arbitrario, irrespetuoso sin objeto, contradictorio, tiránico cada vez que puede; llama a todos "pendejos" y anda siempre a caza de éxitos que en muchos terrenos le han sido negados, fuera de cierto ruido de tertulia que nunca ha ido muy allá. Y hasta es aficionado a viajar, para darlas, por ejemplo, de Casanova en tierras distantes, donde aún no llega noticia de sus fracasos. En cuanto a Z, éste se quedó en sus chistes contra algún seudo-candidato ridículo del tiempo porfiriano, sigue entendiendo la existencia como carrera de *practical jokes,* es un "preparatoriano" irredimible, y al fin ha parado en hombre celosísimo y envidioso: nada sobre nada.

24-XI-1953

* Recogida en *Constancia poética* (O.C. X).

Entre camaradas

Cuando se acercaban los exámenes, en la Preparatoria, algunos amigos nos juntábamos a repasar los textos. Francisco Antonio Astiazarán, hoy ingeniero encargado de los negocios garbanceros de Sonora —patrimonio del general Obregón— prefería estudiar por su lado.

—Mientras ustedes dan un repaso a los textos, yo doy tres —nos decía.

—¿Y cómo así?

—Voy a demostrárselo. Préstenme la *Lógica* de Porfirio Parra y les explicaré. Vean ustedes cómo la leo: "La-la-la Lógica-Lógica-Lógica constituye-constituye-constituye una-una-una enseñanza-enseñanza-enseñanza"...

Con estos métodos se llega muy lejos.

17-XI-1954

—¡Qué ignorante soy! —dije a Manuel Sandoval Vallarta—. ¿Por qué no puedo, cuando nos reunimos, conversar contigo en latín?

Y él, sonriendo:

—Porque yo no te entendería, Alfonso.

25-I-1955

Émilie Noulet Carner me encuentra un día escribiendo a máquina:

—¡Oh, usted sí que escribe de prisa, y no como Paul Valéry!

—Naturalmente, como que soy americano...

7-II-1955

Estrenos

"Reventar los estrenos" era deporte socorrido entre los madrileños de mi tiempo, heredado de los antiguos "mosqueteros" que atronaban los corrales de la comedia. A veces, la obra resistía hasta el fin, a pesar de los incidentes, chusca-

das y tropiezos. Otras veces se quedaba a medias, porque la grita era excesiva. Cierta noche, una comedia fracasó a la primera frase. Se abrió el telón. Era una calle. Se veía un escaparate: una tienda de comestibles ostentaba sus primores y golosinas. Salía un pobre diablo, mal vestido, sin afeitar, sin cuello, de alpargatas, la cara atontada, las manos en los bolsillos, tiritando de frío. Se detenía ante el escaparate, fascinado, chascaba la lengua. Daba unos pasos, volvía a contemplar el escaparate. Y al fin, enfrentándose con el público, decía:

—Estoy desde hace un par de días con un huevo duro.

Y el teatro se vino abajo a carcajadas, y hubo que interrumpir la función.

24-VI-1955

Ortega y América

Un día, José Ortega y Gasset me dijo:

—Vistos desde el corazón de un español, los hispanoamericanos siempre parecéis blandos.

17-V-1956

Palabras

Hay palabras obscenas "a pesar suyo". Cuando Félix F. Palavicini anduvo por Madrid, le dieron un banquete en que peroró José Francés Rodríguez —gran figurón—, y para expresar la alegría con que el español oye al hispanoamericano elogiar la obra de España, dijo entre otras cosas: "¿Cómo no hemos de *regodearnos*. . . ? Etc. Yo sentí como un calambre, y me pareció asistir a una escena de alcoba.

26-X-1956

Gaviotas

En el Instituto Politécnico de México, donde ha habido tantos abusos y escándalos por estos días, llamaban "gaviotas"

a los muchachos que, sin ser alumnos, se habían colado en aquella casa y se hacían mantener por el servicio de internado. Alguien ha dicho que todos esos mentecatos que pretenden convertir la literatura en una función demagógica y predican que hay que escribir mal para mejor servir al pueblo son los gaviotas de la literatura mexicana.

11-XI-1956

Equívocos

Chistosos equívocos a que dan lugar los localismos del habla americana:

El joven Sánchez Fogarthy acaba de casarse en Cuba; regresa a México con su esposa, y ésta provoca las carcajadas de los cuñados, porque a la hora del desayuno, se presenta diciendo:

—Casi no puedo andar, porque traigo el "fundillo" muy apretado.

Ella se refería al "fondo", como llamamos por acá a cierta prenda femenina interior. Pero los cuñados se levantan a una y felicitan calurosamente a su hermano.

Otra vez, me quejo con la vieja amiga chilena María Correa de que la gente no me deja ya trabajar, y no digamos descansar.

—Pues si quieres que nadie dé contigo, vente conmigo a Chile y te escondes en mi "fundillo".

Muy tentador, pero ella sólo quería decir "fundo" o propiedad campestre.

13-I-1957

Un peligro, aviso a tiempo

Atención, aviso a todos y "sepan cuantos"... Cierto contemporáneo nuestro —aún no es tiempo de revelar su nombre— ha inventado un nuevo modo de falsificar la historia y torcer las informaciones sobre el pasado, engañando a la poste-

ridad respecto a su propia imagen y la de aquellos con quienes tiene comercio y trato. Se trata de algo tan diabólico en verdad como esas supresiones de periódicos de años atrás sustituidas por nuevas y falsas tiradas, de que nos habla Orwell en su tremenda fantasía política. Va a dejar (sépase desde ahora para cuando llegue el día) un montón de supuestas cartas, que nunca remitió a su destino y de que él guarda la copia al carbón, dirigidas a éste y al otro, con encargo de que se publiquen a su muerte. Así pasará por héroe, por maestro, por consejero, por santo, por censor, por sabio y pondrá a todos en la picota.

1-II-1957

La Aguglia

Creo que Mimi Aguglia, la italiana, llegó a México por 1906 o 1907. Entonces contaba como actriz de renombre. Después ha ido hacia abajo. Carlos González Peña acababa de publicar su novela *La chiquilla*. Ella le dedicó un retrato "al autor de la Cichiglia".

28-II-1957

Juan de la Encina y Ortega

En la Residencia de Estudiantes (Madrid), José Ortega y Gasset y Juan de la Encina (Ricardo Gutiérrez Abascal) y yo conversábamos, momentos antes de que éste pronunciara su primera conferencia.

—Nunca he hablado en público —decía algo atemorizado—. No sé cómo debo hacer.

Y Ortega y Gasset, contundente:

—Sea usted histrión.

10-IV-1957

De mí mismo

Cuando hace mucho, Enrique Díez-Canedo y yo nos entreteníamos en las burlas literarias contra Cejador que he recogido en mi archivo, él me dictó unas frases con la palabra *clerigalla.* Yo escribí equivocada e inconscientemente *clericalla,* por contaminación de la *jericalla* mexicana. "¿No conocía usted la palabra?" —me dijo. Y aunque estoy cansado de conocerla, la pereza de explicarme sobre el motivo de mi confusión me hizo decirle: "No la conocía."

Cuando, en París, poco después, conté a Corpus Barga que había perdido unas páginas a máquina, después de publicarlas en algún lado, me dijo: "Pero ¿no usa usted en la máquina copias al carbón?"; y yo *me oí* con sorpresa contestar: "No." ¡Y soy el hombre de las mil copias!

¡A ver Freud, From, concertadme estas medidas!

14-IV-1957

La clavadista

Historia de la señorita Parra, "clavadista" y nadadora que aun se quedó sorda de tanto ejercitar su deporte. Vivía en Cuernavaca con sus padres y quería casarse a toda costa. Cuando le hicieron una piscina en el jardín de su casa, ya no vio la necesidad de casarse.

7-V-1957

La inspiración

Desde muy pronto me acostumbré a obedecer a la inspiración en cuanto ella se presenta, tal vez para que no se pierdan, como lo he dicho alguna vez, las virtudes del yodo naciente. Recuerdo que, en las aulas de la Preparatoria, cuando me cantaba al oído un endecasílabo bien armado, pedía permiso al profesor de retirarme, alegando un trastorno de salud, y me sentaba, en los bancos del corredor, a escribir mis versos al instante.

9-V-1957

Noble ejemplo

El abogado Enrique García Campos, de Toluca, dejó unos cuatro o cinco libros y se suicidó hace pocos años:

"Soñé con ser un verdadero poeta —decía más o menos en su esquela de despedida—. Convencido de que no lo lograré nunca, pongo voluntariamente fin a mis días."

Los diarios dieron la noticia —estúpidamente— sin el menor comentario. Esas líneas de adiós son una grande y conmovedora poesía, digna del mayor aplauso, y sobre todo, digna de ser imitada por muchos contemporáneos.

20-VIII-1957

Locutores

En el antiguo Egipto, la clase proletaria, la que no tenía voz ni voto, se llamaba la clase muda. Entre nosotros, los "pelados" y los rotitos "quintopatieros", que no contaban con medios de expresión, eran los mudos. Pero "columnismo", radio, televisión y otros progresos les han permitido hablar, opinar, juzgar, anunciar... Y la fisonomía de México ha perdido al instante dignidad estética, intelectual y moral.

7-IX-1957

Caillois

Me contó Gisèle Freund que, cuando Victoria Ocampo recibió en su casa de Buenos Aires, a pan y mantel, a Roger Caillois, le ordenó que se bañara todos los días. Un día la criada se descuidó, abrió el baño, y descubrió que Caillois, sentado junto a la bañera y leyendo un libro, hacía ruido agitando el agua con una mano para hacer creer que se bañaba.

Final 1957

Opinan los puristas que "Rómulo Gallegos" es una falta de concordancia. Confieso que también "Alfonso Reyes".

28-III-1958

Jaime Torres Bodet nos juntó a toda prisa para formar el volumen *México y la cultura,* siendo él Secretario de Educación Pública en 1946. De allí salió mi librito *Letras de la Nueva España.* En nuestra primera reunión, se trataba de distribuir el material y los temas entre los varios colaboradores. Los penalistas hablaron desde luego del desarrollo del Derecho Penal en México. Y con gran sorpresa mía, yo me oí de repente diciendo esto:

—Pero el Derecho Penal, ¿no caería más bien en la Novelística?

30-IV-1958

Mourelo

Así se llamaba un catedrático de Derecho en Madrid. A los estudiantes les hacía cosquillas el nombre.

—¿Tiene usted "Mourelos"? —le decían al pastelero de enfrente.

Al fin éste sacó unos pastelillos y les puso un letrero: "Mourelos, a tanto la pieza."

Lo que me recuerda la tertulia de aquel especialista en Goya (Beruete) al que llamaban "el sátrapa", que, con sus amigos, había enseñado a los cerveceros a servirles tres tamaños de bock: "el bufante" (el mayor), el "gomboiro" (mediano) y la "carajita" (el menor).

5-V-1958

Tortícolis

Los antiguos decían: "Nadie tuerce el cuello a la elocuencia" o sea, ante la elocuencia, no hay desdenes, no hay que desviar la cabeza ni ver para otro lado.

Verlaine hizo el chiste: "A la elocuencia tuércele *su* cuello."

Y González Martínez, de aquí, dijo: "Tuércele el cuello al cisne."

5-V-1958

Sarita

La enorme y gordísima Sarita, la hija del escritor cubano Alfonso Hernández Catá, a quien en Madrid yo cargaba y besaba cuando era pequeña (¡y ya muy coqueta!), apareció, única mujer, en la comida que me dieron los jóvenes literatos cuando volví a México en 1924, tras once años de ausencia (Hotel Mancera).

En cuanto me vio, se arrojó sobre mí diciendo:

—¡Y pensar que este hombre me ha llevado en los brazos!

Por turno, toda la joven literatura mexicana vino a pulsar mis bíceps.

5-V-1958

Carmen, mi cuñada

La esposa de Rodolfo, Carmen, tenía cosas de inocente. Estando por las Provincias Vascongadas, hizo una limosna a la iglesia del pueblo. El cura juntó a las vecinas y dijo un discursito para agradecerle. Todas aplaudían. Ella, distraída, aplaudía también, y al fin alguna le dijo: "No aplauda, que la están elogiando a usted."

En Bilbao, buscaba algo en las tiendas. "No lo tenemos —le dijo un vendedor— pero lo encontrará usted aquí al lado, donde las *birrochas*." Ella creyó que aquello era un apellido, y preguntó: "Señora ¿es ésta la tienda de las Birrochas?" "Usted no es de aquí, ¿verdad, señora? No vuelva usted a llamarnos así, que es el nombre burlesco para las solteronas como nosotras."

Compró en una carnicería de Madrid una pierna de cordero. Como era muy ancha de caderas y de pie muy peque-

ño, perdía con frecuencia el equilibrio, a lo que ayudaba su contoneo al andar. Rodó al suelo por allá frente al Casino de Madrid, donde unos señores acudieron a levantarla. "¡Mi pierna, mi pierna!", gritaba ella: "Se ha lastimado la pierna, que venga un médico", decían los solícitos señores. Pero ella pedía su pierna de carnero, que al caer se le había ido de las manos.

Volvió a caerse en plena calle. Se agarró de donde pudo: de las piernas de un transeúnte, al que sencillamente le bajó los pantalones. Disculpas, risas, etc. Al otro día, pasando por el mismo sitio con Rodolfo, vio venir a su víctima. Ambos, ella y la víctima, soltaron la risa y se saludaron. "¿Qué significa esto?", preguntó Rodolfo extrañado. "Ya te lo conté —le dijo ella—. Es el señor al que ayer le bajé los pantalones."

Lo peor sucedió en Deva, casa de la Condesa de Lerzundi, una tarde en que ella recibía visitas. Las ventanas estaban cerradas por exceso de sol. La sala era muy penumbrosa. Carmen llegó, saludó y, como era tan distraída, a ciegas se puso a acariciar a un pequeñito, diciéndole: "¡Qué mono, con su traje de hombrecito, y con su relojito y todo!", y le alisaba la cabeza. De pronto aquel ser dijo con una voz ronca y varonil: "¡Señora, por los clavos de Cristo!"... Era un enanito, un señor de bigotes. Al darse cuenta de su error, Carmen, la pobre, se echó a llorar.

27-V-1958

Beatriz Scherer

Huguito Scherer y su esposa —dada a las libertades verbales y al humorismo— fueron a España, a la desbandada del porfiriato. Cuando yo llegué de París a Madrid, allí los encontré. También veraneamos después juntos en Deva, donde ella tomaba unos baños de algas, que ella llamaba de otro modo. En Madrid, vio anunciada el agua de Carabaña, creyó que era una agua de mesa, y exigió una botella para la comida, con gran escándalo del camarero. Vivía en la calle de Alcalá, una de esas casas de pisos en que el portero avisa

con un timbre cada visita o persona que sube. Ella iba todas las mañanas a misa en las Calatravas, cruzando la calle. Dejaba a Hugo dormido. Al volver, tomaba el ascensor, y el portero invariablemente avisaba con el timbre, haciendo que Hugo se levantara de la cama, lo que era por demás, puesto que ella tenía su llave. "Avisa al portero que no vuelva a hacer eso", le dijo él. Y ella, al otro día: "Oiga portero, que *no me toque*, que se enoja mi marido." (En correcto mexicano.) "¡Señora, si yo no la toco a usted!" Pero volvió a avisar con el timbre, en cuanto ella tomó el ascensor, pues el hombre no entendió lo que decía la señora. Y ella: "¡No le digo que *no me toque!*" Y mientras el ascensor subía, el portero, escandalizado: "¡Señora, por favor, conste que no le he tocado a usted!"

27-V-1958

La purga de Morelia

Para dar una conferencia en el Colegio de San Nicolás, Universidad de Morelia, llegué con dos días de anticipación. Pasé mi primera noche y, a la mañana siguiente, se me ocurrió antes del desayuno salir a pasear a la linda plaza. En un puesto, un señor tomaba una bebida rojiza. "¿Qué es eso?", pregunté a la mujer del puesto. Con la característica tendencia al eufemismo, en vez de decirme que era una purga de crémor me dijo que era un refresquito de la región. "Déme usted uno", le dije. Me extrañó, es verdad, que le echara una cucharada de bicarbonato y me preguntara si eso bastaría. "No sé", le dije en mi ignorancia. "Le pondré otra cucharadita", dijo ella, y lo hizo. A mediodía ya me mataban los retortijones. Apenas podía yo hablar con las personas que me visitaban. No pude comer. Estaba como los purgados de Mussolini. La tarde fue mala. La noche peor, al punto que mi mujer llamó a un médico. Sólo pudieron llamar a un joven recién recibido y especializado en niños. Todavía inexperiente, obedeció las reglas aprendidas, las obedeció al pie de la letra. Y aunque yo le conté que había tomado una fuerte purga y que al otro día necesitaba

encontrarme apto para mi conferencia de las once de la mañana, me sometió al interrogatorio ritual. "¿Le pasa a usted esto a menudo?" "No, señor, nunca me había sucedido purgarme sin saber que bebía una purga." "¿Qué edad tiene usted?", etc. Y al fin: "¿De qué murió su padre?" "De ametralladora, doctor. ¡Pero eso nada tiene que ver con la purga!" Yo ya estaba irritado. Él creyó que lo de la ametralladora era una insolencia. Me dejó una recetita y se fue a toda prisa. Naturalmente, no apliqué su receta. Me mandé traer limones, y estuve chupando limones toda la noche. Logré contener la marea, y pude dar mi conferencia, Dios lo sabe con qué esfuerzo.

27-V-1958

Juan Ramón y Machado

Según Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado se comía los libros por las márgenes del papel, y libro que él leía, quedaba reducido a algo como una mariposa de alas redondeadas.

9-VI-1958

La marihuana de Valle-Inclán

—La marihuana —me decía don Ramón— me ahorra el trabajo de regresar a mi casa cuando salgo del café a las tres de la madrugada, porque simplemente ordeno: "Que se eche a andar la calle y que mi casa venga por mí", y mi casa se me va acercando como un barco.

9-VI-1958

Chacón

Cuando el escritor José María Chacón era segundo secretario de la Legación de Cuba en España, salía de su casa (General Pardiñas, 32, barrio de Salamanca), caminaba a pie

hasta el Retiro, tomaba una barquita, cruzaba el lago y, al pasar la calle, estaba en su oficina.

—Yo voy todos los días a mi Legación en barca —solía decir. Y era verdad.

26-VI-1958

Cavia y Díaz Mirón

Cuando Mariano de Cavia había bebido mucho y se encontraba con un mexicano, invariablemente le recitaba *La giganta* de Díaz Mirón, y se quedaba repitiendo esta frase que parecía fascinarlo:

Tetas vastas como frutos del más pródigo papayo.

11-VII-1958

Bulnes, catedrático

El célebre don Francisco Bulnes fue un tiempo profesor de meteorología (de que no sabía una palabra) en la Escuela de Ingenieros. Su curso era de 12 a 1½. Pero en subir la escalera leyendo el periódico se le iba media hora. Después, se marchaba pronto, antes de que cerraran una farmacia donde tenía algo que comprar.

La clase se le pasaba en limpiar y manejar las gafas, y en hablar del cultivo del maíz, el calado de los grandes trasatlánticos y el matrimonio de Paz Barroso.

Después, señalaba unas páginas en el texto —"estudiar de aquí hasta aquí"— y desaparecía.

Durante los exámenes, corregía pruebas de sus publicaciones. Y los otros dos sinodales le decían: "—¿Qué calificación damos a Fulano?" "—¿A quién?" "—A Fulano, el que acaba de examinarse." "—Pues. . . póngale *muy mediano.*" "—¡Señor, esa calificación no existe!" "—Pues entonces póngale *muy bien.*"

Me lo ha contado el ingeniero Arturo Pani, que alcanzó a ser su discípulo.

10-X-1958

CLAUDEL

El gran poeta —que como tal merece mi mayor respeto— no tenía sentido del ridículo. En uno de sus dramas, hay una mujer llamada Lala. Cuando un personaje la ve aparecer de improviso en una escena trágica, exclama: *"Ho Lala!"*, que se confunde con el "¡Caramba!" francés: *"Ho, là-lá!"* Y el público, sin remedio, soltó la risa.

Tampoco era un filólogo que digamos. Un día escribió disparatadamente que *connaître* (conocer) era *co-naître*; ¡o nacer con la cosa que se conoce! Y las etimologías, ¡al diablo! Eso recordaba los disparates de Goropio y el *caro data vermis (ca-dá-ver)*, etcétera.

Pero una de sus mayores extravagancias es aquella escena del acto segundo en *Le Pain Dur* donde una mujer carga una pistola sin bala y otra con bala y las da a un hijo para que éste asuste a su padre con la pistola de bala y luego le apunte con la sin bala y le saque dinero. El hijo dispara a un tiempo las dos pistolas sobre su padre. Los dos tiros fallan. El padre, cardiaco, cae muerto del susto. ¡Y resulta que las dos pistolas tenían bala! Casi no hay palabras para comentar estas cosas. . .

25-X-1958

URBINA Y PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Muy recién llegado a México, PHU se encontró en un teatro con Luis G. Urbina, quien le saludó con palmaditas afectuosas en el hombro y le dijo: —¿Qué hay, mi querido Zaranguanguay? Seguramente que PHU no sabía que, en México, ésta era una manera burlesca de llamar a los mulatos o negros, pues sonrió muy satisfecho.

Pronto Urbina, "que no tenía un pelo de tonto", aprendió a apreciar a PHU en todo su valor, y así cuando don Justo Sierra lo encargó de la *Antología del Centenario*, asoció a él, como colaboradores, al entonces desconocido Nicolás Rangel, su camarada en pulque, quien en adelante quedó ya erudito consagrado, y a PHU.

Julio Torri y yo colaboramos un poco, anónima y voluntariamente, en la *Antología.*

5-XI-1958

PHU

Debo estar muy enfermo —me dijo un día Pedro Henríquez Ureña, cuando vivía en México, todavía muy joven—. Nunca tengo apetito, pero cuando se acerca la hora de comer, siento como un ansia que se mitiga conforme empiezo a alimentarme.

—¡Pero, Pedro, eso es el apetito!

1958

Más tarde, en Madrid, el año de 1917, había yo acomodado a Pedro, que fue a pasar unos días en España, en otro piso del mismo edificio donde yo vivía (General Pardiñas, 32). El calor era sofocante. Pedro dio en andar descalzo todo el día dentro de casa, lo que en una ciudad marítima y tropical hubiera chocado algo menos, pero en Madrid desconcertaba a cuantos iban a visitarlo.

—¡Pedro!. . . —le reconvine un día suavemente.

—¡Ah! —me contestó con más mordacidad que candor—. Yo no sabía que el pie es *tabú.*

XI-1958

Relojes

Cuando yo era muchacho, allá en mi tierra, la manera de disfrutar de un reloj (de "una molleja") consistía en desarmarlo y volverlo a armar. Cuando lucía uno un reloj nuevo, los compañeritos le decían invariablemente:

—Es muy bonito. ¿Y ya lo "desarmates"?

Por este camino, me pregunto, ¿cuántos relojes no habrán retornado al caos?

4-I-1959

María Rosa Lida de Malkiel

Excelente por todo concepto —gran autoridad en el humanismo antiguo y moderno, la filología, la crítica— María Rosa Lida (hermana de Raimundo Lida, *arcades ambo*), profesora en Berkeley, está casada con un profesor Malkiel, que trabaja en otra universidad de los Estados Unidos. Tal vez se ven cada ocho días.

Los profesores de aquellas universidades le han puesto a María Rosa un graciosísimo apodo: "la Malkielida".

15-I-1959

Carlos Prieto

Don Carlos Prieto, de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, hispano-mexicano, descendiente de españoles, sobrino de don Adolfo Prieto, el fundador de la empresa, decidió ir de vacaciones a España, llevando consigo a sus hijos para que conocieran la tierra de sus abuelos y apreciaran lo que era el habla auténtica española.

Entraron en auto por San Sebastián.

—Aquí no hagáis caso de lo que se habla —les previno—. Esta es ciudad de turismo y, además, los vascongados de la región enturbian un poco el castellano. Pero mucho ojo, o mejor oído, cuando lleguemos a Valladolid, que es a España lo que Tours es a Francia.

Al pasar por Valladolid, don Carlos detuvo su automóvil y le preguntó a un guardia:

—¿Me hace usted favor de decirme por dónde se toma la carretera para Madrid?

Y el guardia le contestó:

—¡Tóo p'alante!

Y don Carlos, volviéndose a sus muchachos:

—Hijos míos, seguid hablando el castellano que se habla en México.

26-I-1959

La elefanta

Los elefantes de un circo que llegaba a la ciudad de México se escaparon en la estación y, espantados con los pitos de las locomotoras, se echaron a correr por las calles, enfurecidos, haciendo destrozos. Un pobre señor que salía con su mujer y su niña de alguna comida con amigos y traía su par de copas, al pasar junto a él la elefanta, le tiró de la cola. El animal se volvió, lo levantó con la trompa, lo aplastó en el suelo y lo pisoteó. Me parece todavía más horrible el dolor de la viuda y la hija, porque no pueden ni contar de qué murió el pobre hombre. Si dicen: "lo mató una elefanta", todo el mundo se echa a reír.

8-II-1959

El mensaje enigmático

Cuando las grandes empresas de las potencias extienden su negocio y su imperialismo económico por países menos evolucionados o de vida muy diferente, suele crearse entre su personal algo como una agrupación de coto cerrado, con sus secretas prácticas de masonería social que solamente los iniciados conocen. A veces, algo semejante acontece con el cuerpo diplomático enclavado en un país distante. *La Carrière*, el viejo libro de Abel Hermant, y *Les Ambassades*, el reciente libro de Roger Peyrefitte, dan ejemplos de ello. Por singular flaqueza humana, es frecuente que estas minorías caigan en alguna extravagancia colectiva; en ocasiones, hasta en el cultivo de aficiones viciosas, entre las cuales no es rara aquella contradanza de trueques y cambios matrimoniales que el personaje de Jules Romains *(Les hommes de bonne volonté)* fue a descubrir en Inglaterra, una Inglaterra ya en franca rebeldía contra las covenciones victorianas.

Los que frecuentaban aquella embajada y disfrutaban de su ambiente —de su ambiente fácil y risueño, donde un aroma discreto de galantería flotaba a modo de constante promesa— se consideraban a sí mismos como una secta aparte, callaban sus misterios y se felicitaban de contar, en medio

de la monotonía y el hastío mundanos, con aquella isla de esparcimientos, cuyos privilegios artificiales servían, al menos, para crear un refugio a la buena conversación, a cierto abandono sin grosería: sombra última de aquellos salones filosóficos en que la crema del siglo XVIII derivaba dulcemente la vida.

Todo se había ensayado ya: interpretar los sueños, jugar a la investigación del crimen, evocar espíritus en torno a la mesa magnetizada —a reserva de permitirse, de cuando en cuando, libertades de pies y piernas—, las cartas con penitencia, donde la penitencia consistía en irse deshaciendo de la ropa hasta quedar nada menos que en paños menores. Sólo una vez, por excepción, una dama —Amaranta por nombre— se atrevió a quedarse enteramente desnuda, lo que fue como una visitación divina, una *teoxenia*, y acabó de convencer a los que todavía dudaban, sobre las ventajas de este nuevo rito o comunión.

Cuando había valija diplomática —siempre un mal momento— al embajador no le quedaba otro remedio que mandar servir una rueda más de whisky, dejar a sus amigos divirtiéndose solos, y retirarse a las salas de la cancillería para hacerse cargo del despacho oficial. El embajador había aprendido el arte por excelencia de la diplomacia, que es no estorbar. En la cancillería lo esperaba ya el consejero, hombre compungido y puntual que no formaba parte de la masonería amistosa (aunque solía espiar detrás de la puerta), que todo el día estudiaba libros de Derecho Internacional, como si aún tuviera vigencia, y se pasaba horas enteras examinando los pactos entre varios países, como si alguien hiciera todavía caso de ellos.

—¡Pero mi querido Juanito Pipaón! —solía decirle el embajador como quien habla con un niño—. ¿Todavía no se ha enterado usted de que hoy el Derecho Internacional y las prácticas diplomáticas se aprenden leyendo los periódicos?

Se abrió una tarde la valija. Contenía las habituales sandeces, recomendaciones inútiles, reclamaciones sobre el precio de una escoba, reglas relativas al margen de tantos centímetros en las notas oficiales, insistentes apremios para

que no faltaran mes a mes los informes sobre los estrenos teatrales, encargos para comprar y remitir tal libro.

—¿Me toman por corresponsal de periódico o por agente de librería, Juanito? ¿O nos han visto a usted y a mí, cara de imbéciles? —gritaba el embajador, dando puñetazos en su escritorio.

De repente apareció un criado con un breve telegrama en clave que empezaba con esta frase ostensible: *Recomiéndasele urgentemente ordene,* y aquí un enredijo de letras.

El embajador y Pipaón se pusieron a la tarea, pero no sacaban nada en limpio.

—¿No es verdad, Juanito Pipaón, que es una lástima esto de que las embajadas tengan algo que ver con sus gobiernos? ¿Por qué no nos dejan en paz?

Y Juanito quiso contestar con mucha compostura:

—Señor embajador, siendo así que el servicio diplomático...

Pero el embajador le atajó:

—Ande, ande Pipaón, encienda usted otro cigarrillo y vamos a seguir trabajando.

Al cabo de una hora, era evidente que el mensaje cifrado no correspondía al código oficial de la embajada.

El embajador tuvo una idea repentina:

—Deme el telegrama, Pipaón, y espéreme o váyase. Se acabó la fiesta. Veré cómo me las arreglo.

Y dejando con la boca abierta al pobre de Juan Pipaón, cerró la cancillería de un portazo y se presentó otra vez ante sus amigos, con el malhadado telegrama en la mano:

—Señores —les dijo—, se ofrece un nuevo entretenimiento y un nuevo ejercicio para las mentes fatigadas. He recibido este telegrama cifrado. No hay modo de descifrarlo, ni corresponde a la clave de mi embajada.

—¿Está usted seguro? —preguntó Alvírez.

—Estoy seguro, Alvírez. Y ya sabe usted que Juanito Pipaón es ducho en estas cosas. Este telegrama es una equivocación o viene cifrado en clave diferente.

—¿Y qué pretende usted que hagamos?

—¡Qué voy a pretender, Mendiolea! ¡Que juguemos a

descifrarlo entre todos! Tenemos que sacarlo todo de nuestras cabezas, porque mi clave no sirve para el caso.

—¿Y no teme usted —dijeron atropelladamente Mendiolea y Alvírez— que descubramos un secreto internacional?

—¿Qué secreto quieren ustedes que exista entre nuestros países amigos míos? Entre nosotros no hay más que amistad blanca: ni cambios comerciales, ni negocios entre los dos gobiernos, ni asuntos de turismo, ni nada. De modo que manos a la obra. Les advierto que no es tarea floja. Se vale quedarse en mangas de camisa.

—¿Y las señoras?

—Como les dé la gana, pero que nos ayuden también. Las mujeres tienen intuiciones extraordinarias.

Ya era de noche y habían pasado cerca de dos horas inútilmente. Las mesas de bridge y el suelo estaban llenos de papeles con garabatos, trazos geométricos, cálculos aritméticos, torres de abecedarios escritos en varios sentidos. Se habían intentado —por si se trataba de alguna confusión como la de Babel— varias lenguas, entre las más cultas del mundo. Todo inútil. El whisky, renovado incesantemente, comenzaba a hacer de las suyas.

—No desanimarse, caballeros. Hay un premio para el vencedor. Le ofreceremos a la señora Amaranta, que es al género femenino lo que era la octava real a la poética del Siglo de Oro.

Amaranta hizo un gesto, lanzó un voto que nunca se usa en sociedad, y preguntó:

—¿Y si no hay un vencedor, sino una vencedora?

—Entonces le ofreceremos al hombre de las hermosas barbas rubias, al barón de Cienfuegos que hasta ahora no ha dicho esta boca es mía y que parece no interesarse por lo que hacemos.

—No —dijo parsimoniosamente Cienfuegos—. Me intereso y mucho. Tanto es así que, tras de examinar varios de los intentos fracasados, creo haber llegado a una conclusión, y si ustedes me dejan hablar, voy a explicarme:

—¡Que hable Cienfuegos, que hable!

El barón se instaló cómodamente en un sillón, levantó su vaso y brindó por todos, y luego empezó su conferencia:

—Verdaderamente, señores. . .

Y explicó que, siendo él muy joven, durante la primera guerra europea, su padre, que se hallaba con él en Londres, quiso someterlo a un curso especial, cosa entonces muy a la moda, sobre sistemas de escritura secreta y criptogramas.

—Aunque no conservo de memoria, sino en apuntes que tengo en casa, todos los sistemas que aprendí, creo recordar uno que hace al caso. Escuchen ustedes con toda la atención que puedan. Acerquémonos a nuestro enigma. Helo aquí:

YKYPY. LRYLM. TSCJT. YSCJT. YBCQL. SBYPQC.

"Nuestro mensaje es tan breve que no nos permite sacar conclusión ninguna sobre la mayor o menor frecuencia de ciertas letras. Cuando el mensaje es más extenso, y se conoce o presume la lengua que le ha servido de base, cabe entregrarse a ciertas suposiciones estadísticas respecto a las letras más frecuentes en las palabras españolas, francesas, inglesas, etc. Olvidemos, pues, estas consideraciones, por lo demás siempre aventuradas.

"Ahora bien, en este tipo de claves caben tres casos: 1] Que, conforme a un código previo, una letra *no siempre represente la misma letra* que la sustituye, sino que, por ejemplo, represente una letra en el primer grupo, otra en el segundo, y así sucesivamente. Es el caso más complicado. 2] Que cada letra esté representada por otra, *siempre la misma,* designada arbitrariamente en el código antes establecido; por ejemplo, la A por la M, la B por la C, etc., letras que no guardan entre sí ninguna relación fija en cuanto a su lugar en el alfabeto. Es también un caso muy complicado. 3] Que, conforme al código llamado "Alfabeto César", cada letra esté representada por otra, *siempre la misma y siempre a igual distancia alfabética,* hacia adelante o hacia atrás: la A por la B, la B por la C, etc. Naturalmente, hay que suprimir esos estorbos de la LL y la Ñ.

"Siempre se debe comenzar por el supuesto más fácil, a reserva de ensayar otros si se fracasa. En nuestro ejemplo, apliquemos, pues, el sistema llamado "Alfabeto César". Tomemos la primera letra, Y. Verticalmente, sigamos hacia

abajo escribiendo las sucesivas letras: Z, A, B, etc. Tomemos la segunda K, y sigamos verticalmente con las sucesivas: L, M, N, etc. En una de las líneas horizontales, tarde o temprano, tiene que resultar el texto comprensible. A ver, una hoja de papel, por favor:

YKYPYLRYLMTSCJTYBCQLSBYPQC
ZLZQZMSZMNUTDKUZCDRMTCZQRD
AMARANTANOVUELVADESNUDARSE

"No hemos tenido que ir muy lejos, amigos míos. Todos ustedes pueden ver que el tercer renglón nos da la frase descifrada, y el mensaje puede leerse así: 'Recomiéndasele urgentemente ordene *Amaranta no vuelva desnudarse.*' "

Hubo una verdadera tempestad de exclamaciones, gritos y risas. Amaranta, indignada, abandonó el salón. Y luego empezaron las preguntas:

—Pero ¿cómo se ha sabido lo que hizo la otra tarde Amaranta?

—¿Quién puede haber sido el traidor?

—¿Y por qué usar una cifra tan distinta de la establecida para la embajada?

—¿Y en qué situación queda el embajador ante su gobierno?

Nadie había visto que el consejero, Juanito Pipaón, estaba en un rincón de la sala, sonriendo con risa de conejo.

—Pipaón —dijo el embajador frunciendo el ceño— ¿no habrá sido usted? No lo creo capaz de esta villanía. Por lo pronto, ya ve usted lo que nos ha costado: Amaranta nos abandona.

—No, señor embajador, no he sido yo —protestó Pipaón apresuradamente—. Si usted quiere escucharme, se me ocurre una explicación, pero ruego a ustedes que me defiendan si alguien quiere agredirme.

—¡Hable usted, por Dios, que aquí nadie se atreverá a agredirlo!

—Señor embajador, me parece obvio que el mensaje ha partido de aquí en carta enviada a nuestro país, para que allá, algún amigo o corresponsal del responsable, nos retrasmitiera el mensaje como lo ha hecho. Este mensaje viene de

una persona privada, y no del gobierno. Lo fraguó alguno de los asistentes a estas reuniones. Como no posee nuestra clave oficial, usó otra, seguro de que sólo él podría descifrarla. El autor es el señor barón de Cienfuegos, con perdón de ustedes. El señor embajador nos ha estado repitiendo desde hace un mes (y esta tarde, según entiendo, lo ha reiterado), que el que diera aquí la próxima sorpresa con algún entretenimiento de nuevo tipo tendría derecho, ¿cómo lo diré?, a ofrecerse por humilde servidor a la señora Amaranta. No creo ofender al barón de Cienfuegos si me figuro que él quiso así llamar la atención de la señora Amaranta sobre su persona y...

Un coro de carcajadas acogió estas palabras, y más cuando de repente la señora Amaranta abrió de par en par la puerta y otra vez se presentó completamente desnuda, a manera de desafío.

—¡Barón, llévesela usted de aquí cuanto antes y váyanse los dos al diablo!

Y el barón no esperó a que se lo dijeran dos veces, y todos reían y hablaban a un tiempo, como está mandado que suceda en estas ocasiones.

2-III-1959

Dios y la gravitación

La Sociedad Astronómica de México, fundada por el profesor don Luis G. León cuando yo era estudiante de la Preparatoria y que hoy acaba de inaugurar en México el primer Planetarium, era por 1906-1907 una modestísima institución. Reinaba una atmósfera de sencilla familiaridad. Un socio decía por ejemplo: "¿Qué opinan ustedes de esas estrellas dobles para unos aretes de la señora?" Con algún esfuerzo, se logró instalar un buen telescopio en el Cuadrante de San Sebastián, para enseñanza del pueblo. Quedó confiado a un humilde positivista aficionado, un señor Miranda de gafas y barbas. Una nochecita nos acercamos por ahí algunos estudiantes, y soprendimos a Miranda en una improvisada conferencia ante un grupo de "pelados" boquiabiertos. Acababa

de explicarles a su modo la gravitación universal, y concluyó así:

—Y ahora que ya saben ustedes que todas las estrellas, planetas, cuerpos celestes, se mantienen solos en el espacio gracias a sus mutuas atracciones ¿qué falta les hace Dios?

3-III-1959

PHU

No sé si ya lo conté en alguna parte. En aquellos primeros años de su estancia en México, se jugaba en la sala de Antonio Caso a adivinar objetos. Se había propuesto como enigma: el mundo. Todas aquellas personas de familia, señoritas y gente sencilla, iban contestando por turno a las preguntas "¿cómo es, de qué es, y para qué sirve?" y cuando ya el "adivinador" creía haber entendido, contestaba: "es tal cosa". Todos se quedaron con un palmo de boca abierta cuando, al preguntarle a Pedro "¿cómo es?", contestó, en perfecto discípulo de Schopenhauer: "Como voluntad y representación."

Por aquellos días Pedro era sumamente descuidado, muy pobre y vivía en una bohemia feroz. Un día mi mujer y yo le cambiamos todo su juego de calcetines, pues descubrimos que usaba "calcetines-mitones" es decir, que ya no tenían punta y se le salían los dedos.

6-III-1959

MITO

—¿Hércules? No me hables de ese embaucador. Figúrate que sólo se ocupa en construir su mito.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¡Pues simplemente que está llevando a cabo los Trabajos de Hércules!

14-VI-1959

En 1913, siendo segundo secretario de nuestra Legación en París, presencié por primera vez un gran desfile militar. De la Plaza de l'Étoile hacia Campos Elíseos, avanzaban las tropas, y al frente, a caballo, el general Gouraud, manco y cojo. Pero de lejos sólo se notaban sus principales rasgos: era igual a mi padre, y la emoción me hizo perder el resuello.

29-VII-1959

Cuando se nombraba a Eugenio d'Ors delante de Valle-Inclán, éste comentaba:

—Orz, eza jamona...

30-VII-1959

José Rubén Romero venía del sur. Me contó que, en un sarao diplomático, veía ir y venir y pavonearse como faisán real, desde lo alto de su pescuezo, a don Carlos Saavedra Lamas, Ministro de Relaciones y Culto de la Argentina, Metternich del Plata. Y pensó: "¿Qué haré yo, como buen ranchero que soy, para llenar de lodo esta estatua?" Y a la hora de despedirse, le dijo de modo que todos lo oyeran: "¡Adiós, señor Ministro del Paraguay!" Y lo dejó contorsionado y casi epiléptico de ira.

17-VIII-1959

Alfonso Caso dice que PHU no era un maestro, sino un "esterilizador", a juzgar por lo que hizo con sus discípulos: manifiesta injusticia.

29-VIII-1959

Jovencita y preciosa, Isabel, la hermana de Vicente Lombardo Toledano, que se casó con PHU, lo enamoró cantando para él una tonada ranchera:

Creibas que no había de hallar
amor como el que perdí:
tan al pelo lo jallé
que ni me acuerdo de ti.

Una jota y un caballo
burlarse querían de mí...
¡Mal haya quien dijo miedo,
si para morir nací!

Aun a su amor, PHU llevó algo de filología y afición erudita al folklore.

29-VIII-1959

Esteban Collantes

En una sesión del Congreso, al conde de Esteban Collantes, a mitad de un discurso, se le reventaron los tirantes y casi se le cayeron los pantalones. La gente dio en apodarlo: "Estaban colgantes." Y a sus hijas, anticuadas en el vestir: "Estaban como antes."

1-IX-1959

En La Habana, el *chauffeur* de un taxi que tomo para ir al hotel:

—Usted es mexicano. ¿Verdad?

—Sí. ¿Lo conoció usted en mi habla?

—Y en su aspecto. Sólo que usted es un mexicano bien alimentado.

9-IX-1959

Acuerdo con música

Te tengo, te tengo, te tengo que hacer 18.5
un vestido blanco que te has de poner
el día de tu Santo al amanecer,
cortito de alante, larguito de atrás,
con cuatro volantes, y olé que te vas.

Así tarareaba a cada rato mi cuñada Carmen, recién casada con Rodolfo. La tonada se le pegó a mi padre. Con gran sorpresa suya y de don Porfirio, se halló de repente cantándola ¡durante el acuerdo presidencial!

10-IX-1959

Elvirita

Me dijo Elvirita Alvear —editora de la revista *Imán*— en Buenos Aires:

—¿Nunca se ha limado usted las yemas de los dedos? Después el tacto es muy agradable y raro (!)

10-IX-1959

El calzón corto

Tal vez nadie me lo crea, pero cuando sobrevino la República en España, la mayoría de mis colegas, los diplomáticos sudamericanos, solía exclamar:

—¡Ha visto usted qué pena! ¡Aquella corte donde aún se veían lacayos de calzón corto!

5-XI-1959

El burro del ingeniero

Hace muchos años, por verano, la fiebre amarilla, cunada en Tamaulipas, llegó a Monterrey. Mi padre, gobernador de Nuevo León, la derrotó para siempre. Pero, en el primer momento, hubo pánico. Muchas familias huyeron rápidamente y se refugiaron en Saltillo, clima impropicio al morbo. Entre los prófugos, mi profesor de matemáticas, ingeniero Porfirio Treviño Arreola, hombre nada bobo, levantó a su tribu y escapó tan precipitadamente que abandonó en su casa a un pobre burro, entregándolo a la piedad de Dios. A su regreso, se encontró con que el burro se había comido todos

los objetos de paja que pudo encontrar: cestas, esteras y el ajuar rústico de su terraza. Los burros no sólo saben tocar la flauta.

15-XII-1959

¡Atiza!

Esta palabreja es toda una veta de la psicología española: la psicología plebeya, se entiende, la que considera con "escama" toda alta manifestación del espíritu, y corresponde a la actitud de Guardia Civil que, según Ortega y Gasset, asumen ciertos españoles ante la poesía lírica.

Jorge Luis Borges apareció por Madrid casi niño, grave y solemne. Lo llevaron a la tertulia de Pombo.

—¿Y qué hace ahora el joven poeta argentino? —le preguntó el pontífice Ramón Gómez de la Serna; y Borges, con la mayor seriedad, entre la perplejidad muda de los contertulios, dejó caer esta bomba de profundidad:

—Estoy traduciendo la *Ilíada.*

Ramón no pudo menos de exclamar:

—¡Atiza!

Otro caso: José Ortega y Gasset, también en muy temprana edad, fue catedrático de la Universidad Central de Madrid. Un primero de año, según la costumbre de la corte española, desfiló, entre otras instituciones, el cuerpo docente de la casa de estudios para felicitar al rey.

—Y tú —dijo Alfonso XIII— ¿de qué eres catedrático?

—De metafísica, señor.

—¡Atiza!

20-XII-1959

Cuando el rey Leopoldo de Bélgica visitó España, paseó por el Museo del Prado en compañía del rey Alfonso y del duque de Alba. El rey, que era travieso, se detuvo ante la *Maja desnuda* de Goya y le dijo a Leopoldo: "La abuela del duque." El duque se la guardó. Cuando llegaron a la fami-

lia del rey Carlos IV pintada por Goya, se detuvo ante la espantosa bruja con chiquiadores, reina entonces y protectora del favorito Godoy y dijo: "La abuela del rey." Entre la puta y la bruja, la duda no era posible.

24-XII-1959

ANECDOTARIO INÉDITO

[*1914-1959*]

EN TORNO A JULIO FLÓREZ

UNA vez lo dieron por muerto (ya diré a quién). Gutiérrez Nájera intervino, no sé si rectificando la noticia (temo que sí), o si escribiendo una oración fúnebre (temo que no). Una vez se envenenó con una taza de chocolate, pero reapareció a pocos días, vacilante. Otra vez, al fin, se murió de muerte natural, o no sé si se suicidó. Fue cosa repentina, eso sí. Creo que el alcohol tuvo su parte (era de los que se embriagan a solas, los borrachos decentes, los más expuestos a la catástrofe); creo que también intervinieron en el caso decepciones de amor: el pobre estaba ya viejón.

¡Y tan decaído y olvidado! En otro tiempo, perteneció al grupo que llevaba la voz cantante, el del Duque Job. De allí, tras sucesivas abluciones en alcohol o en éter, palideció cada vez más, derivando hacia esa literatura de barrio, hacia el rinconcito agrio y estéril en que se juntaban a murmurar Pereyra, Martínez Sobral, Salado Álvarez, Rubén Valenti (y con Carlos Pereyra, aunque calladita, María Enriqueta). Era pariente de Pereyra.

Profesor en la Preparatoria, faltaba semanas enteras y resurgía, según que lo sumergiera o sacara a flote, nuevo "ludión", la densidad del alcohol. Se volvió erudito. No sé lo que hizo. Nadie sabe lo que hizo. Hizo lo que pudo. No podía hacer nada. Pero inspiraba ese afecto leal, sencillo, que inspiran los perros falderos. Hablaba como si os lamiera, como si meneara la cola. Tenía sabrosos dichos. Tal era don Rafaelito de Alba, el cuñado de Alberto Pani.

Llegó a México aquel Julio Flórez que hacía aquellos versos, y en la casa de Pedro y Max Henríquez Ureña, que también lo era de Luis Castillo Ledón y donde más tarde se

hospedaría durante poco tiempo Darío Herrera, se le ofreció una recepción con vino y galletas, a que fue invitada la literatura y lo que queda al margen de ella. Se invitó solo un señor sudamericano, blanco y arrugado, rubio y obeso, corpulento y vistoso, con guantes y polainas, alfiler y tumbaga, no sin haber pedido antes permiso para asistir. Este primer ademán pareció simpático. ¡Pero el segundo, ay! Se plantó en mitad del corro de muchachos y brindó, proponiendo que "apuráramos el resto de copa" en honor de Flórez. "El resto", porque su brindis era el quinto o sexto de la tarde. "De copa", por sinécdoque o metonimia, que era consecuencia de tanto brindis. Peroró y dio palmaditas en los hombros. Se asombró de que no sonara más en el mundo aquel grupo tan brillante, con el que por primera vez tenía la suerte de ponerse en contacto.

—¿Por qué no hacen ustedes *algo*. . . ? —interrogó.

Y Manuel de la Parra (Parrita), envuelto siempre en una nube como el hermoso Alejandro cuando lo protegía Afrodita, contestó:

—Es que nos falta un empresario.

También estaba presente Alberto Leduc, hoy muerto, quien siempre anunciaba que se iba porque lo estaba esperando su *main gauche* y de quien decía don Chucho Valenzuela que hasta cuando escupía le nacía un hijo. Ya muy "empolvado" en cosas de letras, invitó a Flórez a que nos recitara aquella poesía suya que terminaba diciendo: "Y se bebió la lágrima y el vino" (oh Rubén Darío). Rafael López ha contado el episodio con gracia algo churrigueresca.

Pero volvamos al intruso sujeto. Tanto gritó y bailoteó, que al fin llamó la tención de Rafael de Alba quien, desde el hueco de una ventana, su lugar por excelencia, se atrevió a preguntar:

—¿Cómo se llama ese señor?

—¿Cuál? ¿El que se ostenta? Se llama nada menos que Bengoechea.

—Se lo merece, se lo merece —comentó discretamente don Rafael.

París, 1914

MARÍA ENRIQUETA

CUANDO María Enriqueta llegó de Suiza a Madrid, los muchos cuidados la habían puesto descolorida y canosa. A medida que se fue instalando, recobró poco a poco el ánimo de mirarse al espejo, volvió a sus afeites habituales, se puso sonrosada y rubia. La oscura salita de su casa se fue llenando de dibujos: esos dibujos sin arte que hace María Enriqueta, dibujos de tipo "escolar", en que percibimos con frecuencia el deseo de idealizar sus propios rasgos: su frente, sus ojos, su cabeza y su cuello.

De pronto os manda a casa un obsequio: una foto suya, arreglada ya con vidrio y marco para que se la pueda colgar sin excusa... Malicia o candor. Acaso un impulso de coquetería reprimida, cierta ansia trágica de golosinas que parece anidada muy en el fondo de esta pobre alma prisionera.

Y recuerdo, a pesar mío, que, allá en México, Rubén Valenti dejaba correr ciertas hablillas, ciertas historias: una mujer al piano, una cabecita que cae sobre un pecho viril... Sí, pero, al decir el nombre de Valenti, yo me di cuenta una vez de que los esposos Pereyra se cambiaban una sonrisa y miradas burlonas. Y además, Valenti, aquel mexicano tan distinto de todos, aquel triste suicida que nunca pudo redimirse de sus corbatas coloradas y sus zapatones colorados, de su ininteligente corpulencia, sus ingratos bigotes de tendero italiano, su sintaxis, su yo no sé qué de sudoroso...

Yo también recuerdo la historia de un bollito a medio comer; pero eso ¿qué prueba? Y la de un antiguo noviazgo que ella misma se soltó un día contando con inexplicable y triunfal imprudencia entre gente que apenas la conocía, noviazgo que, según ella, por mucho tiempo tuvo celoso a su marido. ¿Acaso fue un alarde imaginativo de quien se sabe ya en decadencia y quiere llenar de mitos el pasado? ¿O fue una larga sed romántica e inaplacada, con sus diminutos

pestañeos de locura? ¡Y hasta con sus reacciones excesivas, por cierto, con sus injustificadas náuseas súbitas!

Por ejemplo: en un tranvía de dos bancos longitudinales, corridos frente a frente, donde se es víctima de la compañía y la observación de tantos desconocidos, sin venir a cuento, esta mujercita intensa y dulce se exalta, se olvida de todo, alza la voz y exclama:

—¡Porque yo aborrezco las cosas del cuerpo, Alfonsito, yo detesto la materia!

Y veinte pares de ojos, asombrados, se nos quedan viendo.

3-XI-1922

[APELLIDOS]

ACUDE la policía, porque un hombre y una mujer se increpan puertas adentro y se oyen las voces desde la calle:

—¡Grondona!

—¡Estrugamún!

—¡Zapiola!

—¡Gramajo!

Hechas las investigaciones, resulta que sólo estaban nombrando a las viejas familias porteñas, antigüedad de unos ochenta años.

Buenos Aires, 1928

D'ANNUNZIO A VUELO DE AVIÓN

LAS furias que velan por el respeto de la actualidad exigen hoy un sacrificio. Y me entrego, tan cándidamente como debe hacerlo el sujeto de la psicoanálisis.

Ante todo, un poco de desorden: a una parte, el autor de libros D'Annunzio; a otra, el hombre Gabriel. Desorden, porque el orden de la vida nos dio juntos estos dos fenómenos. Es nuestra confusa inteligencia la que se ve en la necesidad de separarlos. Nunca fui un lector de D'Annunzio. Cuando lo evoco, acuden en tropel a mi mente todas estas especies: un dulce inmoralismo blando, disfrazado de sensualidad pagana, pero, en rigor, contaminado de bruma céltica y de patetismo wagneriano: apología del adulterio, Ciclo Artúrico, Tristán e Isolda, adoración de la piel, el placer, el fuego, la fruta como imagen del sexo, y el otoño como fatiga del animal triste. De aquí, en las sociedades de *snobs,* la moda de cierta perversidad aristocrática, incestuosa. Después me acuerdo de frases y críticas que en otro tiempo corrían: partiendo de lo que le dijo Gourmont ("Tenéis más ambición que invención"), aquello de que D'Annunzio ponía la música y la letra era de Nietzsche, de Wagner, de Vinci. Injusticias de polémica, que abrevian el parecido real con fuerza de caricaturas.

Gran poeta, inmenso poeta. ¿Qué he leído de él? Una docena de poesías mal contada, y, en todo, otra docena de páginas de prosa. Y, sin embargo, aquel ritmo, aquel adjetivo, aquel adverbio (cierta manía de colgar al final de la frase los adverbios en *mente*), aquella factura general de palabras me servían de inspiración. Entraban en mis nervios y eran fecundos en mi alma. ¿No es esto un alto elogio?

D'Annunzio, pues, era un ambiente para mí, mucho más que un estudio. Yo no necesitaba leerlo. Lo respiraba en el aire cada vez que quería. Como excitante lírico, siempre fue eficaz para mí un trago de D'Annunzio. Gran ejemplo para

estudiar la influencia indirecta de la poesía y los efectos de la acción a distancia. Es un misterio muy digno de meditación. Lo señalo de paso.

¿Y el hombre Gabriel? Él dijo una vez que era tímido en el fondo, y que nadie lo había entendido. Pero era tan vanidoso que, hablando siempre de sí mismo, tuvo tiempo de atribuirse todos los vicios y todas las virtudes. Todos conocen aquello de que preparaba su estatua ecuestre cuando, vestido de blanco, paseaba en un caballo blanco.

Este contemporáneo de Wilde tenía la bravura de convertir sus instrumentos de arte. Quiso trabajar sobre sí mismo como en un asunto de novela. El aguijón literario se volvió hacia su corazón un día. Y a lo largo de su existencia, ensayó varios personajes ante el espejo: en actitud, y en escenario. Un día fue el Melancólico. Otro, el Protervo: y dio en sus libros girones de sus cartas de amor. Otro día —y sorprendió a París con el relato de las veinticuatro horas atléticas, repartidas entre libros, mujeres, lebreles, caballos, armas, natación, juego y sueño— ensayó el Disciplinado. Luego fue el Monje. Acaso, el Olvidado. Acaso, el Retraído, y vendió sus muebles a las admiradoras norteamericanas con un propósito tan perfecto de farsa que hasta se engañaba a sí mismo: "¡Ay, sí! ¡Ésta es la llave del Castillo de X, donde yo tanto amé!" (Y acababa de comprar la llave en cualquier feria.) Más tarde, hizo el esfuerzo supremo de levitación, y soltó al Pegaso y remontó el vuelo. Entonces fue el Guerrero, el Héroe y el Arcángel. Bombardeó con palabras la ciudad enemiga. Dio su sangre generosamente. También hizo de gran Condottiero, y mantuvo en jaque la mediocre diplomacia del mundo, burlándose de la tierra desde Fiume, y haciendo sentir que el poeta es mejor legislador en cinco minutos que los panzudos hombres de Estado en medio siglo.

Proteo insaciable, buscó la emoción a través de todos los tipos humanos, y fue vencedor en todos ellos. ¿Qué más quería ya sino morir, qué otra hazaña le quedaba? A última hora, se inventó una novia: una Filosofía Política fundada en los gritos del corazón. Y...

Lope de Vega, aunque se quejaba de vicio, decía que a

él le pasaba lo mismo que a los ruiseñores: que como cantan el amor todo el tiempo, no les queda tiempo de amar.

El poeta, hombre de imaginación, soñó una realidad pero —impaciente acaso de otras— la dejó escapar de sus manos. La novia, la Filosofía Política de D'Annunzio no se sentía tranquila; se fue a buscar un marido de confianza entre los hombres de acción, y al fin se casó con Mussolini.

Sea dicho con todo el acotamiento que merece la memoria de un gran poeta y de un hombre extraordinario.

Junio, 1929

Inspirado ante la falsa noticia de su muerte que creo sólo aconteció en marzo de 1938.

"PSICOMETRÍA" DE IRMA MAGGI

FUE en Buenos Aires, en casa de Nieves Gonnet (de Rinaldini), el 14 de marzo de 1930. Nieves convidó a la vidente o médium Irma Maggi, citada por Richet en su *Metapsíquica* para que hiciera experiencias de eso que se llama absurdamente "psicometría": adivinar a la sola palpación, y casi sin verlos, la historia de los objetos. Llevé, metida en un sobre, la gorra cazadora que llevaba puesta mi padre cuando murió. Puse de acuerdo a mi mujer, para que, en todo caso, no pusiéramos a la mujer en ridículo y dijéramos que había acertado, y le recomendé el mayor secreto. Ella, para entrar en trance, leía algún fragmento de D'Annunzio y se hacía tocar no sé qué frases musicales al piano: lo hizo Pedro Miguel Obligado. Primero operó con la gorra cazadora, y tuvo bastante éxito. Después Manuela le dio un anillo algo fantástico que acabábamos de comprarle a Manuel Bedoya, el periodista peruano, para que pudiera irse de Buenos Aires a Lima; pero eso no nos impresionó porque ignorábamos la historia del tal anillo y, además, la historia de Irma nos pareció demasiado literaria. La conservo sólo como recuerdo en mi archivo de cartas, junto con lo que escribió sobre la gorra cazadora y que va añadido a esta página. Después yo escribí la "traducción" anexa de lo que ella había visto en la gorra, pues la quería para sus memorias. Ella me escribió agradecida, en su carta del 28 de marzo que también guardo en mi archivo, donde veo que ya nos despedíamos de Buenos Aires, por haber sido yo trasladado a Río de Janeiro. Véase toda la historia en mi *Diario,* núm. 3, pp. 69-71. Allí digo: "Después de irse ella (de la casa de Nieves), se ofreció la eterna cuestión de por qué los videntes no hacen grandes cosas en la vida. Yo opiné que con la intuición sucede lo que con el sexo. El que lo posee normalmente incorporado en la vida, lo usa sin exhibirlo. El que lo exhibe teatralmente es enfermo y estéril. Onofroff sólo puede 'adivinar' ante un audi-

torio y gasta en 'suertes de ilusión' su reserva. Napoleón no se lo cuenta a nadie, y domina el mundo. ¿Por qué, entonces, fracasa Napoleón? Porque, como en los cuentos árabes, la vida es un combate de hechiceros, y alguna vez le toca a cada uno la derrota." Pero faltaba saber lo que había en el caso de transmisión del pensamiento, pues naturalmente Manuela y yo estábamos en nuestra mente resucitando la escena que Irma Maggi entrevió.

Buenos Aires, 14 de marzo de 1930

14-3-1930

Quest'oggetto mi parla di una stranna indefinita sensazione — Sento un che di tragico attorno come se del sangue fosse versato — Sento un'allarma — una confuzione — un intrigo — una ripercussione — Vedo si to diverso di qua — Sento orde fanatiche che correvano alla riscossa — Un che di tragico e di spettrale — Un che di stranno e di irresoluto — Un costume diverso da noi — Un talismano per essere protetto — Una missione e anche una corporazione — Onde di diversa razza e orde profanatrici — La larghezza dell'ampia radura che confinava con la selva tropicale — Un che di grave — Sento anche dei cori come se in lontananza una specie di pelleninaggio andasse confondendosi — Vedo guerrieri e vedo anche una specie di dinastía che cadde.

Irma Maggi.—Gorra cazadora de mi padre.—Psicometría. En casa de Nieves. (Ayacucho 892) Buenos Aires.

El general Bernardo Reyes, que en un tiempo parecía el sucesor natural de Porfirio Díaz en la Presidencia de la República Mexicana y que concentraba en sí toda la simpatía y hasta la idolatría del pueblo y del ejército, no quiso ser desleal a Porfirio Díaz y se negó a encabezar una revolución, ausentándose del país. El primer hombre que hubo a la mano —Madero— hizo entonces la Revolución, que expulsó del gobierno y del país a Porfirio Díaz. Y como sucede siempre, el movimiento social fue dejando atrás a sus iniciadores. Cuando el general Reyes volvió al país, su popularidad había desaparecido, y se encontró, sin darse cuenta, convertido en representante de la reacción, y de los últimos elementos y despojos del régimen porfirista. Una serie de vicisitudes lo arrastran entonces de fracaso en fracaso hasta la prisión militar de Santiago, en la ciudad de México.

El 9 de febrero de 1913, una asonada militar se produce.

El general Reyes, libertado por la guardia misma de la prisión, aparece como el jefe natural —por sus prestigios y su capacidad militar— del movimiento que se dirige contra el Palacio Nacional, el cual ha sido tomado por las fuerzas sublevadas, y recuperado poco después por las fuerzas del Gobierno, en los momentos en que el general Reyes, a caballo y a la cabeza de sus hombres, aparece frente a dicho Palacio, en la Plaza de Armas. Quiere dirigirse a la guarnición, adelanta su caballo y levanta las dos manos como pidiendo calma y silencio (sus pistolas, a su muerte, se encontraron con todos los cartuchos intactos), pero una descarga de ametralladora pone fin a su vida. El general cae entre el tumulto, y toda la ciudad, en estado de trágica expectación, asiste durante diez días —sin querer participar en él— al duelo de artillería y escaramuzas entre las fuerzas del Gobierno mandadas por el funesto Victoriano Huerta (que después capitulará con los sublevados, se hará dueño militar de la situación y capturará y asesinará a su propio presidente), y las fuerzas sublevadas que han quedado al mando de Félix Díaz, un sobrino de Porfirio Díaz que nunca supo hacer suyos los destinos.

El general Reyes, al salir precipitadamente de la prisión, se cubrió con *una gorra de cazador* que había traído de Europa, y con ella murió. Ese fue el objeto de que dispuso la vidente Irma Maggi.

LOS CRAVIOTO

El Club Ponciano Arriaga, que no sé si ya existía o se fundó especialmente al caso, prohijó la calumniosa acusación contra mi padre, que fue llevada ante la Cámara para pedir su desafuero y proceso como Gobernador de Nuevo León, por el cargo de haber disuelto a tiros una manifestación de opositores el 2 de abril de 1903, en Monterrey. El Club, entre cuyos directores aparecía Alfonso Cravioto, sirvió así de instrumento a los miembros del Partido Científico en sus maniobras contra el general Reyes, cuando éste representaba aún ante la opinión "la avanzada revolucionaria". Alfonso Cravioto fue después revolucionario militante. Para los días en que lo encontré en *Savia Moderna,* parece que se había dado cuenta de su error respecto a mi padre, y Pedro Henríquez Ureña me aseguraba que le había dicho: "Aun de la violencia necesitan los gobernantes." Declaración que no me hizo gracia. Lo curioso es que Cravioto —hombre que contaba con muchos hermanos y medios hermanos— es hijo del célebre general Cravioto, gobernador y cacique del Estado de Hidalgo en otros días, de quien se dice que trajo al país el primer horno crematorio e hizo desaparecer en él a dos periodistas vivos. Alfonso es sordo y algo extraño de presencia y de habla. Otro hermano suyo, también sordo, era aventurero profesional y se puso al servicio de mi padre, dizque para dinamitar a sus atacantes, las "porras" de Gustavo Madero, que lo tenían amenazado cuando vivíamos en Estaciones 44. Otro de sus hermanos, un valiente de aire muy apuesto y varonil, me acompañó en coche desde el barrio de Santa María, donde yo habitaba, hasta el Zócalo, la funesta mañana del 9 de febrero de 1913, donde averiguamos que mi padre acababa de caer frente a la Puerta Mariana, Palacio Nacional. De allí me llevó a casa de mi madre (Montealegre). Fui el primero en llegar con la agobiadora noticia. Debo añadir que mi amistad con Alfonso no ha tenido nunca el menor tropiezo.

1953

VALERY LARBAUD

Retirado de toda actividad literaria por causa de salud y recluido en Vichy, Valery Larbaud acaba de publicar en París su *Diario* (1912-1935), del que traducimos la página siguiente, fechada el miércoles, 7 de marzo de 1934:

"La entrada del Palacio Borbón, cada vez que la veo, me hace pensar vagamente en México y evoca la idea —muy esquemática— que tengo de aquel país. Esto se debe a que una de las cuatro mil cúpulas de las iglesias mexicanas tiene cierto parecido con esta entrada. Más allá, surgen para mí Anáhuac, las ilustraciones vistas en los libros, los cuadros de los pintores mexicanos expuestos en París, el recuerdo de Alfonso Reyes, los libros mexicanos de mi biblioteca, Juárez, la camisa de Maximiliano en el Museo Militar de Bruselas, las esculturas del Trocadero, '¡Qué grande es México!' *. . . , etc. Todo, de un solo golpe, sin perspectiva, en el término de unos cuantos segundos, y como bañado en una especie de luz (o mancha de luz), de un blanco deslumbrador, que se asocia al nombre de Veracruz."

1934

* En español en el original.

LA SÁTIRA DE DÍEZ-CANEDO

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO dijo:

Si viene Jacinto Grau
a interrumpir nuestro idilio,
tendremos que pedir au-
xilio.

Y le completó Domenchina:

Y si el que viene es Max Aub,
pediremos Max Aub-xilio.

1950

ERRORES

MANUEL TOUSSAINT acaba de decir a AR:

—Si aún es tiempo, detenga usted la reimpresión de la *Visión de Anáhuac* para introducir un leve retoque: Hemos comprobado ya que el Conquistador Anónimo no existió, que es un fraude del Ramusio.

—La reimpresión está ya hecha, y el libro, enviado a Francia, empieza ya a circular en las librerías de México, caro Manuel. Le diré lo que me contestó Azorín cuando, al saber que reimprimía cierto libro, le señalé el hecho de que la traducción de la *Eneida,* por él citada como de fray Luis de León, porque así se creía antes, era de algún anónimo o desconocido. "Ya no tiene remedio —me dijo—, y yo no respondo de los errores de ayer."

—Por suerte, Alfonso, ello no trasciende para nada a la intención de su ensayo.

Agosto de 1953

MEZCLAS

GABRIELA MISTRAL padece verdaderas angustias proféticas. No hace mucho tiempo, me escribió quejándose de esas mezclas heterodoxas entre los pobres indios mexicanos, atraídos por la perspectiva de ganar unos dólares trabajando en los campos meridionales de los Estados Unidos, y las mulatas del sur y del sudoeste. Ambas castas, desdeñadas y separadas del resto de la comunidad social, "discriminadas" como ahora dicen, se acercan entre sí y se enredan como pueden para ayudarse a vivir. Están creando —decía Gabriela en sustancia— grupos humanos supernumerarios de situación inferior y de manifiesta fealdad. Y se preguntaba si no valdría la pena que el gobierno y los directores de la opinión en México hicieran a tiempo algo para evitar esa desgracia creciente.

No pude menos de considerar con emoción las reflexiones de Gabriela, pero tampoco he podido menos de pensar que al mismo Jehová, con ser Quien es, le fue imposible evitar que Adán y Eva se acostasen juntos.

4-IX-1953

DESAHOGO

CON motivo de mis cincuenta años de escritor, algunos ánimos generosos y benévolos acaso pasaron la raya y extremaron desmedidamente sus encomios. Ahora bien, aun cuando no debiera ser así, nada podemos contra los hábitos humanos: la desmesura se corrige con la desmesura, y acaso la reacción también ha pasado la raya. Después de todo, la historia no es más que un movimiento en zigzag entre exorbitancias. Nos hace pensar en los patinadores del hielo que se deslizan a toda velocidad, cuesta abajo, entre banderolas alternadas a uno y otro lado. Hasta es posible que así se eviten los peligros de una trayectoria en línea recta.

Estas exorbitancias las han tenido que padecer en carne propia (metafóricamente hablando) todos los escritores del mundo, grandes y pequeños. No hay que alarmarse, o entonces hay que pasarse a otro oficio: a herrar o quitar el banco. No es posible contentar a todos, ni vamos a pretender la uniformidad en las opiniones los que creemos en las ventajas de la libre opinión.

Yo nunca me le he atravesado a nadie en su camino ni he estorbado a nadie. En ocasiones, como cuando, al volver a México, escogí para mis actividades en la cátedra el desarrollo de mis aficiones helénicas (que distan mucho de ser mis únicas aficiones), me he esforzado por buscar sitios desocupados y terrenos baldíos, para que nadie piense que me propongo desposeerlo. Además, no he desalentado a ninguno de los jóvenes que han querido acercárseme. En ocasiones también, aun les he adelantado a sabiendas un crédito de aprobación algo superior al merecimiento de sus actuales realizaciones, porque creo que esto es un deber moral, y que la confianza y la esperanza son siempre buenas inversiones.

A pesar de esto, yo no puedo rectificar la naturaleza humana. No puedo evitar que el escritor viejo y de quien se habla o se ha hablado mucho (fábula de Arístides el Justo y su condena al ostracismo) moleste un poco a los mucha-

chos y aparezca como un bulto incómodo en el horizonte. Lo único que aquí me toca es decir a algunos muchachos malquerientes afligidos de esta obsesión: —"Consuélense ustedes. Yo me iré mucho antes que ustedes y los dejaré en paz, hasta dándoles ocasión de reconciliarse conmigo cuando ya haya desaparecido. Entretanto, un poco de paciencia, muchachos. Perdónenme ustedes que exista, que haya venido al mundo antes que ustedes y que persista en quedarme por aquí unos días más." (Por suerte estos muchachos no son los mejores, pues ésos están a mi lado.)

Lo que sí me irrita un tanto, pues supone un desconocimiento doloso y voluntario de mi obra y de mi conducta, es que se me quiera presentar como "dictador" de capillas literarias, de grupos, de tendencias como hoy se dice. A lo largo de todos los siglos que abarca nuestro modesto conocimiento de la historia literaria, vemos nacer y morir modas, escuelas, viejas novedades y nuevas vejeces. Por fuerza se llega entonces a una aceptación general de las cualidades, vengan de donde vengan, y así partan de las zonas que nos quedan más alejadas. No creemos en la literatura de equipo. La literatura es obra de soledad y estudio: *Deus et anima mea*, aun cuando su servicio definitivo tenga que ser y deba ser social. ¿Cómo querer imponer a nadie nuestras peculiaridades o preferencias? ¡Qué disparate! Con lo único con que no puede transigirse es con la baja calidad, con el fraude, con la falsa literatura que busca el éxito en razones ajenas a su propia virtud. No se trata de "forma y fondo", no: ¡buena puerilidad es ésta! Bernal Díaz del Castillo y Cellini escribían muy mal, y han dejado expresiones humanas imperecederas.

Muy bien que a unos les guste y a otros les disguste, y a los más sencillamente los deje indiferentes cuanto yo hago. Pero lo que ya no está bien es que se me juzgue sin lectura ni atención previas, buscando una página suelta, una frase recogida al azar —el mejor modo de falsear las cosas—, y de allí se pretenda sentenciarme sin conocerme, "sin haberme oído". Pero tampoco esto puedo evitarlo. He escrito mucho, y de muchos órdenes. ¿Cómo voy a pretender que algunos mozos —siempre de prisa— tengan la paciencia de leer mis ciento y pico de libros, antes de darse el gustazo de en-

sayar su arrojo tirando una piedra a mi tejado de vidrio? Pero, entonces ¿por qué no se abstienen de nombrarme esos mozos? Sería lo más cómodo, aunque lo menos escandaloso y, por consecuencia, lo menos remunerativo. Porque, en punto a tejados de vidrio, si todos nos diéramos a lanzar pedradas ¡qué quebrazón! Vale más lo que creamos por nuestra cuenta que la quebrazón en casa del vecino, suponiendo que la logremos. ¡Hay tantas cosas buenas y bellas por escribir! A quienes dejan crecer en sí lo que Goethe llamaba "el órgano de la mala voluntad", hay que recordarles los peligros de andar jugando al fantasma (o a Mr. Hyde), porque un día ya no puede uno volver a ser una persona real (o un Doctor Jekyll). Y ya no queda más remedio que el seguir siendo para siempre un amargado profesional. Como dijo el filósofo, el rencor se bebe su propio veneno. Los que insisten en la discordia se emponzoñan solos, se privan de las mayores alegrías, y lo lamento por ellos.

Ahora bien, en lo personal, el dar con unos cuantos cabellos en mi sopa no me alarma por cierto. Al contrario, pienso que es muy útil el recordar que la popularidad no nos pertenece, sino que es un instrumento creador de la sociedad a que pertenecemos. Si por angas o por mangas nos salpica, en algún instante, un poco de popularidad, no debemos enloquecernos, y es bueno que una vocecita nos diga al oído: "No te lo creas." Simplemente, habremos servido de pretexto al despliegue de una energía útil dentro de nuestra comunidad. La utilidad consiste en ser apoyo o precedente (y siempre nada más que un pretexto) para que se vaya estableciendo y fomentando el respeto a la cultura. Pero no perdamos la cabeza, no; es mejor que la pierdan nuestros detractores. Absorbamos también el provecho que nos resulta de sus censuras. Nada de *hybris* —pecado mortal de los griegos—, nada de creerse superior a los demás. Todos fuimos hechos conforme a una imagen y semejanza. Todos nos valemos.

Pido perdón a mis bondadosos lectores por distraerlos con estas personalidades, pero se me asegura que era conveniente exponer mis puntos de vista al respecto.

1955

RECUERDOS DE ICAZA

I

Don Francisco A. de Icaza, en la época de su desgracia política, o sea después de la supresión global del antiguo Cuerpo Diplomático Mexicano el año de 1914, perdió una hija en Madrid. El médico que la asistió pedía una fortuna. Don Francisco le puso pleito, lo ganó, y lo obligó a recibir el pago marcado por la tarifa del "año de la Nana", aún vigente.

II

Volvió a México tras larga ausencia. Se encontró con una hermana viuda, animosa y llena de voluntad de vivir. Ella le obsequió varios espléndidos trajes de su difunto esposo, cortados impecablemente en un casimir inglés de primera. Cuando, de regreso en Madrid, don Francisco quiso mandarlos adaptar a su cuerpo (los pantalones le quedaban un poco largos), a su aristocrática esposa doña Beatriz la cosa le resultó humillante. Don Francisco decidió tranquilamente ponerse los trajes como estaban, para lo cual tuvo que doblar los pantalones de un modo exagerado, allá por las "valencianas", lo que le daba un aspecto realmente extravagante.

15-VI-1956

EL ORDEN

EL ORDEN tiene también sus desventajas. El archivólogo que hay en mi corazón me hizo, de muy joven, una travesura que todavía me llena de vergüenza. Yo estudiaba en la Preparatoria de México. Fui de vacaciones a Monterrey, mi tierra, para visitar a mis padres. Me enamorisqué de una muchacha. Volví a México. Nos carteábamos asiduamente. La mayor de mis hermanas, que vivía casada en Monterrey, me escribió un día tales cosas de aquella muchacha que yo tuve por más prudente romper con ella antes de llegar de veras a apasionarme. Lo hice con buenos modos. Naturalmente, procedimos a devolvernos nuestras cartas. ¡Ay! Yo había guardado cuidadosamente, entre las misivas de la chica, aquel terrible papel de mi hermana, porque sin duda debía guardarse con ellas y correspondía al mismo expediente. Mi pobre hermana tuvo que pedirle perdón de rodillas a mi enamorada, y así obtuvo la devolución de aquel documento que era realmente un documento comprometedor. Mi pobre hermana no me guardó rencor. Mi enamorada, para vengarse, se casó después con un torero.

11-X-1956

LUGONES

DURANTE sus últimos años, dirigió la Biblioteca del Maestro (o no sé cómo se llamaba) en Buenos Aires. Estaba del todo entregado a la política militarista y reaccionaria, y saludaba el advenimiento de "la hora de la espada", fórmula que antes él mismo había acuñado como palabra acusatoria, creo en su poema *La voz contra la roca.* (¿No viene esto de Darío:

En el acantilado de una roca
que se alza contra el mar, yo lancé un grito
que de viento y de sal llenó mi boca?)

Lo visité, pues, en su Biblioteca. Sobre la mesa había una revista semanal, de esas sociales, a colores, sin ningún valor. Como hacía un bulto extraño, sin darme cuenta y por espíritu de orden, levanté la revista para quitar de debajo el objeto que hacía el bulto: ¡Era una pistola!

Lugones me dijo sonriendo:

—¡Ya descubrió usted eso! Le llamo "el Poder Ejecutivo". Tengo aquí esa arma por si se presenta algún anarquista.

Ni siquiera pude contestar.

Con todo, es el gran Lugones. Y yo recuerdo con complacencia nuestras charlas puramente literarias y el afecto sincero y sencillo que me demostró.

17 de junio, 1956

MÁS SOBRE LUGONES

CUANDO Lugones apareció por París el año de 1913, declaró que él no se interesaba por la cultura y la vida intelectual de aquella ciudad; que sólo iba a París porque era miembro de la Bolsa de París y tenía allá algunos negocios. Pronto fundó una *Revue Sud-Américaine* en que deseaba, entre otras cosas, informar sobre la música popular de nuestras repúblicas, para demostrar que era superior a "los alaridos salvajes de la música popular española"; sobre el *Martín Fierro*, "que era superior al *Poema del Cid*", etc. Esto lo decía, por supuesto, en las conversaciones.

Era también la época en que esperaba demostrar que la pretendida "cantidad silábica" de la antigua métrica no había existido nunca, y que el hexámetro no era más que un alejandrino que los filólogos de todos los tiempos no habían acertado a leer con su ritmo debido. Y, en efecto, para demostrarlo, leía los hexámetros de Virgilio cambiando la acentuación a su gusto. Y yo le dije: "¿Qué medida tiene este verso: *Las cuarenta mil campanas de una ideal Jerusalén?*" Y me contestó: "Dieciséis sílabas. ¿Cómo voy a ignorarlo si se trata de un verso mío?" "Pues lo ignora usted —me atreví a decirle, aunque él era un maestro y yo un principiante de veinticuatro años—; lo ignora usted, porque es un alejandrino. Escuche usted las catorce sílabas, tal y como deben leerse: *Lascuárenta milcámpanas deunídeal Jerusálen.*"

Otra vez, Lugones me pidió el nombre de alguien que pudiera hacer para su revista un artículo sobre la situación de la mujer en México, parte de un plan sobre la mujer en Hispanoamérica. Yo le sugerí el nombre de Antonio Caso, y le ofrecí escribir a mi amigo. "Pero —añadí— vamos a ver si me entiende y se penetra bien de lo que usted quiere, pues no es lo mismo escribir que tratar las cosas de hombre a hombre." La palabra *hombre* provocó al instante en Lugones la

reacción incontenible de la *prepotencia* y la *compadrada* argentinas, y engruesando la voz, me dijo: "Es que yo le hablo de hombre a hombre a cualquiera."

Me quedé frío. Aunque estas cosas me fueron profundamente desagradables y aun me convencieron de la inutilidad de conocer de cerca a muchos poetas por mí admirados y queridos, seguí admirando en él al poeta; y muchos años más tarde, en Buenos Aires, volví a frecuentar a Lugones y aun aprendí a quererlo, a pesar de la actitud imposible que asumió en sus últimos días, a pesar de sus manías, de su "fascismo" y de su odio a los perros, que lo hizo devolverse de mi puerta la primera vez que se me acercó, porque vio venir a mi perro Alí. "Es que yo soy hombre criado en el campo —me explicaba con la más falsa y absurda de las explicaciones—, donde el perro es un enemigo al que se apalea."

Uno de los rasgos que entonces aprendí a apreciar en Lugones fue su conocimiento, hondo y vivísimo, de la historia argentina. Parecía haberla pasado toda por su sensibilidad y por su mente.

26-X-1956

LEÓN FELIPE

El poeta León Felipe, con su perfecto aire de profeta judío, anda como si las barbas tiraran de él, o como si alguien le fuera tirando de las barbas: la tradición amontonada se convierte en carácter étnico.

18-VI-1956

VEGUE

ÁNGEL VEGUE Y GOLDONI, gran toledano ante el Eterno, erudito en arte español y en los "Sonetos fechos al itálico modo" de Santillana, nuestro compañero de los días madrileños, era feo de cara, desmedrado de cuerpo, y además, tenía la cabeza algo torcida por defecto de nacimiento. Ingenio barroco y chispeante, cuyas ocurrencias y cuentos son inolvidables.

Nos refirió que, de niño, las criadas de su casa lo habían enseñado a contestar, ante la impertinencia de las personas mayores que siempre le preguntaban por su cabeza doblada hacia la derecha (o hacia la izquierda, no recuerdo).

Se ofreció la primera comunión de los niños de las escuelas primarias, y la administraba en persona el Cardenal Primado de las Españas, en Toledo, Guizazola. Ángel se presentó con su trajecito blanco y su vela. El Cardenal acariciaba a cada niño y le decía alguna monería. Al llegar a Ángel:

—¡Qué niño tan gracioso! ¿Y por qué llevas la cabecita torcida?

Y él, con su voz candorosa, contestó lo que le habían enseñado a contestar:

—Es del peso de los cojones.

Escándalo, tumulto. Se acabó la fiesta religiosa.

México, 30-VI-1956

CEJADOR

AUNQUE ahorcó los hábitos, el ex jesuita Julio Cejador y Frauca continuó siendo un cura lerdo, y aunque atiborrado de erudición, un ente cerril y sin criterio. En el Ateneo le compusieron unos versos:

¿Dónde harán a Cejador
esos trajes de color?
¿Dónde las americanas
tan largas como sotanas?

("Americana", en español actual peninsular, vale "saco" en español de Hispanoamérica.)

En su cátedra de latín, procedía así:

—¡Un puro al que me diga el supino del verbo tal!

Un día interrogaba a una señorita estudiante, y ella iba contestando acertadamente a cada pregunta. De pronto, se equivocó. Comentario del catedrático:

—¡La has *cagao*!

En el *Ventanillo* (lugar excusado), colgamos un ejemplar del *Tesoro de la lengua castellana* de Cejador, con una tarjeta que decía (¡ya sé quién lo compuso!):

Si te acomete irresistible gana
y te acontece falta de papel,
puedes usar tranquilamente del
Tesoro de la lengua castellana.

México, 6-VII-1956

PICHARDO

CUANDO yo conocí al ex poeta cubano Manuel Serafín Pichardo, que ya no hacía versos ni entendía nada y seguramente padecía reblandecimiento cerebral, el infeliz tenía todo el aire de una jamona conservada en afeites, cejas depiladas, mejillas pintadas, etc. Voz cascada y poco varonil. Eso sí, prendido con cuatro alfileres y muy cortés y atento.

Fue por ahí de visita. No encontró a los amos de la casa. Le dejó a la criada un recado verbal. Y la criada, confundiendo la Picha con la Minina (términos españoles), o queriendo usar un eufemismo, dijo después a sus amos:

—Vino a buscar a los señoritos el señor Mininardo.

Conociéndolo a él, resulta todavía más chistoso, pues había en él algo, no sé qué, en efecto; algo que sugería. . .

México, 26-X-1956

SUBIRÁ

MADRID. Estábamos de sobremesa en casa de Enrique Díez-Canedo. La noche avanzaba. De pronto se presentó la criada y dijo lo que, a esa hora, parecía realmente una indiscreción:

—¿El señor subirá con su señora?

Todos nos quedamos asombrados, y al fin comprendimos y soltamos la risa: la pobre mujer anunciaba al señor José Subirá —el recopilador de tonadillas teatrales— que acababa de llegar y estaba en el vestíbulo acompañado de su señora.

26-X-1956

GROUSSAC

CUANDO Paul Groussac era aún Director de la Biblioteca Nacional argentina, Lugones me contó, en Buenos Aires, que aquel hombre había hecho una vez el intento de volver a Francia definitivamente. Hizo un viaje a París, donde el redactor literario del *Journal des Debats* —escritor conocido cuyo nombre ahora se me escapa— tomó unas vacaciones y le cedió transitoriamente su "rúbrica" para irle facilitando la reincorporación. Groussac aprovechó la ocasión para censurar en el próximo folletín a quien tan generosamente le cedía el paso, el cual volvió a su puesto, indignado, y en su artículo inmediato llamó al intruso *un Monsieur desobligeant.*

Grosero, sé bien que lo era. Siendo yo Ministro de México en París, los hispanistas e hispanoamericanizantes allá residentes organizaron un acto en su honor, para lo cual les prestaron cierta sala de La Sorbona. Yo, invitado, concurrí con mi discursito "Homenaje a Paul Groussac" (26 de noviembre de 1925), que se halla en mi *Reloj de sol.* Después de los varios oradores, se levantó Groussac para dar las gracias, leyendo con voz aburrida y de mala gana un papelito. Tuvo unas palabras para todos, y de mí (aun olvidando mi categoría diplomática) dijo tranquilamente: *Le romancier (!) bien connu... dans son pays.* ¡Pobre Groussac! Cuando murió, le dedicaron un número de *Nosotros* (Buenos Aires, VII, 1929), y yo envié a Alfredo A. Bianchi la carta que aparece en *De viva voz,* 14-15.

28-X-1956

DIEGO ALLENDE LA CORTINA

NOTAS de mi *Diario:*

Exposición de Diego Rivera: los cuadros que trajo de Rusia, Polonia, Alemania, Checoslovaquia. Excelente pintura. Cielos de extrañas luces, irisados de polvo de nieve, que los septentrionales no han sabido pintar. Pero mundo desolado, helado, en ruinas: triste humanidad de hormigas.

23 de noviembre de 1956

La exposición de Diego revela una humanidad triste, apegada pobremente al trabajo manual, sin amenidad ni alegría, animalizada, sin mujer (la mujer es hombre de faena), aplastada bajo las ruinas o esa arquitectura gigantesca y monstruosa que convierte al hombre en una mosquita. Grave acusación para el que sabe ver y descifra. La luz del cielo es curiosa, irisada en el polvo de hielo suspenso en el aire; pero la luz que baja a la tierra es opaca, funesta. ¡Con razón esa gente quiere ocupar otras tierras más habitables! La gente, o doblada cavando el suelo, o transportando cadáveres en trineo y en camillas, o congestionada e idiotizada de frío. Y Diego (¿sin darse cuenta de lo que dice o creyendo hacer un elogio?) suelta dos prendas terribles: que han aprendido el homicidio sin odio (¡horror!), y que al enemigo, descargándose sobre los latinos, le llaman *fascista,* pues ellos se llaman ya *nacional-socialistas,* o sea *nazis.* Los visitantes se quedan en la superficie estética y no ven el documento humano que hay debajo. Diego tampoco parece haberse dado cuenta, por perversión moral a la vez que por sinceridad pictórica. Cree dar la nota épica y optimista con un símbolo de la estupidez humana: un albañil que rehace una pared de ladrillo recién destruida por las bombas, y entre ruinas: hacer y deshacer por rencor. . . Sólo hay dos notas de encanto: los cielos, más raros que hermosos, pues dan mie-

do, como un presagio del "fenómeno" futuro de Mallarmé —la destrucción de la Tierra—, y una mujer frutal, hecha una granada, aunque no de pulpa ni carne, sino de vidrio y metal (¿última flor de aristocracia?).

25 de noviembre, 1956

AIRES DE FAMILIA

HAY a veces aire de familia entre hombres de muy distintas calidades. Así, hay una familia Bulnes-Vasconcelos-Cosío Villegas (oral, más que escrito); y hay la familia, de muy diversos niveles, Atl-Jorge Cuesta-Gutierre Tibón-Padre Garibay. (Y Diego, ¿verdad?)

24-III-1957

VILLAESPESA

CUANDO llegué a Madrid —fines del 1914— Villaespesa acababa de robarse a una doña María, matrona popular con dos o tres hijos. El marido estaba agradecidísimo. La apellidaron, por su genio belicoso y aludiendo a uno de aquellos dramas de Villaespesa que representaba María Guerrero, "Doña María la Brava".

Por 1920 y tantos, cuando yo ya era Encargado de Negocios de México en Madrid, Villaespesa anunció un próximo viaje a México —solo—, y yo me consideré, aunque nunca tuve relaciones muy estrechas con él, obligado a visitarlo de despedida. Me recibieron en un comedor, donde estaban sentados varios de sus amigos. Él andaba por allá adentro. Se oían unas voces destempladas: Doña María la Brava reñía con él, tal vez porque no la traían a México. De cuando en cuando, uno de aquellos visitantes se levantaba discretamente, y desaparecía en los interiores. Sin duda iba a ver cómo seguía el combate. Volvía conmovido, resollando recio y exclamando:

—¡Hay que ver! ¡Qué hígados de mujer! —y luego se quedaba callado. Otro repetía la excursión y regresaba diciendo:

—¡Esos son riñones!

Y otro:

—¡Vaya redaños!

O bien:

—¡Vaya cojones! —etcétera.

Al fin salió Villaespesa. Debo a la verdad el confesar que no traía ningún ojo morado, ni le sangraba la boca o la nariz. Cambiamos unas cortesías anodinas y me despedí, con la pena de haberme perdido lo mejor: el apreciar los hígados, los riñones, los redaños, toda la "parrillada criolla" de Doña María la Brava.

9-V-1957

YO, FANTASMA

A FINES de 1924, pasamos unos días en Roma, Embajada de España-Santa Sede, Palazzo di Spagna, huéspedes del Consejero Justo Gómez Ocerin. Entre la servidumbre italiana, había la superstición de que, por las noches, paseaba por los patios del palacio un fantasma, *Il Curato Piccolo.* En cuanto me vieron, se dijeron:

—Ecco il Curato Piccolo!

12-VI-1957

GÓMEZ DE LA VEGA

ALFREDO GÓMEZ DE LA VEGA, el actor, se parece al presidente Adolfo Ruiz Cortines, y sería un grandísimo artista si, dejándose de histrionismos, adquiriera la sencillez de Ruiz Cortines.

México, 6-IX-1957

MADRES

CUANDO, en 1938, volví de Sudamérica y leí en los periódicos que estaba para celebrarse el Día de la *Madre,* en cuya ceremonia pública sería orador el licenciado *Madrazo,* México se me antojó un país de cucaña.

Instituto de Cardiología, 4-X-1957

LA MANIFESTACIÓN

AUNQUE uno no quiera, viviendo fuera de México en el Servicio Diplomático pierde uno el hilo y ya no entiende. Volví de Buenos Aires, por vacaciones. Alguien se puso al teléfono:

—¿No va usted, embajador, a concurrir a la manifestación en honor del presidente Calles? Como su yerno Torreblanca la presenciará desde Palacio, a usted le corresponde encabezar el grupo de Relaciones. Le está hablando la Secretaría de Relaciones.

—Allá voy al instante —me pareció obvio.

Durante el desfile, en que me acompañó al fin Torreblanca, sin duda para que yo no encabezara el grupo, yo oía muchos gritos, burlas y cuchufletas:

—¡A ver esos socialistas de Relaciones! ¡Viva la nómina!

Pero no entendí, no entendí nada y regresé a casa seguro de haber asistido a un acto meramente ceremonial.

A los pocos días, me dijo Antonio Caso:

—Acaso a usted no le conviniera, porque tal vez prefiere usted continuar en su Servicio Diplomático, pero la Junta de la Universidad *(o como se llamara entonces)* deseaba ofrecerle la Rectoría. Cuando vieron que usted participaba en el desfile, ya no lo hicieron.

—Pero ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—¿Cómo? ¿No sabe usted que esa manifestación tenía por fin aplicar ese artículo constitucional, elaborado por Luis Enrique Erro que preceptúa más o menos: "El Gobierno velará porque la enseñanza asuma un carácter socialista y ofrezca al pueblo un concepto racional y exacto del universo"?

¡Qué barbaridad! Pero ya era tarde, y no creo que haya sido del todo candorosa la llamada anónima de Relaciones.

Todavía Miguel Alessio —que no desperdiciaba ocasión— me lanzó un ataque por la prensa. Yo callé: ¿cómo iba a explicarlo? Sin duda lo olvidaron todos, pues años después

me hicieron miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad con la nueva ley de Alfonso Caso.

Rodolfo Usigli escribió una novela en que pone en solfa a un diplomático que cayó en mi error. Es mi buen amigo: me la obsequió y me dijo:

—No es por usted, aunque le cuenten lo contrario.

Se lo he creído. Pero me he quedado con esa espina. Creo que la novela de Usigli se llama *Ensayo de un crimen.* No quiero ni acordarme.

México, 5-V-1958

ANECDOTARIO DE BUENOS AIRES

1

De recién llegados a Buenos Aires —nos habían dicho que era el París de Hispanoamérica—, Manuela salió a pasear a su perro Alí en la Plaza San Martín, cercana a la Embajada. Tres señoras amigas le hablaron por teléfono para decirle que no volviera a hacer eso, porque en Buenos Aires sólo las prostitutas francesas paseaban con perro.

2

Me detuve en la calle Florida a cambiar unas palabras con la hermana de Güiraldes, Lola —entonces esposa de Almonacid y que luego lo abandonó para irse a vivir con un "canillita" o vendedor de periódicos. La sentí nerviosa, me despedí. A pocos pasos, se me emparejó Adolfo Bioy y me dijo que en Buenos Aires no se podía detener a una señora para hablarle en la calle.

3

Nieves me platica, resumiendo la estética argentina:

—Cuando me dicen que una mujer es muy bella, yo entiendo que es muy distinguida.

Y resumiendo la ética argentina, me dijo otra vez:

—Aquí creemos que le habés gastado la plata a tu mujer, porque le das el paso en las puertas, le ponés el abrigo, y la ayudás a subir y a bajar del auto.

Y otra vez todavía, resumiendo el trato argentino:

—Sos embajador, debías darte importancia como los señores del Jockey Club.

—En mi país —le dije— estos cargos los tenemos pegados con saliva. Importa ser quien se es.

México, 10-V-1958

ANECDOTARIO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

I

En una reunión social de Buenos Aires, me rodeaban unas señoras jóvenes, sentadas como yo en almohadones sobre el suelo, para que yo les improvisara cuentos como Oscar Wilde. José Ortega y Gasset cruzó la sala entera a paso veloz, gritando.

—No, señoras. A Reyes lo tienen ustedes aquí de modo permanente. Rodéenme a mí que me voy en unos días.

Le cedí mi almohadón, pero él prefirió una butaca de respeto y comenzó una suerte de flirt filosófico, en que era experto. Las señoras se dispersaron poco a poco.

II

En Buenos Aires también, me dijo:

—¿Dónde esconderme con una señora respetable?

Lo llevé a un departamento precioso que yo tenía y le di la llave:

—¿Le agrada?

—¡Es una octava real! ¡Caramba con este Alfonsito!

Algunos días después pasé al Hotel Plaza a recoger la llave y visité mi rincón; todo en orden, pero para que no se dudara de que él, José, había estado ahí, dejó la envoltura con su nombre de unas pantuflas nuevas.

III

Pocas tardes después, veíamos desde un balcón una luna estrechita y pálida:

—Parece un recorte de uña de mujer.

Nada dije, y él añadió:

—Naturalmente, sin la reciente aventura que usted sabe, eso no se me hubiera ocurrido.

¡Era un adolescente! ¡Hubiera querido colgarse un letrero al cuello para que todos lo supieran!

IV

Aquella mujer era preciosa, y de excelente situación. Pero había en ella algo vicioso y torcido. Yo admiraba sus descotes, y —con Gustavo Villatoro— cantaba, en tonada de Chopin:

¡Qué tez, qué tez,
qué punta de tez!

Se me ofreció. Las señoras argentinas me dijeron: "¡Por nada del mundo! En provincia, se ha hecho expulsar porque seducía niños en los parques."

Le hizo el honor a J. O. G., que se fue antes de que hubiera complicaciones.

Luego vino ella a México con su hermana y cuñado, un jugador de polo de un equipo que se hizo apedrear aquí. Vino a verme: se había apagado, era una bruja antipática y fruncida.

V

De él dice Cipriano Rivas Cherif: "Malagueño despacioso." Y José Gaos, que lo conoce tan bien: "¡Gitano!"

VI

Pasó por la carretera, rumbo a Zarauz, cuando yo veraneaba en Deva.

—Acompáñenos usted. Este señor que viene conmigo es Carlos Reyles. (Una cara imposible de picador de toros, nada parecido a su hijo Carloncho que luego conocí en Buenos Aires, casa de las Ocampo.)

—Con todo gusto, deje usted que le avise a mi mujer.

—¡Ah, usted todavía le avisa a su mujer! Yo en estas cosas soy un moro.

VII

Ya entonces era yo Encargado de Negocios de México. Los respectivos cónsules de México y Cuba habían fundado una sociedad en La Coruña, y peleaban y se llamaban mutuamente ladrones por la prensa. Era un escándalo.

Fui a San Sebastián para ver un par de representaciones del *Chauve Souris,* la preciosa miniatura teatral rusa de Nikita Balieff. Me encontré con José en un entreacto. De pronto, vi al Ministro de Cuba, Mario García Kohly, y tuve una inspiración.

—Con su permiso, José —le dije, y corrí a hablar con el Ministro de Cuba.

En un instante convinimos en poner sendos telegramas a los cónsules, ordenándoles terminantemente hacer las paces en bien de nuestros países, etc. (Y así lo hicieron después, y todo acabó bien.)

Volví al lado de José, cuando ya terminaba el entreacto, pero me di cuenta de que tenía una cara de palo.

En Madrid, después, todo era quejas contra mí sin que yo supiera la causa. Américo Castro se sentía feliz de comentar el caso conmigo y con los demás, y hacía gorgoritos de placer.

Vino el invierno. Una mañana de espesa niebla, oí detrás de mí las voces de José y de Fernando de los Ríos y me detuve para saludarlos.

—Menos mal —me dijo José, pero yo, inocente, no di a la cosa la menor importancia— que todavía mi voz posee el don de atraerlo a usted.

Poco después, me la soltó, creo que delante de Juan de la Encina:

—Nunca creí que Reyes fuera tan de veras diplomático. ¿Querrá usted creer que en el teatro de San Sebastián, meses pasados, me dejó con la palabra en la boca por hablar con ese badulaque de Ministro de Cuba?

—¿Cómo? ¿Y eso era todo lo que usted tenía contra mí? Me da tal alegría saberlo que le ruego me dé licencia para ni siquiera explicarle el caso.

Pero años más tarde, cuando nos encontramos en Buenos Aires, fue a quejarse de lo mismo con la Bebé Elizalde. Entonces lo empuñé:

—¡Oh! —le dije—. Puesto que usted ha estado tantos años cultivando esta llaga, ahora sí me va usted a oír y va usted a saber lo que pasó aquella noche.

—¡No tiene importancia, Reyes, olvídelo!

—No, no; ahora me va usted a oír, para que se dé usted cuenta de su error.

Y le conté todo por detalle. Naturalmente calló. No podía pedir disculpas: hubiera dejado de existir en ese mismo instante.

VIII

Antes de ir a la Argentina, todavía envuelto en la niebla de su frío Marburgo, Ortega discutió un día con Reyes diciéndole que la virginidad de ambos cónyuges debía unirse en el matrimonio. (¡El mismo error de Victor Hugo, a quien después nadie aguantaba!) Reyes, que había vivido más, se quedó asombrado. Pero Pepe fue luego a Buenos Aires y allá descubrió la elegancia, la voluptuosidad, el flirt y el pecado (!). Y volvió imposible, exhibiendo sus tratos con Mme. Kohertaler y haciendo creer que se había acostado en Buenos Aires con todas.

México, 5-V-1958

HENESTROSA Y CHÁVEZ

—ADIÓS, Beethoven —le dice Andrés Henestrosa a Carlos Chávez. Éste se vuelve furioso, y Henestrosa—: ¡Cálmate, no te indignes! Figúrate lo que hubiera dicho Beethoven si le digo: "Adiós, Carlos Chávez."

México, 15-V-1958

LOS INSOMNIOS DE DÍAZ MIRÓN

DÍAZ MIRÓN padecía insomnios. ¡Ay del que lo visitara a primera hora de la noche! Lo retenía casi a la fuerza en su cuarto del Hotel Iturbide, con aquel su sistema de pasos atrás, pasos al frente y empuñarlo por la solapa; le espetaba un discurso sobre las pastillas contra los moscos, que encendía sobre su mesa de noche; se desfajaba la pistola; le colocaba sus conversaciones —discos aprendidos de memoria (astronomía, guerra del Transvaal, Curros Enríquez)—; le recitaba versos aislados que había traducido de Byron, y aquella línea de Chénier en pésima pronunciación y echada a perder: "*Sour* des *pensiers nouvós fesons* de vers antiques." Y al fin lo dejaba ir a la madrugada, cuando los tenderos comenzaban a barrer los frentes de sus comercios, hecho ya un despojo o bagazo humano.

México, 10-VI-1958

UN CUENTO CRUEL

En Madrid, Martín Luis Guzmán me dijo este cuento cruel:

—Una madre vela junto al cadáver de su hijo. Alguien, al pasar, tumba una lámpara que cae sobre la cabeza del cadáver, y la madre grita: "¡Cuidado, que matan a mi hijo!"

12-IX-1958

YO, FUTURO CARDENAL

CUANDO yo era Embajador en el Brasil, llegué a subdecano del Cuerpo Diplomático, y tenía trato constante, para las cosas demasiado mundanas, con el decano de hecho y de derecho, entonces obispo Benedetto Aloisi Masella. Nos hicimos muy amigos.

—Vuecencia llegará a ser papa —le dije un día.

—Entonces haré cardenal al embajador Reyes.

—Pero yo no soy... practicante.

—Pero el embajador sabe cumplir los compromisos que contrae, y eso le basta a la Iglesia.

—Pero... soy pecador.

—Todos lo somos.

—Pero ¡soy casado!

—Ningún precepto prohíbe ser casado a un Príncipe de la Iglesia.

—Entonces, trato hecho.

Acaba de morir el papa Pío XII. En el interregno, gobernará el Vaticano el Chambelán Apostólico, que lo es el ya cardenal Masella. Se acerca, pues, la hora, en que yo vista la púrpura cardenalicia.

Además, él ofreció que, si llegaba ese día, enviaría un avión especial para llevar a Roma a mi esposa y a la esposa del presidente Getulio Vargas.

10-X-1958

DÍAZ MIRÓN Y EL COMEDIÓGRAFO

RESPUESTA de Salvador Díaz Mirón a un pobre señor que le envió, en solicitud de su juicio, el original de una comedia:

Después de haber acabado
su descomunal comedia,
me quedé tan descansado
como si hubiera cagado
un mojón de vara y media.

13-XII-1958

DE DÍAZ MIRÓN A

[*José María Luchichí*]

—¿Quién es el vate panzudo
de la Musa baladí
y apellido de estornudo?
—Luchichí.

13-XII-1958

ACERCA DE LOS DICHOS DE JOSÉ VASCONCELOS

EN RECIENTE entrevista para el suplemento literario de *Novedades*, José Vasconcelos —el viejo león, como allí le llaman— ha tenido la ocurrencia de tirarme algunos zarpazos, pero más bien con mano enguantada y con travesura manifiesta. Lo que singularmente me aflige es que, para hacerlo, use de pretexto a Martín Luis Guzmán, a quien, por mi parte, yo no quisiera incomodar para nada al defenderme, y a quien desde luego reitero aquí mi admiración y mi afecto, que él bien conoce y que no están aquí a discusión. No tiene remedio: durante unos meses y mientras dure esta moda, se va a hablar siempre a la vez de los Tres Compadres. (¡Qué feo es eso de los Tres Grandes!, ¿verdad?)

No es la primera vez que José hace esto. Ya en alguna entrevista anterior lanzó dos afirmaciones que me han dejado perplejo: que Martín Luis y él eran escritores de ideas, dando a entender que yo no lo era (!); y que tal vez, por las cualidades de mi estilo, todavía podría yo algún día escribir una buena novela: como si éste fuera mi camino, como si éste fuera el objeto de toda carrera literaria, y como si yo estuviera todavía de "meritorio" en las letras, de "promesa" y niño aprovechado. Pues resulta, José —aunque parezcas ignorarlo—, que mi literatura es, ante todo, literatura de ideas.

Pero en esto —como en la entrevista más reciente—, José deja ver la única explicación que cabe dar a sus palabras, y es que hace mucho, mucho, que no conoce mis libros ni por el forro. Se ha forjado una imagen mítica de mi obra, y luego se enfrenta con ella creyendo enfrentarse conmigo. ¿Qué necesidad había de ponerse a juzgarme, si no tiene la menor idea de lo que yo escribo? (¿Pues no me dijo un día que yo me había vuelto "fenomenólogo", porque en *El deslinde* uso la palabra "fenomenología"? Pero yo la uso al modo de Aristóteles, de los físicos, de la mayoría de los fi-

lósofos, y no al modo de Husserl, que sería impropio en el caso, para simplemente decir: "la descripción del fenómeno".) Por supuesto que él hace perfectamente bien en no perder tiempo en leerme. Que tampoco pierda el tiempo en juzgarme: nadie ni nada lo obligan a ello. Ya ves, José, que yo, por mi parte, no me meto a juzgar la porción de tu obra que desconozco; y los juicios míos sobre tu obra o tu persona que por ahí se han reproducido datan de mi muy lejana adolescencia.

Pero volvamos a la última entrevista que provoca estas aclaraciones. Dice allí José que prefiere a mi obra la obra de Martín Luis por dos razones: porque Martín Luis dice más cosas que yo, y porque Martín Luis "se compromete". Lo primero es una apreciación cuantitativa que se reduce a un cálculo por centímetros, y yo creo que José quiso decir —con todo derecho, eso sí— que Martín Luis trata de más asuntos referentes a las actualidades políticas mexicanas, asuntos que de preferencia le interesan a José; lo segundo, eso de "comprometerse", no veo yo que signifique el que a mí se me considere obligado a comprometerme en causas ajenas a mi destino y a mi vida, sean las que fueren: Pancho Villa o Evaristo Madero. Yo me comprometo con lo mío, con lo que me incumbe y, como alguna vez lo he escrito, preferiría no morir de guerra ajena, de bala perdida. Bastaba, José, que dijeras sencillamente, y sin esas explicaciones discutibles y estorbosas: "Me gusta más la obra de Martín Luis." Te asiste a ello todo el derecho del mundo, y yo sería, además, el primero en aplaudir, porque yo comparto tu preferencia. Sino que, por desgracia, yo no puedo echarme fuera de mí mismo ni puedo escribir más que mi obra, y no las muchas obras ajenas que yo admiro en algunos de mis amigos, tú entre ellos. Lo único que quiero es que no me inventes falsas culpas.

Más adelante, tienes dos concesiones para mi obra: hablas de mi estilo, y hablas de mi amor a Grecia. En ambos órdenes crees que puedo haber ejercido alguna influencia más o menos plausible sobre los jóvenes.

Comienzo por objetarte este punto: yo no creo haber ejercido tales influencias. Hay muchos jóvenes, buenos escrito-

res, que son mis amigos y cuentan con mi decidida estimación y mi más vivo interés. Pero ellos van por su camino propio, y yo jamás he pretendido desviarlos ni conducirlos a mi modo. Ya es tiempo de que me quiten de encima esta responsabilidad que yo jamás he asumido. Yo respeto a todos como son. Ojalá fuera verdad que yo influyo en las buenas cosas de los jóvenes, pero no lo creo francamente. Y no es —como alguien acaba de decirlo— porque, hundido en mis investigaciones humanísticas (¡que ya es mucho llamarlas así!), *me haya faltado tiempo* para ejercer semejante influencia; sino porque la nueva literatura mexicana tiene sus ideales propios y no va a cambiarlos por los míos, ¡no faltaba más! Al fin y al cabo, todo ello va a confundirse un día, al desembocar las aguas en el mar de la posteridad que a todos nos espera, y todo ello será la literatura mexicana de nuestro tiempo, con esta o con la otra tendencia predominante. El proselitismo no es en sí una cualidad indispensable: ni un deseo que todos compartamos. De todo hay en la viña del Señor, y así está muy bien que suceda.

¿Y eso de la religión del estilo? No sé, José, si has sido sincero, pues en muchas de tus páginas —algunas por cierto muy recientes— te lanzas contra los cultores del estilo. No sé si de veras has querido hacerme un elogio o sólo usar conmigo un eufemismo benévolo. Pues tú pareces haberte acostumbrado a la idea de que yo me entretengo en hacer frases bonitas y no digo nada: uno de los aspectos del mito que te has forjado tú solo. Y yo siempre he considerado que estilo y asunto son como la aguja y el hilo, y que ni se puede coser con hilo y sin aguja, ni con aguja y sin hilo. El estilo no es para mí aquella "fermosa cobertura" que decía el Marqués de Santillana (sí, José, respondo de que fue el Marqués de Santillana), sino la expresión de un asunto. Luego las virtudes del estilo significan el conocimiento y el entendimiento del asunto que se desea expresar, y así las condiciones del buen estilo se resuelven, para mí, en la disciplina general del espíritu al enfrentarse con el mundo y el conocimiento.

¿Y el culto a Grecia? Es verdad que se lo puede pulsar a través de toda mi obra, pues es la base del mundo mental a que pertenezco. A esto he consagrado, es verdad, cuatro o

cinco libros, resultado de las obligaciones académicas que me solicitaron al alejarme en 1939 de mis funciones diplomáticas. Son obligaciones que yo escogí conscientemente, por considerar que ése era terreno algo virgen, donde ninguno de mis compañeros pensaría que me presentaba yo en son de tardío competidor; pues aunque hay entre nosotros eminentes catedráticos de lengua griega, lo mío no era la lengua, sino la cultura griega en general. Y así se explica que, a pesar de los antecedentes de mi trabajo en España durante diez años (y allá se me abrió sitio con generosidad singular), y a pesar de mi paciente cultivo de las letras hispanas, yo no haya optado por desempeñar esta "asignatura" entre nosotros. Pero el haber consagrado a los temas griegos cuatro o cinco libros —y dos o tres más que vendrán— no debe borrar el recuerdo de mis otros libros, más de ciento cincuenta.

Como fuere, yo agradezco mucho a José el darme una ocasión pública de explicarme sobre algunos puntos que, si él mismo, en su reconocida probidad y a pesar de su actitud amistosa, no parece haber justipreciado, es sin duda porque no estaban claros. Las aclaraciones que ofrezco no desean incomodar a nadie, y menos a José Vasconcelos, cuyas explosiones temperamentales, en nuestro caso, no bastan a perturbar —creo yo— la antigua amistad que nos une. Por mi parte, mi querido y viejo león, yo no conservo ni la señal de un rasguño.

Notas adicionales:

1) Cuando me referí a José en la *Historia documental de mis libros* y a ciertos penosos incidentes pasados, le leí por teléfono los pasajes respectivos, antes de publicarlos en la revista *Universidad de México,* y le ofrecí cambiar a su gusto cuanto no le agradase. Él autorizó mi texto con palabras llenas de afecto: "Siempre eres justo y prudente", me dijo, y añadió: "Perdona los momentos de mal humor que yo puedo haber tenido al referirme a ti en algunos de mis libros." ¿Por qué, antes de dar su entrevista, José no hizo lo mismo conmigo? Yo perdono lo pasado y lo presente, sí, pero lo lamento.

2) Sé comprometerme en lo mío: he sido el único que se atrevió a hacer un examen de nuestra llamada "Generación del Centenario", y mis palabras han quedado firmes, y todavía se las cita y repite cuando se habla de ese momento, hasta en nuestros manuales de historia literaria.

10-I-1959

LAS SEÑORITAS CURSIS

ERAN dos, todavía jóvenes y no feas, anticuadas, modositas y cursis. Vendían en Madrid unas telas "Batik". Hicieron lo imposible para concurrir a alguna recepción de año nuevo en el Palacio Real y, cuando lo lograron, saludaron al rey Alfonso XIII y le hablaron en el lenguaje de Cortes, en francés.

—¿Pero vosotras no sois españolas?

—Sí, Majestad —le contestaron ya en español—, pero con esto de haber vivido siempre en París, en la *rive droite*. . .

—Pues, hijas —dijo Alfonso—, ¡como yo siempre he vivido en la *rive gauche* del Manzanares! . . .

8-II-1959

RATONES

TENÍA unas bodegas llenas de ratones. Se hizo traer una gata, que extinguió la plaga. Un día la gata se comió un merengue, y se desencantó y volvió a ser princesa. La princesa era muy agradable. Pero la casa se llenó de ratones.

27-IV-1959

EL COCHECITO DE LA MUERTE

LLEGÓ el cochecito de la muerte, tirado por un par de mulitas. Como venían trotando por el cielo, venían al revés, cabeza abajo; al menos, desde el punto de vista terrestre. Me costó trabajo acomodarme y habituarme a la nueva postura. Creí que me iba a derrumbar, me sentía yo en el aire y como

colgado boca abajo de un trapecio. Sin embargo, no pasó nada. Ésta es la primera enseñanza de la muerte. En el infinito, no hay arriba ni abajo. Aquí no cuenta nuestra diminuta gravitación planetaria.

18-VI-1959

BORGES

El genio literario de Jorge Luis Borges, único en nuestra América, se sostiene realmente sobre un falso equilibrio vital. Su salud es deficiente. Su vista cada vez más débil. Su misma manera de hablar y andar parece que acusan titubeos.

Creo haber dicho en alguna parte que una vieja tía suya estaba habituada a la constante visita de los duendes y los espíritus, de suerte que ya no prestaba atención a las travesuras que le hacían. Borges lo contaba con mucha gracia.

El padre del escritor comenzó a perder la vista durante un viaje por Italia, acompañado de su familia. Disimuló todo lo que pudo, y aunque ya veía muy poco, para no enturbiar el gozo de los suyos, hacía extremos de admiración ante los monumentos y las obras de arte. A bordo del barco que trajo a la familia de regreso hasta Buenos Aires, ya el disimulo no fue posible. Y el pobre señor entró en ese túnel de ceguera que precede a las operaciones de catarata. Fue afortunado y recuperó la vista. Cuenta que cuando salió de la clínica se divertía por la calle en leer todos los letreros y anuncios con verdadera voracidad. Pero hay algo a la vez cómico y trágico: durante su ceguera y su operación, cambiaron las modas. Y el señor Borges, asombrado, contemplaba sin poder hartarse las piernas de las mujeres que ahora descubría la falda corta. Se enfermó del corazón. Murió de este mal.

18-VI-1959

LOS TRAGALUCES

ME DECÍA sonriendo Enrique Díez-Canedo: —Haga usted decorar así los ocho tragaluces de la Capilla Alfonsina *(mi biblioteca)*: "Las cuatro partes del mundo", por Diego Rivera: a ver cómo se las arregla para reducirlas a cuatro; y los otros cuatro tragaluces, por José Clemente Orozco: "Los ojos de Dios y los ojos del Diablo."

VII-1959

EL CUENTO DEL CUÁQUERO

NO HAY que hablar del mal tiempo; no hay que hablar tampoco de los malos amigos, y menos de los "malos mestureros" que dice el Cid, los enredadores, los de los "conciliábulos de odio y de miseria" en la candorosa queja de Rubén Darío. Pero hay que saber dónde vive el enemigo para no pisar su territorio ("Mira, Zaide, que te aviso / que no pases por mi calle"). No vaya uno a verse en el trance del cuáquero.

Encontré este cuento del cuáquero en páginas de Pérez de Ayala. Es mucha la tentación de repetirlo:

—¿Para qué te armas? —dijo la cuáquera.

—Porque tengo que pasar frente a la casa de Fulano, que es mi enemigo.

—Pero ¡y si está escrito que te mate! . . .

—De todos modos, prefiero llevar mi fusil, por si está escrito que sea yo quien lo mate a él.

30-VIII-1959

LOS GATOS DE ROMA

ANTES de Mussolini, el Coliseo romano se había vuelto un foso de gatos, donde el que quería uno iba sencillamente a sacarlo con un lazo.

31-VIII-1959

BOBERÍA ANDALUZA

YO YA no vivía en Madrid. El filósofo Joaquín Xirau Palau, rector de la Universidad de Barcelona, fue un día a Sevilla. Su nombre cayó en gracia a los desenfadados andaluces, que empezaron a jugar con él a su modo. Uno de ellos, sin haberlo reconocido, soltó esta burrada delante de él:

—Pues yo no le temo al resfriado. Me tomo tres chatos de manzanilla, me tumbo y me arropo en la cama... ¡y Xirau Palau!

1-IX-1959

UN EPÍGRAFE

EN *Pausa* inventé un epígrafe: "...Y abriendo otras nuevas ventanas, vio nuevas tierras...", Fray Jimeno, *Manual de torreros*. Vasconcelos lo tomó en serio y cita la frase por ahí, por cierto sin referirse a mí.

9-IX-1959

LAS CUATRO ESQUINAS

CADA vez que me cuentan —y me lo han contado muchas veces— cómo, en su juventud, Vicente Lombardo Toledano era un católico e intransigente conservador, y Manuel Gómez Morín un furioso revolucionario, y un buen día cambiaron de postura, de modo que cada uno, como en el Juego de las Cuatro Esquinas, vino a ocupar el sitio del otro, recuerdo el cuento de los dos mirlos políticos recogido en Francia por Elian-J. Finbert. Helo aquí:

Un zapatero, monarquista y tradicionalista, había enseñado a su mirlo la canción *Vive Henri Quatre!* Un carpintero que vivía enfrente y profesaba opiniones contrarias enseñó a su mirlo a cantar el *Ça ira!* Los dos mirlos todo el día se

arrojaban sus canciones a la cara, a manera de desafío, entre el regocijo de los pasantes. Una noche, algún vecino travieso cambió de jaula a los mirlos, y al otro día, los dueños de los pájaros, furiosos, se figuraron que había acontecido una contaminación o corrupción recíproca, e indignados, les torcieron el pescuezo a sus mirlos.

10-X-1959

DE DÍAZ MIRÓN

Los gustos personales de Díaz Mirón eran muy ramplones. Perfumaba con Agua Florida, como las criadas, el pañuelito sucio que llevaba siempre en la mano izquierda para disimular el fruncimiento de la herida por el balazo que le dio Eslava (pues éste lo conocía, sabía que le iba a tirar con la izquierda, y esperó que sacara esta mano detrás del pilar del Hotel de Diligencias —en Veracruz— donde el poeta se había fortificado). Otra fea costumbre: todo el día estaba comiendo pastillas de *sin-sin* para perfumarse la boca. Lo peor es que ello trascendió a estos deplorables versos:

> ¿Qué pastilla olorosa
> y azucarada
> disolverá en tu boca
> su miel y su ámbar,
> cuando conmigo a solas,
> oh virgen, hablas?

15-XI-1959

MIS RELACIONES CON SCHWEITZER Y CON LA CUESTIÓN ATÓMICA

EN ESTOS días se presta singular atención a la personalidad de Schweitzer y a su actitud ante el peligro atómico. Me place recordar que mi atención para estos asuntos data de tiempo atrás:

1) Especialmente invitado al efecto por los editores del "homenaje", envié un ensayo, que se publicó en traducción inglesa, sobre Juan Ruiz de Alarcón, al libro *The Albert Schweitzer Jubilee Book,* compilado por A. A. Roback, J. S. Bixler y G. Saxton (Cambridge, Mass., Sci-Art Publishers, 1945). El libro apareció con motivo de haber cumplido Schweitzer los setenta años.

2) En abril de 1955 publiqué un artículo, *Albert Schweitzer,* que he recogido en mi primer ciento de *Las burlas veras* (México, 1957), artículo en que reproduzco la carta que me dirigió Schweitzer el 26 de mayo de 1946, agradeciendo mi colaboración en su libro jubilar, dándome su dirección en Colmar y diciéndome que, si iba yo a París, vendría a París a saludarme. En ese artículo tracé una silueta del grande hombre.

3) En el propio libro recogí otro artículo, también de abril, año 1955, *El peligro atómico.*

4) Para recogerlo después en la segunda colección de *Las burlas veras,* acabo de enviar otro artículo, "En el Centenario Darwiniano", cuyo pasaje final se refiere nuevamente al peligro atómico, en el que distingo "el peligro somático o de presente, que puede ser mínimo, y el peligro genético o de futuro, que es sencillamente imprevisible".

En los artículos mencionados bajo los números 3 y 4 no cito a Schweitzer, pero, por mi parte, me uno a su campaña. Como todavía en México somos algo coloniales y no siempre nos percatamos de lo que se hace en casa, he querido juntar estos apuntes por si tienen interés para alguien.

1959

XI

ESPERANZA IRIS, REINA DE LA OPERETA

I. Salutación

Saludamos en la mexicana Esperanza Iris las fuerzas avasalladoras del triunfo. Llegó de pronto: aparecieron por las calles vistosos anuncios en que el rostro de la artista sonreía desde un resplandor de plumas tornasoladas; el Teatro de la Zarzuela —teatro funesto, teatro "tabú" que se citaba como ejemplo de fealdad, de incomodidad, de soledad, de frío, de mala suerte para las compañías que en él trabajan— comenzó a animarse, a transformarse; y es ya, a estas horas, uno de los teatros más elegantes y concurridos de Madrid. Y Esperanza Iris puso sitio a la Villa y Corte y dio la batalla y la ganó con un ímpetu verdaderamente americano. La noche de su "debut", hablando al público desde el escenario con una seguridad completamente ignorada por las artistas habituales (lindas muñecas mecánicas), con un calor de espíritu y una espontaneidad a que no están hechos los auditorios madrileños, Esperanza Iris declaraba: "Siempre fue mi sueño ser aplaudida en Madrid. Cierto es que esperaba yo agradar; pero, francamente, no tan pronto. . ." Acurrucada en el camarín de la artista, casi sollozante de emoción y recuerdos, cierta amiga suya que hizo en México, una brillante carrera artística, recordando las alegrías y los trabajos pasados, nos confirmaba: "Es verdad; siempre fue su sueño Madrid. Siempre me preguntaba: ¿Y qué hace ésta? ¿Y cómo trabaja la Fulana?" Y en aquella dulce alegría con lágrimas de la amiga Pilar, nos pareció que saboreábamos —más aún que en el trueno de los aplausos, más aún que en el centelleo de luces de la escena, que en la música retozona de silbidos y cobres, que en las danzas contorsionadas y en el lujo de color de los trajes— el gusto profundo de la victoria. Saludemos en la mexicana Esperanza Iris las fuerzas avasalladoras del triunfo.

II. RECUERDOS

Para los mexicanos que llenaban la sala y que siguen con graciosa devoción los éxitos de la artista —desterrados muchos por los azares de la turbulenta política, otros simplemente alejados de la patria, pero todos capaces de la noble melancolía de la ausencia— la aparición de Esperanza Iris ha venido a ser como una fresca ráfaga de recuerdos.

¡Esperanza Iris! ¿No ha sido la suya una carrera de triunfos? Si, como creemos algunos, el arte es el mejor remedio de la vida, Esperanza Iris puede, a pesar de todo, declarar como la dama de don Juan Ruiz de Alarcón: "Yo me confieso dichosa." Muy niña aún (¿os acordáis, amigos míos, de la criatura risueña y dulce que precedió a la mujer radiante de ahora?), tuvo sus primeros éxitos en aquella Compañía Infantil de Zarzuela, origen de toda una generación teatral. Y aún creemos sentir, la noche del beneficio, aquel ambiente poblado de aplausos y flores: sonreía una cara de niña; volaban, azoradas, entre la tumultuosa alegría del teatro, unas palomas con mensajes al cuello.

Pasó el tiempo, y para Esperanza Iris comenzó la época de la vida obrera; la lucha diaria en los teatros de Género Chico donde el público la acogía siempre con merecido favor, pero donde no era fácil salvar aquel término de excelencia que la artista había alcanzado casi desde el día de su presentación. A la vez que se afirmaban sus cualidades, en busca de una cristalización definitiva, la vida le daba las primeras lecciones y la mímica y la palabra de la artista ganaban en fuerza expresiva. Porque el arte sabe vengarse de todos los dolores y las alegrías del hombre, y pone a contribución toda la sangre de nuestras venas, con una divina crueldad.

Cuando se anunciaba "La cuarta plana", la gente inundaba los teatros: Esperanza Iris, en el "peladito" de "La cuarta plana", había creado, con raro instinto, la interpretación de un tipo nacional, donde lo intencionado no degeneraba nunca en caricatura.

III. Crisis

Pero un día —en vísperas de la culminación— el artista tiene que interrogarse. El sol del artista no amanece todos los días gratuitamente: el "tiempo" del arte no avanza solo, sin un esfuerzo constante, cotidiano, de la voluntad personal. Una vez vencidas las dificultades de la técnica, una vez que se sabe reír y llorar, hablar bajo y hablar alto, ir y venir, gesticular, cantar y bailar, hay el riesgo de quedarse en la mecánica del teatro sin ir más allá, hay el riesgo de la rutina, hay el riesgo de la falta de asunto. Pues sólo el asunto obliga al artista a echar fuera el alma. Y el Género Chico no pasaba, al fin, de género chico. Allí no se podía progresar. Estamos presenciando la decadencia del Género Chico. ¿Qué mucho que la previera quien vivía en el Género Chico y acaso sentía en sí misma, en el despego naciente por los papeles que le confiaban, los síntomas de tal decadencia? Era menester romper ese hilillo invisible que ata los polluelos al nido; fuerza era desplegar las alas y escoger otro rumbo.

¿La Comedia? Sí. Esperanza Iris había revelado condiciones excepcionales para la Comedia; esa plasticidad obediente a los caracteres representados; ese vigor interpretativo que hace vivir todas las palabras y hasta remedia, con un parpadeo o con un suspiro, los desmayos del diálogo; y, finalmente, esa simpatía física, esa invencible simpatía sin la cual no pudieran darse ni el amor ni el conocimiento. La Comedia, sí; bien podía ser. Y perdónese a un enamorado de la buena literatura el llorar un poco sobre la artista de comedia que hemos perdido. Hace tiempo, en México tuvimos otra: una mujer de imperial belleza; tan hermosa como poco artista; no supo, no pudo inspirar a nuestros desmedrados creadores de teatro; no acertó a dar a luz el teatro mexicano, que todavía espera quien lo anime. No lo logró, aunque de ella, como de la dama del soneto de Góngora, podamos decir que su belleza hizo "cantar las aves y llorar la gente". Pues bien: creemos firmemente que Esperanza Iris —mujer poderosa, artista superior— estaba llamada a realizar lo que Virginia no realizó.

¡Ay, pero la Comedia era pobre! No insistamos. Y además, ¿qué hacer de aquella inquietud interna que había germinado en el ser profundo de la artista y que, ya educada, salía al mundo en bailes y en canciones? ¿Qué hacer con el fuego de aquellos ojos que pedían ya, más que palabras, ritmos y melodías? ¿Qué hacer con la nerviosa opulencia que exigía ya trajes fantásticos, qué con los negros cabellos apasionados que están reclamando un aderezo de plumas de pavo real? ¿Qué con la garganta y los brazos y los tobillos sedientos de brazaletes y joyas? ¿Qué hacer con el pie que se descalza solo, anhelando la danza?¿Qué hacer, qué hacer con la bacante interior?

En el camino de Esperanza Iris, la Opereta aparecía como la única liberación posible, como la única superación probable. Y de aquí la Opereta.

Pero todavía, de tiempo en tiempo, en pequeñas piezas de un acto, esta Reina de la Opereta danzante se somete al paso medido de la Comedia, y nos hace soñar con espléndidas posibilidades: "Qualis artifex pereo."

IV. La Opereta

Trama ligera —de sentimentalismo cómico, sobre un leve fondo de acción más bien simbólico, adornada con mariposeos de bailes y canciones, llena de aire de fiesta, serpentinas de colores, trajes y joyas, ambiente de mascarada entre dulzona y grotesca— la Opereta, según los últimos modelos vieneses, ha venido a ser algo como una traducción del mundo elegante en la lengua del "arribista". En una comedia de Lord Dunsany se oye, por todo el acto, descorchar botellas de cerveza. En la Opereta podemos decir que se perciben continuamente los taponazos y el espumarajo del champagne.

Sólo que este "champagne" resulta a veces lo que en términos de fabricante se llama "una tisana"... De tiempo en tiempo, y en un escenario de alcoba, el tenor cómico, que luce una espléndida pijama, entona un aria de ruiseñor. De la Ópera italiana se ha dicho caricaturescamente que es una pieza teatral donde el tenor se empeña en acostarse con la

tiple, el barítono se opone, y el bajo se entera demasiado tarde. Con más justicia convendría a la Opereta semejante caricatura, a no ser porque...

Digámoslo al fin: a no ser porque, si la Ópera se redime de los argumentos o fábulas pueriles por la excelencia musical, la Opereta se redime también, ¿por qué? ¡Por el impulso lírico! Por cierta embriaguez que la anima, ordenando como en orbes dorados las escenas cómicas y alegres. "La vida —nos decía hace poco un gran poeta— sólo vale la pena de vivirse como embriaguez." En esta calidad de embriaguez lírica, de energía dionisiaca, está lo mejor de la Opereta. Sólo por ella puede salvarse; sólo por ella podría llegar algún día a ser una verdadera obra de arte. Con la Opereta, como con el Cinematógrafo, vivimos en una confiada expectación: día llegará...

Sin contar con que la Opereta —es decir, la hija de la Ópera cómica y de la Ópera bufa— tiene un pasado prometedor. Francia: Offenbach, "La Bella Elena", "Orfeo en los infiernos", "Las Campanas de Carrión" —o "de Corneville"—, "La Perricholi", "La hija de Mme. Angot": música humorística, intelectual algo seca.—Inglaterra, donde la Opereta alcanza su mayor esplendor entre 1870 y 1890: el libretista Gilbert y el músico Sullivan: "El Mikado", "Pianafore", "Patience" —donde figura Oscar Wilde, un Wilde anterior a la catástrofe—, la "Florodora", de Leslie Stuart. Si la Opereta francesa ha quedado substituida por la "revista", la inglesa tiene como heredera la opereta yanqui.—Viena: antigua Opereta de los años de 1880, etapa que precede a "La Viuda Alegre" de nuestros días: "Boccaccio" y "Fatinitza", de Suppé.—Y no hablemos de la antigua Zarzuela española, que está en la memoria de todos.—En la Ópera misma se descubren intentos de volver al tono de la Ópera bufa: "El secreto de Susana", de Wolf-Ferrari, recuerda a Pergolese y a Cimarosa; y Richard Strauss ha ido más lejos, al mezclar elementos de la antigua Ópera bufa con el vals de la moderna Opereta vienesa, en "El caballero de la Rosa", tramado todo en la compleja polifonía poswagneriana.

No somos enemigos de los géneros en sí mismos, aunque

las obras que actualmente produce tal o cual género puedan no satisfacernos del todo. Esperanza Iris es superior a las obras que representa. Pero, entre tanto, les comunica una excelencia que hasta hoy no habíamos apreciado, y nos permite prever posibles desarrollos del género en que se ha impuesto. Admirándola, en el Teatro de la Zarzuela, creímos descubrir el secreto de la Opereta. Y —decía el filósofo— "las cosas son sus tendencias". ¿Quién sabe lo que puede aún provocar Esperanza Iris en la producción de la Opereta? Ya, por instantes, hace saltar del escenario una nueva llamarada lírica.

Porque el escenario de la Opereta es, bajo la dirección de Esperanza Iris —y a pesar de momentáneos flaqueos, debidos, sin duda, a la impaciencia por aprovechar la temporada u otras razones de orden no artístico—, algo como un escenario ritual. De pronto creemos sentir la trepidación con que se anuncia, en la fábula antigua, el carro tirado de tigres en la primavera. De pronto hay un deslumbramiento, una apoteosis; abajo corre la ronda de antorchas, y arriba se tuerce la Bacante.

V. Finalmente

Finalmente, aplaudimos en Esperanza Iris la cultivada disciplina del baile, de la canción, del ademán, de la palabra y del atavío en general. Cosa muy de nuestra tierra, donde siempre se ha tendido (aunque todavía no se haya logrado) a crear un arte con normas. Aplaudimos en Esperanza Iris la graciosa combinación de su lujo internacional con ese imborrable dejo o resabio mexicano, que da a su arte algo como una raigambre de honradez y de seriedad. No es Esperanza una descastada: ¡al contrario! Hay en ella cierto espíritu de propaganda nacional que se derrama por mil partes: tanto en protecciones a sus compañeros de trabajo como en profusos rasgos ornamentales de sus cuadros y vestuario. ¿Habéis advertido cómo, por mil partes, apunta allí el tema mexicano? En el "calograma" de Torres Palomar —suspendido a la boca del telón como un estandarte— hay motivos del ca-

lendario azteca; y una obsesión de los tres colores —verde, blanco, rojo— aletea por todo el escenario.

Cuando, hace pocas noches, la veíamos —en la fiesta de la caridad mexicana— crear los tipos y los chascarrillos regionales (la poblana, la yucateca, la chiapaneca) con una gracia tan superior al acostumbrado chiste verde para uso de sensibilidades gastadas; y, sobre todo, cuando la veíamos, envuelta en el pabellón, fulgurante y morena, lanzando vivas con voz alegre y valerosa, Esperanza Iris nos parecía Musa Popular del 16 de Septiembre. Y saludamos en ella una exaltación de bellezas y cualidades muy nuestras, de ardores y dulzuras muy nuestras, de cosas bravas y de cosas tiernas que nos han hecho pensar en las águilas de nuestras montañas y en las tórtolas de nuestros jardines.

LA CREACIÓN

JEHOVÁ se aburría divinamente.

—Me siento poeta creacionista —dijo al fin—. ¡Sea la luz!

Y fue la luz. Y creó la tierra y los cielos, las aves, los peces, los camellos y el hombre.

Y el hombre —Adán— recibió el encargo de poner nombre a los objetos de la creación. Y cuando acabó de enumerarlos todos, siguió creando objetos con la palabra.

Y Jehová observó:

—Privemos a Adán del don de crear por la palabra. De otra suerte, el mundo será pequeño para tanta creación, y el contenido será superior al continente.

Y Jehová, no pudiendo evitar que la palabra creara, inventó el ripio —que es como una falsa palabra— e inventó la palabra misteriosa, la que no se debe pronunciar, so pena de provocar catástrofes; por ejemplo, el nombre secreto de Alá, entre los antiguos árabes; el nombre secreto de Roma, sólo conocido de pocos iniciados y perdido ya para los sabios modernos.

Y de aquí el hermetismo: quien posee el nombre del dios, posee al dios; hay identidad entre el nombre y lo nombrado; luego conviene a la policía del universo que haya palabras misteriosas. Quien sabe mi nombre —mi nombre substancial— ése dispone de mí a su antojo.

—Y de aquí —opina un iniciado—, de aquí que Ivonne, Germaine y Georgette se resistan tanto a decirnos cómo se llaman.

Basta con enunciar una cosa para que exista. Pero hay que enunciarla "bien" (como en el Derecho Formulario); de lo contrario, sobreviene el ripio, que no crea.

Así pues, "crear" es hablar "bien". No "crean" todos los que "hablan" (o escriben).

El Universal Ilustrado, *México, 26 de agosto de 1920*

EL VENDEDOR DE FELICIDAD

[1943]

COMO en el verso de Rubén Darío, "fue en alguna extraña ciudad". El nombre no importa. Baste decir que era una de esas horas en que todas las cosas parecen irreales. La gente iba y venía y nadie hacía caso de un vendedor ambulante que anunciaba alguna mercancía invisible. Temí que fuera uno de esos traficantes en tentaciones vulgares. Era hombre de edad indefinida. En sus ojos había muchos siglos de malicia y, de repente, destellos de juventud y candor. La curiosidad me atrajo.

—Vendo —me dijo— el secreto de la felicidad. Vendo la felicidad por cinco centavos, y nadie quiere hacerme caso.

—Buena mercancía en los tiempos que corren —le contesté— y sin duda en todos los tiempos. Pero los hombres somos desconfiados por naturaleza. Un negocio demasiado bueno nos pone recelosos. "No caerá esa breva", decimos, y nos alejamos llenos de dudas. Santiago Rusiñol salió por la plaza de un pueblo de Cataluña, un día de feria, disfrazado de campesino. Quería probar la estupidez humana. Llevaba una cesta llena de "duros", monedas de a cinco pesetas, y anunciaba que vendía sus duros a tres pesetas. Todos se detenían un instante, examinaban los duros, los mordían, los hacían sonar sobre el suelo, y no se decidían a comprarlos. No hubo uno solo que creyera en la felicidad.

—Sin embargo —me dijo el vendedor ambulante—, por cinco centavos bien vale la pena de ensayar. ¿Se atreve usted?

Me atreví. Nos sentamos en el quicio de una puerta. Y mi embaucador comenzó:

—No voy a venderle a usted un sermón moral o religioso. Si usted es hombre de sólidas bases religiosas o morales, mi secreto no le sirve a usted para nada, porque entonces cuenta usted con sostenes superiores al anhelo de felicidad prác-

tica. No quiero defraudarlo a usted. Mi mercancía sólo aprovecha a los escépticos absolutos.

—Pues yo soy uno de ellos —le dije, por seguirle el humor y para conocer el fin de la historia—. Estoy asqueado de la Humanidad, lo que hoy por hoy no tiene nada de insólito. Es posible que la vida humana esté llamada a mejorar después de la catástrofe que hoy presenciamos. Pero eso no puede consolarme. Lo que me importaría es ser feliz yo mismo, en mi existencia actual y en el tiempo que me ha tocado. Y mi disgusto por cuanto veo y experimento ha asumido tales proporciones que puedo, sin paradoja, asegurar que cuanto existe, el Universo, la Creación, han comenzado a incomodarme.

—Entonces usted es mi hombre, mi comprador ideal —me dijo el mago—. Me guardo sus cinco centavos y le doy en cambio mi receta: ¡Suicídese usted!

—¿Y eso es todo lo que tenía usted que decirme?

—¡Calma! No se impaciente. No he acabado. El valor de mi consejo está todo en el procedimiento. Hay muchos modos de suicidarse. El que yo propongo es el siguiente: suicídese usted mediante el único método del suicidio filosófico.

—¿Y es?

—Esperando que le llegue la muerte. Desinterésese un instante, olvídese de su persona, dése por muerto, considérese como cosa transitoria y llamada necesariamente a extinguirse. En cuanto logre usted posesionarse de este estado de ánimo, todas las cosas que le afectan pasarán a la categoría de ilusiones intrascendentes, y usted deseará continuar sus experiencias de la vida por una mera curiosidad intelectual, seguro como está de que la liberación lo espera. Entonces, con gran sorpresa suya, comenzará usted a sentir que la vida le divierte en sí misma, fuera de usted y de sus intereses y exigencias personales. Y como habrá usted hecho, en su interior, tabla rasa, cuanto le acontezca le parecerá ganancia y un bien con el que ya usted no contaba. Al cabo de unos cuantos días, el mundo le sonreirá de tal suerte que ya no deseará usted morir, y entonces su problema será el contrario. Voy a darle a usted un ejemplo. Usted, en su actual situación, ¿qué atención puede prestarle a un hacha de

mano? Pero si usted fuera Robinsón, el náufrago, el que todo lo ha dado ya por perdido al rodar sobre la playa desierta, ¿se imagina usted la alegría de rescatar un hacha? Pues aplíquelo usted a las cosas que le rodean, y hasta a los objetos que lleva en los bolsillos, el reloj y la pluma.

Medité un instante, y repuse:

—Tome usted otros cinco centavos, porque después de esto, voy a necesitar que me venda usted otra receta cuando, enamorado de la vida, vea venir la muerte con terror.

México, mayo de 1943.
Mil felicidades para 1953

HIDALGO, RADIOSA ESTRELLA DE LA PATRIA

Palabras pronunciadas por Alfonso Reyes en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo el 9 de mayo de 1953, al recibir el título de Doctor Honoris Causa que, tanto a él como a otros ilustres intelectuales y ameritados maestros, otorgó la Universidad.

Con permiso de los excelentísimos señores gobernador del Estado, Secretario de Educación Pública, ex presidente don Pascual Ortiz Rubio y demás autoridades presentes, quiero especialmente dirigirme al señor rector y a los señores catedráticos del Claustro. Cuantos hemos recibido de esta ilustre Universidad Michoacana los títulos con que vuestra generosidad ha querido premiarnos y estimularnos, estamos pensando ahora mismo —confundidos de gratitud y arrobados— en los muchos timbres de gloria y de tradición que ostenta esta casa, heredera de los venerables recintos de San Nicolás y aun de Tiripetío, allá donde el grande escolástico renacentista fray Alonso de la Veracruz, el amigo de fray Luis de León, trajo un día, con las auras de la materna Salamanca, algunos de los primeros libros que llegaban a la Nueva España.

Quienes hemos tenido la suerte de profesar, siquiera pasajeramente, en estas aulas, evocamos los días transparentes, de grata compañía y fecundo trabajo, que hemos pasado en la tierra michoacana: tierra impregnada de sabores vernáculos; cuna y teatro de proezas y de ideas trascendentales para la formación nacional; pintoresca y gustosa; maestra del buen trato y de la dulcería mexicana; aromada de cafetales; amena orilla de pescadores que perpetúan el misterio secular de sus danzas y llevan a los usos diarios un inefable soplo artístico; coqueta en su suelo y en su cielo, lugar de cita para todos los colores y encantos de la naturaleza; refrescada de episódicos lagos, donde la geografía misma parece que quiso dar asueto al espíritu.

Nos inclinamos, reverentes, ante las grandes sombras —héroes y pastores de pueblos— evocados por los nombres mismos que presiden o rondan los ámbitos de esta tradicional Casa de Estudios; el Padre Hidalgo, radiosa estrella de la patria, imagen del varón virgiliano que lo mismo empuña arado y espada, dulce instructor de oficios humildes y graciosos, poeta entre las abejas y las vides cuya hazaña fue vertiginosa como el vuelo de un ave y cuya inmolación aseguró la victoria, a manera de aquellos sacrificios propiciatorios de que nos habla la leyenda; y el obispo Vasco de Quiroga, quien, con sus fundaciones, quiso aclimatar entre nosotros aquel anhelo utópico que a la sola aparición de América, se apoderó del pensamiento europeo; aquel que, con la arcilla de nuestra gente, comenzó a modelar un mundo mejor, bajo las inspiraciones de Tomás Moro y de Juan Luis Vives, doctores de la esperanza humana.

Inspirados en tamaños ejemplos, hoy que los destinos vacilan, hoy que las brújulas han perdido el concierto y el odioso Leviatán de Hobbes pretende agredirnos por ambos flancos, juntemos nuestras voluntades para salvar lo que hay que salvar: el legado de las culturas y la dignidad de la persona.

Señor rector, señores del Claustro de la Universidad Michoacana:

A nombre de todos los recipiendarios y a todos vosotros, ¡muchas gracias!

VI

BRIZNAS

[*1929-1959*]

Estas notas son el gotear espontáneo de la tinta, la enfermedad congénita de la pluma. Pero no puedo publicar sino una parte de las que he escrito. Con pena he suprimido algo, o le he dado "segunda esponja", como se decía en el siglo XVII —sin duda echándolo a perder—, cuando la alusión o la caricatura eran demasiado transparentes. ¡Y luego dirán que no es uno buena persona! Varias de estas notas —junto con otras que se dejan fuera de esta colección por su muy distinto carácter, aparecieron primeramente en el folleto *Briznas I* (Archivo de A. R., B-3), primera versión condenada a desaparecer y ser sustituida por la presente. Algunas otras se han publicado en periódicos y revistas. *Alfonso Reyes.*

TODOS conocen la anécdota del que, habiendo cerrado su comercio "El Porvenir", abrió tiempo después otra tienda, y la llamó: "Recuerdos del Porvenir."

En *Les Nouvelles Littéraires* (París, 31 de agosto de 1921), artículo de Camille Julien, *Romans Prehistoriques*, doy con esta frase: "No hay que desesperar del pasado del hombre."

1929

Dice, pues, el cantable:

> En Aragón,
> nace la jota del corazón;
> pero, en Valencia,
> la jota nace de la conciencia.

He aquí, sobre el tablado de la cancionista, el diálogo eterno entre el anti-intelectualismo y el intelectualismo. Tozudo Aragón, Valencia clara... Yo quiero el vigor del uno y la lucidez de la otra. Voluptuosidad lícita: ímpetu y deleite. Es decir, yo sólo suspiro por las Gracias.

1937

En el *Calendario* he hablado de esas palabras vacías, tipo "charla de café madrileño". Palabritas insignificantes de que está lleno el griego: gar, alla, men dé. Especie de puntuación hablada, dice Valéry, que ve en ellas unos como testigos o residuos del lenguaje oral, deslizados hasta el estilo.

Tales son los casi balbuceos "hombre", "digo", "claro", "¿verdad?", "bueno", y el abominable "éste" que tanto usamos en nuestra tierra.

Semejante función de apoyo, balcón donde descansar el

cuerpo mientras se habla, o mejor, la mente, posee en español (no sé si llegado de Valencia, ni sé si allá lo llevaron los colonizadores griegos) un precioso recurso: la muletilla, el vocativo argentino "ché".

1937

—Pero, maestro, ¿por qué me puso usted "cero"? Si yo, en mi composición escribí: "los insípidos tlaxcaltecas", es porque seguramente lo eran, puesto que, por no tratar con el tiránico imperio azteca de Moctezuma, se privaban de sal...

—Cierto, señorita; pero el empleo del calificativo "insípidos" revela en usted un complejo de canibalismo que un profesor no puede aprobar. ¡Si al menos hubiera usted dicho: "los deshidratados tlaxcaltecas"!

22-IX-1954

Los niños de aquella familia se disputaban dos tesoros: los besos de la institutriz y la "pepita del chayote". Así se empieza.

23-IX-1954

Generalmente, los tontos son disimulados. Saben bien que lo son y lo ocultan de mil maneras. Es lo peor. Cuando damos con un tonto honrado, manifiesto, que no se avergüenza de ser tonto, sentimos un alivio, una gratitud...

14-X-1954

Los caudillos sin penacho, sin simpatía, se vuelven líderes.

5-XI-1954

De Taine

En 1849, Hipolite Taine era elector y se vio llamado a designar unos quince o veinte diputados. No se sentía monár-

quico, ni republicano, ni demócrata. Envidiaba a los que tienen orientaciones definidas. Reacción propia de intelectual, para esclarecer sus conceptos sobre la política francesa escribió *Los orígenes de la Francia contemporánea*, obra en once volúmenes...

¿Cómo va a ser posible que gobiernen los intelectuales? Su verdadera función es la de consejeros. Gobernar es improvisar y adoptar disposiciones inmediatas sobre todas las cosas, día por día, hora tras hora. El intelectual llamado a la política o deja de serlo —sin por eso adaptarse nunca ni llegar a ser un verdadero político—, o sencillamente fracasa; y, en todo caso, tampoco puede ya volver a su estado de intelectual puro. ¡Triste destino! Naturalmente, esto no significa la abstención de los deberes cívicos, ni el abandono de la política en manos ineptas o criminales. En todo impera el buen sentido. En todo hay su más y su menos.

15-XI-1954

Abundan hoy las fotografías de caras deformadas, desde que se usan esas cámaras diminutas, cámaras de bolsillo, de solapa, de antiparras. Como los retratos con ellas obtenidos tienen que ampliarse considerablemente, las divergencias y leves errores de perspectiva (el "subjetivismo" de la lente) aumentan en proporción.

Lo que permite entender a Einstein: el error imperceptible dentro de las dimensiones terrestres se vuelve monstruoso de aquí a Sirio.

30-XI-1954

...Hombre tan atrasado en su cuerpo y en sus costumbres que nunca podía salir de noche, porque "le caía el sereno", y cuando se anunciaba lluvia o cambiaba el tiempo, "le dolían los juanetes".

1954

Hay, en algunas naturalezas, cierta resistencia a la cultura. Si se las fuerza, y ése es el mal de la enseñanza primaria obligatoria, producen monstruosidades. Hay que dejarlas en el alfabeto y el ábaco. Eso les basta y, en el caso, es lo único saludable. Querer llevarlas más allá es fomentar la proliferación de ejemplares como el de nuestro Estrangulador de mujeres, que pretendía resucitar a sus víctimas mediante el coito (recuérdese el caso chusco que cuenta Jules Romains en algunos de los volúmenes de sus *Hommes de bonne volonté*); como el de aquel que acabó castrándose para resistir el deseo de acostarse con su hermana y que había descubierto el secreto de hacer la crítica literaria mediante reacciones químicas; como el del otro que quería hacer música en la pianola con los dibujos de los corbateros de Lyon e inventó otro modo de Diccionario; como el de más allá que asegura ser antropófago y tiene teorías nuevas (y falsas) sobre todas las cosas; como el de aquel que todavía anda descubriendo la Atlántida y cree que él ha inventado el problema; como el de algunos creadores de filosofías inéditas.

1954

MUSICANDO

...En sus instantes más afortunados, siento a Couperin el Grande ácido y valiente. Lo demás pasó a Bach —los "tornavientos"— o se deshizo en el fondo del paisaje y fue incorporado por "la música en general".

...El *Cisne blanco* de Grieg hace presentir a Debussy, y todavía halla eco en algún comienzo de Copland.

1954

Descartes aconseja dividir la dificultad en partes para poder vencerla. ¿No fue ésta la estrategia del Horacio contra los Curiacios? Por su lado, Maquiavelo aconseja dividir para

reinar. *Divide et impera* fue también la máxima del Senado romano, de Luis XI y de Catalina de Médicis.

6-I-1955

TRES PROPOSICIONES:

1. Secreto es aquello que se perece por no serlo.

6-I-1955

2. Virus filtrables, microbios, amibas... y seres degenerados: lo que menos vive es lo que más persiste en vivir. O "cosa mala nunca muere", dice la gente.

3. La paciencia es más fácil de lo que parece, una vez que se descubre su nombre secreto, sólo accesible a los iniciados: *indiferencia.*

17-I-1955

La popular paradoja española dice con donaire: "¡De veras que el que inventó el trabajo no tenía quehacer!"

Y el autor del tango argentino lo alambica, lo ensucia, lo adultera y lo echa a perder con su postizo "lunfardo" u "orillero".

¡Haragán!
Si encontrás al inventor
del *laburo,* lo fajás.

De aquello a esto, la distancia del aroma silvestre a la perfumería manida y cochambrosa del "cabaret" y el teatro para los señoritos "canallas".

18-I-1955

Entre las cosas más tristes de este mundo: 1) Las criadas sin descanso dominical, que se quedan encerradas en casa. 2) El "agua al tiempo" para beber (con sus implicaciones de mala salud).

18-I-1955

Dos vidas paralelas, dos feos sublimes, representativos de sus pueblos, para un moderno Plutarco: Samuel Johnson y Benjamin Franklin.

23-I-1955

Desde la más remota infancia, desde los estudios más elementales, nos están incomodando y aburriendo con "el estrecho de Bering". Que si los primeros habitantes del Nuevo Mundo, que si esto, que si lo otro... ¿Hay algo más odioso que el mentado estrecho de Bering?

6-II-1955

"En materia de gustos no hay nada escrito", pero se ha escrito muchísimo. Por lo cual, "en gustos se rompen géneros" y lo demás que suele decirse. Pero, en fin, hay un consenso, una cierta uniformidad general respecto a valores artísticos y literarios, salvo cuando aquel idiota dice en el Ateneo de Madrid: "El estúpido de Cervantes", o cuando al paradojista le da por negar la vocación de Goethe o de Velázquez. En cambio, ¡qué desigualdad de apreciación respecto a los films cinematográficos! ¿Por ser arte nuevo? ¿Por ser accesible a masas mayores y más desiguales que los lectores de libros o los aficionados a la pintura? ¿O es que hay también cierta irreducibilidad óptica, cierto individualismo retiniano o, en general, nervioso, con relación a la vista? ¡A los psicó-

logos, a los sociólogos la ardua sentencia! Ya es tiempo de que lo investiguen.

6-II-1955

Para que la Creación se mantenga es fuerza que haya un error de cuando en cuando. De ahí Luzbel. Que esto nos sirva de consuelo a la hora de la contrición.

12-II-1955

La Económica quiere ser una estructura de hierro. Sin embargo, las barrabasadas contemporáneas nos hacen ver que está sometida al capricho y a la pasión. Los economistas cuentan con todo, menos con dos cosas esenciales: el fermento de libertad, de arbitrariedad que hay en la conducta humana, y la base de gratuidad en que se sustenta la mayor parte de nuestra vida.

15-II-1955

El dinero es un señor al que sólo le gustan las malas compañías.

10-V-1955

La simplificación, motor de la historia. O mejor: hay en la historia ritmos de complejidad y simplificación, tal vez una acción pendular de exorbitancias. A los intrincados y ultra refinados, suceden los salvajes simplistas. A los decadentes cultos, los analfabetos. La teología escolástica, con sus tiquismiquis y telarañas, explica que haya triunfado un instante el mahometanismo, escoba que vino a barrer los relieves de

la indigestión ideológica. A los extremos de la burocracia escrita acaso sucederá otra vez una era de tiranos orales.

18-V-1955

Una figuración literaria semejante a los dibujos animados del cine, en la canción brasileña de Carnaval:

—Oh jardinera, ¿por qué estás tan triste?
Dime qué fue lo que te pasó.
—Fue la camelia que cayó del tallo
y dio dos suspiros y después murió.

Y una prefiguración, entre muchas posibles, en el *Tabaré*:

Cayó la flor al río.
Los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camelotes
y en las orillas del juncal murieron.

No he rectificado la cita, pero así dice más o menos. Se prevé a Walt Disney.

A este propósito, recuerdo una síntesis poética de los cuadros de Valdés Leal con la que Paul Valéry acertó casualmente en *Le Cimetière Marin*:

La larve file où se formaient les pleurs.

17-VI-1955

El hombre vino al mundo para traducirlo en palabras, y así, hacerlo más asimilable a la inteligencia del propio Creador. Ahora Dios ya se da cuenta y empieza a manifestarse satisfecho. Va a descansar otra vez, como el primer Sábado, y eso va a ser terrible.

20-VIII-1955

Las cartas de la gente pedigüeña y molesta, aunque lleguen por correo, siempre tienen apariencia de haber sido traídas a mano.

1955

Máxima político-militar: Toda ofensiva comienza con una vanguardia de imbéciles.

1955

La "liceana" empezaba a descubrir la literatura y me dijo con su intolerable afectación de los dieciocho años:

—¿Y a usted quién le gusta más, Corneille o Racine?

—Ya sé —repuse—, usted quiere que yo declare mi preferencia por Racine. Siento mucho decepcionarla: me gustan ambos.

9-IV-1956

¡Candorosa presunción del adolescente figurarse que es posible cruzar toda la difícil jornada de la vida sin inventarse algunos auxilios sobrenaturales!

Obsérvese —ay— que he dicho "inventarse".

21-V-1956

ME DEFIENDO

Amelette, ronsardelette,
Mignonette, doucelette,
Très chère hôtesse de mon corps,
Tu descends là-bas faiblette,
Pâle, maigrelette, seulette
Dans le froid royaume des morts.

Así en Ronsard. El "ronsardelette" no es más que un capricho como éste mío, que un asno me censuró por ahí, un

"gaviota" de las letras mexicanas, para usar el término del Politécnico:

Tanto me ha dicho la gente
que me voy a arrepentir,
y yo tan Alfonsecuente
me lo he dejado decir.

7-VI-1956

El poeta, que estaba de vacaciones, me dijo:

—Ahora vivo de mi propia sustancia, como Dios mismo, que hace mucho tiempo no crea nada.

—Pero recuerda —le dije— que, según cierta herejía, la Creación recomienza todas las mañanas... ¿O todas las noches?

18-VIII-1956

Alcanzó todavía a oír los disparos y cayó atravesado de balas. Retorciéndose en el suelo, trabajosa, muy trabajosamente, poco a poco fue dando a luz el único hijo que logró: su propia muerte.

28-VIII-1956

El pobre explorador Ericsson vino al mundo cuando ya toda la tierra estaba descubierta. Entonces se dedicó —dedo en ristre— a explorar sus narices.

28-VIII-1956

La función de los gusanos —para eso se inventaron tal vez— es devorar todas las mezquindades inútiles de los cadáveres

ilustres, los ripios, las cosas sobrantes, de modo de dejar a cada uno

Tel qu'en lui-même enfin l'Éternité le change.

24-IX-1956

Casi siempre, los hombres piden consejo, no para seguirlo, sino con la esperanza de que los confirmemos en las insensateces que desean cometer.

29-IX-1956

La tragedia del sabio:

—No los enemigos *del* alma, pero los enemigos de *mi* alma han sido la Historia y la Ciencia —lo factual transitorio y lo factual permanente—: dos riendas que siempre han tirado de mí, impidiéndome alcanzar la suma velocidad que lleva a lo sobrenatural.

31-X-1956

Resumen espectral de la historia de Europa: 1) los romanos luchan por ser griegos; 2) los bárbaros, por ser romanos; 3) los árabes, por ser españoles *(dudoso)*; 4) los alemanes, por ser franceses; 5) los austriacos, por ser italianos. Y quedan, como centros de la estructura fundamental de Europa: Grecia, España, Italia, Francia —y las Islas Británicas que se salvan por su "aislamiento".

26-XII-1956

Teología inesperada

. . .sans quoi, sur la même hauteur
cette perfection, dans l'infinie perdue

se serait avec Dieu bien mêlée et confondue,
et la Création a force de clarté,
en Lui serait rentrée et n'aurait pas été.

V. Hugo, *Ce que dit la bouche d'ombre.*

31-X-1956

Otra diferencia más entre el animal y el hombre: el animal entra en celo y se enamora de su apetito, de la hembra en general, no de tal o cual hembra. El hombre se enamora de determinada persona, de la "persona amada", como dice, en forma no comprometedora (?), un poeta ingenioso.

I-1957

Los mexicanos más bien somos dados a dudar de lo propio, a burlarnos de lo propio con escepticismo y desconfianza. Los demás países hispanoamericanos son más bien inclinados a la jactancia y llegan a increíbles extremos de pedantería y vanidad. No el mexicano: otros serán sus defectos, y acaso peores, pero no ése. En cuanto a Brasil, ya se sabe, es como un lujo de la Historia.

I-1957

Aquel sabio lo era tanto que, etapa por etapa, explicaba la evolución de los grupos humanos desde los cazadores de cráneos en las tribus africanas hasta los cazadores de boinas en el *Tartarín de Tarascón.*

15-II-1957

Muy cómodo y muy ejemplar: Zeus se deshacía fácilmente de sus acreedores de segunda convirtiéndolos en constelaciones. (Los *Catasterísmoi* de Eratóstenes.)

17-III-1957

Los malos por naturaleza se deleitan en su maldad. Los malos *per accidens* no se consuelan nunca del pecado que hayan cometido y, en general, proyectan sobre los demás el disgusto de sí mismos, pues como dice el refrán español (antes de Freud): "el que ofende no perdona".

24-III-1957

Por mero impulso, por lo mucho que me incomoda la gente que se levanta tarde, y sin averiguar si es verdad, declaro que los trasnochadores y los que hacen la *grasse matinée* pueden hasta ser muy simpáticos, pero nunca serán los amos del mundo.

24-III-1957

Conocí a un joven que andaba siempre muy preocupado porque, como solía decir, había muy poco marfil en su vida. Nunca quiso explicarse más claramente. ¿O no hacía falta?

26-III-1957

Su rostro expresaba una leve angustia o miedo virginal, que todavía apicaraba más su sonrisa, cuando llegaba a sonreír.

22-IV-1957

Aun antes de saber que el *Quijote* se engendró en una cárcel —tal vez como desquite—, es evidente que Cervantes se desvive por respirar el aire libre, en los campos y plazas, en las montañas y los caminos; que no soporta vivir entre cuatro paredes.

3-V-1957

Los perros, que viven tan cerca del hombre, adquieren a veces defectos ya humanos. ¿Quién no ha visto uno de esos perritos petulantes, rizados y peinados como sus amas, que parecen una caricatura de ellas en pequeño y que, al igual de las señoras encopetadas, lo miden a uno con la mirada y hacen luego una muequecilla desdeñosa?

4-V-1957

Ahora nos salen con que las máquinas-cerebros adquieren enfermedades nerviosas, y se nos habla de la histeria o del *surmenage* de una calculadora electrónica como si fuera una mujer. Eso es lo que han ganado las máquinas por querer acercarse tanto al género humano.

6-V-1957

Conforme aquel escritor ganaba renombre, se fue llenando de obligaciones con sus colegas de todo el mundo, con los centros literarios y culturales, las Academias, los Institutos, las Universidades. Viendo que ya no lo dejaban estudiar y escribir como antes, solía decir:

—No es la decadencia de la edad, de que se culpa a los escritores viejos; no es que quieran dormirse sobre sus laureles. Es que les pasa lo que a mí, que ya no me dejan hacer nada en serio. Ya estoy al servicio de la sociedad; es decir: soy un sinvergüenza.

7-V-1957

...Más resentida que una criada cuando algo se pierde, aunque nadie piense en acusarla, pero que de todos modos necesita saberse acusada injustamente.

8-V-1957

Cada vez que pienso en esos beatos muy seguros de haberse ganado el cielo y poseer algo como un nicho etéreo junto a Dios, donde ir a descansar por la eternidad, recuerdo a un niño que creía poseer un caballo, porque sus padres le habían contado:

—Ya tienes tu caballo. Está en la Pensión Galán.

Y él repetía muy complacido:

—Ya tengo mi caballo. Me lo guardan en la Pensión Galán.

26-V-1957

Los perros tienen mucha conciencia; pero les pasa lo que a los hombres: les asoma el animal de repente.

29-V-1957

En su cuadro de los sofismas, los lógicos han olvidado uno muy frecuente: el sofisma de atribuir intención a lo que carece de ella, sofisma de seudointención o de "finalismo" —ídolo, no del foro, sino emparentado de cerca con la manía del perseguido, aunque trasladado a terrenos más generales. Alguna vez dije que, en México, la "ley de la pura tarugada" o casualidad sustituye a la ley de la causalidad. (La abominable Τύγη.)

VI-1957

¿Quién fue el primero que llamó "hidrocálidos" a los naturales de Aguascalientes? ¡Merecía la horca! Cierto que es difícil hallarles nombre.

2-VI-1957

¡La felicidad de vivir en el extranjero! No tiene uno obligaciones políticas y no le afectan a uno mortalmente los defec-

tos del país ajeno. En cambio, cuando vive uno en su propia tierra. . .

9-VI-1957

Entramos sigilosamente a la sala. Ya había comenzado el concierto. ¿Qué tocaban? ¡Ah, es verdad! Wagner se imitaba a sí mismo, compás a compás, frase a frase, nota por nota.

16-VIII-1957

Quiero que mis cenizas reposen allá por las faldas del Cerro de la Silla, donde todas las tardes se vean encenderse las luces de la ciudad. Sentado en la terraza que se extienda frente a mi modesto enterramiento, podré entonces contemplar la noche con mis ojos incandescentes.

29-VIII-1957

Lo peor es el saber a medias. . . ¡Y lo peor todavía es que todo lo sabemos a medias!

5-IX-1957

Salvando todas las escalas intermedias (que son, al fin y a la postre, la medida de nuestro mundo), y considerando solamente los términos extremos y abstractos, la función conciliatoria de la naturaleza, llamada "adaptabilidad", se llama en el orden ético o humano, para el optimista, "armonía", y para el pesimista —lo más frecuente—, "vileza o falta de vergüenza".

5-IX-1957

Dijo el paradojista:

—Si copio un libro, soy un plagiario. Si copio una docena, soy un investigador.

6-IX-1957

A los comienzos de *Le Père Goriot,* Balzac nos describe la pensión de Mme. Vauquer, una cincuentona que se parecía "a todas las mujeres que han sufrido desgracias". Y —verdadera singularidad o anticipación respecto a la época de cinismo científico en que vivimos— leemos allí:

"Se entra a la avenida por una puerta de quita y pon, sobre la cual está escrito: *Maison-Vauquer,* y abajo: *Pensión burguesa de ambos sexos y otros.*"

28-X-1957

¿Los bajos cantantes? Pase por los bajos cantantes. Pero los bajos profundos siempre parecen afectados. Nunca parecen cantar con voz natural.

6-XI-1957

"La deshumanización del arte", dijo Ortega y Gasset. Digamos ahora: "La deshumanización de la ciencia." Y no en el sentido filantrópico (eso de la ciencia que se afana por crear armas cada vez más mortíferas y demás), sino en un sentido ya puramente intelectual. El que no escribe en fórmulas castradas de toda psicología es un pobre "aficionado", no es todavía un científico. El ideal sería poseer máquinas de fórmulas para todo, guiarnos por ellas y apoyarnos en ellas, pero, además, conservar el derecho a nuestras reflexiones humanas y a nuestra libertad de expresión.

9-III-1958

Las verdades demasiado vastas se vuelven por fuerza indiferentes. La astrología judiciaria no se equivoca, pero no podemos aplicarla ni utilizarla. Es perfectamente lícito admitir que, en parte, el panorama del cielo influye de alguna manera en nuestro nacimiento, pues todo se liga y se concierta, y *la Nature est un temple où des vivants piliers. . .* etc. ¿De modo que aun la ciencia, en ciertas lejanías, debe detenerse y ceder el paso a la necesidad? Sí, conforme se acerca al infinito, la ciencia se vuelve innecesaria e inoperante.

> Todo está en todo, luego nada importa:
> Verdad tan larga que se queda corta.

16-III-1958

Como el "especialismo" va encaminándose a saber cada vez más sobre cada vez menos, la fórmula matemática del especialista absoluto puede ser esta:

$$\frac{\infty}{0}$$

20-III-1958

Era una vulgar mujer mexicana: siempre decía "ahuja" en vez de "aguja", y cuando iba de visita, no acababa nunca de despedirse y hacía estaciones desde la sala hasta la puerta de la calle.

22-III-1958

Un teatrito-bar de Nueva York, con disposición de sala de boxeo. Sube al *ring* un negro que canta muy bien, con cara expresiva, pero sobre todo con manos temblorosas —que deciden su verdadero éxito— *To each his own / And you are mine.* Las viejas se estremecen de emoción, piden otra copa,

lo hacen repetir. Y él, dirigiéndose al público: "Señoras y señores, es un verdadero placer el *trabajar* para ustedes. . ." Etcétera. No oigo más: la palabra *trabajar*, por *cantar*, le quita toda su realidad al arte, todo su divino juego, todo su goce y su libertad. Cantar ya es un *job*, una *corvée*, una *chamba*. ¡Qué tiempos, señor, qué tiempos!

26-III-1958

El pobre murió creyendo que el "soplamocos" era un figura de Retórica, y no hubo quien lo desengañara piadosamente, aplicándole uno siquiera.

8-IV-1958

El neologismo plebeyo mexicano: "¡Órale!" —interjección declinada y hecha verbo— me ha llevado a pensar si no hay cierta tendencia a cargar el neologismo, en cada país o zona, sobre cierta "parte de la oración" (que antes decíamos). Se me figura que en México el neologismo es más bien de sustantivo; en la Argentina, más bien de verbo: "obstaculizar", "responsabilizar", "oblar". Se me figura nada más, que no me he puesto a examinarlo de cerca. En cuanto al "chutar" del futbol, creo que lo oí desde mis días de España.

29-IV-1958

Hay secretos miedos profesionales: el del militar antes de entrar en combate; el del escritor que se enfrenta con las pruebas por corregir; el del animal ante el amor, que no es pudor, no, sino un verdadero miedo y forma parte del acto mismo.

8-V-1958

Instrumentos imperfectamente musicales: el banco giratorio del pianista; la silla del guitarrista; el escaño de la arpista; el pañuelo de seda del violinista; el sombrero del saxofonista; las correas en las mejillas de la flautista griega, etcétera.

8-V-1958

Supersticiones y patrañas de la salud: "Le dio un aire mientras comía y se le torció la boca." "Le pusieron de niño ropa interior de lana, y ya no se la puede quitar en ningún lugar ni clima." "Como los sorprendieron en pleno amor, los pobres amantes se quedaron para siempre *encantados*."

8-V-1958

Provechosa meditación sobre los dedos del pie: La representación que tenemos del dedo gordo del pie corresponde a la que tenemos del índice de la mano. El que corresponde al índice de la mano, en el pie, da una representación de dedo medio de la mano.

8-V-1958

Los falsos cultismos en la pronunciación me causan efecto de vomitivos. Hay quien dice: "Ahoy" y "Pueda ser". Y los locutores cursis, por influencia inconsciente de la pronunciación pocha, incurren en asturianismos horripilantes al acentuar las frases, y dicen por ejemplo:

—Llegaron ¿adónde se encontraba el cadáver? y hablaron con el jefe de la policía ¿quién les dijo? que siguieran de frente. . .

28-V-1958

—¡Anda, anda! —decía insistentemente el Profeta—. Véndeme, véndeme, te lo ruego. Treinta dineros no te caerían

mal, y yo necesito ser sacrificado, sin lo cual fracasaría mi misión en la Tierra y ante los hombres.

Tanto y tanto dijo, que al fin, el muy idiota se decidió a darle el beso fatídico en la mejilla. Pero no se quedó tranquilo, no. Él no entendía bien de masoquismo ni de tentaciones trascendentales. Le punzaba el recuerdo, y acabó por colgarse. Éste no estuvo a la altura de su misión.

28-V-1958

La fantasía me ofrece un mundo creado por mí y a mi manera, "a mi imagen y semejanza". La realidad me impone un mundo exterior a mí, y en él me esclaviza. Luego la realidad es mi enemiga. Muchas veces lo he sentido así. ¿Y quién no? En ocasiones, me parece que voy como un ciego, tentaleando obstáculos con el bastón y sin saber por dónde camino. ¡Qué sería, en cambio, volar por los reinos imaginados que obedecen a mi capricho!

12-VI-1958

—¡Qué tiempos, señores! Los niños se divierten en matar y en robar. Los crímenes son sus juguetes.

—¡Y algo peor! —dijo el otro.

—¿Cómo peor?

—Sí, que ya no cantan canciones, sino que cantan anuncios comerciales de la radio.

14-VI-1958

El solterón le dijo a un joven:

—A veces pienso en establecerme... Tal vez en casarme.

—Pues dése usted prisa —contestó el joven— porque, a la edad de usted, pronto corre usted el riesgo de tener nietos en vez de hijos.

14-VI-1958

El pobre anciano exclamó:

—Al fin he descubierto que mi verdadera vocación es la delincuencia infantil. ¡Ay, pero lo he descubierto a los setenta años!

21-VI-1958

El egoísta —no el malvado— es una persona muy confortable. Se preocupa de lo suyo, sin importunarnos con ello. No se entromete nunca en lo nuestro para no molestarse —ni molestarnos. Su trato resulta un comercio muy apacible y sereno.

3-X-1958

Hay entre nosotros mujeres del pueblo algo regordetas ("retacos", dice el español) pero todavía apetecibles, de boca levemente inflada, que constantemente se saborean. No porque hayan comido nada: es para mejor disfrutar el sabor de sí mismas.

3-X-1958

El joven, que se acababa de alistar para una campaña intrascendente, hacía extremos. El viejo, lector de Montaigne y poco amigo de la heroicidad inútil, guiñó un ojo y le dijo:

—Sí, *Dulce et decorum est pro patria mori.* Así acabaron con el pobre Martí, la más pasmosa organización literaria. Otros debieron morir, que no él. Yo también estoy dispuesto, sí, a morir *un poco* por la patria. Al menos, hasta el punto en que lo hizo Horacio, responsable de la sentencia.

10-X-1958

Los moralistas no han advertido —o no lo han señalado con atención— el hecho paradójico de que la envidia es compa-

tible con altos talentos, dones y cualidades. Hay hombres superiores por muchos conceptos que se mueren de envidia por quienes no les llegan ni a los tobillos, y aun cobran odio a éstos y los atacan. ¿Cómo explicarlo? Jules Renard dijo algo que parece relacionarse con este enigma: "No basta que yo sea feliz. Es necesario que los demás no lo sean." Los griegos entendieron muy bien que los dioses pueden tener envidia de los hombres, con valer ellos mucho más.

5-I-1959

Hay hombres que no saben arrepentirse ni confesar un error: dejarían de existir en ese mismo instante. Los comparo con los caballos, pues éstos —a diferencia de los perros, que comen yerba y se curan— no pueden nunca vomitar, y cuando algo se les descompone adentro, se mueren.

5-I-1959

Gran argumento del cine: la espléndida y ostentosa ciudad de Manaos, Amazonas adentro, arruinada por la catástrofe del caucho brasileño. La gente se va. Los perros, abandonados, vuelven a hacerse feroces. El magnífico teatro grecorromano, de escalinatas y columnas, tan grande como la Ópera de París, es devorado otra vez, poco a poco por la selva virgen.

25-I-1959

El 17 de enero, día de San Antonio Abad, en todos los pueblos de México cuando menos, los vecinos hacen bendecir a sus animales ante los altares del Santo: cochinos, vacas, perros, gatos, patos, gallinas, etc., adornados de mil maneras. Si el bautizo de los pingüinos por San Mael armó en los parlamentos del cielo la tremolina que nos ha contado Ana-

tole France ¿qué sucederá con estas bendiciones? Porque es verdad que también se bendicen objetos inanimados e inmuebles; pero aquí no hay miedo de que "echen alma"; en tanto que los animales. . . ¡quién sabe!

26-I-1959

Para soñar que era un elefante, le llamaba "cornaca" a su amo; pero no era más que un canario.

21-II-1959

Era tan bueno, tan bueno, que nunca pudo escribir bien.

13-V-1959

Los entrometimientos, abusos, impertinencias, desfachateces e incalificable curiosidad de los biólogos hicieron que las mosquitas del vinagre pusieran a la puerta de su casa este letrero: *Recinto positivamente privado.*

24-VI-1959

Sus ideas —ahora inestables y confusas— habían perdido la claridad y firmeza del positivismo. Es que Auguste Comte estaba indigesto. No quiso purgarse. Pidió un enema y exclamó:

—¡Física, guárdame de la Metafísica! (o de la Química).

3-VII-1959

Algunos ejercemos atracción especial sobre las erratas de imprenta, el muñequito o el haba de la Rosca de Reyes y las

espinas del pescado. Suerte que no comemos ballena, porque nos tocaría Jonás. En otro siglo, pudimos sacarnos de la boca, al saborear un pescado, el anillo de algún Dux de Venecia o la esmeralda de Polícrates.

4-VII-1959

No cabe duda que la cortesía también escurre hasta el seno de las especies filosóficas. "El Infinito" ¿no será un disfraz eufemístico para decir "la Nada"?

26-VII-1959

Los hirsutos y prosaicos barítonos de los Estados Unidos nunca podrán competir con los barítonos españoles, de terciopelo azul profundo e intensos temblores eléctricos.

26-VII-1959

Dicen los astrónomos que la Vía Láctea es como un lentisco aplastado y que la luz tarda cien mil años en atravesarlo. Nosotros andamos por las orillas de este disco, y su interior nos es interceptado del todo por nubes de polvo cósmico. Este polvo oscurece la vista del telescopio y ataja, por decirlo así, el paso de la luz estelar, en una proporción aproximada de noventa por ciento. A no ser por ello, la luz de las estrellas sería para nosotros como la luz de la luna llena. No puedo pensar en esto sin que acudan a mí aquellas palabras de Corneille (mentís al *mentir de las estrellas*):

Cette obscure clarté qui tombe des étoiles...

(*Cid*, IV, 3)

Oh, Dante, cuando a los poetas les da por ser astrónomos arruinan el comercio de los traficantes en telescopios.

30-VII-1959

El servidor perfecto tiene que ser un ente amputado, o no sirve para nada. De aquí la noción del criado *stylé*. Si el criado es una persona cabal, podrá ser un ayudante con letras como el esclavo de Cicerón, un filósofo estoico al modo de Epicteto, un "cliente" de la familia en el sentido romano, un "arrimado" a la mexicana. . . , todo, menos un servidor perfecto. Y si es ya un "sindicalizado" y arrastra consigo un aparato de derechos políticos, entonces mejor será prescindir de su ayuda. Fue una mente genial la que concibió aquel cuento de las manos mágicas, autonómicas, desasidas de todo cuerpo, que atienden al huésped en el castillo encantado. La simplificación puede afectar también a los nombres. Alguien llamaba con el mismo nombre a cada uno de sus camareros sucesivos, para no gastar esfuerzos inútiles en aprender nuevas denominaciones. (Así como alguien, en vez de cambiar de camareros cuando los hallaba defectuosos, simplemente les cambiaba nombre, puesto que, en el fondo, todos vienen a ser el mismo.) Y aquel diplomático danés, Tage Bull, de quien he hablado en mi *Tren de ondas* ("De un vergonzoso titubeo"), cuando yo le pregunté un día cómo se llamaba su criado.

"Yo le llamo *oiga* —me contestó—, es todo lo que hace falta para comunicarse con él."

Reducción a la esencia.

16-VIII-1959

Quien es incapaz de admirar al que no está en todo de acuerdo con él pierde más de la mitad de la vida.

22-VIII-1959

. . .Libros *palíndromos* o *capicúas*, que se leen lo mismo del principio al fin que del fin al principio, porque no dicen nada en ningún sentido.

25-VIII-1959

¡Lo feliz que hubiera sido Leonardo de Vinci con un reloj de pulsera provisto de su horario, su minutero y su instantero! ¡Lo que hubiera discurrido en torno a este instrumento! ¡Los dibujos casi cabalísticos que nos hubiera dejado!

25-VIII-1959

Balzac quiso un día escribir un poema épico. Por suerte no pasó más allá del primer verso, verso célebre que ya pocos recuerdan y dice así:

O Inca, o roi infortuné et malheureux!

30-VIII-1959

"Los arrabaleros" de la Argentina aprendieron a hablar la lengua artificial de los tangos, que nada tiene de común con la verdadera habla popular, como los chisperos, majos y chulos españoles aprendieron su lengua postiza en el Género Chico.

10-IX-1959

En París, leyendo algún artículo de *Le Matin,* le dije a mi conserje:

—Entre los pueblos primitivos de América había cultos animalísticos.

Y me contestó:

—*Ba! On le saurait!*

Lo mismo quiero yo decir a los muchos que, sin serlo, creen ser o quieren hacer creer que son escritores.

10-IX-1959

. . .Como le decía yo a Torres Bodet:

—Eso de la campaña alfabética tiene un grave inconveniente: el que aprende a leer quiere escribir. . .

10-IX-1959

Hoy por hoy los hombres (consúltense las filosofías a la moda) quieren ser animales y, sobre todo, máquinas.

10-IX-1959

—¡Citroën! ¡Mil autos al mes! ¡Doce mil al año! —decían los anuncios.

En un choque, un Citroën se le montó a otro Citroën por detrás.

Y gritó la burguesa:

—*Ah, non, par example: ils vont encore faire de petits devant moi!*

Esto se figuran los "cibernéticos", cuando ven que una máquina puede construir otra semejante, y atribuyen condiciones de voluntad animal a los artefactos.

10-IX-1959

Tanto la estética whitmaniana como el "unanimismo" quieren transformar al coro en héroe y dar a la cantidad una notoria dignidad cualitativa, por donde ambos corresponden a uno de los aspectos de esa catástrofe que hoy todos llamamos ya "la rebelión de las masas".

Pero en tanto que el whitmanismo es puramente enumerativo y acumula objetos y encima unos pisos en otros como el rascacielos de las urbes norteamericanas que lo vieron nacer, el "unanimismo" organiza los conjuntos como los diversos componentes de una célula viva, y aun admite núcleos y focos directores: de la estética elemental del inventario a la estética más elaborada ya de los torbellinos y los orbes.

19-IX-1959

—No —me dijo Panglosio—, para que se establezca la corriente vital es fuerza que los potenciales de los polos sean distintos. Si los hombres todos fueran igualmente perfectos, no habría entre ellos ninguna relación posible y ni siquiera podrían conversar unos con otros. (Caso de entronquía.) ¿Será éste el secreto de algunos animales mudos?

28-IX-1959

Toño Salazar volvió a París tras larga ausencia. Los viejos poetas que había admirado en su juventud ya no existían. Las calles recordaban sus nombres. Lo mismo le pasó en México, de donde también faltó muchos años. Y me dijo:

—Mis amigos se han convertido en calles. . .

5-X-1959

—Para los muertos —me dijo Belarmino— somos siempre unos impostores. Nos ven de veras como somos y hasta lo más íntimo de nosotros mismos, lo que a nuestros mismos ojos se esconde; sin cortesía ni disimulo, sin falsedad consciente o inconsciente. ¡Qué horror! Yo por eso les tengo miedo, y no por pavor supersticioso. Nos ven sin duda tan miserables que ya ni se ocupan de nosotros.

22-X-1959

Me dijo el filósofo Belarmino:

—Como todo el mundo hoy por hoy, yo acepto las conclusiones de la doctrina cristiana, pero no sus premisas. Aquélla es una doctrina ética. Éstas, mera mitología.

5-XI-1959

Muchos sandios están convencidos de que la virtud consiste en no romper ni cortar las cuerdecitas de los paquetes postales, sino desatarlas pacientemente.

24-X-1959

La tecnocracia con presunciones de teocracia: he aquí el enemigo.

16-XII-1959

—Problema para Aristóteles, para la escolástica: el pan, siendo la misma materia, cambia de sabor con la forma.

—Pero ¿qué entiendes tú por materia y forma, mentecato, filósofo de tahona?

17-XII-1959

OTRAS BRIZNAS

A LOS músicos de cuerda los imaginamos fácilmente lánguidos, desmayados, a lo Barrès y a lo Proust. A los músicos de viento, como unos atletas y con algo de ogros infantiles. Y es verdad que suelen ser mofletudos e hinchados o ponerse así a la hora de la ejecución.

Acabo de conocer a un don Emilio. Don Emilio trabaja en el *garage* de los autos *Fiat.* Su trabajo consiste en acarrear fardos. Es un "fuerte".

Entre una y otra faena, se enjuga don Emilio la frente y me dice con melancolía:

—¡Y pensar que yo era un artista!

—¿Usted?

—El mismo. Yo era profesor de música en el Conservatorio. Yo tocaba trompeta, trombón, saxofón, corno inglés y muchos otros instrumentos de viento.

—¿Y por qué lo dejó usted, don Emilio?

—¡Toma! Porque, de un mal que tuve, se me cayeron los dientes. Y así no se puede soplar.

—¿Y una dentadura postiza?

—No vale. No hace palanca para lanzar el soplo. A poco que tiemble, no puede ser...

Y yo me quedé pensando que, en efecto, un músico de viento que abandona el oficio tiene que dedicarse a mozo de cuerda.

1937

La mujer del fotógrafo era joven, muy joven y muy bonita. Yo había ido en busca de mis fotos de pasaporte, pero ella no me lo quería creer.

—No, usted es el cobrador del alquiler, ¿verdad?

—No, señora, soy un cliente. Llame usted a su esposo y se convencerá.

—Mi esposo no está aquí. Estoy enteramente sola por toda la tarde. Usted viene por el alquiler, ¿verdad?

Su pregunta se volvía un poco angustiosa. Comprendí, y comprendí su angustia: una vez dispuesta al sacrificio, prefería que todo sucediera con una persona presentable y afable.

—¿Verdad que usted es el cobrador?

—Sí —le dije resuelto a todo—, pero hablaremos hoy de otra cosa.

Me pareció lo más piadoso. Con todo, no quise dejarla engañada, y al despedirme, le dije:

—Mira, yo no soy el cobrador. Pero aquí está el precio de la renta, para que no tengas que sufrir en manos de la casualidad.

Se lo conté después a un amigo que me juzgó muy mal:

—¡Qué fraude! Vas a condenarte por eso.

Pero el Diablo, que nos oía, dijo:

—No, se salvará.

1949

A causa de la fina oreja, se ha visto a los leones trepar a un árbol, temblando, ante los ladridos de los perros. ¿Cobardía? Es como llamarle "afeminado" a Don Juan, según, quieren algunos psicoanalistas "resentidos". Es verdad que también los griegos le llamaban "afeminado" al enamorado. Pero don Juan se da gusto y dice:

> En siendo de Zaragoza
> que me digan lo que quieran.

1950

Del Bestiario Mexicano

1

En el norte de México acostumbran poner a los gallos en lo alto de un templete, para que no se los coman los coyotes. Desde su mirador, el gallo va y viene, y mira de reojo al coyote que se va acercando con un airecillo bondadoso:

—Buenos días, hermano gallo.

—Buenos días, hermano coyote.

—¿Qué haces ahí trepado?

—Ya lo ves, tomando el sol.

—¿Por qué no bajas un rato a "platicar" conmigo?

—No me atrevo, ¡no vaya a pasarme "alguna cosa"!

—¿Qué puede sucederte? Si desconfías de mí, acuérdate de que ya el León, el Rey de la Selva, acaba de dictar una ley ordenando que ningún animal le haga daño a otro. ¡Anda, baja, no tengas miedo!

—No me atrevo. . .

—¡Pero si la nueva ley te ampara!

—No creas, hermano: hay cabrones que ni la ley respetan.

2

—¿Adónde con tanta prisa, hermano chango? ¿Por qué corres así?

—Voy a esconderme, hermano tejón.

—¿Por qué?

—El Rey de la Selva acaba de ordenar que maten a todos los elefantes.

—Sí, ¡pero tú eres mono y no elefante!

—Cierto, pero, mientras lo averiguan, me chingan.

(Y siguió corriendo.)

3

El chivo padre va a beber y, al verse reflejado en un charco:

—¡Qué presencia de animal! —exclama—. ¡Qué barbas

venerables! ¡Qué cornamenta más ornamental! ¡Qué continente tan respetable y grave! ¡Y todavía pretenden que el León es el Rey de los Animales!...

Un gruñido a su espalda, y una voz que dice:

—¿Qué estás ahí murmurando, hermano chivito?

Disimulando su pavor, el chivo replica:

—No hagas caso, hermano leoncito: ya sabes que los cabrones somos muy habladores.

1953

A ese triste y retorcido sujeto ya todos los hombres lo detestan. Los dioses no se han manifestado todavía a su respecto, pero no pueden tardar mucho. Entonces se lo verá viajar solitario y abandonado, como a Belerofonte cuando cayó de la gracia...

16-X-1953

El médico y el paciente:

M.—¿Y rige usted el cuerpo con regularidad?

P.—Sí, doctor.

M.—¿El excremento bien formado?

P.—Sí, doctor.

M.—¿Buena caca, como para ponerla en un plato?

P.—Sí, doctor.

M.—¿Se la comería usted?

P.—No, doctor.

M.—¿Por qué?

P.—Porque ya me la comí, y ahora la estoy descomiendo.

M.—Perfectamente. Ya veo que tiene usted un espíritu científico.

25-V-1954

Un chiquillo, en Guanajuato, dice a una turista:

—Señorita, ¿quiere que le enseñe el Pípila?

Ella, indignada:

—¡Muchacho indecente! Si me lo enseñas, llamo al gendarme.

20-IX-1954

Más difícil aún que ser dadivoso con elegancia es ser agradecido con elegancia. Por lo cual muchos prefieren pasar por un poco ingratos... Asunto de ética-estética.

22-IV-1954

Tres proposiciones:

1) La paradoja es la correspondencia intelectual de la cachondería.

2) Los caudillos sin penacho, sin simpatía, se vuelven "líderes".

3) La carrera de la manicura es breve y precisa: empieza con la uña del dedo y acaba en el dedo sin uña.

15-X-1954

—¿Y dices que nunca has podido escribir novelas? ¿Por qué?

—Porque me educaron muy bien de niño y me enseñaron a no curiosear ni murmurar sobre la vida del prójimo.

5-XI-1954

El hombre es ridículo en el amor. No así la mujer. Todo está en la indumentaria y en el modo de desvestirse. El desves-

tirse de la mujer es fascinador: es el descubrimiento de la estatua, es Venus que salta de su nicho de espuma. Pero ¡el hombre, esos pantalones! . . . A menos que se presentara de bota fuerte, capa española y, debajo, completamente desnudo.

11-XI-1954

México es país que no se rige por leyes, reglamentaciones, convenios, derechos ni deberes, sino por las aficiones personales de todos los mexicanos. De aquí que muchos extranjeros, tras de haber probado la vida en México, echen siempre de menos a este país y, a pesar de todos los pesares, sueñen con volver a este refugio de libertades, último reducto de la independencia personal. México, para ellos, una vez habido el contacto, es un mal que se contrae sin remedio.

14-XI-1954

Los chinos de aquellos tiempos medían la talla del soldado desde los hombros hasta el suelo. ¡Muy sabio! ¿Qué importancia tenía aquí la cabeza?

Aquella tarde, la estrellita de cine estaba muy linda. En un rapto de cerebral insolencia, se dejó decir:

—De hombros arriba, somos iguales.

—Tal vez —le contesté complaciente—. Pero sucede que tú sólo me interesas de hombros abajo.

16-XI-1954

Por aquellos años se consideraba cosa muy desvergonzada el que las mujeres cruzaran la pierna. Todavía las coplas "picarescas" del *Rey que rabió* se atrevían a decir:

La falda corta permite ver
hasta el tobillo de la mujer,
y se asegura que el segador
se inclina un poco para ver mejor.

1954

Dicen que el saber no ocupa lugar. No sé lo que opinarán los estudiosos de *Materia y memoria*. Pero ¿quién no ha oído hablar (porque el caso es de todos los días y de todas partes) del gran guitarrista popular, músico espontáneo, que ya no pudo volver a tocar en su vida una vez que le enseñaron las notas?

1954

En casa me lo dan todo hecho. Mis facultades manuales se enmohecen en el desuso. Hasta tengo fama de torpón.

Hallándome una vez lejos de mi tierra y de mi familia —soberbia sacudida higiénica contra la polilla de los hábitos encostrados—, alguien me dijo *(una muchacha):*

—Se ha descompuesto esta cerradura. A ver si tú aciertas a arreglarla, tú que eres tan hábil de manos. *(¡Lo decía una mujer! . . .)*

Y yo me sentí tan sorprendido y tan halagado que, efectivamente, compuse la cerradura en un santiamén.

14-I-1955

Casi bailando de placer frente al espejo, el histrión engreído se admiraba en varias posturas y exclamaba:

—¿A qué animal dio el cielo // Los dones que me ha dado? ¡Pobre de mí, qué haré con tanto talento!

Y sucedió algo increíble: la imagen del espejo se enfrentó con él, se puso en jarras y le lanzó a la cara un escupitajo.

9-IV-1955

Dos amigas:

—¿Y tu "perro alambre"?

—¡Calla! Tuve que envenenarlo.

—¿Por qué?

—Esos animales, cuando adquieren una manía, no la dejan más, a pesar de todos los castigos. Mi marido que, como sabes, murió el año pasado, tenía la costumbre de pasear todo el día de un lado a otro de la sala. El perro siempre iba detrás. Cuando mi marido desapareció, el perro ha seguido paseando solo y nunca lo pude evitar. Me crispaba los nervios. Me parecía que iba siguiendo al muerto invisible.

3-VI-1955

La aguja de inyecciones intramusculares no llegó a saber nunca, la muy digna, dónde se la insertaba. Al menos, eso contaba ella entre sus amistades, la muy presumida.

20-X-1955

De uno a otro extremo de la Cámara, grita el diputado aristócrata:

—¡Dése usted por abofeteado!

Y el demócrata, encogiéndose de hombros, le contesta:

—¡Dése usted por muerto en el duelo!

27-VI-1956

En la gaveta de las sondas uretrales, se leía este letrero: CON LA VARA QUE MIDAS SERÁS MEDIDO.

20-XII-1956

Aquella mañana, la guapa chica salió de su casa con unos ojos desolados, ojerosa, vulnerable y masturbadita.

7-V-1957

No era obtusa, no. ¡Pero tenía cada ocurrencia! Pues ¿qué se figuran ustedes que me soltó un día?

—¿Sabes? —me dijo—. Es muy penoso confesarlo. Pero con el canto gregoriano me dan ganas de hacer pipí.

26-V-1957

Los nombres que se usan en castellano para el W.C. o *rest-room* o son del todo impropios (como "el baño") o son del todo abominables. Proponemos un nombre noble, inocuo... y evocador: "los alivios".

—¿Adónde ha ido Fulana?

—Ahora vuelve, fue a los alivios.

5-XII-1957

La culminación de la endogamia, el matrimonio entre hermanos, alguna vez adoptado por los faraones egipcios, parece cosa excepcional y resultado de una larga y paradójica evolución. Las tribus, en cuanto han salido de la confusión primitiva, más bien prefirieron la exogamia. De aquí que a las princesas de la sangre todavía se las eduque, como a los intérpretes, en varias lenguas, pues no saben cuál les tocará como propia después del matrimonio. De aquí que las den a algún príncipe o caudillo extranjero, a un jefe de hordas de alguna región ajena o a algún capitán de tropas trashumantes.

La pobre mujer se entregó, como era su deber y según la moral de su tiempo (que aún no entendía de patriotismo ni cosa que se pareciera) a las fieras blondas a quienes la cedieron los suyos. Por eso creía cumplir como buena sirviéndoles fielmente. Y cuando, después de muerta, se la llevaron al Infierno cristiano, nunca pudo entender por qué la condenaban ante el tribunal de la historia y no supo ni defenderse. Aun su hijo el mestizo, educado ya en otras nocio-

nes que ella no comprendía, la miraba con malos ojos, no le dirigía la palabra, ni le contestaba el saludo cuando se cruzaba con ella por las avenidas de ultratumba. Éste ha sido, por toda la eternidad, su mayor tormento.

28-V-1958

VII

LA ÉGLOGA DE LOS CIEGOS

[*1925*]

(esbozo)

Como la encina visitada por la centella, así vio un día Croce al viejo Carducci, y así vi yo tras largos años de ausencia, al Maestro Rodrigo, enrojecido y flameado, pero ya con livideces de muerte allá en los rincones de la cara.

—¿Y los nuevos poemas, Maestro? —me atreví a preguntarle.

—Ya no los acabaré nunca. Ni siquiera los escribo. ¿Para qué, si los rehago constantemente de memoria? ¿Conoces la fábula de Anquises? ¿No sabes que Anquises, al averiguar que se había enlazado nada menos que con Afrodita, temblaba de pavor? Porque esto se gana de frecuentar a los dioses: la esterilidad. Fue, en muchos órdenes de su actividad y su pensamiento, aunque te parezca paradoja, el mal del Vinci. Le faltó aquella noble fuerza de vulgaridad, a lo Miguel Ángel, que hace posibles las creaciones humanas.

—Las revistas —repuse— anunciaban meses atrás la *Égloga de los ciegos.*

Y el Maestro Rodrigo, sonriendo y como mirando al vacío, sin duda contemplando un sueño, me dijo:

—Sí, la *Égloga de los ciegos.* Los personajes tenían nombres simbólicos: Máximo, venerable ciego de nacimiento, que era completamente feliz porque nunca conoció la luz y descansaba, con el optimismo del ignorante, en la confianza de los demás: todos lo llevaban por el buen camino, de mano en mano; Primitivo, ciego por accidente, patético, que lloraba siempre el bien perdido; Segundo, ciego con vislumbres, horrible, gesticulante, y naturalmente lleno de ideas falsas por contaminación entre las oscuridades y los destellos, el más parecido a todos los hombres; Cándida, hermosa ciega oracionera, víctima de los apetitos de Blas; y Blas (nombre de rústico en la Comedia Española), un falso ciego, donoso y canalla, que explotaba la piedad de los señoritos limosneros.

ÉGLOGA DE LOS CIEGOS

PERSONAS

MÁXIMO, ciego de nacimiento, venerable.
PRIMITIVO, ciego por accidente, patético.
SEGUNDO, ciego con vislumbres, horrible.
CÁNDIDA, ciega oracionera, hermosa.
BLAS, falso ciego, donoso y canalla.
Señoritos limosneros.
Perros de la calle que no hacen caso de los ciegos.

La escena es algo como una madrileña Plazuela del Conde Barajas, que huele a aburrimiento y a crimen escondido. La obra fue planeada en París, el 19 de abril de 1925 y olvidada por muchos años.

HACE sol. Jardín público entre casas con persianas cerradas. Una hora estática del día. Durante el tiempo de la fábula, los árboles paran el giro habitual de su sombra, aquietándose como relojes en éxtasis. Árboles de estío, cenizos, de varas híspidas. Uno que otro pájaro raya el estaño del cielo, chirriando como una matraca voladora: tiene sed.

La tierra, apretada, deja ver las huellas de unos pies que van y vienen. La vulgaridad cerrada de las cosas les da un aire de monumento. La estatua vacía, consagrada al tedio, salta para siempre en un pie, sobre el montón de lodo esculpido de una fuente. El último vómito de agua que echó por la boca le ha pintado unas boqueras de sal.

Arriba, salen los aleros, el sudor humano se evapora en temblor de aire. Abajo, entre los faroles del orden público está preso un banco donde las navajas de los zafios graban historias cuneiformes y rupestres obscenidades. El banco, tumbado, derramado de patas, trapezoide cojo, parece que se viene abajo, como los camellos cuando empiezan a pujar con la carga; y parece que va a trotar con sus cuatro estacas desiguales a través del barrio desierto, cargando su fardo de tres cuerpos.

Son los tres ciegos, tres caras con barbas, ojos ofuscados de telarañas y nubes color de bronce: Máximo al centro, Segundo y Primitivo a los lados.

Jinetes del banco, ellos no ven la plaza que, en cambio, parece contemplarlos de cierto modo irreal y místico. Y podemos imaginar que se sienten como suspendidos en la nada: Don Quijote y dos Sanchos vendados, a lomos de su Clavileño interplanetario.

MÁXIMO, *poeta ciego*

Este declive igual, sin tentaciones:
marasmo sólido, tiempo perezoso...
Eres arrullo y mecedora,
jaula de soledad que a todas partes llevo.
Nadie penetra en mí.
Mas las palabras, hechas con los ojos,
nunca dirán las formas que yo sueño:
ciencia sin espacio,
bulto sabroso que resiste al tacto,
avenidas de voces confortantes,
por donde voy con el timón de mis bastón
entre olas de fuerza cuyo color deshago,
abriendo a tumbos mi derrota de barco.

PRIMITIVO, *ciego sentimental*

Sí, pero me arrastraron Segismundo
desde el palacio abierto de ventanas
hasta la cueva de sombras de Platón,
donde hoy desbarato, hilo tras hilo
todo el tapiz de la Naturaleza,
cuyo revés recorro
a modo de castigo mitológico,
y la soga de Ocnos que tejían mis ojos
hoy la destuerzo con las torpes manos.
¡Oh negror palpitante de fantasmas!
Asfixia nueva, no respiro luz.
Náufrago soy caído de la borda,
peor que Palinuro, sin éxtasis ni arrobo;
náufrago de la calle que abre el haz de los miembros
a ver si da de rechazo en la otra orilla,
miedoso de esas bestias invisibles
cuyo resuello natatorio nace
donde falta la luz.
Otra rueda del tiempo,
otros corredores del ser,
no creáis que chocamos con los cuerpos de antes,

sino con otros engendros animales
que empiezan a alentar cuando cerráis los ojos.
Y este pavor, más fuerte que el recuerdo,
hijo de libertad, me tiene esclavo.

Máximo

¡Oh compasivo Padre Filosófico
que me diste nacer en tu sistema,
en tu verdad!
Éste, a horcajadas entre dos caballos
rueda, partido en dos todos los días;
llora por no sé qué caras humanas
cuyo gesto de pronto se la cuajó de sombra.
Llora por no sé qué caminos blancos
transitados ayer, si es que lo entiendo.
Yo, envuelto en ti, cuyo poder me invade,
soy criatura en tu manto,
doméstico regalo en tus rodillas,
con que a tus pies se enreda.
¿Y dime si no escuchas, Primitivo,
el girar de los órganos,
el clamor persuasivo
con que te invita a reposar la vida?
Yo me olvido en sus brazos
tanto más muelles por desconocidos
orden, paz, almohada,
respiración de senos blandos.
Todos llegan andando de puntillas;
—Oh gratitud— que todo se vuelve tardo y dulce
por no sobresaltar al ciego.
Cada mano que alargo halla una mano
providente, solícita.
Una piedad igual sujeta el tiempo
y rinde cada instante
su carga entera de calor humano.

SEGUNDO, *ciego iracundo*

¿Qué, señor Primitivo, señor Máximo,
los que me motejáis por insensato?
Yo alcanzo asomos de sabiduría,
y a veces, entre chispas giratorias,
unas cruces andantes se aparecen
que dicen ser los hombres;
y me agarran mis clavos ardientes, mis fantasmas,
pero voy a contaros mi secreto:
sólo yo vivo en la perpetua vida,
y lo demás persiste por relámpagos,
luce y se apaga, vive y muere sin cesar.
La trama tiene huecos
y el mundo es una telaraña tenue.
¡Cuidado, no piséis, que se deshace!
Aquí me quedo en mi potro de palo
viendo subir y bajar tentaciones
como en unas corrientes de sensación alterna
que ya parecen ruido o ya parecen viento,
porque sólo yo vivo en la perpetua vida,
y lo demás se mueve por relámpagos.

Primitivo

Si tú lo permitieras, Segundo, te diría
que esa palpitación que te tortura
se llamaba en mis tiempos, y cuando yo veía,
el vaivén natural de la noche y el día;
pero tú, como eres un tiempo en miniatura,
haces suma y relámpago las horas veinticuatro,
reduces a segundos los actos del teatro,
y tu escenario apenas dura
lo que alargas la mano en tu locura.
No olvides que yo fui criado por los ojos.
Si hoy habito en hondura,
ayer pisaba cumbres.
Yo te doy en recuerdos lo que tú ves despojos
de ráfagas y lumbres.

Segundo

Si el delgado instrumento, Primitivo,
adelgaza la esencia de las horas que vivo;
Si por la mano flaca
el mundo que sopeso se enflaquece,
esto no es mundo, esto es una resaca
de otra realidad que en otra parte mece
su mar de viento y su vaivén de hamaca.

Máximo

¡Herejía, Segundo! Tú duermes con la ciencia
y te desvelas entre desvaríos,
y vuelves de revés en la conciencia
el curso de estas fuentes que llaman los sentidos.
¿Por qué pretendes abarcarlo todo
desde tu nada de terrón de lodo?

Segundo

¿Y por qué se me dio la llave que no abre?
¿Y por qué se me dijo:
"no pruebes de este fruto que pongo en tu camino,
de aquel agua que nunca alcanzarán tus labios"?
¿Y por qué, Máximo, Primitivo,
dotarme de una hueste de preguntas
condenadas a ir cayendo en el abismo
y a deshacerse sin respuestas?

Primitivo

Peor que mi temor es tu desconfianza.
Yo al menos sé por lo que sufro y peno;
yo soy el despejado.
Tú eres el que acaricia la esperanza
de convertir en tríaca el veneno;
tú eres el engaño y yo el desengañado.

Segundo

Peor que tu despojo es mi tortura
y peor que la noche perfecta, don de Máximo.
Éste no tuvo ayer, tú lo tienes guardado;
yo soy preso que acecha la luz por la hendidura.

Aparece CÁNDIDA, *seguida de perros*

¿Mi dolor para qué sirve,
para qué sirve mi pena,
si no hay nadie que me alivie
de mis pesadas cadenas?
¡Santa Lucía los libre
del mal de gota serena!
¿El dolor para qué sirve,
si no hay una mano buena
que sostenga a los que piden
la misericordia ajena?
¡Santa Lucía los libre
del mal de gota serena!
¿Para qué sirve la pena?
¿Nada la piedad consigue?
¡Una limosna a la ciega!
¡Santa Lucía los libre
del mal de gota serena!

Pasa un señorito limosnero, que deja una limosna en la mano de la cieguecita. La contempla un instante, admirado de su belleza.

Señorito

¿Cómo te llamas?

Cándida

Cándida, señor.

Señorito

¿Y eres ciega?

Cándida

Más ciega que el amor.

Señorito

Nunca te has visto, pues, en un espejo.

Cándida

Yo soy imagen, pero no reflejo.

Señorito

¡Imagen suficiente
que ignora su apariencia todavía!

Cándida

¡El cielo se lo pague y se lo aumente
y lo libre, señor, Santa Lucía!

Vase el Señorito.

Máximo

Ven, Cándida, seguida de tus perros.
Queda un sitio en el banco para la cieguecita.
Aquí estamos los tres como todos los días,
atentos a tus ruegos y a tus Santa-Lucías.

Cándida

Tú, Máximo, perfecto,
eres como la causa que desdeña el efecto.
Tú, Primitivo, eres el que ha perdido un mundo;
y tú el que lo adivina por instante, Segundo.

Aparece BLAS, *fingiendo andar a tropiezos con su bordón:*

Y tú la bachillera, doctora y lo demás,
que a todos los conoces, pero ignoras a Blas.
Porque yo, Blas, me escapo de tu centro;
cuando piensas que huyo, es que voy a tu encuentro.
Ven a mis brazos, Cándida, que, al escucharte, creo
que absorbo tus encantos, aunque nunca los veo.

(Le abre las vestiduras, sin que ella pueda evitar para descubrir sus secretos.)

MÁXIMO: —Pillastre.
PRIMITIVO: —Mala pécora.
SEGUNDO: —Bribón.
CÁNDIDA: —¡Haya paz el inquieto y el malo haya perdón!
MÁXIMO: —¡Ya no haya más perdón para el fingido ciego!
CÁNDIDA: ¡Perdón, perdón! ¡No desoigáis mi ruego!
PRIMITIVO: —¡A palos contra él!
SEGUNDO: —¡Sus, las jaurías!

Torbellino de brazos, palos, saltos y dentelladas de perros. Blas, destrozado y agonizante. Murmura así:

¡Piedad, piedad! El Acteón doliente
muere entre humanos perros y entre perros humanos,
sin otra culpa que. . .

Los ciegos se alejan llevándose a Cándida consigo. Los perros se quedan lamiendo la sangre que mana del cadáver de Blas, el falso ciego.

VIII

LANDRÚ - OPERETA

[*1929-1943*]

(Comenzada cuando los sucesos
y continuada en los ocios de varios años)

En mi ser me hundo
en el revés del tiempo me confundo
recién nacido tengo ya un pasado.

I. Preludio en la soledad

Del pliegue de cortinas grises, poco a poco se destaca Landrú, como diferenciado en la célula, aunque siempre envuelto entre los ropajes indistintos que ahogan la escena. La barba misma puede ser un pliegue del cortinaje. Se restrega los ojos Landrú, recién encarnado, bosteza, duda de lo que está mirando, se palpa a sí mismo, y al fin exclama:

¿Qué suceder es éste, qué armonía
vibrada entre la rueda y el cuadro?
¿Quién al espacio-tiempo me confía?
¿Quién se burla de mí, pues me ha creado?

Abro los ojos suspirando un "¡ay!"
y el opaco sentido engendra un mundo;
y finjo formas donde sólo hay
la ociosidad de un Dios meditabundo.

¿Olfato, oído, gusto, tacto, vista,
mientras se abre un telón y otro se cierra. . . ?
¡Bien hayas Tú, Señor, tan optimista!
¡Siempre tan creador de Cielo y Tierra!

¡Ay, solitario, solitario voy,
y melancólico paso mi vida!
¡Buen pescador sin Loreley me voy!
¡Campeón sin empresa conocida!

¿Un vate en gorro de dormir? ¡Oh qué
sorna de los frutales cincuentones,
pulidos ya en la miel de su café,
tabaco, siesta, paz, almohadones!

Peluda oreja, tímido el cabello,
bolsudo el ojo, floja la barbilla,
la bufanda enredada por el cuello...
¡Ah! y la balleta por la rabadilla.

Pantuflas calza la aventura mía,
y la imaginación se sienta al coche:
soy calamar de tedio todo el día,
y con mi tinta engendro cada noche.

Y suele divertir mi soledad
el grillito de la calefacción,
y por las noches me distraigo con
el zumbido de la electricidad.

Y gracias que, de triste, me deslío,
y oceanográficamente me dejo
ir en la barca suelta de mi hastío
hasta el otro hemisferio del espejo.

A veces tomo el opio en medicina
—con vago picor en las narices—
me entrego, entre jaquecas y deslices,
a voluptuosidades de aspirina.

Pastor sin Atuñuela y sin Melampo,
cayado, sin cabritos triscadores;
capitán sin ejércitos, acampo
en una "villa", a los alrededores.

Hasta que al fin el Mal un día déstos
venga a rondar ¡al fin! mis Tusculanas;
y, con mi soledad forjando incestos,
dé ojeras al dormir de mis persianas.

Y, musa, encuentres una noche déstas
poblada de sonámbulas la "villa",
y al compás de la llama y la badila,
aberraciones como fruta en cestas.

Aquí, entre urbano y rústico, desato
el nudo de las noches y los días;
mis vicios hurgo, en tentaciones trato,
busco un modelo en Betsabé y Urías.

II. Coro de las amas de llaves en el mercado

En este alegre mercado,
hemos venido a escuchar
la nostalgia del pescado:
la que hace que suene el mar.
Somos nostálgicas porque
más vale tarde que nunca:
no hay verdugo que no ahorque
ni plazo que no se cumpla.

(deja amiga
que te diga:
de cuarenta para arriba,
no te mojes la barriga.)

Somos nostálgicas cuando,
para rehacer la vida,
la andamos, Landrú, buscando,
entre nabos y rábanos perdida.

(deja amiga
que te diga:
de cuarenta para arriba,
no te mojes la barriga.)

—Yo de la media de lana
—la sacerdotisa soy...
¡Landrú, no me da la gana!
¡Landrú, que no, que no voy!
¡Saca esa garra sutil
de debajo del mandil!

(pero se van los dos muy del bracero,
ella sonando su alcancía, y él

disimulando su codicia; pero
en cuanto llega, enciende su brasero
y cierra con dos llaves el cancel.)

III. HIMNO DE AMOR

Mientras cunde por el ambiente un fuerte olor de carne asada, Landrú, a solas, descoyuntado de placer, jadeante de emoción, gesticula y canta, llevando el ritmo con dos canillas, glorioso en bata y en pantuflas:

¡Dignidad del tesoro estrangulado,
y más que mitológico el deseo,
y con qué dulce horror contempla el Hado
estas nupcias de Tetis y Peleo!
¡Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo!
Un cadáver tibión y no manido,
mientras la vida escapa de puntillas,
es regocijo, es fiesta del sentido,
donde dura el adiós de las cosquillas.

Los ojos implorantes, la boca en do de pecho,
y los miembros que, flácidos, confiesan: "¡Esto es hecho!"
¡Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo!

En estertor, ¡así me las den todas!
Me las arreglo como el Rey Palomo,
y, en el azoramiento de mis bodas,
yo solo me las guiso y me las como.

¡Oh cocinera! No soñaste nunca
que tus ansias podrían merecerte,
a cambio de tu espesa vida trunca
los asiáticos lujos de la muerte.

Los ojos implorantes, la boca en do de pecho
y los miembros que, flácidos, confiesan: "¡Esto es hecho!"
¡Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo!

La posesión es la consumisión,
medita bien, posteridad, mi caso.
¿Cómo satisfacer una pasión
si las dejamos persistir acaso?

Sólo es perfecto el aniquilamiento,
apetito secreto de las cosas
que rige nuestro oscuro movimiento
por entre lechos que resultan fosas.

Los ojos implorantes, la boca en do de pecho
y los miembros que, flácidos, confiesan: "¡Esto es hecho!"
¡Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo!

¡Oh artífice del canto, en vano labras!
Para tanto placer estorban las palabras
vuelvo al seno del mundo con pávidos gruñidos
(tú, Senado, si temes, te tapas los oídos).

Grr, brr, jui-juá, gloglógloro, cabalgo desalado;
el lecho es una fosa, y un Eros machacado,
—grr, brr, jui-juá, gloglógloro— responde a mi apetito
con una hermosa mueca que vale más que un grito.

Los ojos implorantes, la boca en do de pecho
y los miembros que, flácidos, confiesan: "¡Esto es hecho!"
¡Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo!

IV. Pretextos de la razón

Cambio. Landrú todo orden y método, una vez que ha pasado el rapto, guarda el dinero en sobrecitos y echa cuentas.

Mas demos a la razón
y concedamos al orden
los pretextos de conducta
que la razón se compone.
El éxtasis repartamos

en expedientes y sobres,
y para mejor aliño
les pondremos inscripciones.
Repose la dulce amada,
entre cenizas repose;
mientras aroma los ámbitos
el tufillo del jigote,
y yo computo la bolsa
que ella me ha dejado en dote.
Lo que hice de poeta,
es fuerza que lo desdore:
el mundo no entendería
si Landrú no fuese hombre;
es decir, si no acabara
en el interés del cobre,
lo que empezó a pura gloria
desinteresado y noble,
en oro de fantasía
y en diamante de fulgores.
¿Cuándo supisteis que el vulgo
a los poetas perdone
y reverencia la alta
cumbre de sus tentaciones?
Antes les pide motivos
y les exige razones
como quien reclama el pago
de intereses y canciones.
¡No sea que los poetas
burlen la realidad!
Búsquenle interés al canto
y sistema decimal.
Mis clandestinos amores
—mañana el mundo dirá—
eran las treinta monedas,
eran contabilidad.
¡Ja-ja! desde aquí me río,
si me doy a imaginar,
lo que griten los periódicos
el día de la verdad:

"¡Las mataba por dinero!"
¡Qué barbaridad!
¡No, cuerno de Dios, que yo
navegaba en otro mar!
¡Grr, brr, jui-juá y gloglógloro,
y lo demás!

V. Exégesis

A la altura de las candilejas Landrú exclama:

¡Público amado!
Dos antropologías
se mezclan en mi honor:
entierro y pira fúnebre,
cruz e incineración.
Si el lecho es sepultura
adonde cavo yo,
el horno es la figura
de la emancipación.
Perfecto sacrificio,
auténtica oblación:
disfruto de la carne
y anulo su prisión.
Dos veces sacerdote,
la doble comunión
me paga por escote
un poco de emoción.
Si mi cepillo obra
de la limosna el dón,
¡qué mucho! El suelo cobra
la barca de Carón.
¡Público amado!

VI. La policía, agolpada en la reja

Coro

Somos la policía;
siempre llegamos tarde:

el crimen es cobarde,
ni aviso nos envía.

El jefe

Me acusan de remiso
porque he llegado tarde;
el crimen es cobarde,
nunca me manda aviso.

La lógica encamina
y orienta en la maraña,
si huele a chamusquina,
si hay humo es que algo arde.
La lógica no engaña,
aunque lleguemos tarde.

Coro

Volad, blancos garrotes,
en pos de la inferencia
y que la delincuencia
nos pague sus escotes.

Hagamos un alarde
de astucia y valentía.
Aunque llegamos tarde,
el cielo nos envía.

De pronto, trocados en ogros de los cuentos, los agentes de policía exclaman, conforme entran en la villa y la registran, por los rincones:

¡A carne humana me huele aquí,
si no me la das te como a ti!
¡A carne humana me huele aquí,
si no me la das te como a ti!

VII. Monólogo del jefe de policía

Soy calcetín del revés,
soy la imagen del espejo,
y como soy un reflejo
apenas ando en dos pies.
Del crimen mi rostro es
el justo hueco-relieve,
y es justo que me lo lleve
de esposas aherrojado,
porque soy su otro lado
como lo es del seis el nueve.
Soy de su diestra la zurda,
y a su pregunta, respuesta;
tengo que aplaudir su fiesta
aunque me parezca absurda,
porque habito en su zahúrda,
porque para él es palacio
y festina, aunque despacio,
que toda prisa resbala.
La mano que apuñala
la mano que sujeta
el crimen policía
el completo hermafrodita.

Buenos Aires, 1929; México, 1953

IX

LOS TRES TESOROS

[*1940-1955*]

AVISO

Este poema o entretenimiento visual —olvidado entre mis papeles desde hace unos quince años y al que sólo ahora pude dar el toque definitivo— parte de un tema de Robert Louis Stevenson *(The Treasure of Franchard)*, prontamente se aleja de él y toma por su propio atajo.

I

NOCHE en el campo. Luna. Va pasando un coche de dos ruedas, un cabriolé tirado por un caballo. En el cabriolé, dos hombres: uno viejo, otro cuarentón; uno rústico, otro mejor tratado, aunque con aire de alguien a quien acaban de sacar de casa a toda prisa. Va a medio vestir y sin corbata.

AVILÉS, *posadero del pueblo próximo.*—Se puso muy malo a las seis. El doctor Méndez parece que no está en el pueblo. No lo hemos encontrado. Hubo que suspender la función de las ocho. Al dar las diez, María estaba ya muy asustada y me mandó en busca de usted.

Aparece la feria del pueblo. (Por Michoacán.) Bullicio y rumores. Frente al pabellón llamado "El Palacio Mágico".

El DIRECTOR *explica a la muchedumbre:*

—Respetable público. Es caso de fuerza mayor. El mago ha atrapado una pulmonía fulminante. Lo siento mucho. La empresa pide mil disculpas.

La gente se dispersa, murmurando.

UN CHARRO DE A PIE.—¡Estos titiriteros que se creen con derecho a enfermarse a última hora, como la gente importante! . . .

Vuelta al cabriolé, en el campo.

El DOCTOR JOAQUÍN PARDO, *continuando el diálogo, dice:*

—Pero, amigo Avilés, si el caso es tan grave. . . ¡Qué luna magnífica! Los árboles parecen borrachos. . . Si el caso es tan grave y el señor Méndez no está por ahí, ¿por qué no me llamaron al instante? Estas cosas no esperan.

AVILÉS.—Era el último recurso. ¡Como usted dice que ya no es médico! . . .

PARDO.—. . .Sino higienista, es verdad. El campo me ha desengañado. El campo enseña mucho. No importa: tú sabes que ejerzo, que curo cuando hace falta, que no estoy de ocioso, aunque reservo todo mi tiempo libre a mi huertecita.

Silencio. Rebuznos. Ladridos. El cabriolé sigue rodando, al trote del caballo. Aparecen las lucecitas del pueblo. El doctor Pardo va medio ensimismado, contemplando el campo, el monte, el cielo, como amante de la naturaleza. Avilés, impertérrito, como hijo de la naturaleza, que la siente poco por lo mismo que le es muy habitual.

Bajan frente al parador. Entran corriendo al patio. Avilés descuelga una linterna y se encamina al establo, seguido del médico. La linterna se balancea en su mano y alumbra, al paso, un par de carretones, la cabeza de un potro, dos bueyes atónitos, dos o tres caras de hombres que hablan en voz baja por un rincón.

El establo. Tumbado en un colchón de paja, recostado en la pared, desnudo el tronco, está el Mago, con aire de Mefistófeles venido a menos, jadeante. Lleva calzón corto y chinelas de lazo. María, la voluminosa posadera, de espaldas, le aplica al pecho paños que humean. A un lado, sentado en una silla, hay un muchacho de unos once años, vestido con una librea ridícula. Durante la escena, no deja de contemplar con los ojos muy abiertos el ir y venir del médico, como fascinado. El médico, hombre nervioso, tiene desde el primer instante conciencia de esa mirada extraña, no se la puede quitar de encima y, de cuando en cuando, vuelve la cara para acechar al chico.

El Posadero se retira, tras de dejar la linterna en el suelo, lo que proyecta sobre el muro formas extravagantes: la de la Posadera, bulto redondo en que casi desaparece la cabeza; la del Mago se ve de perfil y, como la luz vacila un poco, la nariz se le achica y agranda por instantes. La sombra del muchacho, que mueve lentamente las piernas con las manos en las rodillas, se ve como trepada en lo alto de un asiento de patas muy largas. El médico ausculta y examina: el pulso, el corazón, la espalda, lo blanco de los ojos. No habla: el enfermo no está para ser interrogado, está inconsciente.

El MÉDICO *gruñe, contempla al muchacho. Al fin dice:*

—¿Es tu padre?

El muchacho, PEPE ANDRÉS.—No: es mi maestro.

PARDO.—¿Lo quieres mucho?

PEPE ANDRÉS, *que piensa siempre antes de contestar, pero*

siempre con esa mirada fija y sin apartarla del médico.—No, señor.

La Posadera y el Médico se cambian una mirada expresiva.

PARDO.—¡Muchacho! ¡Hay que ser piadoso con un moribundo!

PEPE, *impasible.*—Usted no lo conoce, señor. Fue un hombre muy malo.

MARÍA, *la posadera, en jarras.*—¿Qué le parece, doctor? ¡Mala cría! De estos vagabundos nada bueno se saca.

El Doctor *examina la cara del muchacho como obsesionado con una idea.*—¿Cómo te llamas?

PEPE.—José Andrés, para servirlo.

PARDO.—Mestizo, ¿eh?

MARÍA.—¡Pobre muchacho! ¿Y eso es peligroso, doctor?

PARDO.—¿El ser mestizo? Depende. ¿Y cómo te ganas la vida?

PEPE.—Ayudo al maestro y "echo maromas".

PARDO.—¿Y no sabes hacer otra cosa?

PEPE.—Antes, robaba.

La Posadera, para disimular su confusión, compone la mecha de la linterna, que chisporrotea como expresando también su desconcierto por la respuesta de Pepe Andrés.

PARDO.—Conque robabas, ¿eh? Eres una alhaja para tu edad. María: cuando vuelva mi colega, dígale que, en mi opinión, el caso no tiene remedio. Si quiere hablar conmigo, llámeme. Sígale aplicando sus trapos, aunque sea por caridad. No hay que dejarlo morirse como a un perro, a pesar de la autorizada opinión de esta mala persona. *(Por* Pepe.*)*

Pepe sigue en su misma actitud y ve salir a Pardo sin quitarle los ojos.

MARÍA *se santigua y mueve la cabeza con reproche. Se acerca al* Mago, *se da cuenta de que ha muerto. Sale gritando:*

—¡Doctor! ¡Doctor!

Y ella y el Doctor vuelven precipitadamente al establo. El Doctor se inclina sobre el Mago. Toma el pulso, ausculta el corazón. El brazo cae, fláccido. Pepe no le despega los ojos. PARDO *se incorpora:*

—Esto es hecho. Ya no hay nada que hacer.

MARÍA *cae de rodillas y recita a media voz alguna plegaria. Reacciona su espíritu de administradora:*

—Mañana lo enterraremos. Pero ¿qué hacemos del muchacho?

PARDO *toma una decisión súbita:*

—Vente conmigo, José Andrés.

El muchacho se levanta y lo sigue como un autómata.

II

Otra vez el cabriolé de regreso, por el campo, de noche, con el doctor Pardo y el muchacho a cuestas.

PARDO.—¿Eres madrugador? Para que me ayudes mañana a regar la huerta.

PEPE.—Siempre veo salir el sol.

PARDO.—Por lo visto, tenemos todos los vicios del filósofo. ¿Y para qué ves salir el sol?

PEPE.—No sé.

PARDO.—Nada sabemos en tanto que no nos interrogamos. A ver, pregúntate a ti mismo, escárbate.

PEPE, *reflexionando.*—A esa hora no tengo nada que hacer y se me figura como que soy más bueno. ¡Todo está tan quieto!

PARDO.—Si te gusta sentirte bueno, ¿cómo has sido ladrón?

PEPE, *siempre reflexionando.*—Yo sé bien lo que es bueno y lo que es malo. Antes de caer en eso, fui educado por un "padre" que siempre me trataba muy bien.

PARDO.—¿Entonces? . . .

PEPE.—No es lo mismo robar pasteles por gusto que robar un pedazo de pan duro por hambre, y más cuando le pegan a uno si vuelve con las manos vacías.

PARDO.—¿Y no has pedido perdón a Dios, no te enseñaron eso?

PEPE, *siempre reflexivo.*—Yo creo que Dios se daba cuenta de lo que me pasaba.

PARDO.—O no me entiendes o, además de los vicios, tienes las virtudes del filósofo; y entonces será mejor que te

baje del coche aquí mismo. Soy doctor, cuido de la salud. No me gustan los monstruos. ¿Entiendes?

PEPE.—No, señor, no le entiendo.

PARDO, *interesado a pesar suyo.*—Mira: fíjate en ese cielo estrellado, en esa luna. Todo es espléndido, ¿verdad? Sólo de verlo sentimos como un consuelo. Y ahora, figúrate que todo se cubriera de nubes y el campo se pusiera negro. Ya no te gustaría, ¿no es así?

PEPE.—Yo creo que no.

PARDO.—Pues tú tampoco me gustas, estás oscuro. Odio las cosas feas, extravagantes. Tú eres un muchacho extravagante.

PEPE, *con sencillez.*—Y usted es un doctor muy raro, señor.

El DOCTOR *lo contempla un instante. Lo estrecha en un abrazo:*

—Ven acá, criatura. Creía que a todos nos hacían a máquina, y aun llegué a dudar de mi raza. ¡Qué hallazgo! ¡Qué hallazgo! Tú piensas siempre lo que dices, y dices luego lo que piensas.

El muchacho lo mira, alarmado.

PARDO.—No te asustes, muchacho. ¿Me tienes miedo?

PEPE.—No, señor, es que no lo entiendo.

PARDO, *con ironía.*—¡No me entiende el inocente! Es para ponerse nervioso. Se me va a indigestar la cena. Tengo que volver a mi equilibrio.

Se sumerge en la rutina de la rienda y del cabriolé, y en la contemplación del campo. Aspira el aire salubre de la noche. Quiere mostrarse indiferente. Canturrea una tonada boba, la única que sabe:

Juana, Juana, Juana:
préndeme la vela.
Quién sabe qué me anda
en la cabecera.
¡Si será alicante,
si será pantera,
si será ermitaño
que busca su cueva!

Después, dice:

—¿Te gusta mi canción?

PEPE.—No, señor.

PARDO.—¿Tú cantarás mejor?...

PEPE.—Sí, señor; sé cantar.

El DOCTOR *lo mira estupefacto y pregunta:* —¿Y así le hablabas a tu maestro?

PEPE.—Casi no le hablaba. No lo quería.

PARDO, *con disimulada complacencia.*—Entonces, ¿a mí sí me quieres?

PEPE.—No lo sé bien, señor.

PARDO, *dando un salto en el asiento.*—Decididamente, Pepe, eres mucho para mí. *(Durante el discurso que sigue, el muchacho lo mira con sus grandes ojos abiertos, sin chistar. Poco a poco van apareciendo luces y chozas, a la entrada del pueblo donde vive el doctor* Pardo.*)* Tampoco sé yo si tienes sangre en las venas o icor celestial, ni si estás hecho de carne y hueso o de aire. Pero métete esto en la cabeza: tú no eres un ser humano. Serás un ángel, un diablo, un fantasma...

Se borra la escena.

III

La casa del Doctor, sencilla y aseada, confortable. Acaban de entrar éste y el muchacho, que lo observa todo en redondo. A espaldas suyas, la esposa del Doctor, Rosario, más joven que él, morena dulce de lindos ojos, ya algo fatigada, aunque graciosa y con rastros de belleza, entre bondadosa y maliciosa, tipo de "ama" mexicana, pregunta a señas al Doctor quién es el muchacho. El Doctor le hace señas que calle. En el salón-comedor.

PARDO.—A ver dónde puede dormir este muchacho. Mañana va a ayudarme a regar.

ROSARIO.—Es muy fácil. Juana todavía anda en la cocina. Vamos a ponerle un catre en el cuarto de los roperos.

PARDO.—Dale algo de comer. *(Irónico.)* Relativamente hablando, el filósofo acaba de sufrir un fuerte choque.

El muchacho vuelve la cabeza como picado por una avispa. Prefiere no contestar. Dándose cuenta de la situación, dice: —Buenas noches, señora, y perdone tanta molestia.

ROSARIO.—Buenas noches, hijo. Sé bien venido. Acércate a la cocina, que te dé alguna cosa. Gracias a Dios, aquí siempre hay un plato y buen café. *(El "buen café" lo ha dicho con marcado orgullo. Salen.)*

El DOCTOR *pasea, moviendo la cabeza y hablando para sí:* —¡No lo entiendo! ¡No me entiende! ¡Qué hallazgo! ¡Oh Quevedo, maestro inmortal!

> Ni me entiendes ni te entiendo,
> ¡pues cátate que soy culto!

ROSARIO *vuelve de la cocina, curiosa y mimosa.*—¿Ya estás hablando a solas, loquito? Eso te queda de tu vida de estudiante en México. Cuando apareciste por aquí no hacías más que hablar a solas.

PARDO.—Y hablar contigo, mujer honrada. Y la prueba... *(La mira sonriendo. Se abrazan sin extremos.)*

ROSARIO.—Pero, dime, ¿dónde encontraste esa alhaja?

PARDO.—Es un tesoro que acabo de descubrir, mujer honrada.

ROSARIO.—¿Por qué me llamas siempre así?

PARDO.—Para figurarme que soy el Cid Campeador y que tú eres Doña Jimena.

ROSARIO, *habituada a llevarle el genio.*—Bueno, bueno. Pero vamos al grano...

PARDO.—Voy a decírtelo todo en dos palabras: Es un desamparado, es un vagabundo. Aprendió el catecismo, fue ladrón por hambre, fue discípulo de Mefistófeles, que acaba de jugarle la mala partida de abandonarlo en este valle de lágrimas; sabe cantar, hacer volatines y actos de magia, y creo que sabe decir la verdad.

ROSARIO.—No te entiendo.

PARDO, *con cariñoso reproche.*—¿Tampoco tú me entiendes? ¿Por qué será que nadie entiende en cuanto se dicen las cosas claras?

ROSARIO, *siempre risueña y buena, se rectifica.*—Duerme tranquilo, Joaquín: te entiendo y te sigo hasta el fin del mundo. Has dado con una de esas curiosidades humanas que te "chiflan"...

PARDO, *se sienta.*—Como tú, mujer honrada. Estudiando

tu carácter me enamoré de ti. Me curé de las filosofías indigestas que traje de la capital. No he hecho más que "racionalizar" (pasar por el tamiz del cerebro, ¿me entiendes?) tu modo de ser, y así he descubierto mi verdadera senda. Mis compañeros de antaño me tienen por un fracasado, y Antonio el primero; pero ahora soy feliz. Yo no podía aguantar más aquella ciudad de embustes. En la Facultad sólo aprendí a poner nombres sabios a todo lo que ignoraba, a todo lo que ignoramos... Bueno: tú ya sabes que exagero, aunque sea para decir pronto las cosas.

ROSARIO, *que lo ha escuchado con inmensa comprensión y leves movimientos aprobatorios, siempre sonriendo.*—Tú sí que eres una curiosidad humana. Tú eres diferente de todos... Pero ¿qué vamos a hacer con esa prenda?

PARDO.—No sé bien lo que puede dar de sí ese muchacho...

JUANA, *la criada, apareciendo.*—Ya cenó y ya lo acosté, señora.

ROSARIO.—Vete tú también a descansar.

El reloj comenta, sonando las doce de la noche.

PARDO.—¡Qué tarde es ya! Mañana hablaremos.

ROSARIO.—Como quieras. Pero ésta es buena hora para los consejos de familia.

PARDO, *zumbón.*—Pues mira: tú y yo somos un par de egoistones. No soportaríamos nada que perturbe nuestra quietud, nuestra huerta, nuestra buena cocina. *(Se inclina, como homenaje a* Rosario, *que sigue escuchándole con confianza.)* No hemos tenido hijos. Los hijos chillan, alborotan, son el colmo de las imperfecciones humanas. Dice San Agustín en sus *Confesiones*...

ROSARIO, *amenazando con un dedo, y la mejilla apoyada en la otra mano.*—Joaquín, te veo venir. Duerme sobre ello. Tienes razón, mañana hablaremos.

PARDO, *mudando el tono.*—Rosario, yo creo que hay virtud oculta en este pequeño filósofo. Ni se entiende conmigo, ni se entenderá nunca conmigo; pero ¡con él mismo!...

ROSARIO *se levanta, lo empuja suavemente hacia la puerta de la alcoba.*—Mañana, mañana... Cada uno sigue el

camino que Dios le ha señalado. Yo no te negaré nunca, *nunca,* nada que te haga feliz.

IV

La huerta del doctor Pardo, no muy grande, pero muy bien cuidada. Algunos frutales, hortaliza y pequeño jardín. Al fondo, cochera con caballeriza. Propiedad modesta y suficiente, con un no sé qué de francesa. Pepe, descalzo, con una camisa del doctor arremangada y unos pantalones viejos del doctor recogidos hasta las rodillas, acaba de regar los setos, regadera en mano, y canta a media voz agradablemente. *El* DOCTOR, *que lleva una podadera, se acerca y dice:*

—Pepe, no tienes a nadie en el mundo. En el mundo hay muchas bocas y poco pan. Lo que te han enseñado no basta para ganarse la vida, o no basta para ganársela cómodamente. Si no prefieres volver a robar, quédate aquí ayudándome. A la primera trastada *(esgrimiendo la podadera)*, te doy diez pesos y te mando por esa puerta para que Dios te ayude, que es una manera de decir "para que te lleve el Diablo". *(Se enjuga la frente, le cuesta trabajo lo que dice.)* Entretanto, aquí te doy techo, comida, cama y un trajecito para que no andes vestido de mamarracho. Me ayudarás en lo que se ofrezca. No creas que soy sentimental, ¡ejem! Ya ves que lo hago por mi conveniencia. Quiero tener algún tiempo libre para pescar en el verano, y para seguir escribiendo ciertas cosas que traigo en la cabeza. ¿Te acomoda? *(En los ojos del doctor se deja ver el miedo de una respuesta negativa.)*

PEPE.—Sí, señor, muchas gracias.

PARDO.—Me alegro. Trato hecho. A mi lado te instruirás un poco. Yo te enseñaré cosas de más provecho. ¡Ah! ¿Y sabrás limpiar el cabriolé, el cochechito, y atender al caballo?

PEPE.—El cochecito lo limpia cualquiera, y en el circo aprendí a echar pienso, a almohazar *(hace airosamente el movimiento de la almohaza)*, hasta a recortar los cascos y a herrar.

PARDO.—Magnífico. Aquí, conmigo, tu trabajo es el oficio del arriero, que al primer viaje se aprende. Lávate y ve a que Juana te dé el desayuno.

El salón-comedor, donde Rosario y Juana disponen la mesa, desde el mantel hasta la última cucharilla, con una perfecta distribución en los movimientos de una y otra: una, el mantel; otra, las servilletas; aquélla, platos y tazas; ésta, los vasos, etc., con regularidad de relojería que deja ver los años de convivencia entre ambas. Conversan.

JUANA.—Pero ¿cómo van a adoptar a un muchacho que ni siquiera conocen?

ROSARIO.—Todo, Juana, todo, antes que al doctor le entre la ventolera de volverse a la capital. Además, ya sabes que el doctor piensa bien lo que hace. Acuérdate cuántas veces ha aconsejado al pueblo, y siempre para su bien. Primero, usará al muchacho como criadito. Si sale bueno, comenzará a enseñarlo, a educarlo. Y luego veremos si lo adoptamos.

JUANA.—Sí, el niño parece muy despierto, aunque muy serio para sus años. Parece que piensa ya como hombre, y es muy limpiecito y muy ordenado, eso no lo puedo negar.

ROSARIO.—¡Lo que habrá pasado esa criatura! El hambre ha estudiado mucho.

JUANA.—Y es de buen ver. ¡Qué ojazos! Casi asustan.

Entra el Doctor. Juana vuelve a la cocina.

PARDO.—¿Hablando de mi pequeño filósofo?

ROSARIO.—Y de los ojazos que tiene, que se comen al mundo.

PARDO.—¡Los ojazos! ¡Espera! Ya acerté. Desde el primer instante me dije: yo he visto estos ojos en alguna parte; pero ¿dónde? Yo conozco estos ojos. Acabo de identificarlos, mujer honrada. Ese niño es esbelto y bien hecho, pero tiene ojos de jorobado. ¡Eso es!

ROSARIO.—¿Y cómo tienen los ojos los jorobados?

PARDO.—No sé explicarlo. Es como cuando ves un retrato de otro siglo y, sin saber por qué, piensas: ¡Qué gran parecido el de este retrato!

ROSARIO.—Oye, no creas que quiero contrariarte. Pero ¿no será tontito?

PARDO, *con cierta exaltación.*—¿Tontito mi pequeño filósofo? ¡Si no ha hecho más que darme lecciones desde que cambié con él dos palabras!

ROSARIO.—¡Es tan extraño! Y luego, parece tan precoz y dice unas cosas... ¿No salen hombres tontos de los niños precoces?

PARDO.—Eso pretenden los idiotas definitivos, porque los humilla la inteligencia infantil. Es una salida del "resentimiento", que explican algunos psicólogos. Y no creas que dije a mal lo de los ojos de jorobado, no. Quise decir algo así como unos ojos demasiado en guardia, muy escrutadores, ojos de animal que ha sufrido, pero que se siente capaz...

ROSARIO.—No te sulfures, hombre. Es que yo me figuro siempre a los niños como el niño que tú has de haber sido: vivos, traviesos.

PARDO.—Yo fui un niño triste.

ROSARIO.—No lo hubiera creído. A lo mejor por eso te gusta Pepe.

PARDO.—A lo mejor... ¿Sabes? Vivir no es siempre cosa fácil. Hay que ir abriendo el cauce, como los ríos, y eso toma años de desconcierto y sufrimiento. Sólo las bestias perfectas no lo sienten. Pero no me contentaría el ser bestia a cambio de no haber abierto mi túnel con la cabeza, a golpes de pena y de esfuerzo, desde niño.

ROSARIO.—Basta que le tengas afición.

PARDO.—¿No te agrada a ti?

ROSARIO.—No me desagrada. Ya me acostumbraré a sus rarezas. No te preocupes.

V

El consultorio del Doctor, sin un frasco ni un aparato. Muchos libros. Más bien parece el estudio de un escritor. En la mesa, Pepe gesticula y escribe muy despacio, copiando algo de un voluminoso cartapacio manuscrito, cuyas páginas se mezclan con recortes de periódicos.

Entra ROSARIO, *risueña:* —¿Qué? ¿Nos adelantamos?

PEPE.—Hago lo que puedo, señora. Pero me divierto tan-

to leyendo esto que copio muy poco. Me quedo pensando. *(Pone la mano en el cartapacio.)* ¿Qué es esto, señora?

ROSARIO.—Una obra que está escribiendo el doctor: *Farmacopea comparada o Diccionario histórico de la medicina.*

PEPE.—Pero lo hace por divertirse, ¿verdad? Le gustan más los cuentecitos que las recetas. ¡Y lo que sabe!. . .

ROSARIO, *piensa un rato sin contestar, y al fin:* —Anda, sigue con tu tarea, que luego vas a acompañar al doctor a sus visitas. ¿Ya está el cabriolé?

PEPE.—¡Desde muy tempranito!

Rosario intenta observar detenidamente al muchacho, pero desvía la mirada, al encontrarse con los ojos escrutadores de éste.

PEPE.—¿Sabe, señora? Me gusta más oír al doctor que estudiar.

ROSARIO.—A él le pasa lo mismo. Desde que llegaste, está más charlatán que nunca. Pero tienes que esforzarte un poco más para tenerlo contento. Dice que todo lo aprendes muy pronto y lo olvidas muy pronto. Tal vez sea la falta de costumbre. Pero dice también que a veces no entiendes nada, y otras, entiendes demasiado, y yo creo que es porque unas veces pones atención y otras te divagas. Que no progresas paso a paso, sino que das un salto para adelante y otro para atrás.

PEPE.—¡El circo!

ROSARIO.—¿Qué quieres decir?

PEPE.—Los malos hábitos del cirquero, señora: brincar y echar maromas. Pero ya agarraré el paso de andadura.

VI

El cabriolé, por las calles del pueblo, con el Doctor y Pepe a bordo. Paran. El Doctor deja las riendas en manos de Pepe y baja de un salto. Entra en una casa humilde. Pepe, esperándolo, canta a media voz, como suele. Se calla para oír trinar a unos pájaros. *El* DOCTOR, *que lo observa ya desde la puerta:*

—¡Eso, eso! Aprende de la naturaleza, sabia maestra, aunque sea por los muchos siglos con que ha contado para equivocarse y rectificarse. Tú cantarás mejor que yo, pero, hijo, los pajaritos cantan mejor que tú. Admíralos, sin procurar imitarlos, ésa es la ley; así, sin pretender imposibles, algo aprenderás de ellos. Ellos son, por naturaleza, cantores. Tú, aprendiz de filósofo.

PEPE, *sin hacerle caso.*—¿Y su enfermo, doctor?

PARDO.—No es un enfermo, es un borracho. Viene a ser lo mismo. La naturaleza es la salud, y la salud odia los excesos. Le receté un buen baño. Si no se cura, al menos se limpia.

Tras un trote, el cabriolé se detiene frente a una casa de buen aire, con pujos de hacienda.

PARDO.—Baja conmigo. El jamelgo sabe esperar. Quiero que veas gente decente, la provincia salubre, depósito de las virtudes nacionales; que sientas el buen sabor del terruño.

VII

Pardo y Pepe llaman al portón de la casa. Les abre uno de sombrero ancho. Zaguán, patio de arbustos, fuente, corredor, "equipales", cuartos a la redonda. En las paredes del corredor, cuadros de historia. El ensombrerado les hace señas de que crucen la reja que se ve al fondo y salgan a la huerta, donde está la familia. La huerta parece confundirse con el campo.

Bajo un alero, tres figuras sentadas: un hercúleo viejo, el abuelo Tomás Ordóñez, antiguo coronel liberal, hoy retirado, adinerado, dueño de la propiedad, hombre digno y muy cortés, vejez florida. La anciana nodriza Marta, larga y huesosa, de negro y con cierto lujo antiguo y ranchero. Eduardo Moreno, joven de cara franca y simpática, pero sin almibarados encantos; modales sencillos y algo tímidos.

La nodriza Marta causa cierta impresión misteriosa y hierática, de persona solemne y algo "inspirada".

Los tres observan a una fascinadora jovencita que caraco-

lea un caballo, a horcajadas y con pantalón y botas de montar; blusa en que puntea el seno; aspecto de persona superior a su ambiente, aunque adaptada a él y dueña de sí. Es la nieta huérfana, Matilde Rendón.

A la entrada de los visitantes, los hombres se levantan. La Nodriza con tratamiento de señora sigue en su sitial y los saluda con la cabeza. Pepe se queda respetuosamente a un lado, mirando a Matilde como se ve un número de la pista.

MATILDE *grita:* —¡Ya llegó el Ángel de la Salud!

PARDO.—¿Y era ésta la enferma?

La muchacha desmonta de un salto y se acerca a ellos, tras de dar al caballo una palmada en el anca. El caballo se aleja solo, al trotecito. A las puertas de la cuadra, lo recibe y toma de las bridas un mozo.

MATILDE.—Sí, yo era la enferma, don Joaquín. Pero me curé respirando fuerte, como usted me ha enseñado.

PARDO.—¡Bravo! El soplo, la Psique, así se hace. ¡Al Diablo con los remediajos! ¿Y qué tenía usted, Matilde?

MATILDE.—¿Y me lo pregunta mi médico?

Ríen.

DON TOMÁS.—Y hace bien. Es médico y no veterinario. Los animales, como no hablan, no llegan a tener conciencia de lo que les pasa. Pero el hombre lo sabe siempre, en el fondo.

PARDO.—¡Mucha fe en la razón humana, para los tiempos que corren!

DON TOMÁS.—Hasta cuando se ignora a sí misma, que es frecuente. Yo, señor don Joaquín, soy de aquellos tiempos en que se creía en la inteligencia y en la voluntad. Hoy nos lo han embrollado todo. Menos mal que los muchachos no pueden notar la diferencia, porque así no sufren, y se figuran, como decía Pangloso —¿verdad, doctor?— que viven en el mejor de los mundos posibles. Hoy impera la superstición, aunque con nuevos y flamantes nombres. Y usted, que aún es joven, pronto verá entronizarse otra vez la magia y la brujería. De poco sirvieron nuestras luchas. Augusto Comte. . .

Pardo y don Tomás parecen entenderse. Los demás se quedan ayunos de las alusiones volterianas y positivistas.

MATILDE.—Pero Papá Grande, ¿ya vas a empezar? . . .

DON TOMÁS.—No me llames Papá Grande, paloma mía, que se me figura una especie vegetal. Llámame a la española, abuelo, y aunque lo pronuncies como el pueblo, "agüelo", que eso tiene mucha dignidad: vaya —y perdón por el chiste—, mucho abolengo.

El Doctor y Matilde se miran con simpatía y hacen un aparte, charlando. Eduardo se esfuerza por no verlos, pero se le van los ojos tras ellos, que poco a poco se alejan por la huerta. Todos, sentados; Pepe, en el suelo, no pierde un detalle.

EDUARDO, *por decir algo, se dirige a* Pepe.—¿Cómo te va con tu amo?

PEPE.—Muy bien, señor.

EDUARDO.—¿Aprendes mucho?

PEPE.—Menos de lo que él quiere y más de lo que yo necesito.

Don Tomás *aprueba con la cabeza.*

EDUARDO, *echando la sonda.*—Muy buen señor, el doctor Pardo, ¿verdad, Pepe?

PEPE.—El mejor hombre que conozco.

EDUARDO, *continuando.*—Dicen, don Tomás, que no cree en la medicina y por eso se ha enterrado en este pueblo, con sus últimos ahorrillos.

DON TOMÁS.—Pero cree en la vida y en la naturaleza, que es mejor. A éste no lo enloquecieron los libros, sino que lo orientaron. Y es que cada uno resiste según sus tragaderas. A éste no le pasó lo que al buen marido de mi hija, que Dios haya.

MARTA, *sale de su mutismo.*—¿Usted cree en Dios, mi coronel?

DON TOMÁS.—Como todos los soldados, confiésenlo o no. ¡Quien ha conocido de cerca el peligro, los sufrimientos, las privaciones!. . .

MARTA.—Nunca va a la iglesia.

DON TOMÁS.—¡Ese es otro cantar!

EDUARDO, *curioso respecto al doctor* PARDO.—Pero dígame, mi coronel, ¿es cierto que este sabio desengañado perdió su fortuna en el juego?

DON TOMÁS.—Cosas de la mocedad, de la inexperiencia. En cambio, ha ganado algo mejor, algo mejor...

No han reparado en Pepe, que los escucha azorado. Es manifiesto que Eduardo ha esperado en vano una palabra de censura contra el Doctor.

Por los andadores de la huerta, el Doctor y Matilde, paseando.

PARDO.—Y, ahora que los veo juntos, Matilde, ¿qué hay de lo que se cuenta?

MATILDE.—...De lo que usted adivina, don Joaquín, porque aquí nadie cuenta nada. Pues verá usted: hay intenciones, dudas, preguntas sin respuesta, entusiasmos súbitos y desalientos desesperados.

PARDO.—¿Nada formal aún?

MATILDE.—No, porque yo atajo siempre a Eduardo a medio camino.

PARDO.—No veo por qué. Es un excelente muchacho, tiene buen pasar, carácter normal, cabeza despejada. Va haciendo muy bien su carrera. ¿Qué la hace dudar?

MATILDE *calla un instante, sonríe, mira de frente al* Doctor, *hasta nos parece que se ha ruborizado un tanto.*—¡Si lo supiera yo misma!

PARDO.—Ustedes andan jugando al escondite. Ya se encontrarán. En fin, que todo sea para su bien, Matilde.

Regresan lentamente, alargando el paseo todo lo que pueden. Se oyen ya las voces del otro grupo. Matilde va chascando el látigo.

DON TOMÁS.—Como te lo digo, Eduardo. Pregúntaselo a tu padre, que es entendido y ha visto mucho mundo. Nadie debe atravesarse en el camino de nadie. Hay que respetar a la persona y dejar venir su destino. Eso es la civilización. Mira, te voy a contar un caso. Una vez, acabábamos de pernoctar en Perote. Había llovido mucho. Teníamos que cargar los cartuchos y secar la pólvora al sol, en montoncitos, sobre unos cueros, porque el suelo estaba mojado... Pero ahí viene mi paloma. Ya te lo contaré otro día, que se impacienta con mis historias. A propósito, ¿sabes cómo me llama tu padre, por esta manía de recordar siempre las cosas pasadas? Me llama *México a través de los siglos.*

Conforme los dos interlocutores celebran el apodo entre risas, los paseantes se descubren a la vista. Marta sigue como si no oyera. Pepe, a cierta distancia, oyéndolo todo.

PARDO.—Bueno, señores, me alegro de ver ya buena a Matilde. Aquí los dejo en santa amistad y compaña. Ustedes perdonarán a un médico agobiado por la clientela. . .

DON TOMÁS.—Así les llama el doctorcito a sus nabos y zanahorias. En fin, cada uno a lo suyo, y Dios con todos.

MARTA, *insistente.*—¿Cree usted en Dios, mi coronel?

DON TOMÁS.—¡Marta, sé piadosa! No analices las frases hechas.

Los adioses acostumbrados. El Doctor sale de muy buen humor. Pepe va muy meditabundo.

VIII

Otra vez, el trote del cabriolé, que ahora se tira a campo abierto.

PARDO.—¿Qué te parecen mis amigos?

PEPE, *sentencioso.*—La señorita es muy guapa y muy buena, y monta bien *(conocedor)*. El señor coronel habla como usted. . .

PARDO.—¿Quién sabe si yo no trato de imitarlo?

PEPE.—No: habla como usted, después de usted; como usted hablará cuando sea viejo.

PARDO.—"Cuando sea viejo." ¡Eso me halaga! Ya vas aprendiendo.

PEPE.—Doña Martita me asusta, porque se parece a los camellos.

PARDO.—¡Muchacho! ¿Y don Eduardo? *(Con cierta intención.)*

PEPE.—A don Eduardo no puedo verlo.

PARDO.—Pues ¿qué te ha hecho?

PEPE.—Quiero decir que se me "desborra".

PARDO.—Querrás decir que se te borra.

PEPE.—Eso es, se me borra.

Un silencio, puntuado por el trote del caballo.

PARDO.—¿Qué te traes tú? ¿En qué vienes pensando?

PEPE, *intrépido.*—Oí decir que usted fue rico y se lo gastó todo.

El Doctor se pone serio.

PARDO.—Pepe, tú comienzas a ser como mi hijo, o más bien un "ijo" sin "h".

PEPE.—¿Qué dice?

PARDO.—Un hijo con faltas de ortografía. *(El muchacho sonríe y se rasca la cabeza.)* Pues sí: tienes derecho a conocerme. Tú eres un muchacho recto. Óyeme bien: si alguna vez hablo de volver a vivir en México, atraviésate en el camino, rómpeme el cabriolé, mátame al jamelgo, descarrila el tren. *(Asombro creciente de* Pepe. *El* Doctor *continúa, comunicativo.)* En México derrocharía lo que me queda, y hasta le sería infiel a Rosario. No me dejes fallar. *(Se va exaltando.)* Tú eres mi hijo. Yo he querido ser tu apoyo y quiero que seas el mío. ¿Me comprendes? Todos debemos ayudarnos. Tú has de ser, tú que no sabes mentir, la objetivación de mi conciencia...

PEPE *inclina la cabeza para mirarlo, dudando si lo entiende, y dice:* —Me entristece que un hombre bueno se arruine y no haya sabido cuidarse.

PARDO.—¡No seas inocente! ¡Si a ese precio he comprado mi felicidad y mi libertad!

PEPE, *reflexivo.*—Entonces, si se quedara usted completamente pobre, ¿sería mejor, sería más feliz?

PARDO, *sin poderse contener, dispara.*—¡Eso sí que no!

PEPE.—¿Por qué?

PARDO.—Pues... porque, porque... he organizado toda mi vida de acuerdo con mis recursos actuales. No es conveniente para un hombre de mi edad cambiar violentamente de hábitos. No es saludable. Además, en todo hay su más y su menos. Los griegos, unos cirqueros de hace siglos, ¿sabes?, decían que la virtud está siempre en el término medio. Hoy decimos: "Ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre." *(Se queda pensando en los trabajos que pasa con las preguntas del chico insobornable.)*

Al recodo, se oye una charanga rústica, más triste que alegre.

PEPE.—Me acordaré muy bien de lo que me ha dicho, doctor.

PARDO, *contemplándolo detenidamente.*—¡Eres insobornable!

Aparecen, en un llano, unos indios que bailan en cuadrillas, con pesados saltitos, los brazos caídos, mirando el suelo. Están ensayando sus melancólicas danzas. El violincito rechina y desafina. El Doctor y Pepe se detienen un rato a verlos. Arrean de nuevo.

PARDO.—¿Qué opinas?

PEPE.—Que no valen nada. Y tan gran cosa que parecen en Pátzcuaro, con sus vestidos, y porque va uno dispuesto a divertirse. Este baile lo hacen todo los vestidos.

PARDO.—Los disfraces, las máscaras.

PEPE.—Eso es.

PARDO.—Como lo digas por ahí, te acusarán de traidor a la patria. Pocos entienden que el verdadero amor a la patria está en querer siempre mejorarla.

PEPE.—Es que aquí se ve todo como al revés.

PARDO.—Te gusta la positiva, pero no la negativa.

PEPE.—¿Cómo dice, señor? ¡Ah, sí! La fotografía. Ya he visto eso. *(Se ríe, como disfrutando de la metáfora.)*

Otro silencio.

PEPE *mira en redondo y dice.*—¡Qué grande el cielo, y qué chiquito lo demás!

PARDO.—¡Pues piensa lo mucho que enredan los hombres en este espacio tan chiquito!

Llegan a un ranchito, se apean. Los perros los saludan.

PARDO.—¡Ave María!

El ranchero FERMÍN *se asoma. Voz campanuda y hueca:*

—. . . ¡Sin pecado original concebida!

Se acerca, patizambo y feo.

FERMÍN.—Muy mala la muchacha, doctor. Por eso le mandé el propio.

Entran los tres a una pocilga. En un catre, una muchacha desgreñada. En un rincón, una vieja sucia, lloriqueando:

—¡Doctorcito! ¡Doctorcito!

Y un gañán con cara de idiota.

PARDO.—¡Callada, señora! ¿No ve que molesta a la enfermita?

Hay un ambiente de expectación dolorosa.

Cuando el Doctor se acerca y se inclina sobre el catre, Pepe se las arregla para decirle al oído:

—Doctor: esto también parece la negativa de la casa del coronel.

El Doctor frunce el ceño, para no reír en aquel instante de dolor. Su semblante se va despejando poco a poco.

—Esto va a pasar, no se asusten. Mucho ruido y pocas nueces.

IX

En sendos caballos, por los alrededores, Matilde y Eduardo hablan al paso.

MATILDE.—Entiéndeme, Eduardo. Te quiero y como te quiero a ti no quiero a nadie...

EDUARDO.—¿Por qué no te decides, entonces?

MATILDE.—Porque las mujeres no queremos como los hombres. Si tú me quieres con locura según dices, y yo te lo creo, déjame que yo te quiera con cordura.

EDUARDO.—¡Eso no es querer!

MATILDE.—No seas niño. ¿Vas a cortar tu carrera en el tercer año de Medicina, cuando ya subiste la cuesta de la anatomía? ¿Vas a abandonar la capital y a meterte aquí para arrepentirte al año de casados, y para que yo viva siempre acusándome de mi egoísmo y temiendo que un buen día me lo reproches?

Eduardo *sacude la cabeza, sin encontrar respuesta.*

MATILDE, *cada uno de cuyos movimientos es gracia femenina.*—Acaba tus estudios, asegura tu porvenir de acuerdo con tu vocación. Y, si para entonces no has cambiado de idea, ven por mí, que yo no tengo prisa. Y ya sabes que mi abuelito nunca será obstáculo, porque nadie respeta más la voluntad ajena, cuando se trata de cosas lícitas, y... *(vacila*

un poco). Yo soy, después de todo, lo único que le queda en el mundo. Déjame que lo acompañe unos años más.

EDUARDO.—Lo quieres más que a mí, confiésalo.

MATILDE.—Esas cosas no se comparan.

EDUARDO.—¡Y tú, entre tanto, vas a vivir aquí, apolillándote entre rancheros!

MATILDE.—¡Qué grito del corazón! ¿Ya ves cómo Dios no te llama por este camino? ¿Y tú quieres apolillarte aquí, a mi lado?

EDUARDO.—¿Y qué estímulo, qué alegría puede tener mi vida lejos de ti?

MATILDE.—El saber que así me estás mereciendo y que vas a entrar en casa por la puerta y no por la ventana. Además, no estamos tan lejos ni tan irremediablemente separados. Yo puedo ir a México cada vez que me da la gana. No vas a dejar de verme mucho tiempo. No vamos a alejarnos definitivamente.

EDUARDO.—Sí, Matilde, yo sé que tú tienes razón. Pero no puedo con mi impaciencia. Tú debes entenderlo: tú misma te das cuenta de que los hombres no queremos como las mujeres.

MATILDE.—Pero ¿qué es lo que te exaspera? Lo que yo te propongo ¿no es lo mejor y hasta lo más cómodo para tu vida? Ni siquiera te exijo que contraigas compromiso alguno.

EDUARDO.—¿Ya lo ves? Pues eso es lo que más me inquieta. Se me figura que no estás segura de tu corazón, o que quieres dar tiempo a que se me pase; que no sólo pretendes ponerme a prueba, sino ponerte a prueba tú misma...

MATILDE *para el caballo.* Eduardo *la imita. Ella, seria, le dice:*

—Me daría por ofendida, si no reconociera en tus argucias y desconfianzas las enfermedades propias del amor. Ya sé bien que *eres* celoso, y eso no me lastima por lo mismo que es inevitable en quien lo padece. Pero, dime con franqueza, además de *ser* celoso, ¿*estás* celoso?

EDUARDO, *confuso.*—Tal vez... Esas conversaciones constantes, en que te veo tan divertida... Parece que te entiendes tan bien...

MATILDE.—No digas más. No vayas a pronunciar un nom-

bre, porque puede suceder algo grave. Acuérdate solamente de que he sido criada en un ambiente de sociabilidad algo más generoso que éste. *(Con un gracioso ademán del brazo, parece abarcar todo su mundo.)* Y acuérdate, sobre todo, de que las conversaciones amistosas, por no llevar intención oculta, suelen ser mil veces más amenas y más si son con persona de calidad, que estos constantes duelos a primera sangre entre enamorados.

Eduardo, atónito. Matilde, con cierta impaciencia, espolea el caballo y lo hace galopar. Eduardo procura seguirla.

EDUARDO.—¡Espera, Matilde, espera!

MATILDE.—¡Ya te dije que esperaré tres años!

Se oyen los repiques de las pesuñas. Pasa, gruñendo, una manada de cerdos.

X

El campo. El cabriolé, con el Doctor y Pepe Andrés. Ruinas de un convento. Paran.

PARDO.—Aquí es. Allí está el convento de franciscanos, que luego sirvió de cuartel —para algo está almenado— y hoy no es más que un pobre refugio de los ganados. Quédate por ahí un rato, a la sombra de los paredones, porque pica el sol. No tardaré mucho. Voy a arrancar unas pocas plantas. Para guardarlas sirve este tubo tan misterioso que traigo colgado al hombro y que tanto parece intrigarte, aunque nada me has dicho, pero me lo decían tus ojos. No sé si lo tomabas por telescopio o por escopeta plegable. No sé si te figurabas que venía yo a descubrir manchas del sol o a matar a mi enemigo mortal... Aquí, entre otras, se da la *Leonatis Nepetifolia,* o en vulgar, "oreja de león". Ya te enseñaré a entender estos nombres, y hasta a inventarlos, si te agrada. Son éstas unas plantas muy singulares y escasas. Merecen el honor de ser trasplantadas a nuestro museo vivo. Todavía quedan algunas en lo que un tiempo era la huerta del convento, aunque ya están muy silvestres y desmedradas. Vamos a ver si logramos embellecerlas en nuestro jardín, poquito a poco.

PEPE.—Pero ¿no dice usted que las cosas son mejores como las da la tierra?

PARDO.—¡Grave controversia se anuncia! Escucha, mi pequeño filósofo. La educación no es incompatible, ni menos es adversa a la naturaleza, como lo juzgan los mentecatos. La educación es aquella parte de la naturaleza encomendada a la acción del hombre, el cual también es agente de la naturaleza... *(Se detiene, incómodo.)* ¡No me digas que no me entiendes!

PEPE.—No, doctor, ya le voy entendiendo, poquito a poco yo también. Conmigo quiere usted hacer lo mismo que con esas plantas.

El Doctor *sonríe, satisfecho.*

—Bueno, ahí te dejo un rato.

Da la vuelta al paredón y desaparece. El muchacho se sienta en una piedra, a la sombra. Canta como suele cuando está solo. Comienza a pasear de aquí para allá. Tira unas piedras, trepa en una barda musgosa. Cuando salta otra vez al suelo, cae en tierra floja donde se hunde un poco y lanza un grito.

El Doctor, *herbario en bandolera, aparece al punto corriendo y grita de lejos.*

—¿Qué fue? ¡Una víbora!

PEPE.—No se asuste, doctor; es que caí en un hoyo. Y aquí hay algo que suena muy raro. *(Pisoteando.)*

DOCTOR, *acercándose.*—¡A ver! ¡A ver! *(Baja también al hoyanco. Pisotea.)* ¡Pues es verdad! Aquí hay algo, muchacho. ¿Trajiste la pala?

PEPE, *con excitación infantil.*—¡Voy por ella, está en el coche!

DOCTOR, *examinando el suelo y rascando con los pies.*—Y, de paso, trae la cuerda que está enrollada detrás.

PEPE, *se aleja corriendo.*—¡Voy!

Vuelve con la pala y la cuerda. Tira la cuerda y empieza a cavar con la pala, ante la curiosidad del Doctor, que lo deja hacer. Se oye un golpe metálico.

PEPE.—¡Mire, doctor! ¡Una "agarradera de fierro"!

DOCTOR.—Sí, parece la tapa de un cofre. ¡A lo mejor! ... ¡Estos sitios viejos y llenos de historia esconden cada sorpre-

sa! *(Ve cavar un rato al muchacho, y continúa.)* Espera. Vamos a alternarnos. Ahora dame la pala y tú descansa un poco.

. . . . .

Ha comenzado a caer la tarde. Pepe da las últimas paladas. Ambos echan mano de la cuerda y hacen nudos. Sin hablar, con acuerdo tácito, van por el coche y lo meten campo traviesa. Con ayuda del caballo, previamente desuncido del cabriolé, consiguen sacar del hoyanco y arrastrar un cofre herrumbroso, lleno de tierra, con las maderas medio carcomidas por un costado. El Doctor se arrodilla, logra abrir un poco las tablas. Mete la mano, astillándose, y saca unas monedas de oro. Pepe, arrodillado junto a él, lo contempla asombrado.

DOCTOR, *con visible emoción y la voz mudada.*—¡Peluconas, Pepe, peluconas! ¡Un cofre lleno de peluconas, y de aquellos buenos tiempos en que el oro era oro! ¡Esto es mejor que las suertes de tu maestro Mefistófeles!

PEPE.—¿Y qué es esto?

DOCTOR.—¡Una fortuna! Un tesoro escondido, que ya no es de nadie, que es nuestro. ¡Un capital!

En la cara de José Andrés, una lucha entre el asombro, la alegría y el miedo.

PEPE.—¿Y ahora? . . .

DOCTOR.—¡Ahora, a casa con el hallazgo, volando! ¡A meter esto en el coche como podamos, aunque se nos quiebre el espinazo! ¡Y ni una palabra a nadie! ¿Entiendes? ¡Ni una palabra! Que eso nos podría traer muchos disgustos.

El Doctor, que casi ha gritado, hace ademanes de callarse a sí mismo. Ante su desconcierto, los ojos escrutadores de José Andrés pierden su expresión infantil, y su rostro recobra esa impavidez casi acusatoria con que acostumbra explorar a las personas mayores.

Ambos se ponen a la tarea de izar el cofre sobre el estribo del cabriolé, y la escena se borra en la tarde, ya muy penumbrosa.

XI

Salón-comedor del doctor Pardo. A medianoche. El Doctor va y viene, se frota las manos, aventura su fea tonada:

Juana, Juana, Juana:
préndeme la vela...

Rosario, en camisón, asoma por la puerta que da a la alcoba.

ROSARIO.—Pero ¿qué mosca te ha picado? ¿Te ha dado algún disgusto el muchacho? ¿Qué misterio se traen los dos? ¿Te acostarás al fin?

La imagen de la mujer, en ropas íntimas, es mansa y seductora a la vez.

DOCTOR.—Ya te lo explicaré en su momento. Déjame que me tranquilice. No te alarmes. No es nada malo; al contrario. *(Se le ilumina el rostro.)*

El Doctor contempla tiernamente a Rosario, que se le ha acercado y no las tiene todas consigo. La graciosa figura provoca en él la inevitable reacción. Le pasa un brazo por la espalda.

DOCTOR.—¡Pobrecita! ¡Te tengo sobresaltada! *(Con ese íntimo regodeo del varón que se siente capaz de hacer daño a la mujer.)* Mañana lo sabrás todo. Anda, vamos a descansar.

Entrelazados, desaparecen por la puerta de la alcoba. No tenemos para qué seguirlos.

XII

Media mañana. En la huerta, el Doctor. Frente a la cochera, cuya puerta está cerrada con un enorme candado muy ostensible. El Doctor ha destapado una botella de cerveza, llena dos vasos y convida a José Andrés.

PEPE.—Yo no, doctor. ¡No vaya a hacerme daño!

DOCTOR.—Bueno, tómalo o déjalo. ¡En una ocasión como

ésta! . . . Nada hay peor que el puritanismo, ¿sabes? La virtud no necesita ser adusta. ¡A tu salud!

El muchacho, que ha dejado su vaso en un banquito, ve beber sin entusiasmo al Doctor. Su cara ha vuelto a asumir la desconfianza de las primeras escenas. El Doctor chasca la lengua con complacencia, sin querer mirar al muchacho, que lo ajusticia con los ojos.

DOCTOR.—Trae ese vaso. Yo me beberé todo. Bien lo merece uno después de esta faenita. Ya está todo en orden, bien restaurado, claveteado y guardado. *(Apura el segundo vaso.)* ¡Tengo un calor! *(Como disculpándose. . .)* Todo bien guardadito y bien encerrado, ¿eh? *(Señala la puerta.)* Y ahora, acuérdate: ¡ni una palabra! Tengo que tomar algunas disposiciones. Voy unos días a México, para consultar con algún amigo. *(Siempre esquivando la mirada del muchacho, que al oír esto no disimula cierta expresión de sobresalto.)*

PEPE.—¿Lo sabe la señora?

DOCTOR, *impaciente.*—Todavía no se lo digo, pero en esta casa se hace lo que yo mando.

Pepe se vuelve a otro lado y finge recoger una escoba y algún útil de jardinería.

Rosario aparece, inesperada, como evocada por las palabras del Doctor. Hay cierta inquietud en sus lindos ojos, aunque no pierde su compostura, su encanto.

ROSARIO.—¿Qué oí decir, Joaquín? ¿Que vas a México?

DOCTOR, *frenando su impaciencia y tratando de asumir un tono humorístico.*—Sí, mujer honrada. Pero no te alarmes. Un viajecito corto, como en el invierno pasado. Quiero hablar con Antonio: hay un asunto de importancia. . . A mi regreso te explicaré mejor las cosas; "mis misterios", como tú dices.

ROSARIO, *con perfecta calma.*—Cuando gustes. En unos minutos tendrás arreglada la maleta.

DOCTOR, *sonriendo.*—No corre prisa, no corre prisa. Tenemos unas horas por delante. Y, durante mi ausencia, tú te encargarás de que Pepe Andrés no descuide sus ejercicios de escritura, ni tampoco la huertecita. Voy a despedirme de don Tomás y de Matilde para hacer tiempo, y por si algo se les ofrece en la capital.

Se aleja, canturreando su tonada boba, la única que sabe ("Juana, Juana, Juana"...), mientras Rosario y José Andrés se contemplan, diciéndose mucho con los ojos y sin decir palabra.

XIII

El patio de don Tomás. Ausente éste, charlan Pardo y Matilde, a presencia de la hierática Marta, algo alejada en su equipal.

Matilde ríe.

DOCTOR.—Sí, ya lo sé, me encuentra usted un poco ditirámbico, Matilde. Son las reacciones del primitivo, a la sola idea de un corto cambio de ambiente. Me detendré en Morelia, para enviar algunas cosillas a Rosario.

MATILDE, *curiosa.*—¿Y, naturalmente, irá usted en México a casa del doctor Palacios?

DOCTOR, *vivaz.*—¡Claro! Las viejas amistades... El mundo universitario de ayer... La clínica de Antonio Palacios siempre es para mí una enseñanza práctica. A su lado me entero de las novedades. Y ya sabe usted que un psiquiatra como él vive siempre rodeado de amenidades mundanas. Me conviene renovar la atmósfera por unos instantes. No quiero envejecer antes de tiempo.

MATILDE, *con convicción.*—Usted no corre todavía ese riesgo, Joaquín. Y de propósito le apeo ese estorboso "don" que a mis ojos le sienta muy mal, para que vea que lo hallo joven. Usted nunca se quedará retrasado, porque tiene en sí algo como el ritmo del tiempo. Y en cuanto a sus años, usted tiene lo que yo llamo edad europea, florecerá hasta más allá de los sesenta. Basta ver cómo se conmueve y entusiasma a la idea de un viajecito insignificante... A veces me pregunto...

DOCTOR.—¿Qué se pregunta usted, Matilde?

MATILDE.—¡Nada! Tonterías que se le ocurren a una. Pero déjeme volver a mi asunto, que usted siempre me emborracha y me hace perder el hilo. ¿Quiere usted hacerme un favor, ya que va usted a ver al doctor Palacios?

DOCTOR, *bromeando.*—Le advierto a usted que los psi-

quiatras no saben curar a distancia eso que ahora llaman "complejos" y que mis padres llamaban "malas mañas". Si usted se muerde las uñas, si le gusta rechinar los dientes...

MATILDE, *riendo.*—No, no; yo no padezco de ninguno de esos horrores, ni tengo pesadillas delatoras ni nada de eso. ¿O es que ya no me conoce usted, usted que me ha registrado? ... *(Se detiene, sonrojada.)*

El Doctor *la mira un instante y dice con cierta intención.*—Acaso la conozco y la descifro mejor de lo que usted se figura, Matilde. Entre usted y yo hay siempre, debajo de las palabras, un diálogo subterráneo.

MATILDE, *un poco turbada, cambia de sesgo.*—Mire, Joaquín, ¿me dejará o no agarrar el hilo? Lo que yo quiero pedirle es que pregunte usted al doctor Palacios cómo van los estudios de Eduardo, cómo se porta...

DOCTOR, *sin convicción.*—¡Ah, por supuesto! No lo olvidaré.

Pausa. Mirada de la hierática Marta.

DOCTOR.—Pero iba usted a decir algo, Matilde; algo que se refiere a mí.

MATILDE, *tras un leve esfuerzo.*—Es verdad. Voy a ser sincera. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar que un hombre en sus condiciones no tiene derecho a la reclusión? Mi abuelito me reprendería por hablarle así. A él le está bien esta existencia de sabio desengañado. Pero usted, Joaquín, ¿no debe algo, y aun mucho, al país y a la sociedad?

DOCTOR, *simulando buen humor.*—Aquí donde no nos oye Marta *(*Marta *no pestañea)*, le confieso que yo también me lo he preguntado. A veces confunde uno la convicción con la resignación... He tenido algunas desgracias... Me figuro que usted lo sabe...

Matilde afirma con la cabeza.

DOCTOR, *con risa forzada.*—Gracias por ahorrarme confesiones estúpidas. En fin, ¿que tal vez deba yo reclamar algo más de la vida?

MATILDE, *mirándolo fijamente.*—Me parecería justísimo. Y si la amistad me autoriza a ello, Joaquín *(subrayando el tratamiento)*, yo lo exigiría. Tiene usted una gran compañera. Rosario nunca le impedirá que usted luche por conquis-

tar su sitio legítimo. Ella lo seguirá por donde usted la lleve... *(Se ataja, cortada.)* Discúlpeme, Joaquín. No he querido entrometerme en sus cosas.

PARDO.—Nadie tiene más derecho para hablarme así que una buena amiga. *(Vacila; prosigue.)* Bueno: no olvidemos esta conversación, se lo ruego. Es posible que pronto necesite yo un consejo: su consejo, su aliento, el estímulo de alguien que todavía me cree capaz de salir adelante... Pero a mi vez le ruego que piense, y no lo tome a ridiculez de mi parte, en algunos grandes ejemplos: ¿No se jubiló Goethe, por decirlo así, antes de tiempo? Tenía mis años, y ya se había conformado con retirarse de cuando no era su vida de solitario estudioso. ¡Quién sabe si en el corazón de aquel grande hombre se escondían también muchos desengaños, que él disimulaba con una perfecta cortesía y cortesanía! Conocemos muy bien su vida, es cierto, milímetro a milímetro; pero conocemos lo que él nos dictó, lo que él quiso que conociéramos. Yo creo que escondió, como la luna, todo un hemisferio de amargura, para no aniquilar a los hombres con el peso de su dolor, y hasta quiso convencerse de que él era el Universo, en perfecta compenetración, para no hacer caso de sus lágrimas puramente humanas...

MATILDE, *algo confusa.*—Pero ¿qué está usted diciendo, hombre de Dios?

DOCTOR.—Nada, nada; que se me escapó un poco el vapor. Quedamos en lo dicho. *(Se levanta y se despide.)* Despídame de don Tomás. Si quieren ustedes algo en Morelia o en México, ya saben dónde estoy. Lo mismo le digo a usted, Marta.

MARTA.—Dios lo lleve y traiga con bien, don Joaquín.

Matilde se levanta y toma del brazo al Doctor para acompañarlo. Marta, ya sola, los ve alejarse. Muda su fisonomía. Se humaniza. Se enjuga una lágrima y mueve la cabeza.

XIV

En México. Saloncito privado del doctor Antonio Palacios, que respira comodidad y refinamiento. Confortables sillo-

nes. Espejos. Mesa de cristal con frascos de licor (no botellas). La escena permanece vacía un instante, como para que apreciemos el contraste entre este ambiente y el que hasta ahora ha reinado en toda la acción. Son casi las dos de la tarde. La viva luz se filtra por una persiana entrecerrada. En el muro, un óleo del doctor Palacios, de estilo moderno —es decir, buen cuadro pero no de mucho parecido—, tipo de cara pulcra y artificiosa, barbilla a la francesa. Entra una criadita de buen ver y mandil gracioso. Deja sobre la mesa unas cuatro copas que trae en una bandeja de plata. Se detiene ante el retrato del doctor Palacios, hace un mohín coqueto y le tira un beso con la mano. Desaparece.

Se oye el ruido de una puerta, y la voz del doctor Pardo que, acercándose, canturrea:

...¿Si será alicante,
si será pantera?

Su entrada coincide con la entrada del doctor Palacios que, por otra puerta, se acerca a recibirlo.

PALACIOS.—¿Qué cuenta el filósofo de Albacete? ¿Ya de vuelta, cómo te fue?

PARDO, *derrumbándose en un sillón, como hombre que rinde una faena, mientras* Palacios *lo escucha de pie.*—¡Admirablemente! Tu carta ha obrado maravillas. A las dos palabras, el gerente se dio cuenta de que yo era un salvaje y me ofreció encargarse de todo, de todo. Él me cobrará una comisión prudente, amén de los gastos, y arreglará todos esos líos fiscales, en cuanto yo regrese a casa y le envíe ciertos datos que necesita. Y yo no tendré más trabajo que embolsarme un buen pico para vivir modesta y tranquilamente el resto de mis días.

Palacios *sirve dos copas, da una a su viejo amigo y se sienta a su lado.*—Ya te dije que era un hombre de fiar. Por lo demás, durante tu ausencia yo quedo aquí para cuidar de lo que se ofrezca. Él y yo nos encontramos todas las semanas en el Club de Banqueros, con otros compañeros de la promoción. Es raro que ustedes no se hayan conocido antes. ¿Sabes? Él cursaba Derecho cuando tú y yo andábamos en prácticas de hospitales.

PARDO, *sin contestar, paladea un trago.*—¡Magnífico!

PALACIOS.—Manzanilla legítima.

PARDO.—Me recuerda aquellos tiempos...

PALACIOS.—...Que van a volver, Joaquín, aunque corregidos y aumentados, ¿verdad? Porque eso de vivir modesta y tranquilamente el resto de tus días se me figura que es pura guasa. Ahora que puedes hacerlo, tienes que cumplir contigo mismo, con todos nosotros, con...

PARDO.—¿También tú lo crees así? ¿También tú tienes confianza en mí?

PALACIOS—¡Pues no he de tenerla! De todo el grupo, ninguno te igualaba como capacidad total. Tú eras el único capaz de universalizar los problemas. Todos éramos más o menos diestros en técnicas y nociones particulares. Pero como si no entendiéramos lo que hacíamos, mientras tú no nos lo explicabas. En cuanto al criterio, siempre nos has dominado a todos, y tú lo sabes bien, Joaquín. Ni entonces ni ahora ha habido nadie que te supere.

PARDO.—¡Calla, hombre, calla!

PALACIOS.—¡Qué voy a callar! ¡Si había que decírtelo algún día! Antes, ello hubiera sido una crueldad. Pero ahora que las cosas van a cambiar, por otro vuelco de la Fortuna que, por lo visto, no ha dejado de pensar en ti, ahora tienes que volver por lo tuyo. Todos, al recordarte, lo hemos dicho y repetido mil veces. Te admiramos, Joaquín, dicho sea con toda naturalidad. ¡Aquella certeza, aquel juicio, aquella agilidad que desconcertaba a los catedráticos! (Pardo *lo escucha con no disimulada emoción; "le bebe las palabras".)* Pero ¿por qué me preguntaste si *yo también* tenía fe en ti? ¿Has hablado con alguien de estas cosas, de estos posibles planes futuros? ¿Rosario tal vez... ?

PARDO, *con cierta gravedad.*—No, Rosario no sabe nada todavía. Es que recordaba una charla con Matilde, la nieta del coronel Ordóñez: gente de mi pueblo, ya te he contado... El liberalote aquel con un corazón que no le cabe en el pecho.

PALACIOS, *con insistencia ya de psiquiatra, que evita el desvío de la conversación.*—¿Matilde?

PARDO.—Es una chica muy joven, y muy linda por cierto.

*(*Palacios *mira al techo, fingiendo indiferencia.)* Pero se ha educado en centros superiores, ha visto mundo. Se puede hablar en serio con ella.

PALACIOS.—¿Y ella te aconseja que vuelvas a tu verdadera misión? Pues mira, la aplaudo. No sé cómo se habrá dado cuenta de ciertas cosas; pero, en fin, ¡las mujeres con su dichosa intuición! Volviendo a mi asunto, quisiera ponerte en guardia y salir al paso de tus posibles temores. Esa misma velocidad mental que ha sido tu prenda característica fue tu verdadero enemigo. En plena juventud, y a falta de otro pasto, tu temperamento vivaz te llevó a apasionarte por lo primero que te salió al paso, y te arruinaste lastimosamente en el juego, y echaste la carrera por la borda y te tragó la tierra. (Pardo *le sigue con ademanes afirmativos y gesto compungido, sonriendo.)* Pero ahora ya eres otro. Los años y la experiencia no pasan en vano. Has probado y conocido de cerca muchas cosas reales y amargas. Vales más que antes todavía. Posees el lastre que te faltaba. La juventud se va alejando...

PARDO *le interrumpe, sin poder contenerse.*—Pues lo que es en eso, difieres de la opinión de Matilde, que precisamente quería convencerme de lo contrario.

PALACIOS, *incisivo.*—¡Ah! ¿Sí? *(Prefiere pasar por alto la interrupción, siempre fingiendo profesionalmente que no se está documentando sobre el caso a la vista.)* Bueno, pues te decía yo que es hora de recobrarte a ti mismo. Y no dudo que cuando te expliques con ella, Rosario *(insinuante y recalcando el nombre para apreciar el efecto)*, que es una gran mujer, te entenderá muy bien.

PARDO *se agita en el sillón y apura la copa.*—Sí, así lo espero.

Los interrumpe la entrada de la criadita, que se hace ver del doctor Palacios y se mantiene a distancia, sin hablar.

PALACIOS.—Bueno, nos espera la mesa. Tú, después de tu odisea por la ciudad, has de tener un apetito de jornalero. A mí un caso de alta histeria me ha puesto de buen humor y me siento dispuesto a comerme un buey.

Se levantan, se dan palmadas amistosas en los hombros, riendo, y se van encaminando hacia la puerta por donde en-

tró la criadita, que espera su salida para seguirlos. Van despacio, hablando, de modo que el diálogo empieza en la escena y acaba afuera, dejándose oír las palabras.

PARDO.—¡Pues hombre! A cualquiera una sesión de ésas con una vieja loca le hubieran causado el efecto contrario.

PALACIOS.—Es el oficio, ¡qué quieres! Ya sabes que hay "gracias de estado", como decían las señoritas de Bienfilâtre. . . ¿Conque joven tú, eh? ¡Presuntuoso!

PARDO.—¡Y quién me lo dice, figurín de los médicos, capricho de las damas nerviosas!

PALACIOS.—¡Bah! Esa chica de quien me hablas debe de tener complejo paternal. ¿Huérfana, verdad? ¡Y enamorada del recuerdo de su padre, el pobre Rendón!

Se oyen sus risas.

XV

Casa del doctor Pardo, en el pueblo. El estudio de éste. Al escritorio, Rosario examina los ejercicios de José Andrés, satisfecha. El muchacho, de pie y risueño, tiene más aplomo que de costumbre.

JOSÉ ANDRÉS.—¿No se lo dije, señora, no se lo dije? ¿Qué yo solito con usted como que me asusto menos y lo hago mejor?

ROSARIO, *riendo.*—¿Y cómo explicas eso? El doctor no es gruñón contigo, no te amilana.

JOSÉ ANDRÉS.—Es que a últimas fechas. . . *(vacila).* No; no es gruñón. Hasta es juguetón y alegre. Pero es hombre.

ROSARIO, *muy divertida.*—Y eso ¿qué?

JOSÉ ANDRÉS.—No sé si puedo decirlo bien. Como yo también soy hombre, me siento como más seguro con una mujer *(rectifica)*. . . Digo, con una señora. . .

ROSARIO, *en la misma actitud.*—¡Vaya, si lo dices bien! Pero los jovencitos casi siempre se intimidan con las señoras.

JOSÉ ANDRÉS.—¡Ah, no! Depende; yo no. Me pasaba con la caballista del circo, porque tenía algo de endemoniada. No con una señora tan buena como usted, que se deja ver hasta adentro.

ROSARIO *se levanta, le besa la frente y dice.*—¡Anda! Vete por ahí a la huerta un ratito. Haz cualquier cosa, muévete un poco, que ya basta de leer y escribir. Aprovecha, ahora que tienes tiempo, para lavar el coche. Y luego daremos un paseíto.

JOSÉ ANDRÉS *se pone al instante caviloso.*—No, ahora no puedo.

ROSARIO.—¿Por qué?

JOSÉ ANDRÉS.—No sé, yo soy mandado.

ROSARIO.—No hables así, que es muy vulgar. Dí: "Yo cumplo órdenes", o "eso me mandaron". Pero ¿qué quieres decir? ¿Quieres decirme qué pasa en esta casa? ¿No puedes sacar y lavar el coche?

José Andrés *dice que no con la cabeza.*

ROSARIO, *con un suspiro.*—¡Hágase, señor doctor, tu voluntad!

JOSÉ ANDRÉS.—Me pesa no darle gusto, señora. *(Melancólico.)* Yo preferiría hacerlo, pero no estaría bien.

ROSARIO, *examinándolo.*—Ni yo te incitaría a la desobediencia. Te cuesta trabajo mentir y prefieres callar, te entiendo. Ya sabes, por lo demás, que aquí todos respetamos y queremos al doctor, y obedecemos sus órdenes; porque el doctor, Pepe, vale lo que pesa en oro.

JOSÉ ANDRÉS, *como sobresaltado.*—¡En oro! . . . *(Calla, ante el asombro de* Rosario. *Parece ensimismarse un instante, y dice para sí.)* ¡Ese. . . ese México!

Y parece no oír a Rosario, *que está diciendo:*

—Pero ¿qué te ha hecho México, qué te ha hecho?

Porque José Andrés sólo está escuchando interiormente las palabras que un día le dijo el Doctor: "—Óyeme bien: Si alguna vez hablo de volver a vivir en México, atraviésate en el camino, rómpeme el cabriolé, mátame al jamelgo, descarrila el tren. . ."

ROSARIO.—¿No me oyes, Pepe? ¿Qué te pasa?

Se borra la escena, con la ansiedad en la cara de Rosario.

XVI

En México. Hora del desayuno en un restaurante céntrico y concurrido, con su antiguo patio colonial convertido en comedor, sus mesas y servicio, su luz cenital, que todos reconocerán al instante.

Tras una visión de conjunto, enfocamos la mesita en que el doctor Palacios, el doctor Pardo y un tercer personaje, el pintor Raúl Madrigal, toman el desayuno. Madrigal, hombre de sesenta años, entrecano, todavía vigoroso, rostro afeitado y marmóreo, roseta de la Legión de Honor en la solapa.

DOCTOR PALACIOS, *al doctor* Pardo.—. . .Y Madrigal te hará un gran retrato al óleo, como el mío que tanto admiras, para que presida tu sala.

El doctor Pardo asiente, sonriendo. *Madrigal lo contempla un instante, estudiando su fisonomía, y luego dice:*

—No quisiera ser impertinente, doctor Pardo, pero, por su cara, yo diría de usted lo que dijo de Sócrates aquel extranjero: que es usted un hombre de fuertes pasiones, y añadiré también en su beneficio la respuesta de Sócrates: que ha sido capaz de dominarse.

DOCTOR PALACIOS.—¡Aprobado el diagnóstico! Ya lo ves, Joaquín, los pintores compiten hoy ventajosamente con los psiquiatras.

Se vuelve para saludar a una dama que, desde otra mesa, le hace señas efusivas.

MADRIGAL.—Y los psiquiatras, como puede verse, compiten hoy con Don Juan Tenorio.

DOCTOR PALACIOS.—Le aseguro a usted, señor pintor, que un confesor laico, como yo, y generalmente confesor de anomalías o, al menos, de tonterías, está muy bien defendido contra las ilusiones amorosas.

MADRIGAL.—Es usted como todos los solterones. Víctimas de un problema nunca resuelto, se creen superiores a lo que padecen. Y tal vez usted no se enamore ya fácilmente, mi querido doctor, pero infunde usted fáciles devaneos, aun por su oficio, y tiene usted, además, el deber de ser cortés con la clientela.

PALACIOS.—Me está usted poniendo en ridículo delante

de mi amigo Pardo. Y cualquiera diría que no es usted también un solterón impenitente.

MADRIGAL.—Pero yo, como dijo Sófocles, ya me voy emancipando de ese amo furioso y brutal que llaman Eros.

PALACIOS.—Eso ya me incumbe profesionalmente. Cuénteme usted su caso. Tal vez podamos hacer algo. La testosterona, sabe usted...

PARDO, *interrumpiéndole.*—Señor Madrigal, lo noto muy aficionado a los clásicos.

MADRIGAL.—Con un pequeño esfuerzo de imaginación, hallo en ellos cuanto necesito: hasta los descubrimientos científicos de Einstein y de Freud.

PALACIOS—No lo pongas a disertar, Joaquín, que empieza y no acaba. El otro día me demostró de modo irrefutable *(irónico)* que los sacrificios humanos de los antiguos aztecas no eran más que experimentos metódicos en el campo de la cardiología. Otra vez me confesó que, en París, había practicado la antropofagia para corregir ciertas deficiencias glandulares...

MADRIGAL.—¡Y es verdad! Bolk ha comprobado que tales prácticas primitivas, hoy por desgracia muy olvidadas, han contribuido, por decirlo así, a "desanimalizar" al hombre y a darle gradualmente la figura humana definida.

PALACIOS *a* Pardo, *que sonríe y disfruta de la charla.*—¿Lo ves? A este hombre hay que pedirle que pinte y que se calle. Pero no se me escapa usted. ¿Iba usted a contarnos, si no me engaño, que ha llegado usted a "las laderas de la montaña augusta de la serenidad", como dice Nervo? *(Se interrumpe para saludar a otra mesa.)* Ya ve usted que yo también hago citas, aunque de los modernos y los de casa.

MADRIGAL.—Pero yo creo que usted no me ha entendido, doctor. No quise referirme tanto a una decadencia senil cuanto a una evolución espiritual. Me he vuelto misógino.

PALACIOS, *con sorna.*—¿Usted? *(A la sirvienta, que se acerca.)* ¡A ver, señorita! ¡Pronto, un jugo de naranja para este señor, que se está volviendo misógino, y eso es un peligro para la sociedad!

La sirvienta con perfecta estupidez, muestra una cara asustada, una boca floja y unos labios mal gobernados, como todas las de su casta, y echa a correr antes de que la sociedad peligre, en busca del jugo de naranja.

MADRIGAL.—No se burle usted. Voy a explicarme. He tomado odio a la mujer por las muchas transacciones a que nos obliga, a cambio de la pequeñez que nos concede. *(Con el índice y el pulgar, hace el signo de la pequeñez, lo que provoca la risa de sus amigos.)* ¡Señores, la cantidad de sandeces a que lo han obligado a uno las mujeres, lo que ha tenido uno que oír y aun aprobar con paciencia, por aquello de *Do ut des!* ¡Las horas de espera, sentados en el *hall* de un hotelucho! ¡Las mamás, los hermanos, los amigos de la familia que ha tenido uno que deglutir! ¡Los libros inmundos que hay que elogiar, porque a la muchacha le encantan! ¡Los sombreros de macaco de cilindro que hay que declarar preciosos! ¡Los viajecitos al mercado —el mercado lleno siempre de eso que, por eufemismo, llamamos "color local" (¿y a qué no añadir "hedor local"?)— para hacer las compras de la encantadora comida improvisada! ¡Los días de campo en compañía de variados monstruos! ¡Tal vez las sesiones de espiritismo! ¡Qué sé yo! . . . ¡No más, no más! Yo quiero ya disfrutar de mi integridad moral, intelectual y física. Ya no estoy dispuesto a seguir vendiendo mi alma. La regeneración de nuestra especie debería atacarse por el lado femenino. Mientras no se dignifique plena y cabalmente a la mujer, que es quien nos impone sus gustos, nada habremos adelantado. Porque, dígase lo que se quiera, el varón es ente de transacciones.

Los tres ríen.

PALACIOS.—Bueno, hombre; guarde usted algo de vitriolo para otro día. ¿Qué te dije, Joaquín? Pero no cansemos a nuestro huésped que viene del silencio del campo. Mira: te he querido traer aquí para que aprecies esta curiosa costumbre capitalina, que no data de nuestros tiempos. Esto del desayuno en común parece costumbre campesina en principio, pero mira cómo la interpreta la urbe. Ésta es la primera etapa del acto social cotidiano. Todos vienen aquí antes de encerrarse a trabajar. A veces, aquí mismo se preparan los

negocios. Como nuestra sociabilidad es algo irregular, y la vida de México nos dispersa y aísla...

MADRIGAL.—Perdone la interrupción: ¿recuerda usted el *mot cruel* del llorado José Juan Tablada? Como alguien le preguntara si había visto a Fulano, contestó: "No sé de él; hace muchos entierros que no lo encuentro."

PALACIOS.—Muy característico, en su crueldad, de nuestro aislamiento y nuestra mala educación social. Pero prosigo: como la vida de México no logra aglutinarnos y aísla a cada uno en su oficio, aquí se satisface ese apetito amistoso que otros pueblos más organizados resuelven mediante el *club* o el *party*. Aquí hay de todo, como puedes ver. *(Comienza a señalar discretamente las mesas.)* Allí está el rincón de los académicos. Allá, el de los sirolibaneses, perfil ya inconfundible de México. Aquéllos son los políticos influyentes. Esos otros, los comunistas de lujo o de agua dulce. Al lado, los que salen de la misa de enfrente. Luego, los escritores noveles, los médicos, las inevitables parejitas refugiadas en el *pullman*... ¡Qué buen muestrario! ¿Eh? Y, entre el relleno gris y anónimo, los islotes de turistas a medio vestir, que creen sinceramente encontrarse en un país tropical, aunque nada haya de menos tropical en el mundo que esta alta meseta de gente cautelosa e "introvertida".

En el desfile de los grupos hay un poco de caricatura, que hace reír al espectador en efecto, aunque no se llegue a la "payasada" grotesca.

Pardo sigue la enumeración del doctor Palacios con verdadera curiosidad de provinciano que se inicia, mientras el pedantesco pintor se mantiene indiferente y marmóreo.

XVII

En el pueblo. Alcoba de Matilde, que se peina y arregla ante el tocador. En un rincón está sentada la hierática Marta.

MATILDE, *inconscientemente, canturrea:*

Juana, Juana, Juana:
préndeme la vela.

Quién sabe qué me anda
en la cabecera.

MARTA.—¿Conque ésas tenemos?

MATILDE.—¿Qué? . . . ¡Ah, es verdad! Estaba canturreando esas boberías del doctor Pardo. ¡Es curioso! Estaba recordándolo y, sin querer, me puse a imitarlo. . .

MARTA.—Ya veo, ya veo.

MATILDE.—¿Me traerá buenas noticias de Eduardo?

MARTA.—Por fin, ¿en cuál de los dos estás pensando?

MATILDE.—¡En los dos, mujer! ¿Qué tiene eso de extraño?

MARTA.—De extraño, nada, Mati. También estalló el volcán, y no tiene nada de extraño si la tierra estaba con las entrañas repletas.

MATILDE.—¿Ya comienzas con tus sentencias?

MARTA.—Callaré, entonces.

MATILDE *se recoge el pelo de cualquier modo, siempre linda, y se acerca mimosa a* Marta, *la acaricia y la besa:*

—No calles, no, madrecita mía, que no quiero verte enojada. Y te lo diré: tú hablas muchas veces por mí. Me arrancas de adentro algo que yo quisiera decir.

MARTA.—Es que te veo el alma, niña mía.

MATILDE.—Si así es, tranquilízame del todo.

MARTA.—¿Por qué estás intranquila?

MATILDE.—Bien lo sabes tú, madrecita. *(Algo conmovida.)* A veces, Eduardo, con sus sospechas, me hace pensar en lo que no pienso o en lo que no creía pensar. Y después, ya no se puede evitar que yo siga pensándolo. . . Tú me entiendes, ¿verdad, madrecita? ¿Verdad que no debo asustarme de mí misma? ¿Verdad que no me va a pasar nada? ¿Verdad que no hay nada de malo en que a una se le ocurran ciertas ideas locas?

MARTA.—Mientras una sepa que son ideas locas, no puede pasar nada. Y el pensamiento se manda solo, niña mía.

MATILDE *se sienta en el suelo y se acurruca junto a* Marta*:*

—Tú comprendes que sólo a ti puedo decirte estas cosas, Marta. Ni tengo amigas, ni sé si podría hablarles así. Rosario tal vez me entendería, pero es el caso que. . .

MARTA, *acariciándole la cabeza y aderezándole el peinado, dice, solemne:* —Niña mía: te crié a mis pechos; en tu

sangre llevas mi sangre. Contigo me nació otra vez la criatura que yo había perdido, y como segundo logro, todavía te siento más propia. Tu pobre padre, que ya no podía con el mal que nos lo llevó, de tanto dormirse sobre los libros y trajinar entre sus papeles, sólo parecía volver en sí cuando me veía para gritarme: "¡Cuida a mi Mati! ¡Cuida a mi Mati!" Tu santa madre, cuando entregó su alma al Señor, con los ojos me confiaba su guarda. *(*Matilde *ha comenzado a llorar en silencio, la cabeza hundida en el regazo de* Marta.*)* Yo sé muy poco, pobre de mí. Pero no lo olvides nunca, que, donde tú pongas los ojos, sin preguntar nada, sin que nada pueda detenerla, allí estará la vieja Marta; la que supo con estos brazos pecadores defenderte contra los bandidos que, so capa de justicia social y de no sé qué, te querían robar de chiquita...

MATILDE, *sacudida de sollozos y con voz ahogada, sin levantar la cara del regazo de* Marta.—¡Calla, madrecita, que todavía se me "enchina" el cuerpo!

Se oyen los sollozos, entre el silencio de Marta, que alisa la cabeza de Matilde. Y así se desvanece esta escena que nos ha hecho pensar en Fedra y la Nodriza.

XVIII

En México. Recepción en un espacioso salón del doctor Palacios. Rumor informe de charlas. El doctor Palacios presenta al doctor Pardo con éstos y aquéllos. En el instante de saludar a una señora e inclinarse respetuosamente, el doctor Pardo la ve como transformarse por un instante en Matilde, vestida con elegante atavío de *soirée*. Domina su momentáneo desconcierto, se aleja un poco, extrañado y nervioso, se lleva la mano a la frente: "¿Estaré enfermo?" Vuelve a los corrillos, procura ser amable y solícito; charla, escucha, asiente, ríe. El doctor Palacios lo presenta con otra dama que, a los ojos del doctor Pardo, y con un poco de imaginación, se parece a Rosario, en modesto atavío casero. Pero Pardo se

confiesa que esta vez ha habido más de imaginación subjetiva que de verdadera alucinación.

El doctor PALACIOS, *llevándolo un poco aparte.*—¿Qué te sucede, Joaquín? ¿Estás "engentado"?

PARDO, *enjugándose la frente.*—Tal vez, Antonio. No hagas caso. Tú tienes ojos de lince, pero espero que los demás no lo hayan notado. Ya pasará. ¡Hace tanto que no frecuento salones!

PALACIOS, *sin mucha confianza en lo que dice.*—Ha de ser el cambio de altitud. Para que no digan que te aíslas del todo, escoge a la que más te agrade y convídala a salir un poco a la terraza. En el jardín hay una brisa muy agradable. Eso te aliviará un poco.

PARDO.—Gracias, gracias. No te preocupes. Habrá sido un mareo momentáneo. No tengo nada. ¿Te acuerdas de mis máximas de salud? "No debe uno escuchar su cuerpo demasiado" *(con el índice amonestador).*

PALACIOS.—Es una regla de oro.

Pardo se acerca a un grupo, afectando un aire placentero. Brinda, bebe, comienza de veras a alegrarse.

PALACIOS, *a cierta distancia, lo observa y lo aprueba. Indica a sus amigos que rodeen a su huésped, que lo acompañen. Y explica.*—Es un verdadero sabio, más que un médico, y además, un hombre sumamente atractivo. Los reveses de fortuna lo obligaron a alejarse durante unos años. Persona muy digna y muy cabal. Ahora la suerte vuelve a sonreírle y va a vivir entre nosotros. Yo quiero que ustedes me ayuden a hacerle ambiente.

UN MÉDICO JOVEN.—Maestro Palacios, ¿es éste aquel compañero de usted que por primera vez habló en la Facultad, ante el asombro de un viejo catedrático, sobre las secreciones internas?

PALACIOS.—¡El mismo, sí!

EL MÉDICO JOVEN.—Y, durante su largo retiro ¿no se habrá empolvado un poco?

PALACIOS.—No lo temo: adivina el rumbo de las cosas y es muy estudioso. Pero nada le costaría ponerse al corriente. Es agilísimo; posee una inteligencia privilegiada. En su soledad, se ha entregado a investigaciones sobre la historia

médica, con atención especial para las tradiciones mexicanas. Cualquier día nos dará una sorpresa. Lo poco que me ha dejado ver es sencillamente deslumbrador...

El médico joven, *sin contenerse.*—¡Pues eso es lo que necesitamos! ¡Gente que se interese por lo nuestro! ¡Basta ya de técnicas europeas y norteamericanas!

Palacios *mira al joven fijamente, como si quisiera esclarecer y explicar... Ve la inutilidad o la inoportunidad de hacerlo, y al fin se conforma con decir.*—¡Claro, claro! *(Y se aleja del grupo para conversar con otras personas.)*

Entretanto, Pardo, un poco reanimado ya, se ha quedado conversando con una señora desconocida, bonita y atrevidilla, que le dice de pronto:

—Por favor, doctor Pardo, déme el brazo y lléveme un instante a la terraza. Me han hecho beber más de la cuenta y estoy que me ahogo.

El doctor Pardo, muy complacido, le ofrece el brazo y la encamina a la terraza.

La señora.—¡Mire cómo se mueren de envidia todas mis amigas del alma, cuando nos ven!

Pardo.—Usted exagera, señora; pero no voy a negarle que yo, por mi parte, me siento muy orgulloso en su compañía.

La señora.—¿Orgulloso de qué?

Pardo.—De lo que usted acaba de decir, y del privilegio de acompañarla un rato a solas, aunque sea en servicio médico.

La señora *ríe, lo mira con picardía.*—¡Qué sabe usted! Y mire, doctor, eso de que al hombre no puede una decirle lo que siente, sólo porque es mujer, y más cuando se trata de un hombre excepcional, es una estupidez que no va conmigo. ¿Me entiende? Usted es el primero en saber que...

Desaparecen por la puerta de cristales que se abre sobre la terraza, más allá de la cual cabecean las sombras del jardín.

XIX

Casa del doctor Palacios. Pesadilla del doctor Pardo. Se revuelve en la cama. Se ven figuras nebulosas, temblorosas, deformadas, como reflejadas en el agua. Entre volutas de humo o vagas ráfagas giratorias, pasan las visiones del sueño.

El retrato al óleo del doctor Palacios gesticula y tira besos con la mano a una forma de mujer que, a ratos, evoca a Rosario; a ratos, a Matilde; o bien se parte en dos figuras o ya se funde en una sola, la cual a su vez comienza a gesticular y acaba en una imagen de Marta bailando una especie de can-can.

Sobreviene otra visión. Raúl Madrigal, el pintor, en medio de una gran paleta, azota con una flor a las Tres Gracias desnudas, y exclama con voz cavernosa: "Como dice el poema de Guillermo Valencia, *la mujer es el viejo enemigo del hombre*."

Comienzan luego a desfilar las mesas del restaurante, en el orden enumerado por el doctor Palacios, pero esta vez los personajes son grotescos y contorsionados.

Súbita negrura, en que aparece pequeñita y va adelantando y aumentando hasta el *close-up* la cara del muchacho José Andrés con los ojos escrutadores y acusatorios. La imagen se hace tan vívida que el doctor Pardo despierta, jadeante, se incorpora y, como buscando entre la penumbra de la alcoba, exclama:

—¡Pepe Andrés! ¡Pepe Andrés! ¿Estás aquí?

XX

El pueblo. El estudio del doctor Pardo. Éste habla con Rosario. Ella, sentada junto al escritorio; él, paseando.

PARDO.—Como yo no entendía el caso y soy respetuoso de la ley, nada te quise decir hasta aclarar el asunto en México. Voy a presentar la denuncia, asesorado por los amigos de Antonio, la denuncia del tesoro. Sólo esperan mis datos y precisiones. Habrá que cumplir algunos trámites, dar al Estado lo que le corresponde, etcétera.

ROSARIO.—¿Y nos quedará lo bastante para todo eso que proyectas?

PARDO.—¡Ya te dije que es un fortunón!

ROSARIO.—No puedo negarte que me asusta. Yo no estaba preparada. Pero ya me acostumbraré a toda esa felicidad que me prometes, y que yo, acá para mí, dudo que pueda ser mayor de la que hasta hoy me has brindado.

PARDO, *algo mohíno.*—¿De modo que te sacrificas? Aceptas por darme gusto la tortura de vivir con verdadera comodidad y regalo, hasta con descanso... en los días, precisamente, en que va a hacerte falta y van a comenzar insensiblemente a declinar tus fuerzas... (Rosario *hace un suave ademán de protesta.*) Sí, en que van a declinar tus fuerzas: una cosa es estar joven y otra, como en nuestro caso, lo que se llama "estar bien conservado". (Rosario *baja los ojos.*) Voy a darte lo que nunca has tenido, voy a realizar mis sueños de hombre de ciencia, mis deberes para conmigo mismo, para con el país y la sociedad... ¡Y tú te sacrificas!

ROSARIO.—¡Cálmate! Nada se ha dicho en contra. Déjame hablar. He sido tan dichosa a tu lado, que nada me falta. Pero ¿cómo no ha de complacerme que puedas orientarte conforme a lo que es tu gusto y tu destino?

PARDO.—¿Lo estás viendo? ¿Y era esto lo que yo esperaba? ¡Todo lo hace por mí la pobrecita! ¡Ella no quiere nada, ni sabe agradecer nada!

ROSARIO, *con la voz un poco alterada y llorosa.*—Joaquín, estás exaltado. Te trastorna el verte a punto de realizar tus esperanzas. No te disgustes: advierte que no te reprocho nada, ¡no faltaría más! Es natural que hayas caído en la tentación de festejar tu regreso en compañía de algunos amigos, a medio camino entre la estación y la casa. (*Haciendo ademán al doctor* Pardo *para que la deje continuar.*) Espera, Joaquín, no te sulfures. No tomes a mal lo que te digo. Estás peleando con una sombra. Sólo quiero que te percates de que yo no me opongo a nada; más aún, comparto con el alma tus sueños y tus ambiciones. Tú creías que yo iba a contrariarte, a contradecirte, y lo esperabas desde que entraste en este cuarto y empezaste a darme explicaciones que yo ni siquiera

necesito. Y, como en mí no encontraste obstáculo, has comenzado a irritarte solo. ¿Es que ya no me conoces? ¿O aún no sabes hasta qué punto vivo sólo para verte feliz?

Entretanto, el doctor Pardo, muy agitado, va y viene y se tapa los oídos con las manos. José Andrés ha abierto la puerta y muestra un gesto de verdadera indignación. Se hace a un lado para dar paso al doctor Pardo, que exclama:

—¡Menos mal que todavía mando yo en mi casa, yo *(irónico)*, la eminencia a quien, fuera de aquí, todo el mundo acepta y estima! *(Y sale dando un portazo.)*

ROSARIO, *al ver a* José Andrés, *enjuga rápidamente sus ojos y se esfuerza por sonreír:* —No te aflijas *(dice)*, ya se le pasará. Viene muy cansado y nervioso. No te alteres tú también, hijito.

JOSÉ ANDRÉS, *en inesperado rapto de ternura, por primera vez niño, se arroja a sus brazos exclamando:* —No, yo no, mamá, mamá. ¡La mamacita que Dios me ha dado!

XXI

A la salida de la casa del doctor Pardo. Éste se despide de Rosario, que le dice:

—Ya verás qué cenita te espera al regreso. Salúdame a don Tomás, a Matilde, a Marta. Y olvida ese mal rato, aunque sea por *nuestro* muchacho, que ve en ti un dios y no soporta tus flaqueos.

PARDO.—¿No vamos a comenzar otra vez?

ROSARIO.—Aquí no ha pasado nada. Anda, vete tranquilo y vuelve tan animoso como sólo tú sabes serlo.

Se aleja Pardo, canturreando. Aparece Pepe Andrés. Busca en los ojos de Rosario una mirada de complicidad, que ella parece rehuir. El muchacho se queda un rato inmóvil, a la puerta, con los ojos fijos, meditando, y dice a media voz, lleno de miedo:

—Yo creo que a mí me toca darle un castigo y a usted darle un premio. No me atrevo a explicárselo. Si no me entiende, estoy perdido.

ROSARIO *no entiende si entiende y murmura en voz baja:*
—¿Será posible que tú te des cuenta de estas cosas, criatura? ¿Habrás querido decir eso?
El muchacho clava la vista en tierra. Rosario se oprime las sienes con las manos y se aleja rápidamente como para no decir lo que está pensando.

XXII

Bajo el alero de Ordóñez. Marta, en su "equipal", vestida de urraca como siempre, recibe al doctor Pardo y lo invita a sentarse.

MARTA.—Si no le importa encontrarse en mala compañía... Porque el coronel montó de mañana para visitar no sé qué pueblo; y mi Mati ensilló hace poco y salió por ahí, creo que con intención de ir a verlo, doctor.

PARDO.—¿De verme a mí?

MARTA.—Supo que estaba usted de regreso y quiso pedirle nuevas de su encargo.

PARDO.—¿De su encargo?

MARTA.—Quería saber del joven Eduardo, lo que usted hubiera averiguado en México.

PARDO, *confuso.*—La verdad...

MARTA.—La verdad es que usted ni siquiera se acordó de preguntar por el muchacho. Yo ya lo sabía.

PARDO.—¿Y cómo lo sabía usted?

MARTA.—No se es madre en vano.

PARDO, *tras de meditar un instante.*—Y ahora ¿qué voy a decirle a Matilde?

MARTA.—La verdad, don Joaquín. A ella le importa más verlo a usted que saber de don Eduardito.

PARDO, *sobresaltado.*—¿Qué está usted diciendo, Marta? ¿Y qué me quiso decir con que no se es madre en vano?

MARTA, *impávida.*—Lo que usted ya sabe de sobra; lo que ella sabe; lo que yo sé; lo que adivina cualquiera que tenga ojos en la cara.

PARDO.—¡Marta, por favor!

Marta.—¡Franqueza, don Joaquín, y valor para con usted mismo! Aquí sólo Dios nos oye y es inútil esconderle nada.

Pardo.—¡Pero Matilde, Rosario... !

Marta.—Mi Mati no puede ocultarme ni lo que a ella misma se le oculta. Doña Rosario es un ángel. A usted le toca saber lo que hace. ¿Por qué ha de vivir siempre la gente inventando mentiras para hacerse daño sin necesidad? A usted le toca saber lo que hace. Pero desde ahora le digo que, aunque usted no tenga la culpa de haber inspirado esta inclinación, a mi Mati no me la hace usted sufrir más, así me vaya en ello la vida.

Pardo.—¿Que yo hago sufrir a Mati?

Marta.—¿Y por quién llora ella todas las noches? ¡Si hasta repite el nombre de usted junto al de su padre, que Dios haya! Don Joaquín, yo no sé explicar estas cosas, pero creo que a mi niña se le han enredado estos dos cariños. ¡A ver usted cómo se las arregla para deshacer el "ñudo", usted que sabe mucho! Yo lo conozco como muy hombre de bien, pero yo no siempre veo el bien donde creen verlo los de su clase. Yo vivo muy pegada al suelo, ¿me entiende? Yo oigo lo que aconsejan el campo, el cielo y la tierra, y no es siempre lo que aconsejan o fingen aconsejar los hombres... En fin, ¡allá usted!

El doctor Pardo ha salido precipitadamente, sin despedirse. Nosotros empezamos a percatarnos de cierta sorda conspiración de los destinos. Aún no hay que temblar. También hay dulzura en la existencia, pese a los Enemigos del Hombre. Lo que importa es tirar el lastre.

XXIII

Al término del pueblo, sentado en las raíces del árbol del hule, el doctor Pardo se entrega a lo que la literatura moderna llama el monólogo interior:

Pardo, *piensa, y como es hombre, piensa en palabras; si fuera mujer, sería otra cosa.*—La vieja Marta, ojos tan cerca de la nariz, mirada de estilete. Y el ducho de Palacios, que

también percibió algo en cuanto nombré a Matilde. Y Rosario que calla, pero lo adivina y lo entiende todo, que ha hecho de mi felicidad su incumbencia. El sueño de una nueva vida, el lujo, la ciudad (¡qué ruido, cuánta agitación estéril!); la mujer nueva y joven, que espera la siembra de un mentor. La ciencia recompensada, pero... ¿aquí, allá? La imposibilidad de sacrificar a una criatura como Rosario, a quien jamás dejo de querer, es lo cierto. Esto no se "arregla con reglas". ¡Y el insobornable Pepe Andrés, que pesa ya tanto en mi conciencia! ¿No se puede ser feliz procurando la felicidad de todos? ¿Estorban ellos, o es que más bien se estorba uno a sí mismo? Un día leí esto en Jules Renard: "No basta ser feliz; es fuerza que los demás no lo sean." ¡Odioso! ¿Y cuál de los dos soy yo, en suma? ¿El que se quiere bien a sí mismo o el que quiere bien a los demás? Y querer ¿no es sacrificarse? Los dos enemigos del amor: el amor propio y el amor de mando, que aquí se confunde con el sentido de la propiedad. ¿No puedo quererlos a todos sin desear apropiármelos? Y la vieja Marta, ojos tan cerca de la nariz, mirada de estilete...

Y otra vez gira el mismo disco. El doctor Pardo no sale de un solo y limitado campo mental. Da vueltas, hasta la desesperación, en torno a su noria. Y ya ha anochecido. En tanto, algo acontece en el campo y, simultáneamente, algo acontece en su casa. Sepámoslo.

XXIV

Nuevamente aparece el tema del cabriolé corriendo por el campo, ritmo recurrente de nuestra historia. Pepe Andrés, al pescante, "como alma que se lleva el Diablo". Ahora no canta como acostumbra. Sacude las riendas, chasca el látigo. Ya está lejos. Ya llega a las orillas de Pátzcuaro. Para junto al lago. Toma una barquita, va y viene. Acarrea algo. Ruidos metálicos, y ruidos de agua... Empezamos a sospechar. Quién sabe qué idea boba se nos pasea por la conciencia y dice a nuestro oído: "El Tesoro de los Azte-

cas." Empezamos a sospechar. Las sombras no nos dejan ver claro. Además, por una elemental precaución, nos hemos quedado muy lejos. Nunca sabremos bien qué hizo, ni cómo lo hizo. Apenas alcanzamos a distinguir el bulto del muchacho, inclinado sobre la barquita, al destello plateado que sueltan aquí y allá las aguas como un resplandor espontáneo.

Ha pasado cerca de una hora. Pepe Andrés sube al cabriolé y regresa sigilosamente a la casa del doctor Pardo, con pericia de buen ladrón, mientras éste aún continúa bajo el hule, devanando su inacabable ovillo: "Y querer, ¿no es sacrificarse? Los dos enemigos del amor... etcétera."

Pero ¿no es una locura lo que acaba de hacer el muchacho? ¿No es una cosa estrafalaria y lo que pudiéramos llamar una barrabasada? Tal vez. No culpemos al narrador. Él no lo ha inventado. Así se hizo, y a lo hecho, pecho. La cordura está tejida de insensateces y, como dice el portugués, Dios escribe derecho con líneas tuertas.

XXV

Poco antes de lo que acabamos de presenciar, y coincidiendo con la charla de Pardo y Marta en casa de Ordóñez, sucede que Matilde, a su vez, empujada por su demonio interior, se ha presentado, o mejor, se ha deslizado en el estudio del doctor Pardo, pues la conspiración del destino parece moverse por todas partes y encaminarse hacia la confluencia final. Matilde llegó a caballo, pantalón y botas jinetas, los senos punteando en la blusa, respirando juventud y femineidad. Como persona de confianza, sabe dónde atar el caballo y cómo entrar en el estudio sin ser vista. Lo examina todo, los libros, los papeles, el manuscrito de la *Farmacopea comparada* que Pardo adelanta página a página, día por día. Lee un poco. Niega con la cabeza, como para espantar ideas inoportunas. En su rostro hay casi desesperación. Exclama en voz alta:

—Su vida está aquí, su verdadera vida está aquí.

ROSARIO, *que entró sin ser notada, repite.*—Su verdadera

vida está aquí... No, no te sobresaltes, Mati. Has hecho bien en venir, y esta casa es tuya. Me felicito de que comprendas dónde está la vida de Joaquín. Nunca dudé de tu inteligencia..., ni de tu corazón. No me digas nada, déjame hablar. Si me interrumpes, no me atreveré nunca a decírtelo. Hay cosas que están más allá de las palabras, que son más valientes que las palabras. El hallazgo ése le ha despertado la tentación de la ciudad, y le ha removido ciertos sueños que tú y yo conocemos.

MATILDE.—¡Rosario!

ROSARIO.—Déjame acabar, por favor. No me entiendas mal. Nadie es dueño de su corazón, ni es verdad que el corazón sea tan estrecho como se pretende. Ni él, ni tú, ni yo somos dueños de sentir o dejar de sentir lo que sentimos, pero sí somos dueños de dulcificar la vida con la aceptación natural de las cosas inevitables, con valor y decoro. Sé bien lo que me quiere Joaquín. Sé bien lo que te quiere a ti, lo que quiere al mismo Pepe Andrés. Él comienza a ser como su hijo. Tú... Tal vez te consagra un afecto que no es del todo paternal, aunque lo sea en parte y que, si se le oponen obstáculos, puede llegar a ser una pasión peligrosa. Pero Mati, Mati querida, ¿acaso no hay medio de ser plenamente humanos y de desarmar a tiempo las amenazas? ¿Hay alguien, fuera de tu admirable Marta, con quien te entiendas mejor que conmigo? ¿O es que los bajos celos pueden más en tu corazón? Porque, en el mío, no, Mati. A mí él nada me quita, nada me quitaría con eso. Tal vez hasta lo sentiría yo más cerca... *(Se detiene, visiblemente ruborizada.)*

MATILDE, *arrojándose en sus brazos.*—¿Te he entendido bien, Rosario mía?

ROSARIO, *casi asustada de su propio coraje.*—Me has entendido bien, niñita querida. Él bien vale por nosotras dos juntas, ¿no es verdad? Ven aquí, a mis brazos, que no han de traicionarte nunca. Velaremos juntas por Joaquín, y que rabie el mundo.

Hay risas, caricias, palabras atropelladas. Es indiscreto que sigamos oyéndolas. También somos de carne, y no puede evitarse que, en cuanto hacemos y pensamos, se deslice algún estremecimiento que no es puramente espiritual, aunque tam-

bién sea de orden sagrado. Ya sabemos que don Tomás suele repetir: "Nadie debe atravesarse en el camino de nadie."

XXVI

Oprobiosa escena nocturna en el salón-comedor de Pardo. Pepe Andrés, de pie, con una mirada impenetrable. A veces, este muchacho nos da miedo. Rosario, abatida sobre la mesa, esconde el rostro en los brazos y no tiene fuerzas para sollozar. El Doctor va y viene, según su hábito.

PARDO.—Lo primero que vi al entrar: el candado roto. Y en el cabriolé, nada, nada de... lo que yo había dejado. ¡La ruina! ¡Otra vez el túnel oscuro! Yo no puedo creerlo, Pepe Andrés, yo no me atrevo ni siquiera a culpar a nadie...

PEPE ANDRÉS.—Usted no puede culparme de nada, doctor; usted lo sabe bien.

PARDO.—Pero, desdichado, ¿me habrás tomado al pie de la letra? ¿Qué has hecho?

JUANA, *la criada, se asoma y dice desde la puerta con rudeza.*—Eso se sacan por andar metiendo en casa titiriteros y saltabancos.

PARDO, *sin poder contenerse.*—¡Saltimbanquis, mujer! En fin, está bien, "saltabancos", así se dijo antes.

Rosario *no puede menos de levantar la cabeza y sonreír, desde su amargura.*

PARDO.—Sí, ya lo sé: no se me quita el vicio de enderezar disparates ni aun a estas horas de desconcierto.

ROSARIO.—Prueba de que vuelves en ti.

PARDO.—Pero Rosario, Rosario, no te rías: esto es el fin del fin. Perdí una vez, y lo soporté y me rehíce. Esta segunda vez ya no podré tener fuerzas, ¿me entiendes? Rosario, Pepe Andrés, si esto es un complot para que yo no salga de aquí, yo no podría perdonar... Sí: perdono, perdono; pero que me devuelvan mis sueños, que me devuelvan mis anhelos. ¡Rosario, Pepe Andrés, por piedad! ¿Acaso reacciono con violencia, con grosería, como lo hubiera hecho cualquiera?

¿No está de por medio, más que nada, mi necesidad de confianza en los seres queridos?

JUANA, *asomándose nuevamente.*—¿Llamamos a la policía?

PARDO.—¡Qué policía ni qué cuerno! Juana no comprende que esto sucede más allá de las leyes humanas, que esto no sucede allá fuera, sino dentro de mi corazón, que es una crisis de mi conciencia, apenas objetivada por la locura de... de no sé quién, del que lo haya hecho. No quiero, no puedo acusar a nadie. Tengo que ver claro en mí mismo. ¡No resisto la presencia de nadie, quiero estar solo! ¡Fuera, fuera!

Rosario, Pepe Andrés y Juana desaparecen.

XXVII

Ha pasado la medianoche. El doctor Pardo lleva mucho tiempo meditando a solas, sentado a la mesa, donde lo dejamos, el rostro en las manos como si quisiera escondernos su dolor. A los primeros gallos, se incorpora y deja ver una inesperada expresión de contento. Grita:

—¡Rosario! ¡Pepe Andrés! Ya pasó todo, ya desperté de mi ceguera. Yo mismo encargué a los míos que fueran mi brazo fuerte, por si yo flaqueaba. ¡Muy bien hecho, muy bien hecho!

Rosario y Pepe Andrés, que sin duda estaban muy cerca, aparecen y lo rodean al instante, entre asustados y gozosos, entre llorosos y risueños. Sus caras parecen decir: "¡Qué nobleza de hombre! No falló en la prueba, no; no hay otro como él."

PARDO.—Lo perdido está bien perdido, y es el pago con que he rescatado mi felicidad y mi virtud, y ésa sí que hubiera sido pérdida grave. Está bien: hemos soltado el lastre. No es la primera vez que acierto en perder; es mi destino. Yo no soy de los que pretenden comprar gratis las alegrías de la vida. No culpo a nadie, nada necesito averiguar: todo lo hizo el anhelo profundo de mi corazón, mucho más adentro de mi conciencia. Yo mismo lo hice para reconquistarme: así es. Yo no necesito renombre, ni halagos mundanos, ni

vuelta a los desvaríos de ayer, ni engañosos tesoros. ¿Tesoros? ¡Aquí están mis tesoros!

Atrae sobre su corazón a Rosario y a Pepe Andrés, que están como embriagados, pues todo pudo haber parado en una catástrofe, a poco que el acero del doctor Pardo, gran varón, hubiera resistido menos. Ahora emana de su ser, más que nunca, aquel soberbio vigor viril que lo hace magnético y atractivo.

Pepe Andrés, *sacando su cabeza de niño entre los brazos del* Doctor.—¿Ya se curó, doctor? Pues, si tanto le ha dolido ver que se le iba lo que puede volver cuando usted quiera, cuando usted lo ordene (¿me entiende?), figúrese si nos dolería a nosotros el que usted se nos fuera, y esta vez para siempre.

Pardo.—¡Pepe Andrés! ¡Éste es el día de mi recompensa!

Pepe Andrés.—Y, doctor, lo dicho: puesto que la purga hizo lo suyo, todo puede ya volver a sus manos en cuanto usted mande.

Pardo.—¿De veras? ¿Entonces nada se ha perdido?

Pepe Andrés, *ante el asombro de* Rosario, *que por primera vez parece darse cabal cuenta de lo que ha sucedido.*—Nada más se había perdido el juicio por un rato, doctor, pero creo que ya pasó. Ahora todo es cuestión de mojarse las piernas y dar unas cuantas paladas: el cofre está intacto. La moneda desaparece y reaparece. Acuérdese que he sido aprendiz de mago. Yo respondo de su tesoro.

Pardo, *soltando la risa.*—Debía darte una paliza, y te abrazo. ¡Eres único!

Pepe Andrés.—Usted sí que es único, doctor, por eso en usted dolía más el que pudieran suceder ciertas cosas...

Doctor, abre otra vez los brazos para atraer a Pepe Andrés y a Rosario, y cuando repite: "—¡Mis tesoros!", he aquí que se abre la puerta y asoma tímidamente Matilde, con su pantalón y sus botas, su blusa en que puntean los senos, su aire de promesa juvenil, y en la cara aquella misma expresión: "¡Qué nobleza de hombre, qué varón, no hay otro como él!"

Rosario, *alargando las manos a* Matilde *que corre hacia ella.*—¡Tus tres tesoros, Joaquín, tus tres tesoros!

PARDO, *que cree estar soñando.*—Pero ¿qué has dicho?

ROSARIO.—¡Tus tres tesoros, Joaquín! Óyelo bien: tus tres tesoros. Aquí hay una complicidad perfecta para hacerte siempre dichoso.

Y aquí, entre los cuatro, algo como una danza de abrazos, de contenidos sollozos, de exclamaciones de alegría.

Y entretanto, allá, en el patio del coronel Ordóñez, lleno de silencio y de estrellas, la vieja Marta, la eterna nodriza de Fedra, sentada en su "equipal", vestida de urraca como siempre, con algo de lujo ranchero, contempla el cielo, inmóvil, como si todo lo supiera, como si todo lo sintiera y todo lo entendiera, como si dependiera todo de su resistencia y de su quietud, como si todo pudiera venirse abajo a su más leve vacilación. Ya no parece criatura humana. Parece un relieve de la tierra.

ENVÍO

Y tú, cabecita estudiosa, reclínate en mi hombro y admira conmigo la imagen de un hombre feliz. Como en las alegorías amatorias de los pintores, un niño y algunas mujeres cuidan de su regalo.

X

EL LICENCIOSO

y otras páginas

[*1957-1959*]

EL ESCONDITE

ACTO MUDO

PERSONAJES

EL NIÑO PEPITO, *hermano de Juanita*
LA NIÑA PEPITA, *hermana de Juanito*
EL NIÑO JUANITO
LA NIÑA JUANITA
EL JOVENCITO DE LA CASA
LA CRIADITA INDIA

Escena, dividida en dos habitaciones: una sala con sillones, cuadros de familia y mesa redonda al centro, y un cuartito menor, que comunica con la sala por una puerta, lleno de armarios. Un armario, puesto en un ángulo, hace un rincón propio para escondite.

Desarrollo mímico:

Primer movimiento. Pepito y Pepita entran a la sala de puntillas, buscando un escondite. La examinan (muebles, cortinas, etc.). Ella señala el cuartito de armarios. Ambos entran allí sigilosamente, cierran la puerta de comunicación con la sala y se refugian en el rincón que hace el armario del ángulo. Se oyen sus risas sofocadas.

Segundo movimiento. Entran a la sala Juanito y Juanita. Buscan debajo de la mesa, detrás de los muebles y las cortinas. Se hacen señas uno a otro para indicar que no hay nadie, y salen corriendo de la sala para continuar su busca.

Tercer movimiento. Entra la criadita india corriendo, perseguida por el jovencito de la casa. Uno detrás de otro, dan un par de vueltas en torno a la mesa redonda. La indita entra al cuarto de los armarios y trata de encerrarse, pero el jovencito abre la puerta, empujando a la indita.

Cuarto movimiento. Oscurecimiento de unos instantes.

Quinto movimiento. El jovencito y la indita salen del cuarto de armarios y cruzan la sala riendo, abrazados. Ella va despeinada. Él, con la corbata torcida.

Sexto movimiento. Pepito y Pepita abandonan su escondite y pasan a la sala con caras de azoro, jadeantes. Se miran, no saben qué hacer. Pepito, de repente, se lanza sobre Pepita y quiere acariciarla. Ella lo rechaza y le aplica un par de cachetes. Siguen titubeando, contemplándose uno a otro con expresión de espanto. Al fin, se dejan caer al suelo, se sientan uno junto a otro y, abrazados, sollozan sin poder contenerse.

1957

ALEGRE ETIMOLOGÍA

Etimología digna de Goropio, de Gutierre Tibón. El maestro Sánchez Mármol, en la Escuela Preparatoria:

—Muchachos, aún no existían las actuales reglas ortográficas. Era en tiempos de las cortes trashumantes. Los reyes de España andaban por Granada. La reina trepó a un árbol para cortar unas naranjas. Un fulano, de la corte, que le detenía la escalera, "echó un ojito" para ver lo que se dejaba ver. Lo sorprendió el rey y lo condenó a llamarse "Bernalgas". Su hijo prestó eminentes servicios a la Corona. El rey lo premió autorizándole a quitarse una sílaba del apellido. Ni "nalgas" ni "bergas" (vergas) era posible. Se llamó "Bernal".

7-VII-1957

AMÓS SALVADOR

Ministro liberal de la monarquía española, era muy popular en sus días don Amós Salvador, padre de mi amigo del mismo nombre que vino a ser Ministro de la Gobernación con la República de Azaña. Cuando lo importunaban los periodistas para tener noticias de su trabajo, sobrevenía este diálogo:

—¿Qué ha hecho usted esta mañana, don Amós?
—Me la he meneado.

México, 30-IV-1958

UN SUEÑO

1) Hace años, conocí a una mujer que, mal conducida, apenas aprendió conmigo a relacionar con la emoción sexual la emoción de la caricia en los senos.

2) Después, me sucedió pasar un par de días en la Universidad de Texas (Austin) donde admiré la linda población femenina de muchachas que paseaban y jugaban en el campus. "Yo no quisiera quedarme aquí de profesor —dije a los que me invitaban—, sino retroceder en años y quedarme aquí entre los chicos que andan por ahí divirtiéndose con las chicas."

3) Alguna vez me he irritado un poco ante esas falsas carreras universitarias del Norte: especialidades en anuncios comerciales, licenciaturas en amas de casa, doctoras en preparar el café con leche y otras charlatanerías por este tenor.

4) En Cuernavaca, me hizo mucha gracia conocer, entre los personajes de un cuadro o compañía de cine californiano, a un señor que era —con barbarismo y todo— "especialista en *suspenso*".

5) Creo que de todo ello resultó mi singularísimo sueño de la otra madrugada: yo me encontraba en una universidad de los Estados Unidos, donde las muchachas iban a presentar no sé qué espectáculo teatral. Les faltaba *sex-appeal*. Para remediarlo, me nombraron especialista en erección de senos, y yo las iba tratando y disponiendo al caso con algunas adecuadas caricias. No era para nada un sueño erótico, no. La cosa era puramente artística y cerebral. "Ésa ya está muy bien —me decía la profesora—, ya tiene los senos muy erectos. Pase usted a la siguiente. . ."

México, 13-VI-1957

LA URTICARIA

Por 1933 contraje en el Brasil una tremebunda urticaria. El padecimiento fue a dar a donde menos debía, o para decirlo con el romance viejo del rey don Rodrigo, el que perdió a España por su desordenado amor a la Cava, yo también hubiera podido exclamar:

> Ya me comen, ya me comen
> por do más pecado había.

El miembro se me hinchó y creció como una trompa de elefante, y el picor, ardiente e insoportable, me causaba durante las noches un verdadero frenesí. Puse tristemente mi aparato en manos del facultativo, y

—Doctor —le dije—, quítele la comezón y déjele la dimensión. . .

Ya se ve, era demasiado pedir.

México, 7-VII-1957

MATEMÁTICA ERÓTICA

Era judeo-rusa-norteamericana, ya del todo hecha a la "cultura cuantitativa de los Estados Unidos". Por discreción callo su nombre. Se la inició en esa práctica erótica en que el "primo Basilio" inició a su prima en la novela de Eça de Queiroz. Quedó fascinada, y dijo: "La sensación es once veces y media mayor que en el coito normal."

6-VII-1958

EL PORTUGUÉS DEL ABANICO

Los brasileños se burlan de la rudeza de los portugueses (como los mexicanos de los "gachupines"). Dicen que un

portugués recién desembarcado en Río de Janeiro se asfixiaba de calor. Compró un abanico y, para que no se le gastara, movía la cabeza frente al abanico en vez de abanicarse. Esta figura del movimiento inverso explica un caso erótico, tan digno de la antología como el anterior:

Era una jovencita carioca, nueva en lances amorosos. Por discreción callo su nombre. Su amante se la echó encima y quiso hacerle así el amor. "Ahora muévete tú", le dijo. Ella lo intentó en vano. "No puedo —contestó—. Me siento como el portugués del abanico" *(o portugues do leque)*.

6-VII-1958

Las intenciones de la naturaleza con respecto al hombre son bien claras. Comparada la familia humana con los animales más cercanos, se advierte que la hembra (la mujer) ha adquirido el himen, y el macho (el hombre) ha perdido el hueso penial.

11-XII-1958

Sí, no cabe duda que hay de todo: hay las sublimes orgías que casi nos llevan a otros mundos, hay las divinas catástrofes de los nervios, las explosiones demoníacas, las pasiones pálidas y ojerosas, las intoxicaciones eróticas, los amores como cuchilladas... Pero hay también los coitos que —como los caldos bien sazonados y sustanciosos— simplemente "hacen buen estómago". A la larga, en éstos se fundan las sociedades.

1-II-1959

"Don Quijote" tenía la imaginación sucia. En sus extremos de virtud, siempre está hablando de los violadores de doncellas y temas así. No podía pensar en otra cosa.

27-V-1959

—Si de veras quieres disfrutar del amor físico, no pierdas el tiempo: búscate un obrero, alguien que trabaje con su cuerpo, uno de esos hombrones llenos de vigor natural.

Con algún esfuerzo, siguió el consejo de su amiga y alquiló un estupendo atleta de la industria pesada por una noche.

Agobiado de trabajo y fatiga, él se echó a roncar en cuanto cayó en la cama. La pobre se retorcía de impaciencia.

Por fin,

—¿Qué hora es? —dijo él de pronto.

—Las dos de la mañana.

—Ya es hora.

—¿Ya es hora del amor? —preguntó ella temblando de esperanza.

—No, ya es hora de mear —aclaró el atleta.

Salió al patio, meó abundantemente y volvió a dormirse como un lirón.

21-XI-1959

1960

Doce veces menstruó cincuenta y nueve:
¡Y en tanto, tú, vencido y cabizbajo,
discurrías meciendo ese badajo
que ningún repicar yergue o conmueve!

¡Oh, cuán la vida nos resulta breve
para cortarle a la epopeya un gajo!
¡Qué pronto desistió de su trabajo
este huevón que no hace lo que debe!

Inútil es que invítenlo o lo llamen,
exhorten, amenacen o supliquen,
froten, estrujen, rueguen o reclamen.

Perezoso y undívago cual liquen,
no pediremos ya que nos lo mamen,
sino —siquiera— que nos lo mastiquen.

SALVADOR NOVO, *para Alfonso en espera de respuesta.*

MISIVA A SALVADOR

¡Ay, Salvador, no seas impaciente,
que así recela y se amedrenta el nabo!
Y el que a ratos se ponga negligente
es más viejo que "préstame un ochavo".

Confirma Ovidio que ello es muy frecuente,
porque Juanito al fin no es nuestro esclavo:
vive su vida propia, independiente,
y eso yo me lo sé "de cabo a rabo".

"Es al ñudo" —que dice el argentino—
sacudir a Juanito cuando duerme,
que así mueren las civilizaciones.

Prudencia, Salvador, prudencia y tino:
huye el combate cuando estés inerme
y da un poco de paz a los cojones.

A. R.

12-XI-1959

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

III

BURLAS LITERARIAS

[*1919-1921*]

IV

ÁRBOL DE PÓLVORA

[*1925-1932*]

V

ANECDOTARIO *

[*1922-1959*]

* Sólo se registran los textos que llevan título.

VI

BRIZNAS *

[*1929-1959*]

VII

ÉGLOGA DE LOS CIEGOS

[*1925*]

VIII

LANDRÚ (opereta)

[*1929-1943*]

* Sólo se listan los textos que llevan título.

IX

LOS TRES TESOROS

[*1940-1955*]

X

EL LICENCIOSO
y otras páginas

[*1957-1959*]

Obras completas de Alfonso Reyes

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en el mes de septiembre de 1994 en los talleres
de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A.
de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830
México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

I. CUESTIONES ESTÉTICAS / CAPÍTULOS DE LITERATURA MEXICANA / VARIA

II. VISIÓN DE ANÁHUAC / LAS VÍSPERAS DE ESPAÑA / CALENDARIO

III. EL PLANO OBLICUO / EL CAZADOR / EL SUICIDA / AQUELLOS DÍAS / RETRATOS REALES E IMAGINARIOS

IV. SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS / LOS DOS CAMINOS / RELOJ DE SOL / PÁGINAS ADICIONALES

V. HISTORIA DE UN SIGLO / LAS MESAS DE PLOMO

VI. CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA / DE UN AUTOR CENSURADO EN "EL QUIJOTE" / PÁGINAS ADICIONALES

VII. CUESTIONES GONGORINAS / TRES ALCANCES A GÓNGORA / VARIA / ENTRE LIBROS / PÁGINAS ADICIONALES

VIII. TRÁNSITO DE AMADO NERVO / DE VIVA VOZ / A LÁPIZ / TREN DE ONDAS / VARIA

IX. NORTE Y SUR / LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS / HISTORIA NATURAL DAS LARANJEIRAS

X. CONSTANCIA POÉTICA

XI. ÚLTIMA TULE / TENTATIVAS Y ORIENTACIONES / NO HAY TAL LUGAR...

XII. GRATA COMPAÑÍA / PASADO INMEDIATO / LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA

XIII. LA CRÍTICA EN LA EDAD ATENIENSE / LA ANTIGUA RETÓRICA

XIV. LA EXPERIENCIA LITERARIA / TRES PUNTOS DE EXEGÉTICA LITERARIA / PÁGINAS ADICIONALES

XV. EL DESLINDE / APUNTES PARA LA TEORÍA LITERARIA

XVI. RELIGIÓN GRIEGA / MITOLOGÍA GRIEGA

XVII. LOS HÉROES / JUNTA DE SOMBRAS

XVIII. ESTUDIOS HELÉNICOS / EL TRIÁNGULO EGEO / LA JORNADA AQUEA / GEÓGRAFOS DEL MUNDO ANTIGUO / ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS

XIX. LOS POEMAS HOMÉRICOS / LA ILÍADA / LA AFICIÓN DE GRECIA

XX. RESCOLDO DE GRECIA / LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA / LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGÜEDAD / ANDRENIO: PERFILES DEL HOMBRE / CARTILLA MORAL

XXI. LOS SIETE SOBRE DEVA / ANCORAJES / SIRTES / AL YUNQUE / A CAMPO TRAVIESA

XXII. MARGINALIA / LAS BURLAS VERAS

